

Grandes novelas
H. G. Wells

La máquina del tiempo
La isla del doctor Moreau
El hombre invisible
La guerra de los mundos



En este volumen presentamos las cuatro novelas fundamentales de H. G. Wells, centradas en temas que siguen preocupando en la actualidad y continúan marcando el camino de la investigación científica, con todo lo que tienen de positivo y de negativo: el viaje en el tiempo, la invasión extraterrestre, la enajenación mental que puede provocar la ciencia y la manipulación genética. Son cuatro novelas, en definitiva, que siguen teniendo vigencia a principios del siglo XXI.



H. G. Wells

Grandes novelas

ePub r1.1

Narukei 26.11.13

Títulos originales: *The Time Machine*; *The Island of Doctor Moreau*; *The Invisible Man*; *The War of the Worlds*

H. G. Wells, 2012

Traducción: Raquel Herrera (*La máquina del tiempo* y *La guerra de los mundos*)

Pilar Ramírez Tello (*La isla del doctor Moreau* y *El hombre invisible*)

Diseño de portada: RBA

Editor digital: Narukei

ePub base r1.0



PRÓLOGO

¡QUE VIENEN LOS MARCIANOS (Y LOS MORLOCKS, Y LAS
BESTIAS DE MOREAU, Y EL HOMBRE INVISIBLE)!

por

JACINTO ANTÓN

Abro mi viejo libro con manos temblorosas y ahí siguen todos: los despiadados marcianos, los sombríos caníbales morlocks, el coro de bestias semihumanas de la isla de Moreau y Griffin, el pavoroso hombre invisible. Imposible reunir tanta conmoción, tanta aventura y tanto escalofrío en un solo volumen como no sea en este de las grandes obras de H. G. Wells. Si ustedes no han leído estas cuatro novelas que se cuentan entre lo más emocionante que se ha escrito nunca no saben dónde se adentran, lo que les espera. Aunque, claro, es difícil que nadie desconozca del todo este póquer de títulos seminales de la literatura universal —y no solo fantástica (Wells es uno de los padres de la ciencia ficción)— que han sido versionados y homenajeados de mil y una maneras en otras obras y soportes, incluidas numerosas películas. Bienvenidos, sea cual sea su caso, a este territorio deslumbrante de lo asombroso.

Cuando yo me sumergí en el tomo primero de las obras completas de Wells en la edición de clásicos del siglo XX de Janés Editor (Barcelona, 1953) de la biblioteca de mi padre, una edición de casi mil quinientas páginas en papel biblia y encuadernada en piel azul oscura (hoy un tanto desvaída), era aún un niño, un lector inocente de diez años acunado en tebeos, libros juveniles, las antiguas adaptaciones de Araluce y los primeros encuentros con Julio Verne, Salgari o Karl May. H. G. Wells llegó entonces, y marcó mi vida. Fue el despertar a la narrativa adulta, al verdadero placer

estremecedor de la lectura, al sentido de la maravilla y a la vez a la percepción consciente de lo tenebrosa que puede ser la existencia. Luego han venido otras grandes experiencias literarias: el descubrimiento del uno mismo (y del bricolaje, si me permiten la broma) en *Robinson Crusoe*, el del erotismo en el *Decamerón* —¡no lo suficientemente alto en los estantes de mi padre!—, el del amor en *El cuarteto de Alejandría*, el de Egipto en *Sinuhé*, el del mar y la cobardía redimida en *Lord Jim*... Pero estas cuatro grandes novelas de Wells, leídas en rápida sucesión esa primera vez, casi sin levantar la cara del libro, y luego vueltas a releer una y otra vez, siguen ocupando un lugar esencial en mi biografía de lector.

La primera fue *La guerra de los mundos*. Les podría recitar de memoria fragmentos del sobrecogedor inicio con el que el autor abre el telón y que nos meten de cabeza en el reino de lo impensado y lo terrible: ¡una invasión marciana! (la primera a la que tuvimos que hacer frente, la madre de todas las invasiones extraterrestres — y no solo—). «A través de los abismos del espacio, espíritus que son a los nuestros lo que nuestros espíritus son a los de las bestias de alma perecedera; inteligencias vastas, frías e implacables, contemplaban esta tierra con ojos envidiosos y trazaban con lentitud y seguridad sus planes de conquista». Inigualable. La sensación desazonadora de que alguien allá arriba nos podía mirar como si fuéramos microbios o bacilos me hacía encorvar los hombros mientras la oscuridad invadía paulatinamente la biblioteca de casa y el haz de la lámpara de pie, remedo del rayo mortal de los marcianos, marcaba un inquietante círculo de luz sobre las páginas.

En *La guerra de los mundos* nos vamos adentrando en un relato de tono tan realista, cargado de detalles y escrito en tono casi periodístico que hay que hacer un esfuerzo para mantener la calma y no creer que estás leyendo la crónica estricta de un verdadero cataclismo, la derrota de la civilización, la matanza de la humanidad. Incluso se nos dice que un ejemplar de marciano se conserva «casi completo» en alcohol en el Museo de Historia Natural de Londres (¡tenemos que pedir que nos lo enseñen en la próxima visita!). No es de extrañar que la adaptación radiofónica de 1938 del Mercury Theatre de Orson Welles desatara el pánico como lo hizo. Me ha encantado saber, muchos años después de la primera

lectura, que H. G. Wells dedicó mucho tiempo a pasear en bicicleta por los escenarios reales de la campiña inglesa donde se producen las primeras llegadas de los invasores marcianos a fin de describir los parajes con exactitud. Imagino al autor, con su aspecto simpático de sabio despistado y amable, saludando a la gente a la que iba a matar de maneras tan crueles en su novela y planeando escenas de destrucción masiva en los pacíficos pueblecitos que atravesaba.

La guerra de los mundos (1898) se presenta como una advertencia, un toque de atención a lo que nos puede caer encima, a los peligros que acechan a la raza humana. Después de leerla ya no vuelves a ser el mismo, te entra una especie de pesimismo cósmico (que es lo que luego llevó a su extremo Lovecraft). Y es que los invasores vienen a merendársenos como si no fuéramos más dignos de interés que el ganado. No hay posibilidad de conversaciones de paz ni de treguas. Aún hoy me sobresalto como la primera vez al oír el sonido metálico de las cabezas de los cilindros marcianos al desatornillarse desde dentro o el ruido ominoso de los invasores al ensamblar a martillazos sus letales máquinas. Por supuesto en la cabeza se me mezclan las páginas de Wells con las imágenes de la película de 1953 de Byron Haskin — ¡la sombra del marciano en la pared!— , el rock progresivo de la versión musical de Jeff Wayne y la tremebunda nueva versión de Spielberg de 2005 con Tom Cruise, en la que los trípodes gigantes de los extraterrestres (¡bravo, Steven!) cuentan con cestas para recoger la cosecha humana (Wells escribió que cargaban recipientes metálicos «a la manera que cuelga un saco de los hombros de un traperero»: estamos en los predios del terror más primordial, claro, ¡el hombre del saco!).

Sin embargo ni los más espectaculares efectos especiales del genio de Hollywood son capaces de igualar el poder de conmoción de la descripción que nos brinda Wells de sus marcianos chupadores de sangre, definitivamente antipáticos: una masa grisácea y redonda del tamaño de un oso que brilla como cuero humedecido, dotada de una boca cuyos bordes sin labios, temblorosos y palpitantes, segregan saliva. «Los que no hayan visto un marciano vivo se imaginarán difícilmente el horror extraño de su aspecto, la singular

boca en forma de V (...) el gorgóneo grupo de los tentáculos (...) me sentí abrumado de asco y de miedo». Asquerosas bestias, y llegan bien armadas. Afortunadamente carecen de sexo, al menos en ese aspecto nos dejarán tranquilos. «El miedo a los marcianos me envolvía por todas partes», dice el protagonista. Solo podemos asentir. ¡Imaginen lo que fue leerlo con diez años! Quizá nada sintetiza más la desazón y la sensación de urgencia que provoca toda la novela que el grito de aquella vieja en el camino de Woking devastado por el Rayo Ardiente: «¡Que vienen!». Contra ellos, contra los marcianos, Wells envía a los húsares de Cardigan; no había nada mejor. En fin, en nuestra época tampoco lo hacen muy bien los tanques y aviones.

Pasada la orgía de destrucción, aún faltaba lo peor. Es imposible leer la segunda parte, «La Tierra dominada por los marcianos», sin hundirse moralmente. Enterrados, atrapados, escondidos, en compañía de gente tan pirada como el vicario y el artillero, nos aplasta el peso de la soledad y el desvalimiento que provoca la destrucción del orden social, por no hablar de lo que deprime ser tan conscientes de haberte convertido en la parte mala de la cadena alimentaria. No les revelo nada si les digo que la humanidad sale adelante, pero no como vencedora de la guerra sino como mera superviviente. Por pura chiripa, y a esperar la próxima... «Hemos aprendido a no considerar en lo sucesivo nuestro planeta como segura e inviolable morada del hombre».

Uno desembarca en *La isla del doctor Moreau* pensando que no le va a intranquilizar tanto. Craso error. Yo aún tengo pesadillas con las cosas terribles que pasan allí, en la isla Noble (!). Ríase usted de los experimentos de la InGen de Hammond en la Isla Nublar de *Parque Jurásico*. Al lugar, un islote volcánico, llega Edward Prendick, un aficionado a la historia natural que ha naufragado y ha sido recogido por una goleta que lleva un extraño cargamento de animales a la isla. Ya a bordo empieza a encontrarse con personajes extraños, bestiales, no sé si me entienden. En tierra descubre para su horror que la isla es desde hace once años la estación experimental de Moreau, un científico que tuvo que alejarse de Inglaterra por la crueldad desaforada de sus experimentos con animales. El hombre, por supuesto, no ha escarmentado y se dedica

a llevar al extremo sus escalofriantes proyectos lunáticos. «Animales humanizados, triunfos de la vivisección». Un hombre-leopardo, una mezcla de hiena y cerdo, hombres-buey, el mono-chivo, la yegua-rinoceronte, el hombre-mono, la vieja y maloliente zorra-osa, la mujer-cerda (!), etcétera.

No sé por qué lo que me viene a la cabeza una y otra vez al recordar la novela no son los rostros de ese retorcido y grotesco bestiario sino los chillidos del felino sometido a infinitas torturas durante la historia para su transformación («como si todo el dolor del mundo hubiese encontrado una voz»). En la novela es un puma, pero siempre pienso en la mujer pantera y en el rostro (¡y el cuerpo!) de María (Barbara Carrera), que era la más fina creación de Moreau en la película de 1977 con Burt Lancaster en el papel del doctor y Michael York como protagonista (ha habido otras dos películas famosas, la de 1933, con Charles Laughton y Bela Lugosi, y la de 1996, con Marlon Brando y Val Kilmer; tres grandes Moreau, Lancaster, Laughton y Brando, sin duda).

La novela ha sido considerada en nuestros tiempos como un ejemplo de los terribles pecados y riesgos de la manipulación genética. Moreau no llega a tanto, lo suyo es más pedestre, pero vale como modelo de científico obsesionado con enmendar la plana a la naturaleza. Nos encontramos ante un émulo de Frankenstein, claro. La novela es muchísimo más rica y abunda en simbolismos y alegorías, amén de invitar a una reflexión sobre la naturaleza del hombre y ni les digo sobre la crueldad con los animales. Se ha señalado que Wells reprodujo la experiencia colonial europea cargando las tintas en la parábola. A mí me fascina la semejanza de Moreau con Próspero, el protagonista de *La tempestad* de Shakespeare. Moreau, con ciencia y no con magia, se ha rodeado de dolientes Calibanes en su isla a los que también somete justificado por un poder y una sabiduría superiores. Asimismo, hay una lectura bíblica de la historia, con Moreau como un dios que regala a sus criaturas el envenenado (y doloroso) don de la conciencia y la humanidad mostrando al tiempo toda la crueldad de un Yahvé con bisturí. Margaret Atwood ha señalado muy certeramente la relación de Moreau con la encantadora Circe de la *Odisea*, que convierte a los compañeros de Ulises precisamente en cerdos. Por supuesto hay

mucho Darwin (acelerado) en el relato...

En el ecuador de este azorado discurrir por las cuatro grandes novelas de H. G. Wells, déjenme hablarles un poco sobre el escritor. Era un hombre que fue de la nada al todo. Podría haberse quedado en dependiente de mercería y acabó convertido en un fino intelectual de enorme influencia que se codeaba con los presidentes de Estados Unidos, que reclamaban su opinión, y visitando a Lenin en el Kremlin y entrevistando al mismísimo Stalin. Quizá uno de los mayores elogios que se pueden rendir a sus libros es que los nazis los quemaron públicamente; también en eso fue un precursor de la ciencia ficción que vendría (*Fahrenheit 451*).

Bertie Wells, como lo llamaban familiarmente, provenía de un hogar humilde. Su madre había sido (y volvió a ser) sirvienta y su padre era un tipo que jugaba muy bien al críquet pero que fracasó en su pequeño comercio y redujo a su familia prácticamente a la miseria. El joven Wells casi no tuvo educación por falta de medios y solo un increíble esfuerzo personal y su sufrida madre le sacaron del destino de oscuro empleado para convertirlo en una de las personalidades más brillantes, admiradas y respetadas de su tiempo. Estudió ciencias con entusiasmo, tuvo la suerte de recibir enseñanzas de biología y zoología de T. H. Huxley, nada menos (el gran popularizador y valedor de Darwin influyó mucho en su pupilo: la teoría de la evolución empapa sus novelas), y se convirtió él mismo en maestro para decantarse hacia la escritura y el periodismo.

La máquina del tiempo (1895), una de las cuatro novelas que aquí tienen, le lanzó a la fama. La siguieron en asombrosa sucesión sus otras tres obras maestras: *La isla del doctor Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897) y *La guerra de los mundos* (1898). En poco tiempo se convirtió en un autor de enorme popularidad traducido a todas las grandes lenguas y que eclipsó a su predecesor en el género fantástico, Julio Verne. Por supuesto, Wells fue mucho más que un escritor de género. Su dimensión política (socialista escéptico, era un notable portavoz de la izquierda británica), social —baste con decir que abogó por los derechos de las mujeres y que en 1924 participó en una pionera campaña ¡en defensa de las ballenas!— y cultural fue extraordinaria y de hecho buena parte de sus obras no

tienen nada que ver con la ciencia ficción. En realidad, todas, incluidas las que son el sujeto de estas líneas —siendo como son estupendas historias—, están imbuidas de ideas y de una gran carga de reflexión social y política. H. G. Wells no se consideraba, ni era, un inocuo autor de aventuras fantásticas, sino un escritor de hálito profético que quería reflexionar sobre temas de gran relevancia y advertir al mundo de lo que se le venía encima. Que además sea apasionante y entretenidísimo resulta una suerte.

Wells adelantó en sus novelas —y permítanme recomendarles si estas cuatro son de su agrado *Cuando el durmiente despierta* y *En los días del cometa*— muchas cosas: la guerra aérea, las armas atómicas, la llegada a la Luna... Otras, como la invisibilidad, aún están por verse (lo siento: no he podido evitar el comentario).

Me resisto a no darles unos apuntes sobre su vida íntima. Porque aunque no coincida con el resto del perfil, el amigo Wells era en el aspecto sentimental bastante un viva la virgen cuyos numerosos *affaires* sexuales, en busca de la plenitud emocional que no alcanzaba en sus matrimonios (se casó dos veces), resultaron notorios. Amaba a sus esposas pero se acostaba con la que se le pusiera a tiro. Tuvo hijos fuera del matrimonio, uno de ellos en 1914 con la novelista Rebecca West.

Volvamos a las novelas. De *La máquina del tiempo* conservo una fuerte sensación de soledad, aún más que de sobresalto y desasosiego, que ya es decir. ¿Hay soledad más grande que la de ese hombre atravesando los eones a bordo de su artefacto de frágil apariencia que puede dejarle varado en los meandros más inhóspitos del tiempo? Es también la soledad del lector sumergido en los millares de libros que jalonan su vida. Como en las otras novelas, la plasmación cinematográfica de esta nos ha legado imágenes que resultan inseparables del texto y de nuestras primeras materializaciones a través de la imaginación durante la lectura. La propia máquina, el primer ingenio científico, mecánico, para viajar en el tiempo jamás descrito, aparece tan bien construida en el canónico film de 1960 *Time Machine* (en España se tituló *El tiempo en sus manos*) que yo ya no puedo imaginarla de otra manera. Alguien ha escrito que lo que Wells describe es una especie de bicicleta costumizada en un taller suburbano, una máquina en parte

reloj, en parte vieja radio y cámara de cine. En la novela es de delicada armazón metálica, con partes de níquel, de marfil y cristal, y unas varillas de cuarzo; dispone de un asiento —el cine lo convirtió en un sillón victoriano— y una simple palanca para moverse en el pasado y el futuro, y se apoya sobre unos raíles de bronce.

«Me propongo explorar el tiempo», declara el viajero en el tiempo, del que nunca sabremos el nombre. Su relato ante los escépticos invitados que constituyen su auditorio, arranca con la explicación de lo que se siente en ese trayecto. Son sensaciones, nos dice, sumamente desagradables, parecidas a montar en una montaña rusa. Los efectos lumínicos resultan casi alucinógenos, el peligro y la incertidumbre, grandes, pero nuestro viajero no pierde en ningún momento su perspectiva científica. Tras unos tanteos y después de ver cosas que no ha sido dado contemplar a ser humano alguno, nuestro hombre va a parar de manera bastante accidentada a un remoto futuro —los cuadrantes de la máquina indican el año 802 701— donde lo primero que se encuentra es la inquietante estatua de una esfinge, que constituye uno de los grandes iconos del misterio y del terror de toda la literatura.

Estamos en un extraño mundo idílico poblado por una humanidad bella, frágil, inocente y desvitalizada, los eloi. Al viajero le parece que hemos degenerado en una Edad de Oro estéril y apática, una sociedad «comunista» opulenta y gandula. Pertrechado con las ideas darwinistas de Wells, el protagonista no entiende cómo la supervivencia de los más fuertes puede haber derivado en semejante placidez desmotivada. Pero por supuesto, aún no conoce a los morlocks.

El encuentro con los caníbales y horripilantes morlocks, que se ceban en los eloi, es traumático para el viajero en el tiempo, nuestro valiente Prometeo con su cerillita, pero yo diría que incluso aún más para los lectores. Para muchos de nosotros ha sido la verdadera iniciación en el horror. Como con los marcianos o las bestias infrahumanas de Moreau, H. G. Wells consigue crear unos monstruos que están en la cima de la literatura moderna.

Uno de los rasgos más sobresalientes de Wells, lo que lo hace en verdad único, es su capacidad para mezclar las ideas con la

aventura, la filosofía y la ficción. Si los desmotivados eloi son trasuntos de la aristocracia eduardiana, los industriosos morlock en sus oscuros túneles representan al proletariado en su aspecto más brutal (el autor parece mirarlos a ambos desde la perspectiva del científico). Aunque, claro, tener en cuenta estas y otras metáforas sociales de la novela es irrelevante para que uno disfrute de ella como un cosaco.

He dejado para el final *El hombre invisible*, que me parece la más sintética, reconcentrada y moderna de las cuatro novelas, y quizá la más perturbadora. Quizá porque todos hubiéramos querido alguna vez ser invisibles, y con fines a menudo poco confesables. ¿No es acaso Griffin la apoteosis del *voyeur*? La película *El hombre sin sombra* (2000), de Paul Verhoeven, basada en la novela, lleva hasta el extremo esta idea: el científico invisible aprovecha para violar a una mujer a la que codicia y espía desde hace tiempo y que, literalmente, no sabe lo que le cae encima.

Los acontecimientos de la novela transcurren en la tranquila localidad real de Iping. La llegada de un misterioso forastero a la posada Coach and Horses desata los comentarios de la gente. Enseguida comienzan a ocurrir, ya lo verán, cosas raras. El tipo es extraño, sin duda, debe de haber sufrido un accidente, lleva la cabeza vendada, su nariz parece postiza y pintada, nunca se quita las gafas; cuando un perro le desgarró la pernera del pantalón debajo aparece color negro. Los muebles de su habitación parecen moverse solos. El horror se dispara cuando el forastero, presionado y furioso, retira lentamente el vendaje que le cubre la cara para mostrar que detrás... no hay nada. La escena la trasladó al cine de manera escalofriante James Whale en 1933 y es imposible recordar sin un estremecimiento a Claude Rains despojándose de las vendas.

H. G. Wells se basó en numerosos cuentos de historias y seres fantásticos invisibles (espectros, fantasmas, etcétera) pero su novela se enraíza en la ciencia: Griffin es un científico y su invisibilidad es resultado de un experimento —se ha hecho transparente merced a cambios en la pigmentación— y no causada de manera sobrenatural. Las limitaciones que sufre el hombre invisible, sometido pese a todo a las leyes de la física (he ahí la grandeza de la imaginación de Wells), constituyen uno de los elementos más

interesantes del relato: debe ir desnudo, la comida se hace visible en el tracto digestivo, deja huellas en la nieve. Curiosamente, cuando se viste para aparentar humanidad material es cuando resulta más monstruoso.

De la historia de Griffin, que uno lee, aunque esté solo, con la inquietante sensación de que hay alguien más en la habitación —ya me dirán si no es así—, me quedo con la idea de que aún hay un gato invisible por el mundo: en efecto, Griffin consume primero su experimento de invisibilidad con un minino blanco que encuentra en su ventana. Por supuesto, Wells recalca la dimensión moral del relato convirtiéndolo en una reflexión sobre la ética de la ciencia: *El hombre invisible* es la historia del científico brillante que enloquece destruido por su propio éxito, ese Griffin que deviene un delincuente y asesino al que finalmente no podemos sino compadecer cuando es cazado como una alimaña y golpeado sin piedad con una pala. Para mí no hay momento tan fascinante en toda la literatura como el postrero en que el Griffin agonizante comienza a materializarse lentamente ante la mirada de sus asombrados perseguidores.

Se ha dicho que la gran desilusión es la esencia de la obra de Wells. En esa mirada escéptica, un punto amarga, realista, sobre la frágil condición humana y la finitud de sus obras (y su ciencia) el escritor se nos muestra de una absoluta modernidad. La lectura de sus novelas nos deja un poso no solo de maravillas sino de melancolía y, sí, de miedo. En el trance de leerlas hemos perdido la inocencia de creer en un universo comprensible y controlable, no digamos ya amable. Allí fuera pasan cosas extraordinarias, nos dice Wells, pero son peligrosas y, por encima de todo, no nos hacen mejores. Sobrevivir a los marcianos, escapar de la isla de Moreau, lograr que retrocedan los morlocks y observar cómo el hombre invisible recupera su corporeidad una vez liquidado es aparentemente tranquilizador y, sin embargo, no solo todo lo que hemos vivido ha dejado una impresión indeleble en nuestras almas, sino que la victoria sobre el lado oscuro resulta patéticamente provisional. Pasen y lean.

LA MÁQUINA DEL TEMPO

1

El viajero en el tiempo (pues así convendría llamarlo) estaba exponiendo un asunto que nos costaba entender. Brillaban y resplandecían sus ojos grises, y su cara de habitual pálida ahora estaba acalorada y animada. El fuego ardía con intensidad, y el resplandor leve de las luces incandescentes en forma de lirios de plata se filtraba hasta las burbujas que destellaban y circulaban en nuestras copas. Nuestras sillas, que eran obra suya, nos envolvían y acariciaban en vez de limitarse a darnos asiento, y la atmósfera relajada tras la cena era la propia de cuando el pensamiento discurre libre de las ataduras de la precisión. Y nos planteaba el asunto de la siguiente manera, marcando los distintos puntos con un flaco dedo índice, mientras permanecíamos sentados admirando perezosamente su entusiasmo por la nueva paradoja (pues así la considerábamos), y su prolijidad al respecto.

—Deben seguirme atentamente. Me veré obligado a contradecir una o dos ideas que están aceptadas de manera casi universal. Por ejemplo, que la geometría que enseñan en la escuela se basa en un error.

—¿No es mucho esperar que partamos de eso? —apuntó Filby, un tipo pelirrojo al que le gustaba discutirlo todo.

—No es mi intención pedirles que acepten algo sin que haya motivos razonables para ello. No tardarán en admitir lo que necesito que admitan. Ya saben, por supuesto, que una línea matemática, una línea de grosor cero, no existe en la realidad. ¿Les enseñaron eso, verdad? Pues tampoco existen los planos matemáticos. Estas cosas no son más que meras abstracciones.

—Así es —intervino el psicólogo.

—Tampoco un cubo, al tener solo longitud, amplitud y grosor, puede existir en la realidad.

—En eso discrepo —dijo Filby—. Por supuesto que un cuerpo sólido puede existir. Todas las cosas reales...

—Eso cree la mayoría de la gente, pero espere un segundo. ¿Puede existir un cubo «instantáneo»?

—No le sigo... —dijo Filby.

—¿Puede un cubo que no dura nada en absoluto tener existencia real?

Filby se quedó pensativo.

—Claramente —prosiguió el viajero—, cualquier cuerpo real debe extenderse en cuatro direcciones: debe tener longitud, anchura, grosor y... duración. Pero debido a una flaqueza natural de la carne, que les explicaré en un instante, tendemos a pasar por alto este hecho. En realidad hay cuatro dimensiones, tres de las cuales denominamos planos del espacio, y una cuarta, la del tiempo. Se da, no obstante, la tendencia a establecer una distinción irreal entre las tres primeras dimensiones y la cuarta, porque ocurre que nuestra consciencia se desplaza intermitentemente en una dirección por esta última desde el comienzo hasta el fin de nuestras vidas.

—Eso —intervino un hombre muy joven, haciendo esfuerzos espasmódicos por volver a encenderse el puro por encima de la lámpara—, eso sí que está claro.

—Ahora, resulta muy llamativo que se haya pasado tanto por alto —continuó el viajero, alegrándose un poco—. Esto es lo que se entiende por la cuarta dimensión, aunque algunas personas hablan de la cuarta dimensión y no lo saben. No es más que otra manera de considerar el tiempo. «No hay ninguna diferencia entre el tiempo y cualquiera de las otras tres dimensiones del espacio excepto que nuestra conciencia se desplaza por él». Pero algunos insensatos han entendido mal esta idea. ¿Todos están al caso de lo que se dice sobre la cuarta dimensión?

—Yo no —respondió el gobernador provincial.

—Sencillamente se trata de lo siguiente. De que se considera que el espacio, tal y como nuestros matemáticos lo entienden, posee tres dimensiones, que pueden denominarse longitud, anchura y grosor, y

siempre se define respecto a tres planos, cada uno de ellos en ángulo recto respecto a los otros. Pero algunas personas con inclinaciones filosóficas se han dedicado a preguntar que por qué tres dimensiones en particular, ¿por qué no marcar una diferencia más en ángulo recto respecto a las otras tres?, e incluso han elaborado toda una geometría de esta cuarta dimensión. El profesor Simon Newcomb la expuso en la New York Mathematical Society hace apenas un mes. Ustedes saben que en una superficie plana, que solo tiene dos dimensiones, podemos representar la figura de un cuerpo sólido tridimensional, pues de manera similar ellos creen que con maquetas en tres dimensiones podrían representar una figura de cuatro, si consiguieran dominar su perspectiva. ¿Lo ven?

—Eso creo —murmuró el gobernador provincial, y, frunciendo el ceño, se sumió en un estado de introspección, moviendo los labios como quien repite palabras místicas—. Sí, creo que ahora lo entiendo —añadió al cabo de un rato, animándose un instante.

—Bueno, pues no me importa explicarles que llevo ya un tiempo trabajando en esta geometría de las cuatro dimensiones. Algunos de mis resultados son curiosos. Por ejemplo, he aquí el retrato de un hombre a los ocho años, otro a los quince, otro a los diecisiete, otro a los veintitrés y así sucesivamente. Todos estos retratos son claramente secciones, por así llamarlas, representaciones tridimensionales de su ser en la cuarta dimensión, que es algo fijo e inalterable.

»Los científicos —prosiguió el viajero, tras la pausa requerida para que los demás pudieran asimilar lo que acababa de explicarles — saben muy bien que el tiempo no es más que un tipo de espacio. Aquí les presento un diagrama científico popular, un registro meteorológico. Esta línea que trazo con el dedo muestra el movimiento del barómetro. Ayer estaba muy alta, por la noche cayó y esta mañana ha vuelto a ascender, subiendo lentamente hasta aquí. ¿Acaso el mercurio no ha trazado esta línea en alguna de las dimensiones del espacio que suelen reconocerse? Pues sí que ha trazado esa línea, y debemos concluir, por tanto, que esa línea ha seguido la dimensión temporal.

—Pero —le interrumpió el médico, mirando fijamente un ascua de la chimenea—, ¿si el tiempo es en realidad la cuarta dimensión

del espacio, por qué se considera y por qué se ha considerado siempre como algo distinto? ¿Y por qué no podemos desplazarnos en el tiempo como nos desplazamos por las demás dimensiones del espacio?

El viajero sonrió.

—¿Está seguro de que podemos desplazarnos libremente en el espacio? Podemos ir a derecha y a izquierda, adelante y atrás con bastante libertad, cosa que los hombres siempre han hecho. Admito que podemos desplazarnos libremente en dos dimensiones. Pero ¿y arriba y abajo? La gravedad nos limita en eso.

—No exactamente —protestó el médico—. Existen los globos.

—Pero antes de los globos, a excepción de los saltos espasmódicos y las irregularidades de la superficie, el hombre no poseía libertad de movimiento vertical.

—Aun así podía desplazarse un poco hacia arriba y hacia abajo —insistió el médico.

—Era muchísimo más fácil hacia abajo que hacia arriba.

—Pero no es posible desplazarse en el tiempo, no se puede escapar del instante presente.

—Apreciado señor, justo en eso es en lo que se equivoca. Ahí es donde el mundo entero se ha equivocado. Siempre escapamos del instante presente. Nuestras existencias mentales, que son inmateriales y no poseen dimensiones, discurren por la dimensión temporal a una velocidad uniforme desde que nacemos hasta que morimos. Como si viajáramos «hacia abajo», si comenzáramos nuestra existencia a más de ochenta kilómetros por encima de la superficie de la Tierra.

—Pero ese es el gran problema —repuso el psicólogo—. Es posible desplazarse en todas direcciones en el espacio, pero no en el tiempo.

—Ese es el germen de mi gran descubrimiento. Usted se equivoca al afirmar que no podemos desplazarnos en el tiempo. Por ejemplo, si tengo el recuerdo vívido de un incidente vuelto al instante en que tuvo lugar; es decir, mi mente se distrae. Salto atrás durante un instante. Claro que no disponemos de los medios para permanecer en el pasado durante cierto periodo de tiempo, no más de los que poseen un salvaje o un animal para permanecer dos

metros por encima del suelo. Pero un hombre civilizado tiene más capacidades que un salvaje en este sentido. Puede vencer la gravedad con un globo, ¿y por qué no debería esperar que acabe deteniendo o acelerando su desplazamiento por la dimensión temporal, o incluso dándose la vuelta y viajando en sentido opuesto?

—Ay, eso... —empezó Filby—, no es más que...

—¿Por qué no? —preguntó el viajero.

—Va en contra de la razón —afirmó Filby.

—¿Qué razón? —preguntó el viajero.

—Puede demostrar que lo negro es blanco a fuerza de argumentos —resumió Filby—, pero nunca me convencerá.

—Probablemente no. Sin embargo, ahora empiezan a ver el objeto de mis investigaciones en la geometría de las cuatro dimensiones. Hace tiempo que empecé a imaginarme una máquina...

—¡Para viajar en el tiempo! —exclamó el hombre muy joven.

—Que viajara indistintamente hacia cualquier dirección del espacio y del tiempo, como el conductor decida.

Filby se limitó a reírse.

—Pero tengo confirmación experimental —dijo el viajero.

—Resultaría extraordinariamente práctico para un historiador —sugirió el psicólogo—. ¡Podría viajar en el tiempo y verificar la versión aceptada de la batalla de Hastings, por ejemplo!

—¿Y no cree que llamaría la atención? —preguntó el médico—. Nuestros ancestros no toleraban muy bien los anacronismos.

—Podría aprender griego de los mismos labios de Homero y Platón —pensó el hombre muy joven.

—En cuyo caso seguro que suspendería el examen de acceso a la universidad. Los estudiosos alemanes han mejorado mucho el griego.

—Y luego está el futuro —continuó el hombre muy joven—. ¡Imagínense! ¡Uno puede invertir todo su dinero, dejar que acumule intereses, y correr al futuro!

—Para descubrir una sociedad —intervine yo— basada en principios estrictamente comunistas.

—¡De todas las teorías alocadas y extravagantes...! —empezó el

psicólogo.

—Sí, eso me parecía, por lo que nunca había hablado de ella hasta...

—¡La comprobación experimental! —exclamé yo—. ¿Va a comprobar eso?

—¡El experimento! —gritó Filby, que ya mostraba signos de agotamiento.

—Veamos su experimento, en cualquier caso —dijo el psicólogo —, aunque no son más que patrañas, ya lo saben.

El viajero nos sonrió a todos. Y a continuación, aún con una leve sonrisa y con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, salió despacio de la habitación y oímos como arrastraba las zapatillas por el largo pasillo hasta su laboratorio.

El psicólogo nos miró.

—Me pregunto con qué nos saldrá...

—Con algún juego de manos, supongo —dijo el médico, y Filby intentó hablarnos de un mago que había visto en Burslem; pero antes de que terminara el prólogo, el viajero regresó y la anécdota de Filby quedó interrumpida.

El viajero sostenía en la mano un armazón metálico brillante, poco más grande que un reloj pequeño, fabricado con suma delicadeza. Era en parte de marfil y en parte de una sustancia cristalina y transparente. Y ahora tengo que ser explícito, porque lo que viene a continuación —a no ser que se acepte su explicación—, resulta completamente inexplicable. El viajero cogió una mesa pequeña octogonal de las que había repartidas por la habitación y la puso delante de la chimenea, con dos patas sobre la alfombra. Sobre esta mesa colocó el mecanismo. Entonces acercó una silla y se sentó. En la mesa solo había otro objeto, una lámpara pequeña, cuya luz brillante se proyectaba de pleno sobre la maqueta. También había una docena de velas a su alrededor, dos montadas en candelabros de latón encima de la repisa y diversas en apliques, de modo que la habitación estaba muy iluminada. Yo me senté en una butaca baja lo más cerca posible del fuego, y la adelanté hasta quedar casi entre el viajero y la chimenea. Filby se sentó detrás del viajero, y miraba por encima de su hombro. El médico y el gobernador provincial lo observaban de perfil desde la derecha, y el

psicólogo desde la izquierda. El hombre muy joven se puso detrás del psicólogo. Todos estábamos atentos. Me parece increíble que pudiera realizar alguna clase de truco en tales condiciones, por muy sutil que hubiera sido al concebirlo y hábil al ejecutarlo.

El viajero nos miró y luego observó el mecanismo.

—¿Y bien? —le espetó el psicólogo.

—Este pequeño objeto —empezó el viajero, apoyando los codos sobre la mesa y juntando las manos por encima del aparato—, no es más que una maqueta. Mi plan es elaborar una máquina para viajar en el tiempo. Habrán detectado que parece particularmente torcida, y que esta barra presenta un brillo extraño, como si en cierto modo fuese irreal. —Señaló la parte comentada con el dedo—. Además, aquí hay una palanquita blanca, y allí otra.

El médico se levantó de la silla y miró detenidamente aquel objeto.

—Qué finura en la elaboración —señaló.

—He tardado dos años en hacerla —replicó el viajero. Y a continuación, cuando todos habíamos imitado la acción del médico, añadió—: Ahora quiero que entiendan claramente que al pulsar esta palanca la máquina se desliza al futuro, y esta otra revierte el movimiento. Esta silla representa el asiento del viajero en el tiempo. Ahora voy a pulsar la palanca, y la máquina se irá. Se desvanecerá, pasará al tiempo futuro y desaparecerá. Mírenla bien. Miren también la mesa, y comprueben que no hay ningún truco. No quiero desperdiciar esta maqueta ni que luego me digan que soy un charlatán.

Se hizo una pausa, quizá de un minuto. Parecía que el psicólogo iba a decirme algo, pero cambió de idea. A continuación el viajero extendió el dedo hacia la palanca.

—No —dijo de repente—. Déjeme la mano.

Y volviéndose hacia el psicólogo, cogió la mano del individuo y le pidió que extendiera el dedo índice, para que fuera el propio psicólogo quien enviara la maqueta de la máquina del tiempo a su viaje interminable. Todos vimos girar la palanca. Estoy absolutamente seguro de que no hubo truco alguno. Entró un soplo de viento y saltó la llama de la lámpara. Una de las velas de la repisa se apagó y de repente la maquinita giró, se volvió borrosa,

pareció un fantasma puede que durante un segundo, formando una especie de remolino de latón y marfil que centelleaba débilmente; y entonces se esfumó... ¡Había desaparecido! A excepción de la lámpara, la mesa estaba vacía.

Todo el mundo quedó en silencio durante un instante. Entonces Filby mostró entre exclamaciones su sorpresa.

El psicólogo se recuperó del estupor y miró de repente bajo la mesa. Al verlo, el viajero se rio alegremente.

—¿Y bien? —dijo, imitando un poco al psicólogo. Entonces se levantó y se acercó hasta el bote de tabaco que había sobre la repisa, y empezó a rellenar su pipa de espaldas a nosotros.

Nos miramos los unos a los otros.

—Mire usted —intervino el médico—, ¿de verdad se toma todo esto en serio? ¿De verdad cree que su máquina ha viajado en el tiempo?

—Por supuesto —respondió el viajero, agachándose para prender una astilla en el fuego. Entonces encendió su pipa y se volvió para mirar al psicólogo a la cara, quien, para demostrar que no estaba alterado, se sirvió también un puro y trató de encenderlo sin cortarle la punta—. Y, además, tengo una máquina grande casi terminada allí dentro —señaló hacia el laboratorio—, y cuando esté montada pretendo emprender yo mismo el viaje.

—¿Pretende decir que la máquina ha viajado al futuro? —preguntó Filby.

—Al futuro o al pasado, no sé con certeza a cuál de ellos.

Al cabo de un rato al psicólogo se le ocurrió una idea.

—Tiene que haberse desplazado al pasado, si es que ha ido a alguna parte.

—¿Por qué? —preguntó el viajero.

—Porque asumo que no se ha movido en el espacio, y si viajara hacia el futuro ahora seguiría aquí, ya que tiene que haber pasado por este tiempo.

—Pero —intervine yo— si viajara al pasado ya la habríamos visto en cuanto hemos entrado en la habitación, y el pasado jueves cuando estuvimos aquí, y el jueves anterior, ¡y así sucesivamente!

—Son objeciones importantes —señaló el gobernador provincial en un tono de imparcialidad, volviéndose hacia el viajero.

—En absoluto —replicó el viajero. Y se dirigió al psicólogo—: Piense. Usted lo puede explicar. Se presenta por debajo del umbral, ya sabe, se presenta diluida.

—Claro —dijo el psicólogo, y nos tranquilizó—. Se trata de un tema muy sencillo de la psicología. Tendría que haberlo pensado. Queda bastante claro, y explica divinamente la paradoja. No podemos verla, ni reconocerla, más que el rayo de una rueda al girar, o una bala volando por los aires. Si viaja en el tiempo cincuenta o cien veces más rápido que nosotros, si recorre un minuto mientras para nosotros transcurre un segundo, la impresión que genere supondrá, por supuesto, una quincuagésima o una centésima parte de lo que sería si no estuviera viajando en el tiempo. Así queda bastante claro. —Pasó la mano por el espacio donde había estado la máquina—. ¿Lo ven? —dijo, riéndose.

Nos sentamos mirando fijamente la mesa vacía durante lo que debió de ser un minuto. Entonces el viajero nos preguntó qué pensábamos de todo aquello.

—Esta noche parece bastante convincente —comentó el médico—, pero esperen a mañana. Esperen al sentido común de la mañana.

—¿Les gustaría ver la auténtica máquina del tiempo? —preguntó el viajero. Y acto seguido, con la lámpara en la mano, nos condujo por el largo pasillo, lleno de corrientes de aire, que llevaba a su laboratorio.

Recuerdo vívidamente la luz parpadeante, la silueta de su cabeza extraña y ancha, el baile de sombras, que todos lo seguimos, perplejos pero incrédulos, y que en el laboratorio pudimos contemplar una versión más grande del pequeño mecanismo que habíamos visto desvanecerse ante nuestros ojos. Tenía partes de níquel, partes de marfil, partes que debía de haber limado o serrado de un cristal de roca. La máquina estaba prácticamente acabada, pero las cristalinas barras torcidas se hallaban sin terminar en el banco junto a unos dibujos. Cogí una para examinarla mejor. Me pareció que era cuarzo.

—Mire usted —repitió el médico—, ¿de verdad habla en serio? ¿O se trata de un truco... como el fantasma que nos enseñó las Navidades pasadas?

—Con esta máquina —respondió el viajero, sujetando la lámpara

en alto— pretendo explorar el tiempo, ¿queda claro? Nunca en la vida he hablado más en serio.

Ninguno de nosotros sabía muy bien cómo tomárselo.

Mi mirada se cruzó con la de Filby por encima del hombro del médico, y me hizo un guiño solemne.

2

Creo que en aquel momento ninguno de nosotros creyó en la máquina del tiempo. Lo cierto es que el viajero era uno de esos hombres que son tan listos que nadie los cree. Nunca tenías la sensación de saberlo todo de él; tras su franqueza lúcida siempre sospechabas alguna reserva sutil, alguna ingeniosidad emboscada. Si hubiese sido Filby quien mostrara la maqueta y explicara el asunto con las palabras del viajero, nos habríamos mostrado mucho menos escépticos porque habríamos percibido sus motivaciones: hasta un charcutero entendería a Filby. En cambio, uno de los rasgos del viajero era la impulsividad, y desconfiábamos de él. Cosas que habrían hecho famoso a un hombre menos inteligente parecían trucos en sus manos. Es un error hacer las cosas con demasiada facilidad. La gente sería que se lo tomaba en serio nunca se fiaba del todo de su comportamiento; de algún modo eran conscientes de que arriesgarse a confiar en él era como amueblar una habitación infantil con porcelana fina. Así que no creo que ninguno de nosotros hablara mucho sobre los viajes en el tiempo en los días transcurridos entre aquel jueves y el siguiente, aunque el potencial de dichos viajes ocupaba, sin duda alguna, la mayoría de nuestras mentes. Me refiero a su carácter factible, es decir, a lo increíble que resultaba desde un punto de vista práctico, a las curiosas posibilidades de anacronismo y de confusión total que sugería. Por mi parte, me preocupaba particularmente el truco de la maqueta. Recuerdo haberlo discutido con el médico, con quien me encontré el viernes en el Linnaean. Comentó que había visto algo similar en Tubinga, e insistió bastante en que se apagó la vela. Pero el modo en que había realizado el truco, eso no se lo podía explicar.

El jueves siguiente volví a Richmond —me parece que era uno de los invitados más habituales del viajero—, y, como llegué tarde, me encontré a cuatro o cinco hombres ya reunidos en su salón. El médico estaba de pie ante el fuego con una hoja de papel en una mano y el reloj en la otra. Busqué con la mirada al viajero y...

—Son las siete y media —anunció el médico—. Supongo que será mejor que cenemos.

—¿Dónde está...? —pregunté, nombrando a nuestro anfitrión.

—¿Acaba de llegar? Pues es bastante raro. Ha sufrido un retraso inevitable. Me pide en esta nota que si no ha vuelto a las siete empecemos a cenar. Dice que se explicará cuando vuelva.

—Es una lástima dejar que se estropee la cena —comentó el director de un diario muy conocido, y acto seguido el médico tocó el timbre.

El psicólogo era el único, aparte del médico y yo, que había asistido a la cena anterior. Los otros hombres eran Blank, el director de periódico antes mencionado, cierto periodista y otro hombre, silencioso, tímido y barbudo, a quien no conocía, que, según pude observar, no abrió la boca en toda la velada. Durante la cena se especuló un poco sobre la ausencia del viajero, y yo sugerí en tono medio jocoso que quizá había viajado en el tiempo. El director preguntó a qué me refería, y el psicólogo ofreció un relato inexpresivo del «truco y la paradoja ingeniosa» que había presenciado una semana atrás. Estaba en plena explicación cuando la puerta del pasillo se abrió despacio y sin hacer ruido. Yo estaba sentado hacia la puerta y lo vi primero.

—¡Hola! —dije—. ¡Al fin!

La puerta se abrió más y el viajero apareció ante nosotros. Lancé un grito de sorpresa.

—¡Santo cielo! Pero, hombre, ¿qué le ocurre? —exclamó el médico, que lo vio a continuación. Y la mesa entera se volvió hacia la puerta.

Se encontraba en un estado terrible. Llevaba la chaqueta polvorienta y sucia y las mangas manchadas de verde; el pelo, desordenado, y me pareció que más encanecido, puede que por el polvo y la suciedad o porque realmente había perdido color. El rostro mostraba una palidez espectral; tenía un corte marrón en la

barbilla, medio curado, y una expresión demacrada, ojerosa, como de haber sufrido mucho. Dudó en la puerta un instante, como si la luz lo hubiera deslumbrado. Entonces entró en la habitación. Caminaba con la misma cojera que yo había visto en los vagabundos que tienen los pies doloridos. Lo mirábamos fijamente en silencio, esperando a que hablara.

No dijo ni una palabra, sino que se acercó lentamente hasta la mesa, e hizo un gesto en dirección al vino. El director sirvió una copa de champán y se la acercó. El hombre la vació, y pareció sentirle bien, pues miró alrededor de la mesa y volvió a esbozar su antigua sonrisa.

—¿Qué diablos ha estado haciendo, hombre? —le espetó el doctor.

El viajero no pareció oírlo.

—No quiero interrumpirlos —dijo, con voz algo entrecortada—. Estoy bien.

Se detuvo, alzó la copa para que le sirvieran más, y se la bebió de un trago.

—Qué bien —murmuró.

Sus ojos se iluminaron, y un color débil volvió a sus mejillas. Su mirada pestañeó al revisar nuestras caras mostrando su aprobación de manera poco expresiva, y luego recorrió la habitación cálida y cómoda. Volvió a hablar, aún como si avanzara a tientas entre las palabras.

—Voy a lavarme y a vestirme, y luego bajaré y se lo contaré todo... Guárdenme un poco de ese cordero. Me muero por un poco de carne.

Miró hacia el director del periódico, que era una visita poco habitual, y le deseó que estuviera bien. El director se dispuso a hacerle una pregunta.

—Si le respondo ahora mismo... —replicó el viajero—. Estoy... mareado. Me encontraré mejor dentro de un minuto.

Dejó la copa y se dirigió hacia la puerta que daba a la escalera. Volví a fijarme en su cojera y en el ruido amortiguado de sus pisadas, y, levantándome de mi sitio, le miré los pies al salir. Solo llevaba un par de calcetines andrajosos y manchados de sangre. Luego la puerta se cerró tras él. Me planteé seguirle, hasta que

recordé cuánto detestaba armar escándalo. Pasé un minuto, quizá, pensando en las musarañas. Entonces oí que el director de periódico decía: «Asombroso comportamiento de un científico eminente», pensando, como solía, en titulares. Y ese comentario devolvió mi atención a la brillante mesa de la cena.

—¿A qué juega? —preguntó el periodista—. ¿Se ha dedicado a hacer de mendigo? No lo entiendo.

Mi mirada se encontró con la del psicólogo, y leí mi propia interpretación en su rostro. Pensé en el viajero cojeando dolorosamente escaleras arriba. No creo que nadie más hubiera advertido la cojera.

El primero en recuperarse de la sorpresa fue el médico, que tocó el timbre —el viajero detestaba que los criados sirvieran durante la cena— para pedir un plato caliente. Entonces el director se concentró en su cuchillo y su tenedor con un gruñido, y el hombre silencioso hizo lo mismo. Se reanudó la cena. En la conversación abundaron las exclamaciones durante un rato, con intervalos de asombro, hasta que la curiosidad del director se hizo irresistible.

—¿Es que nuestro amigo sobrevive barriendo la esquina, o tiene fases de Nabucodonosor y vive entre animales? —interrogó.

—Estoy seguro de que se trata del asunto de la máquina del tiempo —dije, y retomé el relato de nuestra reunión anterior que estaba haciendo el psicólogo.

Los nuevos huéspedes se mostraron francamente incrédulos. El director planteó objeciones.

—¿Qué viaje en el tiempo ha sido este? Nadie se cubriría de polvo al adentrarse en una paradoja, ¿verdad? —Y entonces, al ocurrírsele la idea, recurrió a caricaturizarlo. ¿Acaso no tenían cepillos para la ropa en el futuro? El periodista tampoco se lo creía, de ninguna manera, y se sumó al director en la fácil tarea de ridiculizar todo aquel asunto. Ambos pertenecían al nuevo tipo de periodista: eran hombres jóvenes, muy alegres e irreverentes.

—Informa nuestro corresponsal especial de pasado mañana —estaba diciendo, o más bien gritando el periodista, cuando el viajero volvió. Iba vestido con ropa corriente de noche, y su mirada demacrada era lo único que quedaba del cambio que tanto me había sorprendido.

—¡Digo que estos tipos de aquí afirman que ha viajado hasta mediados de la próxima semana! —comentó el director, desternillándose—. ¡Cuéntenos algo del pequeño Rosebery, por favor! ¿Qué querrá a cambio de contárnoslo todo?

El viajero se dirigió hasta el lugar reservado para él sin decir nada. Sonrió tranquilamente, como solía hacer.

—¿Dónde está mi cordero? —preguntó—. ¡Qué placer volver a clavar el tenedor en la carne!

—¡La historia! —exclamó el editor.

—¡Al diablo la historia! —replicó el viajero—. Quiero algo de comer. No diré palabra hasta introducir un poco de peptona en mis arterias. Gracias. Y la sal.

—Una palabra —intervine yo—. ¿Ha estado viajando en el tiempo?

—Sí —respondió el viajero con la boca llena, asintiendo.

—Daría un chelín por cada línea de un relato palabra por palabra —afirmó el director.

El viajero extendió la copa en dirección al hombre silencioso y la rozó con la uña, ante lo que cual el hombre silencioso, que lo había estado mirando fijamente, se sobresaltó de repente y le sirvió vino. El resto de la cena resultó incómodo. Aún me surgían preguntas repentinas, y me atrevería a decir que a los demás también. El periodista trató de aliviar la tensión contando anécdotas sobre Hettie Potter. El viajero se concentró en la cena, y demostró tener el apetito de un vagabundo. Mientras se fumaba un cigarrillo, el médico observó al viajero con la mirada entrecerrada. El hombre silencioso parecía aún más torpe, y bebía champán, sin parar y decidido, por puro nerviosismo. Al fin el viajero apartó el plato y nos miró.

—Supongo que debo pedir disculpas —empezó—, sencillamente me moría de hambre. He tenido un viaje increíble. —Extendió la mano para coger un puro, y le arrancó la punta—. Pero vengan al salón de fumar. Es una historia demasiado larga para contarla ante los platos grasientos.

Y tocando el timbre al pasar, nos condujo hasta la habitación de al lado.

—¿Ha hablado de la máquina a Blank, Dash y Chose? —me

preguntó, reclinándose en su sillón mientras nombraba a los tres huéspedes nuevos.

—No es más que una paradoja... —protestó el director.

—Esta noche no puedo discutir. No me importa contarles la historia, pero no puedo discutir. —Y prosiguió—: Les contaré lo que me ha sucedido, si lo desean, pero deben evitar interrumpirme. Quiero contarlo. Tengo muchísimas ganas. La mayor parte les parecerá mentira. ¡Pues que así sea! Piensen lo que piensen, es cierto, hasta la última palabra. Yo estaba en mi laboratorio a las cuatro de la tarde, y desde entonces... he vivido ocho días... ¡unos días que ningún ser humano ha vivido jamás! Aunque estoy prácticamente exhausto, no dormiré hasta que se lo haya explicado. Después me iré a la cama. Pero ¡sin interrupciones! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el editor, y el resto lo repetimos.

Y así el viajero empezó su historia tal y como la expongo a continuación. Primero se reclinó en su sillón y hablaba agotado. Luego se fue animando. Al escribirlo percibo con demasiada intensidad la insuficiencia de la tinta y la pluma —y por encima de todo, mi propia ineptitud— para expresar la naturaleza de su explicación.

Supongo que se leerá con la atención necesaria, pero ni siquiera así se puede ver el rostro blanco y sincero del viajero iluminado por el círculo brillante de la lámpara pequeña, ni oír la entonación de su voz. ¡Resulta imposible relatar hasta qué punto su expresión seguía los giros de su historia! La mayoría de quienes lo escuchábamos estábamos a la sombra, porque no habían encendido las velas de la sala de fumar, y solo el rostro del periodista y las piernas del hombre silencioso a partir de las rodillas quedaban iluminados. Al principio nos mirábamos de vez en cuando los unos a los otros. Al cabo de un rato dejamos de hacerlo, y solamente mirábamos el rostro del viajero.

3

—El jueves pasado les expliqué a algunos de ustedes los principios de la máquina del tiempo, y les mostré el aparato incompleto en el taller. Lo cierto es que ahora está un poco desgastada por el viaje, una de las barras de marfil está rajada y una barra de latón está torcida, pero el resto está bastante entero. Esperaba terminarla el viernes, sin embargo, el viernes, cuando la tenía prácticamente montada, me di cuenta de que a una de las barras de níquel le faltaban más de dos centímetros, y tuve que mandarla a que la rehicieran, así que el aparato no estuvo completo hasta esta mañana. Eran las diez en punto del día de hoy cuando la primera máquina del tiempo empezó su andadura. Le di el último toque, comprobé todas las tuercas, puse una gota más de aceite en la barra de cuarzo y me senté en la silla. Supongo que un suicida, en el momento de llevarse una pistola a la sien, estará tan intrigado por lo que va a ocurrir como lo estaba yo entonces. Agarré la palanca de inicio con una mano y la de parada con la otra, empujé la primera y, casi de inmediato, la segunda. Me pareció que daba vueltas, me dio la impresión de que me caía, como en una pesadilla, y, mirando a mi alrededor, vi el laboratorio exactamente igual que antes. ¿Había ocurrido algo? Por un instante sospeché que mi intelecto me había engañado. Entonces me fijé en el reloj. Un segundo antes, me había parecido, marcaba las diez y un minuto o dos, ¡y ahora eran casi las tres y media!

»Tomé aliento, apreté la mandíbula, agarré la palanca de inicio con ambas manos y salí disparado con un ruido sordo. El laboratorio se volvió borroso y se oscureció. La señora Watchett entró y se dirigió, al parecer sin verme, hacia la puerta del jardín.

Supongo que tardó un minuto o así en cruzar la habitación, pero me pareció que iba disparada como un cohete. Empujé la palanca hasta el final. Se hizo de noche como si hubieran apagado una lámpara, y al momento se hizo de día otra vez. El laboratorio se volvió vago y borroso, y luego fue desvaneciéndose cada vez más. Oscureció hasta mañana por la noche, luego se hizo otra vez de día, otra vez de noche, de día otra vez, cada vez más rápido. Un murmullo se arremolinaba en mis oídos, y se apoderó de mí un estado de confusión extraño y mudo.

»Temo que no puedo transmitir las sensaciones particulares del viaje en el tiempo. Son demasiado desagradables. Se produce una sensación exactamente igual a la que se tiene en una montaña rusa, ¡de movimiento precipitado e inevitable! Sentí la misma expectativa horrible de choque inminente. Al aumentar el ritmo, la noche seguía al día como el aleteo de un ala negra. El débil indicio del laboratorio parecía apartarse de mí, y vi que el sol corría a toda velocidad por el cielo, saltando a cada minuto, y cada minuto señalaba un día. Supuse que el laboratorio había quedado destruido y había salido al aire libre. Me pareció ver un andamio, pero ya iba demasiado rápido para ser consciente de ningún elemento móvil. El caracol más lento que pasara arrastrándose iría demasiado acelerado para mí. La sucesión centellante de oscuridad y luz me hacía demasiado daño a la vista. Entonces, en las oscuridades intermitentes, vi que la luna completaba a toda velocidad sus cuartos y pasaba de nueva a llena, y me pareció atisbar las estrellas que la rodeaban. En ese momento, al seguir avanzando, todavía ganando velocidad, la palpitación del día y la noche se fundió en un solo gris continuo; el cielo adoptó una maravillosa profundidad azul, un color espléndido y luminoso como el del comienzo del anochecer; el sol que se agitaba se convirtió en un rayo de fuego, un arco brillante en el espacio; la luna, en una franja fluctuante aún más imprecisa, y ya no veía las estrellas salvo algún que otro círculo brillante que parpadeaba sobre el fondo azul.

»El paisaje era neblinoso e indefinido. Yo seguía en la colina sobre la que ahora se asienta esta casa, y el saliente se alzaba por encima de mí, desdibujado en gris. Vi crecer algunos árboles, que cambiaban como nubes de vapor, ahora marrones, ahora verdes;

crecían, se extendían, se estremecían y morían. Vi edificios enormes alzarse tenues y hermosos, y pasar como sueños. La superficie entera de la Tierra parecía cambiada, fundiéndose y fluyendo bajo mis ojos. Las manecillas de los contadores que registraban mi velocidad corrían cada vez más. En ese momento noté que el cinturón solar oscilaba arriba y abajo, de solsticio en solsticio, en menos de un minuto, por tanto mi ritmo era de más de un año por minuto, y a cada minuto la nieve blanca centelleaba a través del mundo y desaparecía, seguida de un verde luminoso y breve de primavera.

»Las sensaciones desagradables del comienzo ya resultaban menos agudas, y acabaron confluyendo en una especie de euforia histérica. Noté una oscilación torpe e intensa de la máquina que no era capaz de explicarme, pero estaba demasiado confundido para prestarle atención, así que, llevado por una especie de locura, me lancé hacia el futuro. Al principio apenas me planteé detenerme, apenas pensaba en nada salvo en estas nuevas sensaciones, pero en ese momento una nueva sucesión de impresiones surgió en mi mente —cierta curiosidad y, con ella, cierto temor—, hasta que acabaron apoderándose de mí. ¿Qué extraños progresos de la humanidad, qué avances maravillosos respecto a nuestra civilización rudimentaria, pensé, no aparecerían cuando me parara a mirar el mundo vago y fugaz que corría y fluctuaba ante mis ojos? Vi una construcción majestuosa y espléndida alzándose a mi alrededor, más descomunal que cualquiera de los edificios de nuestra época, y que aun así parecía hecha de brillo y neblina. Vi un verde muy intenso remontando la ladera, y permanecer en ella sin que hubiera ningún intervalo invernal. Incluso a través del velo de mi confusión la Tierra parecía muy hermosa. Y así fue como mi mente decidió parar.

»El riesgo más peculiar radicaba en la posibilidad de encontrar alguna sustancia en el espacio que la máquina o yo ocupáramos. Mientras viajara a gran velocidad a través del tiempo, este asunto apenas importaba ya que me hallaba, por así decirlo, atenuado, me desplazaba como el vapor a través de los intersticios de las sustancias que se interpusieran. Pero si me detenía me introduciría, molécula a molécula, en lo que se encontrara en mi camino; mis

átomos entrarían en contacto con los del obstáculo de tal modo que se produciría una reacción química profunda, posiblemente una explosión de largo alcance, de modo que mi aparato y yo explotaríamos y saldríamos disparados fuera de todas las dimensiones posibles, hacia lo desconocido. Había recordado esta posibilidad una y otra vez mientras construía la máquina, pero entonces la había aceptado alegremente como un riesgo inevitable, ¡como uno de los riesgos que el hombre tiene que correr! Ahora que el riesgo era seguro, ya no lo veía con la misma alegría. Lo cierto es que, sin darme cuenta, la extrañeza absoluta de todo, las vibraciones y los balanceos compulsivos de la máquina y, sobre todo, la sensación de estar cayendo sin parar me habían alterado totalmente los nervios. Me dije que no podría detenerme nunca, y en un arranque de mal genio decidí parar de inmediato. Como un estúpido impaciente, empujé la palanca hasta el final y el aparato se puso a dar vueltas precipitadamente, por lo que salí disparado de cabeza.

»Oí un trueno. Debí de quedarme pasmado un instante. Una implacable granizada silbaba a mi alrededor, y me hallaba sentado sobre hierba blanda delante de la máquina, volcada. Todo parecía gris aún, pero en ese momento me percaté de que la confusión que notaban mis oídos había desaparecido. Miré a mi alrededor. Me encontraba en lo que parecía el pequeño pedazo de césped de un jardín, rodeado de arbustos de rododendros, y me fijé en que sus flores malva y púrpura caían como gotas de lluvia debido al golpeteo del granizo, que rebotaba y bailaba, procedente de una nube situada encima de la máquina, y barría la tierra como si fuera humo. Enseguida estuve calado hasta los huesos. “Menuda hospitalidad con un hombre que ha viajado durante incontables años para veros”, comenté.

»En ese momento pensé en lo estúpido que era por mojarme. Me puse en pie y miré a mi alrededor. Una figura colosal, al parecer tallada en piedra blanca, se alzaba indefinida más allá de los rododendros a través del brumoso aguacero, pero el resto de lo que pudiera haber en aquel mundo resultaba invisible.

»Me costaría describir lo que sentía. Cuando las columnas de granizo se fueron diluyendo, vi la figura blanca con más claridad.

Era muy grande, pues un abedul plateado solo le alcanzaba el hombro. Era de mármol blanco, y parecía una esfinge alada, pero las alas, en vez de llevarlas verticales a los lados, las tenía extendidas, como si planeara cernerse. El pedestal, que me dio la impresión de que era de bronce, estaba cubierto de verdín. Quiso el azar que el rostro estuviera orientado hacia mí; sus ojos vacíos parecían vigilarme, y se dibujaba una débil sonrisa en sus labios. Estaba muy erosionada, lo que le confería un desagradable aspecto enfermizo. Me quedé mirándola, no mucho rato, medio minuto, quizá, o media hora. Parecía avanzar y retroceder según si el granizo que caía ante ella se volvía más denso o más fino. Acabé apartando la mirada un instante, y vi que la cortina de granizo se había deshilachado y que el cielo se estaba iluminando con la promesa del sol.

»Volví a alzar la vista hacia la figura blanca agachada, y de repente comprendí la temeridad absoluta que representaba mi viaje. ¿Qué aparecería cuando la cortina brumosa se hubiera retirado del todo? ¿Qué no debía de haberles ocurrido a los hombres? ¿Y si la crueldad había devenido una pasión común? ¿Y si en ese intervalo de tiempo la raza humana había perdido su humanidad y había pasado a ser algo inhumano, adverso y dotado de un poder abrumador? Puede que yo le pareciera un antiguo animal salvaje, de los más espantosos y repugnantes para nuestros semejantes, una criatura asquerosa a la que eliminar sin miramientos.

»Empecé a ver otras formas descomunales, edificios enormes con parapetos complicados y columnas elevadas, mientras se me aparecía una ladera boscosa al aminorar la tormenta. Me entró un ataque de pánico. Me volví, frenético, hacia la máquina del tiempo y traté de volver a ponerla en pie. Mientras, los rayos del sol atravesaron la tormenta. Se apartó el aguacero gris y se desvaneció como las ropas que arrastra un fantasma. Por encima de mí, en el azul intenso del cielo veraniego, los restos débiles y marrones de unas nubes se arremolinaron hacia la nada. Cerca de mí, los grandes edificios se destacaban, claros y nítidos, brillaban con la humedad de la tormenta y resaltaban en blanco debido al granizo sin fundir apilado en su camino. Me sentí desnudo en un mundo extraño. Me sentí como quizá se siente un pájaro en el aire despejado, a

sabiendas de que el halcón lo sobrevuela y se abatirá sobre él. Mi miedo se convirtió en frenesí, tomé aire, apreté los dientes y volví a forcejear con la máquina, presionando con la muñeca y la rodilla. Cedió a mi esfuerzo desesperado y se dio la vuelta, golpeándome violentamente. Con una mano en el asiento y la otra en la palanca, me quedé de pie jadeando, dispuesto a volver a montarme.

»Pero al replantearme una pronta retirada recuperé el coraje. Miré con más curiosidad y menos temor en dirección al mundo del futuro remoto. En una abertura circular, en lo alto de la pared de la casa más cercana, vi un grupo de figuras vestidas con ropajes suaves y suntuosos. Me habían visto, y me miraban directamente.

»Entonces oí unas voces que se acercaban. A través de los arbustos, junto a la Esfinge Blanca, se acercaban las cabezas y los hombros de unos hombres que corrían. Uno de ellos salió al camino que conducía al césped donde me encontraba con mi máquina. Era una criatura menuda, puede que de un metro y cuarto, vestida con una túnica púrpura ceñida con un cinturón de cuero. Calzaba unas sandalias o unos coturnos, no lograba distinguirlo muy bien; llevaba las piernas desnudas hasta las rodillas, y la cabeza descubierta. Al fijarme en eso, me di cuenta por primera vez de lo cálido que era el aire.

»Me pareció una criatura muy hermosa y grácil, pero indescriptiblemente débil. Su rostro enrojecido me recordó al de los tísicos más bellos, poseedores de esa hermosura hética de la que tanto oíamos hablar. Al verlo recuperé de repente la confianza y aparté las manos de la máquina.

4

—Al segundo nos hallábamos cara a cara, esa criatura frágil del futuro y yo. Se acercó a mí y se rio ante mis ojos. La ausencia de cualquier atisbo de miedo en su comportamiento me sorprendió de inmediato. Entonces se volvió hacia los otros dos que lo seguían y les habló en una lengua extraña, muy dulce y líquida.

»Se estaban acercando otros, y en ese momento me rodeó un grupito de unas ocho o diez de estas criaturas exquisitas. Uno de ellos se dirigió a mí. Me percaté, por raro que parezca, de que mi voz era demasiado áspera y profunda para ellos. El hombrecito dio un paso adelante, dudó, me tocó la mano. Entonces sentí otros tentaculitos suaves en la espalda y los hombros. Querían asegurarse de que era real. No había nada alarmante en todo aquello. De hecho, aquellas personitas hermosas tenían algo que inspiraba confianza: cierta delicadeza elegante, cierta soltura infantil. Y, además, parecían tan frágiles que era capaz de imaginarme arrojando a una docena de ellos al suelo como si fueran bolos. Pero hice un movimiento brusco de advertencia cuando vi sus manitas rosadas tocando la máquina del tiempo. Por suerte me acordé, antes de que fuera demasiado tarde, de un peligro que había olvidado. Metí las manos por encima de las barras de la máquina, desenrosqué las pequeñas palancas que la pondrían en marcha y me las guardé en el bolsillo. Luego me volví para ver qué podía hacer para comunicarme.

»Y entonces, al fijarme con más detenimiento en sus rasgos, detecté algunas peculiaridades más de su belleza, propia de la porcelana de Dresde. Su cabello, todo rizado, acababa abruptamente en el cuello y las mejillas, no tenían ni el más leve

rastró de vello en la cara, y sus orejas eran singularmente diminutas. Tenían la boca pequeña, con brillantes labios rojos más bien finos, y sus barbillas diminutas acababan en punta. Sus ojos eran grandes y afables, y, aunque esto puede parecer egotismo por mi parte, me pareció ya entonces que mostraban menos interés del que podría haber esperado por su parte.

»Como no hacían ningún esfuerzo por comunicarse conmigo, si no que se limitaban a rodearme sonriendo y hablando mediante suaves arrullos los unos con los otros, inicié la conversación. Señalé la máquina del tiempo y a mí mismo. Entonces, al dudar un instante sobre cómo expresar el tiempo, señalé el sol. De inmediato, una figurita extrañamente hermosa vestida a cuadros púrpuras y blancos siguió mi gesto, y me sorprendió cuando imitó el ruido del trueno.

»Me quedé estupefacto un instante, aunque la trascendencia de su gesto quedaba bastante clara. La cuestión se me planteó bruscamente: ¿eran estúpidas esas criaturas? No se pueden figurar cuánto me afectó. Verán, siempre me había imaginado que las gentes del año ochocientos dos mil y pico estarían increíblemente adelantadas en cuanto a conocimientos, arte y todo lo demás. Y entonces uno de ellos me hacía de repente una pregunta con la que demostraba tener el intelecto de uno de nuestros niños de cinco años; me preguntaba, de hecho, ¿si había venido del sol en una tormenta! Tuve que desechar la opinión que me había formado a partir de sus ropas, sus extremidades delicadas y ligeras y sus rasgos frágiles. Sentí como la decepción se apoderaba de mí. Por un instante pensé que había construido la máquina del tiempo en vano.

»Asentí, señalé en dirección al sol y les ofrecí una interpretación tan vívida del trueno que se sorprendieron. Todos retrocedieron un paso y se inclinaron. Entonces uno se acercó riéndose, ofreciéndome una guirnalda de bonitas flores totalmente nuevas, y me la puso alrededor del cuello. La idea fue recibida con aplausos melodiosos, y en ese momento todos se pusieron a correr arriba y abajo en busca de flores, y me las arrojaban encima entre risas, hasta que quedé casi sepultado por ellas. Ustedes, que no han visto cosa igual, apenas pueden imaginarse qué flores tan delicadas y maravillosas habían creado los incontables años de cultura. Entonces alguien sugirió que su juguete debería exhibirse en el edificio más próximo,

y así me condujeron más allá de la esfinge de mármol blanco, que parecía haberse dedicado a observar mi perplejidad durante todo aquel tiempo con una sonrisa, hacia un enorme edificio gris de piedra desgastada. Al seguirlos me sobrevino el recuerdo de mis confiadas expectativas de una posteridad profundamente solemne e intelectual, junto con una sensación de júbilo irresistible.

»El edificio tenía una entrada enorme, y en conjunto poseía unas dimensiones colosales. Como es lógico, mi atención se centraba en la multitud creciente de personitas y en los grandes portales que se abrían ante mí, oscuros y misteriosos. La impresión general del mundo que veía por encima de sus cabezas era la de una inmensidad enmarañada de arbustos y flores hermosas, un jardín que llevara tiempo descuidado, pero desprovisto, no obstante, de malas hierbas. Vi varias espigas altas de extrañas flores blancas, que debían de medir más de treinta centímetros, repartidas entre la proliferación de pétalos pálidos. Se iban dispersando, como si fueran silvestres, entre los arbustos multicolor, pero, como he dicho, no las examiné con atención en ese instante. La máquina del tiempo quedó abandonada en el césped entre los rododendros.

»El arco de la puerta estaba profusamente tallado, pero, por supuesto, no pude observar la talla con atención, aunque al pasar me pareció ver indicios de antiguos adornos fenicios, y me sorprendió que estuvieran muy rotos y desgastados. Otras tantas personas vestidas de colores brillantes salieron a mi encuentro en la puerta, y así entramos. La ropa sucia del siglo XIX me otorgaba un aspecto bastante grotesco, pero además iba engalanado con flores y me rodeaba una masa de ropajes de colores luminosos suaves y de cuerpos blancos brillantes, que formaba un remolino de risas y palabras alegres.

»La amplia puerta grande se abrió hasta una sala proporcionalmente grande adornada de marrón. El techo estaba en sombra, y las ventanas, en parte decoradas con vidrio de colores y en parte sin decorar, dejaban entrar una luz templada. El suelo era de grandes bloques de un metal blanco muy duro; no eran placas ni losas, sino bloques, y estaba tan desgastado —me imaginé que por las idas y venidas de generaciones pasadas—, que los tramos más transitados estaban muy hundidos. En la sala había, atravesadas,

innumerables mesas de losas de piedra pulida que se alzaban unos treinta centímetros del suelo, y sobre ellas montones de fruta. Reconocí unas frutas que parecían frambuesas y naranjas hipertrofiadas, pero casi todas me resultaban extrañas.

»Entre las mesas había repartidos gran cantidad de cojines. Sobre ellos se sentaron los que me habían traído, indicándome que hiciera lo mismo. Con una ausencia significativa de miramientos, comenzaron a comerse la fruta con las manos, arrojando pieles y rabillos y demás en las aberturas redondas de los laterales de las mesas. No me resistí a seguir su ejemplo, pues tenía hambre y sed. Mientras, inspeccioné la sala a mi antojo.

»Y puede que lo que más me sorprendiera fuera su aspecto ruinoso. Las vidrieras de colores, en las que solo se veía un dibujo geométrico, estaban rotas por muchos sitios, y las cortinas que colgaban por el extremo inferior estaban cubiertas de polvo. Me llamaron la atención unas grietas en la esquina de la mesa de mármol que tenía al lado. No obstante, en general me resultaba un lugar extremadamente suntuoso y pintoresco. Debía de haber un centenar de personas comiendo en el salón, y la mayoría de ellas, sentadas tan cerca de mí como podían, me observaban con interés, con sus ojitos brillando por encima de la fruta que se estaban comiendo. Todos iban vestidos con el mismo material sedoso, suave pero resistente.

»La fruta, por cierto, era su único alimento. Estas personas del futuro remoto eran vegetarianos estrictos, y mientras estuve con ellos, pese a algunos antojos carnales, también tuve que hacerme frugívoro. De hecho, luego descubrí que los caballos, el ganado, las ovejas, los perros, todos se habían extinguido, como el ictosaurio. La fruta, en cambio, estaba deliciosa. Una fruta en particular, cuya temporada duró todo el tiempo que permanecí allí —una cosa harinosa que iba en una cáscara de tres caras— estaba especialmente rica, y la convertí en mi alimento básico. Al principio todos aquellos frutos extraños me sorprendieron, y también las extrañas flores que vi, pero más tarde empecé a percatarme de su importancia.

»Sea como sea, les estoy contando la cena de fruta en un futuro ahora muy distante. En cuanto saqué un poco mi apetito, decidí

intentar aprender el habla de los nuevos hombres que me acompañaban. Estaba claro que eso era lo que debía hacer a continuación. Las frutas parecían adecuadas para empezar, y, cogiendo una de ellas, empecé a emitir una serie de ruidos y gestos interrogatorios. Tuve dificultades considerables para transmitirles lo que quería decir. Al principio mis esfuerzos provocaron miradas de sorpresa o risas inextinguibles, hasta que una criaturita rubia pareció captar mi propósito y repitió un nombre. Tuvieron que parlotear y explicarse largo y tendido el asunto los unos a los otros, y mis primeros intentos de imitar los ruiditos exquisitos de su idioma causaron enorme regocijo. No obstante, me sentía como un maestro entre niños, e insistí hasta que logré dominar una veintena de sustantivos; luego me puse con los pronombres demostrativos, e incluso con el verbo «comer». Pero iba lento, y aquella gente tan pequeña enseguida se cansaba y quería escapar de mis interrogatorios, así que decidí, más bien porque se hacía necesario, dejarles que impartieran sus lecciones en pequeñas dosis, cuando estuvieran dispuestos a hacerlo. No tardé mucho en averiguar que serían dosis muy breves, pues nunca he conocido a personas más indolentes y que se cansaran con más facilidad.

»Algo extraño que no tardé en descubrir de mis pequeños anfitriones fue su falta de interés. Se me acercaban gritando, sorprendidos, como niños, pero, igual que los niños, no tardaban en dejar de examinarme y se alejaban en busca de otro juguete. Cuando la cena y mis primeros intentos de conversación concluyeron, reparé por primera vez en que casi todos los que me habían rodeado al comienzo se habían marchado. Resulta extraño, también, lo rápido que empecé a desdeñar a aquellas personitas. Atravesé el portal hacia el mundo soleado en cuanto hube satisfecho el hambre. No dejaba de encontrarme con más hombres del futuro, que, tras sonreírme y gesticular amistosamente, volvían a dejarme a mi suerte.

»La tranquilidad del anochecer se apoderó del mundo cuando salí del gran salón, y la escena quedó iluminada por la luz cálida del sol de poniente. Al principio las cosas resultaron muy confusas. Todo era tan distinto del mundo que conocía, incluso las flores... El gran edificio del que había salido estaba situado en la falda del

amplio valle del río, pero el Támesis se había desviado más de un kilómetro de su ubicación actual. Decidí subir hasta lo alto de una montaña que debía de estar a unos dos kilómetros y medio, desde la cual podría contemplar una vista más amplia del año 802 701 d. C. Porque esa, debería explicar, era la fecha que registraban los pequeños indicadores de mi máquina.

»Mientras avanzaba estaba atento a cualquier impresión que pudiera ayudarme a explicar el esplendor ruinoso en que hallaba aquel mundo, porque ruinoso lo estaba. Subiendo un poco la colina, por ejemplo, había una pila grande de granito ligado con masas de aluminio, un laberinto enorme de paredes escarpadas y montones desmoronados, entre los cuales se aglomeraban plantas muy hermosas en forma de pagoda —ortigas, probablemente—, pero teñidas de un marrón increíble en las hojas, y que no pinchaban. Eran los restos abandonados de una estructura enorme, construida para fines que no logré determinar. Fue allí donde estaba destinado a vivir, en fecha posterior, una experiencia muy extraña —el primer indicio de un descubrimiento aún más extraño—, pero de eso hablaré cuando corresponda.

»Desde una terraza en la que descansé durante un rato, miré a mi alrededor cuando se me ocurrió una idea repentina: me percaté de que no se veían casas pequeñas. Al parecer la casa solitaria, y puede que incluso la casa en general, ya no existía. Repartidos entre la vegetación había edificios palaciegos, pero la casa y la casita, que constituyen rasgos tan característicos de nuestro paisaje inglés, habían desaparecido. “Comunismo...”, me dije.

»Otro pensamiento me asaltó inmediatamente. Miré la media docena de figuritas que me seguían, y entonces me di cuenta de que todos llevaban el mismo tipo de ropa, de que todos tenían el mismo rostro lampiño y presentaban la misma redondez afeminada en las extremidades. Tal vez resulte extraño que no me hubiera dado cuenta antes, pero todo era tan raro... Ahora lo veía con claridad. Estas personas del futuro eran todas similares, en cuanto a su vestimenta y en cuanto a las diferencias de textura y comportamiento que ahora sirven para distinguir los sexos. Y los niños no me parecían sino miniaturas de sus padres. Entonces pensé que los niños de esa época eran extremadamente precoces, al menos

físicamente, y más adelante hallé confirmaciones abundantes de mi opinión.

»Al ver el desahogo y la seguridad con que vivían estas gentes, sentí que esta estrecha semejanza entre los sexos era, a fin de cuentas, lo que cabría esperar; porque la fuerza del hombre y la suavidad de la mujer, la institución de la familia y la distinción de ocupaciones no son más que necesidades militantes propias de una época basada en la fuerza física. Cuando la población está equilibrada, la fertilidad abundante deviene un mal más que un bien para el Estado; donde la violencia es inusual y los descendientes están seguros, es menos indispensable —de hecho, no lo es en absoluto— tener una familia eficiente, y la especialización de los sexos en referencia a las necesidades de los hijos desaparece. Los comienzos de todo esto los estamos viendo en nuestros propios tiempos, y en esta época futura se había completado. Esto, debo recordarles, fue lo que especulé en aquel momento. Más tarde llegaría a entender lo mucho que se alejaba esa idea de la realidad.

»Mientras cavilaba todas estas cosas, me llamó la atención una estructura bonita y pequeña, una especie de pozo bajo una cúpula. Pensé por un instante en lo extraño que era que aún existieran los pozos, y retomé el hilo de mis especulaciones. No había edificios grandes hacia lo alto de la montaña, y como mi aguante al caminar parecía resultar milagroso, en ese momento me dejaron solo por primera vez. Imbuido de una extraña sensación de libertad y aventura, continué hasta la cima.

»Allí hallé un asiento de un metal amarillo que no reconocí, corroído en algunas partes con una especie de óxido rosa y medio sepultado entre un musgo blando, con brazos tallados y limados en forma de cabezas de grifos. Me senté en él y contemplé la amplia vista de nuestro viejo mundo bajo la puesta de sol de aquel largo día. Era la vista más dulce y hermosa que he visto nunca. El sol ya se había hundido en el horizonte y el oeste era de un dorado intenso, tintado con franjas horizontales de púrpura y carmesí. Por debajo quedaba el valle del Támesis, por donde discurría el río como una tira de acero bruñido. Ya he mencionado los grandes palacios repartidos entre la vegetación multicolor, algunos en ruinas y otros aún ocupados. De vez en cuando se alzaba una figura blanca

o plateada en el jardín abandonado de la Tierra, aquí y allá surgía la abrupta línea vertical de una cúpula o un obelisco. No había setos, ni indicios del derecho a la propiedad, ni campos de cultivo; la Tierra entera se había convertido en un jardín.

»Mientras observaba todo esto empecé a interpretar las cosas que había visto, y la interpretación que cobró forma aquella noche consistía en algo así. (Más adelante descubrí que solo había entendido media verdad, o que solo logré entrever una faceta de la verdad).

»Me pareció que me había encontrado con una humanidad en decadencia. La puesta de sol rojiza me hizo pensar en el crepúsculo de la humanidad. Por primera vez empecé a percatarme de una consecuencia extraña del esfuerzo social que realizamos. Pensándolo bien, dicha consecuencia es también bastante lógica. La fuerza resulta de la necesidad; la seguridad potencia la debilidad. El esfuerzo por mejorar las condiciones de vida —el auténtico esfuerzo civilizador que hace que la vida sea cada vez más segura— había ido en aumento constante hasta alcanzar un punto álgido. La humanidad unida había conseguido un triunfo tras otro sobre la Naturaleza. Cosas que ahora son meros sueños se habían convertido en proyectos deliberadamente emprendidos y ejecutados por el hombre. ¡Y el resultado de ello era lo que yo había visto!

»A fin de cuentas, los servicios sanitarios y la agricultura de hoy en día siguen en una fase rudimentaria. La ciencia de nuestra época apenas ha abordado el campo de las enfermedades humanas, pero, aun así, expande sus operaciones de manera constante y continua. La agricultura y la horticultura destruyen alguna que otra mala hierba y cultivan puede que una veintena de plantas sanas, pero dejan que la mayoría de ellas compita como pueda por el equilibrio. Mejoramos gradualmente nuestras plantas y animales favoritos —que son pocos—, mediante la cría y el cultivo selectivos: ahora un melocotón nuevo y mejorado, ahora una uva sin pepitas, ahora una flor más fragante y grande, ahora una raza más conveniente de ganado. Los mejoramos gradualmente porque nuestros ideales son vagos y vacilantes, y nuestro conocimiento, limitado; porque la Naturaleza, a su vez, también es tímida y lenta en nuestras torpes manos. Algún día todo esto estará mejor organizado, y continuará

mejorando. Ese es el rumbo de la corriente a pesar de los remolinos. El mundo entero será inteligente, educado y cooperativo; las cosas se moverán cada vez más rápido para subyugar a la Naturaleza. Y al final, reajustaremos de manera sabia y cuidadosa el equilibrio de la vida animal y vegetal para adaptarlo a nuestras necesidades humanas.

»Este ajuste, digo, debía de haberse realizado, y se había hecho bien; se había hecho para siempre en el periodo de Tiempo al que mi máquina había saltado. No había mosquitos en el aire, en la tierra no prosperaban la maleza ni los hongos; por todas partes había fruta y aromáticas y encantadoras flores, y las mariposas brillantes volaban de un lado a otro. Se había alcanzado el ideal de la medicina preventiva. Las enfermedades se habían erradicado. Durante mi estancia no detecté ninguna evidencia de que hubiera enfermedades contagiosas. Y más adelante tengo que relatarles que incluso los procesos de putrefacción y descomposición se habían visto profundamente afectados por estos cambios.

»También se habían logrado triunfos sociales. Veía al género humano alojado en lugares espléndidos, vestido maravillosamente, y aún no los había visto entregados a esfuerzo alguno. No había señales de lucha, ni económica ni social. Las tiendas, los anuncios, el tráfico, todo aquel comercio que domina nuestro mundo, había desaparecido. Era natural que aquella noche dorada me imaginara un paraíso social. Me pareció que habían hecho frente al problema del crecimiento de la población, y la población había dejado de aumentar.

»No obstante, este cambio en las condiciones de vida comportó algunas adaptaciones inevitables al cambio. ¿Cuál, a no ser que la ciencia biológica sea un cúmulo de errores, es el fundamento de la inteligencia y el vigor humanos? La penuria y la libertad, condiciones bajo las cuales los que son activos, fuertes y sutiles sobreviven y los débiles se hunden; condiciones que hacen resaltar la alianza leal entre hombres capaces, basada en la contención, la paciencia y la decisión. Y la institución de la familia, y las emociones que surgen en ella, los celos feroces, la ternura por los hijos, la abnegación parental, todas hallan su justificación y apoyo en los peligros inminentes que puedan sufrir los hijos. Ahora,

¿cuáles son esos peligros inminentes? Está surgiendo un sentimiento, que crecerá, contra los celos conyugales, contra la maternidad feroz, contra la pasión de toda clase; ahora son cosas innecesarias, cosas que nos incomodan, vestigios salvajes, discordias en un mundo agradable y refinado.

»Pensé en la ligereza física de aquella gente y en su falta de inteligencia, y en aquellas ruinas grandes y abundantes, lo cual reforzó mi idea de la conquista perfecta de la Naturaleza. Porque tras la batalla viene la calma. La humanidad había sido fuerte, enérgica e inteligente, y había dedicado toda su vitalidad abundante a alterar las condiciones en que vivía. Y ahora se producía la reacción a esas condiciones alteradas.

»Bajo las nuevas condiciones de confort y seguridad perfectos, esa energía nerviosa, que en nosotros es fuerza, se convertiría en debilidad. Ya en nuestra época ciertas tendencias y deseos, antes necesarios para sobrevivir, suponen una fuente constante de fracasos. El coraje físico y el amor por la batalla, por ejemplo, no ayudan mucho al hombre civilizado, puede que incluso sean obstáculos para él. Y en un estado de equilibrio y seguridad físicos, el poder, tanto intelectual como físico, estaría fuera de lugar. Me pareció que durante muchos años no se había presentado el peligro de la guerra o la violencia, ni el de las bestias salvajes, ni el de las enfermedades que consumen al hombre y exigen una constitución fuerte, ni la necesidad de trabajar duro. Para una vida semejante, los que deberíamos llamar débiles están tan bien provistos como los fuertes, y ya no son débiles. En realidad están mejor provistos, porque los fuertes se inquietarían al no poder dar salida a su energía. Sin duda, la belleza exquisita de los edificios que veía era el fruto de los últimos brotes de una energía que había dejado de tener sentido en el género humano; eran edificios surgidos antes de que el hombre se acomodara en perfecta armonía con las condiciones en las que vivía. Era el colofón al triunfo que dio comienzo a la gran paz final. Este ha sido siempre el destino reservado a la energía almacenada: se entrega al arte y el erotismo, y luego vienen la languidez y la decadencia.

»Incluso el ímpetu artístico acabaría marchitándose, casi ya se había marchitado en esa época. Adornarse con flores, bailar, cantar

a la luz del sol: eso era lo que quedaba del espíritu artístico, y nada más. Incluso aquello acabaría desvaneciéndose en la inactividad satisfecha. Nos mantenemos motivados por el yugo del dolor y la necesidad, y me parecía que aquí, por fin, ¡se había roto ese odiado yugo!

»Mientras permanecía en la oscuridad creciente pensaba que con aquella explicación simple había logrado entender el problema del mundo, había descifrado el secreto de aquella gente tan encantadora. Es posible que los mecanismos que habían diseñado para controlar el aumento de la población hubieran funcionado demasiado bien, y que el número de ciudadanos, en vez de mantenerse estable, hubiese disminuido. Eso justificaría las ruinas abandonadas. Mi explicación era muy sencilla, y bastante verosímil, ¡como la mayoría de las teorías equivocadas!

5

—Mientras me hallaba reflexionando sobre ese triunfo demasiado perfecto del hombre, la luna llena, amarilla y gibosa, salió de la luz plateada que desbordaba por el noreste. Las figuritas brillantes dejaron de moverse allí abajo, un búho silencioso pasó revoloteando, y el frescor de la noche me hizo estremecerme. Decidí bajar y averiguar dónde podía dormir.

»Busqué el edificio que conocía. Entonces mi mirada recorrió la figura de la Esfinge Blanca sobre el pedestal de bronce, que se destacaba más al salir la luna brillante. Veía el abedul plateado delante de ella. Allí estaban la maraña de rododendros, negros bajo la luz pálida, y el pequeño manto de césped. Volví a mirar. Una duda extraña enfrió mi autocomplacencia. “No —me dije categóricamente—, ese no era el césped”.

»Pero lo era, pues el rostro blanco y leproso de la esfinge estaba orientado hacia él. ¿Se imaginan lo que sentí al darme cuenta? No, no pueden. ¡La máquina del tiempo había desaparecido!

»Enseguida me asaltó, como un latigazo en la cara, el temor de perderme mi propia época, de quedarme indefenso en ese mundo nuevo y extraño. La sola idea me producía una sensación física. Notaba que me agarraba el cuello y no me dejaba respirar. Luego me entró miedo y eché a correr dando grandes zancadas por la ladera. Me caí y me hice un corte en la cara, pero no perdí el tiempo en contener la sangre, sino que me puse en pie de un salto y seguí corriendo, mientras un hilo cálido me resbalaba por la mejilla y la barbilla.

»Sin dejar de correr, me iba diciendo: “La han movido un poco, la han metido bajo los arbustos para apartarla del camino”. No

obstante, corría con todas mis fuerzas. Con la certeza que a veces acompaña a un temor excesivo, sabía que esa convicción era ridícula, sabía instintivamente que se habían llevado la máquina donde yo no pudiera encontrarla. Me costaba respirar. Creo que cubrí la distancia entre la cima de la colina y el trozo de césped, que debían de ser tres kilómetros, en diez minutos. Y no soy un hombre joven. Mientras corría maldije en voz alta la insensatez de haberme fijado y de haber dejado la máquina allí, solo para malgastar aire. Grité muy fuerte, pero nadie respondió. Ninguna de aquellas criaturas parecía moverse en aquel mundo iluminado por la luna.

»Cuando regresé al césped se confirmaron mis peores temores. No se veía ni rastro de la máquina. Sentí debilidad y frío al encontrarme con el espacio vacío entre la maraña negra de arbustos. Lo recorrí frenéticamente, como si la máquina pudiera estar escondida en una esquina, hasta que me detuve de repente y me agarré el pelo con las manos. Por encima de mí se alzaba la esfinge en su pedestal de bronce: blanca, brillante, leprosa a la luz de la luna que salía. Parecía sonreír burlándose de mi desgracia.

»Podría haberme consolado pensando que las personitas habían puesto el mecanismo a buen recaudo, si no hubiera estado convencido de su incapacidad física e intelectual. Eso era lo que me inquietaba: la sensación de que existía algún poder hasta entonces insospechado, cuya intervención había hecho desaparecer mi invento. No obstante, de algo estaba seguro: a no ser que alguien de otra época hubiera fabricado un duplicado exacto, la máquina no podía haberse desplazado en el tiempo. El sistema de acoplamiento de las palancas —más tarde les enseñaré el método— impedía que pudieran manipularla con ese fin una vez extraídas. La habían movido, estaba escondida solamente en el espacio. Si así era, ¿dónde podía estar?

»Debí de sumirme en una especie de frenesí. Recuerdo que corrí furiosamente entre los arbustos iluminados por la luna rodeando la esfinge y asusté a un animal blanco que, bajo la luz tenue, me pareció que era un ciervo pequeño. Recuerdo también que, más tarde, aquella misma noche, golpeé los arbustos con los puños cerrados hasta que me corté en los nudillos con las ramitas

quebradas y empecé a sangrar. Luego, sollozando y delirando a causa de la angustia, bajé hasta el enorme edificio de piedra. El salón grande estaba a oscuras, silencioso y desierto. Resbalé en el suelo irregular y al caer me di un golpe contra una de las mesas de malaquita; por poco me rompo la espinilla. Encendí una cerilla y continué más allá de las cortinas polvorientas de las que les he hablado.

»Allí hallé un segundo salón grande cubierto de cojines, sobre los cuales dormían tal vez una veintena de personitas. No me cabe duda de que mi segunda aparición les resultó bastante extraña, pues surgí de repente de la oscuridad silenciosa emitiendo ruidos inarticulados y acompañado por el chisporroteo y el destello de una cerilla, cuya existencia habían olvidado.

»—¿Dónde está mi máquina del tiempo? —empecé, berreando como un niño enfadado, poniéndoles las manos encima y sacudiéndolos a todos. Debió de resultarles muy extraño. Algunos se reían, pero la mayoría parecían muy asustados. Cuando los vi de pie, rodeándome, me di cuenta de que tratar de reavivar la sensación de miedo era lo más estúpido que podría haber hecho dadas las circunstancias, porque, teniendo en cuenta su comportamiento durante el día, me planteé que el miedo también debía de estar olvidado.

»Bruscamente, apagué la cerilla, y, haciendo caer a una de las personitas a mi paso, atravesé otra vez el comedor dando tumbos y salí a la luz de la luna. Oí gritos de terror y ligeras pisadas corriendo y tropezando aquí y allá. No recuerdo todo lo que hice mientras la luna se deslizaba por el cielo. Supongo que fue la inesperada naturaleza de mi pérdida lo que me volvió loco. Me sentía completamente aislado de mi propia especie, como un animal extraño en un mundo desconocido. Debí de ir delirando de un lado a otro, gritando y llorando por Dios y el destino. Recuerdo que sentí una fatiga horrible a medida que avanzaba la larga noche de desesperación; que miré en uno u otro lugar imposible; que busqué entre ruinas iluminadas por la luna y toqué a criaturas extrañas en las sombras negras, hasta que acabé dejándome caer en la tierra cerca de la esfinge, llorando de desdicha absoluta. No me quedaba nada salvo el sufrimiento. Por fin me quedé dormido, y cuando me

desperté era de día, y una pareja de gorriones saltaba a mi alrededor en el césped, al alcance de mi mano.

»Me incorporé en la frescura de la mañana, intentado recordar cómo había llegado hasta allí y por qué me invadía una sensación profunda de abandono y desesperación. Entonces vi las cosas claras. A la luz clara y razonable del día podía abordar mi situación con imparcialidad. Veía la locura desenfrenada de mi frenesí nocturno y podía razonar conmigo mismo. “Ponte en lo peor —me dije—. Imagina que la máquina se ha perdido, que la han destruido. Debo mostrarme tranquilo y paciente y averiguar cómo es la gente para hacerme una idea clara de cómo se perdió mi máquina, y descubrir dónde conseguir materiales y herramientas; al fin y al cabo, quizá podría construir otra”. Esa sería mi única esperanza; puede que fuera una esperanza débil, pero era mejor que la desesperación. A fin de cuentas, aquel era un mundo bonito y curioso.

»Lo más probable es que se hubieran llevado la máquina a otro sitio. Aun así, debía permanecer tranquilo y paciente, hallar su escondite y recuperarla mediante la fuerza o la astucia. Tras decidir todo aquello me puse en pie y miré alrededor, preguntándome dónde podría bañarme. Estaba exhausto, entumecido y sucio por el viaje. La frescura de la mañana me hacía desear refrescarme también. No podía lamentarme más. De hecho, mientras me enfrascaba en mis asuntos, ya me cuestionaba la excitación intensa de la noche anterior. Analicé con cuidado el terreno que rodeaba el manto de césped. Perdí el tiempo inútilmente haciendo preguntas, que transmití tan bien como pude, a las personitas que pasaban. Ninguno logró entender mis gestos, algunos se quedaban impasibles sin más, otros pensaban que era una broma y se reían de mí. Me costó muchísimo mantener las manos apartadas de sus bonitos rostros risueños. Era un impulso estúpido, pero costaba refrenar al diablo nacido del miedo y la ira ciega que seguía dispuesto a aprovecharse de mi perplejidad. El césped me resultó mejor consejero. Detecté un surco marcado en él, a mitad de camino entre el pedestal de la esfinge y las huellas de mis pies donde, al llegar, forcejeé con la máquina volcada. Había otras señales de que se la habían llevado, como unas extrañas huellas estrechas, parecidas, me dio la impresión, a las que dejaría un perezoso. Eso hizo que mi

atención se fijara en el pedestal. Era, como creo haber dicho, de bronce. No era un bloque sin más, sino que estaba muy ornamentado con paneles con marcos muy pronunciados a cada lado. Me acerqué y les di unos golpes. El pedestal estaba hueco. Examinando los paneles con cuidado vi que no coincidían con todos los marcos. No había ni picaportes ni cerraduras, pero probablemente los paneles, si eran las puertas que me imaginaba, se abrían desde dentro. Una cosa me quedó muy clara: no me costó mucho esfuerzo inferir que la máquina del tiempo estaba dentro del pedestal. Cómo había llegado hasta allí era un problema distinto.

»Vi las cabezas de dos personas vestidas de naranja aproximándose a través de los arbustos por debajo de unos manzanos cubiertos de flores. Me volví sonriéndoles y les hice señas para que se acercaran más. Vinieron, y entonces, señalando el pedestal de bronce, intenté darles a entender mi deseo de abrirlo, pero tras el primer gesto que esbocé para comunicarlo, se comportaron de un modo muy extraño. No sé cómo transmitirles su expresión. Imagínense que hicieran un gesto extremadamente grosero ante una mujer muy fina, la expresión de aquellas personas era como la cara que ella pondría. Se marcharon como si hubieran recibido el peor insulto del mundo. A continuación lo intenté con un tipo de aspecto dulce vestido de blanco, con idénticos resultados. De alguna manera, su comportamiento hizo que me avergonzara de mí mismo. Aun así, como saben, yo quería la máquina del tiempo, e insistí. Cuando aquel tipo se marchó como los demás, perdí los estribos. Lo alcancé en tres zancadas, lo agarré por la parte suelta del traje en torno al cuello y comencé a arrastrarlo hacia la esfinge. Entonces vi el horror y la repugnancia en su rostro y lo solté de repente.

»Sin embargo, aún no me habían derrotado. Golpeé los paneles de bronce con el puño y me pareció oír que algo se movía dentro — en concreto, me pareció oír una especie de risita—, pero supongo que me equivoqué. Entonces cogí una piedra grande del río, me acerqué y me dediqué a golpear uno de los paneles hasta aplanar un adorno en forma de espiral, lo que hizo caer el verdín en laminillas de polvo. Aunque debían de haber oído mis golpes racheados a un kilómetro a la redondea, ninguna de las delicadas personitas se me

acercó. Vi a una multitud en las laderas, mirándome furtivamente. Al final, acalorado y agotado, me senté para vigilar el lugar, pero estaba demasiado inquieto para vigilar durante mucho rato, y soy demasiado occidental para soportar una guardia larga: podría trabajar en un problema durante años, pero esperar inactivo durante veinticuatro horas ya es otra cuestión.

»Me levanté al cabo de un rato y empecé otra vez a caminar sin rumbo fijo por los arbustos hacia la colina. “Paciencia —me dije—. Si quieres recuperar la máquina debes dejar en paz a la esfinge. Si quieren quitarte la máquina, no ayudas nada destrozando sus paneles de bronce, y si no, la recuperarás en cuanto puedas pedirla. Es inútil quedarte sentado entre tantas cosas desconocidas ante un enigma semejante. Así solo caerás en la monomanía. Enfrentate a este mundo. Aprende cómo funciona, obsérvalo, no te apresures en hacer suposiciones sobre su significado. Al final hallarás soluciones para todo”. Entonces, de repente, reparé en lo cómica que era la situación: pensé en los años que había pasado estudiando y esforzándome por acceder a la edad futura, y la pasión con la que ahora ansiaba salir de ella. Me había metido en la trampa más complicada e imposible jamás diseñada por el hombre. Aunque yo era el único responsable de lo sucedido, no pude evitarlo, y me reí en voz alta.

»Cuando entré en el gran palacio me pareció que la gente pequeña me evitaba. Puede que fuera una impresión, o puede que tuviera algo que ver con los golpes que había propinado a las puertas de bronce. El hecho es que estaba bastante seguro de que me evitaban. Procuraba, no obstante, no mostrar preocupación, y me abstuve de perseguirlos; y al cabo de uno o dos días las cosas volvieron a ser como antes. Avancé lo que pude con el idioma, y además exploré un poco aquí y allá. Puede que me perdiera algún elemento sutil o que su idioma fuera demasiado sencillo, ya que estaba compuesto casi por entero de sustantivos y verbos. No parecía que hubiera muchos términos abstractos, si es que había alguno, y apenas se empleaba el lenguaje figurativo. Sus frases solían ser simples y constar de dos palabras, y yo no lograba transmitir o comprender nada más que las proposiciones más sencillas. Decidí relegar mi máquina del tiempo y el misterio de las

puertas de bronce bajo la esfinge todo lo posible en la memoria, hasta que a fuerza de aprender pudiera volver a ellos de manera natural. Pero, como comprenderán, una sensación vaga me retenía en un círculo de escasos kilómetros en torno al punto de llegada.

»Por lo que veía, todo aquel mundo mostraba la misma riqueza exuberante del valle del Támesis. Desde cada colina a la que subía veía idéntica abundancia de edificios espléndidos, de una variedad interminable de materiales y estilos, los mismos matorrales espesos de hoja perenne, los mismos árboles y helechos arborescentes cargados de flores. Aquí y allá el agua brillaba como la plata, y a lo lejos la tierra se alzaba formando colinas azules ondulantes, fundiéndose con la serenidad del cielo. Un elemento peculiar, que en ese momento atrajo mi atención, era la presencia de ciertos pozos circulares, unos cuantos, al parecer, y de gran profundidad. Había uno junto al camino que recorrí en mi primera caminata hacia la colina. Como los demás, tenía los bordes de bronce, trabajado de un modo curioso, y una cúpula pequeña que lo protegía de la lluvia. Cuando me senté en el borde de estos pozos, miré hacia el hueco oscuro pero no vi el brillo del agua, ni logré ningún reflejo con una cerilla encendida. Pero en todos ellos oía ruido, un ruido sordo, como la vibración de un motor muy grande, y descubrí, al encender las cerillas, que por ellos bajaba una corriente constante de aire. Además, arrojé un trocito de papel por uno, y en vez de revolotear lentamente hacia abajo, el pozo no tardó en engullirlo.

»Al cabo de un tiempo logré conectar estos pozos con unas torres altas que había repartidas por las colinas, porque por encima de ellas solía correr un levísimo aire, como la brisa que en un día cálido corre sobre una playa abrasada por el sol. Atando cabos, llegué a convencerme de que se trataba de un extenso sistema de ventilación subterránea, cuyo valor real costaba imaginar. Al principio me sentí inclinado a asociarlo con el sistema sanitario de aquella gente. Era una conclusión evidente, pero totalmente errónea.

»Ahora debo admitir que aprendí muy poco de desagües, campanas, modos de transporte y equipamientos similares durante el tiempo que pasé en ese futuro real. En algunas de las visiones y

utopías de tiempos venideros que he leído, se explican con todo detalle las construcciones, las relaciones sociales y este tipo de cosas. Pero aunque resulta fácil obtener tales detalles cuando el mundo entero está contenido en la imaginación de uno, estos son completamente inaccesibles para un viajero real inmerso en realidades como las que encontré. ¡Imagínense la descripción de Londres que un negro, recién llegado del África Central, ofrecería a su tribu! ¿Qué sabría él de compañías de ferrocarril, de movimientos sociales, de cables de teléfono y telégrafo, de la empresa de entrega de paquetes, de giros postales y demás ? Pero nosotros, al menos, ¡estaríamos dispuestos a explicárselas! Y a pesar de lo que él supiera, ¿qué podría hacerle entender o lograr que se creyera su amigo, que no había viajado? ¡Piensen, entonces, en lo mucho que se asemejan un negro y un hombre blanco de nuestra época, y en el tiempo transcurrido entre las gentes de la Edad de Oro y yo mismo!

»En cuanto a las sepulturas, por ejemplo, no veía señales de cremación ni nada que indicara que hubiera tumbas, pero pensé que debía de haber cementerios (o crematorios) en algún punto más allá del alcance de mis exploraciones. Esta era otra de las preguntas que me planteaba, y mi curiosidad por este tema se vio en principio frustrada. La cuestión me tenía intrigado y me condujo a nueva observación, que aún me sorprendió más: la de que no había ni ancianos ni enfermos entre estas gentes.

»Debo confesar que la satisfacción que experimenté con mis primeras teorías sobre una civilización automática y una humanidad en decadencia no duró mucho, pero no se me ocurría ninguna otra. Déjenme que les planteé mis dificultades. Los grandes palacios que había explorado no eran más que espacios para vivir, con espaciosos comedores y apartamentos para dormir. No encontraba ni maquinaria ni aparatos de ninguna clase, sin embargo estas gentes iban vestidas con telas agradables que seguro que a veces había que renovar, y sus sandalias, aunque poco decoradas, eran muestras bastante complejas del trabajo del metal. Esas cosas tienen que hacerse de alguna manera, y las personitas no parecían conservar ninguna tendencia creativa. No había tiendas, ni talleres, ni nada que indicara que importaban productos. Se

pasaban todo el tiempo jugando delicadamente, bañándose en el río, flirteando medio juguetones, comiendo fruta y durmiendo. No veía cómo se mantenían en funcionamiento las cosas.

»Pero volvamos a la máquina del tiempo: algo, no sabía el qué, la había metido en el pedestal hueco de la Esfinge Blanca. ¿Por qué? No tenía ni idea de por qué. Y tampoco sabía qué significaban esos pozos sin agua, esas columnas que parecían parpadear. Me parecía que me faltaba información. Me sentía... ¿cómo expresarlo? Imagínense que hallan una inscripción salpicada de frases completamente comprensibles, con otras frases intercaladas con palabras, y letras incluso, absolutamente desconocidas para ustedes. Pues bien, en el tercer día de mi visita, ¡así se me presentaba el mundo del año 802 701!

»Ese día, también, hice una amiga... o algo así. Ocurrió que, mientras observaba a algunas de las personitas bañándose en un bajío, una de ellas sufrió un calambre y empezó a deslizarse a la deriva río abajo. La corriente principal corría bastante rápido, pero sin demasiada fuerza, ni siquiera para un nadador mediocre. Podrán hacerse una idea de la extraña deficiencia de estas criaturas cuando les diga que ninguna de ellas hizo el menor intento de rescatar a la criaturita débil y llorosa que se estaba ahogando ante sus ojos. Cuando me di cuenta, corrí a quitarme la ropa y, metiéndome en un tramo más bajo del río, atrapé a la pobre chiquitina y la conduje sana y salva a tierra. Bastó frotarle un poco las extremidades para que recuperara la conciencia, y obtuve la satisfacción de ver que estaba bien antes de dejarla. Tenía en tan baja estima a los suyos que no esperaba ninguna clase de gratitud por su parte, pero en eso, no obstante, me equivocaba.

»Esto ocurrió por la mañana. Por la tarde me encontré con la mujercita, pues eso me parecía que era, mientras volvía de una exploración hacia el que era mi centro de operaciones. La mujercita me recibió con gritos de alegría y me regaló una guirnalda grande de flores, que evidentemente había hecho para mí y solo para mí. Aquello me conmovió. Debía de sentirme muy solo. Hice lo que pude para expresar gratitud por el regalo. No tardamos en sentarnos juntos en una pequeña pérgola de piedra, conversando, sobre todo a base de sonrisas. La simpatía de la criatura me conmovía como me

habría conmovido un niño. Nos pasamos flores, y ella me besó las manos. Yo hice lo mismo con las suyas. Entonces traté de hablar, y descubrí que se llamaba Weena, lo cual, aunque no sabía lo que quería decir, parecía bastante apropiado. Ese fue el comienzo de una extraña amistad que duró una semana, y terminó... ¡como les contaré!

»Era como una niña. Quería estar conmigo todo el tiempo. Trataba de seguirme a todas partes, y en mi siguiente viaje de exploración se me ocurrió agotarla, y luego la dejé exhausta y llamándome bastante quejosa. Pero había que dominar los problemas del mundo. Me dije que no había viajado al futuro para entablar un flirteo en miniatura. Sin embargo, cuando nos separamos, su aflicción fue tan enorme, sus objeciones a mi marcha en ocasiones tan desesperadas que, en conjunto, me pareció que su devoción me causaba tanta molestia como consuelo. No obstante, de alguna manera me confortaba enormemente. Pensé que lo que la hacía aferrarse a mí no era más que una atracción infantil; no supe hasta que fue demasiado tarde lo que le había infligido al dejarla. No entendí hasta que fue demasiado tarde lo que ella significaba para mí. Porque, solo con su deseo de agradarme y de demostrar, a su manera débil y vana, que le importaba, la encantadora criaturita había conseguido que volver al entorno de la Esfinge Blanca fuera casi como volver a casa, y yo buscaba su diminuta figura blanca y dorada en cuanto volvía de la colina.

»Fue también gracias a ella como supe que el miedo no había abandonado del todo aquel mundo. No mostraba miedo de día, y por extraño que parezca, confiaba en mí: por ejemplo, en un momento alocado en que le hacía muecas amenazadoras se rio de ellas sin más. Sin embargo, temía la oscuridad, temía las sombras, temía las cosas negras. La oscuridad era lo único que temía. Se trataba de una emoción particularmente apasionada, que me hacía pensar y observar. Entonces descubrí, entre otras cosas, que estas personitas se reunían en las casas grandes al anochecer y dormían en manadas. Si uno se acercaba a ellos sin luz provocaba un tumulto de aprensión. Nunca hallé a ninguno fuera de las puertas, o durmiendo a solas dentro, una vez había anochecido. Pero seguía siendo tan estúpido que no entendía lo que significaba ese miedo y,

pese a la angustia de Weena, insistía en dormir apartado de aquellas multitudes.

»La afligía mucho, pero al final su extraño afecto por mí triunfó, y durante nuestra relación, durmió cinco noches, incluida la última de todas, con la cabeza recostada en mi brazo. Pero hablando de ella pierdo el hilo de la historia. Debió de ser la noche antes de su rescate cuando desperté al amanecer. La había pasado inquieto, tuve un sueño desagradable: me ahogaba, y unas anémonas de mar me tocaban la cara con sus palpos blandos. Me desperté de golpe, y con la extraña sensación de que un animal grisáceo acababa de salir corriendo de la habitación. Intenté volver a dormirme otra vez, pero estaba intranquilo e incómodo. Era la hora gris y tenue en que las cosas empiezan a salir a rastras de la oscuridad, cuando todo es incoloro y visible, y, no obstante, irreal. Me levanté, fui hacia el salón grande y salí a las piedras de delante del palacio. Pensé que haría de mi necesidad virtud, y vería el amanecer.

»Se estaba poniendo la luna, y la luz mortecina y la primera palidez del amanecer se habían mezclado en una penumbra espectral. Los arbustos eran negros como la tinta, la tierra, de un gris sombrío, el cielo no tenía color ni alegría. Y en lo alto de la colina creí ver fantasmas. En tres ocasiones seguidas, mientras examinaba la ladera, vi unas figuras blancas. Dos veces me pareció ver una criatura blanca y solitaria de tipo simiesco, corriendo bastante rápido colina arriba, y una vez, cerca de las ruinas, vi una hilera de criaturas semejantes cargando un cuerpo oscuro. Se movían apresuradamente. No vi qué fue de ellos. Se desvanecieron entre los arbustos. Deben entender que el amanecer aún era poco definido. Tenía esa sensación gélida e incierta del comienzo del día, que tal vez conozcan. Dudaba de lo que veía.

»Cuando el cielo se hizo más brillante hacia el este y llegó la luz del día y sus colores vivos volvieron otra vez al mundo, examiné a fondo la vista. Pero no vi rastro de mis figuras blancas. No eran más que criaturas de la penumbra. “Deben de haber sido fantasmas — me dije—. Me pregunto de cuándo”.

»Recordé una extraña idea de Grant Allen que me hizo reír. Él argumentaba que si cada generación muere dejando fantasmas, el mundo acabará atestado de ellos. Según esa teoría, dentro de 802

000 años serían una multitud, y no me sorprendió ver a cuatro de golpe. Sin embargo, la broma no me dejó satisfecho, y me pasé toda la mañana pensando en ellos, hasta que el rescate de Weena los apartó de mi mente. Me recordaban al animal blanco al que había sobresaltado cuando buscaba, enfebrecido, la máquina del tiempo. Weena resultaba una sustituta agradable, aunque, de todas formas, la idea anterior no tardaría en apoderarse de manera mucho más obsesiva de mi pensamiento.

»Creo haber comentado que el tiempo de esta Edad de Oro era mucho más cálido que el nuestro. No puedo explicarlo. Es posible que el Sol fuera más cálido, o que la Tierra estuviera más cerca del Sol. Es habitual asumir que el Sol se irá enfriando paulatinamente en el futuro, pero la gente, que no conoce especulaciones como las del joven Darwin, olvida que los planetas deben acabar cayendo uno por uno en el cuerpo paterno. Cuando estas catástrofes sucedan, el Sol brillará con energía renovada, y podría ser que algún planeta interior hubiera sufrido este destino. Fuera cual fuera el motivo, lo cierto es que el sol era mucho más cálido que el que conocemos nosotros.

»Pues bien, una mañana abrasadora —la cuarta, creo—, mientras buscaba resguardarme del calor y la luz en unas ruinas colosales cerca de la casa grande donde dormía y me alimentaba, ocurrió esta cosa extraña: al encaramarme por unos montones de mampostería, hallé una galería estrecha, cuyo final y ventanas laterales estaban bloqueados por las piedras caídas. En contraste con el brillo exterior, al principio me pareció de una negrura impenetrable. Entré en la galería a tientas, porque el paso de la luz a la oscuridad hizo que viera manchas de color dando vueltas ante mí. De repente me detuve, maravillado. Un par de ojos, luminosos debido al reflejo de la luz externa, me observaban en la oscuridad.

»El miedo instintivo a las bestias salvajes se apoderó de mí. Cerré los puños y miré fijamente aquellos ojos deslumbrantes. Tenía miedo de volverme. Entonces pensé en la seguridad absoluta en que parecía vivir la humanidad. Y recordé el extraño terror a la oscuridad. Vencí en cierta medida el miedo, di un paso adelante y hablé. Admitiré que mi voz sonaba discordante y apenas la controlaba. Extendí la mano y toqué algo blando. De inmediato los

ojos se dispararon hacia un lado, y algo blanco pasó corriendo junto a mí. Me volví, con el corazón en un puño, y vi una extraña figura simiesca, con la cabeza caída de un modo peculiar, corriendo por el espacio iluminado por el sol detrás de mí. Tropezó contra un bloque de granito, se tambaleó hacia un lado y al cabo de un instante se había escondido en una sombra negra bajo otra pila en ruinas.

»La impresión que obtuve de todo aquello es, por supuesto, imperfecta, pero sé que era de un blanco apagado y que tenía unos extraños ojos grandes rojos y grisáceos; también que el pelo rubio le cubría la cabeza y la espalda. Como digo, fue demasiado rápido para verla con claridad y no puedo afirmar si corría a cuatro patas o con los antebrazos muy caídos. Tras una pausa de un segundo la seguí hasta el segundo montón de ruinas. Al principio no la encontraba, pero, tras un rato en la oscuridad profunda, me topé con una de esas aberturas en forma de pozo de las que les he hablado, medio cubierta por una columna caída. De repente se me ocurrió algo: tal vez aquella cosa se había escurrido por el pozo. Encendí una cerilla y, mirando hacia abajo, vi una criatura pequeña y blanca que se movía, con ojos grandes y brillantes que me miraban fijamente mientras se retiraba. Me dio escalofríos. ¡Era tan parecida a una araña humana! Bajaba por la pared, y entonces vi por primera vez unos peldaños de metal y una barandilla formando una especie de escalera hacia el fondo del pozo. Entonces la cerilla me quemó los dedos, se me cayó de las manos y se apagó; para cuando encendí otra el pequeño monstruo había desaparecido.

»No sé cuánto tiempo pasé sentado mirando por aquel pozo. Tardé en lograr convencerme de que la cosa que había visto era humana. Pero poco a poco fui percatándome de la verdad: el hombre ya no era una sola especie, sino que había derivado en dos animales distintos, y mis gráciles niños del mundo superior no eran los únicos descendientes de nuestra generación, sino que aquella criatura blanquecina, obscena y nocturna que había aparecido de repente ante mí también era heredera de todas las épocas anteriores.

»Pensé en las columnas que parecían parpadear y en mi teoría sobre el sistema de ventilación subterráneo. Empecé a sospechar para qué servía en verdad. ¿Y qué pintaba, me preguntaba, este

lémur en mi esquema de una organización perfectamente equilibrada? ¿Cómo se relacionaba con la serenidad indolente de los hermosos habitantes del mundo superior? ¿Y qué se escondía allí abajo, al final del pozo? Me senté en el borde diciéndome que, en cualquier caso, no había nada que temer, y que debía descender por allí para resolver mis problemas. ¡Y al mismo me aterrorizaba ir! Mientras dudaba, dos de los hermosos habitantes del mundo superior se acercaron corriendo en su juego amoroso, y cruzaron la luz del día hacia la sombra. El macho perseguía a la hembra arrojándole flores mientras corría.

»Parecieron afligirse al hallarme con el brazo apoyado contra la columna volcada, mirando por el pozo. Al parecer era de mala educación señalar aquellas aberturas, porque cuando señalé el pozo e intenté formular una pregunta al respecto en su idioma, aún se afligieron más y se volvieron. Como les interesaban mis cerillas, encendí unas cuantas para divertirlos. Insistí en hablar del pozo, y volví a fracasar, así que en ese momento los dejé, pues pensé volver con Weena y ver qué podía sonsacarle. Pero ya tenía la mente revolucionada y mis suposiciones e impresiones se estaban adaptando a este nuevo cambio. Ahora tenía una pista sobre la utilidad de aquellos pozos, sobre las torres de ventilación, sobre el misterio de los fantasmas, y, cómo no, ¡sobre el significado de las puertas de bronce y el destino de la máquina del tiempo! Y, muy vagamente, se me empezó a ocurrir una idea para resolver el problema económico que me tenía intrigado.

»Esta era mi nueva idea. Estaba claro que la segunda especie de hombres era subterránea. Se daban tres circunstancias en particular que me hacían plantearme que sus escasas salidas a la superficie se debían a un hábito subterráneo prolongado. En primer lugar, estaba el aspecto blanquecino común a la mayoría de los animales que viven la mayor parte del tiempo a oscuras, como los peces blancos de las cuevas de Kentucky, por ejemplo. Luego, esos ojos grandes, con la capacidad de reflejar luz, son rasgos comunes de los animales nocturnos; piensen en el búho o el gato. Y por último, la confusión evidente ante el sol, la huida precipitada aunque desordenada y torpe hacia la oscuridad, y la manera particular de dejar caer la cabeza mientras les daba la luz; todo aquello reforzaba la teoría

acerca de la sensibilidad extrema de la retina.

»Bajo mis pies, entonces, la tierra debía de estar profusamente dividida en túneles, y esos túneles eran el hábitat de la nueva raza. La presencia de conductos de ventilación y pozos en las laderas — por todas partes, de hecho, a excepción del valle del río— mostraba lo extensas que eran sus ramificaciones. ¿Qué más natural, entonces, que asumir que era en este mundo subterráneo artificial donde se realizaba el trabajo necesario para el confort de la raza diurna? Se trataba de una idea tan convincente que la acepté de inmediato, y a continuación me dediqué a suponer cómo se había producido esta división de la especie humana. Me atrevería a decir que adivinarán la forma que adoptó mi teoría, aunque no tardé en darme cuenta de lo mucho que distaba de la verdad.

»Al principio, basándome en los problemas de nuestra época, me pareció tan claro como el día que el aumento gradual de las diferencias meramente sociales y temporales entre el capitalista y el trabajador en el presente eran la clave de toda aquella situación. No dudo que les resultará bastante grotesco —¡y muy increíble!—, pese a que ahora ya se dan circunstancias que señalan en esa dirección. Existe la tendencia a utilizar el espacio subterráneo para los usos menos ornamentales de la civilización; vean si no el metro de Londres, por ejemplo, los nuevos ferrocarriles eléctricos, los pasos subterráneos, los talleres y restaurantes que hay bajo tierra, que se multiplican sin parar. Evidentemente, pensé, esta tendencia se había incrementado hasta que la industria acabó perdiendo su lugar bajo el cielo. Quiero decir que se había ido adentrando cada vez más en fábricas subterráneas cada vez más grandes, pasando cada vez más tiempo ahí dentro, hasta que al final... Incluso ahora, ¿acaso cualquier trabajador del East End no vive en condiciones tan artificiales que está prácticamente separado de la superficie natural de la tierra?

»De hecho, la tendencia exclusiva de la gente más rica — motivada, sin duda, por el refinamiento, cada vez mayor, de su educación y el abismo creciente entre ellos y la ruda violencia de los pobres— ya está causando el cierre, en su beneficio, de partes considerables de la superficie de la tierra. En Londres, por ejemplo, puede que la mitad del campo más hermoso esté cerrado contra los

intrusos. Y este mismo abismo creciente —provocado por la ampliación y el coste del proceso educativo superior y el aumento de las facilidades y tentaciones para desarrollar hábitos refinados por parte de los ricos— hará que el intercambio entre clases, la promoción del matrimonio entre ellas que hoy en día retrasa la división de nuestra especie según la estratificación social, sea cada vez menos frecuente. De modo que, al final, en la superficie estarían los ricos, los que buscan el placer, el confort y la belleza, y debajo de ella, los pobres, los trabajadores que se adaptan constantemente a las condiciones de su trabajo. Una vez allí, sin duda tendrían que pagar el alquiler, y no poco, y la ventilación de sus cavernas, y si se negaran morirían de hambre o se asfixiarían con los retrasos en el pago. Los que estuvieran tan formados que fueran infelices y rebeldes morirían, y, por fin, al conseguirse el equilibrio permanente, los supervivientes se adaptarían tan bien a las condiciones de la vida subterránea y estarían tan contentos con ella como las gentes del mundo superior con la suya. A mi parecer, la belleza refinada y la palidez lánguida suponían consecuencias naturales de todo aquello.

»El gran triunfo de la humanidad con el que había soñado adoptó una forma distinta en mi mente. No se había producido el triunfo de la educación moral y la cooperación general que había imaginado, sino que vi una auténtica aristocracia, dotada de una ciencia perfeccionada, que había llevado el sistema industrial actual a su conclusión lógica. Su triunfo no había sido simplemente un triunfo sobre la Naturaleza, sino un triunfo sobre la Naturaleza y el prójimo. Esta, debo advertirles, era mi teoría de entonces. No contaba con ningún oportuno cicerone como los de las novelas utópicas. Puede que mi explicación fuera totalmente errónea, pero todavía creo que era la más creíble. No obstante, siguiendo con esta suposición, la civilización equilibrada a la que por fin se había llegado debía de haber superado su cénit tiempo atrás, y ahora se había sumido en el declive. Su seguridad, demasiado perfecta, había llevado a los habitantes del mundo superior a degenerar lentamente, y habían disminuido en tamaño, fuerza e inteligencia. Eso ya lo había visto claro. Lo que les había ocurrido a los habitantes del mundo subterráneo aún no lo sospechaba, pero, por

lo que había visto de los morlocks —ese, por cierto, era el nombre con que denominaban a aquellas criaturas—, podía figurarme que la modificación del tipo humano era aún más profunda que la sufrida por los eloi, la hermosa raza que ya conocía.

»Entonces surgieron dudas acuciantes. ¿Por qué se he habían llevado los morlocks mi máquina del tiempo? Estaba seguro de que eran ellos quienes se la habían llevado. ¿Por qué, además, si los eloi eran los amos, no podían devolverme la máquina? ¿Y por qué les aterraba tanto la oscuridad? Procedí a interrogar a Weena sobre este mundo subterráneo, como he dicho, pero volví a quedar decepcionado. Al principio no entendía mis preguntas, y luego se negaba a contestarlas. Se echaba a temblar como si aquel tema le resultara insoportable. Y cuando la presioné, quizá con cierta dureza, rompió a llorar. Fueron las únicas lágrimas, a excepción de las mías, que vi jamás en la Edad de Oro. Cuando las vi dejé de importunarla acerca de los morlocks, y mi única preocupación fue hacer desaparecer aquellas muestras de la herencia humana de los ojos de Weena. No tardó en sonreír y dar palmadas mientras yo quemaba solemnemente una cerilla.

6

—Les parecerá extraño, pero tardé dos días en poder seguir la pista recién encontrada del modo que, a todas luces, era el adecuado. Sentía una aversión particular hacia aquellos cuerpos pálidos. Tenían el color medio blanquecino de los gusanos y demás bichos que se ven conservados en alcohol en los museos de zoología. Y eran terriblemente fríos al tacto. Supongo que mi repulsión se debía, sobre todo, a la influencia amable de los eloi, cuya repugnancia hacia los morlocks empezaba a comprender.

»La noche siguiente no dormí bien. Debía de estar un poco trastornado. Sentía la opresión de la perplejidad y la duda. En una o dos ocasiones me asaltó un miedo al que no pude atribuir un motivo claro. Recuerdo arrastrarme sin hacer ruido por el salón donde las personitas dormían a la luz de la luna —aquella noche Weena estaba entre ellos—, y tranquilizarme con su presencia. Pensé, aun así, que al cabo de pocos días la luna debía entrar en su último cuarto y las noches se oscurecerían, y que entonces las apariciones de esas desagradables criaturas del subsuelo, aquellos lémares blanquecinos, aquellas nuevas alimañas, sustitutas de las antiguas, podrían ser más abundantes. Estaba seguro de que solo podría recuperar la máquina del tiempo si me atrevía a penetrar en los misterios subterráneos, pero no era capaz de enfrentarme al misterio. Si hubiera tenido un compañero todo habría sido distinto, pero me sentía muy solo, y la mera idea de deslizarme hacia la oscuridad del pozo me horrorizaba. No sé si entenderán mis sentimientos, pero nunca llegué a sentir que tenía las espaldas cubiertas.

»Fue esta agitación, esta inseguridad, quizá, lo que me condujo

cada vez más lejos cuando salía a explorar. Al dirigirme por el suroeste hacia el terreno en pendiente que ahora se llama Combe Wood observé a lo lejos, en dirección al Banstead del siglo XIX, una enorme estructura verde, de aspecto muy distinto a todo lo que había visto antes. Era más grande que el mayor de los palacios o ruinas que conocía, con una fachada de estilo oriental, que tenía el lustre, así como el tinte verde pálido, azulado, de algún tipo de porcelana china. Esta diferencia de estilo indica una diferencia de uso, y me vi impelido a seguir explorando. Pero se estaba haciendo tarde, y me había topado con aquel lugar tras un recorrido largo y cansado, así que decidí posponer la aventura hasta el día siguiente y volví al cariño y las caricias de la pequeña Weena. Sin embargo, a la mañana siguiente percibí con suficiente claridad que mi curiosidad respecto al Palacio de Porcelana Verde era una forma de engañarme a mí mismo para eludir, un día más, una experiencia que me aterrorizaba. Decidí descender sin más dilación, y salí temprano en dirección a un pozo cercano a las ruinas de granito y aluminio.

»La pequeña Weena corría conmigo. Bailaba a mi lado hacia el pozo, pero cuando me vio apoyarme en el borde y mirar hacia abajo, se quedó desconcertada. “Adiós, pequeña Weena”, dije, y la besé.

»Tras dejarla en el suelo, empecé a palpar el parapeto en busca de los ganchos para bajar. De forma bastante precipitada, debo confesar, ¡porque temía que mi coraje se esfumara! Al principio ella me miraba asombrada. Luego soltó un grito de lo más lastimero, corrió hacia mí y empezó a tirar de mí con sus manitas. Creo que su oposición me armó de valor para seguir. Me solté, puede que un poco bruscamente, y al cabo de un instante estaba metido en el pozo. Vi su rostro angustiado por encima del parapeto, y le sonreí para tranquilizarla. Entonces tuve que bajar la vista hacia los inestables ganchos a los que me aferraba.

»Creo que descendí unos doscientos metros. Fui agarrándome a las barras metálicas que sobresalían de las paredes del pozo, y como estaban adaptadas a las necesidades de una criatura mucho más pequeña y ligera que yo, no tardé en sufrir calambres y fatigarme debido al esfuerzo. Aunque la fatiga ¡no era lo peor! Una de las

barras cedió de repente bajo mi peso, y casi me descuelgo hacia la oscuridad inferior. Durante un instante me sujeté con una mano, y tras aquella experiencia no me atreví a volver a detenerme. A pesar de que los brazos y la espalda me dolían muchísimo, continué bajando tan rápido como pude. Mirando hacia arriba vi la abertura, un pequeño disco azul en el que se veía una estrella, mientras que la cabeza de la pequeña Weena asomaba redonda y negra. Oía el ruido sordo de una máquina cada vez más fuerte y opresivo debajo de mí. Todo, salvo el pequeño círculo en lo alto, era profundamente oscuro, y cuando volví a levantar la vista Weena había desaparecido.

»El malestar era desesperante. Me planteé intentar trepar otra vez y dejar en paz al mundo subterráneo, pero incluso mientras daba vueltas a esta idea seguía bajando. Al fin, vislumbré que se aproximaba, a unos treinta centímetros a mi derecha, una fisura estrecha en la pared. Me balanceé hacia ella y descubrí que se abría a un túnel horizontal estrecho donde podía echarme y descansar. No veía el momento... Me dolían los brazos, tenía la espalda agarrotada y temblaba debido al temor prolongado a una caída. Además, la oscuridad inquebrantable había tenido un efecto penoso en mis ojos. La vibración y el zumbido de la maquinaria que bombeaba aire al final del túnel llenaban el espacio.

»No sé cuánto tiempo pasé tendido. Me despertó una mano suave que me tocaba el rostro. Me levanté de golpe en la oscuridad, agarré las cerillas y, tras encender una rápidamente, vi tres criaturas blancas encorvadas, similares a la que había visto en la superficie de las ruinas, retirándose a toda prisa de la luz. Al vivir, como vivían, en lo que me parecía una oscuridad impenetrable, tenían los ojos anormalmente grandes y sensibles, como las pupilas de los peces abisales, y reflejaban la luz del mismo modo. No me cabe duda de que me veían pese a la oscuridad opaca, y no parecían temer nada de mí aparte de la luz. En cuanto encendí la cerilla para verlos huyeron atropelladamente, escurriéndose por cloacas y túneles oscuros, desde donde sus ojos me fulminaban de un modo extrañísimo.

»Intenté llamarlos, pero al parecer poseían un lenguaje distinto del de los habitantes del mundo superior; lo que me obligaba a

valerme solo de mis propios medios, y la idea de huir en vez de seguir explorando persistía. Aun así, me dije: “Ahora estás listo para ello”, y mientras avanzaba a tientas por el túnel me di cuenta de que el ruido de la máquina aumentaba. En ese momento las paredes se abrieron y fui a parar a un gran espacio abierto. Encendí otra cerilla y vi que había entrado en una enorme caverna con arcos, que se extendía hacia la oscuridad absoluta más allá del alcance de mi luz. Lo que vi de ella era lo poco que podía ver con la llama de una cerilla.

»Mi recuerdo no puede ser sino vago. Unas figuras grandes en forma de máquinas salían de la penumbra y proyectaban sombras negras y grotescas, en las que los morlocks, borrosos y espectrales, se protegían del resplandor. Se trataba, por cierto, de un lugar muy cargado y opresivo, y en el aire se notaba el hálito débil de sangre recién vertida. Un poco por debajo de la imagen central se veía una mesita de metal blanco con algo que parecía comida. ¡Los morlocks eran carnívoros! Recuerdo que, a pesar de todo, me pregunté qué animal lo bastante grande para proporcionar el pedazo de carne roja que veía había logrado sobrevivir allí. Todo era muy indefinido: el olor pesado, las formas grandes sin sentido, las figuras obscenas que acechaban en las sombras, ¡esperando que la oscuridad me envolviera otra vez! Entonces la cerilla se consumió, me quemó los dedos y cayó formando un puntito rojo que se retorció en la oscuridad.

»He pensado mucho en lo poco preparado que iba para semejante experiencia. Cuando empecé con la máquina del tiempo, partí de la absurda suposición de que los hombres del futuro tendrían aparatos mucho más adelantados que los nuestros. Había ido sin armas, sin medicamentos, sin nada para fumar —¡a ratos añoraba tanto el tabaco!—, incluso sin cerillas suficientes. ¡Si hubiera pensado en una Kodak! Podría haber captado esa impresión del mundo subterráneo en un segundo, y examinarla cuando quisiera. En cambio, me encontraba allí solamente con las armas y los poderes que la naturaleza me había dado: manos, pies y dientes, y cuatro cerillas que aún me quedaban.

»Temía abrirme paso entre toda aquella maquinaria, y hasta que no brilló el último destello de luz no descubrí que apenas me

quedaban cerillas. No me había planteado hasta aquel instante que necesitara racionarlas, y había malgastado casi media caja para asombrar a los habitantes del mundo superior, para quienes el fuego era una novedad. Ahora, como les cuento, me quedaban cuatro, y mientras permanecía a oscuras, una mano me tocó, unos dedos largos me palparon la cara, y percibí un olor particularmente desagradable. Me pareció oír la respiración de una multitud de esas criaturas espantosas a mi alrededor. Noté que me quitaban la caja de cerillas de la mano con sumo cuidado, y que otras manos tiraban de mi ropa por detrás. No soy capaz de describir lo desagradable que me resultó que esas criaturas invisibles me examinaran. La repentina consciencia de que ignoraba cómo pensaban y funcionaban me sobrevino con gran claridad en la oscuridad. Les grité tan fuerte como pude. Empezaron a apartarse, y entonces advertí que se me acercaban otra vez. Me agarraron con más fuerza, susurrándose ruidos extraños los unos a los otros. Me estremecí violentamente, y volví a soltar un grito discordante. Aquella vez no se asustaron, y parecieron alegrarse al acercarse a mí. He de confesar que estaba terriblemente asustado. Decidí encender otra cerilla y escapar bajo la protección de su resplandor. Así procedí, y alargando a duras penas el parpadeo con un trozo de papel que llevaba en el bolsillo, logré retirarme al túnel estrecho. Apenas había entrado en él cuando se me apagó la luz, y en la oscuridad oí a los morlocks susurrando como el viento entre las hojas y golpeteando como la lluvia mientras corrían hacia mí.

»No tardaron en agarrarme varias manos, y no cabía duda de que intentaban volver a meterme dentro. Encendí otra cerilla y la agité ante sus rostros deslumbrados. Apenas pueden imaginarse lo asquerosos e inhumanos que resultaban, ¡esos rostros pálidos, timoratos, con grandes ojos sin párpados, grises y rosados!, al cegarlos y asustarlos. Pero no me quedé a mirar, se lo prometo; volví a retirarme, y cuando se me acabó la segunda cerilla encendí la tercera. Casi se había consumido cuando alcancé la abertura del túnel. Me tendí en el borde, pues la vibración de la bomba grande que había debajo me mareaba. Entonces, mientras palpaba a los lados en busca de los ganchos protuberantes, noté que me agarraban los pies por detrás y tiraban de mí hacia dentro. Encendí

mi última cerilla... y se apagó de inmediato. Pero ahora tenía la mano en los ganchos, y, pataleando con fuerza, me zafé de las garras de los morlocks y no tardé en subir por el pozo mientras todos se me quedaban mirando, parpadeando, excepto un pequeño infeliz que me siguió por algún motivo y que casi se queda mi bota a modo de trofeo.

»El ascenso me resultó interminable. Cuando solo faltaban seis o siete metros me sobrevino una náusea mortal. Me costó muchísimo reprimirla. Los últimos centímetros fueron una lucha espantosa contra esa debilidad. La cabeza no dejaba de darme vueltas, y tenía la sensación de estar cayendo. Al fin, no obstante, conseguí llegar a la entrada del pozo y salí tambaleándome de las ruinas hacia la luz cegadora del sol. Caí de cara. Incluso la tierra olía a algo dulce y limpio. Entonces recuerdo que Weena me besó manos y orejas, y que oí las voces de otros eloi. Luego me quedé un rato inconsciente.

7

—Ahora, en efecto, me hallaba en peor situación que antes. Hasta entonces, excepto durante la angustiosa noche que pasé tras la pérdida de la máquina del tiempo, había conservado la esperanza de lograr escapar, pero esa esperanza se tambaleaba debido a los nuevos descubrimientos. Hasta entonces pensaba que mis únicos obstáculos eran la simplicidad infantil de las personitas y unas fuerzas desconocidas que solo debía comprender para vencerlas; pero el carácter escalofriante de los morlocks era algo totalmente nuevo, algo inhumano y maligno. El instinto me hacía aborrecerlos. Antes me sentía como debe de sentirse un hombre que cae en un pozo: mi preocupación era el pozo y cómo salir de él. Ahora me sentía como una bestia en una trampa, cuyo enemigo no tardaría en abalanzarse sobre ella.

»Puede que les sorprenda el enemigo al que temía. Era la oscuridad de la luna nueva. Weena me había metido esa idea en la cabeza a partir de unos comentarios al principio incomprensibles sobre las noches oscuras. Ya no me costaba tanto adivinar qué quería decir con las noches oscuras. La luna estaba menguando: cada noche había un intervalo más largo de oscuridad. Y entonces empecé por fin a entender por qué los habitantes del mundo superior temían a las tinieblas. Me preguntaba, sin darle muchas vueltas, qué vileza horrible debían de cometer los morlocks con la luna nueva. Estaba bastante seguro de que mi segunda hipótesis era errónea: puede que antiguamente los habitantes del mundo superior fueran la aristocracia favorecida y los morlocks, sus criados mecánicos, pero hacía tiempo que no era así. Las dos especies resultantes de la evolución del hombre tendían hacia una relación

completamente nueva, o ya habían llegado a ella. Como los reyes carolingios, los eloi habían decaído hasta volverse, aunque bellos, inútiles. Seguían siendo los amos de la tierra a pesar de todo, porque a los morlocks, subterráneos desde hacía innumerables generaciones, la superficie diurna les acabó resultando intolerable. E inferí que los morlocks les hacían las ropas y cubrían sus necesidades cotidianas, puede que porque el viejo hábito de servir había perdurado. Lo hacían como un caballo piafa con la pata o un hombre disfruta matando animales por afición: porque existen necesidades antiguas y pasadas que han quedado grabadas en su organismo. Pero estaba claro que, en parte, el antiguo orden se había visto alterado. La Venganza de los Débiles se acercaba a pasos agigantados. Mucho tiempo atrás, miles de generaciones atrás, el hombre había expulsado a su hermano de las comodidades y la luz del sol, y ahora ese hermano volvía... ¡cambiado! Los eloi estaban aprendiendo de nuevo una vieja lección. Volvían a familiarizarse con el miedo. De repente recordé la carne que había visto en el mundo subterráneo. El recuerdo flotaba en mi mente de un modo extraño, no volvía como si lo trajera la corriente de mis reflexiones, sino que se presentaba casi como una pregunta externa. Traté de recordar su forma. Tenía la vaga sensación de que era algo conocido, pero entonces no sabía de qué se trataba.

»Sin embargo, por indefensas que se hallaran las personitas en presencia del miedo misterioso, yo estaba hecho de un material distinto. Yo venía de nuestra época, de esta madurez de la raza humana, en la que el miedo no paraliza y el misterio ha perdido sus terrores. Yo al menos me defendería. Así que, sin más dilación, decidí fabricarme armas y un refugio donde dormir. Al tener donde refugiarme podría recuperar parte de la confianza que había perdido al comprender a qué criaturas yacía expuesto noche tras noche y enfrentarme a ese mundo. Sabía que sería incapaz de dormir hasta que mi cama estuviera a salvo de ellos. Me estremecí de horror al pensar cómo debían de haberme examinado ya.

»Me pasé la tarde dando vueltas por el valle del Támesis, pero no hallé nada que se pudiera considerar inaccesible. Todos los edificios y árboles parecían al alcance de trepadores tan hábiles como, a juzgar por sus pozos, debían de ser los morlocks. Luego

volvieron a mi memoria los altos pináculos del Palacio de Porcelana Verde y el brillo pulido de sus muros, y por la noche subí por las colinas hacia el suroeste, cargando a Weena a hombros como si fuera una niña. Según mis cálculos, el palacio estaba a once o doce kilómetros, pero en realidad debía de estar a casi treinta. Cuando lo descubrí era una tarde húmeda, y en esas condiciones las distancias engañan y parecen menores. Además, tenía el talón de un zapato suelto y un clavo me atravesaba la suela —eran zapatos viejos y cómodos que llevaba por casa—, así que iba cojo. Ya se había puesto el sol cuando me encontré ante el palacio, recortado en negro contra el amarillo pálido del cielo.

»Weena, que se había mostrado encantada cuando empecé a cargar con ella, al cabo de un rato quiso que la bajara y corría junto a mí, y de vez en cuando salía disparada a un lado y al otro para coger flores, que me metía en los bolsillos. Mis bolsillos siempre habían sorprendido a Weena, pero acabó concluyendo que eran un jarrón excéntrico para adornos florales. Al menos ella los utilizaba para eso. Esto me recuerda... Al cambiarme de chaqueta he encontrado...

El viajero en el tiempo hizo una pausa, se llevó la mano al bolsillo y colocó en silencio dos flores marchitas, no muy distintas a dos malvas grandes y blancas, en la mesita. Entonces siguió relatando.

—Cuando se cernió el silencio de la noche sobre el mundo, mientras continuábamos por la cima de la colina hacia Wimbledon, Weena estaba cansada y quería volver a la casa de piedra gris. Le señalé los pináculos lejanos del Palacio de Porcelana Verde y logré que entendiera que era allí donde buscábamos un refugio contra su miedo. ¿Saben esa gran calma que adquieren las cosas antes del anochecer? Incluso la brisa se detiene en los árboles. Para mí siempre hay algo expectante en la quietud de la noche. El cielo estaba despejado, distante y vacío a excepción de unas pocas barras horizontales hacia poniente. Pues bien, aquella noche la expectación se tornó del color de mis miedos. En la calma oscura mis sentidos parecían prodigiosamente agudizados. Incluso me daba la impresión de que hasta notaba el hundimiento de la tierra bajo mis pies; en realidad, casi podía ver a los morlocks en su

hormiguero a través de ella, yendo de un lado a otro, esperando a que anoheciera. La excitación me hizo imaginarme que se tomarían mi invasión de sus madrigueras como una declaración de guerra. ¿Y por qué se habían llevado mi máquina del tiempo?

»Así que seguimos adelante en silencio, y el crepúsculo se hizo noche. El lejano azul claro se desvaneció y salieron las estrellas una tras otra. La tierra se volvió indefinida y los árboles, negros. Los miedos y la fatiga se apoderaron de Weena. La cogí en brazos y le hablé y la acaricié. Entonces, cuando la oscuridad creció, me pasó los brazos por el cuello y, cerrando los ojos, apoyó delicadamente su cara contra mi hombro. Así, bajamos por una pendiente larga hasta un valle, tan oscuro que casi me metí en un riachuelo. Logré vadearlo, y subí por el lado opuesto. Pasé junto a varias casas para dormir y una estatua; era un fauno o algo semejante, pero sin cabeza. Allí también había acacias. Hasta entonces no había visto a ningún morlock, pero aún era temprano, y todavía tenían que transcurrir horas más oscuras hasta que se alzara la luna menguante.

»Desde la cima de la siguiente colina vi un bosque denso que se extendía, ancho y negro, ante mí. Dudé. No veía dónde acababa, ni a la izquierda ni a la derecha. Muy cansado —los pies, sobre todo, me dolían mucho—, paré, me descargué a Weena del hombro y me senté en el césped. Ya no veía el Palacio de Porcelana Verde y no sabía qué dirección tomar. Miré hacia la espesura del bosque y pensé en lo que podía ocultar. Bajo la densa maraña de ramas quedaría fuera del alcance de las estrellas. Aunque no acechaba ningún peligro —un peligro que no dejaba que mi imaginación agravara—, quedaban todas las raíces con las que podía tropezar y los troncos con los que podía chocar. Tras aquel día tan agitado, yo también estaba muy cansado, de modo que decidí no enfrentarme al bosque, sino pasar la noche en lo alto de la colina abierta.

»Me alegré al descubrir que Weena estaba profundamente dormida. La envolví con mi chaqueta y me senté a su lado a esperar que saliera la luna. La ladera estaba silenciosa y desierta, pero en la negrura del bosque se percibía de vez en cuando el movimiento de algún ser vivo. Las estrellas brillaban por encima de mí, pues la noche estaba muy despejada. Me consoló un poco volver a ver su

brillo. No obstante, todas las antiguas constelaciones habían desaparecido del cielo: hacía tiempo que ese movimiento tan lento que resulta imperceptible en el transcurso de un centenar de vidas humanas las había desplazado hasta formar nuevas agrupaciones. No obstante, me pareció que la Vía Láctea seguía siendo la misma franja irregular de polvo de estrellas de antaño. Hacia el sur, según me pareció, había una estrella roja muy brillante que me resultaba nueva; era aún más espléndida que nuestra verde Sirio. Y entre todos estos puntos centelleantes de luz brillaba un planeta resplandeciente, amable y constante como el rostro de un viejo amigo.

»Al mirar las estrellas se empequeñecieron mis preocupaciones y todas las pesadumbres de la vida terrestre. Pensé en la insondable distancia a la que se encontraban, y en la deriva lenta e inevitable de sus movimientos desde el pasado desconocido hasta el futuro desconocido. Pensé en la gran precesión que describe el polo de la Tierra. Esa revolución silenciosa solo se había producido en cuarenta ocasiones a lo largo de los años que había recorrido. Y durante esas escasas revoluciones se habían erradicado todas las actividades, las tradiciones, las organizaciones complejas, las naciones, los idiomas, las literaturas, las aspiraciones, incluso el recuerdo mismo del Hombre tal como lo conocía. En su lugar se hallaban estas criaturas frágiles que habían olvidado su ascendencia elevada, y las criaturas blancas a las que me dirigía aterrorizado. Entonces pensé en el Gran Miedo que se tenían ambas especies, y por primera vez me expliqué, con un escalofrío repentino, la procedencia de la carne que había visto. Pero ¡era demasiado horrible! Miré a la pequeña Weena, que dormía junto a mí, con el rostro blanco e iluminado bajo las estrellas, y descarté de inmediato esa idea.

»Durante aquella larga noche mantuve a los morlocks apartados de mi mente tanto como pude, y pasé el rato intentado ver si podía hallar rastros de las viejas constelaciones en la nueva confusión. El cielo seguía muy claro, salvo por alguna que otra nube ligera. No es raro que a ratos me quedara dormido. Entonces, a medida que transcurría mi vigilancia, fue surgiendo en el cielo una luz tenue hacia el este, como el reflejo de un fuego incoloro, y la luna

menguante se alzó, fina, puntiaguda y blanca. No tardó en llegar el amanecer, rebasándola y desbordándola, pálido al principio, y luego cada vez más rosado y cálido. Ningún morlock se nos había acercado. Lo cierto es que aquella noche no había visto ninguno en la colina. Y con la confianza que me otorgaba el nuevo día, casi pensé que mi miedo había sido excesivo. Me levanté y vi que el tobillo del pie calzado con el zapato del tacón suelto se me había hinchado y me dolía el talón, así que volví a sentarme, me quité los zapatos y los arrojé a un lado.

»Desperté a Weena y nos metimos en el bosque, que ahora era verde y agradable en vez de negro e imponente. Encontramos algo de fruta con la que interrumpir el ayuno. No tardamos en cruzarnos con otras personitas delicadas, que reían y bailaban a la luz del sol como si en la naturaleza no hubiera nada como la noche. Y entonces volví a pensar en la carne que había visto. Ahora estaba seguro de lo que era, y en el fondo de mi corazón compadecí a este último y débil arroyo de la gran riada de la humanidad. Estaba claro que el declive humano llegó a un punto en que la comida de los morlocks comenzó a escasear. Debían de alimentarse de ratas y alimañas similares. Ahora el hombre también discrimina mucho menos y es menos selectivo en cuanto a su alimentación que antes, mucho menos que cualquier mono. Sus prejuicios contra la carne humana no corresponden a un instinto profundamente arraigado. ¡Y así, esos hijos inhumanos de los hombres...! Traté de valorar el tema con espíritu científico. A fin de cuentas, eran mucho menos humanos que nuestros ancestros caníbales de hace tres o cuatro mil años, estaban muy alejados de ellos, y la inteligencia que habría convertido aquella situación en tormento había desaparecido. ¿Por qué debía preocuparme? Estos eloi no eran más que ganado engordado, que como si fueran hormigas los morlocks conservaban y cazaban, incluso es probable que los criaran. ¡Y allí estaba Weena bailando a mi lado!

»Entonces intenté protegerme del horror que se apoderaba de mí considerándolo un castigo riguroso debido al egoísmo humano. El hombre se había conformado con vivir cómodo y deleitarse con los esfuerzos del prójimo, había tomado la necesidad como consigna y excusa, y en la plenitud de la vida la necesidad se lo había hecho

pagar. Incluso intenté burlarme de esa aristocracia desgraciada y decadente tal como haría Thomas Carlyle. Pero no podía pensar así. Por intensa que fuera su degradación intelectual, los eloi habían conservado una forma demasiado humana que despertaba mi compasión y me apremiaba a compartir su degradación y su miedo.

»En aquel momento tenía ideas muy vagas sobre qué camino tomar. Mi primera idea fue conseguir un lugar seguro para refugiarme y hacerme armas de metal o piedra como pudiera. Esa necesidad era perentoria. A continuación, esperaba procurarme algún tipo de fuego, para disponer del arma de una antorcha, porque sabía que nada sería más eficiente contra los morlocks. Luego quería inventar alguna clase de artillugio para romper y abrir las puertas de bronce bajo la Esfinge Blanca. Había pensado en un ariete. Estaba convencido de que si lograba entrar por esas puertas cargado con una antorcha encontraría la máquina del tiempo y podría escapar. Pensaba que los morlocks no eran lo bastante fuertes para haberla arrastrado muy lejos. Había decidido llevarme a Weena conmigo, a nuestra época. Y mientras tramaba esos planes seguía caminando hacia el edificio que se me había antojado elegir como vivienda.

8

—Hallé el Palacio de Porcelana Verde, cuando llegué a él al mediodía, desierto y ruinoso. En las ventanas solo quedaban restos destrozados de los cristales, y las grandes láminas del revestimiento verde se habían desprendido del marco metálico corroído. El palacio se alzaba sobre una colina cubierta de césped; antes de entrar en él, mirando hacia el noreste, me sorprendió ver un gran estuario, o incluso una ensenada, donde me parecía que debían de haber estado Wandsworth y Battersea. Entonces pensé —aunque nunca llegué a elaborar tal idea—, en lo que les habría ocurrido o estaría ocurriendo a las criaturas del mar.

»Examiné el material del palacio, que resultó ser, en efecto, porcelana, y a lo largo de la fachada vi una inscripción hecha en caracteres desconocidos. Pensé, bastante tontamente, que Weena podría ayudarme a interpretarlo, pero lo único que descubrí fue que ni siquiera concebía la idea de la escritura. Siempre me pareció, creo, más humana de lo que era, puede que porque su afecto era muy humano.

»Dentro de las grandes valvas de la puerta, que estaban abiertas y rotas, encontramos, en vez del salón habitual, una galería larga iluminada por muchas ventanas laterales. Al primer vistazo me recordó a un museo. El suelo embaldosado estaba cubierto de polvo, y había una llamativa miscelánea de objetos cubiertos también de polvo gris. Entonces descubrí, en el centro de la sala, lo que sin duda era la parte inferior de un esqueleto enorme, extraño y descarnado. Reconocí por los pies oblicuos que era una criatura extinguida del tipo de los megaterios. El cráneo y los huesos superiores yacían a su lado sobre el polvo denso, y en el punto

donde había ido calando agua de lluvia a través de una gotera del tejado, la criatura se había podrido. Más adelante, en la galería, se hallaba el tórax enorme de un brontosauro. Mi hipótesis del museo se veía confirmada. Dirigiéndome hacia el lateral me encontré con lo que parecían estanterías inclinadas, y tras apartar la gruesa capa de polvo que las cubría, di con unas viejas vitrinas de cristal propias de nuestra época. Debían de estar herméticamente cerradas, a juzgar por lo bien conservados que estaban algunos de sus contenidos.

»¡Estaba claro que nos hallábamos entre las ruinas de un South Kensington del futuro! Aquí, al parecer, se encontraba la sección paleontológica, un muestrario espléndido de fósiles, sin duda, aunque el proceso inevitable de deterioro, que se había visto frenado durante un tiempo y que gracias a la extinción de bacterias y hongos había perdido el noventa y nueve por ciento de su fuerza, volvía no obstante a seguir su curso, lento pero seguro, sobre todos esos tesoros. Aquí y allá hallaba rastros de las personitas en forma de extraños fósiles hechos pedazos o ensartados y apuntalados con varillas. En algunos casos se habían llevado los frascos a la fuerza, imaginaba que los morlocks. El lugar estaba muy silencioso. El polvo grueso amortiguaba nuestros pasos. Weena, que se había dedicado a hacer rodar un erizo de mar por el cristal inclinado de una vitrina, se acercó en ese momento y me miró, me cogió la mano en silencio y se puso a mi lado.

»Al principio me sorprendió tanto aquel monumento antiguo de una época intelectual que no pensé en las posibilidades que planteaba. Incluso la preocupación por la máquina del tiempo retrocedió un poco en mi mente.

»A juzgar por su tamaño, el Palacio de Porcelana Verde albergaba mucho más que una galería de paleontología; debía de haber galerías históricas, ¡puede que incluso una biblioteca! Para mí, al menos en las circunstancias de entonces, aquellas salas resultarían muchísimo más interesantes que ese espectáculo de geología antigua en pleno deterioro. Explorando, hallé otra galería corta, perpendicular a la primera. Parecía dedicada a los minerales, y al ver un bloque de sulfuro me acordé de la pólvora. Sin embargo, no logré encontrar nitrato de potasio; lo cierto es que no había

nitratos de ninguna clase. Sin duda hacía mucho tiempo que se habían disuelto. Pero no me olvidé del sulfuro, que me hizo seguir cierta línea de pensamiento. En lo que respecta a los restantes contenidos de la galería, aunque en conjunto eran los mejor conservados de los que vi, me interesaban poco. No soy especialista en mineralogía, y continué por un pasillo muy decadente paralelo a la primera sala en la que había entrado. Parece ser que esta segunda sección se había dedicado a la historia natural, pero todo lo que había en ella se había vuelto irreconocible: restos escasos, resecos y ennegrecidos de lo que habían sido animales disecados, momias secas en tarros que antes contenían alcohol, un polvo marrón de plantas marchitas. ¡Eso era todo! Lo sentí mucho, porque me habría encantado rastrear las pacientes readaptaciones mediante las que se había logrado conquistar la naturaleza animada. Entonces llegamos a una galería de dimensiones sencillamente colosales, pero particularmente mal iluminada, cuyo suelo se hundía un poco desde el extremo por el que había entrado. Del techo colgaban unos globos blancos —muchos de ellos rotos y destrozados—, lo cual indicaba que en principio el lugar se había iluminado de manera artificial. Aquí me hallaba más en mi elemento, porque a mi izquierda y a mi derecha se alzaban las dimensiones mastodónticas de grandes máquinas, todas muy corroídas y muchas rotas, pero algunas aún estaban bastante enteras. Saben que tengo cierta debilidad por los mecanismos, y me sentí inclinado a quedarme entre ellos, más aún por el hecho de que la mayoría eran interesantes rompecabezas y a duras penas podía adivinar para qué servían. Me imaginé que si conseguía resolverlos me hallaría en posesión de unos poderes que podría utilizar contra los morlocks.

»De pronto Weena se me acercó mucho, de forma tan repentina que me sobresaltó. Si no hubiera sido por ella creo que no me habría percatado de que el suelo de la galería no estaba hundido. El final al que había llegado estaba muy elevado, e iluminado por extrañas ventanas en forma de rendijas. A medida que uno avanzaba, el suelo se juntaba con estas ventanas, hasta que había un hoyo como el patio de una casa londinense ante cada una de ellas, y solo se veía una franja estrecha de la luz del día por encima. Continué avanzando despacio, cavilando acerca de las máquinas, y

estaba demasiado concentrado para percatarme de la disminución gradual de la luz, hasta que la creciente aprensión de Weena captó mi atención. Entonces vi que la galería terminaba en una densa oscuridad. Dudé, y al mirar alrededor vi que el polvo era menos abundante y regular. Al adentrarse en la oscuridad la capa de polvo mostraba unas huellas pequeñas y estrechas. La sensación de la presencia inmediata de los morlocks se reavivó al verlas. Sentí que perdía el tiempo analizando mentalmente la maquinaria. Recordé que la tarde estaba muy avanzada, y que aún no tenía ni armas, ni refugio, ni ningún modo de hacer fuego. De repente, en el fondo de la oscuridad remota de la galería, oí un golpeteo particular, y los mismos ruidos extraños que había oído en el fondo del pozo.

»Cogí a Weena de la mano. Entonces se me ocurrió una idea, la solté de sopetón y me volví hacia una máquina de la que sobresalía una palanca no muy distinta a las que hay en una garita de señales. Me encaramé a la base y agarré la palanca, inclinándola con todo mi peso hacia un lado. Abandonada en el pasillo central, Weena comenzó a gimotear. Había acertado al juzgar la resistencia de la palanca, porque cedió tras presionar un minuto, y volví junto a Weena con un mazo en la mano que juzgué suficiente para el cráneo de cualquier morlock con el que me cruzara. ¡Qué inhumano, podrán pensar, querer ir a matar a mis propios descendientes! Pero, por algún motivo, resultaba imposible apreciar la humanidad de aquellas criaturas. Solo el hecho de no querer abandonar a Weena y el convencimiento de que si me enzarzaba a aplacar mi sed asesina la máquina del tiempo podría verse perjudicada evitaron que entrara directamente a la galería a matar a las bestias que oía.

»Pues bien, con el mazo en una mano y Weena en la otra, salí de aquella galería y entré en otra aún más grande, que al principio me recordó a una capilla militar decorada con banderas ajadas. En ese momento me percaté de que los trapos marrones chamuscados que colgaban a los lados eran restos decadentes de libros. Hacía tiempo que se habían deshecho, y ya no quedaba nada impreso, pero por allí y por allá había tapas combadas y cierres metálicos rotos que lo indicaban bastante bien. Si hubiera sido un hombre de letras quizá habría podido moralizar sobre la inutilidad de toda ambición, en

cambio lo que más me sorprendió fue el enorme esfuerzo desperdiciado que atestiguaba aquella maraña sombría de papel podrido. Confieso que pensé brevemente en la *Philosophical transactions* y en mis diecisiete artículos sobre óptica física.

»Luego, al subir por una escalera amplia, llegamos a lo que tal vez había sido una galería de química técnica, donde esperaba hacer descubrimientos útiles. A excepción de un extremo donde el techo se había hundido, la galería estaba bien conservada. Inspeccioné con entusiasmo todas las vitrinas que no estaban rotas. Por fin, en una de las más herméticas, hallé una caja de cerillas. Las probé, ansioso. Funcionaban perfectamente. Ni siquiera estaban húmedas. Me volví hacia Weena y grité en su lengua: “¡Baila!”.

»Ahora contaba con un arma contra las horribles criaturas a las que temíamos. Y así, en aquel museo abandonado y ruinoso, sobre la gruesa alfombra de polvo, y para gran deleite de Weena, ejecuté solemnemente una especie de danza, silbando *The Land of the Leal* con tanta alegría como pude. La danza era, en parte, un modesto cancán, con mucho baile de pies y de falda (en la medida en que mi frac me lo permitía), y, en parte, una creación original. Porque soy inventivo por naturaleza, eso ya lo saben.

»Todavía ahora creo que el hecho de que la caja de cerillas se hubiera salvado del desgaste del tiempo inmemorial era algo verdaderamente insólito, tan insólito como afortunado. Sin embargo, por extraño que parezca, encontré una sustancia aún más improbable: alcanfor. Lo hallé en un tarro sellado, que por casualidad, imagino, había quedado realmente hermético. Primero me pareció que era cera de parafina, y por eso rompí el cristal. Pero el olor del alcanfor era inconfundible. Pese al declive universal, aquella sustancia volátil había logrado sobrevivir puede que durante miles de siglos. Me recordó a un cuadro que vi pintado con la tinta sepia del fósil de un belemnites que debía de haber perecido y se había fosilizado millones de años atrás. Iba a tirar el tarro cuando recordé que el alcanfor era inflamable y ardía con una llama buena y brillante; es decir, que de hecho era una vela excelente, y me lo metí en el bolsillo. Sin embargo, no hallé explosivos, ni ningún modo de echar abajo las puertas de bronce. Hasta el momento, mi palanca de hierro era lo más útil que había

encontrado. No obstante, salí de la galería eufórico.

»No puedo relatarles todo lo que sucedió aquella larga tarde. Exigiría un gran esfuerzo de memoria recordar mis exploraciones en el orden adecuado. Recuerdo una larga galería de panoplias de armas oxidadas, y que dudé entre mi palanca y un hacha o una espada. Pero no podía cargar armas, y la barra de hierro parecía más prometedora contra las puertas de bronce. Había varias pistolas y rifles. La mayoría formaban amasijos de óxido, pero muchas eran de un metal nuevo y aún estaban bastante enteras. Los cartuchos o la pólvora que puede que una vez hubiera se habían podrido hasta convertirse en polvo. Vi una esquina chamuscada y destrozada; puede, pensé, que por la explosión de algunas muestras. En otro lugar había un amplio surtido de ídolos: polinesios, mexicanos, griegos, fenicios, de todos los países de la Tierra que se me ocurrieran. Y allí, cediendo a un impulso irresistible, escribí mi nombre sobre la nariz de un monstruo sudamericano de esteatita que me agradó especialmente.

»A medida que se acercaba la noche menguaba mi interés. Fui recorriendo una galería tras otra, todas polvorientas y silenciosas, a menudo ruinosas; a veces los objetos expuestos no eran más que pilas de óxido y lignito, otros estaban mejor conservados. De repente me encontré cerca de la maqueta de una mina de estaño, y entonces, de la manera más accidental, descubrí, en una caja hermética, ¡dos cartuchos de dinamita! Grité eureka y rompí la caja, entusiasmado. De pronto me sobrevino una duda. Vacilé. Busqué una pequeña galería lateral e hice la prueba. En la vida he sentido una decepción más grande que la que experimenté tras esperar cinco, diez, quince minutos una explosión que nunca llegó a producirse. Claro que eran cartuchos de fogueo, como tendría que haber adivinado por su aspecto. Creo que, si no lo hubieran sido, habría salido corriendo precipitadamente a volar la esfinge y las puertas de bronce, y habría reventado (como así se demostró) mi oportunidad de encontrar la máquina del tiempo al hacerlas desaparecer.

»Fue después de eso, me parece, cuando llegamos a un pequeño patio abierto dentro del palacio. Estaba cubierto de verde y tenía tres árboles frutales. Allí descansamos y nos relajamos. Hacia la

puesta de sol empecé a reflexionar sobre la situación en la que nos encontrábamos. La noche se cernía sobre nosotros y aún no tenía ningún escondite inaccesible. Pero entonces todo esto me preocupaba muy poco. Poseía algo que puede que fuera la mejor defensa posible contra los morlocks: ¡tenía cerillas! También llevaba el alcanfor en el bolsillo, por si necesitara una llama. Me parecía que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche al aire libre, protegidos por un fuego. Por la mañana iba a recuperar la máquina del tiempo. Para ello, de momento, contaba con mi palanca de hierro. No obstante, ahora que sabía más cosas, ya no pensaba lo mismo de aquellas puertas de bronce. Hasta entonces había evitado forzarlas, sobre todo debido al misterio que se ocultaba al otro lado. No me había parecido que fueran muy fuertes y esperaba que mi barra de hierro bastara para la tarea.

9

—Salimos del palacio mientras en el horizonte aún se veía una parte del sol. Estaba decidido a llegar a la Esfinge Blanca por la mañana temprano, y me proponía adentrarme antes de que anocheciera en los bosques que me habían detenido la noche anterior. Mi plan era llegar lo más lejos posible aquella noche, y luego encender un fuego y dormir protegido por su resplandor. Por lo tanto, mientras avanzábamos recogí todos los palitos y la hierba seca que encontré, y no tardé en llevar una buena brazada de tales restos. Con esta carga avanzábamos más despacio de lo que me había imaginado, y además Weena estaba cansada. Yo también empezaba a tener sueño. Se hizo totalmente de noche antes que llegáramos al bosque. Weena se habría detenido al pie de la colina cubierta de arbustos que limitaba con el bosque, pues temía la oscuridad ante nosotros, pero una sensación peculiar de calamidad inminente, que en realidad debería haberme servido de advertencia, me hacía continuar. Llevaba sin dormir una o dos noches, y estaba febril e irritable. Sentía que el sueño me perseguía, y los morlocks con él.

»Mientras dudábamos, vi tres figuras agazapadas, borrosas, entre los arbustos negros detrás de nosotros. Estábamos rodeados de matorrales y hierbas altas, y no me sentía a salvo de su aproximación insidiosa. Según mis cálculos, el bosque tenía menos de kilómetro y medio de ancho. Si lo atravesábamos hasta la ladera desnuda, me parecía que allí encontraríamos un lugar para descansar mucho más seguro; pensé que con las cerillas y el alcanfor conseguiría iluminar todo el camino a través del bosque. Era evidente que si me dedicaba a encender cerillas tendría que

abandonar la leña, así que, reticente, la dejé en el suelo. Y entonces se me ocurrió sorprender a nuestros amigos, que estaban a nuestras espaldas, prendiéndole fuego. Acabé descubriendo lo atroz y estúpido de este proceder, que me pareció una medida ingeniosa para cubrir nuestra retirada.

»No sé si alguna vez se han planteado lo inusual que debe de resultar una llama en un lugar sin hombres y de clima templado. El calor del sol no suele ser lo bastante intenso para prender fuego, ni siquiera concentrado por las gotas de rocío, como a veces ocurre en regiones más tropicales. Los rayos pueden marchitar y ennegrecer, pero rara vez dan lugar a un incendio extendido. En alguna ocasión, los restos vegetales en descomposición arderán al fermentar y calentarse, pero casi nunca generarán llamas. En esta decadencia de la Tierra, el arte de hacer fuego también se había olvidado. Las lenguas rojas que lamían mi montón de leña resultaban totalmente nuevas y extrañas para Weena.

»Quería correr hacia el fuego y jugar con él. Creo que se habría metido dentro si yo no la hubiera retenido. Pero la atrapé, y pese a sus protestas, la empujé delante de mí hacia el bosque. El resplandor de mi fuego iluminaba un trecho del camino. Al mirar en ese momento hacia atrás, vi, a través de los troncos apretujados, que la llama se había extendido desde el montón de palitos hasta los arbustos de al lado, y que se dibujaba una línea curva de fuego por la hierba de la colina. Me reí al verlo, y me volví otra vez hacia los árboles oscuros que tenía delante. Estaba muy negro, y Weena se aferraba convulsivamente a mí, pero aún había, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, luz suficiente para evitar los troncos. Por encima de mi cabeza solo había negrura, excepto donde un remoto trozo de cielo azul brillaba aquí y allá en lo alto. No encendí ninguna cerilla porque no me quedaban manos libres. Llevaba a mi pequeña colgando del brazo izquierdo, y tenía la barra de hierro en la mano derecha.

»Durante un rato no oí nada salvo el crujido de las ramitas bajo mis pies, el susurro débil de la brisa, mi propia respiración y el latido de mis vasos sanguíneos en los oídos. Entonces me pareció identificar un golpeteo a mi alrededor. Continué muy decidido, el golpeteo se volvió más claro y detecté los mismos ruidos y voces

extrañas que había oído en el mundo subterráneo. Era evidente que varios morlocks me estaban rodeando. En efecto, al cabo de un minuto noté que me tiraban de la chaqueta, y luego algo en el brazo. Weena se estremeció violentamente y luego se quedó muy quieta.

»Había llegado la hora de usar una cerilla, pero para cogerla debía dejar a la muchacha. Eso hice, y mientras buscaba a tientas en el bolsillo, empezó una pelea en la oscuridad, a la altura de mis rodillas, completamente silenciosa por parte de ella y con los mismos arrullos peculiares por parte de los morlocks. Unas manitas blandas trepaban despacio por mi chaqueta y mi espalda, e incluso me tocaron el cuello. Entonces rasqué y se encendió la cerilla. La sostuve en lo alto y vi que las espaldas blancas de los morlocks huían entre los árboles. Rápidamente saqué un trozo de alcanfor del bolsillo y me preparé para encenderlo en cuanto la cerilla empezara a menguar. Entonces miré a Weena. Yacía agarrada a mis pies, casi inmóvil, con la cara pegada al suelo. De repente me asusté y me incliné hacia ella. Me dio la impresión de que apenas respiraba. Encendí el bloque de alcanfor y lo arrojé al suelo, y cuando chisporroteó y brilló y repelió a los morlocks y a las sombras, me arrodillé y la levanté. ¡Detrás de nosotros el bosque parecía lleno del bullicio y el murmullo de una gran multitud!

»Weena parecía haberse desmayado. Me la subí con cuidado al hombro y me levanté para seguir avanzando, y entonces me di cuenta de algo horrible. Mientras maniobraba con las cerillas y Weena, me había dado la vuelta varias veces, y ahora no tenía la menor idea de en qué dirección debía continuar. Por lo que sabía, podríamos estar dirigiéndonos otra vez hacia el Palacio de Porcelana Verde. Me inundó un sudor frío. Tenía que pensar rápidamente qué hacer. Decidí encender un fuego y acampar donde estábamos. Dejé a Weena, aún inmóvil, sobre un tronco cubierto de hierba, y me apresuré a recoger palitos y hojas, ya que el primer trozo de alcanfor se estaba gastando. En la oscuridad que me rodeaba, los ojos de los morlocks brillaban como carbúnculos.

»El alcanfor parpadeó y se apagó. Encendí una cerilla y dos figuras blancas que se habían aproximado a Weena huyeron disparadas. Una de ellas estaba tan cegada por la luz que vino

directa hacia mí y noté el crujido de sus huesos al golpearla con el puño. Soltó un grito consternado, se tambaleó un poco y cayó. Encendí otro trozo de alcanfor y seguí preparando la hoguera. En ese momento me percaté de lo seco que estaba parte del follaje por encima de mi cabeza, pues desde mi llegada con la máquina del tiempo, hacía ya una semana, no había llovido nada, así que en vez de buscar ramitas caídas entre los árboles, empecé a dar saltos y a arrancar ramas. No tardé en conseguir un fuego asfixiante y humeante de madera verde y palitos secos, que me permitía ahorrar alcanfor. Entonces me volví hacia Weena, que estaba tendida junto a mi palanca de hierro. Hice lo que pude por revivirla, pero yacía como muerta. Ni siquiera estaba seguro de si respiraba o no.

»Ahora, el humo del fuego se aproximaba hacia mí y creo que me envolvió en una pesadez repentina. Además, el vapor del alcanfor llenaba el aire. Como no necesitaría avivar el fuego en una hora y me sentía agotado tras el esfuerzo, me senté. El bosque estaba invadido por un murmullo amortiguado que no comprendía. Creo que eché una cabezada y volví a abrir los ojos. Estaba todo oscuro, y los morlocks me manoseaban. Zafándome de sus dedos, me metí rápidamente la mano en el bolsillo en busca de la caja de cerillas y... ¡había desaparecido! Entonces me agarraron y volvieron a abalanzarse sobre mí. En un instante supe lo que había sucedido. Me había quedado dormido y el fuego se había apagado. La amargura de la muerte me invadió el alma. Todo el bosque parecía oler a madera ardiendo. Me agarraron del pescuezo, del pelo, de los brazos, y tiraron hacia abajo. La horrible sensación de tener todas esas criaturas blandas amontonadas encima de mí en la oscuridad resulta indescriptible. Era como estar en la tela de una araña monstruosa. Me derribaron y caí. Noté que unos dientecitos me mordisqueaban el cuello. Me volví, y al hacerlo mi mano se encontró con la palanca de hierro. Eso me dio fuerzas. Me esforcé por levantarme, zafándome de las ratas humanas, y, agarrando la barra por un extremo, les aticé donde me parecía que debían de estar sus caras. Sentí que la carne y el hueso cedían bajo mis golpes, y quedé libre por un instante.

»El extraño júbilo que a menudo acompaña a la lucha encarnizada se apoderó de mí. Sabía que tanto Weena como yo

estábamos perdidos, pero decidí hacer pagar a los morlocks por la carne que comían. Me apoyé de espaldas contra un árbol, balanceando la barra de hierro ante mí. En el bosque entero se oían su agitación y sus gritos. Transcurrió un minuto. Sus voces parecieron alzarse y volverse más agudas por la excitación, y sus movimientos, más rápidos, pero no se me acercaba ninguno. Seguí mirando fijamente la oscuridad, hasta que de repente concebí una esperanza. ¿Y si los morlocks tenían miedo? Acto seguido ocurrió algo extraño. La oscuridad pareció iluminarse. Empecé a vislumbrar a los morlocks que me rodeaban, tres de ellos aporreados a mis pies, y entonces me di cuenta, incrédulo y sorprendido, de que los demás salían corriendo de detrás de mí, en un flujo incesante, adentrándose en el bosque que quedaba delante. Y ya no tenían las espaldas blancas, sino que parecían rojizas. Mientras seguía boquiabierto, vi una chispita que recorría un espacio iluminado por las estrellas entre las ramas, para luego desvanecerse. Así comprendí el olor de madera quemada, el murmullo amortiguado que se estaba convirtiendo en estruendo racheado, el brillo rojo y la huida de los morlocks.

»Salí de detrás del árbol y, al volver la vista, vi, a través de las columnas negras de los árboles más próximos, las llamas del bosque ardiendo. Era mi primer fuego, que me perseguía. Entonces miré hacia Weena, pero había desaparecido. Los silbidos y crujidos que oía detrás de mí y las explosiones sordas de los árboles que estallaban en llamas me dejaban poco tiempo para pensar. Con la barra de hierro aún preparada, rastree el camino de los morlocks. Las llamas me seguían de cerca. Hubo un momento que avanzaron tan rápido por la derecha que me adelantaron y tuve que desviarme hacia la izquierda. Acabé saliendo a un pequeño espacio abierto, y en aquel momento un morlock se me acercó dando tumbos, me dejó atrás y ¡continuó derecho hasta el fuego!

»Entonces vi lo más extraño y horrible, me parece, de todo lo que contemplé en aquella época futura. El espacio entero brillaba como el día con el reflejo del fuego. En el centro había una loma o un túmulo, rematado por un espino chamuscado. Detrás ardía otra parte del bosque, donde se retorcían las lenguas de fuego amarillas formando una valla incandescente. En la ladera había treinta o

cuarenta morlocks, deslumbrados por la luz y el calor, que iban chocando unos con otros con gran desconcierto. Al principio no me percaté de su ceguera y, enloquecido por el miedo, los golpeaba furiosamente con mi palanca cuando se me acercaban; maté a uno y lisié a unos cuantos más. Pero tras observar los gestos de uno de ellos, que se movía bajo el espino recortado contra el cielo rojo, y oír sus gemidos, me convencí de su indefensión y sufrimiento absolutos ante el resplandor, así que dejé de pegarles.

»Pero todavía se me acercaba alguno, y yo lo esquivaba rápidamente, movido por el horror y la agitación que desencadenaban en mí. Llegó un momento en que las llamas menguaron un tanto, y temí que las repugnantes criaturas pudieran verme. Me planteé incluso comenzar la pelea matando a unos cuantos antes de que eso ocurriera, pero el fuego volvió a arder intensamente y no moví la mano. Recorrí la colina entre ellos, evitándolos, buscando el rastro de Weena. Pero Weena había desaparecido.

»Acabé sentándome en la cima de la loma, observando aquel conjunto increíble y extraño de seres ciegos que deambulaban de un lado a otro y se comunicaban con ruidos raros, mientras el resplandor del fuego los dominaba. La espiral de humo surcaba el cielo, y entre los jirones desperdigados de esa bóveda roja brillaban las estrellitas, lejanas como si pertenecieran a otro universo. Dos o tres morlocks se me acercaron dando tumbos, y los aparté a puñetazos, temblando.

»Pasé la mayor parte de aquella noche convencido de que era una pesadilla. Me mordía y gritaba movido por el intenso deseo de despertar. Golpeé el suelo con las manos, me levanté y volví a sentarme, deambulé de un lado a otro y me senté otra vez. Acababa frotándome los ojos y pidiéndole a Dios que me dejara despertarme. En tres ocasiones vi a los morlocks agachar las cabezas, atormentados, y correr a meterse en las llamas. Pero, al final, por encima del rojo decreciente del fuego, de las masas arremolinadas de humo negro, de los tocones blanqueados y ennegrecidos y de las cada vez menos numerosas criaturas pálidas, llegó la luz blanca del día.

»Volví a buscar rastros de Weena, sin hallar ninguno. Me quedó

claro que habían dejado su pobre cuerpecito en el bosque. No puedo describir el alivio que sentí al pensar que había escapado al espantoso destino que parecía esperarle. Mientras pensaba en eso, me sentí impelido a iniciar una masacre de las abominaciones indefensas que me rodeaban, pero me contuve. La loma, como he comentado, era una especie de isla en medio del bosque. Desde la cima veía, a través de la nube de humo, el Palacio de Porcelana Verde, y desde allí podía orientarme hacia la Esfinge Blanca. Entonces, dejando atrás los restos de aquellas almas malditas que seguían yendo y viniendo y quejándose mientras clareaba el día, me até un poco de hierba alrededor de los pies y me fui, cojeando entre cenizas humeantes y troncos negros, que aún palpitaban con el fuego, hacia el escondite de la máquina del tiempo. Caminaba despacio, pues estaba casi derrotado, y además cojeaba, y me sentía tremendamente desgraciado por la horrible muerte de la pequeña Weena. Me parecía una calamidad abrumadora. Ahora, en esta vieja y conocida habitación, parece la pena de un sueño más que una pérdida real, pero aquella mañana volví a sentirme absoluta y terriblemente solo. Empecé a pensar en mi casa, en mi chimenea, en algunos de ustedes, y con estos pensamientos me asaltó una añoranza dolorosa.

»Pero, mientras pisoteaba las cenizas humeantes bajo la luz brillante de la mañana, hice un descubrimiento. En el bolsillo del pantalón aún había algunas cerillas sueltas. La caja debió de volcarse antes de perderse.

10

—A eso de las ocho o nueve de la mañana recalé en el mismo asiento de metal amarillo desde el que contemplé el mundo la noche de mi llegada. Pensé en las conclusiones precipitadas que extraje aquella noche y no pude evitar una risa amarga por habérmelas creído. Volvía a encontrarme con el mismo escenario hermoso, el mismo follaje abundante, los mismos palacios espléndidos y ruinas magníficas, el mismo río plateado que corría entre sus fértiles orillas. Las ropas alegres de las personas bonitas se movían de un lado a otro entre los árboles. Algunos se estaban bañando en el lugar exacto donde salvé a Weena, lo que me hizo sentir una punzada aguda y repentina de dolor. Y como borrones en el paisaje se alzaban las cúpulas que coronaban los caminos del mundo subterráneo. Ahora entendía qué era lo que ocultaba toda la belleza de la gente del mundo superior. Sus días eran muy agradables, tan agradables como los que pasa el ganado en el campo. Y como el ganado, no conocían enemigos y no se preparaban para nada. Y su fin era el mismo.

»Me entristecía pensar cuán breve había sido el sueño del intelecto humano. Se había suicidado. Se había concentrado en el confort y las facilidades, en formar una sociedad equilibrada con la estabilidad y la permanencia como consignas, y que había hecho realidad tales esperanzas. La vida y la prosperidad debían de haber alcanzado una seguridad casi absoluta. Los ricos estaban seguros de sus riquezas y comodidades, y los trabajadores de su vida y su trabajo. Sin duda en aquel mundo perfecto no había problemas de empleo, no quedaba ninguna cuestión social sin respuesta. Y le siguió una gran tranquilidad.

»Pasamos por alto la ley de la naturaleza según la cual la versatilidad intelectual es la compensación por el cambio, el peligro y los problemas. Un animal en perfecta armonía con su entorno es un mecanismo perfecto. La naturaleza nunca apela a la inteligencia hasta que el hábito y el instinto devienen inútiles. No hay inteligencia donde no hay cambio ni necesidad de cambio. Solo participan de la inteligencia los animales que tienen que enfrentarse a una enorme variedad de penurias y peligros.

»Así que, tal como yo lo veo, el hombre del mundo superior se había decantado por la belleza débil, y el mundo subterráneo por la simple industria mecánica. Pero a ese estado perfecto aún le faltaba un elemento para lograr la perfección mecánica: la permanencia absoluta. Al parecer, a medida que transcurría el tiempo, la alimentación del mundo subterráneo, como fuera que se llevara a cabo, se había desorganizado. Volvió la madre necesidad, a la que se había conjurado durante unos miles de años, y empezó por abajo. El mundo subterráneo, en contacto con la maquinaria, que, por perfecta que sea, aún requiere un poco de pensamiento, no solo la costumbre, probablemente se había visto obligado, pese a presentar las demás características humanas disminuidas, a conservar bastante más iniciativa que el superior. Y cuando otros tipos de carne les fallaron, volvieron al viejo hábito hasta entonces prohibido. Así lo entendía en mi última reflexión sobre el mundo del año 802 701. Quizá sea la explicación más errónea que pueda idear la inteligencia mortal, pero así es como lo interpreté, y así se lo presento.

»Tras las fatigas, agitaciones y terrores de los días pasados, y a pesar de mi profunda pena, aquel asiento y la vista tranquila y la luz cálida del sol resultaban muy agradables. Estaba muy cansado y somnoliento, por lo que mi teorización no tardó en convertirse en sopor. Al percatarme de ello, seguí mis impulsos y, tras echarme en el césped, me entregué a un sueño largo y reparador.

»Me desperté poco antes de la puesta de sol. Con la tranquilidad de que los morlocks ya no me sorprenderían dormido, bajé desperezándome por la colina hacia la Esfinge Blanca. Llevaba la palanca en una mano, y la otra jugaba con las cerillas del bolsillo.

»Entonces me encontré con algo inesperado. Al acercarme al

pedestal me encontré con las hojas de bronce abiertas. Las habían deslizado hasta encajarlas en unas guías.

»Al verlo me detuve, poco antes de llegar, dudando si entrar o no.

»Dentro había una estancia pequeña, y en un lugar elevado, en la esquina, estaba la máquina del tiempo. Yo tenía las palancas pequeñas en el bolsillo. Así que, tras todos los preparativos que había elaborado para sitiar la Esfinge Blanca, se presentaba una mansa rendición. Arrojé la barra de hierro, lamentando casi no tener que usarla.

»Un pensamiento repentino me sobrevino al inclinarme hacia el portal. Por una vez, al menos, entendía cómo pensaban los morlocks. Reprimí unas ganas intensas de reírme y pasé por debajo del marco de bronce y me subí a la máquina del tiempo. Me sorprendió detectar que la habían engrasado y limpiado a fondo. Desde entonces también sospecho que los morlocks habían llegado incluso a desmontar parte de la máquina para intentar, a su torpe manera, comprender para qué servía.

»Sin embargo, cuando me puse a examinarla, mientras disfrutaba solo de tocar el aparato, ocurrió lo que esperaba. Los paneles de bronce se deslizaron de repente y chocaron contra el marco con un ruido metálico. Estaba a oscuras. Atrapado. O eso pensaban los morlocks. Me reí alegremente de que así lo creyeran.

»Oía su risa entre murmullos mientras se acercaban. Intenté encender una cerilla muy despacio. Solo tenía que colocar las palancas y desaparecer como un fantasma. Pero había pasado una cosa por alto. Las cerillas eran de aquellas tan espantosas que solo se encienden en la caja.

»Pueden imaginarse cómo perdí la calma de golpe. Las pequeñas bestias estaban muy cerca. Una me tocó. Me volví en la oscuridad para golpearlos con las palancas, dispuesto a escabullirme hacia la silla de la máquina. Entonces me alcanzó una mano, y luego otra. Solo tenía que luchar contra los dedos insistentes para no perder las palancas, al tiempo que palpaba para poder encajarlas. Lo cierto es que casi me quitan una. Cuando se me escurrió de la mano, tuve que dar un cabezazo a oscuras —oí como retumbaba el cráneo del morlock— para recuperarla. Esta última rebatiña, fue, a mi parecer,

más reñida que la pelea del bosque.

»Por fin conseguí colocar la palanca y tirar de ella. Las manos que intentaban aferrarse a mí se soltaron. La oscuridad se desvaneció ante mis ojos. Me hallé rodeado de la misma luz gris y el mismo remolino que ya he descrito.

—Ya les he hablado del malestar y la confusión que acompañan al viaje en el tiempo. Y esta vez no iba bien sentado en la silla, sino ladeado y colocado de un modo inestable. Durante un tiempo indefinido me aferré a la máquina mientras se balanceaba y vibraba, sin fijarme en el trecho que recorría, y cuando volví a mirar los indicadores quedé asombrado de dónde había llegado. Uno de los indicadores registra días; otro, miles de días; otro, millones de días, y otro, miles de millones. En vez de retroceder con las palancas las había empujado para avanzar, y cuando volví a mirar estos indicadores descubrí que la manecilla de los miles giraba tan rápido como la de los segundos en un reloj... hacia el futuro.

»A medida que avanzaba, un cambio peculiar iba apoderándose del aspecto de las cosas. El gris palpitante se volvió más oscuro; entonces —aunque todavía viajaba a una velocidad prodigiosa— la sucesión intermitente del día y de la noche, que solía indicar un ritmo más pausado, se reanudó y se hizo cada vez más marcada. Al principio me sorprendió mucho. Las alternancias del día y la noche se hicieron cada vez más lentas, igual que el recorrido del sol por el cielo, hasta que parecieron alargarse durante siglos. Al fin, un crepúsculo constante se cernió sobre la Tierra, un crepúsculo solo interrumpido alguna que otra vez cuando un cometa resplandecía por el cielo oscurecido. La franja de luz que antes señalaba el sol hacía tiempo que había desaparecido, pues el sol había dejado de ponerse: tan solo se alzaba y caía por el oeste, y se iba volviendo más ancho y rojo. Todo rastro de la luna había desaparecido. La corona de estrellas, cada vez más lenta, había dado lugar a puntos

de luz progresivos. Al fin, poco antes de que yo parara, el sol, rojo y muy grande, se detuvo inmóvil en el horizonte, como una cúpula gigante que brillaba con un calor tenue, y de vez en cuando desaparecía brevemente. Llegó un momento en que volvió a brillar con más intensidad, pero no tardó en regresar al calor rojo y sombrío. Con esta ralentización de la salida y la puesta del sol comprendí que el arrastre planetario había finalizado. La Tierra se había posado con una cara mirando hacia el Sol, aunque en nuestra época la Luna da a la Tierra. Con mucho cuidado, pues recordaba que antes había caído de cabeza, empecé a revertir el movimiento. Las manillas fueron perdiendo velocidad hasta que la de los miles parecía inmóvil y la del día ya no marcaba un mero vaho en la escala. Fui aminorando hasta que los débiles contornos de una playa desierta se hicieron más visibles.

»Me detuve con suma delicadeza y permanecí sentado en la máquina del tiempo, mirando a mi alrededor. El cielo ya no era azul. Hacia el noreste era negro como la tinta, y en la oscuridad brillaban intensa y constantemente las estrellas de un blanco pálido. Por encima de mi cabeza el cielo era de un rojo oscuro sin estrellas, y hacia el sureste brillaba hasta alcanzar un escarlata intenso; allí, recortado en el horizonte, se hallaba el disco enorme del sol, rojo e inmóvil. A mi alrededor las piedras eran de un tono rojizo chillón, y el único rastro de vida que detecté al principio fue la vegetación, muy verde, que cubría todas las zonas prominentes por el lado que daba al sureste. Era el mismo verde intenso que se ve en el musgo del bosque o en los líquenes de las cuevas: plantas que como estas crecen en un crepúsculo eterno.

»La máquina se encontraba sobre una playa en pendiente. El mar se extendía hacia el suroeste, alzándose hacia un horizonte brillante y cerrado contra el cielo pálido. No había olas, ni grandes ni pequeñas, ya que no corría la más leve brisa. Solo una ondulación aceitosa se alzaba y hundía como una respiración leve, y demostraba que el mar eterno aún se movía y seguía vivo. En el lado donde a veces rompía el agua había una gruesa capa de sal incrustada, rosa bajo el cielo desvaído. Notaba una opresión en la cabeza, y me fijé en que respiraba muy rápido. La sensación me recordó a mi única experiencia de montañismo, y a partir de ahí

determiné que el aire estaba mucho más enrarecido que ahora.

»En lo alto de la cuesta desierta oí un grito discordante, y vi una especie de mariposa blanca gigante que se inclinaba y revoloteaba hacia el cielo, hasta desaparecer por encima de unas lomas bajas a lo lejos. El ruido de su voz era tan sombrío que me estremecí y me senté más firme en la máquina. Volví a mirar lo que me rodeaba y vi que, bastante cerca, lo que pensaba que era una masa rojiza de roca se me acercaba lentamente. Entonces vi que en realidad se trataba de una criatura monstruosa parecida a un cangrejo. ¿Se imaginan un cangrejo tan grande como esa mesa de allá, con múltiples patas que se mueven lentas y vacilantes, unas pinzas descomunales que se balancean, unas antenas largas como látigos de carretero, que se agitan y palpan, y unos ojos protuberantes que brillan a cada lado de su frente metálica? Tenía la espalda ondulada y decorada con tachones irregulares, y el cuerpo salpicado de incrustaciones verdosas. Veía los abundantes palpos de su complicada boca, que parpadeaban y tanteaban al moverse.

»Mientras miraba esa aparición siniestra que se arrastraba hacia mí, sentí un cosquilleo en la mejilla, como si una mosca se hubiera posado en ella. La aparté con la mano, pero al cabo de un instante había vuelto, y casi de inmediato se me acercó otra al oído. Conseguí atrapar algo que tenía hilos, pero se escabulló rápidamente de mi mano. Con una aprensión espantosa, me volví y vi que había agarrado la antena de otro cangrejo monstruoso que estaba justo detrás de mí. Sus ojos malvados se movían en sus órbitas, su boca mostraba un enorme apetito, y sus enormes pinzas bamboleantes, cubiertas de algas viscosas, se abatían sobre mí. En un instante tenía la mano en la palanca, y había puesto un mes entre esos monstruos y yo. Pero seguía en la misma playa, y los vi claramente en cuanto me detuve. Decenas de ellos se arrastraban por todas partes, bajo la luz sombría, entre las capas frondosas de verde intenso.

»No puedo transmitir la sensación de desolación abominable que se cernía sobre el mundo. El cielo rojo a poniente, la negrura hacia el norte, el salado Mar Muerto, la playa de guijarros repleta de estos monstruos asquerosos que se movían tan despacio, el verde uniforme y de aspecto venenoso de las plantas como líquenes, el

aire fino que oprimía los pulmones; todo contribuía a crear un efecto devastador. Avancé cien años más, y allí seguía el mismo sol rojo, un poco más grande, un poco más apagado, el mismo mar mortecino y el mismo aire helado, y la misma multitud de crustáceos terrestres se arrastraba saliendo de entre las algas verdes y las rocas rojas. Y en el cielo, hacia el oeste, vi una línea pálida y curva, como una enorme luna nueva.

»Viajé, parando de vez en cuando, en grandes etapas de más de mil años, atraído por el misterio del destino de la Tierra, observando con una fascinación extraña cómo el sol crecía y disminuía en el cielo hacia el oeste, y la vida de la antigua Tierra se iba consumiendo. Al fin, dentro de más de treinta millones de años, la enorme cúpula al rojo vivo del sol había llegado a ocultar casi una décima parte de los cielos oscuros. Entonces me detuve una vez más, pues la multitud de cangrejos que se arrastraban había desaparecido, y la playa, toda roja a excepción del verde lívido de hepáticas y líquenes, parecía inerte. Y ahora estaba salpicada de blanco. Me invadió un frío glacial. Unos pocos copos blancos descendían arremolinándose una y otra vez. Hacia el noreste, la nieve brillaba bajo la luz de las estrellas del cielo azabache, y veía una cresta ondulada de montículos de un blanco rosado. En la orilla del mar había un ribete de hielo, y masas a la deriva más adentro, pero en su mayor parte, la extensión de aquel océano salado, sanguinolenta bajo el eterno atardecer, seguía sin congelarse.

»Miré a mi alrededor para ver si quedaban rastros de vida animal. Una aprensión indefinible me mantenía en el asiento de la máquina. Pero no vi nada que se moviera, por tierra, mar o aire. La sustancia viscosa y verdosa de las rocas bastaba para demostrar que no se había extinguido la vida. En el mar había aparecido un banco de arena, y el agua se había retirado de la playa. Me pareció ver un objeto negro aleteando en el banco, pero se quedó inmóvil al mirarlo, y me imaginé que la vista me había engañado y que el objeto negro no era más que una roca. Las estrellas brillaban intensamente en el cielo y creo que titilaban muy poco.

»De repente me percaté de que el contorno circular del sol había cambiado en el lado del oeste, de que en la curva había aparecido una concavidad, una bahía. Y vi que crecía. Permanecí puede que

un minuto mirando horrorizado esta negrura que se cernía sobre el día, y luego me di cuenta de que empezaba un eclipse. O la Luna o el planeta Mercurio atravesaban el disco solar. Naturalmente, al principio pensé que era la Luna, pero tengo muchos motivos para inclinarme a pensar que lo que realmente vi fue el tránsito de un planeta interior que pasaba muy cerca de la Tierra.

»La oscuridad crecía a pasos agigantados; comenzaron a soplar unas ráfagas refrescantes de viento frío, procedentes del este, y aumentó la lluvia de copos blancos en el aire. De la orilla del mar llegó una ola y un susurro. Aparte de estos ruidos, el mundo estaba silencioso. ¿Silencioso? Resultaría difícil transmitir su quietud. Todos los ruidos del hombre, el balido de las ovejas, los reclamos de los pájaros, el zumbido de los insectos, el bullicio que compone la música de fondo de nuestras vidas, todo aquello había terminado. A medida que se espesaba la oscuridad, los copos arremolinados se volvieron más abundantes, bailando ante mis ojos, y el frío del aire, más intenso. Al fin, uno a uno, rápidamente, uno tras otro, los picos blancos de las colinas lejanas se desvanecieron en la oscuridad. La brisa se convirtió en un viento gimiente. Vi la sombra negra central del eclipse extendiéndose hacia mí. Al cabo de un instante solo se veían las estrellas pálidas. Todo lo demás era oscuridad, sin un solo rayo de luz. El cielo estaba absolutamente negro.

»Me invadió el horror ante aquella oscuridad enorme. El frío, que me calaba hasta la médula, y el dolor que sentía al respirar se apoderaron de mí. Me estremecí y me invadió una náusea mortal. Entonces el borde del sol apareció como un arco al rojo vivo en el cielo. Me bajé de la máquina para recuperarme. Me notaba mareado e incapaz de enfrentarme al viaje de vuelta. Así, mareado y confuso, volví a ver a la criatura moviéndose en el bajío —ya no me cabía duda de que se trataba de una criatura— recortada contra el agua roja del mar. Era una cosa redonda, puede que del tamaño de una pelota o puede que más grande, de la que salían arrastrándose unos tentáculos; parecía negra en contraste con el agua farragosa y sanguinolenta, y saltaba a intervalos por ella. Sentí que me desmayaba, pero un temor horrible a quedarme indefenso en aquel crepúsculo remoto y atroz me animó mientras me encaramaba a la silla.

12

—Así que volví. Debí de permanecer inconsciente en la máquina durante mucho tiempo. La sucesión intermitente de días y noches se reanudó, el sol volvió a ser dorado y el cielo, azul. Respiré con mayor libertad. Los contornos fluctuantes de la Tierra fluían y refluían. Las manecillas de los contadores giraban hacia atrás. Acabé viendo otra vez las sombras borrosas de algunas casas, las evidencias de la humanidad decadente, que también cambiaron y desaparecieron, y llegaron otras. En ese momento, cuando el indicador de los millones alcanzó el cero, disminuí la velocidad. Empecé a reconocer nuestra arquitectura insignificante y familiar, la manecilla de los miles corrió otra vez hasta el punto de partida, la noche y el día se turnaban cada vez más despacio. Entonces me encontré entre las viejas paredes del laboratorio, y frené con mucha delicadeza el mecanismo.

»Vi un detalle que me pareció extraño. Creo que les he contado que cuando partí, antes de ir a toda velocidad, la señora Watchett había cruzado la habitación, desplazándose, según me pareció, como un cohete. Al volver, pasé otra vez por el minuto en que cruzó el laboratorio, pero ahora cada uno de sus movimientos parecía la inversión exacta de los anteriores. La puerta del extremo inferior se abrió y ella se deslizó sin hacer ruido por el laboratorio, casi todo el rato de espaldas, y desapareció tras la puerta por la que había entrado previamente. Justo antes me pareció ver a Hillyer un instante, pero pasó como un rayo.

»Entonces detuve la máquina, y vi mi viejo y conocido laboratorio a mi alrededor, mis herramientas y mis aparatos tal y como los había dejado. Bajé de la máquina temblando, y me senté

en mi banco. Pasé varios minutos estremeciéndome violentamente hasta que me calmé. Me rodeaba otra vez mi viejo taller, y estaba igual que siempre. ¡Tal vez me había quedado dormido y todo había sido un sueño!

»¡Pero no, no era así! La máquina había salido de la esquina sureste del laboratorio, y al volver había aparecido en la del noreste, contra la pared donde la vieron. Eso corresponde a la distancia exacta desde el pequeño trozo de césped hasta el pedestal de la Esfinge Blanca, donde los morlocks habían metido mi máquina.

»Durante un rato se me quedó el cerebro paralizado. Hasta que me levanté y me acerqué por el pasillo, cojeando, porque aún me dolía el talón, y me notaba muy sucio. Vi el *Pall Mall Gazette* en la mesa junto a la puerta y vi que llevaba fecha de hoy, y mirando hacia el reloj vi que eran casi las ocho. Oí sus voces y el ruido de platos. Dudé... Estaba tan mareado y débil... Entonces me llegó el aroma de la carne, rica y saludable, y abrí la puerta. Ya conocen el resto. Me lavé, cené y ahora les estoy contando esta historia.

»Sé —dijo tras una pausa— que todo esto les resultará absolutamente increíble. Para mí lo único increíble es estar aquí ahora en esta vieja habitación conocida, mirando sus rostros amables y relatándoles estas extrañas aventuras.

Miró al médico.

—No, no puedo esperar que me crean. Tómenselo como una mentira... o una profecía. Digan que lo he soñado en el taller. Piensen que me he dedicado a especular sobre el destino de nuestra raza hasta tramar esta ficción. Cuando digo que es cierto, consideren mi afirmación como una mera pincelada artística para realzar el interés del relato. Y si fuera una historia, ¿qué les habría parecido?

Siguió fumando su pipa y empezó a dar golpecitos nerviosos a las barras de la chimenea como solía. Se hizo un silencio momentáneo. Las sillas empezaron a crujir y los zapatos, a rozar la alfombra. Aparté la mirada del rostro del viajero, y miré a su público. Estaban a oscuras, y unos puntitos de color daban vueltas ante ellos. El médico parecía absorto en la contemplación de nuestro anfitrión. El director del periódico miraba fijamente el

extremo de su cigarro, el sexto. El periodista buscaba a tientas su reloj. Los demás, creo recordar, estaban inmóviles.

El director se puso en pie, suspirando.

—¡Qué pena que no escriba usted relatos! —exclamó, apoyando la mano en el hombro del viajero.

—¿No se lo cree?

—Pues...

—Ya me imaginaba que no.

El viajero se volvió hacia nosotros.

—¿Dónde están las cerillas? —preguntó. Encendió una y habló por encima de su pipa, dándole caladas—. La verdad es que... a mí ya me cuesta mucho creerlo... y aun así...

Su mirada recayó con una pregunta muda en las flores blancas marchitas encima de la mesita. Entonces se fijó en la mano con que sostenía la pipa, y vi que miraba unas cicatrices medio curadas que tenía en los nudillos.

El médico se levantó, se acercó a la lámpara y examinó las flores.

—El gineceo es extraño —señaló.

El psicólogo se inclinó hacia delante para verlo, extendiendo la mano para coger una muestra.

—¡Que me aspen si no es la una menos cuarto! —se lamentó el periodista—. ¿Cómo regresaremos a casa?

—Hay muchos coches de caballos en la estación —le recordó el psicólogo.

—Qué curioso —intervino el médico—, desconozco por completo el orden natural de estas flores. ¿Puedo quedármelas?

El viajero dudó, hasta que de repente dijo:

—Desde luego que no.

—¿De dónde las sacó, en realidad? —insistió el médico.

El viajero se puso la mano en la cabeza, y habló como si intentara retener una idea que se le escapaba.

—Me las metió en el bolsillo Weena, cuando viajé en el tiempo. —Recorrió la habitación con la mirada—. No sé qué diablos ha sucedido. Esta habitación y ustedes y el ambiente cotidiano resultan demasiado para mi memoria. ¿Llegué a construir una máquina del tiempo, o una maqueta de máquina del tiempo? ¿O no es más que

un sueño? Dicen que la vida es sueño, un pobre y querido sueño a veces, pero no puedo soportar una vida que no sea así. Es una locura. ¿Y de dónde ha venido ese sueño? Debo ir a ver la máquina. ¡Si es que existe!

Agarró la lámpara rápidamente y la llevó, entre resplandores rojos a través de la puerta y hacia el pasillo. Lo seguimos. E iluminada por la luz parpadeante de la lámpara, allí estaba la máquina, chata, fea y torcida; un aparato de latón, ébano, marfil y cuarzo brillante translúcido. Parecía sólida —alargué la mano y toqué una barra—, unas manchas marrones salpicaban el marfil, tenía trozos de hierba y musgo en las partes inferiores, y otra barra muy torcida.

El viajero apoyó la lámpara en el banco y pasó la mano por la barra estropeada.

—Pues ya lo ven —comentó—. La historia que les he contado era verdad. Siento haberles hecho pasar frío.

Cogió la lámpara, y, sumidos en un silencio absoluto, volvimos a la sala de fumar.

Él vino hasta la entrada con nosotros y ayudó al director a ponerse el abrigo. El médico lo miró a la cara y, dudando un poco, le dijo que sufría exceso de trabajo, ante lo que el otro se rio mucho. Lo recuerdo de pie en la entrada abierta, gritando buenas noches.

Compartí el coche con el director, que pensaba que aquel relato era una «mentira chabacana». Por mi parte, era incapaz de llegar a ninguna conclusión. La historia era fantástica e increíble, y el relato muy creíble y sobrio. Me pasé casi toda la noche despierto pensando en él. Decidí volver a ver al viajero al día siguiente. Me dijeron que estaba en el laboratorio, y como conocía bien la casa, subí. El laboratorio, no obstante, estaba vacío. Me quedé mirando la máquina del tiempo durante un minuto y extendí la mano y toqué la palanca. El mamotreto chato y sólido se balanceó como una rama agitada por el viento. Me sorprendió muchísimo lo inestable que era, y tuve un recuerdo extraño de los días de infancia, cuando me prohibían que toqueteara las cosas. Retrocedí por el pasillo. El viajero salió a mi encuentro en el salón de fumar. Venía de la casa. Llevaba una cámara pequeña bajo un brazo y una mochila bajo el

otro. Se rio cuando me vio, y me dio el codo en vez de la mano.

—Estoy tremendamente ocupado con esa cosa de ahí dentro —comentó.

—Pero ¿no se trata de un engaño? ¿De veras viaja en el tiempo?

—Sí, de veras que sí. —Me miró con sinceridad a los ojos. Dudó. Su mirada recorrió la habitación—. Solo quiero media hora. Sé por qué ha venido, y ha sido usted muy amable. Allí hay algunas revistas. Si se queda a comer le demostraré esto de viajar en el tiempo con todo detalle, con muestras y todo, si no le importa que me marche ahora.

Accedí, sin comprender en verdad la importancia de sus palabras, y él asintió y salió al pasillo. Oí el portazo del laboratorio, me senté en una silla y cogí un periódico. ¿Qué era lo que iba a hacer el viajero antes de comer? Al ver un anuncio recordé de repente que había prometido reunirme con Richardson, el director del periódico, a las dos. Miré el reloj, y vi que era casi la hora de acudir a mi compromiso. Me levanté y recorrí el pasillo para contárselo al viajero.

Al agarrar el picaporte oí una exclamación, extrañamente truncada al final, y un chasquido y un ruido sordo. Una ráfaga de aire se arremolinó en torno a mí al abrir la puerta, y dentro oí el ruido de cristales rotos. El viajero no estaba allí. Por un instante me pareció ver una figura fantasmal, indefinida, sentada en una masa arremolinada de negro y latón, una figura tan transparente que se veía con total claridad el banco que había detrás, lleno de hojas con dibujos, pero este fantasma se desvaneció al frotarme los ojos. La máquina del tiempo había desaparecido. Salvo por las agitadas nubes de polvo, el extremo más alejado del laboratorio estaba vacío. Al parecer, una hoja del tragaluz acababa de romperse.

Sentí un asombro irracional. Sabía que había ocurrido algo raro, y durante un instante no supe qué era lo que resultaba tan extraño. Mientras seguía de pie, mirando, se abrió la puerta del jardín y entró el criado.

Nos miramos el uno al otro. Entonces empezaron a surgir ideas.

—¿Ha salido el señor por allí? —pregunté.

—No, señor. No ha salido nadie por aquí. Esperaba encontrarlo aquí.

En aquel momento lo entendí. A riesgo de decepcionar a Richardson me quedé a esperar al viajero, a esperar la segunda y quizá más extraña historia, y las muestras y fotos que traería con él. Pero ahora empiezo a temer que tendré que esperar toda la vida. El viajero desapareció hace tres años. Y, como todo el mundo sabe, nunca ha regresado.

EPÍLOGO

Resulta imposible no hacerse la pregunta. ¿Volverá alguna vez? Puede que haya vuelto a deslizarse al pasado, y haya caído entre los peludos salvajes bebedores de sangre de la Edad de Piedra sin Pulir, en los abismos del mar cretácico, o entre los grotescos saurios, los enormes reptiles del periodo jurásico. Incluso puede que ahora —si me permiten expresarlo así— esté paseándose por un arrecife de coral oolítico, acechado por plesiosaurios, o junto a los solitarios lagos salinos de la Edad Triásica. ¿O habrá ido hacia delante, a una época más cercana, en la que los hombres aún sean hombres, pero los enigmas de nuestra época se hayan respondido y nuestros tediosos problemas estén resueltos? A la edad adulta de la raza, porque yo, por mi parte, ¡no puedo creer que estas últimas épocas de experimentación débil, teoría fragmentaria y discordia mutua sean realmente la época culminante del hombre! Por mi parte, digo. Él, yo lo sé —pues habíamos debatido el tema mucho antes de que construyera la máquina del tiempo—, solo se imaginaba el Avance de la Humanidad en términos sombríos, y veía el acopio creciente de la civilización como una acumulación estúpida que inevitablemente debía caer y acabar destruyendo a sus creadores. Si es así, solo nos queda vivir como si no lo fuera, pero para mí el futuro aún es negro y vacío, una vasta ignorancia iluminada en puntos ocasionales por el recuerdo de su relato. Y guardo, para consolarme, dos extrañas flores blancas, ahora marchitas, marrones, planas y quebradizas, como prueba de que incluso cuando la mente y la fuerza habían desaparecido, la gratitud y la ternura mutua todavía habitaban el corazón del hombre.

APÉNDICE: PREFACIO DE WELLS (1931)

La máquina del tiempo se publicó en 1895. Es evidente que se trata de la obra de un escritor inexperto, pero presenta ciertas originalidades que han evitado que desapareciera, y aún encuentra editores y puede que incluso lectores tras haber transcurrido un tercio de siglo. A excepción de ciertas correcciones menores, se escribió, tal y como ha acabado publicándose, en una habitación alquilada de Sevenoaks, en Kent. Entonces el autor vivía al día de su trabajo de periodista, hasta que llegó un mal mes en que los periódicos con los que estaba acostumbrado a colaborar apenas le publicaron ni le pagaron artículos, y como todas las oficinas de Londres que lo soportaban ya contaban con un gran surtido de artículos aún inéditos, le pareció inútil seguir escribiendo hasta dar salida a ese bloque. Por eso, en vez de preocuparse por aquel cambio terrible de perspectivas, escribió esta historia pensando en encontrarle mercado en un ámbito distinto. Recuerda que la escribió una noche de verano, tarde, con la ventana abierta, mientras una desagradable casera se quejaba desde la oscuridad del uso excesivo de la lámpara, por lo que se añadió al mundo de ensueño su negativa a irse a la cama mientras la lámpara siguiera encendida; el autor escribió con ese acompañamiento, y recuerda también discutir sobre el relato y comentar sus implicaciones mientras paseaba por Knole Park con la amada compañera que tan firmemente lo apoyó durante aquellos años movidos de bienes escasos e incertidumbre esperanzada.

La idea del relato parecía, en aquellos tiempos, su «única idea». Se la había guardado hasta entonces con la esperanza de escribir

algún día un libro mucho más largo que *La máquina del tiempo*, pero la necesidad urgente de hacer algo vendible le obligó a explotarla de inmediato. Como el lector exigente percibirá, es un libro muy irregular: el debate inicial está mucho mejor planeado y escrito que los capítulos finales. Sale una historia muy exigua de una raíz muy profunda. La parte del principio, la explicación de la idea, ya había visto la luz en el *National Observer* de Henley en 1893. Fue la segunda mitad la que se escribió apresuradamente en Sevenoaks en 1894.

Esa única idea ahora es de todo el mundo. Nunca había sido la idea particular del autor. Había otras personas que se estaban acercando a ella. Se gestó en la mente del autor a partir de las discusiones con algunos estudiantes en los laboratorios y en la sociedad de debate del Royal College of Science en los ochenta, y ya la había puesto a prueba de diversas maneras antes de darle esta aplicación concreta. Es la idea de que el tiempo es la cuarta dimensión y que el presente normal es una sección tridimensional de un universo en cuatro dimensiones. La única diferencia entre la dimensión temporal y las demás, siguiendo este planteamiento, radica en el movimiento de la conciencia en ella, a través del cual se constituye el avance del presente. Es evidente que puede haber diversos «presentes» visibles según la dirección en que se observe el avance temporal; este método de establecer la concepción de la relatividad no se aplicó científicamente hasta mucho tiempo después, y es evidente, dado que la sección denominada «presente» es real y no «matemática», que tendría cierta profundidad variable. El «ahora» no es, por tanto, instantáneo, es una medida temporal más corta o más larga, un punto que aún debe valorarse adecuadamente en el pensamiento contemporáneo.

Pero mi historia no se dedica a explorar ninguna de estas posibilidades. No tenía la más remota idea de cómo realizar tal exploración. No estaba lo bastante formado en ese campo, y desde luego un relato no era el modo de seguir investigando. Así que la exposición inicial evita la paradoja para presentar un romance imaginativo que posee muchas características del periodo de Stevenson y el Kipling de los inicios en que se escribió. El autor ya había escrito un experimento al estilo pseudo-tectónico de

Nathaniel Hawthorne, un experimento que se publicó en el *Science Schools Journal*(1888-1889) y que, felizmente, ya no se puede encontrar. Ni todo el oro del señor Gabriel Wells servirá para recuperar esa versión. Y también hice una descripción de la idea que iba a publicarse en el *Fortnightly Review* en 1891 pero que nunca llegó a editarse. Ahí se llamaba «El universo rígido». Ese también se ha perdido y no lo podré recuperar, aunque un predecesor menos ortodoxo, «El redescubrimiento de lo único», que insistía acerca de la individualidad de los átomos, vio la luz en el número de julio de ese mismo año. Entonces el director, el señor Frank Harris, se dio cuenta del hecho de que publicaba con veinte años de adelanto, se lo reprochó horriblemente al autor y volvió a interrumpir la impresión. Si queda algún ejemplar debe de estar en los archivos del *Fortnightly Review*, aunque dudo que quede alguno. Durante años pensé que tenía una copia, pero cuando la busqué había desaparecido.

La historia de *La máquina del tiempo*, distinguible de la idea, «está anticuada» no solamente en cuanto a su tratamiento, sino también en cuanto a su concepción. Parece, al volver a repasarla una vez más, una interpretación muy infantil para su ahora maduro autor. Sin embargo, alcanza los límites de su filosofía sobre la evolución humana de aquella época. En la actualidad la idea de la distinción social de la humanidad entre eloi y morlocks le resulta un poco burda. Cuando era un adolescente, Swift ejerció una fascinación tremenda en él, y el pesimismo ingenuo de esta imagen del futuro humano es, como en la análoga *Isla del doctor Moreau*, un torpe tributo a un maestro al cual debe mucho. Además, los geólogos y astrónomos de entonces nos contaron mentiras terribles sobre la «inevitable» congelación del mundo, y de la vida y la humanidad con él. No parecía haber escapatoria. Todo el juego de la vida terminaría en un millón de años o menos. Esto fue lo que nos inculcaron con todo el peso de su autoridad, mientras que ahora, sir James Jeans, autor de libros sobre astronomía y física, en su sonriente *Universe around us* nos promete millones de millones de años. Con tanta ley científica a su favor, el hombre podría hacer de todo e ir a todas partes, y el único rastro de pesimismo que queda en la perspectiva humana actual es un débil regusto del lamento por

haber nacido demasiado pronto. E incluso la filosofía psicológica y biológica moderna ofrece vías para escapar de esa aflicción.

Hay que equivocarse para madurar, por lo que el autor no tiene remordimientos por esta obra juvenil, sino que se aferra de buen grado a su vanidad en los momentos en que su amada máquina del tiempo vuelve a aflorar en ensayos y discursos, ya que aún resulta práctica y adecuada en retrospectiva o como profecía. *El viaje en el tiempo del doctor Barton*, fechado en 1929, está encima de su escritorio mientras escribe, y contiene muchas cosas con las que ni siquiera soñábamos hace treinta y seis años. Así que *La máquina del tiempo* ha durado tanto como la bicicleta con cuadro diamante, que apareció cuando se publicó el libro por primera vez. Y ahora va a imprimirse y publicarse de manera tan admirable que su autor está seguro de que lo sobrevivirá. Hace tiempo que ha abandonado la práctica de escribir prólogos para libros, pero esta es una ocasión excepcional y está muy orgulloso y feliz de decir una o más palabras en recuerdo y reconocimiento de su homólogo jovial y necesitado, que vivió en la tercera dimensión hace treinta y seis años.

***LA ISLA DEL DOCTOR
MOREAU***

INTRODUCCIÓN

El primer día de febrero de 1887, el Lady Vain se perdió tras colisionar con un pecio cuando se encontraba, aproximadamente, a 1º de latitud sur y 107º de longitud oeste.

El día 15 de enero de 1888 (es decir, once meses y cuatro días después), mi tío, Edward Prendick, un caballero que, sin lugar a dudas, subió a bordo del Lady Vain en Callao, y que se había dado por muerto, fue rescatado a 5º 3' de latitud sur y 101º de longitud oeste en un pequeño bote de nombre ilegible, pero que, supuestamente, habría pertenecido al Ipecacuanha, una goleta desaparecida. La historia que relató fue tan extraña que lo tacharon de demente. Más adelante alegó que no recordaba nada de lo sucedido desde que escapó del Lady Vain. Los psicólogos de la época analizaron su caso como un ejemplo curioso de los lapsos de memoria producidos por la tensión física o mental. La siguiente narración la encontró entre sus papeles el abajo firmante, su sobrino y heredero, aunque no la acompañaba ninguna petición expresa con respecto a su publicación.

La única isla que se conoce en la región donde rescataron a mi tío es la isla de Noble, un pequeño islote volcánico deshabitado. En 1891 la visitó el HMS Scorpion. Un grupo de marineros desembarcó en ella, pero no encontraron más vida que unas curiosas polillas blancas, algunos cerdos y conejos, y unas cuantas ratas muy peculiares. No se capturó ningún ejemplar de los mencionados y, por ello, los detalles más esenciales de este relato carecen de confirmación. Una vez aclarado este punto, no veo ningún mal en ofrecer esta extraña historia al público, de acuerdo, o eso creo, con las intenciones de mi tío. Por lo pronto, puede decirse algo en su favor: mi tío desapareció sin dejar rastro cuando se hallaba, aproximadamente, a 5º de latitud sur y 105º de longitud oeste, y

reapareció en la misma región oceánica once meses después. Tuvo que sobrevivir de una manera u otra durante ese intervalo de tiempo. Y, al parecer, una goleta llamada Ipecacuanha, capitaneada por un borracho llamado John Davis, partió de Arica con un puma y otros animales en enero de 1887. También se sabe que dicho navío era bien conocido en varios puertos del Pacífico Sur y que, finalmente, desapareció de esos mares (con una considerable cantidad de copra a bordo) tras partir de Banya con destino desconocido en diciembre de 1887, fecha que encaja perfectamente con la historia de mi tío.

CHARLES EDWARD PRENDICK

EN EL BOTE DEL LADY VAIN

No pretendo añadir nada a lo que ya se ha escrito sobre la desaparición del Lady Vain. Como todo el mundo sabe, la embarcación colisionó con un pecio diez días después de partir de Callao. El cañonero HMS Myrtle encontró la chalupa con siete de sus tripulantes dieciocho días más tarde, y la historia de sus infortunios ha llegado a ser tan conocida como la del caso Medusa, aún más terrible. No obstante, a la historia publicada del Lady Vain debo ahora sumar otra tan horrible como la primera y mucho más extraña. Hasta el momento se ha dado por sentado el fallecimiento de los cuatro hombres del bote, pero eso no es correcto. Tengo la mejor de las pruebas para realizar dicha afirmación, ya que yo era uno de esos cuatro hombres.

Sin embargo, en primer lugar, debo aclarar que jamás hubo cuatro hombres en el chinchorro, sino tres. Constans, «a quien el capitán vio saltar al bote» (*Daily News*, 17 de marzo de 1887), por suerte para nosotros y por desgracia para él, no nos alcanzó. Descendió por los cabos enredados bajo los estayes del destrozado bauprés, pero una de las cuerdas pequeñas se le enganchó en el talón al soltarse y quedó colgado boca abajo durante un instante, antes de caer y golpearse contra un motón o una verga que flotaba en el agua. Remamos hacia él, pero no salió a la superficie.

Digo que fue una suerte para nosotros que no nos alcanzara, pero también podría añadir que fue una suerte para él, ya que solo contábamos con un pequeño barril de agua y unas cuantas galletas saladas empapadas, tan repentina había sido la alarma, tan poco

preparados estábamos para el desastre. Como creíamos que la gente de la chalupa estaría mejor abastecida (aunque, al parecer, no fue así), intentamos hacerles señas. No nos oyeron, así que, a la mañana siguiente, cuando amainó la llovizna (cosa que no ocurrió hasta pasado el mediodía), ya no vimos ni rastro de ellos. Por culpa del cabeceo del bote, no éramos capaces de mantenernos en pie para mirar a nuestro alrededor. Grandes olas agitaban el mar, y bastante teníamos con procurar mantenernos de proa a ellas. Los otros dos náufragos que habían logrado escapar conmigo eran un hombre llamado Helmar, pasajero como yo, y un marino cuyo nombre desconozco, un tipo bajo y robusto que tartamudeaba al hablar.

Ocho días en total pasamos a la deriva, famélicos y, una vez se acabó el agua, atormentados por una sed intolerable. Después del segundo día, el mar se fue aplacando hasta convertirse en una calma superficie cristalina. Para un lector corriente resulta de todo punto imposible imaginar esos ocho días. Por suerte para él, no cuenta con nada en su memoria que se lo permita. Pocas palabras intercambiamos al cabo del primer día; permanecíamos tumbados en el bote mirando el horizonte u observábamos con ojos cada vez más grandes y demacrados cómo la miseria y la debilidad hacían presa en los demás. El sol no tenía piedad. El agua se acabó el cuarto día, y ya nos enfrentábamos a ideas extrañas que solo expresábamos con la mirada; pero no fue hasta el sexto día, si mal no recuerdo, cuando Helmar dijo en voz alta lo que todos teníamos en mente. Recuerdo que nuestras voces sonaban secas y débiles, así que no nos quedó más remedio que acercarnos más y no explayarnos demasiado. Yo me opuse a la propuesta con todas mis fuerzas, prefería hundir el bote y perecer juntos entre los tiburones que nos seguían; sin embargo, cuando Helmar dijo que beberíamos si se aceptaba la propuesta, el marinero se avino a ello.

Sin embargo, yo no aceptaba echarlo a suertes, y, por la noche, el marinero no dejó de susurrar al oído de Helmar, mientras yo aguantaba sentado en la popa, con mi navaja en la mano, aunque dudo que hubiese sido capaz de luchar. Por la mañana acepté la propuesta de Helmar y lo echamos a cara o cruz con unas monedas de medio penique.

Le cayó en suerte al marinero, pero era el más fornido y no

quiso acatar la decisión, así que atacó a Helmar con las manos desnudas. Forcejearon y estuvieron a punto de ponerse en pie. Me arrastré por el bote hacia ellos con la intención de ayudar a Helmar agarrando al marinero por la pierna, pero este último perdió el equilibrio con el movimiento de la embarcación, y los dos cayeron juntos por la borda. Se hundieron como piedras. Recuerdo haberme reído y preguntarme por qué reía.

Me tumbé en una de las bancadas durante no sé cuánto tiempo, pensando que, de quedarme las fuerzas necesarias para ello, habría bebido agua de mar para enloquecer y morir más deprisa. Mientras estaba así tumbado, vi una vela acercarse por el horizonte, aunque le presté tanto interés como a un cuadro. A pesar de que mi mente debía de estar ya divagando, recuerdo todo lo acontecido con suma nitidez. Recuerdo que mi cabeza se balanceaba al ritmo del mar, y que el horizonte bailaba arriba y abajo con su vela. Sin embargo, también recuerdo con idéntica claridad que me creí muerto, y que me parecía una broma muy pesada que hubiesen estado tan cerca de salvarme antes de que yo abandonara mi cuerpo.

Durante lo que se me antojó una eternidad permanecí con la cabeza en la bancada, observando la danzarina goleta (se trataba de un barco pequeño, con aparejos en proa y popa) acercarse por el mar. Siguió dando bordadas, trazando un arco cada vez más amplio, ya que navegaba justo contra el viento. En ningún momento se me ocurrió intentar llamar su atención, y no recuerdo nada en concreto desde el momento en que vislumbré su costado hasta que me encontré en un pequeño camarote de popa. Conservo la vaga imagen de unas personas subiéndome a una pasarela, y de un gran rostro redondo salpicado de pecas y rodeado de pelo rojo que me miraba por encima del bordo. También me quedé con la impresión de haber tenido cerca de la mía una cara oscura de ojos extraordinarios, aunque lo tomé por una pesadilla hasta que volví a encontrarla. Curiosamente, también recuerdo que me hicieron tragar alguna sustancia. Y eso es todo.

2

EL HOMBRE QUE NO IBA A NINGUNA PARTE

El camarote en el que me encontraba era pequeño y algo desordenado. Justo a mi lado estaba sentado un hombre bastante joven, de pelo rubio, hirsuto bigote color paja y labio inferior caído, que me sostenía la muñeca. Nos miramos el uno al otro sin hablar durante un minuto. Tenía unos inexpresivos ojos gris pálido.

Entonces llegó un ruido de arriba, como si movieran de un lado a otro una cama de hierro, y el quedo gruñido de enfado de un animal de buen tamaño. A la vez que ello sucedía, el hombre habló de nuevo.

Repitió su pregunta:

—¿Cómo se encuentra?

Creo que respondí que me encontraba bien. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Tuvo que ver la duda en mi cara, ya que yo no podía expresarme de otro modo.

—Lo recogimos de un bote, estaba usted muriéndose de hambre. El nombre que llevaba el bote era Lady Vain, y tenía marcas extrañas en la borda.

En aquel instante me fijé en mi mano, tan flaca que parecía una sucia cartera de cuero llena de huesos sueltos, y me vino a la memoria todo lo acontecido en el barco.

—Tome un poco de esto —me dijo, y me dio una dosis de un líquido rojo helado.

Sabía a sangre y me ayudó a recuperar fuerzas.

—Ha tenido suerte de que lo recogiera un barco con un médico a bordo —añadió; hablaba con una entonación extraña, con un leve

ceceo.

—¿De qué barco se trata? —pregunté despacio, ronco después de tanto tiempo en silencio.

—De un pequeño mercante que ha pasado por Arica y Callao. No he preguntado nunca de dónde partió. Supongo que viene de la tierra de los majaderos. Yo soy un pasajero, embarqué en Arica. El dueño del barco (y su capitán), un burro llamado Davis, perdió su certificado o algo similar. Ya sabe a qué clase de hombre me refiero; llama al barco el Ipecacuanha, imagínese, aunque cuando hay mucha mar y poco viento, está claro que tiene el mismo efecto que la raíz que le da nombre.

Entonces volvimos a oír el ruido de antes, un gruñido y la voz de un ser humano a la vez. Después, otra voz pidió a un «idiota de remate» que lo dejara ya.

—Estaba casi muerto —siguió contando mi interlocutor—. La muerte le anduvo muy cerca, sin duda, pero le he dado algo para ayudarlo. ¿Nota el brazo dolorido? Es por las inyecciones. Lleva inconsciente unas treinta horas.

Me costaba pensar con rapidez, me distraían los gañidos de varios perros.

—¿Puedo tomar comida sólida? —pregunté.

—Gracias a mí. Están preparando estofado de cordero.

—Sí, no me iría mal un poco de cordero —respondí.

—Lo cierto es que me muero por saber cómo se quedó solo en ese bote —dijo, tras vacilar un instante; me pareció detectar una leve suspicacia en sus ojos—. ¡Malditos aullidos!

De repente salió del camarote y lo oí discutir violentamente con alguien cuyas respuestas eran para mí un galimatías. En cualquier caso, me dio la impresión de que el asunto terminaba en confrontación física, aunque supuse que me engañaban mis oídos. Después, el hombre gritó algo a los perros y regresó al camarote.

—¿Y bien? —preguntó desde la puerta—. Iba usted a empezar su historia.

Le di mi nombre, Edward Prendick, y le conté que había decidido estudiar historia natural para aliviar la monotonía de mi cómoda independencia económica. Aquello pareció interesarle.

—Yo también me dediqué algún tiempo a la ciencia, hice

biología en el University College: extraer el ovario de una lombriz y la rádula de un caracol, ya sabe. ¡Dios mío! Eso fue hace diez años. Pero siga, siga, cuénteme lo del bote.

Se quedó satisfecho con la franqueza de mi historia, que relaté con frases concisas (ya que me sentía muy débil), y, cuando terminé, volvió al tema de la historia natural y a sus estudios biológicos. Empezó a interrogarme con atención sobre Tottenham Court Road y Gower Street.

—¿El Caplatzi sigue siendo un negocio floreciente? ¡Menuda tienda era!

No cabía duda de que había sido un estudiante de medicina corriente, y no dejaba de volver al tema de los music-halls. Me contó varias anécdotas.

—Lo dejé todo hace diez años —me dijo—. ¡Entonces era un tipo alegre! Pero me comporté como un joven estúpido... Me agoté antes de cumplir los veintiuno. Me atrevería a decir que todo ha cambiado... Ahora tengo que ir a ver a ese idiota del cocinero y ver qué está haciendo con su cordero.

De nuevo comenzaron los gruñidos de arriba, tan de repente y con tanta ferocidad que me sobresaltaron.

—¿Qué es eso? —le pregunté cuando salía, pero la puerta ya se había cerrado.

Regresó con el cordero estofado, y yo estaba tan emocionado con su apetitoso olor que olvidé por completo el ruido del animal.

Tras pasar un día alternando sueño con comida, me sentí lo bastante recuperado para salir de mi camastro y acercarme a la escotilla para mirar el verde mar, que intentaba hacer las paces con nosotros. Calculé que la goleta navegaba a favor del viento. Montgomery, pues así se llamaba el hombre de pelo rubio, entró de nuevo mientras yo miraba el mar, y le pedí algo de ropa. Él me prestó algunas prendas suyas de lona, ya que, según dijo, las que yo llevaba puestas en el bote las habían tirado por la borda. Su ropa me estaba bastante holgada, pues Montgomery era grande y de extremidades largas.

Me dijo, como si nada, que el capitán estaba completamente borracho en su camarote. Mientras me vestía, empecé a preguntarle algunos detalles sobre el destino del barco. Él respondió que se

dirigía a Hawai, pero que primero tenían que dejarlo a él en tierra.

—¿Dónde? —pregunté.

—En una isla... Donde vivo. Que yo sepa, no tiene nombre.

Se me quedó mirando con el labio inferior caído y, de repente, pareció tan deliberadamente estúpido que se me ocurrió que pretendía eludir mis preguntas.

—Estoy listo —le dije, y salimos del camarote; él iba delante.

3

EL ROSTRO EXTRAÑO

En la escalerilla, un hombre nos impedía el paso. Estaba de pie, de espaldas a nosotros, asomado al borde de la escotilla. Era, por lo que veía, un hombre deforme, bajo, ancho y torpe, de espalda torcida, cuello peludo y cabeza hundida entre los hombros. Iba vestido con ropa de sarga azul oscuro y tenía un cabello negro tan grueso que resultaba peculiar. Oí a los perros invisibles ladrar con furia, y el hombre retrocedió, de modo que se dio con la mano que yo había extendido para apartarlo de mi camino. Se volvió con rapidez animal.

El negro rostro que apareció ante mí me alarmó en grado sumo. La cara sobresalía formando algo que recordaba vagamente a un hocico, y la enorme boca medio abierta dejaba ver los dientes más grandes que había visto en un ser humano. Tenía los ojos inyectados en sangre por los extremos, con apenas un círculo de blanco alrededor de las pupilas avellana. Un curioso halo de nerviosismo le iluminaba el rostro.

—¡Maldito seas! —exclamó Montgomery—. ¿Por qué diablos no te quitas de en medio?

El hombre de cara negra se apartó, sin decir palabra.

Subí por las escalerillas sin poder evitar mirarlo, casi en contra de mi voluntad. Montgomery se quedó a los pies de las escaleras un momento.

—Ya sabes que no debes estar por aquí —dijo con voz pausada—. Tu sitio está arriba.

—Ellos... no me quieren arriba —respondió el hombre de cara

negra, amedrentado; hablaba despacio, con una especie de ronquera.

—¡Que no te quieren arriba! —exclamó Montgomery en tono amenazador—. Pues yo te digo que subas.

Estaba a punto de añadir algo más cuando, de repente, alzó la vista en mi dirección y me siguió escaleras arriba. Me había detenido en medio de la escotilla, mirando atrás, todavía preso del asombro que me producía la grotesca fealdad de aquella criatura de cara negra. Jamás había contemplado un rostro tan repulsivo y extraordinario, y, sin embargo, a pesar de la contradicción, también experimentaba la rara sensación de que, de algún modo, ya me había topado antes con los mismos rasgos y gestos que en aquel momento me pasaban. Más adelante se me ocurrió que seguramente lo habría visto cuando me subían a bordo, aunque eso apenas satisfacía mi sospecha de un encuentro previo. A pesar de todo, dado lo singular del rostro, no me cabía en la cabeza que pudiera haber olvidado las circunstancias concretas del acontecimiento.

El gesto de Montgomery para que lo siguiera me devolvió al mundo, así que me volví hacia él y contemplé la cubierta principal de la pequeña goleta. Por los sonidos que había oído antes estaba medio preparado para ver lo que vi. Efectivamente, jamás había contemplado una cubierta tan sucia. Estaba llena de trozos de zanahoria, tiras de una cosa verde y una porquería indescriptible. Atados con cadenas al palo mayor había varios perros de caza de aspecto espeluznante que empezaron a dar brincos y a ladrarme; y, junto a la mesana, un enorme puma sufría estrecheces en el interior de una jaula de hierro tan pequeña que el animal ni siquiera podía volverse. Más allá, bajo los macarrones de estribor, había unas conejeras de gran tamaño y, a su lado, había una pobre llama metida en una jaula que, más que jaula, era cajita. Los perros llevaban unos bozales de tiras de cuero. El único ser humano en cubierta era un marinero demacrado y silencioso que controlaba el timón.

Las remendadas y sucias cangrejas estaban tensas con el viento, y en lo alto de la arboladura, el barquito parecía haber desplegado todas las velas de las que disponía. El cielo estaba despejado; el sol,

a medio camino de su descenso por el oeste. A nuestro lado corrían largas olas que la brisa coronaba de espuma. Dejamos atrás al timonero y llegamos al coronamiento del barco, donde nos quedamos un rato mirando juntos el agua que se arremolinaba bajo la popa y las burbujas que bailaban y se desvanecían en su estela. Me volví y examiné el desagradable navío de punta a punta.

—¿Es una colección de animales flotante? —pregunté.

—Eso parece —respondió Montgomery.

—¿Para qué son estas bestias? ¿Son mercancía, curiosidades? ¿Cree el capitán que va a venderlas en algún lugar de los Mares del Sur?

—Eso parece, ¿verdad? —respondió Montgomery, volviéndose de nuevo hacia el mar.

De repente oímos un gañido y una sarta de furiosas blasfemias que llegaban de la escotilla de las escaleras, y el hombre deforme de cara negra subió por ellas a toda prisa. Justo detrás de él salió un hombre grueso de pelo rojo y gorra blanca. Al ver al primero, los perros, que ya se habían cansado de ladrar para aquel entonces, se pusieron muy nerviosos y reanudaron los aullidos y saltos, tirando de las cadenas. El hombre negro vaciló ante ellos, y aquello dio al pelirrojo la oportunidad de aparecer tras él y encajarle un tremendo puñetazo entre los omóplatos. El pobre diablo cayó como derribado por un rayo y rodó por la porquería entre los nerviosos perros. Por suerte para él, llevaban bozales. El pelirrojo dejó escapar un alarido de alegría y se tambaleó, a riesgo de, según me pareció, caer de espaldas por la escotilla o de bruces sobre su víctima.

Montgomery estalló nada más salir el segundo hombre.

—¡No se mueva de ahí! —gritó en tono de protesta; un par de marineros aparecieron en el castillo de proa.

El hombre de cara negra, aullando con una voz muy singular, rodó bajo los pies de los perros, pero nadie intentó ayudarlo. Los animales hicieron lo que pudieron por molestarlo, dándole con los hocicos. Hubo un breve baile de estilizados cuerpos grises sobre la torpe figura postrada. Los marineros de delante los animaban a gritos, como si se tratase de un excelente deporte. Montgomery dejó escapar un alarido de rabia y recorrió la cubierta a grandes zancadas. Lo seguí.

A los pocos segundos el hombre de rostro oscuro se había puesto en pie y se tambaleaba hacia delante. Se dio contra los macarrones que había junto a los obenques del palo mayor, desde donde, entre jadeos, lanzaba miradas furibundas a los perros. El pelirrojo se reía, satisfecho.

—Mire, capitán —dijo Montgomery, con el ceceo más marcado, agarrando al pelirrojo por los hombros—, esto no puede seguir así.

Me puse al lado de Montgomery. El capitán se volvió a medias y lo miró con la expresión solemne y embotada de un borracho.

—¿El qué? —preguntó. Y tras contemplar con aire adormilado el rostro de Montgomery durante un minuto, añadió—: ¡Condenado matasanos!

Con un raudo movimiento, se liberó los brazos y, tras dos intentos frustrados, se metió los pecosos puños en los bolsillos.

—Ese hombre es un pasajero —dijo Montgomery—. Le aconsejo que no le ponga las manos encima.

—¡Váyase al infierno! —gritó el capitán bien alto; de repente, se volvió y se alejó, tambaleándose, hacia un lado—. Es mi barco y hago lo que quiero.

Creo que Montgomery podría haberlo dejado estar, teniendo en cuenta que aquel bruto estaba borracho, pero se puso algo más pálido y siguió al capitán a los macarrones del barco.

—Escuche, capitán —dijo—, no puede maltratar a mi hombre. No han dejado de molestarlo desde que subió a bordo.

Por un minuto los vapores etílicos dejaron al capitán sin palabras.

—¡Condenado matasanos! —fue lo único que consideró necesario indicar.

Me di cuenta de que Montgomery tenía el genio muy vivo, y también de que aquella pelea llevaba gestándose algún tiempo.

—Está borracho —intervine, quizá con excesiva rigidez—, no servirá de nada.

Montgomery torció de mala manera su caído labio inferior y repuso:

—Siempre está borracho, ¿cree que eso es excusa para atacar a sus pasajeros?

—Mi barco —empezó el capitán, agitando la mano con un

inestable vaivén para señalar las jaulas— era un barco limpio. Mírelo ahora —añadió, y cierto era que el barco estaba de cualquier manera menos limpio—. La tripulación —siguió diciendo—, una tripulación limpia y respetable.

—Aceptó transportar los animales.

—Ojalá nunca hubiese oído hablar de su isla infernal. ¿Quién diablos... quiere animales para una isla como esa? Y ese hombre suyo... Si es que es un hombre. Es un lunático. Y no tiene por qué andar por la popa. ¿Cree usted que todo el barco es suyo?

—Los marineros empezaron a molestar al pobre diablo en cuanto subió a bordo.

—Y eso es lo que es, un diablo, un feo diablo. Mis hombres no lo soportan. Yo no lo soporto. Nadie lo soporta. Ni usted tampoco.

—Usted deje en paz al hombre, de todos modos —respondió Montgomery, volviéndose y asintiendo con la cabeza mientras hablaba.

Sin embargo, el capitán tenía ganas de pelea.

—Si aparece otra vez por este lado del barco, le sacaré las entrañas —aseguró, alzando la voz—, se lo juro. ¡Le sacaré las condenadas entrañas! ¿Quién es usted para decirme a mí lo que tengo que hacer? Le digo que soy el capitán del barco... capitán y propietario. Aquí soy la ley, entérese, la ley y los profetas. El trato era llevar a un hombre y a su ayudante a Arica, y traerlo de vuelta con algunos animales, no cargar con un diablo loco y un matasanos estúpido, un...

Bueno, no es necesario repetir lo que le dijo a Montgomery. Vi que este último daba un paso adelante, así que me interpuse.

—Está borracho —insistí, y el capitán inició una imprecación aún más vil que la anterior—. Cállese —le dije, volviéndome bruscamente hacia él, consciente del peligro reflejado en el blanco rostro de Montgomery.

De ese modo conseguí que el aluvión de insultos cayera sobre mí.

No obstante, me alegraba haber evitado lo que se me antojaba demasiado cercano a una refriega, aunque fuese al precio de ganarme el ebrio resentimiento del capitán. No creo haber oído nunca tantas palabras malsonantes juntas procedentes de una sola

boca, a pesar de que he frecuentado compañías bastante excéntricas. Algunos insultos me resultaron difíciles de soportar, y eso que soy un hombre apacible. Sin embargo, cuando ordené al capitán que se callara, olvidé que yo no era más que el resto humano de un naufragio, sin recursos y sin posibilidad de pagar pasaje, un mero accidente que dependía de la munificencia (o de la recompensa que esperaran obtener) del barco. El capitán me lo recordó haciendo bastante hincapié en ello. En cualquier caso, evité una pelea.

4

EN LA BORDA DE LA GOLETA

Aquella noche avistamos tierra tras la puesta de sol, y la goleta se puso al paio. Montgomery me dio a entender que se trataba de su destino. Estaba demasiado lejos para distinguir ningún detalle; a mí entonces me pareció una simple extensión llana de color azul desvaído en el incierto mar gris azulado. De ella surgía un penacho de humo casi vertical que se perdía en el cielo.

El capitán no estaba en cubierta cuando se realizó el avistamiento. Después de descargar su furia sobre mí, había bajado dando traspiés y, según creo, se quedó dormido en el suelo de su camarote. El segundo prácticamente asumió el mando. Se trataba del individuo demacrado y taciturno que habíamos visto al timón. Al parecer, él también estaba de malas con Montgomery y no nos hizo caso a ninguno de los dos. Cenamos con él en hosco silencio, después de que fracasaran mis intentos de iniciar una conversación. Entonces me percaté también de que los hombres trataban a mi compañero y a sus animales con unos modales especialmente bruscos. Montgomery era reticente a hablar de sus intenciones con respecto a las criaturas y de su destino, y, aunque mi curiosidad iba en aumento, no lo presioné más.

Seguimos hablando en el alcázar hasta que el cielo estuvo cuajado de estrellas. Salvo por algún que otro sonido procedente del castillo de proa, iluminado por un resplandor amarillo, y por el ruido que hacían los animales de vez en cuando al moverse, la noche estaba en calma. El puma yacía acurrucado en el suelo, observándonos con sus ojos relucientes, como una montañita negra

en la esquina de su jaula. Los perros parecían dormir. Montgomery sacó unos puros.

Me habló de Londres en tono nostálgico y me hizo todo tipo de preguntas sobre cómo había cambiado. Hablaba como un hombre que adorase la vida en la ciudad, pero que, de repente, se hubiese visto irrevocablemente separado de ella. Chismorreé lo mejor que pude de esto y de aquello. Conforme avanzaba la noche, más consciente era de lo extraña que me resultaba aquella persona, y, mientras hablaba, examinaba su curioso rostro pálido a la tenue luz del mar, en cuya oscuridad se escondía su islita.

El hombre, a mi parecer, había salido de la nada solo para salvarme la vida. Al día siguiente bajaría por la borda y volvería a desaparecer de mi existencia. Aun en circunstancias más normales, era algo que me habría dado en qué pensar. En primer lugar, era muy singular que un hombre culto viviera en una islita desconocida, a lo que se sumaba la extraordinaria naturaleza de su equipaje. Me vi repitiendo la pregunta del capitán: ¿para qué querría los animales? ¿Y por qué había fingido que no eran suyos cuando le hice los primeros comentarios al respecto? Además, su ayudante tenía unas extrañas características que me habían impresionado hondamente. Estas circunstancias envolvían al hombre en un halo de misterio que hizo volar mi imaginación y me dificultó el habla.

Hacia medianoche nuestra charla sobre Londres se fue apagando y nos quedamos recostados en los macarrones, mirando con aire soñador el silencioso mar iluminado por las estrellas, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Era una atmósfera propicia para que aflorasen los sentimientos, así que empecé por mi gratitud.

—Si me permite decirlo —confesé al cabo de un rato—, me ha salvado la vida.

—Suerte —respondió—, pura suerte.

—Prefiero agradecerérselo al que lo ha hecho posible.

—No se lo agradezca a nadie. Estaba en un aprieto y yo sabía cómo ayudarlo, así que lo mediqué y lo alimenté igual que si hubiera recogido algún espécimen. Me aburría y buscaba algo que hacer. De haberme levantado con mal pie o de no haberme gustado su cara, bueno..., cabría preguntarse dónde estaría usted ahora.

—En cualquier caso... —insistí, aunque su comentario me había desanimado un poco.

—Ha sido la suerte, le repito —me interrumpió—, como todo lo que ocurre en la vida de un hombre. Los cretinos son los únicos que no lo ven. ¿Por qué me encuentro aquí ahora, proscrito de la civilización, en vez de ser un hombre feliz que disfruta de todos los placeres de Londres? Simplemente porque, hace once años, una noche de niebla, perdí la cabeza durante diez minutos.

Se calló.

—¿Sí? —lo animé.

—Eso es todo.

Volvimos a guardar silencio. Al final, se rio.

—La luz de las estrellas tiene algo que le suelta a uno la lengua. Soy un imbécil, pero, por algún motivo, desearía contárselo.

—Me cuente lo que me cuente, puede confiar en mi discreción, si ese es el problema.

Estaba a punto de comenzar, entonces sacudió la cabeza, vacilante.

—No lo haga —comenté—. A mí me da lo mismo. Al fin y al cabo, será mejor que se guarde su secreto. No ganaría más que un poco de alivio, si yo respetara su confianza. Y si no... ¿qué?

Gruñó, sin terminar de decidirse. Me dio la impresión de que él estaba en desventaja, con ganas de ser indiscreto, y, a decir verdad, yo no sentía curiosidad por saber lo que podría haber impulsado a un joven estudiante de medicina de Londres a hacer lo que hubiese hecho. Tenía mi imaginación. Me encogí de hombros y me volví. Sobre el coronamiento, una silenciosa figura negra contemplaba las olas: era el extraño ayudante de Montgomery. Volvió la vista atrás rápidamente al notar mi movimiento y apartó la mirada de nuevo.

Puede que a los lectores les parezca poca cosa, pero para mí fue como un puñetazo repentino. La única luz que teníamos cerca era la de un farol junto al timón. La cara de la criatura salió de la penumbra un solo instante para volverse hacia la claridad, y entonces vi que los ojos que me miraban brillaban con una luz verde pálido.

En aquel momento no sabía que a veces los ojos humanos tienen una luminosidad rojiza, y aquello me pareció un rasgo

profundamente antinatural. La figura negra, con sus ojos de fuego, atravesó todos mis pensamientos y sensaciones humanos, y, durante un instante, sacó a la superficie los horrores olvidados de la niñez. Acto seguido el efecto desapareció tan deprisa como había aparecido. La silueta negra de un hombre ordinario, una figura sin nada destacable, asomada al coronamiento, recortada contra las estrellas.

—Creo que iré a acostarme —dijo Montgomery—, si ya ha tenido bastante por hoy.

Respondí con alguna incongruencia. Bajamos a los camarotes y me deseó buenas noches en la puerta del mío.

Tuve unos sueños muy desagradables. La luna menguante salió tarde, y un fantasmal haz de tenue luz blanca cruzó mi camarote y proyectó una siniestra sombra en el entablado junto a mi camastro. Entonces, los perros se despertaron y comenzaron a aullar, así que soñé a ratos y apenas dormí hasta que llegó el alba.

5

EL DESEMBARCO EN LA ISLA

A primera hora de la mañana (era la segunda mañana tras mi recuperación, y creo que cuatro días después de mi rescate) salí de un laberinto de sueños agitados, sueños con pistolas y muchedumbres vociferantes, y me llegaron unos gritos roncós de arriba. Me restregué los ojos y me quedé escuchando el ruido sin saber, por un instante, dónde me encontraba. De repente oí unos pies desnudos corriendo, a alguien transportando objetos pesados, y un violento crujir y repiquetear de cadenas. Distinguí el sonido del agua cuando el barco dio bruscamente la vuelta, y una espumosa ola de un verde amarillento dio contra la ventanita redonda y la dejó mojada. Me vestí a toda prisa y subí a cubierta.

Desde las escaleras vi las amplias espaldas y el pelo rojo del capitán recortados contra el cielo sonrojado (pues ya amanecía) y, por encima de sus hombros, el puma que daba vueltas colgado de un aparejo armado en la botavara de mesana. El pobre animal parecía tener un miedo atroz y se acurrucaba en el fondo de su jaulita.

—¡Echadlos por la borda! —bramaba el capitán—. ¡Echadlos por la borda! El barco quedará limpio en cuanto nos libremos de todos.

Estaba en mi camino, así que me vi obligado a darle un toque en el hombro para salir a cubierta. Se volvió, sobresaltado, y retrocedió unos cuantos pasos, tambaleándose, para mirarme. No hacía falta un ojo experto para dictaminar que el hombre seguía borracho.

—¡Eh! —dijo tontamente. Después, con un brillo en los ojos, añadió—: Vaya, pero si es el señor... el señor...

—Prendick.

—¡Prendick y un cuerno! Cállese... Ese es su nombre, el señor Cállese.

No tenía sentido responder a aquel bruto, pero, indudablemente, no me esperaba su siguiente reacción. Levantó la mano para señalar la pasarela en la que Montgomery hablaba con un hombretón de pelo cano vestido con unos sucios pantalones de franela azul y que, al parecer, acababa de subir a bordo.

—Por aquí, condenado señor Cállese, por aquí —rugió el capitán.

Montgomery y su acompañante se volvieron al oírlo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Por aquí, condenado señor Cállese, eso es lo que quiero decir. Al agua, señor Cállese, ahora mismo. Estamos vaciando el barco, limpiando mis benditas cubiertas. Así que al agua que va.

Me quedé mirándolo, pasmado. Entonces se me ocurrió que aquello era justo lo que quería: la perspectiva de ahorrarme todo un viaje como único pasajero de aquel borrachín pendenciero no era nada que fuera a lamentar. Me volví hacia Montgomery.

—No podemos llevarlo —dijo su compañero sin más.

—¡Que no pueden llevarme! —repetí, horrorizado; tenía el rostro más firme y decidido que había visto en mi vida—. Mire... —empecé a protestar, volviéndome hacia el capitán.

—Al agua —repitió él—. Este barco no es para bestias ni para cosas peores que las bestias, se acabó. Usted se va al agua, señor Cállese. Si no lo quieren, pues se queda a la deriva, pero ¡vaya que si se va! Con sus amigos. ¡He terminado con esta condenada isla para siempre jamás! Ya he tenido bastante.

—Pero, Montgomery... —supliqué.

Él torció el labio inferior e, impotente, señaló con la cabeza al hombre de pelo gris que tenía al lado para indicar que no podía hacer nada por ayudarme.

—Me encargaré de usted ahora mismo —dijo el capitán.

Entonces dio comienzo un curioso altercado a tres bandas. Apelé a todos ellos por turnos, primero al hombre de pelo gris para que me dejara tomar tierra y después al capitán borracho para que me permitiera seguir a bordo. Incluso rogué a gritos a los marineros.

Montgomery no dijo palabra; se limitaba a sacudir la cabeza.

—Que se va al agua, le digo —era la cantinela del capitán—. ¡Que se pudran las leyes! Aquí soy el rey.

Al final, debo confesar que se me quebró la voz en medio de una vigorosa amenaza. Sufrí un ataque de irritabilidad histérica y me fui a popa, donde me quedé con la mirada perdida, destrozado.

Mientras tanto, los marineros iban desembarcando rápidamente paquetes y animales enjaulados. Cargaban aquella variada colección de mercancías en una gran lancha con dos velas al tercio alzadas, que se había situado a sotavento de la goleta. En aquel momento no vi a los trabajadores de la isla que recibían los paquetes, ya que el costado de la goleta me tapaba el casco de la lancha.

Ni Montgomery ni su acompañante me prestaron la menor atención, sino que se dedicaron a ayudar y dirigir a los cuatro o cinco marineros que descargaban sus posesiones. El capitán se metió en medio, estorbando más que ayudando. Yo me debatía entre la desesperación y la desesperanza. Un par de veces, mientras esperaba a que las cosas se solucionaran solas, me dejé llevar por el impulso de reírme ante mi desdichado dilema. Me sentía aún más desgraciado por la falta de desayuno. El hambre y la escasez de glóbulos sanguíneos le arrebatan toda la virilidad al hombre. Me daba perfecta cuenta de que carecía de la energía necesaria para resistirme a lo que el capitán decidiera hacer para expulsarme, o para obligar a Montgomery y a su compañero a llevarme con ellos. Así que aguardé pasivamente mi destino, y el traslado de las pertenencias de Montgomery a la lancha prosiguió como si yo no existiera.

Cuando por fin terminó la descarga, llegó el momento del forcejeo para empujarme hacia la pasarela, aunque mi resistencia dejó mucho que desear. A pesar de las circunstancias, no pude evitar fijarme en los extraños rostros marrones de los hombres que estaban con Montgomery en la lancha. Ya la habían cargado por completo y desatracado del barco. Una franja de agua verde cada vez más amplia apareció debajo de mí, y retrocedí con todas mis fuerzas para evitar caer de cabeza.

Los obreros de la lancha gritaron con sorna, y oí que Montgomery los insultaba. Entonces, el capitán, el segundo y uno

de los marineros que lo ayudaban me empujaron hacia la popa. Llevábamos a remolque el bote del Lady Vain, que estaba medio lleno de agua, no tenía remos y estaba desprovisto de víveres de cualquier clase. Me negué a subir a bordo, lanzándome cuan largo era sobre cubierta. Al final me bajaron con una cuerda (ya que no tenían escala de viento) y me dejaron a la deriva.

Me alejé poco a poco de la goleta. Sumido en una especie de aletargamiento observé a los marineros ocuparse de las jarcias y a paso lento, aunque seguro, el navío dio la vuelta y se puso a favor del viento. Las velas se agitaron e hincharon al recibir el primer impulso, y yo me quedé mirando como su costado curtido por la intemperie se escoraba bruscamente hacia mí. Después salió de mi campo visual.

No volví la cabeza para seguirla con la mirada. Al principio apenas podía creerme lo sucedido. Me acucillé en el fondo del bote, pasmado, y me limité a observar el desierto mar, que estaba como una balsa de aceite. Entonces me di cuenta de que volvía estar en mi propio infierno, salvo que ahora era un infierno medio anegado. Al mirar por la borda vi la goleta a lo lejos, con su capitán pelirrojo mofándose de mí desde el coronamiento, y, al volverme hacia la isla, vi que la lancha se hacía cada vez más pequeña a medida que se acercaba a la playa.

De repente comprendí con claridad la crueldad de aquel abandono. Carecía de medios para llegar a tierra, a no ser que tuviera la suerte de llegar a ella yendo a la deriva. Cabe recordar que seguía débil a causa de mi exposición a los elementos; tenía el estómago vacío y me sentía desfallecer, de lo contrario, habría demostrado más valor. Sin embargo, dadas las circunstancias, empecé a sollozar y a gimotear cómo no lo había hecho desde la infancia. Las lágrimas me corrían por la cara. En un ataque de desesperación, la emprendí a puñetazos con el agua del fondo del bote y pateé la borda como un salvaje. Recé en voz alta a Dios para que me dejara morir.

6

LOS ATERRADORES BARQUEROS

No obstante, los isleños, al ver que realmente quedaba a la deriva, se apiadaron de mí. Me desplazaba lentamente hacia el este, acercándome a la isla de lado, y, al final, sentí un alivio rayano en la histeria al ver que la lancha había dado media vuelta y regresaba a por mí. Estaba muy cargada y, cuando la tuve más cerca, distinguí al compañero de Montgomery, el hombre de pelo cano y hombros anchos, apretujado con los perros y varias cajas en la bancada de popa. Aquel individuo me miraba fijamente sin moverse ni hablar. El tullido de cara negra me observaba desde la proa, junto al puma, con la misma intensidad. Había tres hombres más, tipos extraños de aspecto salvaje, víctimas de los agresivos ladridos de los perros de caza. Montgomery, que iba al timón, acercó la lancha a mi bote y, tras levantarse, recogió mi amarra y la ató a la caña del timón para remolcarme, pues no les quedaba sitio a bordo.

Como ya había superado mi fase de histeria, saludé con valentía a Montgomery y le comenté que el bote estaba casi inundado, así que me pasó un cacillo. Noté un tirón cuando la cuerda se tensó entre los dos botes, y estuve ocupado un buen rato achicando el agua.

Una vez hube terminado con el agua, que había entrado al bajar el bote, puesto que el casco estaba en perfectas condiciones, pude examinar con más tranquilidad a las personas de la lancha.

Descubrí que el hombre de pelo cano seguía mirándome sin apartar la vista, aunque con una expresión que se me antojó de cierta perplejidad. Cuando me encontré con sus ojos, bajó la mirada

hacia los perros de caza que tenía entre las rodillas. Era un hombre de complexión robusta, como ya he dicho, con una buena frente y rasgos algo toscos; sin embargo, la piel de los párpados adolecía de esa curiosa flacidez que a menudo acompaña a la edad, y la forma en que le caían las comisuras de los bastos labios le confería una expresión de beligerante determinación. Habló con Montgomery, aunque en un tono demasiado bajo para que yo lo oyera. Después pasé a observar a sus tres hombres, una tripulación realmente curiosa. Solo les veía las caras, pero en ellas había algo (no sabía el qué) que me daba arcadas. Seguí contemplándolos fijamente, y la impresión que me producían no cambió, a pesar de que no lograba discernir qué la causaba.

Entonces me pareció que eran hombres morenos, pero tenían las extremidades envueltas en una sucia tela blanca que les cubría incluso dedos y pies. Jamás había visto hombres tan tapados, aunque sí mujeres, pero solo en Oriente. Además, llevaban turbantes, y bajo ellos asomaban unos finos rostros, de prominentes mandíbulas inferiores, que me miraban con ojos brillantes. Lucían un largo cabello negro, como la crin de un caballo, y, allí sentados, parecían superar en estatura a cualquier otra raza de hombres que hubiera conocido. Los tres le sacaban una cabeza al hombre de pelo cano, que sobrepasaba el metro ochenta. Más adelante averigüé que, en realidad, ninguno era más alto que yo, sino que tenían el torso de un largo anormal, y en cambio, unos muslos cortos y extrañamente retorcidos. En cualquier caso, eran un grupo feo hasta el asombro, y, sobre sus cabezas, bajo la vela de proa, asomaba el negro rostro del hombre cuyos ojos brillaban en la oscuridad.

Mientras los contemplaba, ellos me miraron a los ojos y, primero uno y después otro, volvieron la cara, aunque siguieron echándome vistazos furtivos. Caí en la cuenta de que quizá los estaba molestando, así que centré mi atención en la isla a la que nos dirigíamos.

Era llana y estaba cubierta de vegetación, sobre todo de las inevitables palmeras. De algún punto surgía un fino hilo blanco de vapor que se elevaba en ángulo hasta alcanzar una altura inmensa, para después deshilacharse como una pluma. Nos encontrábamos ya al abrigo de una amplia bahía flanqueada a ambos lados por bajos

promontorios. La playa tenía una apagada arena gris que subía en empinada pendiente y acababa en un cerro de unos quince o veinte metros sobre el nivel del mar, salpicado aquí y allá de árboles y maleza. A medio camino de la colina destacaba un recinto cuadrado de piedra que, según descubrí más tarde, estaba construido en parte con coral y en parte con lava volcánica. Tras los muros asomaban dos tejados de paja.

En la orilla esperaba un hombre. Cuando todavía nos encontrábamos a cierta distancia, me pareció ver a otras criaturas de aspecto grotesco meterse corriendo entre la maleza de la parte superior de la pendiente, pero no volví a verlas al acercarnos. Aquel hombre era de estatura moderada y rasgos negroides. Tenía una boca grande y casi desprovista de labios, unos brazos de dimensiones extraordinarias, pies finos y largos, piernas arqueadas, y el tosco rostro vuelto hacia nosotros. Vestía como Montgomery y su compañero de pelo cano, con chaqueta y pantalones de sarga azul.

Al acercarnos aún más, aquel individuo empezó a correr de un lado a otro de la playa haciendo movimientos de lo más grotescos. A la orden de Montgomery, los cuatro hombres de la lancha se levantaron con singular torpeza y arriaron las velas. Montgomery viró y nos condujo a un estrecho muelle excavado en la playa. Entonces, el hombre que esperaba en la arena se acercó a toda prisa. Este muelle, como yo lo llamo, en realidad no era más que una zanja que, en aquella fase de la marea, tenía el largo justo para que entrara la lancha.

Oí cómo la proa encallaba en la arena, con mi cacillo desenganché el bote del timón de la otra embarcación y, tras soltar la amarra, tomé tierra. Los tres hombres tapados bajaron también a tierra con movimientos desmañados, caminaron hasta la arena y se dispusieron a bajar el cargamento, ayudados por el hombre de la playa. Me sorprendió sobremanera el curioso juego de piernas de los tres barqueros vendados y tapados: las piernas no eran rígidas, sino que parecían desencajadas, casi como si tuvieran las articulaciones mal puestas. Los perros siguieron ladrando y tirando de las cadenas detrás de los hombres cuando el caballero del pelo cano bajó con ellos.

Los tres grandullones hablaban entre sí en extraños tonos guturales, y el hombre que nos esperaba en la playa empezó a charlar con ellos animadamente, en un idioma desconocido, al parecer, mientras recogían algunos fardos apilados junto a popa. Había oído aquella voz en alguna parte, aunque no recordaba dónde. El hombre de pelo cano sujetaba una inquieta manada de seis perros y bramaba órdenes por encima del guirigay. Montgomery, tras desarmar el timón, también puso pie en tierra, y todos se dedicaron a la descarga. Yo estaba demasiado débil después de mi largo ayuno y de haber recibido el sol a plomo en la cabeza descubierta, por lo que no pude ayudar.

Al final, el hombre de pelo cano pareció percatarse de mi presencia y se me acercó.

—Tiene usted aspecto de no haber desayunado —comentó; sus ojillos eran de un negro reluciente bajo las pobladas cejas—. Mis disculpas, ahora es usted nuestro huésped, nuestro deber es que se sienta cómodo, aunque nadie lo haya invitado, ya lo sabe —añadió, observándome atentamente—. Montgomery asegura que es usted un hombre culto, señor Prendick, dice que sabe algo de ciencia. ¿Puedo preguntarle de qué se trata?

Le expliqué que había pasado algunos años en el Royal College of Science y que había realizado investigaciones en el campo de la biología bajo la tutela de Huxley. Al oírlo, arqueó ligeramente las cejas.

—Eso cambia un poco la situación, señor Prendick —comentó con una actitud algo más respetuosa—. Resulta que aquí somos biólogos. Se encuentra usted en una estación biológica, por así decirlo. —Su mirada se detuvo en los hombres de blanco, que estaban trasladando la jaula del puma sobre unos rodillos, camino del patio amurallado—. Montgomery y yo, por lo menos —añadió, y después siguió hablando—. No sabría decirle cuándo podrá marcharse, ya que nuestra isla no está en ninguna ruta. Vemos un barco cada doce meses, aproximadamente.

De repente se marchó, cruzó la playa dejando atrás a su grupo y, según creo, entró en el recinto. Los otros dos hombres estaban con Montgomery, cargando una pila de paquetitos en una carretilla baja. La llama seguía en la lancha con las conejeras; los perros de

caza estaban atados a las bancadas. Una vez amontonados los paquetes, los tres hombres sujetaron la carretilla y empujaron aquella tonelada de cargamento cuesta arriba, detrás del puma. Al final, Montgomery los dejó solos y, tras regresar a mi lado, me ofreció la mano.

—Me alegro, por lo que a mí se refiere —me dijo—. Ese capitán era un burro. Le habría puesto las cosas muy difíciles.

—Ha vuelto usted a salvarme.

—Eso depende. Verá que esta isla es un lugar tan extraño que resulta diabólico, no le engaño. Yo que usted, iría con cuidado. Él...

—empezó, pero se detuvo y pareció cambiar de idea sobre lo que iba a salir de sus labios—. Le agradecería que me ayudara con esos conejos.

Su proceder con los conejos fue singular. Entré con él en el agua y lo ayudé a llevar una de las conejeras a la orilla. En cuanto lo hubimos hecho, abrió la puerta de la jaula y, volcándola, dejó caer los animales que contenía en la arena. Los conejos se amontonaron unos encima de los otros. Montgomery dio unas palmadas, y los conejos se asustaron y salieron corriendo por la playa con sus característicos saltitos; serían quince o veinte.

—Creced y multiplicaos, amigos míos —dijo Montgomery—. Repoblad la isla. Hasta la fecha hemos sufrido cierta escasez de carne.

Mientras los observaba desaparecer, el hombre de pelo cano regresó con una petaca de brandy y unas galletas saladas.

—Algo para reponer fuerzas, Prendick —me dijo en un tono más amistoso que antes.

Sin más preámbulos, me puse de inmediato con las galletas, mientras el hombre de pelo cano ayudaba a Montgomery a soltar a una veintena más de conejos. Sin embargo, llevaron tres grandes conejeras hacia la casa, con el puma. El brandy no lo toqué, ya que soy abstemio desde el día en que nací.

LA PUERTA CERRADA

Quizá el lector comprenda que, al principio, todo me resultaba extraño, y mi situación era la consecuencia de unas aventuras tan inesperadas que no lograba discernir si esto o aquello era más o menos extraño que lo anterior. Seguí a la llama por la playa y me alcanzó Montgomery para pedirme que no entrara en el recinto de piedra. Entonces me di cuenta de que el puma, dentro de su jaula, y la pila de paquetes estaban fuera, junto a la entrada a aquel patio.

Me volví y vi que ya habían descargado la lancha, que estaba varada en la playa, y que el hombre de pelo cano caminaba hacia nosotros.

—Y ahora nos encontramos con el problema de este huésped inesperado —le dijo a Montgomery—. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Sabe algo de ciencia —repuso el otro.

—Estoy deseando ponerme otra vez a trabajar... con este nuevo material —repuso el hombre de pelo cano, señalando el recinto con la cabeza; le brillaban más los ojos.

—Ya me lo imagino —comentó Montgomery en un tono muy poco cordial.

—No podemos enviarlo allí, ni tampoco perder tiempo en construirle una choza nueva. Y, por supuesto, no podemos confiar en él todavía.

—Quedo en sus manos —respondí; no tenía ni idea de lo que había querido decir con «allí».

—Yo pensaba lo mismo —le dijo Montgomery—. Tenemos mi habitación, la de la puerta exterior...

—Eso es —lo interrumpió el hombre de más edad, mirando a Montgomery, y los tres nos dirigimos al recinto—. Siento ser tan misterioso, señor Prendick, pero recuerde que ha aparecido sin invitación. En nuestra pequeña base guardamos un par de secretos; es algo parecido a la cámara de Barba Azul, de hecho. En realidad, no hay nada tan terrible, para un hombre cuerdo, pero de momento, como no lo conocemos...

—Sin duda —respondí— sería una estupidez por mi parte ofenderme por la falta de confianza.

Torció los gruesos labios para esbozar una breve sonrisa (era una de esas personas melancólicas que sonríen bajando la comisura de los labios) y asintió para agradecer mi comprensión. Pasamos de largo ante la entrada principal del recinto; era una pesada puerta de madera con un marco de hierro y cerradura, junto a la que habían dejado el cargamento de la lancha; nos detuvimos en la esquina, frente a una puerta pequeña que no había visto antes. El hombre de pelo gris sacó un manojo de llaves del bolsillo de su grasienta chaqueta azul, abrió la puerta y entró. Sus llaves y la concienzuda forma en que cerró la puerta, a pesar de que permanecía bajo su vigilancia, me resultaron peculiares.

Lo seguí y me encontré en el interior de un pequeño apartamento amueblado con sencillez, aunque cómodo, y con una puerta interior, ligeramente entreabierta, que daba a un patio adoquinado. Nada más entrar, Montgomery cerró la puerta interior. En una esquina oscura de la habitación habían colgado una hamaca, y había una ventanita sin cristales, protegida por una barra de hierro, que daba al mar.

El hombre de pelo gris me indicó que aquel sería mi apartamento, y que la puerta interior, que «para evitar accidentes» cerraría por el otro lado, era mi límite dentro de la casa. Me señaló la cómoda tumbona junto a la ventana y la colección de libros antiguos que había en un estante al lado de la hamaca y que, según descubrí, eran en su mayor parte obras sobre cirugía y ediciones de clásicos latinos y griegos, idiomas que no soy capaz de leer sin dificultad. Salió del cuarto por la puerta exterior, como si prefiriese evitar abrir de nuevo la otra.

—Normalmente comemos aquí —explicó Montgomery, y

entonces, tras una breve vacilación, salió detrás del otro.

Oí que lo llamaba Moreau y, en aquel momento, no me di cuenta, pero más tarde, mientras hojeaba los libros del estante, la pregunta surgió en mi mente consciente: ¿dónde había oído antes el nombre de Moreau?

Me senté junto a la ventana, saqué las galletas saladas que me quedaban y me las comí con un apetito excelente.

—¿Moreau?

A través de la ventana vi a uno de aquellos incomprensibles hombres de blanco arrastrando un cajón de madera por la playa. Al final quedó oculto por el marco de la ventana. Entonces oí que introducían la llave y cerraban con ella la puerta que tenía detrás. Al cabo de unos minutos, durante los que no dejé de prestar atención, me llegó a través de la puerta el ruido de los perros, que ya habían salido de la playa. No ladraban, sino que olfateaban y gruñían de una forma muy curiosa. Oía sus veloces pisadas y a Montgomery tranquilizándolos.

Me impresionaba mucho el elaborado secretismo de los dos hombres con respecto al contenido del lugar y, medité un buen rato sobre ello y sobre la inexplicable sensación de haber oído antes el nombre de Moreau. Sin embargo, la memoria humana es tan singular que, en aquel momento, no logré ubicar correctamente aquel nombre tan conocido. A continuación, mis cavilaciones se centraron en la indefinible rareza del deforme hombre de blanco que había visto tirando de la caja por la playa. Jamás había contemplado andares similares, ni movimientos tan extraños en nadie. Caí en la cuenta de que ninguno de aquellos hombres se había dirigido a mí, aunque la mayoría me había lanzado alguna que otra mirada furtiva, nada que ver con la sincera mirada del ingenuo salvaje. Me pregunté en qué idioma hablarían. Todos tenían un acusado aire taciturno y, cuando hablaban, lo hacían con voces asombrosas. ¿Qué les ocurría? Entonces recordé los ojos del desgarbado ayudante de Montgomery.

Justo cuando pensaba en él, entró en la estancia. Se había vestido de blanco y llevaba una bandejita con un poco de café y verduras hervidas. Apenas pude reprimir el impulso de retroceder, estremecido, y el ayudante, tras inclinarse afablemente, colocó la

bandeja en la mesa que tenía delante.

Entonces, el asombro me paralizó: bajo los mechones de grasiento pelo negro apareció una oreja. Surgió de repente ante mí, al lado de mi cara. ¡El hombre tenía unas orejas puntiagudas cubiertas de fina pelusa!

—Su desayuno, señor —dijo.

Me quedé mirándolo sin intentar siquiera responder. Me dio la espalda y se dirigió a la puerta, aunque volvió la vista atrás para mirarme con extrañeza.

Lo seguí con los ojos y, mientras lo hacía, por algún extraño efecto de la cavilación inconsciente, de repente me vino a la cabeza la frase: «Los Honores de Moreau». ¿Era eso? Era algo de Moreau... «¡Ah! —exclamé para mí, remontándome a diez años atrás—. Los Horrores de Moreau». La frase rondó suelta unos segundos por mi cerebro hasta que la vi en letras rojas impresas en una octavilla beige que daba pavor y escalofríos. De pronto lo recordé todo claramente. Aquella octavilla tiempo atrás olvidada me vino a la mente con sorprendente nitidez. A la sazón yo no era más que un rapaz y supongo que Moreau debía de tener unos cincuenta años; era un fisiólogo destacado y avezado, muy conocido en la comunidad científica por su extraordinaria imaginación y la brutal franqueza de sus afirmaciones. ¿Se trataba del mismo Moreau? Había publicado algunos datos asombrosos sobre la transfusión de la sangre y, además, se sabía que realizaba un valioso trabajo en el campo de los tumores malignos. Entonces, de repente, su carrera acabó y tuvo que abandonar Inglaterra. Un periodista consiguió entrar en su laboratorio haciéndose pasar por ayudante con la intención de revelar secretos sensacionalistas. Gracias a un espantoso accidente (si es que fue un accidente), su truculenta octavilla se hizo tristemente célebre. El día de su publicación, un desdichado perro despellejado y mutilado huyó de la casa de Moreau.

Era verano, y un importante editor, primo del ayudante de laboratorio temporal, apeló a la conciencia nacional. No era la primera vez que dicha conciencia se revolvía contra los métodos de investigación. Las sonoras protestas lograron echar al doctor del país. Quizá se lo mereciera, pero sigo pensando que el tibio apoyo

que recibió de sus colegas investigadores y el ostracismo al que lo condenó el grueso de los trabajadores científicos fueron una vergüenza. No obstante, algunos de sus experimentos, según contaba el periodista, eran de una crueldad innecesaria. Puede que hubiese logrado el perdón de la sociedad de haberlos abandonado, pero, al parecer, prefirió seguir con ellos, como seguramente habría hecho cualquiera que haya caído alguna vez bajo el irresistible hechizo de la investigación. No estaba casado y, de hecho, no tenía que pensar más que en su propio interés...

Estaba convencido de que era el mismo hombre. Todo apuntaba en esa dirección. Entonces caí en la cuenta de cuál sería el destino del puma y de los demás animales que habían viajado con el resto del equipaje para acabar en el recinto de detrás de la casa; y fui también consciente de un curioso olor, el hálito de algo que me resultaba familiar, un olor que había estado aguardando en mi subconsciente hasta aquel momento. Era el aroma antiséptico de un quirófano. Oí el gruñido del puma a través de la pared, y uno de los perros aulló como si lo hubiesen golpeado.

A pesar de todo, la vivisección no era tan horrible, y menos para un colega científico, como para explicar tanto secreto. Y, por alguna curiosa conexión en mis pensamientos, recordé de nuevo con gran precisión las orejas puntiagudas y los ojos luminosos del ayudante de Montgomery. Me quedé mirando el verde mar, al que la fresca brisa adornaba de espuma, y permití que tanto ese recuerdo como otros igual de extraños recopilados durante los días anteriores dieran vueltas por mi cabeza.

¿Qué significaría? Un recinto cerrado con llave en una isla solitaria, un infame vivisector y unos hombres tullidos y desfigurados...

8

EL LAMENTO DEL PUMA

A eso de la una, Montgomery me sacó de la maraña de desconcierto y sospechas en la que estaba envuelto; su grotesco ayudante lo seguía con una bandeja llena de pan, algunas hierbas y otros alimentos, una petaca de whisky, una jarra de agua, tres vasos y tres cuchillos. Miré de soslayo a la extraña criatura y descubrí que ella también me miraba a mí con sus inquietos ojillos. Montgomery dijo que comería conmigo, pero que Moreau estaba demasiado ocupado con su trabajo.

—¡Moreau! —exclamé—. Conozco ese nombre.

—¡Maldición! He sido un asno por mencionárselo. Debería haber tenido más cuidado. En cualquier caso, así se irá haciendo una idea de cuáles son nuestros... misterios. ¿Whisky?

—No, gracias, soy abstemio.

—Ojalá yo también lo hubiera sido. Pero a granero robado, cerradura y candado. Fue un asunto infernal lo que me trajo hasta aquí, eso y una noche de niebla. En aquel momento, cuando Moreau se ofreció a sacarme de allí, me creí afortunado. Es curioso...

—Montgomery —dije de repente, mientras se cerraba la puerta exterior—, ¿por qué su ayudante tiene orejas puntiagudas?

—¡Cómo! —exclamó con la boca llena. Se me quedó mirando un instante y después repitió—: ¿Orejas puntiagudas?

—Con unas puntitas diminutas —respondí con toda la calma que logré reunir, aunque con la respiración entrecortada—, y una fina pelusa marrón en los bordes.

Se sirvió un whisky y le echó agua con gran parsimonia.

—Me daba la impresión... de que el pelo le tapaba las orejas.

—Se las vi cuando se inclinó a mi lado para servir el café que usted me envió esta mañana. Y los ojos le brillan en la oscuridad.

Montgomery ya se había recuperado de la sorpresa producida por mi pregunta.

—Siempre he creído que sus orejas tenían algo raro —empezó a explicar muy despacio, acentuando ligeramente su ceceo—. Por cómo se las cubría... ¿Cómo eran?

Su actitud acabó de convencerme de que su supuesto desconocimiento era una farsa. Pero no podía llamarlo mentiroso a la cara.

—Puntiagudas —dije—, bastante pequeñas y peludas; peludas, sin duda. Pero ese hombre en su conjunto es uno de los seres más extraños con los que me he topado.

Un ronco grito de dolor animal surgió del recinto que había detrás de nosotros. Por su intensidad y volumen, era patente que se trataba del puma. Vi que Montgomery hacía una mueca.

—¡Sí! —dijo.

—¿De dónde sacó a ese personaje?

—Bueno..., de San Francisco... Es una fea bestia, lo reconozco. Medio tonto, ya sabe. No recuerdo de dónde es, pero ya me he acostumbrado a verlo, ya sabe. Los dos nos hemos acostumbrado. ¿Qué impresión le causa a usted?

—Es antinatural. Tiene algo que... No me tache de extravagante, pero me produce una sensación desagradable, tenso los músculos cuando se me acerca. Tiene un toque... diabólico, en realidad.

Montgomery había dejado de comer mientras se lo contaba.

—Qué extraño, yo no lo veo así —comentó, y siguió comiendo—. La tripulación de la goleta... debió de sentir lo mismo que usted, por eso la tomaron con el pobre diablo... ¿Vio al capitán?

De repente, el puma aulló de nuevo, su sufrimiento parecía haberse agravado. Montgomery soltó una imprecación entre dientes. Yo ya estaba medio dispuesto a interrogarlo sobre los hombres de la playa, cuando la pobre bestia dejó escapar una rápida sucesión de chillidos cortos y agudos.

—¿De qué raza son sus hombres, los de la playa? —pregunté.

—Unos tipos excelentes, ¿verdad? —respondió con aire

distraído, frunciendo el ceño ante los lamentos del animal.

No dije más. Oímos otro chillido del puma, peor aún que el anterior. Montgomery me miró con sus ojos gris claro y bebió un poco más de whisky. Intentó llevarme hacia una charla sobre el alcohol, asegurando que gracias a dicha sustancia me había salvado la vida. Parecía ansioso por recalcar que yo le debía la vida. Respondí sin prestarle demasiada atención. Al final concluimos la comida, el monstruo de orejas puntiagudas lo recogió todo, y Montgomery me volvió a dejar solo en el cuarto. Durante todo aquel tiempo el hombre había permanecido en un estado de irritación mal disimulada por culpa de los ruidos del puma sometido a la vivisección. Alegando una curiosa falta de valor, se marchó y dejó que sacara mis propias conclusiones al respecto.

Descubrí que los lamentos del puma también me alteraban mucho. Además, crecieron en intensidad conforme avanzaba la tarde. Al principio eran lastimosos, pero su constante repetición acabó por desequilibrarme. Lancé por los aires la traducción de Horacio que estaba leyendo, y empecé a cerrar los puños y a mordirme los labios mientras daba vueltas por la habitación.

Al final llegué a taparme los oídos con los dedos.

La emotiva súplica de los chillidos me fue trastornando poco a poco, y llegó a convertirse en una expresión de sufrimiento tan exquisita que no pude seguir encerrado en la habitación. Salí por la puerta al soñoliento calor de última hora de la tarde y, tras dejar atrás la entrada principal (que volvía a estar cerrada con llave, según vi), doblé la esquina del muro.

Los lamentos se oían aún más en el exterior. Era como si todo el dolor del mundo se hubiera concentrado en una sola voz. No obstante, aun sabiendo que semejante dolor estaba en la habitación de al lado, creo (lo he creído desde entonces) que podría haberlo soportado de haberse tratado de un dolor mudo. En el momento en que el sufrimiento encuentra su voz es cuando nos estremecemos y la pena nos inquieta. A pesar de la brillante luz solar y de los verdes abanicos de árboles que se agitaban con la tranquilizadora brisa del mar, el mundo no era más que caos, una imagen emborronada por fantasmas negros, blancos y rojos. Y así siguió siendo hasta que tras el muro de piedra ya no pude oír los gemidos que salían de la casa.

9

LA CRIATURA DEL BOSQUE

Caminé a grandes zancadas entre la maleza que cubría la colina de detrás de la casa, sin apenas prestar atención al camino. Atravesé la sombra del denso bosquecillo de rectos árboles que había más allá y me encontré de pronto al otro lado de la colina, descendiendo hacia un arroyo que corría por un estrecho valle. Me paré a escuchar. Ya fuera por la distancia recorrida o por la masa de matorrales que me separaba del recinto, lo cierto era que ya no me llegaba ningún ruido. El aire estaba en silencio. Entonces oí un rumor y un conejo salió corriendo por la cuesta, delante de mí. Vacilé y me senté al borde de la sombra.

Era un lugar agradable. El riachuelo quedaba oculto tras la exuberante vegetación de las orillas, salvo en un punto en el que vislumbraba un retazo triangular de sus relucientes aguas. Al otro lado, a través de la bruma azulada, vi una maraña de árboles y enredaderas y, encima, de nuevo el luminoso azul del cielo. De cuando en cuando, una mancha blanca o roja señalaba la florida presencia de algún epifito. Dejé que mis ojos vagaran un rato por la escena antes de empezar a pensar de nuevo en las extrañas peculiaridades del hombre de Montgomery. Sin embargo, hacía demasiado calor para elucubraciones y, al final, me sumí en un plácido estado entre el sueño y la vigilia.

De repente, no sé después de cuánto tiempo, algo me despertó, un crujido de la vegetación al otro lado del arroyo. Por un instante no vi nada más que las bamboleantes puntas de los helechos y los juncos, hasta que apareció algo en la orilla del arroyo. Al principio

no logré distinguir de qué se trataba. Incliné la cabeza hacia el agua y empezó a beber. Entonces vi que se trataba de un hombre, ¡un hombre a cuatro patas, como una bestia!

Iba vestido con ropas azuladas, tenía la piel cobriza y el cabello negro. Al parecer, la fealdad grotesca era una característica invariable de aquellos isleños. Me llegaba el ruido que hacía con los labios al sorber el agua.

Me incliné para verlo mejor, pero mi mano desprendió un fragmento de lava, que cayó repiqueteando por la ladera. La criatura levantó la mirada con aire culpable y me miró a los ojos. Después se puso en pie como pudo, se limpió la boca con la torpe mano y me observó. Las piernas medían apenas la mitad que su cuerpo. Así permanecimos, aguantándonos la mirada con absoluta compostura, durante quizá un minuto. A continuación se escabulló entre los arbustos de mi derecha, parándose para volver la vista atrás un par de veces, y oí que el murmullo de la fronda se hacía cada vez más lejano, hasta que desapareció. De vez en cuando me lanzaba una mirada penetrante. Un buen rato después de perderlo de vista, yo seguía sentado mirando en la dirección por la que había huido. Nada quedaba ya de mi adormecida serenidad.

Me sobresaltó un ruido y, al volverme súbitamente, vi una blanca cola de conejo bajar botando por la cuesta. Me puse en pie de un salto.

La aparición de aquella criatura medio animal había logrado poblar de repente la calma de la tarde, al menos en lo que a mí concernía. Miré a mi alrededor con inquietud y me arrepentí de ir desarmado. Entonces caí en la cuenta de que el hombre que acababa de ver vestía de azul, que no iba desnudo como un salvaje, e intenté convencerme de que, al fin y al cabo, debía de tratarse de un tipo pacífico, que la torpe ferocidad de su rostro no le hacía justicia.

No obstante, su presencia me había dejado muy nervioso. Me dirigí a la izquierda por la pendiente, volviendo la cabeza a uno y otro lado, y asomándome por aquí y por allá entre los rectos árboles. ¿Por qué iba un hombre a ponerse a cuatro patas y a beber con los labios? Al final oí de nuevo el gemido de un animal y, suponiendo que se trataba del puma, di media vuelta y seguí en

dirección diametralmente opuesta al sonido. Eso me llevó hasta el arroyo, que crucé para subir entre la maleza del otro lado.

Me sorprendió ver una gran extensión de relucientes manchas escarlata en el suelo y, al acercarme, comprobé que era un peculiar hongo que se ramificaba y arrugaba como un líquen foliáceo, aunque se convertía en limo al tocarlo. Después, a la sombra de unos exuberantes helechos, di con algo desagradable, el cuerpo de un conejo, sin vida y cubierto de moscas, pero todavía caliente, con la cabeza arrancada. Horrorizado, me quedé mirando la sangre. ¡La isla ya se había desecho de uno de sus visitantes!

No había más rastros de violencia. Era como si lo hubiesen atrapado y matado de repente, y, mientras observaba el cuerpecito peludo, se me presentó la incógnita del procedimiento seguido. El vago temor que sobrevolaba mi mente desde el encuentro con la cara inhumana del hombre del arroyo empezó a tomar forma. Me di cuenta de lo osado de mi expedición entre aquellas gentes desconocidas. Las sombras se transformaron en algo más que sombras, en emboscadas; cada susurro del bosque era una amenaza. Me sentía observado por seres invisibles.

Decidí regresar al recinto de la playa. De repente me volví y atravesé los arbustos, furioso, puede que incluso frenético, ansioso por volver a tener espacio a mi alrededor.

Me detuve una sola vez, justo a tiempo de no salir a campo abierto. Era una especie de claro en medio del bosque consecuencia de un desprendimiento; las plantas jóvenes ya luchaban por hacerse con el hueco libre y, más allá, la densa vegetación de tallos, plantas trepadoras y retazos de hongos y flores volvía a cerrarse. Ante mí, agachadas junto a las ruinas fúngicas de un enorme árbol caído, todavía ajenas a mi presencia, había tres grotescas figuras humanas.

Una era evidentemente femenina. Las otras dos eran hombres. Estaban desnudos, salvo por una tela escarlata alrededor de la cintura, y su piel era de un tono rosáceo apagado, un tono que jamás había visto en ningún salvaje. Sus rostros eran regordetes, toscos y sin barbilla, la frente se les veía hundida, y tenían un ralo pelo erizado en la cabeza. Nunca me había encontrado con unas criaturas de aspecto tan bestial.

Hablaban o, al menos, uno de los hombres hablaba con los otros

dos, y los tres estaban demasiado absortos para percatarse del ruido de mi llegada. Balanceaban la cabeza y los hombros de un lado a otro. Aquella criatura arrastraba las palabras, que resultaban confusas, así que, aunque las oía bien, no logré distinguir lo que decía. Me daba la impresión de que recitaba un complicado galimatías. Al final, su tono se hizo más estridente y, extendiendo las manos, se puso en pie.

En aquel instante, los otros empezaron a parlotear al unísono, levantándose también y extendiendo las manos, mientras se balanceaban al ritmo del cántico. Entonces me percaté de lo anormalmente cortas que eran sus piernas, y de que tenían unos pies torpes y desmañados. Los tres se pusieron a dar vueltas en lentos círculos, levantando los pies y volviéndolos a bajar, y agitando los brazos; en su rítmica recitación se introdujeron una especie de melodía y un estribillo: sonaba como «alula» o «balula». Los ojos empezaron a brillarles, y un extraño placer les iluminó los feos rostros. De sus bocas sin labios caía saliva.

De repente, mientras observaba sus grotescos gestos inexplicables, percibí con claridad y por primera vez qué era lo que me había desagradado, lo que me había provocado las dos impresiones, en apariencia incoherentes y encontradas, de profunda extrañeza y de una familiaridad aún más extraña. Las tres criaturas que realizaban aquel misterioso rito tenían forma humana, pero eran unos humanos que recordaban, curiosamente, a un animal reconocible. Cada uno de aquellos seres, a pesar de su forma humana, de sus harapos y de la basta humanidad de su cuerpo, revelaba a través de sus movimientos, la expresión de su rostro y toda su presencia una inconfundible similitud con un cerdo, una mácula porcina, la inconfundible marca de la bestia.

Aquel descubrimiento me abrumó, hasta que me vinieron a la cabeza preguntas de lo más horrendo. Las criaturas se pusieron a brincar, primero una y después otra, y a gritar y a gruñir. Entonces, una resbaló y, por un momento, quedó a cuatro patas hasta que pudo levantarse. Sin embargo, vislumbrar aquel resquicio del verdadero animalismo de los monstruos fue suficiente.

Di media vuelta haciendo el menor ruido posible y me dirigí a los arbustos, aunque de vez en cuando me paralizaba el miedo a

que me descubrieran por el crujido de una rama o el susurro de una hoja. Tardé bastante en recuperar la audacia y atreverme a avanzar con mayor libertad.

Mi única idea en aquel momento era alejarme de los repugnantes seres, y apenas me di cuenta de que había llegado a una especie de sendero rodeado de árboles. Entonces, de repente, mientras andaba por un pequeño claro, tuve la desagradable sorpresa de toparme con dos torpes piernas que, a unos treinta metros de distancia, caminaban entre los árboles sin hacer ruido en paralelo a mi camino. La cabeza y la parte superior del cuerpo quedaban ocultas tras una maraña de enredaderas. Me detuve en seco, esperando que la criatura no me viera. Los pies se pararon a la vez que los míos. Estaba tan nervioso que me resultó muy difícil reprimir el impulso de huir precipitadamente.

Examiné atentamente la zona y distinguí a través de la red vegetal la cabeza y el cuerpo del bruto que había visto bebiendo. Movié la cabeza. Cuando me miró desde la sombra de los árboles, vi un reflejo esmeralda en sus ojos, un color semiluminoso que se desvaneció al volver de nuevo la cabeza. Se quedó inmóvil un momento y luego, sin hacer ruido, empezó a correr por la verde maleza. Un instante después había desaparecido tras unas matas. Aunque no lo veía, noté que se había detenido y volvía a observarme.

¿Qué demonios era aquello? ¿Animal o persona? ¿Qué quería de mí? Yo no iba armado, ni siquiera llevaba un palo. Huir habría sido una locura. En cualquier caso, la criatura, fuera lo que fuese, carecía del valor necesario para atacarme. Apreté los dientes y me fui derecho hacia él. Me preocupaba no demostrar el miedo que me helaba hasta la médula. Me abrí paso por un enredo de altos arbustos con flores blancas y lo vi veinte metros más allá, volviendo la vista atrás para mirarme, vacilante. Avancé un par de pasos sin apartar la vista de sus ojos.

—¿Quién eres? —pregunté, y él intentó sostenerme la mirada.

—¡No! —exclamó de repente, y, tras volverse, se alejó rápidamente de mí a través de la maleza.

Después se volvió y se me quedó mirando de nuevo. Sus ojos brillaban con fuerza desde el crepúsculo bajo los árboles.

Yo tenía el corazón en un puño, pero me daba la impresión de que mi única oportunidad era enfrentarme al peligro, así que caminé hacia él. El ser me dio la espalda y desapareció en la penumbra. De nuevo me pareció vislumbrar el reflejo de sus ojos, pero eso fue todo.

Por primera vez fui consciente de las consecuencias que podía tener lo avanzado de la hora. El sol se había puesto hacía unos minutos, y el rápido crepúsculo de los trópicos ya se desvanecía por el este; una polilla aventurera me revoloteaba en silencio sobre la cabeza. A no ser que deseara pasar la noche en el misterioso bosque, debía regresar a toda prisa al recinto.

La idea de regresar al refugio del dolor me resultaba desagradable en extremo, pero aún más lo era la idea de que la oscuridad me sorprendiera a cielo abierto, con todo lo que dicha oscuridad pudiera ocultar. Eché un último vistazo a las sombras azules que se habían tragado a la extraña criatura y después desanduve el camino cuesta abajo hacia el arroyo, siguiendo la ruta por la que creía haber llegado hasta allí.

Caminaba con impaciencia, perplejo por todo lo visto, y, al final, me encontré en un lugar llano entre árboles. La claridad incolora de después del rubor del atardecer empezaba a oscurecerse. El cielo azul se hizo más profundo por un instante, y las estrellitas atravesaron una a una la atenuada luz; los huecos entre los árboles, los espacios vacíos en la vegetación, que habían sido de un azul brumoso durante el día, se volvían negros y misteriosos.

Seguí adelante. El color desapareció del mundo, las siluetas oscuras de las copas de los árboles se alzaban contra el luminoso cielo azul, y todo lo que quedaba bajo aquel perfil se fundía en una sola negrura informe. Al final llegué a un punto donde escaseaban los árboles y abundaban los arbustos. Después, a un espacio sombrío cubierto de arena blanca y, a continuación, a otra extensión de arbustos enredados.

Me atormentaba un suave susurro a mano derecha. Al principio creí que eran imaginaciones mías, ya que, cada vez que me paraba, todo permanecía en silencio salvo la brisa nocturna entre las copas de los árboles. Pero cuando reanudaba la marcha, mis pisadas tenían eco.

Me alejé de los matorrales, me mantuve cerca de los terrenos más despejados y me dediqué a volverme repentinamente a uno y otro lado para sorprender in fraganti a la sigilosa criatura que me perseguía, si es que existía. Aunque no vi nada, cada vez estaba más convencido de notar otra presencia. Aceleré el paso y, al cabo de un rato, llegué a una pequeña colina, la crucé y me volví abruptamente para verla desde el otro lado. Su silueta negra apareció claramente recortada contra el cielo oscuro.

Aquel bulto sin forma se irguió un momento contra el horizonte antes de desaparecer de nuevo. Yo ya estaba seguro de que mi contrincante de pardo rostro me acechaba y, en ese preciso instante, también fui consciente de otro hecho bastante desagradable: me había perdido.

Seguí avanzando a toda prisa durante un rato, aturdido sin remedio, perseguido por la furtiva criatura. Fuera lo que fuera, o bien al ser le faltaba valor para atacarme o bien esperaba un momento de debilidad. Procuré avanzar por espacios abiertos. De vez en cuando me volvía para escuchar los ruidos y, al final, estaba medio convencido de que mi perseguidor se había rendido o de que era producto de mi trastornada imaginación. Entonces oí el mar. Apreté el paso hasta casi correr y, de inmediato, oí un tropiezo detrás de mí.

Me volví de repente y me quedé mirando los imprecisos árboles que tenía detrás. Una sombra negra pareció esconderse tras uno de ellos. Escuché con atención, rígido, pero no oí nada más que el murmullo de la sangre en los oídos. Creí que tenía los nervios desquiciados y que mi imaginación me jugaba una mala pasada, y me volví con decisión hacia el ruido del mar.

Aproximadamente un minuto después, los árboles fueron desapareciendo y salí a un cabo pelado que se introducía en las sombrías aguas. La noche estaba en calma y era clara, y el reflejo de la creciente multitud de estrellas temblaba con la tranquila respiración de las olas. Un poco más allá, el agua que bañaba un irregular arrecife brillaba con su propia luz pálida. Al oeste divisé la luz zodiacal que se mezclaba con la luminosidad amarilla de la estrella de Venus. La costa se alejaba hacia el este, mientras que hacia el oeste se ocultaba tras el cabo. Entonces recordé que la

playa de Moreau estaba hacia el oeste.

Una rama se partió detrás de mí y oí un crujido. Me volví y me encontré frente a los oscuros árboles. No veía nada, o veía demasiado. En la penumbra, todas las formas negras tenían un carácter siniestro, el peculiar indicio de un ojo vigilante. Así permanecí durante un minuto hasta que, sin dejar de mirar los árboles, giré hacia el oeste para cruzar el cabo. Y, mientras me movía, una de las sombras que me acechaban se movió también para seguirme.

El corazón me latía deprisa. Por fin, la amplia curva de una bahía se hizo visible hacia poniente, y me detuve de nuevo. La sombra silenciosa se paró a unos diez metros de mí. Un puntito de luz brillaba en la parte más alejada de la curva, y la playa de arena gris se vislumbraba bajo la claridad de las estrellas. El puntito de luz estaba a unos tres kilómetros. Para llegar a la playa tenía que atravesar los árboles en los que acechaba la sombra y bajar por una ladera llena de arbustos.

Ya veía a la criatura con más nitidez. No era animal, pues se mantenía erguida. Al verla, abrí la boca para hablar, pero una ronca flema me ahogó la voz. Lo volví a intentar, y grité:

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta. Avancé un paso. La cosa no se movió, solo se preparó. Me golpeé el pie contra una piedra.

Eso me dio una idea. Sin quitarle los ojos de encima a la forma negra que tenía ante mí, me agaché y recogí el trozo de roca. Al percatarse de mi movimiento, la criatura se giró de repente como habría hecho un perro y se escabulló con sigilo hacia la oscuridad. Entonces recordé un remedio muy eficaz que usábamos de niños contra los perros: metí la piedra dentro de mi pañuelo, la envolví y me la enrollé en la muñeca. Oí un movimiento entre las sombras en las que se ocultaba la criatura y, de repente, aquella tensa agitación pudo conmigo; me puse a sudar profusamente y a temblar como una hoja, con mi adversario en fuga y un arma en la mano.

Tardé un rato en reunir la determinación necesaria para meterme entre los árboles y los arbustos que bajaban por la ladera del cabo hasta la playa. Al final lo hice corriendo y, al salir de los matorrales a la arena, oí que otro cuerpo se precipitaba detrás de

mí.

El miedo me hizo perder la cabeza por completo y empecé a correr por la arena. De atrás me llegaban las rápidas pisadas de algo que me perseguía. Dejé escapar un grito salvaje y redoblé la velocidad. Unas oscuras criaturas que abultaban tres o cuatro veces más que los conejos salieron corriendo o saltando de la playa hacia los arbustos. Recordaré mientras viva el terror de aquella persecución. Corría cerca del borde del agua y oía de vez en cuando el chapoteo de unos pies que cada vez estaban más cerca. Lejos, desesperadamente lejos, aguardaba la luz amarilla. Por lo demás, la noche que me rodeaba era negra y silenciosa. Seguía oyendo el chapoteo que se acercaba. Me quedé sin aliento, ya que estaba en muy mala forma física; respiraba entre resuellos, y me dolía el costado como si me dieran puñaladas. Me daba cuenta de que la criatura me alcanzaría mucho antes de llegar al recinto y, desesperado y sollozando por la falta de aire, me volví hacia ella y traté de golpearla con todas mis fuerzas cuando se acercó. La piedra salió volando de la honda de tela.

Al volverme, la cosa, que iba corriendo a cuatro patas, se puso en pie, y el misil le acertó en la sien izquierda. Se oyó como golpeaba contra el cráneo, y vi que el animal caía sobre mí, me empujaba con las manos y se tambaleaba unos cuantos pasos hasta derrumbarse boca abajo en la arena, con la cara en el agua. Y allí se quedó.

No me atreví a acercarme a aquella figura negra. Me fui y la dejé con el agua rizándose a su alrededor, bajo las silenciosas estrellas, y, tras esquivarla, seguí mi camino hacia la luz amarilla de la casa. Al final, con un gran alivio, llegó hasta mí el lastimero gemido del puma, el sonido que, en principio, me había impulsado a explorar la misteriosa isla. Al oír el gemido, aunque estaba débil y muy fatigado, reuní todas mis fuerzas y corrí hacia la luz. Era como si una voz me llamara.

10

EL LAMENTO DEL HOMBRE

Al acercarme a la casa vi que la luz salía de la puerta abierta de mi habitación; entonces oí que de la oscuridad junto a aquel rectángulo naranja surgía la voz de Montgomery, gritando:

—¡Prendick!

Seguí corriendo. Lo oí de nuevo y contesté con un débil «¡Hola!». Tardé pocos segundos en llegar, tambaleándome, a su lado.

—¿Dónde se había metido? —preguntó, sujetándome con los brazos extendidos, de modo que la luz de la puerta me diera en la cara—. Hemos estado los dos tan ocupados que nos olvidamos de usted hasta hace media hora.

Me condujo a la habitación y me sentó en la tumbona. Durante un momento, me quedé cegado por la luz.

—No se nos pasó por la cabeza que decidiera salir a explorar la isla usted solo sin avisarnos —dijo—. ¡Me ha asustado! —añadió—. Pero... ¿qué...?

Yo me había quedado sin fuerzas, de modo que la cabeza me cayó sobre el pecho. Creo que él disfrutó un poco al darme un vaso de brandy.

—Por amor de dios —dije—, cierre esa puerta.

—Ha conocido a algunas de nuestras curiosidades, ¿eh? —repuso; pero cerró la puerta y se volvió de nuevo hacia mí.

No me hizo preguntas, sino que me dio más brandy con agua y me instó a comer. Yo estaba a punto de desplomarme. Comentó de modo impreciso que habría querido avisarme, y me preguntó

brevemente cuándo había salido de la casa y qué había visto. Respondí con igual brevedad, con frases incompletas.

—Dígame qué significa todo esto —exigí, en un estado rayano en la histeria.

—No es tan terrible —respondió—, pero creo que ya ha tenido bastante por un día. —De repente, el puma dejó escapar otro agudo chillido de dolor, y él soltó una palabrota entre dientes—. Maldita sea, esto es casi peor que Gower Street... y sus gatas callejeras.

—Montgomery, ¿qué era esa criatura que me perseguía? ¿Un animal o un hombre?

—Si no duerme un poco esta noche, mañana habrá perdido la cabeza.

—¿Qué era esa criatura? —insistí, levantándome.

Me miró fijamente y torció los labios. Se apagó el brillo que, segundos antes, le animaba los ojos.

—Por lo que cuenta —respondió—, creo que era una alucinación.

Noté una irritación extrema que se me pasó tan deprisa como llegó. Me dejé caer de nuevo en el asiento y me llevé las manos a la frente. El puma comenzó de nuevo.

Montgomery se puso detrás de mí y apoyó las manos en mis hombros.

—Mire, Prendick, no me correspondía a mí permitirle llegar a esta ridícula isla nuestra, pero no es tan malo como cree, hombre. Tiene los nervios destrozados. Déjeme darle algo para dormir. Eso que oye... durará todavía varias horas. Tiene usted que dormir o no me hago responsable.

No contesté, sino que me incliné y me tapé la cara con las manos. Regresó con un frasquito lleno de un líquido oscuro, que procedió a darme. Me lo tomé sin resistirme, y él me ayudó a llegar a la hamaca.

Cuando desperté era pleno día. Me quedé tumbado un rato, mirando el techo. Me di cuenta de que las vigas estaban hechas con las cuadernas de un barco. Al volver la cabeza vi comida servida para mí en la mesa. Como tenía hambre, me dispuse a bajar de la hamaca, pero ella, anticipándose educadamente a mis deseos, se dio la vuelta y me depositó a cuatro patas en el suelo.

Me levanté y me senté frente a la comida. Notaba la cabeza pesada y solo tenía un vago recuerdo de lo sucedido la noche anterior. La agradable brisa de la mañana soplaba a través de la ventana sin cristales, y eso, junto con la comida, contribuyó a proporcionarme un consuelo puramente animal. En aquel momento se abrió la puerta, la puerta interior que daba al patio del recinto, y al volverme vi la cara de Montgomery.

—¿Todo bien? —preguntó—. Estoy muy ocupado.

Dicho lo cual, cerró la puerta. Después descubrí que se había olvidado de echar la llave.

Justo entonces recordé la expresión de su rostro la noche anterior, y con eso llegó el recuerdo de todo lo experimentado. Mientras recreaba el miedo sufrido, me llegó un grito del interior del recinto. Sin embargo, esta vez no era el lamento del puma.

Dejé el tenedor que iba a meterme en la boca y escuché. Silencio, salvo por el susurro de la brisa matutina. Empecé a pensar que mis oídos me habían engañado.

Tras una larga pausa, seguí comiendo, aunque muy atento. Al final oí algo distinto, débil y bajo. Me quedé paralizado. A pesar de que, como digo, era un ruido débil y bajo, me conmovió más que todos los chillidos que había oído hasta entonces, procedentes de las abominaciones del otro lado del muro. Aquella vez, por el tono de los apagados sonidos entrecortados, no cabía duda de cuál era su origen; se trataba de gruñidos mezclados con sollozos y ahogados gritos de angustia. Y ya no procedían de un animal, ¡sino de un ser humano martirizado!

En cuanto me di cuenta, me levanté y, en tres pasos, ya había cruzado la habitación y había abierto la puerta del patio.

—¡Prendick, hombre! ¡Espere! —me gritó Montgomery.

Un lebrele escocés, asustado, aulló y ladró. Vi que había sangre en el fregadero, marrón y un poco escarlata, y olí el característico aroma del ácido carbólico. Entonces, a través de una puerta abierta, a la tenue luz de la sombra, vi algo atado a un armazón, algo lleno de cicatrices, rojo y vendado. Y sobre aquella visión apareció el rostro blanco y terrible del viejo Moreau.

No tardó ni un minuto en agarrarme por el hombro con una mano manchada de sangre, levantarme por los aires y lanzarme de

un empujón a mi cuarto. Me levantó como si yo no fuera más que un niño. Caí cuan largo era en el suelo, y la puerta se cerró de golpe, ocultándome la feroz expresión de su cara. Entonces oí la llave que entraba en la cerradura y la voz de Montgomery que protestaba.

—¡Arruinará el trabajo de toda una vida! —oí exclamar a Moreau.

—Él no lo entiende —decía Montgomery, y otras cosas que no logré escuchar.

—Todavía no puedo perder el tiempo con eso —continuó Moreau.

No oí el resto. Me levanté, tembloroso, con la mente convertida en un caótico remolino de horrible desazón. ¿Era posible la vivisección de un hombre? La pregunta me golpeó como un rayo en un cielo tormentoso. Y, de repente, el nublado horror de mi mente tomó forma y comprendí con claridad el peligro al que me enfrentaba.

LA CAZA DEL HOMBRE

En aquel momento me vino a la mente, junto a la irracional esperanza de escapar, que la puerta exterior de la habitación seguía abierta. Estaba ya convencido de que Moreau viviseccionaba a un ser humano. Desde el momento en que supe su nombre mi mente había intentado conectar el grotesco animalismo de los isleños con sus abominaciones, y por fin creía entenderlo todo. Me acordé de sus trabajos sobre las transfusiones de sangre. ¡Las criaturas que había visto eran las víctimas de algún experimento espantoso!

La intención de aquellos escalofriantes canallas era retenerme, engañarme con sus muestras de confianza para, llegado el momento, caer sobre mí y condenarme a un destino peor que la muerte, en el que sufriría tortura tras tortura hasta la degradación más horrible que se pudiera concebir: enviarme cual alma perdida, transformado en bestia, con el resto de la banda del dios Como. Busqué algún arma con la que defenderme, pero nada. Entonces, en un momento de inspiración, di la vuelta a la tumbona, apoyé el pie en el lateral y arranqué la barra de la izquierda. Quiso la suerte que un clavo se saliera con la madera y diera un toque de peligro a un arma, por lo demás, insignificante. Oí pasos fuera, corrí a abrir la puerta y vi a Montgomery a un metro de ella. Se disponía a cerrarla con llave.

Levanté el palo con el clavo y fui a golpearle la cara, pero retrocedió de un salto. Vacilé un momento, me volví y hui doblando la esquina de la casa.

—¡Prendick! —lo oí gritar, sorprendido—. ¡No sea imbécil,

hombre!

Pensé que, de haber esperado otro minuto, habría acabado encerrado y listo para mi destino, como una cobaya. Él también dobló la esquina, porque lo oí gritar mi nombre. Después empezó a perseguirme, gritando mientras corría.

Esta vez, corriendo a ciegas, me dirigí al noreste, dirección que formaba un ángulo recto con la de mi anterior excursión. Mientras iba a la carrera por la playa miré una vez atrás y vi que lo acompañaba su ayudante. Corrí como un demente por la pendiente, la subí, giré al este por un valle rocoso, bordeado a ambos lados de jungla. Puede que recorriera un kilómetro y medio en total; tenía el pecho a punto de reventar y el corazón me latía en los oídos. Como no había ni rastro de Montgomery y su hombre, y yo me sentía al borde de la extenuación, di media vuelta hacia, según mis cálculos, la playa, y me tumbé al cobijo de un cañaveral.

Allí permanecí un buen rato, demasiado asustado para moverme y, de hecho, demasiado asustado para idear un plan de acción. El silvestre escenario que me rodeaba dormía en silencio bajo el sol, y el único sonido que llegaba hasta mí era el suave zumbido de unos jejenes que me habían descubierto. Después me percaté de un ruido similar al de una perezosa respiración: era el susurro del mar al bañar la playa.

Una hora después oí a Montgomery gritar mi nombre a cierta distancia, por el norte. Eso me obligó a pensar en una estrategia. Tal y como yo lo interpretaba, la isla solo la habitaban aquellos dos expertos en vivisecciones y sus víctimas animalizadas. Estaba convencido de que eran capaces de presionar a algunas de ellas para ponerlas en mi contra, si surgía la necesidad. Sabía que Moreau y Montgomery llevaban revólveres; y, salvo por una enclenque barra de madera con un pequeño clavo, un triste remedo de maza, yo iba desarmado.

Me quedé tumbado donde estaba hasta que empecé a pensar en comer y beber. En aquel momento fui verdaderamente consciente de lo desesperado de mi situación. Carecía de medios para conseguir comida; era un ignorante en el terreno de la botánica, así que tampoco me veía capaz de descubrir las raíces o frutas comestible que hubiera por allí; no sabía cómo atrapar a los conejos

que corrían por la isla. Cuantas más vueltas le daba, menos resultados obtenía. Al final, consternado, me puse a pensar en los hombres bestia que me había encontrado. Intenté recuperar la esperanza recurriendo a lo que recordaba de ellos. Repasé lo que sabía de cada uno e intenté dar con algo que me indicara su disposición a ayudarme.

Entonces, de repente, oí aullar a uno de los perros de caza y advertí el nuevo peligro. No pude pararme a pensar, ya que me habrían atrapado sin más, así que, tras recoger mi palo, abandoné corriendo mi escondite en dirección al sonido del mar. Recuerdo unas plantas con espinas que me pinchaban como navajas. Salí con la ropa destrozada y ensangrentada al borde de un largo riachuelo que se ensanchaba hacia el norte. Fui derecho a las olas sin vacilar ni un segundo, caminé por el arroyo hasta que el agua me llegó a las rodillas. Al fin salí como pude por la orilla occidental y, con el corazón laténdome con fuerza en los oídos, me arrastré por una maraña de helechos a la espera de los acontecimientos. Oí al perro (solo había uno) acercarse y aullar al llegar a las espinas. Después no oí nada más y empecé a pensar que había escapado.

Pasaron los minutos, el silencio se alargó y, por fin, después de una hora de seguridad, recuperé poco a poco el valor.

Para entonces ya no estaba ni muy asustado ni muy abatido, ya que, por así decirlo, había sobrepasado el límite del terror y la desesperación. Lo que sentía era que podía dar mi vida por perdida, y ese convencimiento me hacía capaz de cualquier cosa. Incluso llegué a desear encontrarme cara a cara con Moreau. Y, como me había metido en el agua, recordé que, de verme demasiado presionado, al menos contaba con una forma de huir del tormento que me esperaba: no podrían evitar que me ahogara. En aquellos momentos estaba ya medio decidido a ahogarme, pero me frenó el extraño deseo de ver cómo terminaba la aventura, un curioso interés por verme desde fuera como un espectador. Estiré las extremidades, doloridas por los pinchazos de las plantas espinosas, y miré a mi alrededor, entre los árboles; entonces, de una forma tan repentina que parecía haber bajado de un salto de la verde tracería que lo rodeaba, mis ojos dieron con un rostro negro que me estaba observando.

Vi que se trataba de la criatura simiesca que se había reunido con la lancha en la playa. Estaba colgada del tronco inclinado de una palmera. Aferré el palo y me levanté para enfrentarme a ella.

—Tú, tú, tú —entendí de lo que empezó a parlotear la criatura.

De repente se dejó caer del árbol y, en un segundo, estaba apartando las hojas y mirándome con curiosidad.

No sentí la misma repugnancia experimentada en mis encuentros con los otros hombres bestia.

—Tú —decía—, en el bote.

Entonces, era un hombre... o, al menos, tan hombre como el ayudante de Montgomery, puesto que hablaba.

—Sí —respondí—, vine en el bote. Del barco.

—¡Oh! —dijo, y sus brillantes ojos me recorrieron, inquietos, me examinaron las manos, el palo que llevaba, los pies, los desgarros del abrigo, y los cortes y arañazos de los espinos. Parecía desconcertado por algo. Sus ojos regresaron a mis manos, y sostuvo las suyas en alto para contarse lentamente los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¿eh?

Entonces no entendí el significado. Más tarde descubrí que una gran parte de aquellos hombres bestia tenía manos deformes en las que faltaban hasta tres dedos. Sin embargo, suponiendo que se trataba de una especie de saludo, hice lo mismo a modo de respuesta. El ser sonrió con inmensa satisfacción. Después miró rápidamente atrás y, con un veloz movimiento, desapareció. Las hojas de helecho entre las que estaba volvieron a juntarse con un susurro.

Salí del cañaveral detrás de él y me asombró descubrirlo colgado alegremente por un largo brazo de una cuerda de la enredadera que bajaba del follaje. Estaba de espaldas a mí.

—¡Hola! —grité.

Él descendió de un salto y me miró.

—Dime, ¿dónde puedo comer algo?

—¡Comer! —exclamó él—. Ahora comes comida de hombres —dijo, y miró hacia las cuerdas—. En las chozas.

—Pero ¿dónde están las chozas?

—¡Oh!

—Soy nuevo, ¿sabes?

Al oírlo, se volvió y se puso a caminar a paso ligero. Todos sus movimientos eran de una curiosa rapidez.

—Ven —dijo, y fui con él para ver cómo seguía la aventura.

Supuse que las chozas serían una especie de tosco refugio en el que vivía con algunos de los seres animalizados. Quizá resultaran ser amistosos, quizá encontrara algo en sus mentes a lo que aferrarme. Desconocía por aquel entonces si se habían alejado mucho de la herencia humana que yo les atribuía.

Mi compañero mono trotaba a mi lado, con las manos colgando y la mandíbula hacia fuera. Me pregunté qué recuerdos conservaría.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta isla? —le dije.

—¿Cuánto tiempo?

Después de repetir la pregunta, levantó tres dedos. La criatura era poco más que un idiota. Intenté averiguar lo que quería decir con ello, pero el asunto parecía aburrirlo. Tras otro par de preguntas, de repente se apartó de mí y saltó para recoger una fruta de un árbol. Bajó un puñado de cáscaras espinosas y se puso a comer su contenido. Tomé nota, satisfecho, ya que, al menos, era una pista para encontrar alimentos. Probé a hacerle otras preguntas, pero su rápido parloteo a menudo poco tenía que ver con la cuestión que le planteaba. Algunas respuestas eran apropiadas, mientras que otras se asemejaban a las de un loro.

Estaba tan absorto en aquellas rarezas que apenas me percaté del camino. Al final llegamos a unos árboles carbonizados y marrones, y a un claro cubierto de una capa blanca amarillenta de la que surgía una nube de humo que irritaba la nariz y los ojos. A nuestra derecha, por encima de una roca desnuda, vi el pacífico azul del mar. El camino bajaba abruptamente y se metía en un estrecho barranco entre dos masas nudosas y derrumbadas de escoria negruzca. Por allí descendimos.

La oscuridad era extrema en aquel pasaje, después de la deslumbrante luz solar reflejada por el suelo sulfúreo. Las paredes eran cada vez más empinadas y se acercaban la una a la otra. Unas manchas verdes y escarlatas me flotaban en los ojos. Mi guía se detuvo en seco.

—Casa —dijo, y me encontré en el fondo de un abismo que, al principio, se me antojaba completamente oscuro.

Oí unos ruidos extraños y me llevé los nudillos de la mano izquierda a los ojos. Entonces noté un olor desagradable, como el de una jaula de monos sin limpiar. Más allá la roca se abría de nuevo en una gradual pendiente de verdor soleado y, a ambos lados, la luz entraba en la penumbra por un estrecho canal.

LOS PREDICADORES DE LA LEY

Entonces, algo frío me tocó la mano y di un respingo. Cerca de mí distinguí a una criatura rosácea que a lo que más se parecía era un niño despellejado. Aquel ser tenía los rasgos afables, aunque repulsivos, de un perezoso, la misma frente baja y los mismos gestos lentos. Cuando se me pasó la conmoción del cambio de luz, pude ver mejor lo que me rodeaba. La criaturita con forma de perezoso estaba de pie, mirándome. Mi guía había desaparecido.

El lugar era un estrecho pasadizo entre altas paredes de lava, una grieta en el suelo nudoso; a ambos lados unos montones entretejidos de briozoos, abanicos de hojas de palma y juncos se apoyaban en la roca y formaban unas toscas guaridas de impenetrable oscuridad. El serpenteante camino que ascendía por el barranco apenas tenía tres metros de ancho, y se veía desfigurado por acumulaciones de pulpa de fruta putrefacta y otros desechos, lo que explicaba el nauseabundo olor.

La pequeña criatura rosa en forma de perezoso todavía me miraba, parpadeando, cuando reapareció mi hombre simio en la abertura de la guarida más cercana y me llamó. Con el grito, un monstruo que se arrastraba por el suelo salió de otro lugar, un poco más arriba de aquella misma calle tan extraña, y se levantó para mirarme; su silueta sin rasgos distintivos se recortaba contra el exuberante verde. Vacilé (a punto de salir corriendo por donde había llegado), pero, decidido a seguir con la aventura, agarré bien mi palo por el centro y me arrastré al interior de aquel cobertizo apestoso detrás de mi guía.

Era un espacio semicircular, en forma de media colmena, y, contra la pared rocosa que formaba el interior, había una pila de fruta multicolor, cocos y demás. Por el suelo se veían algunos toscos recipientes de lava y madera, y uno de ellos descansaba en un basto taburete. No había fuego. En la esquina más oscura de aquella choza se sentaba una masa oscura que gruñó un saludo cuando entré, y mi hombre simio se puso a la tenue luz de la entrada y me ofreció medio coco mientras yo me arrastraba hacia el otro extremo y me agachaba. Lo acepté y empecé a roerlo con toda la serenidad posible, a pesar de mi tensa turbación y la estrechez, casi intolerable, del cubil. La criaturita rosa se puso en la abertura de la guarida, junto con otro ser, que asomó su soso rostro de ojos brillantes por encima de sus hombros.

—Hola —dijo el bulto misterioso del fondo.

—¡Es un hombre! ¡Es un hombre! —farfulló mi guía—. Un hombre, un hombre, un hombre vivo, como yo.

—¡Calla! —dijo la voz de la oscuridad, y gruñó.

Yo seguí royendo mi coco mientras se hacía un impresionante silencio. Escudriñé con insistencia la oscuridad, pero no distinguí nada.

—Es un hombre —repitió la voz—. ¿Viene a vivir con nosotros?

Era una voz marcada con un deje raro, una especie de silbido que me resultó peculiar, aunque el acento inglés era bastante acertado.

El hombre simio me miró como si esperase algo. Percibí que la pausa era una interrogación.

—Viene a vivir con vosotros —dije.

—Es un hombre, debe aprender la Ley.

Empezaba ya a distinguir una oscuridad más profunda dentro de la oscuridad, la vaga silueta de una figura encorvada. Entonces me percaté de que otras dos cabezas obstruían la entrada del lugar. Apreté más el palo. La criatura de la oscuridad repitió en voz más alta:

—Di las palabras.

Yo me había perdido su anterior comentario.

—No caminarás a cuatro patas, esa es la Ley —repitió, en una especie de cantinela.

Yo estaba desconcertado.

—Di las palabras —repitió el hombre simio, y las figuras de la puerta lo repitieron a su vez en tono amenazador.

Me di cuenta de que debía repetir aquella absurda fórmula. Y así dio comienzo la ceremonia más demencial que haya presenciado. La voz de la oscuridad recitó una loca letanía, verso a verso, y yo tuve que repetirla con los demás. Mientras las otras criaturas la repetían, se balanceaban de un lado a otro y se golpeaban las rodillas, así que seguí su ejemplo. No me habría costado imaginar que ya estaba muerto y en otro mundo. La cabaña oscura, aquellas grotescas figuras en la penumbra, iluminadas tan solo por alguna mota de luz, y todos balanceándose al unísono y cantando...

—No caminarás a cuatro patas, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

—No sorberás la bebida, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

—No comerás carne ni pescado, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

—No desgarrarás la corteza de los árboles, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

—No cazarás a otros hombres, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

Y de la prohibición de aquellas insensateces pasaron a la prohibición de lo que entonces se me antojaron las cosas más demenciales, imposibles e indecentes que se pudiera imaginar. Una especie de fervor rítmico se apoderó de nosotros; farfullábamos y nos balanceábamos cada vez más deprisa, repitiendo la asombrosa Ley. En cierto sentido, me veía contagiado de la energía de aquellos seres, aunque, en el fondo, estaba dividido entre la risa y el asco. Repasamos una larga lista de prohibiciones y después el cántico inició una nueva fórmula.

—Suya es la casa del dolor.

—Suya es la mano que crea.

—Suya es la mano que hiere.

—Suya es la mano que cura.

Y así siguió otra larga serie, casi todo ello un galimatías incomprensible, sobre Él, quienquiera que fuese. Era fácil creer que

se trataba de un sueño, pero nunca había oído cánticos en ningún sueño.

—Suyo es el relámpago —cantamos—. Suyo es el mar salado.

Entonces se me ocurrió la terrible idea de que Moreau, tras animalizar a aquellos hombres, había infectado sus empequeñecidos cerebros con una especie de deificación de sí mismo. No obstante, era demasiado consciente de sus blancos dientes y sus fuertes zarpas para dejar de cantar por ese motivo.

—Suyas son las estrellas del cielo.

Por fin acabó la canción. Vi que al hombre simio le brillaba el rostro de sudor, y, al haberse acostumbrado ya mis ojos a la oscuridad, también distinguí con mayor claridad la figura de la esquina, de donde procedía la voz. Tenía el tamaño de un hombre, aunque parecía cubierta de un pelo gris claro, similar al de un terrier de Skye. ¿Qué era? ¿Qué eran todos ellos? Imagínese el lector rodeado de los tullidos y maniacos más horrendos que se puedan concebir, y entonces comprenderá un poco cómo me sentía ante las grotescas caricaturas de la humanidad que me rodeaban.

—Es un hombre de cinco, un hombre de cinco, un hombre de cinco, como yo —dijo el hombre simio.

Levanté las manos. La criatura gris de la esquina se echó hacia delante.

—No correrás a cuatro patas, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres? —dijo.

Sacó una garra con una extraña deformidad y me cogió los dedos. Era como si la pezuña de un ciervo se hubiese transformado en zarpa. Estuve a punto de gritar de sorpresa y dolor. La criatura acercó el rostro y me examinó las uñas; cuando salió a la luz que entraba por la abertura de la cabaña, comprobé con un escalofrío de repugnancia que su cara no era ni de hombre ni de bestia, sino un simple revoltijo de pelo gris con tres arcos en sombra que marcaban la posición de ojos y boca.

—Tiene uñas pequeñas —dijo la espeluznante criatura desde su barba peluda—. Está bien. Muchos sufren de uñas grandes.

Dejó caer mi mano e, instintivamente, recogí el palo.

—Comeréis raíces y hierbas, esa es su voluntad —dijo el hombre simio.

—Yo soy el predicador de la Ley —dijo la figura gris—. Aquí vienen todos los nuevos a aprender la Ley. Me siento en la oscuridad y predico la Ley.

—Así es —intervino una de las bestias de la entrada.

—Cruels son los castigos para aquellos que incumplen la Ley. Nadie escapa.

—Nadie escapa —repitió el pueblo de las bestias, entre miradas furtivas.

—Nadie, nadie —dijo el hombre simio—. Nadie escapa. ¡Mira! Yo hice una cosa pequeña, una cosa mala, una vez. Farfullaba, farfullaba, dejé de hablar. Nadie me entendía. Me quemaron, me marcaron la mano. ¡Él es grande, él es bueno!

—Nadie escapa —dijo la criatura gris de la esquina.

—Nadie escapa —repitieron los demás, mirándose entre ellos de soslayo.

—Todos tenemos un deseo perverso —dijo el gris predicador de la Ley—. No sabemos cuál es el tuyo. Lo sabremos. Algunos quieren perseguir a las cosas que se mueven, vigilar, acechar, esperar y atacar, matar y morder, morder con fuerza y chupar la sangre... Eso está mal. «No cazarás a otros hombres, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres? No comerás carne ni pescado, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?».

—Nadie escapa —dijo una bestia pinta que estaba en la entrada.

—Todos tenemos un deseo perverso —dijo el gris predicador de la Ley—. Algunos quieren desgarrar con dientes y manos las raíces de las cosas, olisquear la tierra... Eso está mal.

—Nadie escapa —dijeron los de la entrada.

—Algunos arañan árboles, otros escarban en las tumbas de los muertos; algunos atacan con la frente, los pies o las garras; otros muerden de repente, sin previo aviso; algunos adoran la suciedad.

—Nadie escapa —dijo el hombre simio mientras se arañaba la pantorrilla.

—Nadie escapa —repitió la criaturita rosa con aspecto de perezoso.

—El castigo es duro e inevitable. Por lo tanto, aprended la Ley. Decid las palabras.

Y, de nuevo, el predicador de la Ley inició la extraña letanía de

la Ley, y de nuevo todos aquellos seres y yo empezamos a cantar y balancearnos. La cabeza me daba vueltas con el parloteo y el hedor del lugar, pero seguí adelante, confiado en que, al final, se me presentaría la oportunidad de cambiar la situación.

—No caminarás a cuatro patas, esa es la Ley. ¿Acaso no somos hombres?

Hacíamos tanto ruido que no me percaté del tumulto que se había formado en el exterior hasta que alguien, creo que uno de los dos hombres cerdo que había visto, metió la cabeza por encima de la de la criatura rosa y gritó, muy nervioso, algo que no entendí. Todos los de la puerta desaparecieron velozmente, mi hombre simio corrió afuera y la cosa sentada en la oscuridad lo siguió (solo logré ver que era grande y torpe, cubierta de pelo plateado), de modo que me quedé solo.

Entonces, antes de llegar a la abertura, oí el aullido de un perro.

Un segundo después estaba de pie en la entrada de la casucha, con el reposabrazos en la mano y todos los músculos del cuerpo temblando. Delante de mí tenía las torpes espaldas de aproximadamente una docena de aquellas criaturas animalizadas, con las cabezas deformes medio ocultas por los omóplatos. Gesticulaban con gran animación. Otros rostros medio animales miraban con aire curioso lo que había en el exterior de las casuchas. Al mirar en la misma dirección, vi que la figura oscura y la horrible cara blanca de Moreau se acercaban a través de la bruma bajo los árboles, camino del pasaje de chozas. El hombre contenía al perro de caza, que saltaba, y justo detrás de él venía Montgomery, revólver en mano.

Por un momento, el terror me paralizó.

Me volví y vi que los pasadizos que tenía detrás los bloqueaba otro bruto de gran tamaño con una enorme cara gris y ojillos relucientes que avanzaba hacia mí. Miré a mi alrededor y, a mi derecha, a unos diez metros de distancia, distinguí un estrecho hueco en la pared de roca por el que entraba un rayo de luz.

—¡Pare! —gritó Moreau cuando me dirigía a la grieta—. ¡Detenedlo!

Al oír aquello, primero una y después otra, las caras se volvieron hacia mí. Por fortuna, sus mentes animales eran lentas.

Golpeé con el hombro a un torpe monstruo que se volvía para averiguar a qué se refería Moreau y lo empujé con la intención de que chocara contra otro. Noté que agitaba las manos intentando agarrarme, sin éxito. La pequeña criatura rosa se abalanzó sobre mí, y yo le hice un corte en su fea cara con el clavo de mi palo. Un minuto después me encontraba subiendo por un empinado sendero, una especie de chimenea que salía del barranco. Oí un aullido detrás de mí y gritos de «¡Cogedlo!» y «¡Detenedlo!», y la criatura de cara gris apareció detrás de mí y su enorme cuerpo se atascó en la hendidura.

—¡Vamos, vamos! —gritaban.

Seguí trepando por la grieta rocosa y salí al azufre por el lado occidental de la aldea del pueblo de las bestias.

Corrí por el espacio blanco, cuesta abajo, a través de una zona poco arbolada, y llegué a un llano cañaveral. Lo crucé hasta acabar en unos oscuros y densos matorrales que se apreciaban negros y carnosos bajo los pies. Había sido una suerte dar con aquella grieta, ya que el estrecho camino que subía en pendiente tuvo que haber dificultado el paso a mis perseguidores más cercanos. Cuando me metía corriendo entre los juncos, el primero de ellos acababa de salir por el hueco. Me abrí paso entre la maleza unos minutos. No tardé en sentirme rodeado de un amenazador griterío. Oí el tumulto de mis perseguidores en el hueco, cuesta arriba, después me llegó el ruido de su avance entre los juncos, y, de vez en cuando, detectaba el crujido de una rama. Algunas de las criaturas rugían como depredadores nerviosos. El perro de caza aullaba a la izquierda. Oí a Moreau y a Montgomery gritar en la misma dirección. Di un brusco giro a la derecha. Me dio la impresión de que Montgomery me gritaba que corriera para salvar la vida.

De repente, los pies se me hundieron en el suelo, que se volvió espeso y enfangado; pero estaba desesperado, así que seguí adelante, con el limo hasta las rodillas, y así llegué a un sendero sinuoso que discurría entre altas cañas. El ruido de mis perseguidores pasó por mi izquierda. En cierto lugar, tres extraños animales saltarines de color rosa, del tamaño de un gato, huyeron dando brincos al oír mis pisadas. El sendero ascendía, cruzaba otro espacio abierto con costras blancas y descendía bruscamente de

nuevo hacia un cañaveral.

A partir de ahí, de pronto, se desviaba para ir paralelo al borde de una escarpada pared que apareció sin previo aviso, como el foso de un parque inglés. Yo iba todavía corriendo con todas mis fuerzas, así que no vi la caída hasta que me encontré volando por el aire.

Aterricé sobre los antebrazos y la cabeza, entre pinchos, y me levanté con la oreja desgarrada y la cara llena de sangre. Estaba en el fondo de un accidentado barranco rocoso y repleto de arbustos espinosos, cubierto por una niebla que me rodeaba formando nubecillas, y por cuyo centro fluía un estrecho riachuelo del que surgía dicha niebla. Me asombraba aquella fina bruma en un día tan soleado, pero no tenía tiempo de pararme a pensar en ello. Doblé a la derecha, río abajo, con la esperanza de dar con el mar en esa dirección, y así tener la posibilidad de ahogarme. No descubrí hasta más tarde que había perdido el palo en la caída.

En cierto punto el barranco se estrechaba durante un tramo, y yo me metí sin precaución alguna en el riachuelo. Salté fuera al momento, ya que el agua estaba casi hirviendo. También me di cuenta de que había una sulfurosa capa de suciedad flotando sobre sus aguas. Casi de inmediato llegué a un recodo del barranco y apareció el borroso horizonte azul. El sol se reflejaba en la miríada de facetas del ya cercano mar. Vi la muerte ante mí.

Sin embargo, tenía calor y jadeaba. También notaba algo más que una chispa de alegría por haber dejado atrás a mis perseguidores. No estaba de humor para ahogarme. La sangre me ardía demasiado en las venas.

Volví la vista atrás y agucé el oído. Salvo por el zumbido de los jejenes y el canto de algunos insectos pequeños que saltaban entre los espinos, no se oía absolutamente nada.

Entonces me llegó el ladrido de un perro, aunque muy lejano, acompañado de parloteos, el restallar de un látigo y voces de hombres. El ruido se acercaba y volvía a alejarse. Después retrocedió por el arroyo y se desvaneció. Durante un rato, la persecución se acabó.

Pero ya tenía claro que no cabía esperar mucha ayuda del pueblo de las bestias.

EL PARLAMENTO

Me volví de nuevo y descendí hacia el mar. Descubrí que el arroyo de aguas calientes se ensanchaba hasta dar a una zona poco profunda de arenas salpicadas de algas, de la que salieron corriendo a mi llegada multitud de cangrejos y criaturas de largos cuerpos y numerosas patas. Caminé hasta el mismo borde del agua salada y me sentí a salvo. Me volví con los brazos en jarras y me quedé mirando la espesura verde que tenía detrás y que el hirviente barranco cortaba como si fuese un humeante tajo. Sin embargo, como digo, estaba demasiado emocionado y demasiado desesperado para morir (una expresión que describe perfectamente la realidad, aunque los que no hayan conocido nunca el peligro lo duden).

Entonces se me ocurrió que todavía quedaba otra oportunidad. Mientras Moreau y Montgomery, junto con su chusma bestial, me perseguían por la isla, ¿no podría yo recorrer la playa hasta llegar a su recinto? De este modo los rodearía por el flanco y, tras sacar una roca suelta de su mal construido muro, quizá pudiera romper el candado de la puerta pequeña y ver lo que encontraba dentro (un cuchillo, una pistola, lo que fuera) para luchar contra ellos cuando regresaran. En cualquier caso, era una oportunidad para vender cara mi vida.

Así que me giré hacia el oeste y caminé por la orilla. La puesta de sol me cegaba con su calor. La sosegada marea del Pacífico entraba ya en la playa.

En aquel punto la orilla se alejó hacia el sur y el sol apareció a mano derecha, y, de repente, frente a mí, a lo lejos, vi que surgían

de los arbustos primero una figura y después otras: Moreau con su perro gris, seguido por Montgomery y otros dos. Al verlos me detuve.

Me descubrieron, y empezaron a gesticular y a avanzar. Contemplé su marcha. Los dos hombres bestia llegaron corriendo para cortarme el paso hacia la maleza del interior. Montgomery también llegó corriendo, pero iba directo hacia mí. Moreau lo seguía más despacio, con el perro.

Por fin desperté de mi parálisis y, girándome hacia el mar, me metí en el agua. Al principio era poco profunda. Estaba ya unos treinta metros mar adentro cuando las olas me alcanzaron la cintura. Podía entrever a las criaturas de la zona intermareal que nadaban velozmente para huir de mis pies.

—¿Qué hace, hombre? —gritó Montgomery.

Me volví, con el agua hasta la cintura, y los miré.

Montgomery se había detenido, jadeante, al borde del agua. Tenía la cara roja por el esfuerzo, y el largo cabello rubio le revoloteaba sobre la cabeza, mientras que el caído labio inferior dejaba al descubierto sus irregulares dientes. Moreau lo alcanzaba en aquellos momentos, pálido y firme, y el perro que llevaba de la correa me ladró. Ambos hombres tenían grandes látigos. Más allá, en la playa, nos observaban los hombres bestia.

—¿Que qué estoy haciendo? Voy a ahogarme —respondí.

Montgomery y Moreau se miraron el uno al otro.

—¿Por qué? —preguntó Moreau.

—Porque es mejor que la tortura.

—Se lo avisé —dijo Montgomery, y Moreau respondió algo en voz baja.

—¿Qué le hace pensar que lo voy a torturar? —preguntó Moreau.

—Lo que he visto y esos de ahí atrás.

—¡Chiss! —dijo Moreau, levantando la mano.

—No me callaré —respondí—. Antes eran hombres, ¿qué son ahora? No pienso acabar como ellos.

Miré por encima de mis interlocutores. En la playa estaban M'ling, el ayudante de Montgomery, y uno de los brutos cubiertos con ropajes blancos del bote. Un poco más allá, a la sombra de los

árboles, vi a mi pequeño hombre simio y, detrás de él, a otras figuras.

—¿Quiénes son esas criaturas? —dije, señalándolos y elevando la voz más y más para que me oyeran—. Eran hombres, hombres como ustedes, a los que han contaminado con alguna esencia animal, hombres esclavizados que los temen. Vosotros, que me escucháis —grité, señalando a Moreau y dirigiéndome a los seres animalizados—, ¡vosotros, que me escucháis!, ¿es que no veis que estos hombres todavía os tienen miedo, que los aterráis? ¿Por qué los teméis? Sois muchos...

—¡Por amor de Dios! —gritó Montgomery—. ¡Cállese, Prendick!

—¡Prendick! —gritó Moreau.

Los dos gritaron juntos, como si pretendieran ahogar mi voz. Y, detrás de ellos, los hombres bestia bajaron la cabeza, meditabundos, con las manos deformes colgando y los hombros encorvados. Entonces se me antojó que parecían intentar comprenderme, recordar algo de su pasado humano.

Seguí gritando, apenas recuerdo el qué. Que Moreau y Montgomery eran mortales; que no debían tenerles miedo: eso es lo que metí en la cabeza del pueblo de las bestias, y eso es lo que, al final, supuso mi perdición. Vi que el hombre de ojos verdes vestido con harapos, el que me había recibido la noche de mi llegada, salía de entre los árboles, y que otros lo seguían para oírme mejor.

Al cabo de un rato tuve que parar para recuperar el aliento.

—Escúcheme un momento —dijo la firme voz de Moreau—, y después diga lo que quiera.

—¿Y bien?

Tras toser y pensar un instante, gritó:

—¡Latín, Prendick! ¡Mal latín! ¡Latín de colegial! Pero intente entenderlo: *Hi non sunt homines, sunt animalia qui nos habemus...* viviseccionado. Un proceso humanizador. Se lo explicaré, venga a la orilla.

—Bonita historia —repuse entre risas—. Hablan, construyen casas, cocinan. Eran hombres. Es probable que el agua me devuelva a la orilla.

—Si avanza un poco más llegará a una zona muy profunda... e infestada de tiburones.

—Es mi decisión. Rápido y definitivo. Ahora mismo.

—Espere un minuto —dijo, y sacó algo del bolsillo que brilló bajo el sol antes de tirarlo a sus pies—. Es un revólver cargado —explicó—. Montgomery hará lo mismo. Ahora vamos a retroceder por la playa hasta que usted considere que nos encontramos a una distancia segura. Entonces podrá salir y recoger los revólveres.

—No. Tienen otra arma.

—Quiero que piense bien en esto, Prendick. En primer lugar, nunca le pedimos que viniera a la isla. En segundo lugar, anoche estuvo drogado, así que podríamos haberlo lastimado de haber querido. Y, por último, ahora que se le ha pasado el pánico inicial y es capaz de pensar un poco, ¿de verdad cree que Montgomery es como se imagina? Lo hemos perseguido por su propio bien. Porque esta isla está llena de... fenómenos hostiles. ¿Para qué le íbamos a disparar cuando acaba de ofrecerse a ahogarse usted mismo?

—¿Por qué envió a su... gente a por mí cuando estaba en la choza?

—Estábamos seguros de que podríamos atraparlo y ponerlo a salvo. Después nos apartamos de su rastro... por su propio bien.

Reflexioné. Parecía posible. Súbitamente volví a recordar algo.

—Pero vi... en el recinto...

—Era el puma.

—Mire, Prendick —dijo Montgomery—, es usted un cretino. Salga del agua, coja esos revólveres y hablemos. No podremos hacer más de lo que podemos hacer ahora.

Confesaré que entonces, y en todo momento, de hecho, desconfiaba de Moreau y lo temía. Sin embargo, Montgomery era un hombre al que creía comprender.

—Retrocedan por la playa —dije, tras pensarlo. Y añadí—: Con las manos en alto.

—No puedo hacer eso —respondió Montgomery, señalando con la cabeza detrás de él—. Sería poco digno.

—Pues vayan hasta los árboles, como prefieran.

—Es una ceremonia estúpida —dijo Montgomery.

Ambos dieron media vuelta y quedaron frente a las siete grotescas criaturas que esperaban a la luz del sol, proyectando sombras sólidas, moviéndose, pero, a la par, increíblemente irreales.

Montgomery restalló el látigo en su dirección, y todos salieron corriendo en estampida hacia los árboles. Cuando Montgomery y Moreau estuvieron a una distancia que juzgué adecuada, volví a la orilla, recogí los revólveres y los examiné. Para quedar convencido de que no me encontraba ante ningún engaño, vacié el cargador de uno contra un trozo redondo de lava y comprobé, satisfecho, que la piedra se pulverizaba y el plomo salpicaba la playa.

Aun así, vacilé un instante.

—Correré el riesgo —dije al fin, y, con un revólver en cada mano, caminé por la playa hacia ellos.

—Eso está mejor —comentó Moreau, sin remilgos—. Ya he perdido la mayor parte del día por culpa de su condenado pánico.

Y con un aire de desprecio que me humilló, Montgomery y él me dieron la espalda e iniciaron el regreso en absoluto silencio.

El grupo de hombres bestia, todavía meditabundo, se quedó entre los árboles. Pasé junto a ellos con toda la serenidad posible. Uno intentó seguirme, pero retrocedió cuando Montgomery hizo restallar el látigo. El resto guardó silencio, observando. Puede que, en algún momento, hubiesen sido animales, pero nunca había visto a un animal que intentara pensar.

LA EXPLICACIÓN DEL DOCTOR MOREAU

—Y ahora, Prendick, se lo explicaré —dijo el doctor Moreau en cuanto hubimos comido y bebido—. Debo confesarle que nunca había atendido a un huésped tan dictatorial como usted. Le advierto que este es el último favor que le hago. La próxima vez que amenace con suicidarse si no satisfago sus demandas, no le haré caso, aunque me suponga algún inconveniente personal.

Se sentó en mi tumbona con un puro a medio consumir entre los blancos y ágiles dedos. La luz de la lámpara que se balanceaba sobre nosotros caía sobre su canoso pelo; él miraba las estrellas por la ventanita. Me senté lo más lejos posible del doctor, con la mesa entre nosotros y los revólveres a mano. Montgomery no estaba presente, ya que yo todavía no estaba dispuesto a compartir con ambos una habitación tan pequeña.

—¿Reconoce que el ser humano al que viviseccionaba, según usted, es, al fin y al cabo, el puma? —dijo Moreau; me había obligado a visitar el horror de la habitación interior para que comprobase su inhumanidad.

—Es el puma —respondí—, todavía vivo, pero cortado y mutilado como espero no volver a ver jamás a ningún ser vivo. De todas las crueldades...

—Déjelo ya —me interrumpió Moreau—. Al menos, ahórreme sus terrores juveniles. Montgomery antes era igual. Reconoce que es el puma; ahora cállese mientras le recito de un tirón mi clase de fisiología.

Dicho lo cual, primero en el tono de un hombre soberanamente

aburrido, pero animándose un poco al final, me explicó su trabajo. Usó términos sencillos y convincentes y, de vez en cuando, añadió una nota de sarcasmo. Acabé rojo de vergüenza al percatarme de la posición en la que nos encontrábamos.

Las criaturas que había visto no eran hombres, nunca habían sido hombres. Eran animales, animales humanizados, triunfos de la vivisección.

—Se le olvida lo que un vivisector experto es capaz de hacer con organismos vivos —dijo Moreau—. En lo que a mí respecta, me sorprende que lo que he hecho aquí no se haya hecho antes. Obviamente, se han realizado pequeños intentos: amputaciones, cortes de lenguas, escisiones, etcétera. Imagino que sabrá que el estrabismo puede provocarse o curarse mediante cirugía, ¿verdad? Pues en el caso de las escisiones se obtienen todo tipo de cambios secundarios, alteraciones en la pigmentación, modificación de las pasiones, variaciones en la secreción de tejido adiposo... No me cabe duda de que habrá oído hablar de ello, ¿no es así?

—Por supuesto, pero esas repugnantes criaturas tuyas...

—Todo a su debido tiempo —respondió, agitando la mano—. Acabo de empezar. Todas estas son alteraciones triviales. La cirugía puede hacer cosas mejores. Se puede desarrollar, además de romper y cambiar. Quizá haya oído hablar de la operación quirúrgica a la que se recurre en casos en los que la nariz ha quedado destrozada. Se corta una lámina de piel de la frente, se coloca sobre la nariz y se injerta en la nueva posición. Se trata de injertar una parte de un animal en otra parte del mismo animal. También se puede injertar material recién obtenido de otro animal, por ejemplo, dientes. Los injertos de piel y de hueso se hacen para facilitar la curación. El cirujano coloca en el centro de la herida trozos de piel cortada de otro animal o fragmentos de hueso de una víctima que acaba de morir. El espolón de gallo de Hunter (es posible que conozca la historia) floreció en el cuello de un toro. Y también hay que recordar las ratas rinoceronte de los zuavos de Argelia: monstruos fabricados transfiriendo una tira de la cola de una rata normal a su hocico y dejando que se injerte en dicha posición.

—¡Monstruos fabricados! —exclamé—. Entonces, pretende decirme...

—Sí, las criaturas que ha visto son animales esculpidos y forjados para adquirir nuevas formas. A eso he dedicado mi vida, al estudio de la plasticidad de los seres vivos. Llevo muchos años de estudio, reuniendo conocimientos sobre la marcha. Veo que parece horrorizado, aunque no le cuento nada nuevo. Era un tema latente en la anatomía práctica desde hacía años, pero nadie había demostrado el coraje necesario para abordarlo. No es simplemente la forma exterior del animal lo que cambio. También la fisiología, el ritmo químico de la criatura, puede sufrir una modificación permanente, y sin duda estará usted familiarizado con ejemplos de esto, como son la vacunación y otros métodos de inoculación de materia viva o muerta. Una operación similar es la transfusión de sangre, que fue con lo que empecé, de hecho. Son todos casos conocidos. Menos conocidas, y probablemente más habituales, son las operaciones de los médicos medievales, que crearon enanos, mendigos tullidos y fenómenos para el espectáculo; los vestigios de ese arte permanecen en la manipulación preliminar de los jóvenes saltimbanquis o contorsionistas. Victor Hugo habla de ellos en *L'Homme qui Rit...* Pero puede que ya vea claro lo que intento decirle. ¿Empieza a comprender que es posible trasplantar tejido de una parte de un animal a otra o de un animal a otro, alterar sus reacciones químicas y métodos de crecimiento, modificar la articulación de las extremidades y cambiar su estructura más íntima?

»A pesar de todo, los investigadores modernos nunca habían considerado esta extraordinaria rama del conocimiento como un fin en sí mismo, ni la habían tratado de manera sistemática, ¡hasta que lo hice yo! Algunos de estos procedimientos se han descubierto como último recurso de la cirugía; casi todos los usos similares que le vendrán a la mente se han demostrado, de forma accidental, como quien dice, por tiranos, criminales, criadores de caballos y perros, por todo tipo de hombres ignorantes de manos torpes que trabajaban en beneficio propio e inmediato. Yo fui el primero que se enfrentó a estos interrogantes armado con la cirugía antiséptica y con unos conocimientos científicos reales sobre las leyes del crecimiento.

»Sin embargo, cabría imaginar que antes se practicara en

secreto. Criaturas como los hermanos siameses... Y en las cámaras de la Inquisición. No cabe duda de que su principal objetivo era la tortura artística, pero algunos inquisidores, al menos, tuvieron que poseer un ápice de curiosidad científica...

—Pero estas criaturas... ¡Estos animales hablan!

Él me lo confirmó y procedió a señalar que las posibilidades de la vivisección no se limitaban a la mera metamorfosis física. Se puede educar a un cerdo. La estructura mental está aún menos delimitada que la corporal. La floreciente ciencia del hipnotismo parece albergar la posibilidad de sustituir los instintos inherentes por nuevas sugerencias, que se injertarían sobre las antiguas ideas fijas o las reemplazarían. En realidad, gran parte de lo que llamamos educación moral es una modificación y una perversión artificiales del instinto; la beligerancia se doma para transformarla en valeroso espíritu de renuncia, y la sexualidad reprimida, en emoción religiosa. Y la gran diferencia entre el hombre y el mono radica en la laringe, según dijo, en la incapacidad de articular delicados símbolos de sonido que sustenten el pensamiento. En este punto mostré mi desacuerdo, pero Moreau, con cierta descortesía, decidió hacer caso omiso de mi objeción. Repitió que el asunto funcionaba así y siguió hablando sobre su trabajo.

Sin embargo, le pregunté por qué había adoptado la forma humana como modelo. Por aquel entonces pensaba, y sigo haciéndolo, que la elección encerraba una extraña maldad.

Confesó que la había elegido por casualidad.

—De igual modo podría haber transformado ovejas en llamas y llamas en ovejas. Supongo que la forma humana resulta más atractiva para la mente artística que la de cualquier otro animal, pero no me he limitado a fabricar hombres. En un par de ocasiones... —Guardó silencio, puede que un minuto—. ¡Son tantos años! ¡Qué deprisa han pasado! Y aquí estoy, ¡perdiendo un día por salvarle la vida y una hora para darle explicaciones!

—Aun así, sigo sin entenderlo. ¿Cómo justifica todo este dolor? A mi modo de ver, lo único que podría excusar la vivisección es una aplicación...

—Justamente, pero ya ve que yo estoy hecho de otra pasta. Nos encontramos en tribunas distintas. Usted es un materialista.

—Yo no soy un materialista —repuse con vehemencia.

—Desde mi punto de vista, desde mi punto de vista. Pues lo que nos separa es una cuestión de dolor. Mientras el dolor visible o audible lo enferme, mientras sea su propio dolor lo que lo motive, mientras el dolor subyazca en sus ideas sobre el pecado, mientras sea así, como le digo, será usted un animal, no pensará con mucha más claridad de lo que un animal siente. Ese dolor...

Me encogí de hombros, impaciente, ante aquella sofistería.

—¡Ah, pero es una minucia! —insistió—. Una mente realmente abierta a las enseñanzas científicas debe comprender que es una minucia. Puede que, salvo en este pequeño planeta, en esta mota de polvo cósmico, que será invisible mucho antes de que se alcance la estrella más cercana, puede ser, digo, que en ningún otro lugar salvo este planeta exista algo llamado dolor. Pero las leyes hacia las que nos dirigimos a tientas... En fin, aunque sea solo en esta tierra, aunque sea solo entre los seres vivos, ¿qué dolor sufrimos exactamente?

Mientras hablaba se sacó del bolsillo una navajita, abrió la hoja y movió la silla para que le viera el muslo. Después, tras escoger un punto concreto, se clavó la hoja en la pierna y la sacó.

—Sin duda habrá visto hacer esto alguna vez. No duele más que un alfilerazo. Pero ¿qué nos demuestra esto? La capacidad de sentir dolor no es necesaria en el músculo, así que no contamos con ella en dicho lugar; tampoco se necesita demasiado en la piel, y solo en ciertos puntos del muslo somos capaces de sentirlo. El dolor es, simplemente, nuestro asesor médico intrínseco, que nos advierte y estimula. No toda la carne viva sufre, ni todos los nervios, ni siquiera todos los nervios sensoriales. No hay ni rastro de dolor, de dolor real, en las sensaciones del nervio óptico. Si sufre una herida en dicho nervio, solo verá relámpagos de luz, del mismo modo que una enfermedad del nervio auditivo simplemente aparece como un zumbido en los oídos. Las plantas no sienten dolor; los animales inferiores... Es posible que animales tales como la estrella de mar o la langosta no sientan dolor. En cuanto a los hombres, cuanto más inteligentes son, más inteligentemente procurarán su propio bienestar y menos necesitarán que los aguijoneen para alejarlos del peligro. Todavía no he oído hablar de una característica inútil que

no haya desaparecido tarde o temprano gracias a la evolución. ¿Y usted? Y el dolor se hace innecesario.

»Soy un hombre religioso, Prendick, como debe ser todo hombre cuerdo. Quizá crea haber entendido mejor que usted los caminos del Hacedor de este mundo, ya que llevo toda la vida empeñado en descubrir sus leyes, a mi manera, mientras que usted, por lo que tengo entendido, se ha dedicado a coleccionar mariposas. Y le digo que el placer y el dolor no tienen nada que ver con el cielo y el infierno. Placer y dolor, ¡bah! ¿Qué es su éxtasis de teólogo sino las huríes de Mahoma en la oscuridad? Lo que mantiene a hombres y mujeres centrados en el placer y el dolor, Prendick, es la marca de la bestia, la marca del animal del que surgieron. ¡El dolor! El dolor y el placer... solo nos corresponden mientras nos revolquemos en el polvo...

»Verá, me dejé llevar por el camino que me marcaba la investigación. Es la única forma que conozco de proceder en este campo. Me hacía una pregunta, diseñaba un método para contestarla y obtenía... una nueva pregunta. ¿Era tal o cual cosa posible? No se imagina lo que significa eso para un investigador, la pasión intelectual que lo abrumba. No se imagina el extraño gozo incoloro de estos deseos intelectuales. Lo que se tiene delante ya no es un animal, una criatura hermana, sino un problema. El dolor por compasión... Solo recuerdo que se trataba de algo que sufría hace años. Quería (es lo único que quería) descubrir el límite último de la plasticidad de la forma viva.

—Pero es una abominación...

—Hasta ahora no me había preocupado por la ética del asunto. El estudio de la naturaleza consigue por fin que el hombre sea tan despiadado como la naturaleza. He seguido adelante sin preocuparme jamás por nada que no fuera la pregunta cuya respuesta perseguía, y el material ha ido... cayendo en las chozas de ahí fuera... Hace ya casi once años que llegué a la isla con Montgomery y seis canacos. Recuerdo como si fuese ayer la verde quietud de la isla y el océano vacío que nos rodeaba. El lugar parecía esperarme.

»Descargamos las provisiones y construimos la casa. Los canacos se fabricaron unas chozas cerca del barranco. Me puse a trabajar

aquí con lo que traía conmigo. Al principio pasaron algunas cosas desagradables. Empecé con una oveja, pero la maté al cabo de día y medio por un error con el escalpelo; cogí otra oveja y la convertí en una criatura de dolor y miedo antes de dejarla atada para que se curase. Me parecía humana al terminar, pero cuando me acerqué de nuevo a ella no me sentí satisfecho; la criatura se acordaba de mí y me tenía un miedo inimaginable, aparte de seguir teniendo la inteligencia de una oveja. Cuanto más la miraba, más torpe me parecía, hasta que, al fin, libré al monstruo de su miseria. Estos animales sin coraje, estas criaturas impulsadas por el miedo y el dolor, sin una chispa de energía beligerante con la que enfrentarse al tormento, no son válidas para la creación de seres humanos.

»Entonces me puse a trabajar con infinito cuidado en un gorila que habíamos traído y, superando una dificultad tras otra, fabriqué a mi primer hombre. Lo moldeé toda la semana, noche y día. Con él tuve que concentrarme más en el cerebro; había mucho que añadir, mucho que cambiar. Me pareció un buen espécimen del tipo negroide cuando terminé con él y lo tuve vendado, atado e inmóvil ante mí. Tras asegurarme de que estaba a salvo, entré en la habitación y me encontré a Montgomery en el mismo estado en el que se encuentra usted ahora. Había oído algunos de los gritos de la criatura al hacerse humana, lamentos como los que lo perturbaron tanto a usted, Prendick. Al principio no se lo confié todo. Y los canacos también habían oído parte del proceso. Se morían de puro miedo al verme. Conseguí convencer a Montgomery, en cierto modo, pero a ambos nos costó sobremanera evitar que los canacos huyeran. Al final lo lograron, y así fue como perdimos el velero. Pasé muchos días educando al bruto; en total, lo tuve a mi cuidado tres o cuatro meses. Le enseñé los rudimentos del idioma y de los números, e incluso a leer el alfabeto. Era lento, aunque he conocido a idiotas más lentos. Empezó de cero, mentalmente hablando; no le quedaban recuerdos de lo que había sido. Cuando se le curaron las cicatrices y solo se sentía algo rígido y dolorido, cuando ya era capaz de conversar un poco, lo llevé a las chozas y lo presenté a los canacos como si fuera un interesante polizón.

»Al principio le tenían un miedo horrible, cosa que me ofendió bastante, porque estaba muy orgulloso de él, pero sus modales eran

tan afables y era una criatura tan sumisa que, al cabo de un tiempo, lo recibieron y se hicieron cargo de su educación. Aprendía deprisa, imitaba y se adaptaba, y llegó a construirse una casucha que, en mi opinión, era mejor que las chabolas de los canacos. Uno de los chicos, una especie de misionero, le enseñó a leer o, al menos, a distinguir las letras, y le proporcionó unas ideas rudimentarias sobre moralidad, aunque, al parecer, los hábitos del animal no eran los deseables.

»Descansé del trabajo durante unos días, y estaba decidido a redactar un informe sobre lo acontecido para despertar la fisiología inglesa. Entonces me encontré a la criatura en cuclillas junto a un árbol, farfullando delante de dos canacos que se habían reído de él. Lo amenacé, le dije que tal comportamiento no era humano, desperté en él un sentimiento de vergüenza y regresé aquí dispuesto a mejorar mi trabajo antes de llevarlo a Inglaterra. He progresado, pero, por algún motivo que aún desconozco, las criaturas acaban sufriendo regresiones, la tozuda carne animal crece de nuevo, día tras día... Pretendo mejorar aún más. Venceré. Este puma...

»Pero esa es la historia. Todos los canacos están muertos. Uno cayó por la borda de la lancha y otro murió por culpa de una herida en el talón que se infectó al intentar curarla con el jugo de alguna planta. Tres huyeron en el velero, y supongo que se ahogarían, o eso espero. Al último... lo mataron. Bueno, ya los he reemplazado. La actitud de Montgomery al principio fue muy parecida a la suya, pero después...

—¿Qué le pasó al último? —pregunté bruscamente—. ¿Al canaco al que mataron?

—Lo cierto es que, después de fabricar algunas criaturas humanas hice otra... —empezó, vacilante.

—¿Sí?

—La matamos.

—No lo entiendo —dije—. ¿Quiere decir que...?

—Mató al canaco, sí. Cazó y mató otras muchas cosas. Lo perseguimos durante un par de días. Se escapó por accidente... Nunca fue mi intención soltarlo, no estaba terminado. No era más que un experimento. Se trataba de un ser sin extremidades, de rostro horrendo, que se arrastraba por el suelo como una serpiente.

Tenía una fuerza descomunal y sufría un dolor desquiciante; se desplazaba a gran velocidad, bamboleándose, igual que nadan las marsopas. Se escondió en los bosques durante unos días sembrando el terror a su paso hasta que iniciamos la caza; después se arrastró hacia el norte de la isla, así que dividimos la partida para rodearlo. Montgomery insistió en ir conmigo. El canaco tenía un fusil y, cuando encontramos el cadáver, uno de los cañones estaba retorcido, formando una ese, y había estado a punto de atravesarlo con los dientes... Montgomery le pegó un tiro a la criatura... Después de eso me limité al ideal de humanidad, salvo para criaturas pequeñas.

Guardó silencio, y yo hice lo propio, observándolo.

—Así que llevo trabajando veinte años en total, contando los nueve de Inglaterra, y todavía hay algo en mi tarea que me reta, que me deja insatisfecho, que me desafía a esforzarme más. Unas veces me crezco, otras no doy la talla, pero siempre me quedo a poca distancia de alcanzar mi sueño. La forma humana ya la obtengo casi con facilidad, de modo que sea esbelta y grácil o robusta y fuerte, pero a menudo tengo problemas con las manos y las garras; son zonas dolorosas que no me atrevo a modelar con demasiada libertad. Sin embargo, mi principal problema reside en los sutiles injertos y modificaciones del cerebro. La inteligencia es, a menudo, curiosamente reducida, con incomprensibles lapsos e inesperadas lagunas. Y lo menos satisfactorio de todo es algo que no alcanzo a tocar, en alguna parte (no sé determinar su ubicación) de las emociones. Ansias, instintos, deseos que deterioran la humanidad, una extraña reserva oculta que se desborda de repente e inunda toda la existencia de la criatura de rabia, odio o miedo.

»Estas criaturas mías le resultaron extrañas y misteriosas en cuanto les puso los ojos encima, pero para mí, justo después de acabarlas, su humanidad es indiscutible. Hasta más tarde, al observarlos, la ilusión no se desvanece. Asoman a la superficie uno tras otro los rasgos animales y me miran desde allí... Pero venceré. Cada vez que introduzco una criatura viva en mi baño de ardiente dolor, me digo: “Esta vez reduciré a cenizas al animal, esta vez crearé a mi propio ser racional”. Al fin y al cabo, ¿qué son diez años? El hombre ha tardado cien mil en hacerse.

»Estoy a punto de ganar la batalla. Esta hembra de puma mía... —dijo en tono lúgubre—. Y el proceso se invierte —añadió al cabo de un momento de silencio—. En cuanto aparto las manos, la bestia inicia el camino de regreso, empieza a imponerse de nuevo...

Otra larga pausa.

—Entonces, ¿después lleva a las criaturas a esos cubiles? —pregunté.

—Se van ellos. Los echo cuando empiezo a notar que regresa la bestia y, al final, acaban yendo allí. Todos temen esta casa y me temen a mí. Allí han construido una parodia de la humanidad. Montgomery lo sabe, ya que se entromete en sus asuntos. Ha entrenado a un par de ellos para que entren a nuestro servicio. Se avergüenza, pero creo que aprecia un poco a algunas de estas bestias. Es asunto suyo, no mío. Me asquean porque me recuerdan mi fracaso. No me interesan. Supongo que siguen las pautas marcadas por el misionero canaco y disfrutan de una especie de burla de la vida racional... ¡Pobres bestias! Tienen algo a lo que llaman la Ley. Cantan himnos sobre «Él». Se construyen guaridas, recolectan frutas y hierbas, incluso se casan. Sin embargo, yo puedo ver lo que ocultan, puedo leer en sus almas y allí no veo más que almas de bestias, bestias que mueren; veo rabia y el deseo de vivir y satisfacerse... No obstante, son extrañas. Complejas, como todo ser vivo. En ellos hay una especie de voluntad de crecer, parte vanidad, parte emoción sexual yerma, parte curiosidad yerma. Es como si se rieran de mí. Tengo puestas mis esperanzas en esa hembra de puma; me he esforzado mucho con su cabeza y su cerebro...

»Y ahora —añadió, levantándose tras una larga pausa durante la cual ambos nos quedamos absortos en nuestros propios pensamientos—, ¿qué piensa? ¿Todavía me teme?

Lo miré y no vi más que un hombre de cara y pelo blancos, y ojos tranquilos. Salvo por su serenidad, por aquel aire rayano en la belleza que se desprendía de su inflexible calma y su espléndido físico, podría haber pasado inadvertido entre otros cien ancianos caballeros acomodados. Entonces me estremecí. A modo de respuesta a su segunda pregunta, le entregué un revólver con cada mano.

—Guárdeselos —respondió, reprimiendo un bostezo; se levantó,

se me quedó mirando un momento y sonrió—. Han sido dos días muy accidentados para usted. Le recomiendo que duerma un poco. Me alegro de haberlo dejado todo claro. Buenas noches.

Me estudió otro instante y se fue por la puerta interior. En cuanto desapareció, giré la llave de la puerta exterior.

Me senté de nuevo, como si estuviera estancado, tan cansado emocional, mental y físicamente que me veía incapaz de reflexionar sobre lo que me había contado. La negra ventana me contemplaba como un ojo. Por fin, con un último esfuerzo, apagué la lámpara y me subí a la hamaca. No tardé en quedarme dormido.

SOBRE EL PUEBLO DE LAS BESTIAS

Me desperté temprano. Desde el momento en que abrí los ojos tuve muy presente la explicación de Moreau, clara y evidente. Me bajé de la hamaca y me dirigí a la puerta para asegurarme de que la llave estaba echada. Después probé a tirar del barrote de la ventana y verifiqué que estaba bien colocado. Que aquellas criaturas con aspecto humano no fuesen en realidad más que monstruos bestiales, grotescas parodias de hombres, me llenaba de incertidumbre sobre lo que podían hacer, y aquello era mucho peor que cualquier miedo concreto. Alguien llamó a la puerta y, al oír el glutinoso acento de M'ling, me guardé uno de los revólveres en el bolsillo (sin apartar de él la mano) y abrí.

—Buenos días, señor —me dijo; además del acostumbrado desayuno de hierbas, me traía un conejo mal cocinado.

Detrás de él llegó Montgomery, que notó la postura de mi brazo y esbozó una sonrisa torcida.

Aquel día, el puma descansaba para que se le curasen las heridas; no se unió a nosotros. Hablé con Montgomery para aclararme las ideas sobre el modo de vida del pueblo de las bestias. En concreto, me urgía saber cómo evitaban Moreau y Montgomery que aquellos monstruos inhumanos les cayeran encima, y cómo impedían que se destrozaran entre ellos.

Me explicó que su relativa seguridad se debía al limitado alcance mental de los monstruos. A pesar de que su inteligencia había aumentado y a pesar de la tendencia de sus instintos animales a reaparecer, tenían ciertas ideas fijas en sus mentes, implantadas por

Moreau, que condicionaban por completo su imaginación. Estaban realmente hipnotizados, se les había dicho que algunas cosas eran imposibles y que otras tantas no debían hacerse, y dichas prohibiciones estaban incrustadas en sus tejidos cerebrales, de modo que se eliminaba la posibilidad de desobediencia o disputa. Sin embargo, ciertos asuntos en los que el viejo instinto entraba en conflicto con la conveniencia de Moreau eran menos estables. Una serie de prohibiciones, llamadas la Ley (la que yo había oído recitar), batallaban en sus mentes contra las arraigadas ansias de rebeldía de su naturaleza animal. Según descubrí, se pasaban la vida repitiendo aquella Ley e... incumpléndola. Tanto Montgomery como Moreau procuraban por todos los medios que permanecieran ignorantes del sabor de la sangre. Temían las inevitables implicaciones de aquel sabor.

Montgomery me contó que, por algún extraño motivo, los efectos de la Ley, sobre todo entre los monstruos felinos, se debilitaban al caer la noche; que, a esas horas, el animal se encontraba en su punto más fuerte. En el crepúsculo se apoderaba de ellos un espíritu de aventura y se atrevían a hacer cosas que jamás habrían soñado realizar de día. A eso se debía el acecho al que me había sometido el hombre leopardo la noche de mi llegada. Sin embargo, durante los primeros días de mi estancia, solo rompían la Ley de manera furtiva y al caer la oscuridad; a la luz del día había una atmósfera general de respeto por las variopintas prohibiciones.

Llegados a este punto, quizá debiera ofrecer algunos datos generales sobre la isla y el pueblo de las bestias. La isla, un terreno llano de perfil irregular que se extendía sobre el ancho mar, tenía una extensión total, supongo, de unos veinte kilómetros cuadrados. Era de origen volcánico y se encontraba rodeada de arrecifes de coral por tres de sus lados. Los únicos vestigios de las fuerzas que la habían creado tiempo atrás eran unas cuantas fumarolas al norte y unas aguas termales. De vez en cuando se percibía un leve temblor de tierra y, en ocasiones, de la espiral de humo ascendente se arremolinaba por culpa de las ráfagas de vapor. Pero eso era todo. La población de la isla, según me informó Montgomery, la componían ya más de sesenta de las extrañas creaciones del arte de

Moreau, sin contar las monstruosidades menores que vivían entre la maleza y carecían de forma humana. Moreau habría producido, en conjunto, casi ciento veinte criaturas, aunque muchas habían perecido; y otras, como la cosa sin pies que se arrastraba por el suelo y de la que él me había hablado, habían conocido un final violento. En respuesta a mis preguntas, Montgomery me dijo que, en ocasiones, se reproducían, pero que su descendencia solía morir. No había pruebas de que heredaran las características humanas adquiridas. Si vivían, Moreau se las llevaba para marcarlas con la forma humana. Las hembras eran menos numerosas que los machos, y era más probable que fuesen objeto de persecuciones furtivas, a pesar de la monogamia que imponía la Ley.

Me resultaría imposible describir al pueblo de las bestias en detalle (no estoy acostumbrado a fijarme en esas cosas) y, por desgracia, no sé dibujar. Quizá lo más llamativo de su aspecto general fuera la desproporción entre las piernas y la longitud de su cuerpo; sin embargo (tan relativa es nuestra idea de la elegancia), me acostumbré a sus formas y, al final, incluso llegué a convencerme de que mis propios muslos eran desgarrados. Otro detalle que llamaba la atención era la inclinación de la cabeza, la torpe e inhumana curvatura de la columna. Ni siquiera el hombre simio lucía esa sinuosa curva hacia el interior que aporta tanta elegancia a la figura humana. La mayoría de ellos tenía los hombros encorvados, y los cortos antebrazos les colgaban sin más junto a los costados. Había pocos que fueran muy peludos, al menos hasta el final de mi estancia en la isla.

Otra deformidad que resultaba muy notable era la de sus rostros, ya que casi todos eran prognatos, deformes en las orejas, con narices grandes y protuberantes, con mucho vello o con vello hirsuto, y a menudo presentaban coloraciones extrañas o una rara disposición de los ojos. Ninguno era capaz de sonreír, aunque el hombre simio esbozaba una mueca sin alegría. Aparte de estos rasgos generales, sus cabezas tenían poco en común; todos conservaban las características de su especie concreta: la marca humana distorsionaba, pero no escondía, al leopardo, al buey, a la cerda o a cualquier otro animal o animales a partir de los cuales se hubiera moldeado a la criatura. También existía una amplia

variedad de voces. Las manos siempre estaban deformadas, y, aunque algunas me sorprendían por su excepcional humanidad, casi todas carecían de algún dedo, tenían unas uñas que las hacían torpes o no demostraban ninguna sensibilidad táctil.

Los dos hombres bestia más formidables eran el hombre leopardo y una criatura mezcla de hiena y cerdo. De mayor tamaño que estos eran las tres criaturas creadas a partir de toros, que eran las que habían llevado la barca a tierra. Después estaba el hombre de pelo plateado, que era el predicador de la Ley, M'ling y una criatura con aspecto de sátiro, combinación de mono y cabra. Había tres hombres cerdo y una mujer cerdo, una criatura compuesta de caballo y rinoceronte, y otras hembras cuyas fuentes no logré discernir. También contábamos con varias criaturas lobo, un oso toro y un hombre San Bernardo. Ya he descrito al hombre simio, y conocí a una anciana particularmente odiosa (y hedionda), mezcla de zorra y osa, a la que odié desde el principio. Se decía que era una apasionada devota de la Ley. Las criaturas más pequeñas eran algunos jóvenes moteados y mi criaturita con aspecto de perezoso.

Al principio, los brutos me daban escalofríos, era demasiado consciente de que seguían siendo bestias, pero, sin apenas darme cuenta, empecé a habituarme a su existencia y, además, me afectó la actitud de Montgomery para con ellos. Los conocía desde hacía tanto tiempo que casi los trataba como a seres humanos normales; sus días de Londres le parecían proceder de un pasado gloriosamente imposible. Solo una vez al año, aproximadamente, viajaba a Arica para tratar con el agente de Moreau, un comerciante de animales de la zona. No se podía decir que alternara con los mejores especímenes de la raza humana en aquella aldea marinera plagada de mestizos españoles. La tripulación del barco, según me contó, al principio se le antojaba tan extraña como a mí los hombres bestia: de piernas anormalmente largas, caras planas, frentes prominentes, y actitud suspicaz, peligrosa y despiadada. De hecho, no le gustaban los hombres. Creía que disfrutaba más de mi compañía porque me había salvado la vida.

Ya entonces me percaté del secreto cariño que le inspiraban algunas de aquellas bestias metamorfoseadas, de la malsana comprensión que demostraba por algunas de sus costumbres, pero

al principio intentó ocultármelo.

M'ling, el hombre de cara negra, su ayudante, el primer hombre bestia al que conocí, no vivía con los demás, al otro lado de la isla, sino en una caseta al fondo del recinto. La criatura no era tan inteligente como el hombre simio, pero sí mucho más dócil, y era de aspecto más humano de todo el pueblo de las bestias. Montgomery la había adiestrado para preparar comida y, de hecho, para que se encargara de todas las tareas domésticas triviales que se requerían. Era un complejo trofeo de la horrenda habilidad de Moreau, un oso mancillado con trazas de perro y buey, y una de las criaturas más elaboradas. Trataba a Montgomery con una ternura y una devoción poco comunes; a veces Montgomery le prestaba atención, le daba palmaditas, lo llamaba con nombres medio jocosos y conseguía que diera brincos de pura alegría; otras veces Montgomery lo maltrataba, sobre todo después de darle al whisky, le propinaba patadas, lo golpeaba y le lanzaba piedras o cerillas encendidas. Sin embargo, ya lo tratara bien o mal, estar a su lado era lo que más agradaba a aquella criatura.

Digo que me acostumbré al pueblo de las bestias, de modo que las mil cosas que me habían resultado antinaturales o repulsivas rápidamente se tornaron naturales y ordinarias. Supongo que todo en este mundo adopta uno u otro color según el tono de lo que nos rodea: Montgomery y Moreau eran demasiado peculiares y originales para que mi opinión general de la humanidad quedase bien definida. Veía a una de las criaturas bovinas que habían manejado la lancha caminar pesadamente entre la maleza y descubría que me costaba recordar en qué se diferenciaba de un pueblerino humano normal que volviera a casa de sus labores mecánicas; o me encontraba con el furtivo rostro vulpino de la mujer medio zorra, medio osa, cuya astucia especulativa resultaba curiosamente humana, y llegaba a imaginarme que lo había visto antes en un callejón de alguna ciudad.

No obstante, de vez en cuando, la bestia asomaba al exterior sin ningún género de duda. Un hombre de feo aspecto, lo que para cualquiera sería un salvaje humano jorobado, agachado en la abertura de una de sus guaridas, extendía los brazos y bostezaba, enseñando con brusca sorpresa unos incisivos afilados como tijeras

y unos colmillos que bien pudieran ser sables, puntiagudos y brillantes como cuchillos. O, en algún sendero estrecho, al mirar con audacia transitoria a los ojos de una grácil figura femenina envuelta en telas blancas, de repente me percataba con espasmódica repulsión de que tenía las pupilas alargadas o, al bajar la vista, me fijaba en la curva uña con que se sujetaba el amorfo atuendo. No deja de ser curioso, por cierto, y no sabría cómo explicarlo, que estas peculiares criaturas (y me refiero a las hembras) demostraran en los primeros días de mi estancia una vergüenza instintiva ante su propia torpeza y, en consecuencia, prestaran una atención más que humana a la decencia y el decoro en el vestir.

DE CÓMO EL PUEBLO DE LAS BESTIAS PROBÓ LA SANGRE

Mi falta de experiencia como escritor me delata y pierdo el hilo de la historia. Tras desayunar juntos, Montgomery me llevó por la isla para mostrarme la fumarola y la fuente de las aguas termales, con cuyas abrasadoras aguas me había tropezado el día anterior. Ambos íbamos armados con látigos y revólveres cargados. Mientras atravesábamos una frondosa jungla, nos llegó el chillido de un conejo. Nos detuvimos a escuchar, pero no oímos nada más; al final seguimos adelante y nos olvidamos del incidente. Montgomery me llamó la atención sobre ciertos animalitos rosas con largas patas traseras que saltaban entre la maleza. Me contó que eran las criaturas que había inventado Moreau a partir de la descendencia del pueblo de las bestias. Creyó que servirían de alimento, pero el hábito, similar al de los conejos, de devorar a sus crías había frustrado sus intenciones. Yo ya me había cruzado con algunas de aquellas criaturas, una vez durante mi huida a la luz de la luna, perseguido por el hombre leopardo, y otra durante la persecución a la que me había sometido Moreau el día anterior. Por casualidad, una de ellas saltó para evitarnos y cayó en el agujero dejado por un árbol arrancado de raíz por el viento. Antes de que pudiera salir sola, logramos capturarla. Bufaba como un gato, arañaba y pateaba con fuerza con las patas traseras e intentó mordernos, pero sus dientes eran demasiado débiles y no daban más que para un pellizco indoloro. Me pareció una criaturita preciosa, y mientras Montgomery afirmaba que jamás destrozaba el césped para hacerse

madrigueras y era de hábitos muy limpios, yo supuse que podría ser un sustituto muy conveniente para los conejos comunes que pueblan los parques.

También nos encontramos con el tronco de un árbol con la corteza arrancada en largas tiras y muy astillada. Montgomery me lo señaló.

—No desgarrarás la corteza de los árboles, esa es la Ley —me dijo—. ¡Pues sí que les importa a algunos!

Creo que fue después de aquello cuando coincidimos con el sátiro y con el hombre simio. El sátiro fue un destello de memoria clásica por parte de Moreau; tenía un rostro ovino (de tipo hebreo, más basto), una voz que era un áspero balido y extremidades inferiores satánicas. Estaba royendo la cáscara de una fruta con forma de vaina cuando pasó junto a nosotros. Los dos saludaron a Montgomery.

—¡Saludos al segundo hombre del látigo! —dijeron.

—Ahora hay un tercero con látigo —repuso Montgomery—. ¡Así que tened cuidado!

—¿No fue creado? —preguntó el hombre simio—. Lo dijo, dijo que fue creado.

El hombre sátiro me miró con curiosidad.

—El tercero del látigo, el que se adentra llorando en el mar, el de la fina cara blanca.

—También tiene un fino y largo látigo —aseveró Montgomery.

—Ayer sangraba y lloraba —dijo el sátiro—. Tú nunca sangras ni lloras. El amo no sangra ni llora.

—¡Patán ollendorfiano! —exclamó Montgomery—. Tú sí que sangrarás y llorarás si no te andas con ojo.

—Tiene cinco dedos; es un hombre de cinco dedos, como yo —dijo el hombre simio.

—Vamos, Prendick —me dijo Montgomery cogiéndome del brazo, y continuamos andando.

El sátiro y el hombre simio se nos quedaron mirando mientras intercambiaban comentarios.

—No dice nada —dijo el sátiro—. Los hombres tienen voces.

—Ayer me preguntó por cosas de comer —dijo el hombre simio—. No lo sabía.

Después dejaron de ser audibles, aunque me llegó la risa del sátiro.

Fue en el camino de vuelta cuando encontramos el conejo muerto. El cuerpo rojo de la desdichada bestezuela estaba hecho trizas, muchas de las costillas habían quedado limpias hasta los huesos y no cabía duda de que le habían roído el espinazo.

Al verlo, Montgomery se detuvo.

—¡Dios bendito! —exclamó, y se agachó para recoger parte de las aplastadas vértebras y examinarlas más de cerca—. ¡Dios bendito! —repitió—. ¿Qué significará esto?

—Alguno de sus carnívoros ha recordado viejos hábitos —dije tras una pausa—. Ese espinazo lo han atravesado de un mordisco.

Se levantó y me miró con el rostro pálido y el labio torcido.

—Esto no me gusta —dijo lentamente.

—Vi algo similar el día de mi llegada.

—¡No es posible! ¿Qué vio?

—Un conejo con la cabeza arrancada.

—¿El día que llegó?

—El día que llegué. En la maleza, en la parte de atrás del recinto, cuando salí por la noche. La cabeza estaba completamente arrancada.

Montgomery dejó escapar un largo silbido.

—Y eso no es todo. Tengo una ligera idea de cuál de sus bestias lo hizo. No es más que una sospecha, se lo advierto. Antes de dar con el conejo, vi a uno de sus monstruos bebiendo en el arroyo.

—¿Sorbiendo el agua?

—Sí.

—No sorberás la bebida, esa es la ley. Sí que les importa la ley a esos salvajes cuando Moreau no está cerca, ¿eh?

—Fue el mismo que me persiguió.

—Por supuesto, es lo que ocurre con los carnívoros —dijo Montgomery—. Después de matar, beben. Es el sabor de la sangre, ya sabe. ¿Cómo era esa bestia? ¿La reconocería si volviera a verla? —preguntó, y miró a nuestro alrededor, a horcajadas sobre los restos destrozados del conejo muerto, examinando las sombras y las cortinas de verdor, los lugares de acecho y emboscada que ofrecía el bosque que nos rodeaba—. El sabor de la sangre —repitió.

Sacó el revólver, examinó los cartuchos y volvió a colocarlos. Después empezó a tirarse del labio inferior.

—Creo que lo reconocería —respondí—. Lo dejé inconsciente. Seguro que acabó con un buen moretón en la frente.

—Pero después tendremos que probar que mató el conejo —dijo Montgomery—. Ojalá nunca los hubiese traído.

Continué caminando, pero él se quedó meditando sobre el conejo destrozado, perplejo, de modo que le saqué tanta ventaja que ya no veía los restos del animal desde donde me encontraba.

—¡Vamos! —lo llamé.

Al final salió de su ensimismamiento y vino hacia mí.

—Verá —dijo, casi susurrando—, se supone que todos tienen una idea fija que les impide comer nada que se desplace por tierra. Si algún salvaje ha probado la sangre por accidente...

Seguimos caminando un rato en silencio.

—Me pregunto qué habrá pasado —se dijo; después, al cabo de otra pausa, añadió—: Hice una tontería el otro día. Ese criado mío... Le enseñé a despellejar y cocinar un conejo. Qué raro... Lo vi lamerse las manos... Ni se me pasó por la cabeza... —Y después—: Debemos ponerle fin. Tengo que contárselo a Moreau.

No pudo pensar en otra cosa durante el camino de vuelta.

Moreau se tomó el asunto aún más en serio que Montgomery, y huelga decir que a mí se me contagió su evidente consternación.

—Debe ser un castigo ejemplar —dijo Moreau—. No me cabe ninguna duda de que el pecador fue el hombre leopardo. Pero ¿cómo demostrarlo? Ojalá hubiese controlado sus ansias de comer carne, Montgomery, habría evitado estas alarmantes novedades. Puede que nos supongan un grave problema.

—Fui un cretino —dijo Montgomery—, pero lo hecho, hecho está. Además, usted me dio permiso, ya lo sabe.

—Debemos encargarnos ahora mismo —repuso Moreau—. Supongo que, si algo ocurriera, M'ling podría cuidarse solo, ¿no?

—No estoy seguro —dijo Montgomery—, y nadie lo conoce mejor que yo.

Por la tarde, Moreau, Montgomery, M'ling y yo cruzamos la isla en dirección a las chozas del barranco. Los tres hombres íbamos armados, y M'ling llevaba la hachuela que usaba para cortar leña y

unos rollos de cable. Moreau se había echado al hombro un enorme cuerno de vaca.

—Verá una reunión del pueblo de las bestias —dijo Montgomery—. Es todo un espectáculo.

Moreau no pronunció palabra en todo el recorrido, aunque su expresión era lúgubre.

Cruzamos el barranco por el que pasaba el arroyo de agua caliente y seguimos el sinuoso sendero por los cañaverales hasta llegar a una zona más amplia cubierta por un espeso polvo amarillo que, según creo, era azufre. Por encima de una loma llena de maleza se veía el reluciente mar. Salimos a una especie de anfiteatro natural poco profundo y nos detuvimos. Entonces, Moreau hizo sonar el cuerno y perturbó el soñoliento silencio de la tarde tropical. Debía de tener unos pulmones muy sanos. El sonido creció entre sus ecos hasta alcanzar una intensidad ensordecedora.

—¡Ah! —dijo, dejando que el instrumento curvo volviese a caerle sobre el costado.

De inmediato se oyeron unos crujidos entre las cañas amarillas, y el ruido de voces procedentes de la densa jungla verde que marcaba el límite de la ciénaga con la que me había encontrado el día anterior. Entonces, por tres o cuatro puntos del borde de la zona sulfurosa, aparecieron las grotescas formas de los hombres bestia, corriendo hacia nosotros. No pude evitar un escalofrío de terror al verlos salir uno detrás de otro de entre los árboles o los juncos y acercarse arrastrando los pies por el polvo abrasador. Pero Moreau y Montgomery se mantenían bastante tranquilos, así que no me quedó más remedio que seguir a su lado. El primero en llegar fue el sátiro, extrañamente irreal pese a que proyectaba sombra, y removiendo el polvo con las pezuñas; a continuación, de detrás de los matorrales, salió un patán monstruoso, una mezcla de caballo y rinoceronte que iba mascando una paja; y después aparecieron la mujer cerdo y dos mujeres lobo, y la bruja medio zorra medio osa, la de los ojos rojos en la cara roja y puntiaguda, y los demás, todos con mucha prisa. Al acercarse, se arrastraron hacia Moreau y empezaron a cantar, sin prestarse atención entre ellos, fragmentos de la segunda parte de su Ley: «Suya es la mano que hiere, Suya es la mano que cura», etcétera.

En cuanto estuvieron a una distancia de unos treinta metros, se detuvieron y, postrándose a cuatro patas, empezaron a lanzarse el polvo blanco por encima de la cabeza. Imagínese la escena si puede. Nosotros, los tres hombres vestidos de azul, con nuestro deformado ayudante de cara negra, de pie en una amplia extensión de polvo amarillo iluminado por el sol, bajo el ardiente cielo azul, y rodeados de aquel círculo de monstruos postrados y gesticulantes, algunos casi humanos salvo por una expresión o un gesto sutil, otros como tullidos, otros con deformidades tan extrañas que solo se asemejaban a los moradores de nuestros sueños más salvajes. Y, más allá, a un lado, la silueta de los cañaverales y, al otro, una densa maraña de palmeras que nos separaba del barranco de las chozas; y, al norte, el brumoso horizonte del océano Pacífico.

—Sesenta y dos, sesenta y tres —contó Moreau—. Faltan cuatro.

—No veo al hombre leopardo —dije.

Al final, Moreau tocó de nuevo el gran cuerno y, al oírlo, los hombres bestia se retorcieron y arrastraron por el polvo. Después llegó el hombre leopardo, saliendo del cañaveral, pegado al suelo, intentando unirse al círculo de lanzadores de polvo detrás de Moreau. Y en la frente le vi un moretón. El último en llegar fue el pequeño hombre simio. Los animales que habían llegado antes, sudorosos y cansados, le lanzaban miradas maliciosas.

—Parad —ordenó Moreau con una voz firme y fuerte, y los hombres bestia se arrodillaron y cesaron la alabanza.

—¿Dónde está el predicador de la Ley? —preguntó Moreau, y el peludo monstruo gris inclinó la cabeza sobre el polvo.

—Decid las palabras —dijo Moreau, y de inmediato toda la arrodillada concurrencia, balanceándose de un lado a otro y lanzando azufre por los aires, primero con la mano derecha y después con la izquierda, inició de nuevo su extraña letanía.

Cuando llegaron al «No comerás carne ni pescado, esa es la ley», Moreau alzó una de sus largas manos blancas.

—¡Parad! —gritó, y todos guardaron un silencio absoluto.

Creo que sabían y temían lo que se avecinaba. Miré a mi alrededor y contemplé sus extraños rostros. Cuando vi que hacían muecas de dolor y lanzaban furtivas miradas de terror, me pregunté cómo podía haberlos confundido alguna vez con hombres.

—Esa Ley se ha quebrantado —dijo Moreau.

—Nadie escapa —dijo la criatura de pelo plateado sin rostro.

—Nadie escapa —repitieron las bestias arrodilladas en círculo.

—¿Quién ha sido? —gritó Moreau, examinando sus caras mientras hacía restallar el látigo.

Me pareció que la hiena cerdo estaba abatida, al igual que el hombre leopardo. Moreau se detuvo frente a este último, que se arrastró hacia él recordando y temiendo su infinito tormento.

—¿Quién ha sido? —repitió Moreau con voz de trueno.

—Malvado es el que quebranta la Ley —cantó el predicador.

Moreau miró al hombre leopardo a los ojos, como si se introdujera en el alma misma de la criatura.

—El que quebranta la Ley... —dijo Moreau, apartando los ojos de su víctima para volverlos hacia nosotros; me dio la impresión de que su tono ocultaba cierto regocijo.

—... ¡vuelve a la casa del dolor —clamaron todos—, vuelve a la casa del dolor, amo!

—Vuelve a la casa del dolor, vuelve a la casa del dolor —farfulló el hombre simio, como si la idea le pareciera maravillosa.

—¿Lo has oído? —dijo Moreau, volviéndose hacia el criminal—. Amigo mío... ¡Eh!

Porque el hombre leopardo, al apartar Moreau la vista, se había puesto en pie y, con ojos llameantes y enseñando los enormes colmillos felinos bajo los labios estirados, acababa de saltar sobre su torturador. Estoy convencido de que solo la locura producida por un miedo insoportable pudo haber impulsado el ataque. Los sesenta monstruos del círculo parecieron alzarse sobre nosotros. Saqué el revólver. Las dos figuras chocaron. Vi a Moreau retroceder trastabillando por el golpe del hombre leopardo. Se oyeron gritos y aullidos a nuestro alrededor. Todos se movían a gran velocidad y, por un instante, aquello me pareció una revuelta general.

El furioso rostro del hombre leopardo pasó corriendo ante mí, perseguido muy de cerca por M'ling. Vi los ojos amarillos de la hiena cerdo brillando enardecidos, y, por su postura, creí que estaba medio dispuesta a saltar sobre mí. El sátiro también me miraba con rabia por encima de la espalda encorvada de la hiena cerdo. Oí el disparo del revólver de Moreau y el dardo rosa que cruzaba el

tumulto. La multitud entera pareció volverse a la vez hacia el destello, y yo hice lo propio, tal era el magnetismo del movimiento. Un segundo después corría entre la vociferante multitud detrás del hombre leopardo.

Eso es todo lo que puedo asegurar de manera concluyente. Vi al hombre leopardo golpear a Moreau y, después, todo me da vueltas hasta que me encontré corriendo tras él.

M'ling iba delante, pegado a los talones del fugitivo. Detrás, con la lengua fuera, corrían las mujeres lobo dando grandes zancadas. Las seguían los hombres cerdo, que chillaban de emoción, y los dos hombres toro con sus ropajes blancos. Tras ellos iba Moreau con un grupo de hombres bestia. El sombrero de paja de ala ancha le había salido volando; llevaba el revólver en la mano y el lacio cabello blanco al viento. La hiena cerdo corría a mi lado, a mi ritmo, y me miraba de soslayo con sus ojos de felino; los demás nos seguían entre gritos.

El hombre leopardo se abrió paso a través de las largas cañas, que rebotaban a su paso y golpeaban a M'ling en la cara. Los que estábamos detrás encontramos un rastro pisoteado que seguir al llegar al cañaveral. La persecución continuó entre la maleza durante casi medio kilómetro hasta que nos metimos en una tupida zona de matorrales que retrasaba sobremanera nuestros movimientos, aunque la atravesamos todos juntos. Las hojas nos azotaban el rostro, las lianas se nos enganchaban en la barbilla o nos sujetaban los tobillos, las plantas espinosas se clavaban tanto en la ropa como en la carne, y las desgarraban.

—A partir de aquí se ha puesto a cuatro patas —dijo Moreau entre jadeos, justo delante de mí.

—Nadie escapa —dijo el lobo oso, riéndose en mi cara imbuido por el júbilo de la caza.

Salimos entre las rocas y vimos la presa más adelante, corriendo velozmente a cuatro patas y volviéndose para gruñirnos. Ante aquello, los hombres lobo aullaron de placer. La criatura seguía vestida y, de lejos, su cara todavía resultaba humana, aunque la postura de sus cuatro extremidades fuese felina y los furtivos hombros encorvados correspondieran claramente a los de un animal perseguido. Saltó por encima de unos arbustos espinosos salpicados

de flores amarillas y se escondió. M'ling estaba a medio camino de alcanzarlo.

Casi todos nosotros habíamos perdido el fuelle inicial de la carrera, e íbamos dando zancadas más largas y regulares. Mientras cruzábamos aquel espacio abierto me percaté de que la columna de cazadores se desplegaba y pasaba a formar una fila. La hiena cerdo seguía corriendo a mi lado, sin dejar de observarme; fruncía el hocico de vez en cuando para dejar escapar una especie de carcajada.

Al llegar al borde de las rocas, el hombre leopardo, dándose cuenta de que se acercaba al cabo en el que me había acechado la noche de mi llegada, había dado media vuelta para internarse en la maleza. Sin embargo, Montgomery había advertido la maniobra y lo obligó a girar de nuevo.

De este modo, entre jadeos, tropezando con las rocas, arañado por las zarzas, obstaculizado por helechos y juncos, ayudé en la persecución del hombre leopardo que había quebrantado la Ley, y la hiena cerdo corrió junto a mí, riéndose como una salvaje. Yo avanzaba dando tumbos, mareado y con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, prácticamente muerto de cansancio, aunque sin atreverme a perder de vista a los perseguidores por si me quedaba solo con mi horrible compañera. Seguí adelante como pude, a pesar de la fatiga y del denso calor de la tarde tropical.

Y, al fin, la furia de la caza menguó. Teníamos acorralado al desdichado bruto en una esquina de la isla. Moreau, látigo en mano, nos conducía en una fila irregular; avanzábamos lentamente, gritándonos unos a otros, y cerrando el cerco en torno a nuestra víctima. El hombre leopardo estaba al acecho, silencioso e invisible, entre los arbustos por los cuales yo había huido de él durante aquel acoso de medianoche.

—¡Cuidado! —gritó Moreau—. ¡Cuidado! —repitió cuando los extremos de la fila se metieron entre la maleza rodeando a la criatura.

—¡Con calma! —dijo la voz de Montgomery, que nos llegaba desde más allá de la maleza.

Yo estaba en la pendiente, por encima de los arbustos. Montgomery y Moreau marchaban por la playa de abajo. Poco a

poco nos metimos en el entramado de ramas y hojas. La presa guardaba silencio.

—¡De vuelta a la casa del dolor, la casa del dolor, la casa del dolor! —chilló el hombre simio a unos veinte metros a mi derecha.

Cuando lo oí perdoné al pobre miserable del hombre leopardo todo el miedo que me había inspirado.

Me llegó el ruido de ramitas al partirse y el susurro de hojas al abrirse antes de oír los pasos del caballo rinoceronte a mi derecha. Después, de pronto, a través de un polígono de verde, en la penumbra, bajo la exuberante vegetación, vi a la criatura a la que dábamos caza. Me detuve. Estaba agachada intentando abultar lo menos posible y había vuelto la vista atrás para observarme con sus verdes ojos.

Puede que parezca una extraña contradicción (no soy capaz de explicarlo), pero al ver a la criatura en una actitud completamente animal, con el brillo de la luz en los ojos y su imperfecto rostro humano desenchajado de miedo, fui de nuevo consciente de su humanidad. En unos segundos los demás perseguidores lo descubrirían, y se vería superado en número y capturado, para después ser sometido otra vez a las horribles torturas del recinto. Saqué mi revólver abruptamente, apunté entre los aterrados ojos y disparé.

La hiena cerdo lo vio y se abalanzó sobre la criatura con un grito de rabia, clavándole los dientes sedientos de sangre en el cuello. A mi alrededor, toda la verde masa de arbustos se agitó y crujió con la llegada del pueblo de las bestias, un rostro tras otro.

—¡No lo mate, Prendick! —gritó Moreau—. ¡No lo mate!

Y se inclinó para abrirse paso entre las hojas bajas de los grandes helechos.

Un minuto después había apartado a la hiena cerdo de un golpe con el puño del látigo, y Montgomery y él se afanaron en mantener alejados a los agitados carnívoros del grupo, sobre todo a M'ling, del cuerpo tendido y aún tembloroso. La criatura de pelo gris se acercó a olisquear el cuerpo, metiendo el hocico bajo mi brazo. Las demás criaturas, en su ardor animal, me empujaban para ver mejor.

—¡Maldito sea, Prendick! —dijo Moreau—. Lo quería vivo.

—Lo siento —respondí, aunque no era cierto—. Ha sido el

impulso del momento.

Estaba enfermo de cansancio y nervios. Al volverme aparté a la multitud de hombres bestia y subí en solitario la pendiente hacia la parte más alta del cabo. Siguiendo las instrucciones que Moreau impartía a gritos, los tres hombres toro envueltos en telas blancas arrastraban a la víctima hacia el agua.

No me resultó difícil quedarme solo. El pueblo de las bestias manifestaba una curiosidad bastante humana por el cadáver, y todo el grupo lo siguió, formando una piña, olisqueando y gruñendo, mientras los hombres toro lo arrastraban por la playa. Fui hasta el cabo y observé a los hombres toro desde allí, sus negras siluetas recortadas contra el cielo nocturno cargando con el peso muerto del hombre leopardo hacia el mar, y, en un instante de repentina lucidez, me di cuenta de la atroz falta de propósito de las criaturas de la isla. En la playa, entre las rocas, bajo mis pies, estaban el hombre simio, la hiena cerdo y otras tantas creaciones, de pie alrededor de Montgomery y Moreau. Todas estaban muy alteradas y no dejaban de proferir ruidosas expresiones de lealtad a la Ley. No obstante, no albergaba la menor duda de que la hiena cerdo estaba implicada de algún modo en la muerte del conejo. Se me ocurrió la extraña idea de que, salvo por lo desagradable del perfil y lo grotesco de las formas, tenía ante mí el equilibrio completo de la vida humana en miniatura, la combinación de instinto, razón y destino en su manifestación más simple. El hombre leopardo había tenido la mala suerte de irse a pique. Era la única diferencia.

¡Pobres bestias! Empezaba a comprender el aspecto más vil de la crueldad de Moreau. Antes no había pensado en el dolor y la inquietud que sufrían aquellas pobres víctimas tras pasar por sus manos. Solo me estremecía al pensar en los días de tortura real dentro del recinto. Sin embargo, en aquel momento me parecían lo menos importante. Habían sido animales, con instintos bien adaptados a su entorno, tan felices como cualquier otro ser vivo. Sin embargo, de repente, se encontraban constreñidos por las exigencias de la humanidad, viviendo en un temor constante, preocupados por una ley que no entendían; un dolor atroz daba inicio a la burla de su existencia, que se convertía en una larga lucha interna y un miedo eterno a Moreau. ¿Y para qué? La

futilidad del asunto era lo que me exasperaba.

De tener Moreau un objetivo inteligible, podría haber simpatizado con él, al menos hasta cierto punto. No soy tan aprensivo en lo que atañe al dolor. Podría incluso haberlo perdonado si su motivación fuese el odio. Pero era tan irresponsable, tan profundamente despreocupado... Su curiosidad, su locura, sus investigaciones sin sentido lo impulsaban a seguir adelante, y soltaba a las criaturas para que sufrieran y erraran durante un año o el tiempo que fuera, hasta que, al final, sufrieran una dolorosa muerte. Eran seres desgraciados, el viejo odio animal los empujaba a hacerse daño entre ellos, mientras que la Ley evitaba que se enzarzaran en breve pero intensa batalla y ponía punto final a su animosidad natural.

En aquellos días, el miedo que me inspiraba el pueblo de las bestias siguió el mismo camino que el miedo que me inspiraba Moreau. Me sumí en un estado de ánimo malsano, profundo y duradero, ajeno al miedo, que me ha dejado importantes cicatrices mentales. Debo confesar que perdí la fe en la cordura del mundo al verlo sufrir el doloroso desorden de la isla. Un destino ciego, un vasto mecanismo despiadado parecía cortar y moldear el tejido de la existencia, y todos nosotros, Moreau por su pasión por la investigación, Montgomery por su pasión por la bebida, el pueblo de las bestias con sus instintos y restricciones morales, y yo mismo nos veíamos aplastados y desgarrados sin remedio, sin piedad, en la complejidad infinita de sus imparables engranajes. Pero no me encontré en esas condiciones de la noche a la mañana... De hecho, creo que me he adelantado a los acontecimientos al contarlos ahora.

UNA CATÁSTROFE

Pasaron apenas seis semanas antes de que perdiera todo sentimiento salvo la aversión y la repugnancia por los infames experimentos de Moreau. Mi único deseo era huir de aquellas horribles caricaturas de la imagen de mi Creador, regresar al dulce y saludable trato con otros seres humanos. Mis congéneres, de los que me habían separado, adquirieron unas virtudes y una belleza idílicas en mis recuerdos. Mi amistad primera con Montgomery no fue a más. Su larga separación de la humanidad, su secreta adicción al alcohol y su evidente simpatía por el pueblo de las bestias me apartaron de él. Varias veces lo dejé marchar solo con ellas. Yo evitaba cualquier tipo de relación con aquellas criaturas. Cada vez pasaba más tiempo en la playa, buscando una vela liberadora que nunca aparecía, hasta que, un día, fuimos víctimas de un horrible desastre que dio un aspecto completamente distinto a mi extraño entorno.

Habrían transcurrido unas siete u ocho semanas desde mi llegada (puede que más, creo, aunque no me había molestado en llevar un registro del paso del tiempo) cuando ocurrió la catástrofe. Sucedió a primera hora de la mañana, diría que sobre las seis. Me había levantado y desayunado temprano, ya que me despertó el ruido de tres hombres bestia que llevaban madera al recinto.

Después de desayunar me acerqué a la puerta abierta del recinto y me quedé allí, fumando un cigarrillo y disfrutando del frescor de la mañana. Al cabo de un rato, Moreau dobló la esquina del recinto y me saludó. Pasó junto a mí, y lo oí abrir el laboratorio y entrar.

En aquella época estaba ya tan curtido por los horrores del lugar que no sentí nada al oír que la hembra de puma era, un día más, víctima de la tortura. Recibió a su perseguidor con un chillido casi idéntico al de una virago enfadada.

Entonces ocurrió algo. A día de hoy sigo sin saber exactamente de qué se trató. Oí un grito penetrante detrás de mí, una caída, y, al volverme, vi un rostro horrible que corría hacia mí, ni humano ni animal, sino diabólico, marrón, cubierto de ramificadas cicatrices rojas con gotitas del mismo color encima y unos ardientes ojos sin párpados. Levanté un brazo para defenderme del golpe que me dejó en el suelo con el antebrazo roto, y el gran monstruo, envuelto en apósitos y con vendajes manchados de sangre flotando al viento, me saltó por encima y siguió adelante. Rodé una y otra vez por la playa, intenté sentarme y me derrumbé sobre el brazo roto. Entonces apareció Moreau, con su blanco rostro más espantoso que nunca a causa de la sangre que le caía por la frente. Llevaba un revólver en la mano. Sin apenas mirarme salió corriendo de inmediato detrás de la hembra de puma.

Probé a apoyar el otro brazo para levantarme. La figura vendada corría con grandes zancadas por la playa, y Moreau la seguía. La criatura volvió la cabeza, lo vio y, con un abrupto cambio de dirección, se dirigió a los arbustos. Le sacaba ventaja con cada zancada. La vi ocultarse entre las matas, y Moreau, corriendo en diagonal para interceptarla, disparó y falló el tiro justo cuando ella desaparecía. Entonces, él también desapareció en la verde confusión vegetal.

Me quedé mirando en aquella dirección hasta que el dolor del brazo se hizo insoportable y, con un gruñido, me puse en pie. Montgomery apareció en la puerta vestido y con el revólver en la mano.

—¡Dios bendito, Prendick! —dijo sin darse cuenta de que estaba herido—. ¡Esa bestia anda suelta! Ha arrancado los grilletes de la pared. ¿Los ha visto? —Luego, al ver que me agarraba el brazo, añadió—: ¿Qué le ocurre?

—Estaba de pie en la puerta.

—Tiene sangre en la manga —comentó al acercarse y tomarme del brazo; me remangó la franela, guardó el arma, me palpó el

dolorido brazo y me condujo al interior—. Tiene el brazo roto. Dígame cómo ha sucedido exactamente, qué ha sucedido.

Le conté lo que había visto, hablando con frases entrecortadas, entre jadeos de dolor, y, con destreza y rapidez, me vendó el brazo mientras yo daba cuenta de lo ocurrido. Me lo puso en cabestrillo, dio un paso atrás y me miró.

—Así valdrá —dijo—. Y ahora ¿qué? —se preguntó, pensativo.

A continuación salió y cerró las puertas del recinto, después de lo cual se ausentó durante un rato.

Lo que más me preocupaba era mi brazo. El incidente se me antojaba una más de las muchas cosas horribles que pasaban en la isla. Me senté en la tumbona y, lo reconozco, maldije la isla de todo corazón. El primer dolor sordo del brazo había dado paso a una quemazón constante cuando regresó Montgomery.

Estaba bastante pálido y se le veían más que nunca las encías de abajo.

—Ni lo veo ni lo oigo —dijo—. He pensado que a lo mejor necesita mi ayuda —añadió, mirándome con sus inexpresivos ojos—. Era una bestia muy fuerte. Arrancó los grilletes de la pared, sin más.

Se acercó a la ventana, después, a la puerta, y allí se volvió hacia mí.

—Iré tras él. Puedo dejarle otro revólver. Es posible que lo necesite.

Sacó el arma y me la puso cerca de la mano, en la mesa, antes de salir, no sin antes haberme contagiado su inquietud. No me quedé mucho tiempo sentado cuando se marchó. Cogí el revólver y salí a la entrada.

El silencio era sepulcral. No se agitaba ni una brizna de viento, el mar parecía de cristal pulido, el cielo estaba vacío y la playa, desierta. La quietud me oprimía.

Intenté silbar, pero la melodía murió. Tras soltar otra palabrota (la segunda de la mañana), me dirigí a la esquina del recinto y me quedé mirando hacia los arbustos verdes que se habían tragado a Moreau y a Montgomery. ¿Cuándo regresarían? ¿Y cómo?

Entonces, en la playa, a lo lejos, apareció un pequeño hombre bestia gris, corriendo por la orilla, salpicándolo todo. Regresé a la

entrada, después de nuevo a la esquina, y así empecé a andar de un lado a otro, como un centinela de guardia. En una ocasión me detuvo la distante voz de Montgomery, que gritaba: «¡Eh! ¡Moreau!».

El brazo ya me dolía menos, aunque estaba muy caliente. Me notaba febril y sediento. Mi sombra se acortaba. Me quedé mirando la lejana figura hasta que se fue. ¿Regresarían Moreau y Montgomery? Tres aves marinas empezaron a pelearse por algún tesoro varado.

En aquel instante, de muy lejos, detrás del recinto, me llegó el ruido de un disparo. Un largo silencio y, a continuación, otro disparo. Después, un grito más cercano y otra lúgubre pausa. Mi imaginación se puso en marcha para atormentarme. Y, súbitamente, oí un disparo más cercano.

Fui hasta la esquina, sobresaltado, y vi a Montgomery con la cara escarlata, el pelo revuelto y el pantalón desgarrado a la altura de una de las rodillas. Su rostro expresaba una profunda consternación. Tras él se arrastraba el hombre bestia M'ling, cuyas mandíbulas presentaban unas manchas marrones que no auguraban nada bueno.

—¿Ha venido? —preguntó.

—¿Moreau? No.

—¡Dios mío! —dijo el hombre, que jadeaba, sollozando casi por la falta de aliento—. Entre de nuevo —me pidió, agarrándome del brazo—. Están locos, están todos por ahí, corriendo como locos. ¿Qué puede haber pasado? No lo sé. Se lo contaré cuando recupere el aliento. ¿Dónde está el brandy?

Entró cojeando delante de mí en el cuarto y se sentó en la tumbona. M'ling se lanzó al suelo al lado de la puerta, por fuera, y se puso a jadear como un perro. Serví un poco de brandy con agua a Montgomery, que se quedó con la mirada fija al frente, recuperándose. Al cabo de unos minutos empezó a contarme lo sucedido.

Había seguido su rastro durante un trecho. Al principio estaba bastante claro, gracias a los arbustos rotos y aplastados, a los trozos de tela blanca desprendidos del vendaje de la hembra de puma y a las ocasionales manchas de sangre en las hojas de las matas y la

maleza. Sin embargo, había perdido el rastro en un terreno pedregoso más allá del arroyo en el que yo había visto beber al hombre bestia, así que había seguido vagando sin rumbo hacia el oeste, gritando el nombre de Moreau. Entonces, M'ling había ido a buscarlo armado con una hachuela. El ayudante no sabía nada del asunto del puma, ya que estaba cortando leña y lo había oído gritar. Siguieron gritando juntos. Dos hombres bestia se acercaron a observarlos, agachados entre la maleza, con unos gestos y una actitud furtiva tan extraños que alarmaron a Montgomery. Los saludó, y ellos huyeron con aire culpable. Al ver aquello dejó de gritar y, tras vagar otro rato, vacilante, decidió acercarse a las chozas.

El barranco estaba vacío.

Más alarmado cada minuto que pasaba, desanduvo el camino. De pronto se encontró con los dos hombres cerdo que yo había visto bailar la noche de mi llegada; tenían las bocas manchadas de sangre y estaban muy agitados. Se acercaron con estrépito por los helechos y se detuvieron, mirándolo con ferocidad. Él hizo restallar el látigo con cierta inquietud y, sin más, se lanzaron sobre él. Ningún hombre bestia se había atrevido a hacer semejante cosa hasta entonces. A uno le disparó en la cabeza; M'ling se abalanzó sobre el otro y ambos cayeron rodando por el suelo. M'ling dominó a la bestia y le hincó los dientes en el cuello, y Montgomery le disparó mientras todavía estaba debajo de M'ling. Le costó un poco convencer a M'ling de que volviera a la casa con él.

Después habían regresado a toda prisa. En el camino, M'ling se había metido de repente en un arbusto y había espantado a un pequeño hombre ocelote, también manchado de sangre y cojo por culpa de una herida en el pie. Aquella bestia huyó durante un corto trecho, pero después se volvió, acorralada y salvaje, y Montgomery (sin ningún motivo fundado, creo yo) la había disparado.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté.

Sacudió la cabeza y siguió con su brandy.

APARECE MOREAU

Cuando vi a Montgomery tomarse la tercera dosis de brandy me decidí a intervenir. El hombre ya estaba más que embotado. Le dije que, dada la hora, debía de haberle pasado algo serio a Moreau, ya que, de lo contrario, habría regresado, y que nos correspondía a nosotros averiguar qué catástrofe había acontecido. Montgomery expresó algunas objeciones poco convincentes y, al fin, estuvo de acuerdo. Comimos algo, y salimos los tres.

Puede que fuera a causa de la tensión del momento, pero, incluso ahora, recuerdo con excepcional intensidad aquella entrada en la cálida calma de la tarde tropical. M'ling iba delante, encorvado, mirando a uno y otro lado moviendo bruscamente su extraña cabeza negra. No iba armado, ya que había soltado el hacha al encontrarse con los hombres cerdo. Los dientes serían su única arma. Montgomery lo seguía con pasos bamboleantes, las manos en los bolsillos y los ojos clavados en el suelo; además de confuso, estaba resentido conmigo por culpa del brandy. Yo llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo (por suerte, era el izquierdo) y un revólver en la mano derecha.

Seguimos un estrecho sendero a través de la salvaje frondosidad de la isla, en dirección noroeste. De repente, M'ling se detuvo y se puso rígido, alerta. Montgomery estuvo a punto de chocar contra él y también se detuvo. Después, escuchando con atención, oímos voces y pisadas que se acercaban por entre los árboles.

—Está muerto —dijo una voz profunda y vibrante.

—No está muerto, no está muerto —farfulló otra.

—Lo vimos, lo vimos —dijeron varias voces.

—¡Hola! —gritó Montgomery por sorpresa—. ¡Eh, hola!

—¡Maldito sea! —exclamé, y me aferré a la pistola.

Tras un momento de silencio, se oyó un estrépito entre la maraña de vegetación, por aquí y por allá, y a continuación aparecieron media docena de rostros, rostros extraños bajo una luz extraña. M'ling soltó un gruñido desde el fondo de la garganta. Reconocí al hombre simio (de hecho, ya lo había identificado por la voz) y a dos de las criaturas marrones vestidas de blanco que había visto en la barca de Montgomery. Con ellos estaban los dos brutos moteados, y aquella horrible y torcida criatura gris que predicaba la Ley, la que tenía las mejillas y las pesadas cejas cubiertas de pelo gris, y unos largos mechones grises que surgían de la raya central de su inclinada frente; una pesada criatura sin cara, con peculiares ojos rojos, que nos miraba con curiosidad desde la espesura.

Durante unos segundos nadie habló. Entonces, Montgomery hipó:

—¿Quién... decís que estaba muerto?

El hombre simio miró con aire culpable a la peluda criatura gris.

—Está muerto —dijo—. Lo vieron.

Su indiferencia no resultaba amenazadora, ya que parecían anonadados y perplejos.

—¿Dónde está? —preguntó Montgomery.

—Al otro lado —señaló la criatura gris.

—¿Hay una Ley ahora? —preguntó el hombre simio—. ¿Todavía debe ser esto y aquello? ¿De verdad está muerto?

—¿Hay una Ley? —repitió el hombre de blanco—. ¿Hay una Ley, segundo del látigo?

—Está muerto —dijo la peluda criatura gris, y todos se nos quedaron mirando.

—Prendick —dijo Montgomery, volviendo hacia mí sus ojos gris pálido—. Está muerto, es evidente.

Yo había permanecido detrás de él durante aquel coloquio. Empecé a comprender cómo veían ellos la situación. Me puse como un rayo delante de él y alcé la voz.

—Hijos de la Ley —dije—, él no está muerto.

M'ling volvió sus astutos ojos hacia mí.

—Ha cambiado de forma, ha cambiado de cuerpo —proseguí—. Durante un tiempo no lo veréis. Está... allí —añadí, señalando al cielo—, desde allí os vigila. Vosotros no lo veis, pero él sí os ve. Temed la Ley.

Los miré fijamente, y ellos se encogieron.

—Él es grande, él es bueno —dijo el hombre simio, mirando con recelo al cielo, entre los tupidos árboles.

—¿Y la otra criatura? —pregunté.

—La criatura que sangraba y corría gritando y sollozando, también está muerta —contestó la cosa gris, sin dejar de mirarme.

—Eso es bueno —gruñó Montgomery.

—El segundo del látigo —empezó la cosa gris.

—¿Sí? —pregunté.

—Dijo que estaba muerto.

Pero Montgomery estaba lo bastante sobrio para comprender mis motivos para negar la muerte de Moreau.

—No está muerto —dijo, despacio—. En absoluto. No más muerto que yo.

—Algunos han incumplido la Ley —dije—. Morirán. Algunos han muerto. Mostradnos dónde está su antiguo cuerpo. El cuerpo que ha desechado porque ya no lo necesita.

—Por aquí, hombre que caminó por el mar —respondió la criatura gris.

Y guiados por aquellas seis criaturas, atravesamos el amasijo de helechos, enredaderas y troncos hacia el noroeste. Entonces oímos un chillido y un crujir de ramas, y un pequeño homúnculo rosa corrió hacia nosotros gritando. Justo detrás apareció un monstruo asilvestrado persiguiéndolo, empapado en sangre, que cayó sobre nosotros sin que pudiéramos frenar su carrera. La criatura gris se apartó de un salto; M'ling se abalanzó sobre él con un gruñido, pero el animal se lo quitó de encima; Montgomery disparó y falló, inclinó la cabeza, levantó el brazo y se volvió para echar a correr. Yo disparé, y la criatura siguió avanzando; le disparé de nuevo a bocajarro, apuntándole a la cara. Sus facciones se desvanecieron de repente, la cara se le hundió. No obstante, pasó junto a mí, agarró a Montgomery y, sin soltarlo, cayó al suelo, arrastrándolo encima de él mientras agonizaba.

Me encontré solo con M'ling, el bruto muerto y el hombre abatido. Montgomery se levantó lentamente y se dirigió dando traspiés al destrozado hombre bestia que tenía al lado. Después vi que la criatura gris regresaba con precaución a través de los árboles.

—¿Veis? —dije, señalando al ser muerto—. ¿Acaso no está viva la Ley? Esto ha sucedido por quebrantar la Ley.

—Ha enviado el fuego que mata —dijo la criatura gris, mirando el cadáver y repitiendo parte del ritual.

Los demás se reunieron a su alrededor y se quedaron mirando durante unos minutos.

Al final llegamos cerca del extremo occidental de la isla. Dimos con el cadáver roído y mutilado de la hembra de puma, con el omóplato destrozado por una bala y, a unos veinte metros de ella, por fin encontramos lo que buscábamos. Estaba tirado boca abajo entre unas cañas rotas. Tenía una mano casi arrancada a la altura de la muñeca, y el pelo plateado manchado de sangre. Los grilletas del puma le habían aplastado la cabeza. Las cañas que tenía debajo también estaban cubiertas de sangre. No encontramos el revólver. Montgomery le dio la vuelta.

Descansando a ratos, con la ayuda de los siete hombres bestia (ya que pesaba bastante), lo llevamos de vuelta al recinto. Oscurecía. Dos veces oímos a unas criaturas invisibles que nos aullaban y chillaban, y, en una ocasión, apareció el pequeño perezoso rosa y se nos quedó mirando antes de volver a marcharse. Sin embargo, no sufrimos más ataques. Nuestra compañía bestial nos abandonó a las puertas del recinto, y M'ling se fue con ellos. Nos encerramos en el interior y llevamos el cadáver mutilado de Moreau al patio, para tumbarlo sobre una pila de arbustos.

Después entramos en el laboratorio y acabamos con todo ser viviente que encontramos dentro.

EL «DÍA FESTIVO» DE MONTGOMERY

Una vez terminada la tarea, ya lavados y alimentados, Montgomery y yo entramos en mi cuartito y analizamos seriamente nuestra situación por primera vez. Era cerca de medianoche. Él estaba casi sobrio, aunque muy trastornado. Había permanecido mucho tiempo bajo la extraña influencia de la personalidad de Moreau. Creo que nunca se le había pasado por la cabeza que Moreau pudiera morir. Aquel desastre supuso el hundimiento repentino de los hábitos que habían pasado a formar parte de su naturaleza en los más de diez años de monotonía vividos en la isla. Hablaba en términos vagos, respondía a las preguntas con un rictus y se desviaba hacia cuestiones generales.

—Este mundo idiota —dijo—. ¡Está todo hecho un lío! No he tenido vida. Me pregunto cuándo empezará. Dieciséis años aguantando que niñeras y maestros me maltrataran a placer, cinco en Londres estudiando con ahínco medicina (mala comida, mal alojamiento, mala ropa y malos vicios), un error garrafal (debería haber sido más sensato) y acabo en esta isla de bestias. ¡Diez años aquí! ¿Y para qué, Prendick? ¿Acaso somos pompas de jabón?

Me resultaba complicado manejar aquellos desvaríos.

—En lo que debemos pensar ahora es en cómo salir de la isla —le dije.

—¿Y de qué sirve huir? Soy un paria. ¿A qué me voy a dedicar? Para usted no supone ningún problema, Prendick. ¡Pobre Moreau! No podemos dejarlo ahí, para que le limpien los huesos. Ya está lo bastante... Además, ¿qué será de los miembros del pueblo de las

bestias que son honrados?

—Bueno, eso tendrá que esperar a mañana. Había pensado en hacer una pira con los arbustos y quemar su cadáver... y esas otras criaturas... Y después, ¿qué pasará con los hombres bestia?

—No lo sé. Supongo que los que se crearon a partir de depredadores acabarán cometiendo alguna estupidez tarde o temprano. No podemos matarlos a todos, ¿no? Supongo que eso le parecerá lo más humano, ¿verdad?... Pero cambiarán. Seguro que cambiarán.

Siguió diciendo vaguedades hasta que, al fin, perdí los nervios.

—¡Maldita sea! —exclamó ante alguna muestra de mi irritación—. ¿Es que no ve que mi agujero es más profundo que el suyo? —Entonces se levantó y fue a por el brandy—. Beba —ordenó al regresar—. Beba de una vez, pálido ateo santurrón, y deje de aplastar mi lógica.

—No —respondí, y me quedé observándolo con mala cara bajo el amarillo resplandor de la parafina hasta que la bebida lo condujo a una parlanchina tristeza. Recuerdo un tedio infinito. Se enredó en una sensiblera defensa de los hombres bestia y de M'ling. M'ling, según dijo, era la única criatura que se había preocupado realmente por él. Y súbitamente se le ocurrió una idea.

—¡Se acabó! —exclamó, tambaleándose al ponerse en pie para agarrar la botella de brandy.

La intuición me avisó de sus intenciones.

—¡No le dé de beber a esa bestia! —dije, levantándome para enfrentarme a él.

—¡Bestia! Usted es la bestia. Él bebe como buen cristiano que es. Apártese de mi camino, Prendick.

—Por amor de Dios.

—Que... se aparte de mi camino —rugió, y de repente sacó el revólver.

—De acuerdo —respondí, y me hice a un lado, medio decidido a caer sobre él en cuanto pusiera la mano en el cerrojo, aunque me arrepentí al recordar mi brazo inútil—. Se ha convertido en una bestia, así que mejor que vaya con ellas.

Abrió la puerta y se quedó allí de pie, mirándome de lado, entre la luz amarilla de la lámpara y el pálido brillo de la luna; las

cuencas de sus ojos eran manchas negras bajo las pobladas cejas.

—Es usted un mojigato, Prendick, ¡un cretino idiota! Siempre con sus temores y sus imaginaciones. Estamos al margen de todo. Lo más probable es que mañana me rebane la garganta, así que, esta noche, estoy de fiesta.

Se volvió y salió a la luz de la luna.

—¡M'ling! —lo llamó—. ¡M'ling, viejo amigo!

Tres criaturas apenas visibles bajo la luz plateada se acercaban por la orilla de la pálida playa: una era una criatura envuelta en blanco, y las otros dos no más que manchas de oscuridad que la seguían. Se detuvieron y miraron. Entonces vi los hombros encorvados de M'ling doblar la esquina de la casa.

—¡Bebed! —gritó Montgomery—. ¡Bebed, brutos! Bebed y sed hombres. Soy el más listo de todos, a Moreau se le olvidó. Esto es el toque final. Bebed, os digo.

Y, agitando la botella en la mano, se alejó con una especie de trote ligero hacia el oeste; M'ling iba entre él y las tres figuras que lo seguían.

Fui a la entrada. Ya se confundían unos con otros entre la niebla de la luz lunar antes de que Montgomery se detuviera. Lo vi administrar una dosis de brandy puro a M'ling, y que las cinco figuras se desdibujaban en una única mancha borrosa.

—¡Cantad! —oí gritar a Montgomery—. Vamos a cantar todos juntos. «Maldito sea el viejo Prendick»... Eso es, otra vez: «Maldito sea el viejo Prendick».

El grupo oscuro se dividió en cinco figuras individuales y se alejó lentamente de mí por la franja de playa reluciente. Cada uno aullaba lo que le placía, insultándome a gritos o siguiendo la inspiración que en cada momento le ofreciera el brandy.

Al final oí la lejana voz de Montgomery gritar:

—¡A la derecha!

Y se internaron con sus gritos y aullidos en la negrura de los árboles del interior. Despacio, muy despacio, se perdieron en el silencio.

El pacífico esplendor de la noche se recuperó de nuevo. La luna ya había pasado el meridiano y viajaba hacia el oeste. Era una luna llena y muy brillante que cabalgaba por el vacío cielo azul. La

sombra del muro caía a mis pies, con su metro de ancho, negra como el tizón. Hacia el este el mar era de un gris monótono, oscuro y misterioso, y, entre el mar y la sombra, las arenas grises (de obsidiana y otros cristales volcánicos) relucían como si la playa fuera de diamantes. Detrás de mí, la lámpara de parafina emitía un fulgor rojizo.

Entonces cerré la puerta, eché la llave y me dirigí al recinto en el que Moreau yacía junto a sus últimas víctimas: los perros de caza, la llama y otros desdichados animales. El enorme rostro del doctor, tranquilo a pesar de su terrible muerte, examinaba la blanca luna muerta con sus duros ojos. Me senté al borde del fregadero y, sin apartar la mirada de aquella espeluznante montaña de luz plateada y siniestras sombras, empecé a darle vueltas a un plan.

Por la mañana reuniría algunas provisiones en el bote y, tras prender fuego a la pira que tenía ante mí, me internaría de nuevo en la desolación del ancho mar. Sabía que no podía ayudar a Montgomery; que, en realidad, se asemejaba mucho a los hombres bestia, puesto que no era apto para la compañía humana. Desconozco el tiempo que pasé cavilando, supongo que una hora, aproximadamente. De repente, me interrumpió el regreso de Montgomery a los alrededores del recinto. Oí chillidos procedentes de muchas gargantas, un tumulto de gritos exultantes que bajaban hacia la playa, aullando de emoción, y parecieron detenerse cerca de la orilla. El alboroto subía y bajaba de tono; oí golpes fuertes y madera que se astillaba, pero, en aquel momento, no me preocupé. Iniciaron un cántico disonante.

Volví a concentrarme en la huida. Me levanté, recogí la lámpara y me metí en el cobertizo para examinar los barriletes que había visto por allí. Me pregunté qué contendrían las latas de galletas saladas que había y abrí una. Me pareció ver algo por el rabillo del ojo, un relámpago rojo, y me volví de golpe.

Detrás tenía el patio, de un contrastado blanco y negro a la luz de la luna, y la pila de madera y ramas en la que yacían Moreau y sus mutiladas víctimas, todos juntos. Parecían aferrarse los unos a los otros en un último y vengativo forcejeo. Sus heridas abiertas eran más negras que la noche, y la sangre que había salido de ellas formaba manchas también negras en la arena. Entonces vi, sin

comprenderla, la causa del fantasma, un resplandor rojizo que bailaba sobre el muro de enfrente. Lo malinterpreté, creyendo que se trataba de un reflejo de mi temblorosa lámpara, y me volví de nuevo hacia las provisiones del cobertizo. Seguí rebuscando entre ellas lo mejor que pude siendo manco y encontré algunas cosas útiles, que aparté a un lado para cuando me hiciera a la mar el día siguiente. Me movía despacio y el tiempo pasaba deprisa. De pronto me encontré a la luz del día.

El cántico había enmudecido para dar paso a un clamor, comenzar de nuevo y, de repente, convertirse en otro tumulto. Oí gritos de: «¡Más, más!». Y también una pelea y un repentino chillido salvaje. El cariz de los sonidos cambió de tal manera que me llamó la atención. Salí al patio y escuché. En aquel momento se oyó un disparo, cortante como un cuchillo, entre la confusión.

Atravesé a toda prisa mi cuarto hacia la puertecita. Al hacerlo oí que algunas de las cajas que tenía detrás resbalaban y caían al suelo con un estrépito de cristales rotos. Sin embargo, no les presté atención; abrí la puerta de golpe y miré al exterior.

En la playa, junto al varadero, ardía una fogata que escupía chispas hacia el desdibujado amanecer. A su alrededor forcejeaba una masa de figuras negras. Oí que Montgomery me llamaba por mi nombre. Empecé a correr de inmediato hacia la fogata, revólver en mano. Vi la rosada lengua de fuego de la pistola de Montgomery dar un lametón cerca del suelo. Había caído. Grité con todas mis fuerzas y disparé al aire.

—¡El amo! —gritó alguien, y el grupo oscuro se desperdigó por la arena, el fuego lanzó una llamarada y bajó de nuevo. La multitud bestial huyó, presa del pánico, por la playa.

Me dejé llevar por los nervios y disparé contra ellos mientras desaparecían entre los arbustos. Después me volví hacia las figuras negras del suelo.

Montgomery estaba tumbado boca arriba, con la peluda criatura gris encima. La criatura estaba muerta, pero seguía agarrada al cuello de Montgomery con sus afiladas garras. Cerca yacía M'ling, boca abajo y muy quieto, con la garganta desgarrada y la parte superior de la botella de brandy rota en la mano. Había otras dos figuras tendidas cerca del fuego, una inmóvil, y la otra gruñendo de

manera irregular y alzando la cabeza despacio de vez en cuando, para, a continuación, dejarla caer de nuevo.

Sujeté al hombre gris y lo aparté del cuerpo de Montgomery; al arrastrarlo, las garras bajaron casi a regañadientes por la chaqueta hecha jirones.

Montgomery tenía el rostro oscuro y apenas respiraba. Le salpiqué la cara con agua de mar y le coloqué la cabeza sobre mi chaqueta enrollada. M'ling estaba muerto. La criatura herida junto al fuego (era un hombre lobo de barbuda cara gris) tenía la parte superior del cuerpo sobre la madera aún ardiente. Las heridas del pobre desgraciado eran tan terribles que, por piedad, le volé de inmediato la tapa de los sesos. El otro animal era uno de los hombres toro envueltos en telas blancas. También estaba muerto.

El resto de los hombres bestia había huido de la playa. Me dirigí de nuevo a Montgomery y me arrodillé junto a él, maldiciendo mis nulos conocimientos de medicina.

El fuego que tenía al lado se había extinguido, solo quedaban unas achicharradas vigas que ardían por los extremos en el centro de la hoguera y se mezclaban con la ceniza gris de la maleza. Me pregunté ociosamente de dónde habría sacado Montgomery la madera. Entonces vi que el amanecer avanzaba; el cielo brillaba más, la luna palidecía y se volvía opaca sobre el luminoso azul del cielo que, hacia el este, estaba bordeado de rojo.

En aquel momento oí un golpe y un siseo detrás de mí, y, al dar media vuelta, me puse en pie y dejé escapar un grito de horror: contra la cálida aurora se recortaban, crecían y se arremolinaban masas de humo negro que salían del recinto y, a través de su tormentosa oscuridad, surgían parpadeantes vetas de llamas rojo sangre. El tejado de paja se incendió. Vi que las llamas trepaban por la pendiente y que una chispa saltaba de la ventana de mi cuarto.

Supe de inmediato lo que había sucedido. Recordé el estrépito que oí al salir: al precipitarme fuera para ayudar a Montgomery, había tirado la lámpara al suelo.

Me enfrentaba a la desesperación de no poder salvar nada del interior. Mi mente regresó al plan de huida y, volviéndome a toda prisa, miré si los dos botes seguían en la playa. ¡No estaban! Sobre la arena, a mi lado, había dos hachas, y vi astillas esparcidas por

toda la playa y las cenizas de la fogata que se ennegrecían y humeaban a la luz del amanecer. Montgomery había quemado los botes para vengarse de mí y evitar que regresara a la sociedad humana.

Un repentino ataque de rabia se apoderó de mí. Estuve a punto de reducir a pulpa su estúpida cabeza allí mismo, tirada y desamparada a mis pies. De repente, su mano se movió con tanta debilidad, de una manera tan lastimosa, que mi ira se desvaneció. Gruñó y abrió los ojos un minuto.

Me arrodillé de nuevo y le levanté la cabeza. Abrió los ojos, miró en silencio el alba y después se volvió hacia mí, dejando caer los párpados.

—Lo siento —dijo al fin con gran esfuerzo; parecía intentar pensar—. El final... —murmuró—, el final de este estúpido universo. Qué desastre...

Lo escuché hasta que la cabeza le cayó a un lado. Se me ocurrió que quizá la bebida lo reanimara, pero no había nada que beber, ni siquiera un recipiente con el que llevarle algún líquido. De pronto su cuerpo se hizo más pesado; se me heló la sangre.

Me incliné sobre su rostro y le metí la mano por el desgarrón de la blusa. Estaba muerto; mientras fallecía, una línea de calor blanco, el brazo del sol, se había elevado por el este más allá del saliente de la bahía, bañando el cielo con su resplandor y convirtiendo el oscuro mar en una confusa agitación de luz deslumbrante. Descendió como la gloria sobre la cara de Montgomery contraída por la muerte.

Dejé que la cabeza volviera a apoyarse en la tosca almohada que le había preparado y me levanté. Ante mí tenía el brillante vacío del mar, la horrenda soledad en la que ya había sufrido tanto; detrás de mí, la isla, silenciada por el alba, con su pueblo bestial callado e invisible. El recinto, junto con las provisiones y municiones que contenía, ardía con estrépito dejando escapar repentinas llamaradas, un crepitar intermitente y, de vez en cuando, algún crujido. El pesado humo subía por la playa, alejándose de mí, y se extendía sobre las lejanas copas de los árboles en dirección a las chozas del barranco. A mi lado quedaban los vestigios carbonizados de los botes y cinco cadáveres.

Entonces, tres hombres bestia salieron de los arbustos, criaturas encorvadas, con cabezas protuberantes y manos deformes extendidas con torpeza, y sus hostiles ojos me miraron con curiosidad mientras avanzaban hacia mí con gestos vacilantes.

A SOLAS CON EL PUEBLO DE LAS BESTIAS

Me enfrenté a ellos y a mi destino, dispuesto a luchar a brazo partido..., literalmente, ya que, de hecho, tenía el brazo roto. En el bolsillo llevaba un revólver con el que ya se habían disparado dos balas. Entre las astillas de la playa se encontraban las dos hachas que habían utilizado para despedazar los botes. La marea subía a mi espalda.

No había más remedio que echarle coraje. Miré a la cara a los monstruos que se acercaban, mientras ellos evitaban mirarme a los ojos y sus temblorosas fosas nasales investigaban los cadáveres que yacían en la playa, detrás de mí. Di media docena de pasos, recogí el látigo manchado de sangre que yacía junto al cuerpo del hombre lobo y lo hice restallar en el aire.

Se detuvieron para observarme.

—Saludad —ordené—. ¡Inclinaos!

Vacilaron. Uno de ellos dobló las rodillas. Repetí la orden, con el corazón en un puño, y avancé hacia ellos. Uno se había arrodillado, después lo hicieron los otros dos.

Me volví y me dirigí a los cadáveres, sin apartar la mirada de los tres hombres bestia arrodillados, como si fuese un actor que recorre el escenario con la vista fija en su público.

—Quebrantaron la Ley —dije, poniendo el pie sobre el predicador—. Han recibido su merecido. Incluso el predicador de la Ley. Incluso el segundo del látigo. ¡Grande es la Ley! Venid a verlo.

—Nadie escapa —dijo uno de ellos mientras avanzaba para examinarlos.

—Nadie escapa —dije yo—. Escuchad y haced lo que ordeno.

Se levantaron y se miraron unos a otros, desconcertados.

—Poneos ahí —dije.

Recogí las hachuelas y me las colgué por el mango en el cabestrillo, di media vuelta a Montgomery, recuperaré su revólver (donde todavía quedaban dos balas) y, agachándome para rebuscar en su bolsillo, encontré media docena de balas más.

—Lléváoslo —dije al ponerme de nuevo en pie, señalando con el látigo—. Cargad con él y echadlo al mar.

Se acercaron; aunque el miedo que les inspiraba Montgomery seguía siendo evidente, más miedo les daban mis rojos latigazos, y, después de algunas vacilaciones y movimientos torpes, tras unos cuantos latigazos y gritos, lo alzaron con cuidado, lo bajaron a la playa y se metieron en la deslumbrante confusión del mar.

—Seguid caminando —dije—, llevadlo lejos.

Continuaron hasta que el agua les llegó a las axilas y se pararon a mirarme.

—Soltadlo —dije, y el cadáver de Montgomery desapareció con un chapoteo. Noté un peso en el pecho—. ¡Bien! —añadí, con la voz algo rota, y ellos regresaron, raudos y temerosos, a la orilla, dejando largas estelas negras en las aguas plateadas.

Al pisar la arena se detuvieron, se volvieron hacia el mar y lo miraron con rabia, como si esperasen que Montgomery saliera de allí para vengarse.

—Ahora, ellos —dije, señalando los otros cuerpos.

Para no acercarse al lugar en el que habían soltado a Montgomery, procuraron llevar a los cuatro hombres bestia muertos en diagonal por la playa unos cien metros más allá antes de meterse en el agua para desprenderse de los cadáveres.

Mientras los observaba librarse de los restos mutilados de M'ling, oí unas ligeras pisadas detrás de mí y, al volverme, me encontré con la hiena cerdo, que estaba a unos diez metros de distancia. Llevaba la cabeza agachada, las cortas manos apretadas y pegadas a los costados, y me clavaba la mirada. Cuando me volví se detuvo en aquella postura y apartó un poco la vista.

Nos miramos a los ojos un instante. Bajé el látigo y saqué la pistola del bolsillo, pues pretendía matar a aquella bestia (la más

formidable que quedaba en la isla) a las primeras de cambio. Puede que parezca traicionero, pero lo tenía decidido. Le tenía más miedo que a dos bestias cualquiera juntas. Viva, amenazaba mi existencia, y yo lo sabía.

Tardé unos doce segundos en recuperarme antes de gritar:

—¡Saluda! ¡Inclínate!

Enseñó los dientes y gruñó.

—¿Quién eres tú para...?

Quizá demasiado tembloroso, saqué el revólver, apunté y disparé rápidamente. Chilló, y la vi correr de lado y volverse. Supe que había fallado y amartillé la pistola con el pulgar para volver a disparar, pero la bestia corría a toda velocidad, saltando de un lado a otro, y no quería arriesgarme a perder otra bala. De vez en cuando volvía la vista atrás para mirarme. Siguió por la playa, en diagonal, y desapareció bajo las huracanadas masas de denso humo que seguían saliendo del recinto en llamas. Me quedé mirándola un rato. Después me volví de nuevo hacia mis tres obedientes hombres bestia y les hice señas para que soltaran el cuerpo que cargaban. A continuación regresé al lugar donde habíamos encontrado los cadáveres y removí la arena con los pies hasta que todas las manchas de sangre fueron absorbidas y desaparecieron.

Agité la mano indicando a mis tres siervos que se retirasen y subí por la playa hasta llegar a los arbustos. Llevaba la pistola en la mano y el látigo enganchado, junto con las hachuelas, en el cabestrillo. Estaba deseando quedarme solo y meditar sobre mi situación.

Empezaba a darme cuenta de lo terrible que era saber que, en toda la isla, no había ni un lugar seguro para estar solo, descansar o dormir. Había recuperado mis fuerzas a una velocidad asombrosa después de mi llegada, pero seguía predispuesto a los nervios y a los colapsos en momentos de gran tensión. Me pareció que debía cruzar la isla y establecerme con el pueblo de las bestias, poner mi seguridad en sus manos. Pero me falló el valor. Volví a la playa y, tras avanzar hacia el este, dejando atrás el recinto en llamas, llegué a un punto donde un saliente de arena de coral poco profundo avanzaba hacia el arrecife. Allí podía sentarme a pensar, de espaldas al mar y de cara a cualquier sorpresa. Y allí me senté, con

la barbilla sobre las rodillas, el sol a plomo sobre la cabeza y un creciente temor en la mente, para urdir un plan de supervivencia en la isla hasta que llegara mi rescate (si llegaba). Intenté analizar la situación con la mayor calma posible, pero no había forma de dejar a un lado mis emociones.

Empecé a darle vueltas en la cabeza al motivo de la desesperación de Montgomery. «Cambiarán —había dicho—. Seguro que cambiarán». Y Moreau... ¿Qué había dicho Moreau? «La tozuda carne animal crece de nuevo, día tras día...». Entonces recordé a la hiena cerdo. Estaba seguro de que, si no la mataba yo antes, aquella bestia me mataría. El predicador de la ley estaba muerto... ¡Qué mala suerte! Ahora sabían que los hombres de los látigos podíamos morir, igual que ellos...

¿Me estarían observando desde las lejanas y verdes masas de helechos y palmeras, vigilándome hasta que volviera a estar a su alcance? ¿Tramaban algo contra mí? ¿Qué les estaría contando la hiena cerdo? Mi imaginación se disparó y me arrastró por una ciénaga de miedos infundados.

El chillido de las aves marinas interrumpió mis pensamientos; corrían hacia un objeto negro que las olas habían varado en la playa, cerca del recinto. Sabía de qué objeto se trataba, pero no tuve el valor de bajar para espantarlas. Me puse a caminar por la playa en dirección contraria, con la intención de dar la vuelta por el extremo este de la isla y, así, acercarme al barranco de las chozas evitando las posibles emboscadas de la espesura.

Tras recorrer aproximadamente un kilómetro de arena, me di cuenta de que uno de mis tres hombres bestia salía de los arbustos del interior de la isla y venía hacia mí. Mi imaginación me había dejado en tal estado de nerviosismo que saqué de inmediato el revólver. Ni siquiera los gestos tranquilizadores de la criatura consiguieron desarmarme.

Vaciló al acercarse.

—¡Vete! —grité.

Por su actitud servil me recordaba mucho a un perro. Retrocedió unos pasos, igual que un perro al que envían a casa, pero se detuvo y me miró implorándome con sus castaños ojos caninos.

—Vete —repetí—, no te me acerques.

—¿No puedo acercarme? —preguntó.

—No, vete —insistí, y restallé el látigo.

Entonces, tras ponerme el látigo entre los dientes, me agaché para buscar una piedra y, con aquella amenaza, la criatura se marchó.

Así que, en solitario, llegué hasta el barranco del pueblo de las bestias y, escondido entre la maleza y las cañas que separaban la grieta del mar, observé a los que fueron apareciendo, intentando discernir por sus gestos y aspecto cómo les habían afectado las muertes de Moreau y Montgomery, y la destrucción de la casa del dolor. Ahora soy consciente de lo estúpido de mi cobardía. De haber conservado el valor tras el alba, de no haberlo dejado escapar durante mi solitaria meditación, quizá hubiese podido recuperar el cetro vacante de Moreau y gobernar al pueblo de las bestias. Tal y como fueron las cosas, perdí la oportunidad y me vi abocado a la posición de mero líder entre mis iguales.

Llegado el mediodía, algunos de ellos se acercaron a tostarse sobre las calientes arenas. Las imperiosas voces del hambre y la sed prevalecieron sobre mi miedo. Salí de los arbustos y, revólver en mano, caminé hasta las figuras sentadas. Una de ellas, una mujer lobo, se volvió para mirarme; después lo hicieron las demás. Ninguna de las bestias hizo ademán de levantarse o saludarme. Yo estaba demasiado cansado y débil para insistir frente a tantos, así que dejé pasar el momento.

—Quiero comida —dije casi a modo de disculpa, al acercarme.

—Hay comida en las chozas —dijo en tono soñoliento un hombre buey cerdo, apartando la mirada.

Pasé junto a ellos y me interné en las sombras y los olores del barranco casi abandonado. En una choza vacía me di un festín con algunas frutas moteadas y medio podridas, y después, tras colocar algunas ramas y palos en la entrada y ponerme de cara a ella, sin soltar el revólver, el agotamiento de las últimas treinta horas pudo conmigo y me sumí en un sueño ligero, confiando en que la endeble barricada que había construido hiciera el ruido suficiente para evitarme sorpresas si alguien intentaba entrar.

LA REGRESIÓN DEL PUEBLO DE LAS BESTIAS

Así me convertí en un miembro más del pueblo de las bestias de la isla del doctor Moreau. Cuando desperté no había luz, todo estaba oscuro. Me dolía el brazo vendado. Me senté, preguntándome en un primer momento dónde me encontraba. Oí unas rudas voces hablando fuera y vi que mi barricada había desaparecido y que la abertura estaba vacía. Seguía con el revólver en la mano.

Me llegó la respiración de alguna criatura, de algo agachado cerca de mí. Contuve el aliento e intenté distinguir lo que era. Empezó a moverse lenta e interminablemente, y algo suave, cálido y húmedo me recorrió la mano.

Se me contrajeron todos los músculos del cuerpo. Aparté la mano y casi se me escapa un grito de alarma, aunque lo reprimí a tiempo. Entonces comprendí lo que había ocurrido con la suficiente claridad para no apartar los dedos del revólver.

—¿Quién eres? —pregunté en un susurro, apuntando con el arma.

—Yo, amo.

—¿Quién eres tú?

—Dicen que ya no hay amo, pero yo lo sé, lo sé. Llevé los cuerpos al mar, los cuerpos que mató el amo, el que camina por el mar. Soy su esclavo, amo.

—¿Eres el que vi en la playa?

—El mismo, amo.

Resultaba evidente que la criatura era bastante fiel, ya que

podría haberme atacado mientras dormía.

—De acuerdo —dije, extendiendo la mano para que me la lamiera de nuevo; ahora empezaba a darme cuenta de lo que significaba su presencia y noté que resurgía mi valor—. ¿Dónde están los otros?

—Están locos, son idiotas —dijo el hombre perro—. Siguen hablando juntos, ahí fuera. Dicen: «El amo está muerto; el segundo del látigo está muerto. El que caminó por el mar es... como nosotros. No tenemos amo, no hay látigos, ya no hay casa del dolor. Se acabó. Amamos la Ley y la cumpliremos, pero no habrá dolor, no habrá amo, no habrá látigos nunca jamás». Eso dicen, pero yo lo sé, amo, lo sé.

—No pasa nada —dije, buscando a tientas la cabeza del hombre perro para darle unas palmaditas.

—Al final los matará a todos —dijo el hombre perro.

—Al final los mataré a todos, cuando pasen algunos días y algunas cosas. Todos y cada uno de ellos, salvo los que tú decidas, morirán.

—Lo que el amo desea matar, el amo mata —dijo el hombre perro con cierta satisfacción.

—Y dejemos que crezcan sus pecados, dejemos que vivan en su engaño hasta que llegue el momento. Dejemos que crean que no soy el amo.

—La voluntad del amo es buena —dijo el hombre perro con la pronta disposición de su sangre canina.

—Pero uno ha pecado. A él lo mataré en cuanto lo encuentre. Cuando te diga «ese es», deberás caer sobre él. Y ahora me acercaré a los hombres y mujeres que se han reunido.

Por un instante la salida del hombre perro oscureció la abertura de la choza. Después lo seguí y me levanté, prácticamente en el mismo lugar en el que estaba cuando oí a Moreau y a su perro perseguirme. Pero ahora era de noche, y el miasmático barranco estaba completamente negro, y, más allá, en vez de una ladera verde iluminada por el sol, veía un fuego rojo frente al que unas grotescas figuras encorvadas se movían adelante y atrás. A lo lejos se divisaban los densos árboles, una loma negra bordeada por arriba por un negro encaje de ramas. La luna acababa de asomarse al

barranco y, como un barrote que cruzara su superficie, allí estaba la espiral de vapor que surgía sin cesar de las fumarolas de la isla.

—Camina conmigo —dije, armándome de valor, y juntos recorrimos el estrecho sendero sin prestar atención a las tenues siluetas que nos observaban desde las puertas de las chozas.

Ninguno de los reunidos en torno a la fogata hizo ademán de saludarme. La mayoría hizo gala de una indiferencia... ostentosa. Busqué con la mirada a la hiena cerdo, pero no estaba. En total habría unos veinte hombres y mujeres bestia agachados, mirando el fuego o hablando entre ellos.

—Está muerto, está muerto, el amo está muerto —dijo el hombre simio a mi derecha—. La casa del dolor... Ya no hay casa del dolor.

—No está muerto —dije en voz alta—. Sigue vigilándonos.

Eso los sobresaltó, y veinte pares de ojos me miraron.

—La casa del dolor ya no está —dije—, pero volverá. Al amo no podéis verlo, pero os escucha desde las alturas.

—¡Cierto, cierto! —dijo el hombre perro.

Mi convicción los dejó estupefactos. Por muy feroz y astuto que sea un animal, hace falta ser un hombre de verdad para saber mentir.

—El hombre del brazo vendado dice cosas extrañas —comentó uno de los hombres bestia.

—Te digo que es verdad —insistí—. El amo y la casa del dolor volverán. ¡Ay de aquel que quebrante la Ley!

Se miraron unos a otros con cara de curiosidad. Fingiendo indiferencia, empecé a descargar con desgana la pequeña hacha en el suelo, delante de mí. Me di cuenta de que se fijaban en lo profundos que eran los cortes que abría en la tierra.

Entonces el sátiro planteó una duda; respondí, y otra de las criaturas moteadas hizo una objeción, de modo que se inició un animado debate alrededor de la fogata. Cada minuto que pasaba me sentía más seguro en aquel lugar. Ya era capaz de hablar sin que me faltara el aliento como al principio, cuando estaba tan agitado. Al cabo de una hora ya tenía convencidas a varias criaturas de que mis afirmaciones eran ciertas y conseguí que casi todos los demás dudaran. Me mantuve alerta por si aparecía mi enemigo, la hiena

cerdo, pero no lo hizo. Aunque de vez en cuando me sobresaltaba un movimiento sospechoso, fui ganando confianza. Cuando la luna inició el descenso desde su cénit, los presentes empezaron a bostezar uno a uno (enseñando unos dientes que se me antojaban muy extraños a la luz del fuego moribundo), y, uno detrás de otro, se retiraron a las guaridas del barranco. Temiendo el silencio y la oscuridad, fui con ellos, ya que me sentía más seguro rodeado por unos cuantos que junto a uno solo.

De aquella forma dio comienzo la parte más larga de mi estancia en la isla del doctor Moreau. Sin embargo, desde esa noche hasta mi partida solo sucedió una cosa digna de mención, aparte de una serie de innumerables detalles desagradables y de las preocupaciones de una desazón continua. Por lo tanto, prefiero ahorrarme la crónica de ese espacio de tiempo para contar tan solo el incidente fundamental de los diez meses que pasé en la estrecha compañía de aquellas bestias medio humanizadas. Podría escribir sobre muchos otros recuerdos, cosas que daría alegremente la mano derecha por olvidar, pero que no ayudan a la narración de la historia. Retrospectivamente, me sorprende recordar lo pronto que me amoldé a las costumbres de los monstruos y recuperé la confianza. Tuve mis peleas, por supuesto, y todavía están ahí las marcas de dientes para probarlo, aunque no tardé en ganarme su respeto gracias al truco del lanzamiento de piedras y al filo de mi hachuela. Y la lealtad de mi hombre perro San Bernardo me era de una utilidad infinita. Descubrí que la sencilla escala de valores de las bestias dependía principalmente de la capacidad de infligir heridas profundas. De hecho, debo decir (sin vanidad, espero) que me convertí en una especie de figura destacada entre ellos. Uno o dos de los que quedaron malheridos tras varias disputas llegaron a guardarme rencor, pero se desahogaban burlándose de mí, normalmente a mis espaldas y a distancia segura de mis proyectiles.

La hiena cerdo me evitaba, y yo siempre estaba pendiente de si aparecía. Mi inseparable hombre perro la odiaba y temía de corazón. Estoy bastante seguro de que, en el fondo, a eso se debía su cariño por mí. Enseguida fue evidente que la hiena cerdo había probado la sangre y había seguido el mismo camino que el hombre leopardo. Se construyó una guarida en algún lugar del bosque y se

volvió solitaria. Una vez intenté convencer a los hombres bestia de que la cazaran, pero me faltaba la autoridad necesaria para conseguir que cooperaran en un objetivo común. Una y otra vez intenté acercarme a su guarida y pillarla desprevenida, pero sus sentidos siempre eran demasiado agudos y me veía u olía, lo que le daba la oportunidad de huir. Por culpa de sus emboscadas, todos los senderos del bosque se tornaron peligrosos para mis aliados y para mí. El hombre perro apenas se atrevía a apartarse de mi lado.

Durante el primer mes, aproximadamente, los hombres bestia demostraron un comportamiento bastante humano, en comparación con su actitud anterior, e incluso desarrollé cierta tolerancia cordial respecto a un par de ellos, aparte de mi amigo canino. El pequeño perezoso rosa me tenía un extraño afecto y se acostumbró a seguirme por todas partes. El hombre simio, sin embargo, me aburría. Debido a sus cinco dedos, supuso que era mi igual y no hacía más que parlotear conmigo, parlotear sobre las estupideces más absolutas, aunque había algo con lo que sí me entretenía: era muy hábil inventándose palabras nuevas. Creo que estaba convencido de que el uso correcto del habla consistía en farfullar nombres que no significaban nada. Él lo llamaba «grandes pensamientos», que se distinguían de los «pequeños pensamientos», es decir, los saludables intereses vitales del día a día. Si alguna vez se me ocurría hacer un comentario que él no entendía, lo alababa mucho, me pedía que lo repitiera y se lo aprendía de memoria para después transmitírselo sin parar, equivocando una u otra palabra, a los hombres bestia más apacibles. No concedía importancia alguna a lo sencillo y comprensible. Me inventé algunos «grandes pensamientos» muy curiosos para su uso personal. Ahora creo que era la criatura más tonta que he conocido; había logrado desarrollar de la manera más maravillosa la tontería característica del ser humano sin perder ni un ápice de la idiotez natural del mono.

Como digo, esto fue durante las primeras semanas de soledad entre aquellas bestias. Entonces respetaban los usos establecidos por la Ley y, en general, se comportaban con decoro. En una ocasión descubrí otro conejo hecho jirones (víctima de la hiena cerdo, seguro), pero nada más. Ya era mayo cuando percibí por primera vez una creciente diferencia en su forma de expresarse y

comportarse, una pronunciación más tosca y una menor predisposición al habla. El parloteo de mi hombre mono se hizo cada vez más habitual, aunque era cada vez menos comprensible, más simio. Algunas de las otras criaturas parecían perder el dominio del habla, aunque, por aquel entonces, todavía comprendían lo que les decía. ¿Se imagina ser testigo de cómo el lenguaje, antes claro y exacto, se relaja y vacila, perdiendo forma y significado, y se convierte de nuevo en un mero borboteo de sonido? Y cada vez les costaba más caminar erguidos. Aunque resultaba evidente que se avergonzaban de sí mismos, alguna que otra vez me los encontraba corriendo sobre las puntas de pies y manos, incapaces de recuperar la posición vertical. Sostenían los objetos con mayor torpeza, bebían sorbiendo, comían royendo, se volvían más vulgares cada día que pasaba. Era más consciente que nunca de lo que me había dicho Moreau sobre la «tozuda carne animal». Estaban sufriendo una regresión, una regresión vertiginosa.

Algunos (las precursoras, según constaté con sorpresa, eran todas hembras) empezaron a descuidar las normas de la decencia, en su mayor parte deliberadamente. Otros incluso atentaban en público contra la institución de la monogamia. La tradición de la Ley perdía su fuerza, sin duda. No puedo seguir hablando de este desagradable asunto. Mi hombre perro regresaba de manera casi imperceptible a su condición de perro; poco a poco se volvió tonto, cuadrúpedo y peludo. Apenas me percaté de la transformación de mi compañero, que pasó de ser mi mano derecha a convertirse en el tambaleante perro que se tumbaba a mi lado. Conforme aumentaba la negligencia y la desorganización, la fila de moradas, que nunca había sido agradable, acabó siendo tan repugnante que me marché. Crucé la isla y me construí una casucha de ramas entre las negras ruinas del recinto de Moreau. Me había dado cuenta de que el recuerdo del dolor allí sufrido hacía de aquel lugar el más seguro de todos frente a los hombres bestia.

Sería imposible detallar todos los pasos de la regresión de los monstruos; contar cómo, día tras día, perdían toda apariencia humana; cómo abandonaban vendas y túnicas hasta desprenderse de toda su ropa; cómo el pelo se extendía por sus extremidades al aire; cómo las frentes retrocedían y las caras se abultaban; cómo me

horrorizaba recordar la intimidad casi humana que me había permitido con algunos de ellos durante el primer mes de soledad.

El cambio fue lento e inevitable. Para ellos y para mí, se produjo sin ninguna conmoción final. Seguía caminando entre ellos sin sensación de peligro, ya que no se había producido ningún sobresalto en la espiral descendente que liberase la carga de animalismo explosivo que desbancaba poco a poco a su parte humana. Sin embargo, empecé a temer que dicha conmoción se produjera pronto. Mi bestia San Bernardo me siguió hasta el recinto, y su vigilancia me permitía dormir, a veces, casi en paz. El pequeño perezoso rosa se volvió tímido y me abandonó para regresar a su vida natural entre las ramas de los árboles. Nos encontrábamos en un estado de equilibrio similar al que se observaría en una de esas atracciones callejeras en las que animales de distinto pelaje conviven en armonía, en los instantes inmediatamente posteriores al abandono del domador.

Por supuesto, estas criaturas no se convirtieron en las bestias que el lector conoce de los parques zoológicos, osos, lobos, tigres, bueyes, cerdos y monos normales. Seguían teniendo un aire extraño; en todas aquellas criaturas Moreau había mezclado unos animales con otros. Puede que en uno dominara la parte osuna, en otro la parte felina y en otro la parte bovina, pero todos estaban contaminados por otras criaturas. Una especie de animalismo generalizado asomaba a sus rasgos más específicos. Y los menguantes restos de su humanidad seguían sorprendiéndome de vez en cuando, una reaparición momentánea del habla, por ejemplo, o una inesperada destreza con las patas delanteras, o un lastimoso intento de caminar erguido.

Yo también debí de experimentar cambios raros. La ropa me colgaba del cuerpo como si fueran andrajos amarillos, a través de los cuales se me veía la piel bronceada. Me creció el cabello, que llevaba enmarañado y sucio. Me cuentan que, incluso ahora, mis ojos desprenden un brillo peculiar, que detectan velozmente cualquier movimiento.

Al principio pasaba las horas diurnas en la playa del sur, por si aparecía un barco, esperando y rezando por que apareciera un barco. Contaba con que el Ipecacuanha regresara en algún momento

del año, pero nunca volvió. En cinco ocasiones divisé velas, y en otras dos, humo, aunque jamás se acercó a la isla ninguna embarcación. Siempre tenía una fogata encendida, pero sin duda la achacarían a las características volcánicas del lugar.

Al llegar septiembre u octubre empecé a pensar en fabricar una balsa. Para entonces ya se me había curado el brazo y volvía a contar con ambas manos. En un primer momento mi impotencia me resultó vergonzosa. Jamás había realizado ninguna obra de carpintería o similar, y me pasaba los días entre los árboles experimentando con la hachuela y atando maderas. No tenía cuerdas y no encontraba nada con que fabricarlas; ninguna de las abundantes enredaderas parecía lo bastante grande o resistente, y, a pesar de mi inútil educación científica, no conseguía idear la manera de aumentar dicha resistencia. Me pase más de quince días escarbando entre los restos ennegrecidos del recinto y en la playa, donde habían ardido los botes, en busca de clavos y otras piezas perdidas que pudieran serme de utilidad. De vez en cuando, alguna criatura bestial me observaba y huía corriendo cuando la llamaba. Sufrimos una temporada de tormentas y lluvias torrenciales que retrasó sobremanera mi trabajo, aunque al fin terminé la balsa. Estaba encantado con ella. Sin embargo, con cierta falta de sentido práctico, defecto que siempre me ha supuesto la ruina, la había construido a más de un kilómetro de distancia de la playa y, al arrastrarla hacia ella, se deshizo por el camino. Puede que fuese una suerte no llegar a botarla. No obstante, en aquellos momentos estaba tan hundido por mi incompetencia que me pasé algunos días abatido en la playa, contemplando el mar y pensando en la muerte.

Sin embargo, no deseaba morir, y se produjo un incidente que me sirvió para comprender la locura de dejar transcurrir el tiempo de ese modo, ya que cada nuevo día aquellos monstruos bestiales eran más peligrosos que el anterior. Estaba tumbado a la sombra del recinto, observando el mar, cuando me sorprendió algo frío que me tocaba la piel del talón; al volverme me encontré con el pequeño perezoso rosa mirándome a la cara. Hacía tiempo que había perdido el habla y el movimiento intencional, y el pelo lacio del animalito se hacía cada vez más grueso, mientras sus garras achaparradas se seguían torciendo. Gimió al ver que había llamado mi atención, se

alejó un poco hacia los arbustos y me miró de nuevo.

Al principio no lo entendí, pero al final se me ocurrió que deseaba que lo siguiera, y eso hice, despacio (ya que era un día caluroso). Cuando llegó a los árboles trepó por ellos, puesto que le costaba menos desplazarse entre las plantas trepadoras que por el suelo.

De repente, en una zona llena de pisadas, me topé con un grupo atroz. Mi San Bernardo yacía en el suelo, muerto, y cerca de su cuerpo estaba agachada la hiena cerdo, tirando de la temblorosa carne con las deformes garras, royéndola y gruñendo de placer. Al acercarme, el monstruo me miró con rabia y me enseñó los dientes, manchados de sangre, mientras rugía una amenaza. No temía ni se avergonzaba; el último vestigio de su mácula humana había desaparecido. Di un paso más, me detuve y saqué el revólver. Por fin estábamos cara a cara.

La bestia no hizo ademán de retroceder, sino que echó las orejas atrás, se le erizó el pelo y se agazapó. Apunté entre los ojos y disparé. Al hacerlo la criatura se lanzó contra mí de un salto, y yo acabé en el suelo como un bolo. Alargó la tullida mano y me golpeó en el rostro. El impulso hizo que acabara sobre mí. Caí bajo la parte trasera de su cuerpo, pero, por suerte, había acertado el tiro, y la criatura había muerto en el instante de saltar. Salí a rastras de debajo de su vacilante cadáver. Al menos había terminado con aquel peligro, aunque sabía que no era más que la primera de la serie de regresiones que se avecinaba.

Quemé los dos cuerpos en una pira de arbustos. Ya veía con claridad que, de no abandonar la isla, mi muerte era cuestión de tiempo. Las criaturas, salvo un par de excepciones, habían salido del barranco y se habían construido guaridas acordes a sus gustos entre la maleza de la isla. Pocos merodeaban durante el día; la mayoría dormía, y cualquier recién llegado habría pensado que la isla estaba abandonada. Sin embargo, por la noche el aire se llenaba de atroces llamadas y aullidos. Estaba medio decidido a matarlos a todos, a montar trampas o a luchar contra ellos con mi cuchillo. De haber contado con balas suficientes no habría vacilado en iniciar la matanza. Apenas quedaría una veintena de los peligrosos carnívoros; el más valiente ya estaba muerto. Tras el asesinato de

mi pobre perro, mi último amigo, yo también tomé por costumbre, hasta cierto punto, dormir de día, para así poder estar en guardia de noche. Reconstruí mi guarida dentro de los muros del recinto y dejé una abertura tan estrecha que cualquier criatura que pretendiera entrar se habría visto obligada a causar un estrépito considerable. Las bestias habían perdido la habilidad de encender fuego y de nuevo lo temían. Me dediqué otra vez, casi con pasión, a unir estacas y ramas para fabricarme una balsa con la que huir.

Me encontré con mil dificultades. Soy un hombre muy poco habilidoso (fui a la escuela antes de que empezaran a enseñarse manualidades), pero di con la mayoría de las piezas necesarias para hacer una balsa de una u otra torpe manera, y esta vez procuré que fuese resistente. El único obstáculo insalvable era que no tenía recipientes para el agua que necesitaría si me alejaba flotando por aquellos mares casi inexplorados. Habría llegado a probar con la alfarería, pero en la isla no había arcilla. Me dediqué a dar vueltas por la isla, lamentándome, intentando con todas mis fuerzas superar aquel último escollo. A veces sufría ataques de rabia y desahogaba mi intolerable irritación reduciendo a astillas algún desdichado árbol. Pero no se me ocurría nada.

Entonces llegó un día, un día maravilloso, que pasé en completo éxtasis. Vi una vela al sureste, una velita como la de una pequeña goleta, y corrí a prender la gran pila de arbustos. Me coloqué al calor del fuego y del sol del mediodía, a la espera. Todo el día observé aquella vela, sin beber ni comer nada, de tal modo que la cabeza me daba vueltas; las bestias se acercaron a mirarme, extrañadas, para después apartarse de nuevo. El barco seguía lejos cuando llegó la noche y se lo tragó, y toda la noche trabajé para mantener las llamas encendidas y bien altas, y los ojos de las bestias brillaban entre las sombras, maravillados. Al alba estaba más cerca, y vi que era la sucia vela al tercio de un bote pequeño. Tenía los ojos cansados de tanto mirar, así que escudriñé las aguas, sin poder creer lo que veía. En el bote había dos hombres sentados, uno a proa y otro al timón. Sin embargo, la embarcación navegaba siguiendo un rumbo extraño. No miraba al viento; avanzaba dando guiñadas.

Con la luz del día empecé a agitar lo que quedaba de mi

chaqueta para llamar su atención, pero no me vieron y siguieron sentados sin moverse, uno frente al otro. Me acerqué a la parte más baja del promontorio, y gesticulé y grité. No hubo respuesta, y el bote siguió avanzando sin rumbo fijo, acercándose muy, muy despacio a la bahía. De repente, un gran pájaro blanco lo sobrevoló y ninguno de los dos hombres se movió. Voló en círculos a su alrededor, hasta que al fin bajó en picado con las fuertes alas extendidas.

Entonces dejé de gritar, me senté en el promontorio con la barbilla apoyada en las manos y me quedé mirando. Despacio, muy despacio, el bote siguió hacia el oeste. Habría nadado hacia él, pero algo, un escalofrío indefinido, me retenía. Por la tarde, la marea lo varó y lo dejó a unos cien metros al oeste de las ruinas del recinto.

Los hombres del bote estaban muertos, llevaban tanto tiempo muertos que se hicieron pedazos cuandoladeé la embarcación para echarlos fuera. Uno tenía una mata de pelo rojo como la del capitán del Ipecacuanha, y había una sucia gorra blanca en el fondo del bote. Mientras estaba de pie junto al bote, tres criaturas salieron con sigilo de entre los árboles y se acercaron, husmeando el aire. Un espasmo de asco se apoderó de mí. Empujé el bote playa abajo y subí a bordo. Dos de las criaturas eran seres lobo, y avanzaban con los hocicos temblorosos y los ojos relucientes; la tercera era la indescriptible criatura mezcla de oso y buey.

Cuando los vi aproximarse a los atroces restos humanos, cuando los oí gruñirse entre ellos y vi el brillo de sus dientes, mi asco dio paso a un horror frenético. Les di la espalda, arrié la vela y me interné, remando, en el mar. No era capaz de volver la vista atrás.

Aquella noche la pasé entre el arrecife y la isla, y a la mañana siguiente fui hasta el arroyo y llené de agua el barrilete vacío del bote. Después, con toda la paciencia de la que pude hacer acopio, recogí algo de fruta, y atacué y maté a dos conejos con mis últimas tres balas. Mientras hacía aquello, dejé el bote amarrado a un saliente interior del arrecife, por miedo a los monstruos bestiales.

EL HOMBRE SOLO

Solté amarras a última hora de la tarde y salí a la mar con un suave viento del suroeste, lento y constante, y la isla se fue haciendo cada vez más pequeña y la recta aguja de humo se convirtió en una menguante línea que se recortaba contra la cálida puesta de sol. El océano se alzaba a mi alrededor, ocultándome aquella baja extensión de tierra oscura. La luz del día, la gloriosa estela del sol, se fue alejando del cielo, apartada como una luminosa cortina, y al fin pude contemplar aquel golfo de inmensidad azul que la luz solar esconde y ver las huestes de estrellas flotantes. El mar guardaba silencio, el cielo guardaba silencio; estaba a solas con la noche y el silencio.

Y así fui a la deriva durante tres días, comiendo y bebiendo con moderación, y meditando sobre todo lo que me había sucedido, sin grandes deseos de volver a ver a ningún ser humano. Me tapaba con un trapo sucio y mi cabello era un negro enredo. Con razón, mis descubridores me tomaron por un demente. Es curioso, pero no anhelaba regresar a la civilización. Tan solo me alegraba de haberme librado de la inmundicia de los monstruos bestiales. Al tercer día me recogió un bergantín de Apia que iba rumbo a San Francisco. Ni el capitán ni el segundo se creyeron mi historia, supusieron que la soledad y el peligro me habían vuelto loco. Como temía que los demás compartieran su opinión, me abstuve de contar mis aventuras a nadie más y aseguré no recordar nada de lo sucedido desde la desaparición del Lady Vain hasta el momento de mi rescate, es decir, un año entero.

Tuve que actuar con mucha cautela para librarme de las sospechas de demencia. Me atormentaban los recuerdos de la Ley, de los dos marineros muertos, de las emboscadas en la oscuridad, del cadáver en el cañaveral. Y, por muy antinatural que parezca, con el regreso a la civilización no recuperé la confianza ni desperté las simpatías que esperaba, sino que experimenté un extraño agravamiento de la incertidumbre y el miedo sufridos durante mi estancia en la isla. Nadie me creía, era casi tan peculiar para la gente como para el pueblo de las bestias. Puede que se me contagiara parte del salvajismo natural de mis compañeros.

Dicen que el terror es una enfermedad, y, en cualquier caso, doy fe de que, desde hace varios años, vivo presa del temor y el desasosiego, un desasosiego similar al que pudiera experimentar un cachorro de león a medio domar. Mi inquietud adoptó una forma extraña: no lograba convencerme de que los hombres y las mujeres que conocía no eran también animales humanizados, si acaso más perfectos, animales cincelados para darles la apariencia externa de seres con alma humana; creía que, al final, sufrirían una regresión, que irían revelando un rasgo animal tras otro. Sin embargo, he confiado mi caso a un hombre de habilidad singular, un hombre que conoció a Moreau y se creyó a medias mi historia, un especialista mental, y él me ha ayudado mucho.

Aunque no albergo la esperanza de que el terror de aquella isla me abandone del todo algún día, la mayor parte del tiempo permanece oculto tras mis pensamientos, convertido en una nube distante, un recuerdo y una leve desconfianza; pero hay veces en las que la nubecilla se extiende hasta oscurecer por completo el cielo. Entonces miro a mi alrededor, a mis congéneres, y soy presa del terror. Veo rostros entusiastas y relucientes; otros aburridos o peligrosos; otros inestables, poco sinceros; ninguno con la tranquila autoridad de un alma razonable. Siento como si el animal resurgiera en ellos; que, al final, la degradación de los isleños se repetirá una y otra vez a gran escala. Sé que se trata de una ilusión, que estos, en apariencia, hombres y mujeres que me rodean son, de hecho, hombres y mujeres, hombres y mujeres para siempre; criaturas perfectamente razonables llenas de deseos y tiernas preocupaciones humanas, emancipadas del instinto, y no esclavas de ninguna Ley

fantástica... Seres completamente distintos a los del pueblo de las bestias. No obstante, huyo de ellos, de sus miradas curiosas, de sus preguntas y su ayuda, y deseo alejarme de todos y estar solo.

Por este motivo vivo cerca de las amplias colinas desiertas, a las que puedo escapar siempre que esa sombra me enturbia el alma; y, entonces, las colinas me parecen un paraíso bajo el cielo barrido por el viento. Cuando vivía en Londres el horror me resultaba poco menos que insoportable. No podía huir de la humanidad; sus voces entraban por las ventanas, y las puertas cerradas a cal y canto me parecían endebles salvaguardas. Salía a la calle para luchar contra mi delirio, y las mujeres me acechaban con sus maullidos; los hombres me lanzaban furtivas miradas hambrientas; los obreros, pálidos y fatigados, pasaban tosiendo a mi lado con ojos de cansancio y pasos ansiosos, como ciervos heridos chorreando sangre; los ancianos, encorvados y grises, caminaban murmurando para sí; y nadie reparaba en una irregular fila de niños burlones. Entonces me metía en un templo, y tal era mi inquietud que, incluso allí, me parecía que el pastor farfullaba «grandes pensamientos», igual que el hombre simio; o entraba en una biblioteca, y las caras concentradas sobre los libros se me antojaban criaturas pacientes esperando a su presa. Especialmente nauseabundos eran los rostros inexpresivos de la gente en los trenes y los ómnibus; más que mis iguales, eran como cadáveres, así que no me atrevía a viajar, a no ser que supiera con certeza que lo haría solo. E incluso me parecía que yo no era una criatura razonable, sino un animal atormentado con un extraño trastorno mental que lo impulsaba a vagar a solas, como una oveja aquejada de modorra.

Sin embargo, gracias a Dios, ya no sufro tan a menudo estos ataques. Me he apartado de la confusión de las ciudades y las multitudes, y paso los días rodeado de libros sabios, que son ventanas resplandecientes en nuestra vida, iluminadas por el brillo de las almas de los hombres. Veo a pocos desconocidos y tengo un servicio doméstico reducido. Dedico mis días a la lectura y a los experimentos químicos, y gran parte de las noches despejadas, al estudio de la astronomía. Las titilantes huestes del cielo me inspiran, aunque no sé decir cómo ni por qué, un sentimiento de infinita paz y protección. Creo que debe de ser allí, en las vastas y

eternas leyes de la materia, y no en las preocupaciones, pecados y problemas diarios de los hombres, donde lo que está más allá de nuestro ser animal puede encontrar solaz y esperanza. Eso espero, porque, si no, no podría vivir. Y así, entre la esperanza y la soledad, concluye mi historia.

EDWARD PRENDICK

EL HOMBRE INVISIBLE

1

LA LLEGADA DE LO DESCONOCIDO

El desconocido llegó un día invernal de principios de febrero, con un viento cortante y una intensa nevada, la última del año, bajando a pie por las colinas desde la estación de ferrocarril de Bramblehurst. Llevaba guantes y un baulito de viaje en la mano, iba abrigado de pies a cabeza, y el ala de su blando sombrero de fieltro le tapaba la cara casi por completo, salvo la reluciente punta de la nariz. Unos montoncitos de nieve se le habían acumulado encima de los hombros y en la pechera, y habían adornado con una cresta blanca la carga que transportaba. Entró dando traspiés en el Coach and Horses, más muerto que vivo, y dejó caer su baúl.

—¡Un fuego, por caridad! —exclamó—. ¡Una habitación y un fuego!

Dio unos cuantos pisotones en el suelo y se sacudió la nieve en el bar, después de lo cual siguió a la señora Hall hasta el salón de huéspedes para cerrar el trato. Y, sin más presentaciones que estas palabras y un par de soberanos lanzados sobre la mesa, se alojó en la fonda.

La señora Hall encendió la chimenea y lo dejó allí mientras ella misma se disponía a prepararle la comida. Que un huésped parara en Iping en la temporada de invierno era una suerte inusitada, por no hablar de un huésped que no fuera dado a regateos, así que estaba más que decidida a demostrar lo merecido de su buena fortuna.

En cuanto el beicon estuvo en marcha y hubo espabilado a Millie, su desidiosa ayudante, con unas cuantas y certeras

expresiones de desdén, llevó el mantel, platos y vasos al salón, y empezó a colocarlos con gran brío. Aunque ardía un fuego vivo, la sorprendió descubrir que su visitante seguía con el sombrero y el abrigo puestos. El desconocido se encontraba de pie, de espaldas a ella, mirando por la ventana la nieve que caía en el patio.

Tenía las manos enguantadas cruzadas detrás de la espalda, y parecía sumido en sus pensamientos. La señora Hall se dio cuenta de que la nieve derretida que todavía le salpicaba los hombros estaba goteando sobre su moqueta.

—¿Me permite llevarme su sombrero y su abrigo, señor, para que se los seque como Dios manda en la cocina?

—No —respondió el hombre sin volverse.

La señora no sabía si había oído bien, y estuvo a punto de repetir la pregunta.

El desconocido volvió la vista atrás y la miró por encima del hombro.

—Prefiero dejármelos puestos —añadió con decisión, y ella se percató de que llevaba unos enormes anteojos azules con laterales de cristal, y de que tenía unas pobladas patillas que le sobresalían por el cuello del abrigo y le ocultaban por completo tanto las mejillas como el resto de la cara.

—Muy bien, señor —respondió ella—, como guste. La habitación estará más caliente dentro de un minuto.

Sin responder, el huésped giró la cara de nuevo, y la señora Hall intuyó que sus intentos de iniciar una conversación no eran oportunos, así que colocó el resto de los utensilios en la mesa con aire brusco y salió rápidamente del cuarto. Cuando regresó, el hombre seguía en el mismo sitio, como si estuviese hecho de piedra, con la espalda encorvada, el cuello subido, la chorreante ala del sombrero bajada, y la cara y las orejas escondidas por completo. La señora dejó los huevos y el beicon en la mesa con un retintín considerable y, más que avisarlo, le anunció:

—La comida está servida, señor.

—Gracias —respondió él a su vez, y no se movió hasta que ella empezó a cerrar la puerta; después se volvió y se acercó a la mesa.

Cuando la dueña de la fonda se metió detrás de la barra para entrar en la cocina, oyó un sonido que se repetía a intervalos

regulares. Era un clic, clic, clic, el ruido de alguien batiendo velozmente con una cuchara en un cuenco.

—¡Esta chica! —exclamó—. ¡Dame! Se me había ido el santo al cielo. ¡Si no fueses tan lenta!

Mientras terminaba de mezclar ella misma la mostaza, lanzó a Millie unas cuantas pullas para reprenderla por su excesiva tardanza. Ella había cocinado el beicon y los huevos, había puesto la mesa y había preparado todo lo demás, mientras que Millie (¡menuda ayuda!) solo había conseguido retrasar la mostaza. ¡Y con un huésped nuevo que deseaba quedarse! Una vez que hubo terminado, llenó el bote de la mostaza y, tras colocarlo con cierta ceremonia en una bandeja de té dorada y negra, lo llevó al salón.

Llamó a la puerta y entró sin demora. Al hacerlo, su visitante también se movió con celeridad, de modo que la señora apenas vislumbró un objeto blanco que desaparecía bajo la mesa. Daba la impresión de que el desconocido estuviera recogiendo algo del suelo. Ella dejó el bote de mostaza en la mesa y entonces se percató de que el hombre había colgado el abrigo y el sombrero en una silla, frente a la chimenea. Un par de botas mojadas amenazaban con oxidarle la rejilla de acero. Se dirigió hacia ellas con paso decidido.

—Supongo que ya puedo llevármelos para secarlos —dijo en un tono de voz que no admitía réplica.

—Deje el sombrero —respondió él con voz apenas audible, y, al volverse, la señora Hall vio que el hombre había levantado la cabeza y la estaba mirando.

Por un instante se quedó boquiabierta, demasiado sorprendida para pronunciar palabra.

El desconocido sostenía una tela blanca (una servilleta que llevaba consigo) sobre la parte inferior de su cara, de modo que la boca y la mandíbula quedaban completamente ocultas, y por ese motivo costaba oírlo. No obstante, no fue eso lo que sobresaltó a la señora Hall, sino el hecho de que la frente, que asomaba por encima de las gafas azules, estaba cubierta por un vendaje blanco, y que otro le cubría las orejas, sin dejar ni un centímetro de rostro a la vista, salvo la puntiaguda nariz rosa. La nariz era de un rosa chillón y tan reluciente como antes. Además, el desconocido llevaba una

chaqueta de terciopelo marrón oscuro con un cuello alto negro revestido de lino que se había subido para taparse la garganta. El abundante pelo negro, que se le escapaba como podía por debajo y entre las vendas, se proyectaba hacia fuera formando curiosas colas y cuernos, lo que le otorgaba la apariencia más extraña que pudiera imaginarse. Aquella cabeza cubierta y vendada se asemejaba tan poco a lo que esperaba la señora que, por un momento, se quedó petrificada.

El desconocido no apartó la servilleta, sino que siguió sosteniéndola con una mano que, ahora la señora se dio cuenta, todavía tenía puesto un guante marrón.

—Deje el sombrero —pidió el hombre con mucha claridad a través de la tela blanca, mientras la miraba con sus inescrutables gafas azules.

La señora Hall empezó a recuperar el temple tras la conmoción sufrida y dejó de nuevo el sombrero en la silla, frente al fuego.

—Señor, no tenía idea de...

Dejó la frase sin terminar, avergonzada.

—Gracias —respondió él secamente, moviendo los ojos de la mujer a la puerta y de la puerta a la mujer.

—Se lo pondré todo a secar de inmediato, señor —repuso la señora Hall, y sacó las prendas del cuarto.

Volvió a mirar aquella cabeza envuelta en blanco y aquellos anteojos azules cuando salía, pero el hombre seguía sin apartar la servilleta. La señora se estremeció un poco al cerrar la puerta tras de sí, y en el rostro quedaba patente su sorpresa y su perplejidad.

—Jamás me lo habría imaginado —susurró—. ¡Vaya!

Fue en silencio a la cocina y tan ensimismada estaba cuando entró allí que incluso olvidó preguntar a Millie con qué andaba enredando.

El visitante se sentó, atento a las pisadas que se alejaban; después miró con inquietud hacia la ventana antes de quitarse la servilleta y seguir comiendo. Dio un bocado, lanzó otra mirada suspicaz hacia la ventana, dio otro bocado, se levantó y, servilleta en mano, cruzó la habitación para bajar el estor hasta la parte superior de la gasa blanca que cubría los cristales inferiores. De este modo el salón quedó en penumbra y el hombre regresó más

tranquilo a la mesa para seguir comiendo.

—Ese pobre infeliz tuvo un accidente, una operación o algo así —dijo la señora Hall—. Blanca como la cera me he quedado con tanto vendaje, ¡madre mía!

Echó más carbón, desplegó el tendedero y extendió encima el abrigo del viajero.

—¡Y esas gafas! Vaya, pero ¡si parecía más un casco de buzo que un ser humano! —exclamó mientras colgaba la bufanda en una esquina del tendedero—. Y con ese pañuelo puesto en la boca todo el rato, hablando a través de él... Puede que también se hiciera algo en la boca, puede... —Entonces se volvió de repente, como si recordara algo—. ¡Bendito sea el Señor! —exclamó, desviándose del tema—. ¿Todavía no has terminado con esas patatas, Millie?

Cuando la señora Hall fue a recoger la comida del desconocido, creyó confirmar la teoría de que también se había cortado o desfigurado la boca en el accidente que, según ella, habría sufrido, ya que lo encontró fumando una pipa, pero mientras ella estuvo en el cuarto el hombre no se aflojó la bufanda de seda (que se había enrollado en torno a la parte inferior de la cara) para llevarse la boquilla a los labios. Y no fue por olvido, ya que la señora se percató de que el hombre observaba la pipa y dejaba que se fuera apagando. Permanecía sentado en una esquina, de espaldas a la ventana tapada, y tras haber comido y bebido y haberse calentado lo suficiente, habló con menos concisión y agresividad que antes. El reflejo del fuego prestaba a sus grandes anteojos una especie de roja vivacidad de la que antes carecían.

—Tengo algo de equipaje en la estación de Bramblehurst —comentó; y luego preguntó a la señora Hall cómo podía hacer para que se lo llevaran a la fonda.

Inclinó la vendada cabeza con bastante educación mientras escuchaba la explicación de su anfitriona.

—¡Mañana! —exclamó a continuación—. ¿No hay posibilidad de una entrega más rápida?

—No —respondió ella, cosa que pareció decepcionarlo sobremanera.

El desconocido insistió y le preguntó si estaba segura y si no había ningún hombre con un carruaje ligero dispuesto a recogerlo.

La señora Hall respondió sin inconveniente alguno y propició así una conversación.

—La carretera de las colinas está muy empinada, señor —dijo para responder a la pregunta acerca del carruaje. Y después, aprovechando la oportunidad, añadió—: Sí que había un carruaje, pero volcó hace un año y pico. Un caballero murió, además del cochero. Los accidentes suceden en un santiamén, señor, ¿no es verdad?

Sin embargo, el visitante no se dejó arrastrar tan fácilmente.

—Verdad —respondió a través de la bufanda mientras la miraba desde el otro lado de sus impenetrables gafas.

—Y se tarda en recuperarse bien, ¿eh? Verá, el hijo de mi hermana, Tom, se cortó el brazo con una guadaña, se tropezó con ella en el henar y, ¡válgame el cielo! Tres meses que se pasó en cama, señor. Era para no creérselo. Desde entonces me da miedo hasta mirar una guadaña, señor.

—Lo entiendo perfectamente —respondió el visitante.

—Una vez temió que tendrían que hacerle una operación... Tan mal estaba, señor.

El visitante se rio de forma brusca, con una risa que se asemejaba a un ladrido, y que procuró morder y eliminar antes incluso de que saliera de su boca.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—Sí, señor. Y no tuvo nada de gracia, sobre todo porque lo crié como a un hijo... Mi hermana estaba demasiado ocupada con los pequeños. Había vendajes que poner, señor, y vendajes que quitar. Así que, si se me permite decirlo, señor...

—¿Me podría traer unas cerillas? —la interrumpió de repente el visitante—. Se me ha apagado la pipa.

La señora Hall se vio obligada a callarse. Sin duda, era una grosería por parte del huésped, después de haberle contado todo lo que había hecho por su sobrino. Se quedó mirándolo con la boca abierta durante un momento, pero entonces recordó los dos soberanos y fue a por las cerillas.

—Gracias —fue el conciso comentario del caballero cuando se las entregó, antes de darle la espalda y ponerse a mirar por la ventana de nuevo. Era demasiado desalentador. Estaba claro que el

hombre era muy sensible al tema de las operaciones y las vendas. Al fin y al cabo, la señora Hall no había terminado de decir lo que pedía permiso para explicar... No obstante, el desaire del desconocido la había irritado, y Millie lo pagó con creces aquella tarde.

El visitante se quedó en el salón hasta las cuatro sin ofrecer ni la sombra de una excusa que justificara una intromisión. Durante la mayor parte del tiempo no hizo ningún ruido; era como si hubiera pasado el resto del día fumando a la luz de la chimenea, puede que dormitando, mientras oscurecía.

Es posible que, de vez en cuando, algún curioso lo oyera revolver las brasas, y, durante unos cinco minutos, se lo oyó caminar de un lado a otro. Parecía hablar solo. Pero después el sillón crujió cuando volvió a sentarse.

2

LAS PRIMERAS IMPRESIONES DEL SEÑOR TEDDY HENFREY

A las cuatro de la tarde, cuando ya estaba bastante oscuro y la señora Hall había reunido el valor para entrar a preguntar al visitante si quería tomar el té, Teddy Henfrey, el relojero, entró en el bar.

—¡Por todos los santos! ¡Señora Hall, no hace tiempo para botas finas! —exclamó; la nieve caía ahora con más intensidad.

La señora Hall asintió, y entonces se percató de la bolsa que llevaba con él.

—Ya que está aquí, señor Teddy, me haría un favor si echara una ojeada al viejo reloj del salón. Funciona y da la hora con alegría, pero la manecilla pequeña no hace más que apuntar a las seis.

Y, abriendo la marcha, se dirigió a la puerta del salón, llamó y entró.

Al abrir la puerta vio que su visitante estaba sentado en el sillón frente a la chimenea y parecía dormitar, con la vendada cabeza caída a un lado. La única luz del cuarto era el brillo rojo del fuego (que le iluminaba los ojos como si fuesen adversas señales de la vía férrea, pero que dejaba a oscuras el rostro agachado) y los últimos vestigios del día, que entraban por la puerta abierta. Todo estaba rojizo, en penumbra y poco claro para la señora Hall, sobre todo porque acababa de salir de la luz de la lámpara del bar y sus ojos no se habían acostumbrado a la oscuridad. Sin embargo, durante un segundo, le pareció que aquel hombre tenía una enorme boca

abierta, una boca vasta e increíble que se tragaba toda la parte inferior de su cara. Esa fue su sensación durante un instante: la cabeza blanca, los monstruosos ojos saltones y el gigantesco bostezo debajo de ellos. De pronto el desconocido se movió, se enderezó con un sobresalto y levantó la mano. La señora Hall abrió la puerta de par en par, de modo que entrara más claridad en el cuarto, y entonces pudo comprobar que lo que tenía sobre la cara era la bufanda, igual que antes la servilleta. Supuso que las sombras la habían engañado.

—Señor, ¿le importaría que este caballero le echara un vistazo al reloj? —preguntó tras recuperarse de la impresión.

—¿El reloj? —repuso él tras mirar a su alrededor, medio dormido, hablando a través de su mano. Después, ya más despierto, añadió—: Adelante, por supuesto.

La señora Hall fue a por una lámpara y el desconocido se levantó y se estiró. Entonces llegó la luz, y el señor Teddy Henfrey entró y se encontró con aquella persona vendada. Según dijo, quedó «perplejo».

—Buenas tardes —saludó el desconocido, mirándolo, tal como dijo Henfrey refiriéndose de una forma muy gráfica a los anteojos oscuros, «como una langosta».

—Espero no importunar —dijo el señor Henfrey.

—De ningún modo —respondió el desconocido—. Aunque entiendo que este salón debería ser para mi uso privado —añadió, mirando a la señora Hall.

—Me pareció, señor, que preferiría que el reloj estuviera... —empezó ella, pero se calló, ya que iba a decir «como nuevo».

—Sin duda, sin duda, aunque, por lo general, me gusta estar solo y que no me molesten. En cualquier caso, me alegro de que arreglen el reloj —añadió, al percatarse de la vacilación del señor Henfrey—. Me alegro mucho.

El señor Henfrey había pensado en pedir disculpas y retirarse, pero aquel agradecimiento de antemano lo tranquilizó. El desconocido se volvió hacia el lado contrario y se llevó las manos a la espalda.

—Y en unos minutos, cuando el reloj esté arreglado, creo que me gustaría tomar el té —dijo el desconocido—. Aunque no antes

de que termine el relojero.

La señora Hall estaba a punto de salir del cuarto (esta vez no intentó iniciar ninguna conversación, ya que no quería que la desairaran delante del señor Henfrey) cuando el visitante le preguntó si había dispuesto lo de su equipaje en Bramblehurst. Ella le comentó que había hablado del asunto en correos y que el cartero se lo llevaría al día siguiente.

—¿Seguro que no hay posibilidad de hacerlo antes? —preguntó el desconocido.

La mujer estaba segura, y así lo afirmó, no sin cierta frialdad.

—Debería explicarle —añadió el desconocido—, ya que antes el frío y el cansancio me lo impidieron, que soy un investigador científico.

—No me diga, señor —respondió la señora Hall, muy impresionada.

—Y en mi equipaje transporto todos mis aparatos e instrumentos.

—Y muy útiles que son, sí, señor.

—Y, naturalmente, estoy ansioso por seguir con mis experimentos.

—Por supuesto, señor.

—La idea de venir a Iping —siguió diciendo, con cierta parsimonia— surgió... por la necesidad de estar solo. No deseo que me molesten mientras trabajo. Además de mi trabajo, un accidente...

—Eso me parecía —dijo para sí la señora Hall.

—... requiere de un tiempo de retiro. A veces tengo los ojos débiles y me duelen tanto que debo encerrarme a oscuras durante largas horas. Con llave. A veces, de vez en cuando. Ahora mismo no, por descontado. En esos momentos, la más nimia molestia, la entrada de un desconocido en el cuarto, me supone una irritación atroz. Me gustaría que todos lo comprendieran.

—Sin duda, señor —repuso la señora Hall—. Y, si me permite el atrevimiento...

—Creo que eso es todo —la cortó el desconocido con aquel arrollador aire de irrevocabilidad que era capaz de adoptar a placer.

La señora Hall se guardó sus preguntas y su compasión para una

ocasión mejor.

Cuando la señora salió del cuarto, el visitante se quedó de pie frente al fuego, mirando con rabia al señor Henfrey mientras este trabajaba, o al menos así lo sintió y relató luego. El señor Henfrey no solo sacó las manecillas del reloj y la esfera, sino también la maquinaria; e intentó trabajar con toda la lentitud, el silencio y la sencillez del mundo. Lo hizo con la lámpara muy cerca, y la pantalla verde proyectaba una brillante luz sobre sus manos, el armazón y el engranaje, aunque dejaba en sombras el resto de la habitación. Cuando alzaba la vista, unas manchas de colores le bailaban en los ojos. Como era un hombre curioso por naturaleza, había extraído la maquinaria (un procedimiento completamente innecesario) con la idea de retrasar su partida y, quizá, entablar una conversación con el desconocido. Pero él se quedó allí, en silencio e inmóvil. Tan inmóvil que puso nervioso a Henfrey, quien se sintió solo en el cuarto, pero cuando levantó la mirada, allí estaba, gris y oscura, la cabeza vendada con las enormes lentes azules que lo miraban fijamente, con una niebla de puntitos verdes flotando delante de la imagen. Era un espectáculo tan asombroso para Henfrey que, durante un minuto, permanecieron mirándose el uno al otro. Entonces, el relojero bajó de nuevo la mirada. ¡Qué situación tan incómoda! Le habría gustado decir algo, ¿debía comentar que hacía frío para aquella época del año?

Subió la cabeza como si apuntara antes del disparo introductorio.

—Hace... —empezó.

—¿Por qué no termina de una vez y se marcha? —lo interrumpió la rígida figura, a la que, evidentemente, le costaba un gran esfuerzo contener la rabia—. Solo tiene que fijar la manecilla de las horas en su eje. Está usted aparentando...

—Enseguida, señor, un minuto más, señor. Se me había pasado...

El señor Henfrey terminó y se fue. Sin embargo, se marchó excesivamente molesto.

—Pero ¡bueno! —exclamó para sí mientras arrastraba los pies por la nieve del pueblo—. Uno tiene que abrir un reloj de vez en cuando, vamos.

Y de nuevo:

—¿Es que no se le puede mirar? ¡So feo!

Y otra vez:

—Pues parece que no. Parece que lo busque la policía, tan vendado y tapadito.

En la esquina de Gleeson vio a Hall, que conducía de regreso de su trayecto. El hombre, que acababa de casarse con la anfitriona del desconocido en el Coach and Horses, ahora trabajaba en el transporte público de Iping, llevando hasta Sidderbridge Junction a todo aquel que lo necesitara. No cabía duda de que Hall había «parado un momentín» en Sidderbridge, a juzgar por su conducción.

—¿Qué tal vamos, Teddy? —preguntó al pasar.

—¡Tienes a una buena pieza en casa! —contestó Teddy.

—¿Cómo es eso? —preguntó Hall, deteniéndose a su lado, muy sociable.

—Hay un cliente de los raros en el Coach and Horses —dijo Teddy—. ¡Ya te digo!

Y procedió a ofrecer a Hall una detallada descripción de su grotesco huésped.

—Parece un poco como un disfraz, ¿a que sí? Si yo tuviera a un hombre durmiendo en mi casa, me gustaría verle la cara —siguió diciendo Henfrey—. Pero las mujeres son así de confiadas... con los desconocidos. Está en tus habitaciones y ni siquiera ha dado un nombre, Hall.

—¡No me digas! —repuso Hall, que era un hombre lento de reflejos.

—Sí. Ha pagado una semana. Sea lo que sea, no podrás librarte de él antes de una semana. Y mañana le llega un montón de equipaje, o eso dice él. Esperemos que no sean cajas con piedras, Hall.

Entonces contó a Hall que a su tía de Hastings la había timado un hombre que llevaba baúles de viaje vacíos. Al final dejó a Hall un tanto receloso.

—Arriba, vieja —dijo a su caballo—, supongo que tendré que tomar cartas en el asunto.

Teddy siguió su camino arrastrando los pies y bastante aliviado.

No obstante, en vez de «tomar cartas en el asunto», Hall recibió

una buena reprimenda de su esposa por haberse entretenido tanto en Sidderbridge, así que sus tímidos intentos de preguntar por el extranjero recibieron respuestas cortantes que no vienen al caso. Sin embargo, la semilla de la sospecha que había plantado Teddy germinó en la mente del señor Hall a pesar de los obstáculos.

—Las mujeres no lo sabéis todo —dijo, decidido a averiguar algo más sobre la personalidad de su huésped lo antes posible.

Cuando el desconocido se fue a la cama, aproximadamente a las nueve y media, el señor Hall entró con aire agresivo en el salón y miró fijamente los muebles de su mujer, solo para demostrar que el extraño no era el amo del lugar, e inspeccionó de cerca y con algo de desdén una hoja llena de cálculos matemáticos que encontró sobre la mesa. Antes de retirarse a su dormitorio, ordenó a la señora Hall que examinara con detenimiento el equipaje del desconocido cuando llegara, al día siguiente.

—Tú métete en tus asuntos, Hall —respondió ella—, que yo me ocuparé de los míos.

Estaba más que dispuesta a saltar ante los comentarios de su marido porque aquel extraño era, sin lugar a dudas, un extraño de lo más extraño, y ella tampoco sabía a qué atenerse. Se despertó en plena noche de un sueño repleto de enormes cabezas, blancas como nabos, con grandes ojos negros, que la perseguían desde el extremo de cuellos de un largo interminable. Sin embargo, como era una mujer sensata, dominó sus temores, se dio la vuelta y se durmió de nuevo.

3

LAS MIL Y UNA BOTELLAS

Así fue como el noveno día de febrero, al inicio del deshielo, apareció esta singular persona en Iping, como salida de la nada. Al día siguiente su equipaje recorrió la nieve medio derretida hasta llegar a la fonda. Y el equipaje no era precisamente escaso. Había un par de baúles, en efecto, como los que necesitaría cualquier hombre racional, aunque además había una caja de libros (libros gordos y grandes, algunos escritos con una caligrafía incomprensible) y una docena o más de cajas, cajones y maletines con objetos envueltos en paja, que a Hall (que tiraba con disimulada curiosidad de las briznas) le parecieron botellas de cristal. El desconocido, tapado con sombrero, abrigo, guantes y bufanda, salió con aire impaciente para recibir el carro de Fearenside mientras Hall cotilleaba un poco con el conductor antes de ayudar a meter el equipaje dentro. El huésped salió sin percatarse de la presencia del perro de Fearenside, que olisqueaba con espíritu de diletante las piernas de Hall.

—Vamos con esas cajas —dijo—. Ya he esperado más que de sobra.

Y bajó los escalones hacia la parte de atrás del carro, haciendo ademán de coger la caja más pequeña.

Sin embargo, nada más verlo, el perro de Fearenside empezó a erizarse y a gruñir como un salvaje, y, cuando el hombre bajó las escaleras, el perro dio un brinco indeciso y se lanzó contra su mano.

—¡Eh! —gritó Hall retrocediendo de un salto, pues no era muy amigo de perros.

—¡Siéntate! —gritó Fearenside mientras iba a por el látigo.

Vieron que los dientes del perro no se habían hincado en la mano, oyeron una patada, vieron que el animal saltaba de lado y arremetía contra la pierna del desconocido, y oyeron también el ruido de los pantalones al desgarrarse. Después, el extremo más fino del látigo de Fearenside alcanzó a su propiedad, y el perro, con un gañido de consternación, corrió a refugiarse bajo las ruedas de la carreta. Fue todo cuestión de medio minuto. Nadie hablaba, todos gritaban. El desconocido se miró rápidamente el guante desgarrado y la pierna, pareció inclinarse para observar esta última, pero después se volvió y subió corriendo los escalones de la posada. Lo oyeron recorrer apresuradamente el pasillo y subir las enmoquetadas escaleras hasta su dormitorio.

—¡Serás bruto! —gritó Fearenside, bajando del carro con el látigo en la mano mientras el perro lo observaba desde detrás de una rueda—. ¡Ven aquí! Más te vale...

Hall estaba boquiabierto.

—Le ha mordido —dijo—. Será mejor que vaya a ver cómo está —añadió, y salió corriendo detrás del huésped.

Al llegar al pasillo se encontró con la señora Hall y le contó:

—El chucho de Fearenside le ha pegado un mordisco.

Se fue directo a las escaleras y, como la puerta del desconocido estaba abierta, la abrió y entró sin mayor ceremonia, ya que era compasivo por naturaleza.

El estor estaba bajado y la habitación, a oscuras. Sin embargo, el señor Hall entrevió algo de lo más curioso, lo que parecía ser un brazo sin mano agitándose en su dirección, y una cara con tres enormes agujeros imprecisos sobre un fondo blanco, similar a una pálida flor de pensamiento. Entonces recibió un fuerte golpe en el pecho, lo lanzaron hacia atrás, la puerta se le cerró en las narices y echaron el pestillo con tal celeridad que no tuvo tiempo de cumplir su objetivo. Unas formas indescifrables que se agitaban, un golpe y una conmoción. Se quedó allí plantado, en el diminuto rellano de las escaleras, a oscuras, preguntándose qué sería lo que acababa de ver.

Un par de minutos después se reunió con el grupito que se había formado en el Coach and Horses. Fearenside estaba contando de

nuevo toda la historia por segunda vez; allí se encontraba también la señora Hall, diciendo que quién le mandaba al perro ir por ahí mordiendo a sus huéspedes; y Huxter, el tendero de enfrente, curioso; y Sandy Wadgers, de la forja, sentencioso; además de varias mujeres y niños. Y todos ellos no hacían más que decir fatuidades: «Ten por seguro de que a mí no me trinca», «No está bien tener chuchos como ese», «Pero ¿por qué lo ha mordido?», etcétera, etcétera.

El señor Hall, que los observaba desde los escalones y los escuchaba, no terminaba de creerse que hubiese visto suceder algo tan extraordinario en el piso de arriba. Además, su vocabulario era demasiado limitado para explicar bien sus impresiones.

—Dice que no quiere ayuda —respondió a la pregunta de su mujer—. Será mejor que metamos su equipaje dentro.

—Tendrían que cauterizarle la herida de inmediato —comentó el señor Huxter—, sobre todo si se le ha inflamado.

—Yo les pegaría un tiro a esos perros, eso es lo que haría —dijo una de las señoras del grupo.

De pronto el perro empezó a aullar de nuevo.

—¡Vamos! —gritó, enfadada, una voz en el umbral, y allí estaba el desconocido, con el cuello subido y el ala del sombrero bajada—. Cuanto antes metan mis cosas dentro, mejor estaré.

Un viandante anónimo aseguró que el huésped se había cambiado de pantalones y de guantes.

—¿Está herido, señor? —pregunto Fearenside—. Siento de veras que el chucho...

—En absoluto —respondió el desconocido—. Ni me ha hecho sangre. Dense prisa con esas cosas.

Después masculló una palabrota para sí, asegura el señor Hall.

En cuanto se llevó la primera caja al salón, de acuerdo con sus instrucciones, el desconocido se abalanzó sobre ella con una insólita impaciencia y empezó a desempaquetarla, desperdigando la paja sin ningún reparo sobre la moqueta de la señora Hall. Y de la caja comenzó a sacar botellas: botellitas gordas con polvos; botellitas esbeltas con fluidos blancos y de colores; botellas azules en forma de flauta y etiquetadas como «Veneno»; botellas de cuerpo redondo y cuello fino; grandes botellas de cristal verde; grandes botellas de

cristal blanco; botellas con tapones de cristal y etiquetas esmeriladas; botellas con elegantes corchos; botellas con tapones normales; botellas con tapas de madera; botellas de vino; botellas de aceite para alinear... Las fue colocando en filas sobre la cómoda, en la repisa de la chimenea, en la mesa de debajo de la ventana, por el suelo, en la estantería, por todas partes. Ni la botica de Bramblehurst podía presumir de tantos tarros. Era todo un espectáculo. Caja tras caja de botellas, hasta vaciar seis, y la mesa hasta arriba de paja; botellas aparte, lo único que salió de aquellas cajas fueron varios tubos de ensayo y un paquete muy bien embalado.

En cuanto hubo vaciado las cajas, el desconocido se acercó a la ventana y se puso a trabajar sin preocuparse en absoluto ni por la paja desparramada, ni por la chimenea apagada, ni por la caja de libros que había quedado fuera, ni por el resto del equipaje, que habían subido a su dormitorio.

Cuando la señora Hall le llevó la cena estaba tan absorto en su trabajo (vertiendo gotitas de líquido de las botellas en los tubos de ensayo) que no la oyó hasta que ella hubo limpiado el grueso de la paja para poner la bandeja en la mesa, con gestos quizá un poco exagerados debido al estado en el que se había encontrado el suelo. Entonces, el desconocido giró un poco la cabeza para mirarla y volvió a apartar la vista rápidamente. Sin embargo, la señora se percató de que no llevaba puestas las gafas, que había dejado a su lado, en la mesa, y le dio la impresión de que tenía las cuencas de los ojos extraordinariamente huecas. El hombre se puso de nuevo los anteojos, se volvió y la miró. La mujer estaba a punto de protestar por la paja del suelo, pero el huésped se le adelantó.

—Le agradecería que no entrara sin llamar —comentó en el tono de anómala exasperación que le era tan característico.

—He llamado, pero al parecer...

—Puede que así sea. Sin embargo, mientras hago mis investigaciones, unas investigaciones muy urgentes y necesarias, cualquier perturbación, por nimia que sea, aunque solo se trate del ruido de una puerta... Debo pedirle...

—Sin duda, señor. Puede echar el pestillo, si lo desea, ya lo sabe... Siempre que quiera.

—Muy buena idea —respondió el desconocido.

—En cuanto a la paja esta, señor, si se me permite que le comente...

—No lo haga. Si la paja es una molestia, póngalo en mi cuenta.

Después masculló unas palabras que, sospechosamente, sonaban a palabrotas.

Estaba tan extraño allí de pie, tan agresivo y explosivo, con la botella en una mano y el tubo de ensayo en la otra, que la señora Hall se alarmó bastante. No obstante, era una mujer decidida.

—En ese caso, me gustaría saber, señor, qué compensación...

—Un chelín. Añada un chelín. Supongo que le parecerá suficiente, ¿no es así?

—Pues un chelín —respondió la señora Hall mientras sacaba el mantel y lo extendía sobre la mesa—. Si a usted le parece correcto, por supuesto.

El hombre se volvió y se sentó con el cuello de la chaqueta hacia ella.

Toda la tarde trabajó con la puerta cerrada con pestillo y, según testifica la señora Hall, casi siempre en silencio. Pero una vez se oyó un estampido y un tintineo de botellas, como si hubieran dado un golpe en la mesa, y después el ruido de una botella al estrellarse contra el suelo, seguido de unos pasos rápidos de un lado a otro de la habitación. Temiendo algún problema, la señora fue a la puerta y pegó la oreja, sin querer llamar.

—No puedo seguir —despotricaba el huésped—. ¡No puedo seguir! ¡Trescientos mil, cuatrocientos mil! ¡Todos ellos! ¡Qué engaño! ¡Me podría llevar toda la vida! ¡Paciencia! ¡Paciencia me pide! ¡Imbécil mentiroso!

Al oír las tachuelas de unas botas sobre las baldosas del bar, la señora Hall tuvo que perderse, muy a pesar, el resto del soliloquio. Cuando regresó, la habitación estaba en silencio de nuevo, salvo por el débil crujido de la silla y el tintineo ocasional de una botella. Todo había terminado. El desconocido había reanudado el trabajo.

Al entrar para llevarle el té vio cristales rotos en la esquina del cuarto, bajo el espejo cóncavo, y una mancha dorada que había sido limpiada sin el cuidado requerido. La señora Hall se lo mencionó al huésped.

—Póngamelo en la cuenta —respondió el visitante—. Por amor de Dios, no me moleste con esas cosas. Si se origina algún desperfecto, póngalo en la cuenta.

Dicho lo cual siguió repasando una lista en el cuaderno que tenía delante.

—Te diré una cosa —dijo Fearenside, con aire misterioso; era última hora de la tarde, y estaban en la pequeña cervecería de Iping Hanger.

—¿El qué? —preguntó Teddy Henfrey.

—El tipo del que hablas, ese al que mordió mi perro. Bueno, pues es negro. Por lo menos, tiene las piernas negras. Lo vi por la raja de sus pantalones y la del guante. Lo suyo sería ver un poco rosa, ¿no? Pues nada, todo negro. Te lo digo yo, ese hombre es más negro que mi sombrero.

—¡Por Dios! —exclamó Henfrey—. Pues sí que es raro esto, ¡si la nariz es más rosa que pintada!

—Es verdad —respondió Fearenside—. Lo sé, lo sé. Y te digo lo que pienso: ese hombre es un picazo, Teddy. Ya sabes, negro por aquí y blanco por allá, a cachos. Y le da vergüenza. Es como un mestizo, pero el color le ha salido en rodales, en vez de todo mezclado. No es la primera vez que lo oigo, y es normal en los caballos, como todo el mundo sabe.

4

EL SEÑOR CUSS HABLA CON EL DESCONOCIDO

He relatado las circunstancias de la llegada del desconocido a Iping con cierta prolijidad de detalles para que el lector comprenda la curiosa reacción que causó en el lugar. Sin embargo, salvo por un par de extraños incidentes, las circunstancias de su estancia podrían haber pasado sin pena ni gloria hasta el extraordinario día del festival de la parroquia. Hubo varios encontronazos con la señora Hall por cuestiones de disciplina doméstica, pero, en todas las ocasiones, hasta finales de abril, cuando se vislumbraron los primeros indicios de problemas económicos, el desconocido se la quitó de encima mediante la oportuna mención de un pago adicional. A Hall no le gustaba el huésped y, siempre que se atrevía, comentaba que sería aconsejable librarse de él; sin embargo, normalmente demostraba su disgusto ocultándolo con ostentación y evitando al visitante cuanto le era posible. «Espera al verano —decía la astuta señora Hall—, cuando empiecen a llegar los artistas a pintar el paisaje. Entonces veremos. Puede que sea un poco dominante, pero pagar puntualmente es pagar puntualmente, digas lo que digas».

El desconocido no iba a misa, y lo cierto es que no diferenciaba el domingo del resto de los días religiosos, ni siquiera en el vestir. Trabajaba, según le parecía a la señora Hall, de manera muy irregular. Algunos días bajaba temprano y no paraba. Otros, se levantaba tarde, daba vueltas por su cuarto, se quejaba en voz alta durante horas y horas, fumaba, y dormía en el sillón, frente al

fuego. La comunicación con el mundo exterior, más allá del pueblo, no existía. Su genio seguía siendo muy inconstante; la mayor parte del tiempo se comportaba como si sufriera unas provocaciones casi insoportables, y de vez en cuando rompía, partía, aplastaba o destrozaba cosas en espasmódicos ataques de violencia. Padeecía de una irritación crónica de gran intensidad. Su hábito de hablar solo en voz baja fue en aumento, pero, aunque la señora Hall se esforzaba a conciencia, no le veía ni pies ni cabeza.

Apenas pisaba la calle durante el día, aunque, al ponerse el sol, salía tapado por completo, ya hiciera frío o calor, y elegía los senderos más largos y con más sombras de árboles y montículos. Los grandes anteojos y la horrenda cara vendada bajo el resguardo del sombrero sobresaltaron enormemente a un par de trabajadores que volvían de noche a casa; y Teddy Henfrey, que salía un día del Scarlet Coat dando traspiés, a las nueve y media, se llevó un susto de muerte cuando la cabeza de calavera del desconocido (que caminaba con el sombrero en la mano) pasó bajo la repentina luz de la puerta abierta de la taberna. Los niños que se cruzaban con él al caer la noche soñaban con espíritus, y cuesta dilucidar si la aversión que sentía el desconocido por los niños era mayor que la que sentían los niños por él. Lo único que puede afirmarse es que la antipatía mutua resultaba evidente por ambas partes.

Es inevitable que una persona de aspecto y conducta tan extravagantes sea tema de conversación frecuente en un pueblo como Iping. Había una gran división de opiniones sobre su profesión. La señora Hall era muy susceptible al respecto. Cuando le preguntaban, explicaba con mucho esmero que se trataba de un «investigador científico», y pasaba cautelosamente por encima de las sílabas, como quien teme pisar una trampa. Cuando le preguntaban por lo que era un investigador científico, ella respondía, no sin un deje de superioridad, que cualquier persona culta lo sabría, y después explicaba que un investigador «descubría cosas». Su visitante había tenido un accidente, según decía, que le había decolorado temporalmente la cara y las manos, y, al ser un hombre de naturaleza sensible, no le agradaba que los demás se percataran de ese hecho.

Muchos murmuraban a sus espaldas que se trataba de un

delincuente que intentaba huir de la justicia envolviéndose de tal modo que la policía no lo encontrara. La idea surgió del cerebro del señor Teddy Henfrey. No obstante, no se sabía que se hubiese cometido ningún delito, sea cual fuere su magnitud, desde mediados o finales de febrero. En la imaginación del señor Gould —ayudante a prueba en la escuela—, la teoría se desarrolló de modo que el desconocido sería un anarquista disfrazado que preparaba explosivos, así que el señor Gould decidió llevar a cabo las oportunas operaciones detectivescas, siempre que tuviera tiempo para ello. En su mayor parte, consistieron en mirar fijamente al visitante cuando se lo encontraba o en hacer preguntas esenciales sobre él a personas que no lo habían visto nunca. Sin embargo, no detectó nada.

Otra escuela de pensamiento era la encabezaba por el señor Fearenside, la cual aceptaba la teoría de la piel moteada o alguna modificación a partir de la misma; a dicha escuela pertenecía, por ejemplo, Silas Durgan, a quien se le oyó asegurar que «si decidiera mostrarse en ferias, haría una fortuna en un santiamén», y, como era un poco teólogo, comparó al desconocido con «el hombre que había recibido un talento». No obstante, otra teoría explicaba todo el asunto diciendo que el desconocido era un lunático inofensivo. Dicha teoría contaba con la ventaja de resolver de un plumazo todas las preguntas planteadas.

Entre estos grandes grupos de opinión había indecisos y conciliadores. Las gentes de Sussex tienen pocas supersticiones, y hubo que esperar a los acontecimientos de abril para que empezase a correr por el pueblo el rumor de que había algo sobrenatural en todo aquello. E incluso entonces solo le dieron crédito las mujeres.

En cualquier caso, al margen de su opinión sobre él, los habitantes de Iping, en general, coincidían en su desagrado. La irritabilidad del desconocido, aunque pudiera resultar comprensible a un trabajador intelectual de la ciudad, era algo asombroso para los tranquilos aldeanos de Sussex. Las frenéticas gesticulaciones que atisbaban de cuando en cuando, los precipitados paseos nocturnos que lo llevaban por los rincones menos concurridos, su forma de cortar en seco cualquier tentativa de mostrar curiosidad, el gusto por el crepúsculo (que impulsaba a los demás a cerrar puertas), los

estores bajados, las velas y lámparas apagadas... ¿Quién podría estar de acuerdo con semejantes costumbres? Se apartaban al verlo pasar por su lado en el pueblo y, cuando los dejaba atrás, los jóvenes bromistas se subían el cuello del abrigo, se bajaban el ala del sombrero y se ponían a caminar detrás de él con aire nervioso, imitando su misterioso porte. En aquella época había una canción popular que se llamaba *The Bogey Man*, el hombre del saco; la señorita Satchell la cantó en el concierto de la escuela (con la intención de recaudar fondos para las lámparas de la iglesia) y, a partir de ese momento, siempre que se reunían algunos vecinos y aparecía el forastero, silbaban un par de compases de la melodía, más o menos desafinados. Los niños que llegaban tarde a casa le gritaban: «¡Hombre del saco!», y salían corriendo, exultantes y trémulos.

Cuss, el médico, se moría de curiosidad. Las vendas despertaban su interés profesional, la historia de las mil y una botellas le llamaba poderosamente la atención. Se pasó todo abril y mayo ansiando la oportunidad de hablar con el desconocido; al fin, ya casi en Pentecostés, sin poder soportarlo más, vio la posibilidad de usar como excusa la lista de donantes para contratar una enfermera. Lo sorprendió descubrir que el señor Hall desconocía el nombre de su huésped.

—Me dio uno, pero no lo oí bien —explicó la señora Hall, una afirmación completamente infundada; lo cierto era que se sentía tonta por ignorar cómo se llamaba el hombre.

Cuss golpeó la puerta del salón de huéspedes y entró. Se oyó una imprecación.

—Perdone mi intromisión —dijo Cuss, y entonces la puerta se cerró e impidió a la señora Hall oír el resto de la conversación.

Durante los diez minutos siguientes, le llegó un murmullo de voces; después, un grito de sorpresa, unos pies moviéndose, una silla que se volcaba, una carcajada, unos pasos veloces hacia la puerta, y apareció Cuss, blanco como la cal, volviendo la vista atrás. Dejó la puerta abierta al salir y, sin mirar a la señora Hall, recorrió el pasillo y bajó las escaleras, y ella lo oyó correr por la carretera. Llevaba el sombrero en la mano. La mujer se quedó junto a la puerta, mirando hacia el salón. Entonces le llegó la risa queda del

desconocido y sus pasos cruzando el cuarto. Desde donde se encontraba no podía verle la cara. La puerta del salón se cerró de golpe y el lugar volvió a sumirse en el silencio.

Cuss cruzó el pueblo sin detenerse hasta dar con Bunting, el pastor.

—¿Estoy loco? —preguntó Cuss súbitamente, al entrar en el destartelado despachito—. ¿Le parezco un demente?

—¿Qué ha pasado? —preguntó el pastor, dejando su amonites sobre las hojas sueltas del próximo sermón.

—Ese tipo de la fonda...

—¿Sí?

—Deme algo de beber —pidió Cuss, y se sentó.

Una vez templados sus nervios con una copita de jerez barato (la única bebida de la que disponía el buen pastor), le habló de la conversación que acababa de mantener.

—Entré —empezó, jadeante— y le pedí una donación para ese fondo de la enfermera. Se había metido las manos en los bolsillos cuando entré, y se había dejado caer en la silla. Se sorbió la nariz. Le expliqué que había oído que le interesaban los asuntos científicos. Él dijo que sí y volvió a sorberse la nariz. No dejó de sorberse la nariz en ningún momento, resultaba obvio que tenía un resfriado infernal. ¡No es de extrañar, con tanta venda! Seguí abundando en la idea de la enfermera, siempre con los ojos bien abiertos. Había botellas (productos químicos) por todas partes. Una balanza, tubos de ensayo en sus soportes y un olor a... onagra vespertina. Le pregunté si deseaba hacer una aportación y respondió que se lo pensaría. Le pregunté, sin más rodeos, si estaba investigando algo, y respondió que sí. Quise saber si se trataba de una investigación larga, y él se molestó bastante. «Una investigación execrablemente larga», contestó, y estalló, por así decirlo. «Ah», respondí. Y ahí empezaron las quejas. El hombre estaba a punto de caramelo, y mi pregunta fue la gota que colmó el vaso. Le habían dado una receta, una receta muy valiosa, aunque no me decía para qué. Le pregunté si era médica, y exclamó: «¡Maldita sea! ¿Qué es lo que anda buscando?». Me disculpé, él se sorbió la nariz y tosió con aire muy digno, y siguió hablando. La había leído. Cinco ingredientes. Después la dejó en la mesa, volvió la cabeza, y

una corriente de aire se llevó el papel con un susurro. Estaba trabajando en una habitación con la chimenea abierta, según decía. Vio un movimiento, y allí estaba: la receta, ardiendo y flotando chimenea arriba. Corrió a por ella justo cuando se perdía. «¡Así!», exclamó, y para ilustrar su historia levantó el brazo.

—¿Y?

—No había mano... Solo una manga vacía. ¡Dios mío! Pensé que aquello era una deformidad en toda regla. Supuse que tenía un brazo de corcho y que se lo había quitado. Entonces me percaté de que había algo extraño: ¿qué diantres mantenía la manga elevada y abierta, si no había nada dentro? Y no había nada dentro, se lo aseguro. Nada de nada hasta la articulación. Le veía hasta el codo, y me llegó un reflejo de luz que le entraba por un desgarró de la tela. «¡Dios bendito!», exclamé, y él dejó de hablar, me miró fijamente con esas gafas suyas y después se miró la manga.

—¿Y?

—Eso es todo. No dijo nada, solo me miró con rabia y volvió a meterse la manga en el bolsillo rápidamente. «Estaba diciendo —continuó— que la receta ardió, ¿no es así?». Tosió inquisitivamente. Yo repuse: «¿Cómo demonios puede mover de ese modo una manga vacía?». «¿Una manga vacía?», dijo. «Sí, una manga vacía», insistí. «Es una manga vacía, ¿no? Usted lo ha visto, ¿verdad?», preguntó, y se levantó a toda prisa. Yo hice lo propio, y él se me acercó en tres pasos muy lentos y se quedó muy cerca. Se sorbió la nariz con aire maligno, pero no me inmuté, aunque que me aspen si ver venir despacio hacia ti esa protuberancia vendada suya y esas anteojeras no es para acobardar a cualquiera. «¿Ha dicho que era una manga vacía?», me dijo. «Sin duda», respondí. Ante una competición de miradas y silencio, un hombre con la cara descubierta y sin anteojos no tiene nada que hacer. Entonces se sacó de nuevo la manga de la camisa del bolsillo, sin hacer ruido, y levantó el brazo hacia mí como si quisiera volver a enseñármelo. Lo hizo muy, muy despacio, mientras yo miraba. Me pareció una eternidad. «¿Y bien? —pregunté, aclarándome la garganta—. Ahí dentro no hay nada». Tenía que decir algo, empezaba a asustarme. Veía perfectamente todo el largo de la manga. La extendió hacia mí, despacio, despacio..., así..., hasta que tuve el puño a quince centímetros de la

cara. ¡Qué insólito ver que se te acerca una manga vacía! Y entonces...

—¿Y?

—Algo, algo que producía la misma sensación que un dedo y un pulgar, me pellizcó la nariz.

Bunting se echó a reír.

—¡Allí no había nada! —exclamó Cuss, cuya voz se transformó en chillido al llegar al «nada»—. Bien puede reírse, pero le digo que me asusté tanto que le di un buen golpe al puño de la camisa, me volví y salí corriendo de la habitación... Lo dejé...

Cuss se interrumpió. No cabía duda de que su pánico era sincero. Se volvió, impotente, y se bebió una segunda copa del infecto jerez del excelente pastor.

—Se lo aseguro —insistió Cuss—, cuando golpeé el puño de la camisa fue como si golpeará un brazo. ¡Y no había ningún brazo! ¡No había ni rastro de brazo!

El señor Bunting reflexionó. Miró con suspicacia a Cuss.

—Es una historia extraordinaria —comentó, con aire sabio y serio—. Sin duda —añadió el señor Bunting en tono sentencioso—, una historia extraordinaria.

EL ROBO EN LA PARROQUIA

Los hechos del robo en la parroquia nos llegan en su mayor parte remitidos por el pastor y su esposa. Sucedió a altas horas de la madrugada del lunes después de Pentecostés, el día que en Iping se dedicaba a las festividades del club de la parroquia. Al parecer, la señora Bunting se despertó de repente en los tranquilos momentos previos al alba con la impresión de que la puerta de su dormitorio se había abierto y cerrado. Al principio no despertó a su marido; se sentó en la cama y escuchó. Entonces oyó claramente las pisadas de unos pies descalzos saliendo del vestidor contiguo y caminando por el pasillo hacia las escaleras. En cuanto estuvo convencida, despertó al reverendo, el señor Bunting, procurando hacer el menor ruido posible. El hombre no encendió ninguna luz, sino que se puso los anteojos, la bata y las zapatillas, y salió al rellano para ver qué oía. Le llegó el ruido bastante nítido de alguien hurgando en el escritorio de su despacho, en la planta de abajo, y después un fuerte estornudo.

Ante aquellas pruebas volvió a su dormitorio, se pertrechó con el arma más obvia (el atizador) y bajó las escaleras en silencio. La señora Bunting salió al rellano.

Eran las cuatro, pasadas ya las horas nocturnas de oscuridad absoluta. Una tenue luz iluminaba el vestíbulo, pero la entrada del despacho era un impenetrable bostezo negro. Todo estaba en silencio, salvo por el débil crujido de las escaleras bajo los pies del señor Bunting y los furtivos movimientos del despacho. Entonces algo se rompió, se abrió un cajón y se oyó un susurro de papeles. A

continuación llegó la imprecación, se encendió una cerilla y una luz amarilla inundó la habitación. El señor Bunting estaba ya en el vestíbulo y, a través de la rendija de la puerta, veía el escritorio, el cajón abierto y una vela encendida sobre el mueble. No obstante, al ladrón no lo veía. Se quedó en el vestíbulo, vacilante, y la señora Bunting, blanca como la cal y preocupada, bajó sigilosamente las escaleras detrás de él. Había algo que armaba de valor al señor Bunting: la convicción de que el ladrón era un vecino del pueblo.

Oyeron un tintineo de monedas y se dieron cuenta de que el ladrón había encontrado las reservas de oro para el cuidado de la casa: dos libras y diez chelines, todo en monedas de medio soberano. El sonido hizo que el señor Bunting entrara rápidamente en acción: aferrando con fuerza el atizador, entró corriendo en el despacho, seguido de cerca por la señora Bunting.

—¡Ríndase! —exclamó, feroz, y entonces se detuvo de golpe. Aparentemente, la habitación estaba completamente vacía.

A pesar de ello, estaban los dos convencidos de que, en aquellos mismos instantes, oyeron a alguien moverse por el despacho. Durante medio minuto, aproximadamente, se quedaron boquiabiertos, hasta que la señora Bunting cruzó el cuarto y miró detrás de la mampara, y el señor Bunting, siguiendo un impulso similar, miró bajo el escritorio. Después la señora Bunting corrió las cortinas de la ventana, y el señor Bunting miró chimenea arriba y metió el atizador por el hueco. A continuación, la señora Bunting examinó la papelera, y el señor Bunting abrió la tapa del cubo del carbón. Al fin ambos se detuvieron y permanecieron allí de pie, mirándose sin comprender nada.

—Habría jurado... —empezó a decir el señor Bunting.

—¡La vela! —exclamó la señora Bunting—. ¿Quién ha encendido la vela?

—¡El cajón! —añadió él—. ¡Y el dinero no está!

Ella se dirigió a toda prisa a la entrada.

—Pero esto es inaudito...

En aquel preciso instante sonó un estornudo en el pasillo. Los dos salieron corriendo y, al hacerlo, la puerta de la cocina se cerró de golpe.

—Trae la vela —pidió el señor Bunting, abriendo la marcha.

Los dos oyeron el ruido de unos pestillos que se corrían apresuradamente.

Al abrir la puerta de la cocina el pastor vio a través de la trascocina que se abría la puerta de atrás y que el tenue despuntar del alba iluminaba las oscuras formas del jardín. Asegura que nada salió por la puerta; se abrió, se mantuvo abierta un momento y después se cerró con un portazo. Con el movimiento la vela que la señora Bunting había sacado del despacho titiló antes de arder con más fuerza. Tuvo que transcurrir más de un minuto para que los señores Bunting entraran en la cocina.

El lugar estaba vacío. Volvieron a echar el pestillo de la puerta trasera, examinaron minuciosamente la cocina, la despensa y la trascocina y, por fin, bajaron al sótano. No había ni un alma en la casa, por mucho que buscaron.

La luz del día sorprendió al pastor y a su esposa ligeros de ropa y pasmados en la planta baja de su casa, a la innecesaria luz de una vela moribunda.

6

LOS MUEBLES QUE SE VOLVIERON LOCOS

Resulta que, a primera hora del lunes de Pentecostés, antes de ir a buscar a Millie para empezar el trabajo, el señor y la señora Hall se levantaron y bajaron en silencio al sótano. Sus asuntos en aquel lugar eran de naturaleza privada y tenían algo que ver con el peso específico de su cerveza. Apenas habían entrado cuando la señora Hall descubrió que había olvidado bajar la botella de zarzaparrilla de su habitación común. Al ser ella la experta y principal organizadora del asunto, Hall fue a por la botella, como es debido.

En el rellano le sorprendió comprobar que la puerta del desconocido estaba entreabierta, pero siguió hasta su habitación y recogió la zarzaparrilla, tal como le habían indicado.

Al regresar con la botella se dio cuenta de que los cerrojos de la puerta principal estaban abiertos y de que la puerta estaba simplemente cerrada con el pestillo. En un súbito momento de inspiración, relacionó este hecho con la puerta del desconocido y las sugerencias del señor Teddy Henfrey. Recordaba haber sostenido la vela la noche anterior mientras la señora Hall echaba el cerrojo. Viendo todo aquello, se detuvo, boquiabierto, y subió de nuevo, con la botella todavía en la mano. Llamó a la puerta del huésped, pero no obtuvo respuesta. Llamó otra vez y, al final, empujó la puerta para abrirla del todo y entró.

Tal y como esperaba, la cama y la habitación estaban vacías. Más extraño todavía resultaba, incluso para la limitada inteligencia del señor Hall, que, sobre la silla del dormitorio y los pies de la cama, estuviesen desperdigadas las prendas de vestir (las únicas que

tenía, que él supiera) y las vendas del huésped. Hasta el gran sombrero de ala ancha estaba colgado alegremente del poste de la cama.

Mientras Hall estaba allí, oyó la voz de su mujer saliendo de las profundidades del sótano, con aquel rápido alargamiento de sílabas y énfasis agudo en el final de las palabras que, en los nativos de Sussex Occidental, evidenciaba una enérgica impaciencia.

—¡George! ¿Tienes ya lo que te he pedido?

Hall se volvió y se apresuró a regresar con su esposa.

—Jenny —le dijo por encima de la barandilla de las escaleras del sótano—, era verdad lo que decía Henfrey. No está en el cuarto, se ha ido. Y los cerrojos no están echados.

Al principio, la señora Hall no lo entendía pero, en cuanto lo comprendió, decidió ir a ver la habitación por sí misma. Hall, todavía con la botella, entró primero.

—No está por ninguna parte, pero la ropa sí —dijo—. Y ¿qué está haciendo sin ropa, eh? Este asunto es muy raro.

Al subir las escaleras del sótano los dos, como se supo después, creyeron oír que la puerta principal se abría y cerraba. Sin embargo, al verla cerrada y sin nadie a la vista, no lo comentaron en aquellos momentos. La señora Hall adelantó a su marido en el pasillo y subió corriendo las escaleras la primera. Alguien estornudó en los escalones. Hall, que iba seis escalones por debajo, creyó que había estornudado su mujer. Ella, que iba delante, supuso que había estornudado Hall. La mujer abrió la puerta de golpe y se quedó en la entrada, observando la habitación.

—¡Esto es de lo más curioso! —exclamó.

Le pareció oír que alguien se sorbía la nariz detrás de ella, y al volverse comprobó son sorpresa que Hall estaba a unos cuantos metros, en el último escalón. Sin embargo, en un instante, llegó a su lado. La señora Hall se inclinó hacia delante, puso la mano en la almohada y después bajo las prendas de ropa.

—Están frías —anunció—. Lleva en pie como una hora, o más.

Mientras lo decía, ocurrió un hecho curioso: las sábanas se arremolinaron y se elevaron de repente, formando una especie de pico, para después saltar por encima de los pies de la cama. Fue justo como si una mano las hubiese agarrado por el centro y las

hubiera lanzado a un lado. De inmediato, el sombrero del huésped saltó del poste de la cama, describió un círculo casi completo en el aire, sin dejar de dar vueltas, y se estrelló contra la cara de la señora Hall. Con igual rapidez salió volando la esponja del lavamanos; y después, la silla, tras echar a un lado sin miramientos la chaqueta y los pantalones del huésped, dejó escapar una carcajada seca con una voz curiosamente similar a la del desconocido, volvió sus cuatro patas hacia la señora Hall, hizo como si apuntara un instante y cargó contra ella. La mujer gritó y se volvió, y las patas de la silla le dieron con delicadeza, aunque con decisión, en la espalda, y empujaron a los señores Hall al pasillo. La puerta se cerró de golpe y con pestillo. La silla y la cama parecieron ejecutar una danza triunfal durante un momento y, de pronto, todo quedó en silencio.

La señora Hall estuvo a punto de desmayarse en los brazos del señor Hall. No sin dificultad, el señor Hall y Millie (a la que había despertado el grito de alarma de la dueña) lograron bajarla a la otra planta y aplicarle los reconstituyentes acostumbrados en estos casos.

—Espíritus —dijo la señora Hall—. Te digo que son espíritus. Lo he visto en la prensa. ¡Mesas y sillas que saltan y bailan!

—Tómate otra gotita, Jenny —dijo Hall—. Para los nervios.

—Déjalo fuera —repuso la señora Hall—. Que no vuelva. Medio sospechaba... Tendría que haberlo visto venir... Con esos ojos con gafas y la cabeza vendada, y sin ir a misa un domingo. Y todas esas botellas..., más de las que tendría una persona decente. Ha metido los espíritus en los muebles. ¡Mis pobres muebles! En esa misma silla se sentaba mi difunta madre cuando yo era niña. ¡Y pensar que se iba a levantar contra mí!

—Solo una gota más, Jenny —insistió Hall—. Tienes el ánimo alterado.

Enviaron a Millie al otro lado de la calle, bajo la dorada luz de las cinco de la mañana, para despertar al señor Sandy Wadgers, el herrero. Millie lo saludó de parte del señor Hall, le contó que los muebles de arriba se estaban comportando de una forma hartamente curiosa y le preguntó si podía acercarse por allí. El señor Wadgers era un hombre sabio, vaya que sí, y con muchos recursos. Expresó

su categórica opinión sobre el asunto.

—Me apuesto el brazo a que es cosa de brujería —fue lo que afirmó—. Para gente de esa calaña hacen falta herraduras.

Se acercó a la casa, muy preocupado. Querían que abriese la marcha escaleras arriba hasta el cuarto, pero él no parecía tener demasiada prisa por hacerlo y prefirió hablar en el pasillo. Al otro lado de la calle, el aprendiz de Huxter, que acababa de llegar, empezó a abrir el escaparate del estanco. Lo llamaron para que se uniera al debate. El señor Huxter, naturalmente, hizo lo mismo unos minutos después. El don anglosajón para el gobierno parlamentario parecía imponerse; se habló mucho, aunque no se llevó a cabo ninguna acción decisiva.

—Primero, los hechos —insistía el señor Sandy Wadgers—. Vamos a asegurarnos de que tenemos todo el derecho del mundo a tirar esa puerta. Una puerta sin derribar siempre puede derribarse, pero no se puede deshacer el derribo una vez que se ha derribado.

De repente, ante el desconcierto general, la puerta de la habitación de arriba se abrió sola y, mientras todos miraban, sorprendidos, vieron descender por las escaleras la figura embozada del desconocido, que los miraba con menos expresión que nunca en aquellos grandes ojos suyos de cristal azul. Bajó muy rígido y tranquilo, sin dejar de observarlos, cruzó del mismo modo el pasillo y se detuvo.

—¡Miren! —gritó, y cuando todos volvieron la vista en la dirección que indicaba el dedo enguantado y vieron una botella de zarzaparrilla junto a la puerta del sótano, él aprovechó para entrar en el salón y, con presteza y violencia, cerrarles la puerta en las narices.

No se oyó palabra hasta que murieron los últimos ecos del portazo. Se quedaron todos mirándose los unos a los otros.

—Bueno, ¡si esto no es el colmo...! —exclamó el señor Wadgers, dejando sin aclarar la alternativa—. Yo entraría a preguntarle —añadió, dirigiéndose al señor Hall—. Exigiría una explicación.

Tardaron un rato en convencer al marido de la dueña para que se ocupara de la tarea. Al final, llamó a la puerta, la abrió y le dio tiempo a decir:

—Perdone...

—¡Váyase al infierno! —le gritó el huésped con una voz tremenda—. ¡Y cierre la puerta al salir! —agregó, dando por terminada la breve conversación.

EL DESCONOCIDO QUEDA AL DESCUBIERTO

El desconocido entró en el saloncito del Coach and Horses aproximadamente a las cinco y media de la mañana, y allí permaneció hasta cerca del mediodía, con los estores bajados y la puerta cerrada; nadie, después de la expulsión de Hall, se atrevió a acercarse.

Debió de ayunar durante todo aquel tiempo. Tres veces tocó la campana, la tercera de forma furiosa y continuada, pero nadie respondió.

—¡Él y su «váyase al infierno», vamos! —exclamó la señora Hall.

En aquellos momentos llegaron rumores incompletos del robo cometido en la parroquia, y sumaron dos y dos. Hall, con la ayuda de Wadgers, fue en busca del señor Shuckleforth, el juez, para pedirle consejo. Nadie se atrevió a subir las escaleras. Por tanto, se desconoce en qué se ocupó el desconocido. De vez en cuando caminaba violentamente de un lado a otro, y dos veces soltó retahílas de maldiciones, rompió papeles y estrelló botellas.

El grupito de gente asustada, aunque curiosa, fue creciendo. Se acercó la señora Huxter; unos alegres jóvenes, resplandecientes con sus chaquetas negras de *prêt-à-porter* y sus corbatas de papel guateado, ya que era el lunes de Pentecostés, se sumaron al grupo para ver qué ocurría. El joven Archie Harker se hizo notar acercándose al patio para intentar asomarse bajo los estores. No vio nada, aunque hizo como si así fuera, y otros jóvenes de Iping se le unieron.

Era el mejor lunes de Pentecostés que pudiera imaginarse; a lo

largo de la calle del pueblo se habían instalado una docena de casetas y una galería de tiro, y en la hierba, junto a la forja, había tres carros amarillos y marrones, y varios forasteros pintorescos de ambos sexos montando un puesto de tiro al coco. Los caballeros vestían jerséis azules, las damas llevaban delantales blancos y sombreros muy a la moda, con grandes plumas. Wodger, del Purple Fawn, y el señor Jaggars, el zapatero, que también vendían bicis de segunda mano, estaban colocando de una acera a la otra una tira de banderas nacionales y enseñas reales (con las que, en su día, habían celebrado las bodas de oro de la reina Victoria)...

Dentro, en la oscuridad artificial del salón, donde solo penetraba un fino hilo de luz solar, el desconocido, suponemos que hambriento y temeroso, escondido bajo los incómodos y calurosos vendajes, estudiaba sus papeles a través de sus gafas azules o hacía tintinear sus botellitas y, de vez en cuando, insultaba como un salvaje a los chicos (audibles, aunque no visibles) que estaban al otro lado de las ventanas. En la esquina, junto a la chimenea, yacían los fragmentos de media docena de botellas destrozadas, y se percibía un acre olor a cloro en el aire. Esto es lo que sabemos gracias a lo que se oyó en aquel momento y a lo que después se vio en la habitación.

Sobre el mediodía, abrió de golpe la puerta del salón y se quedó mirando fijamente a las tres o cuatro personas congregadas en el bar.

—Señora Hall —dijo.

Alguien se alejó tímidamente y fue a llamarla.

La señora Hall apareció al cabo de un momento, algo falta de aliento, pero más temible si cabe gracias a ello. Hall seguía fuera. La dueña había meditado sobre aquella escena, así que llegó cargada con una bandejita en la que había colocado la factura sin pagar.

—¿Quería usted la cuenta, señor? —preguntó.

—¿Por qué no me han servido el desayuno? ¿Por qué no me ha preparado ninguna comida ni ha respondido a la campana? ¿Cree usted que vivo del aire?

—¿Por qué no se ha pagado mi cuenta? —preguntó a su vez la señora Hall—. Eso quisiera saber yo.

—Le dije hace tres días que esperaba un envío de dinero...

—Le dije hace dos días que no iba a esperar a ningún envío. No puede rezongar porque se retrase el desayuno si mi cuenta lleva cinco días esperando, ¿verdad?

El desconocido soltó una palabrota corta, aunque muy gráfica.

Surgieron protestas del bar.

—Y le agradecería que se guardara las imprecaciones para usted, señor —añadió la señora Hall.

El huésped parecía más que nunca un buzo enfadado. El sentir general en el bar era que la señora Hall había vencido, y eso reflejaron las siguientes palabras del desconocido.

—Mire, buena señora... —empezó.

—No me venga a mí con esas —repuso ella.

—Ya le he explicado que mi envío no ha llegado...

—¡Envío, me dice! —exclamó la señora.

—Sin embargo, me atrevería a asegurar que en el bolsillo...

—Hace dos días me contó que no tenía nada más que plata por valor de un soberano...

—Bueno, pues he encontrado algo más...

—¡Vaya! —se oyó en el bar.

—¡Me pregunto dónde lo habrá encontrado! —dijo la señora Hall.

Aquellas palabras parecieron molestar sobremanera al huésped, que dio un pisotón en el suelo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Que me pregunto dónde lo habrá encontrado. Y, antes de cobrar la cuenta, preparar desayunos o hacer cualquier otra cosa, tiene que explicarme un par de detalles que no entiendo ni yo ni nadie de aquí, y que todos están queriendo entender. Tiene que explicarme qué ha hecho con mi silla de arriba y cómo es que estaba el dormitorio vacío y cómo entró otra vez. Las personas que llegan a esta casa entran por las puertas, es la norma de la casa, y usted no lo ha hecho así, y lo que quiero saber es cómo ha entrado. Y tiene que explicarme...

De repente, el desconocido levantó las manos enguantadas, cerradas en un puño, dio un pisotón en el suelo y exclamó:

—¡Cállese!

Lo hizo con tal violencia que la silenció de inmediato.

—No comprende quién soy ni lo que soy —añadió—. Se lo enseñaré. ¡Por todos los santos! Se lo enseñaré. —Entonces se puso la palma abierta sobre la cara y la retiró: el centro de su cara se convirtió en una cavidad negra—. Ahí lo tiene.

Dio un paso adelante y entregó a la señora Hall algo que ella aceptó automáticamente, hipnotizada por la metamorfosis del rostro del extraño. Sin embargo, al ver lo que era, gritó a pleno pulmón, lo soltó y retrocedió. La nariz (¡era la nariz del desconocido, rosa y brillante!) rodó por el suelo.

Entonces, el hombre se quitó los anteojos, y todos los presentes ahogaron un grito. Se despojó del sombrero y, con un gesto violento, se tiró de las patillas y los vendajes. Por un instante, la concurrencia se contuvo. Una corriente de horrible expectación se adueñó del bar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó alguien.

Y ahí empezó todo.

No se puede imaginar nada peor. La señora Hall, de pie, horrorizada y con la boca abierta, chilló ante aquella visión y salió corriendo hacia la puerta de la casa. Todos se pusieron en movimiento. Estaban preparados para cicatrices, desfiguraciones, horrores tangibles, pero ¡nada! Las vendas y el pelo falso volaron por el pasillo hasta llegar al bar, obligando a un desgachado mozalbete a saltar para esquivarlos. Todos tropezaron con todos escalones abajo. Porque el hombre que gritaba explicaciones incoherentes era una sólida y gesticulante figura hasta el cuello de la chaqueta, pero después, nada, ¡no se veía nada en absoluto!

La gente del pueblo oyó los gritos y chillidos, y al mirar calle arriba vio que el Coach and Horses escupía violentamente su contenido humano. Entonces vieron caer a la señora Hall, y al señor Teddy Henfrey saltar para evitar tropezar con ella, y oyeron los aterradores gritos de Millie, que al salir de repente de la cocina ante tanto tumulto se había topado con la espalda del extraño sin cabeza.

A partir de ese momento toda la calle corrió hacia la fonda: el vendedor de dulces, el propietario del tiro al coco y su ayudante, el hombre de los columpios, niños y niñas, dandis rústicos, jóvenes

elegantes, ancianos con guardapolvos y gitanas con delantal. En un espacio de tiempo tan corto que resultaba milagroso, una multitud de unas cuarenta personas y que no dejaba de crecer se mecía, pitaba, preguntaba, exclamaba y sugería frente al establecimiento de la señora Hall. Todos pretendían hablar a la vez, y el resultado fue Babel. Un grupito sostenía a la señora Hall, que había sufrido un colapso. Había mucha confusión, mezclada con el increíble relato de un testigo vociferante.

—¡Un fantasma!

—¿Y qué ha hecho, eh?

—No habrá tocado a la chica, ¿no?

—Me da que ha ido detrás de ellos con un cuchillo.

—Sin cabeza, lo que yo te digo. Y no es una forma de hablar, ¡es que no había cabeza!

—¡Disparates! Es un juego de manos.

—Que se ha quitado las vendas, sí...

Intentando ver a través de la puerta abierta, la multitud se convirtió en una cuña desordenada, con el vértice de los más audaces en el punto más cercano a la fonda.

—Se quedó ahí un momento, oí gritar a la chica, y él se volvió. Vi que las faldas de la chica se movían, y fue a por ella. Ni diez segundos tardó. Y volvió con un cuchillo en la mano y un pan; se quedó allí, como mirando. No hace ni un minuto. Entró por esa puerta de ahí. Te digo que no tiene cabeza. Casi lo ves...

Se oyó un alboroto detrás, y el que hablaba se detuvo para dejar paso a una pequeña comitiva que avanzaba con decisión hacia la casa. En primer lugar iba el señor Hall, muy rojo y firme; después, el señor Bobby Jaffers, el policía del pueblo; y, por último, el receloso señor Wadgers. Llegaban armados con una orden judicial.

La gente empezó a gritarles información contradictoria sobre los recientes acontecimientos.

—Con cabeza o sin cabeza —dijo Jaffers—, tengo que detenerlo y eso es lo que voy a hacer.

El señor Hall subió los escalones y fue derecho a la puerta del salón, que encontró abierta.

—Agente —dijo—, cumpla con su deber.

Jaffers entró, seguido de Hall y de Wadgers. A la tenue luz que

iluminaba la habitación vieron la figura sin cabeza frente a ellos, con una corteza de pan mordisqueada en una de sus manos enguantadas y un trozo de queso en la otra.

—¡Es él! —exclamó Hall.

—¿Qué diablos es esto? —surgió, en tono de indignada queja, del cuello vacío de la figura.

—Es usted un cliente de lo más extraño, señor —dijo el señor Jaffers—. Pero, con cabeza o sin cabeza, la orden dice «cuerpo», y el deber es el deber...

—¡No se acerquen! —gritó la figura, dando un paso atrás.

De repente les lanzó el pan y el queso, y el señor Hall recogió el cuchillo de la mesa justo a tiempo para evitarle la misma suerte. El guante izquierdo salió de la mano del desconocido y golpeó a Jaffers en la cara. En un segundo, Jaffers, tras cortar de cuajo un comentario sobre una orden, lo agarró por la muñeca sin mano y por el invisible cuello. Recibió del huésped una sonora patada en la barbilla que lo hizo gritar, pero lo mantuvo sujeto. Hall le pasó el cuchillo por encima de la mesa a Wadgers, que hizo de portero para parar la ofensiva, por así decirlo, y dio un paso adelante cuando Jaffers y el desconocido se tambalearon y se acercaron a él dando traspiés, agarrados y golpeándose. Se toparon con una silla, que voló a un lado cuando cayeron los dos juntos sobre ella.

—Cogedle los pies —dijo Jaffers entre dientes.

El señor Hall, procurando seguir las instrucciones, recibió una sonora patada en las costillas que lo dejó indispuerto durante un segundo, y el señor Wadgers, al ver que el decapitado huésped había rodado hasta colocarse encima de Jaffers, se retiró hacia la puerta, cuchillo en mano, y chocó con el señor Huxter y el carretero de Siddermorton, que acudían al rescate de la ley y el orden. En aquel preciso instante cayeron tres de las cuatro botellas de encima de la cómoda y liberaron una nube acre por el aire de la habitación.

—Me rendiré —gritó el extraño, aunque tenía a Jaffers en el suelo, y en un segundo se levantó entre jadeos; era una figura peculiar, sin cabeza y sin manos, ya que se había quitado el guante derecho, además del izquierdo—. No sirve de nada —añadió, como si le costase respirar.

Era lo más insólito del mundo oír aquella voz salir del espacio

vacío, pero los campesinos de Sussex quizá sean las gentes más pragmáticas que existan sobre la faz de la Tierra. Jaffers también se levantó y sacó unas esposas. Entonces se sobresaltó.

—¡Dios bendito! —exclamó, parándose en seco al percatarse vagamente de la incongruencia de todo el asunto—. ¡Maldita sea! No puedo ponérselas si no veo nada.

El extraño se pasó el brazo por el chaleco y, como por arte de magia, los botones a los que apuntaba su manga vacía se desabrochaban solos. Entonces dijo algo sobre su espinilla y se agachó. Parecía estar haciendo algo con los zapatos y los calcetines.

—¡Válgame el cielo! —exclamó de pronto Huxter—. Eso no es un hombre, es solo ropa vacía. ¡Mirad! Se ve por el cuello y el forro de la ropa. Podría meter el brazo...

Alargó la mano, pero pareció chocarse con algo a medio camino y tuvo que retirarla con un juramento.

—Le agradecería que mantuviese los dedos lejos de mi ojo —dijo la voz aérea en un tono de queja salvaje—. El hecho es que estoy aquí: cabeza, manos, piernas y todo lo demás, aunque resulta que soy invisible. Es un condenado incordio, pero así es. No hay razón para que me aticen y pinchen todos y cada uno de los estúpidos patanes de Iping, ¿no creen?

El conjunto de prendas, ahora desabrochadas y colgando sueltas en sus invisibles perchas, se levantó con los brazos en jarras.

Algunos vecinos más habían entrado en el cuarto, así que estaba bastante atestado.

—Invisible, ¿eh? —repuso Huxter, sin prestar atención al insulto del desconocido—. ¿Y esto cómo puede ser?

—Puede que sea extraño, pero no por ello es un delito. ¿Por qué me ataca así un agente de policía?

—¡Ah! Eso es otro asunto —respondió Jaffers—. Sin duda le costará verla con esta luz, pero tengo una orden y está todo correcto. Lo que busco aquí no es invisibilidad, sino robo. Han entrado a la fuerza en una casa y se han llevado el dinero.

—¿Y?

—Y las circunstancias ciertamente apuntan...

—¡Cuentos y disparates! —lo interrumpió el hombre invisible.

—Eso espero, señor; pero tengo instrucciones.

—Bueno, iré. Iré, pero nada de esposas.

—Es lo acostumbrado —dijo Jaffers.

—Nada de esposas —insistió el desconocido.

—Perdone —repuso Jaffers.

La figura se sentó de repente y, antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía, las zapatillas, los calcetines y los pantalones habían salido volando hasta caer bajo la mesa. Entonces, el hombre se levantó de nuevo y se quitó la chaqueta.

—Oiga, espere un momento —le ordenó Jaffers al darse cuenta súbitamente de sus intenciones; agarró el chaleco, que forcejeó, y la camisa se escapó de él, de modo que el agente se quedó con el chaleco en la mano—. ¡Deténganlo! —gritó—. ¡Cuando se quite toda la ropa...!

—¡Deténganlo! —gritaron todos, y muchas manos intentaron aferrarse a la camisa blanca, que era lo único visible ya del huésped.

La manga de la camisa propinó un buen golpe en la cara a Hall, que corría con los brazos abiertos, y lo lanzó de espaldas contra el viejo Toothsome, el sacristán. Un segundo después, la prenda se levantó, y empezó a retorcerse y a ahuecarse por los brazos, como cuando alguien se quita la camisa por la cabeza. Jaffers la agarró, aunque solo sirvió para ayudarlo a desvestirse; el mismo aire le dio un golpe en la boca, así que el agente sacó su porra sin contenerse y sacudió con fuerza a Teddy Henfrey en la coronilla.

—¡Cuidado! —exclamaban todos, persiguiendo al azar y propinando golpes a nada en concreto—. ¡Deténganlo! ¡Cierren la puerta! ¡No dejen que escape! ¡Tengo algo! ¡Aquí está!

Se había formado una auténtica torre de Babel de ruidos. Al parecer, todos recibían porrazos a la vez, y Sandy Wadgers, tan sabio como siempre, y aguzado el ingenio por un aterrador puñetazo en la nariz, volvió a abrir la puerta y encabezó la retirada. Los demás lo siguieron sin pensar y se quedaron un momento atascados en la esquina, junto a la entrada. Los golpes prosiguieron. Phipps, el unitario, tenía un diente roto, y Henfrey había sufrido una herida en el cartílago de la oreja. Jaffers recibió un puñetazo bajo la mandíbula y, al volverse, dio contra algo que se interponía entre Huxter y él en la melé y evitaba que se juntaran. Notó un

pecho musculoso y, un segundo después, toda la masa de hombres nerviosos y gesticulantes salió disparada hacia el abarrotado vestíbulo.

—¡Lo tengo! —gritó Jaffers, ahogado, tambaleándose entre ellos, con la cara morada y las venas hinchadas, mientras forcejaba con un enemigo invisible.

Los hombres se hacían a uno y otro lado a medida que el extraordinario altercado avanzaba a trompicones hacia la puerta de la casa y bajaba dando vueltas la media docena de escalones de la fonda. Jaffers gritó con voz estrangulada, aunque seguía bien sujeto al otro y le clavaba la rodilla; después se giró y cayó desplomado al suelo para dar de cabeza contra la gravilla. Hasta aquel momento no relajó la presión de los dedos.

Se oyeron voces agitadas de «¡Deténganlo!» e «¡Invisible!», etcétera, etcétera, y un joven, un forastero cuyo nombre no salió a la luz, se acercó corriendo, atrapó algo, se le escapó y cayó sobre el cuerpo postrado del policía. En medio de la calle, una mujer gritó cuando notó que algo la empujaba; un perro, que al parecer había recibido una patada, soltó un gañido y corrió entre aullidos hacia el patio de Huxter; y así se completó el trayecto del hombre invisible. Durante un rato la gente se quedó donde estaba, asombrada y nerviosa, hasta que cundió el pánico y los desperdigó por el pueblo como el viento desperdiga las hojas secas.

Sin embargo, Jaffers permaneció inmóvil, boca arriba y con las rodillas dobladas.

8

EL TRAYECTO

El capítulo octavo es corto en grado sumo y cuenta que Gibbins, el naturalista aficionado del distrito, mientras estaba tumbado en las anchas y desnudas colinas, donde no había ni un alma en varios kilómetros a la redonda (o eso pensaba él), a punto de quedarse traspuesto, oyó cerca de él a un hombre toser, estornudar y soltar una violenta palabrota. Miró y no vio nada. Sin embargo, la voz era incontestable, seguía imprecando con la amplitud y la variedad inherentes a las palabras malsonantes de los hombres cultos. Llegó a su clímax, se fue apagando y, al fin, se perdió a lo lejos, en dirección, según le pareció distinguir, a Adderdean. Un estornudo espasmódico le puso el punto final antes de que desapareciera del todo. A pesar de que Gibbins no sabía nada de lo ocurrido por la mañana, el fenómeno era tan llamativo e inquietante que su tranquilidad filosófica se desvaneció; se levantó al instante y bajó la pendiente de la colina hacia el pueblo tan deprisa como pudo.

9

EL SEÑOR THOMAS MARVEL

Debe el lector imaginarse al señor Thomas Marvel como una persona de rostro carnosos y flexible, nariz de protuberancia cilíndrica, boca amplia, oscilante y dada a la bebida, y barba de erizada excentricidad. Su figura tendía a la corpulencia, y sus cortas extremidades acentuaban dicha tendencia. Llevaba un sombrero de seda afelpada, y la frecuente sustitución de botones por cuerda y cordones de zapatos, que resultaba patente en puntos críticos de su vestimenta, sin duda lo delataba como un hombre soltero.

El señor Thomas Marvel estaba sentado con los pies en la cuneta de la carretera que cruzaba la colina camino de Adderdean, a unos tres kilómetros de Iping. Llevaba los pies descalzos, salvo por unos calcetines de irregular calado; tenía unos dedos anchos y estirados, como las orejas de un perro alerta. Sin prisas (ya que todo lo hacía de ese modo), contemplaba la posibilidad de probarse unas botas. Hacía mucho tiempo que no se topaba con unas botas tan bien fabricadas, pero eran demasiado grandes para él; por otro lado, las que tenía le resultaban muy cómodas cuando el tiempo era seco, pero la suela era demasiado fina para la lluvia. El señor Thomas Marvel odiaba que las botas le quedaran grandes, aunque también odiaba la humedad. Nunca se había detenido a pensar cuál de las dos cosas odiaba más y, como hacía un día agradable y no tenía nada más que hacer, colocó las cuatro botas en un bonito rincón cubierto de hierba y se quedó mirándolas. Y al verlas allí, entre el verde y la naturaleza en flor, de repente se le ocurrió que ambos pares tenían un aspecto horrendo. No le sorprendió en absoluto oír

una voz detrás de él.

—No son más que botas, en cualquier caso —dijo la voz.

—Sí... Botas de beneficencia —respondió el señor Thomas Marvel, mirándolas de lado y sin mucho aprecio—. ¡Y a saber cuál de los dos pares es el más feo de todo el puñetero universo!

—Mmm —murmuró la voz.

—Las he llevado peores. De hecho, hasta he llegado a ir sin ninguna. Sin embargo, nunca me había encontrado con nada tan rematadamente feo, si me permite la expresión. Llevo días precisamente gorroneando botas, porque estaba harto de estas. Son bastante sólidas, por supuesto, pero cualquier caballero vagabundo ve un enorme montón de botas. Y, créame, por mucho que he recorrido el bendito condado, por más que lo he intentado, solo he podido sacarme estas. ¡Mírelas! Y eso que es un buen condado para las botas, en general, pero es mi penosa suerte. Conseguí mis botas en este condado hace diez años o más, y ahora me tratan así.

—Es un condado repugnante —dijo la voz—, poblado por cerdos.

—¿A que sí? —respondió el señor Thomas Marvel—. ¡Señor! ¡Mire esas botas! Es inconcebible.

Volvió la vista atrás, hacia la derecha, para mirar las botas de su interlocutor con vistas a posibles comparaciones, pero, ¡ay!, donde deberían haber estado sus botas no había ni botas ni piernas. Volvió la cabeza hacia la izquierda, y allí tampoco había ninguna de las dos cosas. En un segundo se apoderó de él un asombro infinito.

—Pero ¿y tú qué eres? —preguntó por encima del hombro mientras daba media vuelta a cuatro patas.

No vio más que una franja de la colina vacía y el viento que agitaba las remotas puntas verdes de los arbustos de aulaga.

—¿Estoy borracho? —siguió preguntando el señor Thomas Marvel—. ¿He tenido visiones? ¿Estaba hablando solo? ¿Qué...?

—No se alarme —dijo una voz.

—No se me ponga de ventrílocuo —protestó el señor Thomas Marvel, levantándose de un salto—. ¿Dónde está? ¡No va y dice que no me alarme!

—No se alarme —repitió la voz.

—El que se va a alarmar es usted, so imbécil —repuso su

interlocutor—. ¿Dónde está? Deje que le vea... ¿No estará enterrado? —preguntó al cabo de un momento.

No hubo respuesta. El señor Thomas Marvel se quedó inmóvil, sin botas y asombrado, con la chaqueta medio quitada.

—Piopí —dijo fríamente una avefría lejana.

—¡Y ahora me pía! —exclamó el señor Thomas Marvel—. No es momento para bufonadas.

La colina estaba desierta de este a oeste y de norte a sur. La carretera, con sus cunetas poco profundas y sus mojones blancos, se extendía, también vacía, hacia el norte y hacia el sur; y, salvo por aquel piar, el cielo azul estaba igualmente vacío.

—Que Dios me ayude —dijo el señor Thomas Marvel, volviendo a ponerse la chaqueta sobre los hombros—. ¡Es la bebida! Tendría que haberlo sabido.

—No es la bebida —intervino entonces la voz—. No pierda los nervios.

—¡Ah! —exclamó el señor Marvel, y la cara se le quedó blanca entre las manchas rojizas—. Es la bebida —repitieron sus labios sin hacer ruido alguno; siguió mirando a su alrededor, dando lentamente media vuelta—. Juraría que he oído una voz —susurró.

—Claro que la ha oído.

—Ahí está otra vez —repuso el señor Marvel, cerrando los ojos y llevándose la mano a la frente con un gesto dramático; de repente algo lo agarró por el cuello de la camisa y lo sacudió con violencia, dejándolo más perplejo que nunca.

—No sea imbécil —le dijo la voz.

—He... perdido... la... bendita... sesera —masculló el señor Marvel—. Esto no está bien. Es por darles tantas vueltas a esas botas del infierno. Estoy mal de la sesera. O es el alcohol.

—Ni una cosa ni la otra. ¡Escuche! —insistió la voz.

—Sesera —repitió el señor Marvel.

—Un minuto —exigió la voz en tono apremiante, trémula por el esfuerzo de controlarse.

—¿Y? —preguntó el señor Marvel con la extraña sensación de que alguien le había clavado un dedo en el pecho.

—¿Cree que soy cosa de su imaginación? ¿Solo de su imaginación?

—¿Y qué iba a ser si no? —preguntó el interpelado, restregándose la nuca.

—Muy bien —respondió la voz, aliviada—. Entonces le tiraré piedras hasta que cambie de idea.

—Pero ¿dónde está?

La voz no respondió. De repente, una piedra pareció surgir del aire y no le dio al señor Marvel en el hombro por un pelo. El señor Marvel se volvió y vio que una piedra se levantaba sola del suelo, recorría una complicada trayectoria, quedaba un momento suspendida en el aire y después caía a sus pies con una rapidez casi invisible. Estaba demasiado asombrado para esquivarla, así que la piedra rebotó zumbando en uno de sus dedos descalzos y cayó en la zanja. El señor Marvel dio un buen brinco y aulló. Después empezó a correr, chocó con un obstáculo invisible y cayó sobre el trasero.

—Bien —dijo la voz mientras una tercera piedra trazaba un arco en el aire y se quedaba allí, suspendida, encima del vagabundo—, ¿soy producto de su imaginación?

El señor Marvel se puso en pie como pudo, a modo de respuesta, pero lo empujaron de inmediato al suelo, donde permaneció inmóvil un momento.

—Si sigue forcejeando —dijo la voz—, le tiraré la piedra a la cabeza.

—Me parece justo —respondió el señor Thomas Marvel mientras se sentaba, se cogía el dedo herido con una mano y clavaba la mirada en el tercer misil—. No lo entiendo. Piedras que se lanzan solas, piedras que hablan; pues bajad al suelo y pudríos, que me rindo.

La tercera piedra cayó al suelo.

—Es muy sencillo —explicó la voz—, soy un hombre invisible.

—Dígame algo que no sepa —respondió el señor Marvel, ahogando un grito de dolor—. Pero no sé ni dónde se esconde ni cómo lo hace. Me doy por vencido.

—Eso es todo, soy invisible. Es lo que quiero que entienda.

—Cualquiera entiende eso, no hace falta que sea usted tan impaciente, señor. Bien, una pista: ¿cómo se esconde?

—Soy invisible, esa es la cuestión. Y lo que quiero que entienda es que...

—Pero ¿dónde? —interrumpió el señor Marvel.

—¡Aquí! A cinco metros de usted.

—Pero ¡bueno! No estoy ciego, me está diciendo que no es más que aire. No soy uno de esos vagabundos ignorantes...

—Sí, eso soy, aire. Está viendo a través de mí.

—¡Qué! ¿No tiene sustancia ninguna? *Vox et...* ¿cómo sigue? Palabrería. ¿Es eso?

—No soy más que un ser humano sólido que necesita comida y bebida, que necesita cubrirse, pero soy invisible. ¿Lo ve? Invisible. Una idea simple. Invisible.

—¿Cómo? ¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—A ver esa mano suya —dijo Marvel—, si es de verdad. Así no sería tan condenadamente raro... ¡Dios bendito! —exclamó—. ¡Me ha asustado! ¿Cómo se le ocurre agarrarme así?

Tocó con dedos vacilantes la mano que se le había cerrado en torno a la muñeca, y siguió avanzando con actitud pusilánime por el brazo, palpó un musculoso pecho y exploró una cara barbuda. El rostro de Marvel era puro asombro.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó—. ¡Admirable! ¡Y puedo ver claramente un conejo a través de usted, a casi un kilómetro de distancia! No se ve ni siquiera un pedacito de usted, salvo... —añadió, examinando con detenimiento el espacio en apariencia vacío—. ¿No habrá estado usted comiendo pan con queso? —preguntó sosteniendo el brazo invisible.

—Está en lo cierto, y mi cuerpo todavía no lo ha terminado de asimilar.

—¡Ah! Aunque apenas se intuye.

—Por supuesto, todo esto no es ni la mitad de maravilloso de lo que usted se imagina.

—Es bastante maravilloso, en mi modesta opinión —respondió el señor Thomas Marvel—. Y ¿cómo lo hace? ¿Cómo diantres lo hace?

—Es una historia demasiado larga. Y además...

—Le digo que todo el asunto me puede —lo interrumpió el señor Marvel.

—Lo que quiero decirle en estos momentos es lo siguiente:

necesito ayuda. Tan bajo he caído. Me topé con usted de sopetón, estaba vagando, loco de rabia, desnudo e impotente. Podría haber matado a alguien. Y entonces lo vi...

—¡Dios mío!

—Me acerqué por la espalda, vacilé, seguí... —dijo el hombre invisible; la expresión del señor Marvel era bastante elocuente—. Y entonces me detuve y pensé: «Aquí tengo a un marginado como yo. Este es el hombre que necesito». Así que di media vuelta y me acerqué a usted. Y...

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo el señor Marvel—. Pero estoy aturdido. ¿Puedo preguntar...? ¿Cómo es? ¿Y qué clase de ayuda va a necesitar? ¡Invisible!

—Quiero que me ayude a conseguir ropa y un refugio, y después otras cosas. Ya lo he descuidado demasiado. Si no lo hace... ¡Bueno, lo hará! Tiene que hacerlo.

—Espere un momento —repuso el señor Marvel—. Estoy demasiado atónito. No siga maltratándome y déjeme marchar. Debo recuperarme un poco. Y ha estado a punto de romperme el dedo. Esto no es nada razonable. Colinas vacías, el cielo vacío, nada visible en varios kilómetros a la redonda salvo la madre Naturaleza y, entonces, aparece una voz. ¡Una voz salida del Cielo! ¡Y piedras! ¡Y un puño!... ¡Dios bendito!

—Tranquilícese —dijo la voz—, porque debe hacer el trabajo para el que lo he escogido.

El señor Marvel resopló y abrió mucho los ojos.

—Lo he escogido a usted —insistió la voz—. Es el único hombre, salvo algunos de esos imbéciles de ahí abajo, que sabe que existe un hombre invisible. Tiene que ser mi ayudante. Ayúdeme, y haré grandes cosas por usted. Un hombre invisible es un hombre poderoso. —Guardó silencio un instante para estornudar con violencia—. Pero, si me traiciona... si no cumple mis órdenes...

Guardó de nuevo silencio y dio unos sabios toquitos en el hombro del señor Marvel, que dejó escapar un chillido de terror.

—No quiero traicionarlo —aseguró, apartándose de la dirección en la que se encontraban los dedos—. No vaya a pensar semejante cosa, en cualquier caso. Solo deseo ayudarlo, dígame qué tengo que hacer. ¡Dios bendito! Lo que quiera que sea, estoy dispuesto a

hacerlo.

LA VISITA DEL SEÑOR MARVEL A IPING

Cuando amainaron las primeras rachas de pánico, en Iping dieron comienzo los debates. El escepticismo asomó la cabeza de repente; era un escepticismo de naturaleza nerviosa, no muy seguro de sus cimientos, pero escepticismo al fin y al cabo. No creer en un hombre invisible es mucho más sencillo, y los que de verdad lo habían visto desvanecerse en el aire o habían sentido la fuerza de su brazo podían contarse con los dedos de ambas manos. Y, de dichos testigos, el señor Wadgers se encontraba ausente, encerrado tras los inexpugnables pestillos y barras de su casa, y Jaffers seguía tumbado sin sentido en el salón del Coach and Horses. Las grandes y extrañas ideas que trascienden la experiencia a menudo tienen menos impacto en los hombres y las mujeres que los conceptos menores y más tangibles. Iping estaba felizmente llena de banderines, y todos iban con sus trajes de gala. Hacía más de un mes que todos esperaban con ansia el lunes de Pentecostés. Cuando cayó la tarde incluso aquellos que creían en el hombre invisible empezaron a retomar sus pequeñas diversiones de manera cautelosa, suponiendo que aquel hombre se había alejado de sus vidas; y para los escépticos ya no era más que un chiste. Sin embargo, todos ellos, ya fueran creyentes o escépticos, aquel día estuvieron más sociables de lo habitual.

En el prado de Haysman había una tienda donde la señora Bunting y otras damas preparaban el té, mientras los niños de la escuela dominical hacían carreras y jugaban fuera, ruidosamente vigilados por el coadjutor y las señoritas Cuss y Sackbut. No cabe

duda de que flotaba cierta inquietud en el ambiente, aunque la mayoría de la gente tenía el sentido común de ocultar cualquier imaginativo reparo que se les ocurriera. En la plaza del pueblo había una cuerda inclinada por la que, agarrándose al mango de un polea que bajaba por ella, uno podía lanzarse con violencia contra un saco colocado en el otro extremo y caer en el césped. La cuerda estaba teniendo un éxito considerable entre los adolescentes. Había también columpios, puestos de tiro al coco y conciertos, y el órgano a vapor cercano a los columpios impregnaba el aire de un acre olor a aceite que se unía a una música igual de penetrante. Los miembros del club de la parroquia, que habían asistido a misa por la mañana, estaban espléndidos con sus insignias verdes y rosas, y algunos de los más alegres se habían adornado también los bombines con cintas de colores brillantes. El viejo Fletcher, que tenía rígidas ideas sobre las festividades, se podía entrever a través del jazminero de su ventana o a través de la puerta abierta (según por donde quisiera mirarse), haciendo delicados equilibrios sobre una plancha apoyada en dos sillas mientras encalaba el techo de su salón.

A eso de las cuatro, un desconocido entró en el pueblo procedente de las colinas. Era una persona baja y corpulenta, con una chistera extraordinariamente estropeada, y parecía sin aliento. Lo mismo dejaba flojas las mejillas que las hinchaba con fuerza. El temor se evidenciaba en su rostro moteado, y se movía con una especie de celeridad renuente. Dobló la esquina de la iglesia y se dirigió al Coach and Horses. El viejo Fletcher, entre otros, recordaba haberlo visto, y el anciano caballero se quedó tan perplejo ante el peculiar desasosiego del extraño que, sin querer, dejó que le cayera un chorro de cal en la manga de la chaqueta mientras lo observaba.

El desconocido, según le pareció al propietario del puesto de tiro al coco, hablaba solo, y el señor Huxter comentó lo mismo. Se detuvo al llegar a los escalones del Coach and Horses, y el señor Huxter dijo que experimentó una evidente lucha interna antes de entrar en la casa. Al final subió los escalones, y el señor Huxter lo vio girar a la izquierda y abrir la puerta del salón. El señor Huxter oyó voces dentro del cuarto y en el bar que avisaban al hombre de

su error.

—¡Esa habitación es privada! —le dijo Hall, y el desconocido cerró torpemente la puerta y entró en el bar.

Al cabo de unos minutos reapareció limpiándose los labios con el dorso de la mano, con un aire de tranquila satisfacción que, por algún motivo, al señor Huxter le resultó impostado. Se quedó mirándolo unos instantes y después lo vio caminar en actitud furtiva hacia las puertas del patio, a las que se abría la ventana del salón. El desconocido, tras vacilar un momento, se apoyó en uno de los postes de la puerta, sacó una corta pipa de arcilla y empezó a llenarla. Le temblaban los dedos. La encendió con torpeza y, con los brazos cruzados, se puso a fumar en actitud lánguida, una actitud que desmentían sus ocasionales miradas de reojo al patio.

Todo esto lo vio el señor Huxter por encima de las latas del escaparate del estanco, y el comportamiento del hombre era tan peculiar que lo impulsó a seguir observándolo.

En aquel momento, el desconocido se levantó de repente y se metió la pipa en el bolsillo. Después desapareció dentro del patio. Al verlo, el señor Huxter, pensando que era testigo de un hurto menor, rodeó su mostrador y salió corriendo a la calle para interceptar al ladrón. Mientras, el señor Marvel reapareció con el sombrero torcido, un gran bulto envuelto en un mantel en una mano y tres libros atados juntos (como se probó después, con los tirantes del pastor) en la otra. En cuanto vio a Huxter dejó escapar un grito ahogado y, tras volverse rápidamente hacia la izquierda, echó a correr.

—¡Deténganlo! —gritó Huxter antes de iniciar la persecución.

Las sensaciones del señor Huxter fueron intensas, aunque breves. Fue testigo de que el hombre aceleraba con energía en dirección a la esquina de la iglesia y bajaba por la calle. Vio las banderas y la fiesta del pueblo más allá, y un par de rostros vueltos hacia él.

—¡Detengan al ladrón! —aulló de nuevo, y echó a correr con gallardía.

Apenas había dado diez pasos cuando su barbilla se dio misteriosamente contra algo, y ya no estaba corriendo, sino volando por los aires a una velocidad increíble. De repente, el suelo iba hacia su cabeza. El mundo pareció estallar en un millón de puntitos

de luz arremolinados y «los acontecimientos posteriores dejaron de interesarle», como diría Bret Harte.

EN EL COACH AND HORSES

Ahora bien, para entender claramente lo sucedido en la fonda, es necesario regresar al momento en que el señor Huxter vio por primera vez al señor Marvel a través de su escaparate. En aquel preciso instante, el señor Cuss y el señor Bunting se encontraban en el salón, absortos en la seria investigación de los extraños acontecimientos de la mañana. Con el permiso del señor Hall, examinaban con detenimiento las pertenencias del hombre invisible. Jaffers se había medio recuperado de la caída y se había ido a casa, donde quedó a cargo de unos amigos. La señora Hall había recogido la ropa desperdigada del huésped y había ordenado la habitación. En la mesa bajo la ventana, allí donde el huésped había estado trabajando, Cuss había descubierto casi de inmediato tres grandes libros manuscritos titulados «Diario».

—¡Diario! —exclamó, poniendo los tres libros sobre la mesa—. Ahora, sea lo que sea, averiguaremos algo.

El pastor estaba con las manos apoyadas en la mesa.

—Diario —repitió Cuss mientras se sentaba, dejando dos volúmenes debajo del tercero, que abrió—. Mmm... No hay nombre en la guarda. ¡Qué fastidio! Códigos y números.

El pastor se acercó para mirar por encima del hombro de Cuss.

—¿No hay diagramas? —preguntó el señor Bunting—. ¿Ni ilustraciones que indiquen...?

—Véalo usted mismo —respondió el señor Cuss—. Algunas cosas son matemáticas y otras están en ruso o en un idioma similar (a juzgar por las letras), y otras están en griego. En cuanto al griego,

creía que usted...

—Por supuesto —respondió el señor Bunting, quitándose los anteojos para limpiarlos. De pronto se sintió muy incómodo, ya que sus olvidados conocimientos de griego no eran dignos de mención—. Sí..., el griego podría darnos una pista, por supuesto.

—Le buscaré un sitio.

—Preferiría echar un vistazo primero a los libros —repuso el señor Bunting, sin dejar de limpiarse las gafas—. Primero una impresión general, Cuss, y después, ya sabe, podemos empezar a buscar pruebas.

Tosió, se colocó las gafas, se las ajustó meticulosamente, tosió de nuevo y deseó que pasara algo para no quedar en evidencia, cosa que parecía inevitable. Aceptó con parsimonia el libro que le ofrecía Cuss y, entonces, sucedió algo.

La puerta se abrió de repente.

Los dos caballeros se sobresaltaron, miraron a su alrededor y cuál no sería su alivio al ver una cara de manchas sonrosadas bajo un sombrero de seda afelpada.

—¿El bar? —preguntó la cara, y se quedó mirándolos.

—No —respondieron ambos caballeros a la vez.

—Por el otro lado, amigo —dijo el señor Bunting.

—Por favor, cierre esa puerta —añadió el señor Cuss, irritado.

—De acuerdo —respondió el intruso en una voz baja, una voz que, curiosamente, les resultó muy distinta de la voz ronca de la primera pregunta—. Y tan de acuerdo —repitió el desconocido con la primera voz—. ¡Apártense! —exclamó, y cerró la puerta.

—Un marinero, diría yo —comentó el señor Bunting—. Unos tipos muy graciosos, sin duda. Que se aparten, dice. Será un término náutico en referencia a su salida de la habitación, supongo.

—Eso parece —respondió Cuss—. Hoy tengo los nervios destemplados, me ha dado un buen susto que la puerta se abriera de ese modo.

El señor Bunting sonrió como si él no se hubiese asustado.

—Y ahora —dijo suspirando—, a los libros.

—Un momento —le pidió Cuss, y se dirigió a la puerta para cerrarla con pestillo—. Ya podemos trabajar sin interrupciones.

Mientras lo decía alguien se sorbió la nariz.

—Hay algo indiscutible —empezó Bunting, acercando una silla a la de Cuss—, y es que, sin duda, los últimos días en Iping hemos sido testigos de unos acontecimientos extraños, muy extraños. Por descontado, no puedo creer en esa absurda historia de la invisibilidad...

—Es increíble —dijo Cuss—. Increíble. Aun así, el hecho es que vi..., que realmente miré por su manga...

—Pero ¿lo vio? ¿Está seguro? Suponga que se trataba de un espejo, por ejemplo; no cuesta mucho producir alucinaciones. No sé si habrá visto alguna vez actuar a un prestidigitador de calidad...

—No deseo seguir discutiendo —lo interrumpió Cuss—. Ya hemos intentado resolverlo, Bunting. Y ahora mismo tenemos estos libros... ¡Ah! ¡Aquí hay algo que parece griego! Letras griegas, sin duda.

Señaló el centro de la página, y el señor Bunting se ruborizó un poco y acercó el rostro, como si tuviera algún problema con las gafas. De repente notó una extraña sensación en la nuca. Intentó levantar la cabeza y se encontró con una resistencia inamovible. Era una presión curiosa, como si una mano firme lo agarrara y le empujara la barbilla hacia la mesa con una fuerza irresistible.

—No se muevan, hombrecillos —susurró una voz—, ¡si no quieren que les rompa la crisma a los dos!

El señor Bunting miró el rostro de Cuss, tan cerca del suyo, y los dos vieron reflejado el mismo asombro horrorizado en la cara del otro.

—Siento tratarlos de manera tan brusca —dijo la voz—, pero es inevitable. ¿Desde cuándo se dedican a husmear en las notas privadas de un investigador? —preguntó, y las dos barbillas dieron a la vez contra la mesa, y a la vez les entrechocaron los dientes—. ¿Desde cuándo se dedican a invadir el alojamiento privado de un hombre caído en desgracia? —preguntó de nuevo, y se repitió la conmoción—. ¿Dónde han guardado toda mi ropa? Escuchen, las ventanas están cerradas y he cogido la llave de la puerta. Soy un hombre bastante fuerte y tengo a mano el atizador..., por no hablar de mi invisibilidad. No me cabe la menor duda de que podría matarlos a los dos y huir fácilmente si me lo propusiera, ¿me entienden? Muy bien. Los soltaré si me prometen que no intentarán

ninguna tontería y que harán lo que les pida, ¿lo prometen?

El pastor y el doctor se miraron, y el doctor hizo una mueca.

—Sí —respondió el señor Bunting, y el pastor lo repitió.

Entonces se relajó la presión que les atenazaba el cuello, y el doctor y el pastor se sentaron y movieron la cabeza de un lado a otro, ambos con el rostro muy rojo.

—Quédense sentados donde están, por favor —dijo el hombre invisible—. Aquí está el atizador, como ven. Cuando entré en el cuarto —prosiguió tras señalar con el atizador la punta de la nariz de cada uno de sus visitantes— no esperaba verlo ocupado, y, aparte de mis libros y notas, contaba con encontrar una muda de ropa. ¿Dónde está? No..., no se levanten. Ya veo que se la han llevado. Ahora bien, en estos momentos, aunque de día hace bastante calor y cualquier hombre invisible puede ir por ahí desnudo, por las noches refresca un poco. Quiero ropa, y otro alojamiento; y debo recuperar esos tres libros.

EL HOMBRE INVISIBLE PIERDE LOS NERVIOS

Llegados a este punto de la narración resulta indispensable interrumpir de nuevo el hilo por un doloroso motivo que en breves momentos quedará patente. Mientras todo esto sucedía en el salón y mientras el señor Huxter observaba al señor Marvel fumar apoyado en la puerta, a unos diez metros de allí, el señor Hall y Teddy Henfrey debatían con confusa perplejidad sobre el único tema del día en Iping.

De repente oyeron un violento golpe contra la puerta del salón, un grito agudo y... silencio.

—Pero ¡bueno! —exclamó Teddy Henfrey.

—Pero ¡bueno! —repitieron en el bar.

El señor Hall se hizo cargo del asunto despacio, aunque con decisión.

—Eso no está bien —dijo, y salió de la barra para dirigirse a la puerta del salón.

Teddy y él se acercaron juntos a la puerta con expresión resuelta. Meditaron un momento.

—Algo va mal —dijo Hall, y Henfrey asintió para darle la razón.

Les llegó un desagradable olorillo a productos químicos, así como el sonido quedo de una conversación muy rápida.

—¿Están bien por ahí dentro? —preguntó Hall llamando a la puerta.

Los murmullos cesaron de golpe, no se oyó nada durante un momento, y después la conversación se reanudó entre susurros. A continuación oyeron a alguien gritar: «¡No, no lo hará!». Siguió un

movimiento súbito, el ruido de una silla al volcarse y un breve forcejeo. Después, silencio de nuevo.

—Pero ¿qué pasa ahí? —exclamó Henfrey, *sotto voce*.

—¿Están... bien... por ahí... dentro? —preguntó de nuevo el señor Hall con toda claridad.

La voz del pastor respondió con una curiosa entonación entrecortada:

—Bas... tante bien. Por favor, no... interrumpa.

—¡Qué raro! —dijo el señor Henfrey.

—¡Qué raro! —repitió el señor Hall.

—Dice que no interrumpa —añadió Henfrey.

—Lo he oído —repuso Hall.

—Y alguien sorbiéndose la nariz —dijo Henfrey.

Permanecieron a la escucha. La conversación era veloz y en voz baja.

—No puedo —dijo el señor Bunting, elevando el tono—. Le repito, señor, que no lo haré.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Henfrey.

—Dice que no lo hace —respondió Hall—. No era por nosotros, ¿no?

—¡Es una vergüenza! —exclamó el señor Bunting en el salón.

—Una vergüenza —repitió el señor Henfrey—. Lo he oído con todas sus letras.

—¿Y quién habla ahora? —preguntó Henfrey.

—El señor Cuss, supongo —respondió Hall—. ¿Oyes... algo?

Silencio. Dentro los sonidos se mezclaban y resultaban desconcertantes.

—Parece como si alguien estuviera tirando el mantel —dijo Hall.

La señora Hall salió de detrás de la barra, y Hall le hizo señas para que no hablara y se acercase a él, lo cual despertó el rechazo de su esposa.

—¿Qué es lo que escuchas ahí, Hall? —preguntó—. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer, con la de gente que tenemos hoy?

Hall intentó explicárselo todo mediante muecas y pantomima, pero la señora Hall era obstinada. Levantó la voz. Así que Hall y Henfrey, ciertamente alicaídos, volvieron de puntillas al bar, gesticulando para hacerla entender.

Al principio la señora se negó a ver nada sospechoso en lo que le relataban. Después insistió en que Hall guardara silencio mientras Henfrey contaba la historia. La señora Hall pensaba que todo el asunto era una tontería; quizá no hacían más que mover los muebles.

—Ha dicho que era una vergüenza, lo he oído —dijo Hall.

—Y yo también, señora Hall —repuso Henfrey.

—Lo más probable... —empezó la señora.

—¡Chiss! —la interrumpió el señor Teddy Henfrey—. ¿No es eso la ventana?

—¿Qué ventana? —preguntó la señora Hall.

—La del salón.

Todos guardaron silencio. Los ojos de la señora Hall, fijos al frente, vieron sin ver el reluciente rectángulo de la puerta de la taberna, la blanca y viva calle, y el escaparate de Huxter, que reflejaba el sol de junio. De repente, la puerta de Huxter se abrió y apareció el susodicho, con expresión alterada y gesticulando con los brazos.

—¡Eh! —gritó—. ¡Detengan al ladrón! —Y salió corriendo en diagonal para atravesar el rectángulo de la puerta y seguir hacia la cancela del patio, donde desapareció.

A la vez se produjo un tumulto en el salón y se oyeron unas ventanas que se cerraban.

Hall, Henfrey y todos los presentes en el bar salieron en tropel a la calle, y vieron a alguien que se escabullía por la esquina calle abajo, y al señor Huxter que, tras ejecutar un complicado salto en el aire, acababa dándose de bruces en el suelo. Al final de la calle la gente los observaba, atónita, o corría hacia ellos.

El señor Huxter estaba aturdido. Henfrey se percató de ello al detenerse junto a él, mientras que Hall y los dos obreros que estaban en el bar doblaron la esquina a toda prisa, gritando incoherencias, y vieron que el señor Marvel desaparecía por la esquina de la iglesia. Parecían haber llegado a la imposible conclusión de que aquel era el hombre invisible, ya recuperada la visibilidad, y habían decidido perseguirlo por la calle. Sin embargo, Hall apenas había recorrido diez metros cuando gritó, sorprendido, y salió volando de cabeza hacia un lado, agarrándose mientras caía

a uno de los obreros, que aterrizó en el suelo con él. Habían cargado contra él como en un partido de rugby. El segundo trabajador se volvió, se quedó contemplando la escena y, creyendo que Hall había tropezado espontáneamente, reanudó la persecución, solo para acabar agarrado por el tobillo, igual que Huxter. Entonces, cuando el primer trabajador intentaba ponerse en pie, alguien lo tiró de lado con un golpe que podría haber derribado a un buey.

Justo cuando caía, el gentío que se aproximaba desde la plaza del pueblo dobló la esquina. El primero en asomarse fue el propietario del puesto de tiro al coco, un hombre fornido que llevaba un jersey azul. Se sorprendió al ver la calle vacía, salvo por tres hombres tirados de forma absurda en el suelo. De pronto, algo le ocurrió al pie que tenía más atrás, fue de cabeza al suelo, y rodó de lado justo a tiempo de rozar los pies de su hermano y compañero, que siguieron su misma suerte. A continuación recibieron patadas, rodillazos y maldiciones de un buen número de personas que, con las prisas, tropezaron con ellos y les cayeron encima.

Ahora bien, cuando Hall, Henfrey y los obreros salieron corriendo de la casa, la señora Hall, gracias a la disciplina de muchos años de experiencia, se quedó en la barra, junto a la caja registradora. De repente se abrió la puerta de salón, apareció el señor Cuss y, sin mirarla, bajó a toda prisa los escalones de la calle.

—¡Deténganlo! —gritaba—. ¡No dejen que suelte ese paquete! Mientras lo lleve, podrán verlo.

No sabía de la existencia de Marvel, y resulta que el hombre invisible le había entregado los libros y el paquete a través del patio. El enfado y la determinación del señor Cuss eran evidentes en su rostro, en cambio, su traje mostraba ciertas carencias: era una especie de falda escocesa blanca y lacia que solo habría pasado inadvertida en la antigua Grecia.

—¡Deténganlo! —bramó—. ¡Tiene mis pantalones! ¡Y toda la ropa del pastor!

—¡Ya lo atenderá dentro de un momento! —gritó a Henfrey al pasar junto al postrado Huxter, y al doblar la esquina para unirse al tumulto no tardaron nada en hacerlo caer en una indecorosa

posición. Alguien, en pleno vuelo, le pisó el dedo con fuerza. El señor Cuss gritó, consiguió ponerse en pie, volvieron a derribarlo y acabó de nuevo a cuatro patas, y entonces fue consciente de que no se encontraba en una cacería, sino en medio de una huida en desbandada. Todos corrían de vuelta al pueblo. Se levantó otra vez y recibió un serio golpe detrás de la oreja. Tambaleante, volvió hacia el Coach and Horses sin perder un instante, saltando por encima del abandonado Huxter, que ya se había sentado y estaba a punto de levantarse.

Detrás de él, a medio camino de los escalones de la fonda, oyó un repentino grito de rabia por encima de la confusión de chillidos, y que alguien recibía una buena bofetada en la cara. Reconoció la voz del hombre invisible, y el tono de alguien que, en un instante, es presa de la ira al recibir un golpe doloroso.

Un segundo después, el señor Cuss estaba de vuelta en el salón.

—¡Viene hacia aquí, Bunting! —exclamó al entrar—. ¡Huya, por su vida! ¡Se ha vuelto loco!

El señor Bunting estaba de pie junto a la ventana, intentando vestirse con la alfombra de la chimenea y un ejemplar del *West Surrey Gazette*.

—¿Quién viene? —preguntó, tan sorprendido que su disfraz escapó por poco de la desintegración.

—El hombre invisible —respondió Cuss, corriendo hacia la ventana—. ¡Será mejor salir de aquí! ¡Se ha vuelto loco de atar! ¡Loco!

En menos de un segundo ya había salido al patio.

—¡Dios bendito! —exclamó el señor Bunting, dudando entre dos posibilidades horribles.

Tras oír un aterrador forcejeo en el pasillo de la fonda, tomó una decisión: saltó por la ventana, se arregló apresuradamente la vestimenta y huyó pueblo arriba lo más deprisa que le permitieron sus piernecitas regordetas.

Desde el momento en que el hombre invisible gritó de rabia y el instante en que el señor Bunting protagonizó su memorable fuga por el pueblo, resulta imposible relatar de forma consecutiva lo acontecido en Iping. Es posible que la intención original del hombre invisible fuera simplemente cubrir la retirada de Marvel con la ropa

y los libros. Sin embargo, parece ser que ante algún golpe fortuito perdió la templanza, ya escasa de por sí, y a partir de aquel momento se dedicó a pegar y derribar por la mera satisfacción que le producía hacer daño.

Debe usted imaginarse la calle llena de figuras corriendo, de puertas que se cierran y de personas peleándose por un buen escondite. Debe figurarse el tumulto que de pronto alteró el inestable equilibrio de las tablas y las dos sillas del viejo Fletcher, con resultados cataclísmicos. Debe imaginarse a una pareja horrorizada lamentablemente atrapada en un columpio. Y al fin las prisas y el estrépito terminaron, y la calle de Iping, con sus adornos y banderas, quedó desierta (salvo por el hombre invisible, que seguía enfurecido) y sembrada de cocos, lonas rotas y todo el género del puesto de golosinas desparramado. Por todas partes se oían contraventanas cerrándose y pestillos corriéndose, y la única humanidad visible era algún que otro ojo curioso que se asomaba bajo una ceja enarcada por la esquina de una ventana.

El hombre invisible se divirtió un rato rompiendo todas las ventanas del Coach and Horses, y luego lanzó una farola contra la ventana del salón de la señora Gribble. Tuvo que ser él el que cortó el cable del telégrafo, justo pasada la casa de Higgins, en la carretera a Adderdean. Después de aquello, como sus peculiares cualidades se lo permitían, dejó de ser perceptible para los sentidos humanos y no se le volvió a oír, ver ni sentir en Iping nunca más. Se desvaneció por completo.

Sin embargo, tuvieron que pasar casi dos horas antes de que alguien se atreviera a salir de nuevo a la desolada calle del pueblo.

EL SEÑOR MARVEL INTENTA RENUNCIAR

Justo antes de caer la noche, cuando Iping empezaba a asomarse tímidamente a las ruinas de su fiesta, un hombre bajo y corpulento con un raído sombrero de seda caminaba con dificultad a la luz del crepúsculo por detrás de los bosques de hayas de la carretera de Bramblehurst. Cargaba con tres libros unidos por una especie de elástico decorativo y un paquete envuelto en un mantel azul. Su rubicundo rostro expresaba consternación y fatiga; avanzaba a paso rápido, aunque espasmódico. Lo acompañaba una voz que no era la suya y, de vez en cuando, el contacto con unas manos invisibles le arrancaba una mueca.

—Si intentas zafarte de mí de nuevo —dijo la voz—, si intentas zafarte de mí de nuevo...

—¡Señor! —exclamó el señor Marvel—. En este hombro ya tengo suficientes moretones.

—... por mi honor que te mato —terminó de decir la voz.

—No intenté zafarme de usted —respondió Marvel con una voz que no andaba muy lejos del llanto—. Le juro que no. ¡Es que no conocía el cruce, nada más! ¿Cómo iba a conocer el maldito cruce? Ya me han pegado bastante...

—Y te pegarán aún más si no tienes cuidado —repuso la voz, y el señor Marvel se calló en seco y resopló, con la desesperación en la mirada—. Ya es lo bastante malo que estos balbuceantes paletos exploten mis secretos, para que, encima, tú huyas con mis libros. ¡Algunos han tenido la suerte de huir cuando lo hicieron! Aquí estoy... ¡Nadie sabía que era invisible! ¿Y qué hago yo ahora?

—¿Y qué hago yo? —preguntó Marvel en voz baja.

—Ahora es de dominio público. ¡Saldrá en los periódicos! Todo el mundo me buscará, todo el mundo estará en guardia...

La voz soltó unas cuantas palabrotas escogidas y se calló.

La cara de desesperación del señor Marvel empeoró, y el hombre aflojó el paso.

—¡Vamos! —le ordenó la voz.

La cara del señor Marvel adoptó un tono grisáceo entre las manchas coloradas.

—No sueltes esos libros, estúpido —dijo la voz bruscamente, adelantándolo—. El hecho es que tendré que servirme de ti. Eres un pobre instrumento, pero tendré que utilizarte.

—Soy un instrumento despreciable —añadió Marvel.

—Es cierto.

—Soy el peor instrumento con el que pueda contarse —siguió Marvel; como la voz no respondía, siguió hablando—. No soy fuerte —dijo—. No soy nada fuerte —repitió tras un desalentador silencio.

—¿No?

—Y tengo el corazón débil. Este asunto... Lo he resuelto, claro, pero ¡válgame el cielo! Podría haber caído muerto.

—¿Y?

—No tengo el temple ni la fuerza necesarios para las tareas que usted requiere.

—Yo te animaré.

—Ojalá no lo hiciera. No me gustaría arruinarle los planes, ya lo sabe, pero podría hacerlo, por puro desánimo y desdicha.

—Será mejor que no lo hagas —repuso la voz en tono bajo, aunque con énfasis.

—Ojalá estuviera muerto —dijo Marvel—. No es justo, debe reconocerlo. Me parece que tengo todo el derecho...

—¡Sigue andando! —le gritó la voz.

El señor Marvel apretó el paso y, durante un rato, ambos guardaron silencio.

—Es de una dificultad diabólica —comentó el señor Marvel.

Aquello no tuvo ningún efecto, así que probó con otra táctica.

—¿Qué saco yo de esto? —preguntó en un tono que dejaba claro que se trataba de una insoportable contrariedad.

—¡Ay, cállate! —exclamó la voz con una asombrosa y repentina energía—. Me ocuparé de ti, no te preocupes. Tú haz lo que te pida. Te irá bien. Eres idiota y todo eso, pero lo harás...

—Se lo repito, señor, no soy el hombre adecuado para el trabajo. Con todo el respeto, así es...

—Si no te callas ahora mismo volveré a retorcerte la muñeca —lo amenazó el hombre invisible—. Necesito pensar.

En aquel momento aparecieron entre los árboles dos rectángulos de luz amarilla y la torre cuadrada de una iglesia surgió del ocaso.

—Iré con la mano sobre tu hombro todo el rato —dijo la voz—. Atraviesa el pueblo y no intentes nada. Sería peor para ti.

—Lo sé —repuso el señor Marvel, suspirando—. Lo sé perfectamente.

La infeliz figura del obsoleto sombrero de seda subió con sus paquetes por la calle del pueblecito y desapareció en la oscuridad, pasadas las luces de las ventanas.

EN PORT STOWE

A las diez de la mañana del día siguiente, el señor Marvel se encontraba, sin afeitar y sucio, sentado en un banco frente a una tabernita en las afueras de Port Stowe. Tenía los libros a su lado y las manos en los bolsillos, parecía cansado, nervioso e incómodo, y resoplaba a intervalos regulares. Los libros estaban a su lado, aunque ahora atados con cuerdas. El paquete lo habían abandonado en los pinares de más allá de Bramblehurst, siguiendo un cambio en los planes del hombre invisible. El señor Marvel estaba sentado en el banco y, aunque nadie le prestaba la menor atención, su inquietud iba en aumento. Metía las manos continuamente en sus numerosos bolsillos y hurgaba en ellos con un peculiar movimiento nervioso.

Al cabo de casi una hora un marinero anciano que llevaba un periódico salió de la taberna y se sentó a su lado.

—Bonito día —comentó el navegante.

El señor Marvel miró a su alrededor, y en su cara se pintó algo muy similar al terror.

—Mucho —respondió.

—Un tiempo muy apropiado para esta época del año —añadió el marinero, sin dejar margen para una negativa.

—Bastante —contestó el señor Marvel.

El marinero sacó un mondadientes y centró toda su atención en la tarea durante unos minutos. Toda su atención, salvo la mirada, que se paseó a placer por la polvorienta figura del señor Marvel y los libros que tenía al lado. Al acercarse al señor Marvel había oído

un ruido, como un tintineo de monedas, en un bolsillo. Lo desconcertó el contraste entre el aspecto de aquel hombre y los indicios de opulencia. Entonces recordó una idea que últimamente se había adueñado de su imaginación.

—¿Libros? —preguntó de repente, tras terminar ruidosamente de usar el mondadientes.

El señor Marvel se sobresaltó y los miró.

—Ah, sí —dijo—. Sí, son libros.

—Hay cosas extraordinarias en los libros —comentó el marinero.

—Estoy seguro.

—Y también fuera de ellos —añadió el marinero.

—También es cierto —repuso el señor Marvel; miró a su interlocutor y, a continuación, a su alrededor.

—Por ejemplo, hay cosas extraordinarias en los periódicos.

—Efectivamente —respondió el señor Marvel.

—En este periódico —añadió el marinero.

—¡Ah!

—Hay una historia —dijo el marinero dedicando una mirada firme y penetrante al señor Marvel—. Hay una historia —repitió— sobre un hombre invisible, por ejemplo.

El señor Marvel torció la boca, se rascó la mejilla y notó que las orejas se le ponían coloradas.

—¿Y qué será lo siguiente? —preguntó en un tono apenas audible—. ¿En Austria o en América?

—Ni en un sitio ni en el otro. ¡Aquí!

—¡Por Dios! —exclamó el señor Marvel, sobresaltado.

—Y cuando digo aquí, obviamente no me refiero a este preciso lugar, sino por aquí —explicó el marinero, cosa que alivió en grado sumo al señor Marvel.

—¡Un hombre invisible! —exclamó—. ¿Y qué ha estado haciendo?

—De todo —respondió el marinero, controlando a Marvel con la mirada para después ampliar la respuesta—. De todo y más.

—Llevo cuatro días sin ver los periódicos —repuso Marvel.

—Pues empezó en Iping.

—¡No me diga!

—Empezó allí, pero nadie sabe de dónde salió. Aquí lo tiene:

«Peculiar suceso en Iping». Y en este periódico dice que las pruebas son de una contundencia extraordinaria..., extraordinaria.

—¡Santo cielo! —exclamó el señor Marvel.

—Pero es que la historia es extraordinaria. Dos de los testigos son un clérigo y un señor doctor, y lo vieron como Dios manda, o, mejor dicho, no lo vieron. Dice que se alojaba en el Coach and Horses, y nadie pareció darse cuenta de su desgracia, según dice, nadie se dio cuenta hasta el altercado en la fonda, dice, porque se quitó las vendas de la cabeza. Entonces se percataron de que la cabeza era invisible. Intentaron atraparlo de inmediato, pero, al quitarse la ropa, según dice aquí, consiguió escapar, no sin un desesperado forcejeo en el que infligió graves daños, según dice, a nuestro honorable agente de policía, el señor J. A. Jaffers. Una buena historia, ¿eh? Con nombres y todo.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Marvel, que miraba a su alrededor, nervioso, mientras intentaba contar el dinero de los bolsillos valiéndose solo del sentido del tacto; se le había ocurrido una extraña y novedosa idea—. Parece increíble.

—¿A que sí? Extraordinario, diría yo. Nunca había oído hablar de hombres invisibles, qué va, pero hoy en día se oyen tantas cosas extraordinarias... que...

—¿Y no hizo nada más? —preguntó Marvel, intentando aparentar tranquilidad.

—¿No le parece bastante?

—¿No volvería, por casualidad? —preguntó Marvel—. Solo escapó y ya está, ¿eh?

—¡Que ya está! Pero ¡bueno! ¿Es que le parece poco?

—En absoluto —respondió Marvel.

—Yo creo que bastante es —dijo el marinero—, bastante es.

—Y no tenía ningún compinche, no dice que tuviera compinches, ¿verdad? —preguntó Marvel, ansioso.

—¿Es que con uno no había suficiente? No, gracias a Dios, como suele decirse, no tenía ninguno. —Entonces, el marinero asintió lentamente—. Me inquieta de mala manera pensar en ese tipo que anda suelto por el país. Por ahora es un prófugo y, según las pruebas, se supone que prosigue (supongo que querían poner «sigue») su camino por la carretera de Port Stowe. ¿Lo ve? ¡Estamos

justo ahí! Nada de maravillas americanas esta vez. ¡Y piense en la de cosas que podría hacer! ¿Qué pasaría si se tomara un trago de más y decidiera ir a por usted? Suponga que quisiera robar, ¿quién podría evitarlo? Podría entrar, robar y atravesar un cordón policial sin problemas, ¡con la misma facilidad con que nosotros nos zafaríamos de un ciego! ¡Todavía más! Porque estos ciegos tienen un oído muy fino, por lo que cuentan. Y si le apetece un licor...

—Cuenta con una ventaja tremenda, ciertamente —dijo el señor Marvel—. Y, bueno...

—Tiene razón, una gran ventaja —repuso el marinero.

Durante toda la conversación el señor Marvel había estado mirando a su alrededor, atento al ruido de pisadas, intentando detectar movimientos imperceptibles. Parecía a punto de tomar una importante decisión. Tosió tapándose la boca con la mano.

Después miró de nuevo a su alrededor, escuchó, se inclinó hacia el marinero y bajó la voz.

—El hecho es que resulta que sé un par de cosas sobre este hombre invisible. De fuentes privadas.

—¡Ah! —respondió el marinero, interesado—. ¿Usted?

—Sí, yo.

—¡Vaya!

—El hecho es que —repitió el señor Marvel en tono confidencial; sin embargo, de pronto su expresión cambió por completo—. ¡Ay! —exclamó, y se enderezó de golpe en el asiento; en la cara se le notaba el sufrimiento físico—. ¡Ah!

—¿Qué le pasa? —preguntó el marinero, preocupado.

—Dolor de muelas —respondió el señor Marvel, llevándose una mano a la oreja, antes de recoger los libros—. Creo que será mejor que me vaya —añadió, y se arrastró por el banco de una manera muy curiosa para alejarse de su interlocutor.

—Pero ¡estaba a punto de contarme lo de ese hombre invisible! —protestó el marinero.

El señor Marvel parecía absorto en un debate consigo mismo.

—Es un timo —dijo una voz.

—Es un timo —repitió el señor Marvel.

—Pero sale en el periódico —dijo el marinero.

—Pues es un timo de todos modos —insistió Marvel—. Conozco

al tipo que empezó la mentira. El hombre invisible no existe... ¡Caray!

—Pero ¿y este periódico? ¿Me está diciendo que...?

—Es todo mentira —respondió Marvel, firme.

El marinero se quedó mirándolo, periódico en mano. El señor Marvel movía la cabeza de un lado a otro de forma espasmódica.

—Espere un momento —dijo el hombre, levantándose mientras hablaba muy despacio—. ¿Quiere usted decirme que...?

—Sí.

—Entonces ¿por qué me ha dejado contarle todo eso, demonios? ¿Qué pretende dejando a los demás como tontos? ¿Eh?

El señor Marvel resopló. El marinero, de repente, se había puesto muy rojo y apretaba las manos.

—Llevo diez minutos hablando —decía—, y tú, renacuajo arrugado y gordo, hijo de bota vieja, podrías haber tenido la educación de...

—No se ponga a discutir conmigo —lo interrumpió el señor Marvel.

—¡A discutir! Tengo la intención de hacer lo que...

—Arriba —dijo una voz, y de golpe el señor Marvel empezó a dar vueltas y a alejarse de allí a trompicones, como si sufriera espasmos.

—Será mejor que te vayas, sí —dijo el marinero.

—¿Y quién se va? —respondió el señor Marvel, que retrocedía en diagonal con unos peculiares saltitos apresurados, acompañados de ocasionales tirones hacia delante; en algún punto del camino empezó a mascullar un monólogo salpicado de protestas y recriminaciones.

—¡Será desgraciado! —exclamó el marinero, que lo observaba de pie, con las piernas abiertas y los brazos en jarras—. Yo te enseñaré, tonto del culo, ¡engañarme a mí! Pero ¡si sale aquí, en el periódico!

El señor Marvel respondió una incoherencia y, al alejarse un poco más, se escondió tras una curva de la carretera, mientras que el marinero siguió de pie, solemne, en medio de la calle hasta que la carreta de un carnicero lo obligó a moverse. Entonces se volvió hacia Port Stowe.

—Cosas extraordinarias, y ¡qué más! —se dijo en voz baja—. Solo quería bajarme los humos, a eso jugaba, el muy imbécil. Pero ¡si sale en el periódico!

Y estaba a punto de oír otra cosa extraordinaria que sucedió bastante cerca de él: la imagen de un «puño lleno de dinero» (ni más ni menos) que viajaba sin ayuda visible junto a la pared de la esquina de St. Michael's Lane. Esa maravilla había contemplado otro marinero aquella misma mañana. Había intentado agarrar el dinero, pero lo habían derribado y, al levantarse, el dinero alado había desaparecido. Nuestro marinero estaba predispuesto a creerse cualquier cosa, según declaró, pero aquello era demasiado. Sin embargo, más tarde, empezó a reconsiderarlo.

La historia del dinero volador era cierta. Por todo el vecindario, incluso en la augusta London and County Banking Company, incluso en las cajas registradoras de tiendas y tabernas (cuyas puertas permanecían abiertas con aquel tiempo tan soleado), había ido desapareciendo dinero con destreza y sigilo, en puñados y rollos, flotando en silencio por paredes y lugares oscuros, esquivando rápidamente las miradas de cualquiera que pasase. Y siempre acababa su misterioso vuelo, aunque nadie logró seguirlo hasta aquel punto, en el bolsillo de aquel inquieto caballero con un obsoleto sombrero de seda que estaba sentado frente a una tabernita en las afueras de Port Stowe.

Hasta diez días después, cuando la historia de Burdock ya era por todos conocida, el marinero no relacionó estos hechos y empezó a entender lo cerca que había estado del maravilloso hombre invisible.

EL HOMBRE QUE CORRÍA

A primera hora de la noche, el doctor Kemp estaba sentado en su despacho de la colina, con vistas a Burdock. Era un cuartito muy agradable con tres ventanas que daban al norte, al oeste y al sur, respectivamente, y estanterías repletas de libros y publicaciones científicas, además de un amplio escritorio y, bajo la ventana norte, un microscopio, platinas, instrumentos de precisión, algunos cultivos y unas cuantas botellas de reactivos. El doctor Kemp tenía la lámpara encendida, aunque en el cielo todavía brillaba el sol del ocaso y los estores seguían subidos, ya que no cabía el peligro de que ningún desconocido se asomara por las ventanas. El doctor Kemp era un joven alto y esbelto de pelo blondo y bigote casi blanco, y el trabajo en el que estaba inmerso lo haría merecedor (o eso esperaba) de la beca de la Royal Society. Tal era la importancia que le daba.

En aquellos instantes levantó la mirada del trabajo y contempló la puesta de sol que ardía tras la colina que había enfrente. Se quedó allí sentado, con la pluma en la boca, durante tal vez un minuto, admirando el intenso color dorado sobre la cumbre. De repente, le llamó la atención la figura de un hombre, oscura como boca de lobo, que corría por la cima de la colina hacia él. Era un hombre bajito que llevaba un sombrero alto, y corría tan deprisa que sus piernas centelleaban.

—Otro de esos cretinos —comentó el doctor Kemp—. Como el tonto que se tropezó conmigo esta mañana, al doblar una esquina, mientras gritaba: «¡Hombre visible va, señor!». No sé qué le ocurre

a la gente. Ni que estuviéramos en el siglo XIII.

Se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando la colina en penumbra y la figurita oscura que bajaba velozmente por la ladera.

—Parece tener mucha prisa —comentó—, aunque no avanza. No correría más despacio ni con los bolsillos llenos de plomo. Acelere, caballero.

Un momento después, la más alta de las casas de campo que gateaban por la colina desde Burdock le ocultó la figura que corría. Volvió a ser visible al cabo de unos segundos, y una y otra vez, hasta en tres ocasiones, a medida que salía de detrás de las tres casas que había a continuación, hasta que el bancal lo escondió por completo.

—¡Cretinos! —exclamó el doctor Kemp, dando media vuelta para regresar a su escritorio.

Sin embargo, los que vieron al fugitivo más de cerca y percibieron el terror profundo que reflejaba su rostro sudoroso, al encontrarse ellos también en la carretera al raso, no compartieron el desdén del médico. El hombre siguió corriendo, tintineando como un monedero bien lleno que se agita de un lado a otro. No miraba ni a derecha ni a izquierda, sino que sus ojos, abiertos como platos, estaban fijos al frente, colina abajo, donde se encendían las lámparas y la gente llenaba la calle. Abrió un poco aquella boca de forma extraña, y una viscosa espuma le cayó en los labios, a la vez que se le entrecortaba la ruidosa respiración. Todas las personas junto a las que pasaba se detenían y empezaban a mirar carretera arriba y abajo, preguntándose unas a otras (con cierta inquietud) por la razón de su premura.

En aquel momento, colina arriba, un perro que jugaba en la calle aulló y corrió a esconderse bajo una cerca. Y, mientras la gente continuaba preguntándose qué sucedía, algo (una racha de aire, unos pasos, un sonido como de jadeos) pasó junto a ellos.

La gente gritó. La gente se apartó a toda prisa de la calzada. La noticia se difundió a gritos, por puro instinto, colina abajo. Ya se oían gritos en la calle antes de que Marvel llegase. Los vecinos se encerraban en sus casas y cerraban las puertas al enterarse. Marvel lo advirtió e hizo un último esfuerzo desesperado. El miedo avanzó

con grandes zancadas, lo adelantó y, en un minuto, se apoderó del pueblo.

—¡Que viene el hombre invisible! ¡El hombre invisible!

EN EL JOLLY CRICKETERS

El Jolly Cricketers se encuentra al pie de la colina, donde empiezan los rieles de los tranvías. El tabernero apoyó sus gordos brazos rojos en la barra y se puso a hablar de caballos con un anémico cochero, mientras un hombre de barba negra vestido de gris comía galletas saladas con queso, bebía cerveza Burton y conversaba en inglés americano con un policía fuera de servicio.

—¿A qué viene ese griterío? —preguntó el cochero anémico, cambiando de tema, mientras intentaba ver algo en la pendiente de la colina por encima del sucio estor amarillo que tapaba la parte inferior de la ventana de la taberna. Alguien corría en el la calle.

—Un incendio, a lo mejor —comentó el tabernero.

Las pisadas se acercaron, apresuradas, alguien empujó con violencia la puerta y Marvel, desaliñado y sollozando, sin sombrero y con el cuello de la chaqueta rasgado, entró corriendo, se giró con un movimiento convulsivo e intentó cerrar la puerta, que se mantenía entreabierta con una correa.

—¡Que viene! —bramó, aterrado—. ¡Que viene! ¡El hombre invisible! ¡Me persigue! ¡Por amor de Dios! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

—Cierren las puertas —dijo el policía—. ¿Quién viene? ¿A qué se debe tanto escándalo?

Se dirigió a la puerta, soltó la correa y la puerta se cerró. El americano cerró la otra puerta.

—Déjenme entrar dentro —respondió Marvel, que daba traspiés y lloraba, aunque sin soltar los libros—. Déjenme entrar dentro.

Enciérrenme... en alguna parte. Les digo que me persigue. Me he zafado de él. Dijo que me mataría, y lo hará.

—Está a salvo —le aseguró el hombre de la barba negra—. La puerta está cerrada. ¿Qué ocurre?

—Déjenme entrar —insistió Marvel, y chilló con todas sus fuerzas cuando un golpe hizo temblar la puerta cerrada; a continuación alguien llamó a la puerta y se oyó un grito.

—Hola, ¿quién anda ahí? —gritó el policía.

El señor Marvel empezó a lanzarse como un loco contra los paneles que parecían puertas.

—Me va a matar... Tiene un cuchillo o algo. ¡Por amor de Dios!

—Aquí está —le dijo el tabernero—. Entre aquí —añadió mientras levantaba la tabla de la barra.

El señor Marvel corrió a meterse detrás de la barra mientras se repetía la llamada en el exterior.

—¡No abran la puerta! —gritó—. Por favor, no abran la puerta. ¿Dónde me escondo?

—Entonces ¿ese, ese es el hombre invisible? —preguntó el de la barba negra, que tenía una mano en la espalda—. Supongo que ya era hora de verlo.

De repente la ventana de la taberna estalló en mil pedazos, y se oyeron los gritos y las carreras de la calle. El policía se subió al sofá, estirando el cuello para ver quién estaba en la puerta, y se bajó con las cejas enarcadas.

—Así es —dijo.

El tabernero se puso delante de la puerta del salón del bar, donde había metido a Marvel, y la cerró con llave. Entonces miró la ventana y se acercó a los otros dos hombres.

De pronto todo estaba en silencio.

—Ojalá hubiese traído la porra —comentó el policía, acercándose, vacilante, a la puerta—. En cuanto abramos, entrará. No hay forma de pararlo.

—No tenga tanta prisa con esa puerta —repuso el cochero anémico, nervioso.

—Descorra los pestillos —pidió el hombre de barba negra—, y si entra... —Dejó la frase en suspenso y enseñó el revólver que llevaba en la mano.

—Eso no servirá de nada —protestó el policía—. Sería asesinato.

—Sé en qué país estoy —dijo el hombre de la barba—. Dispararé a las piernas. Descorra los pestillos.

—No mientras tenga esa cosa detrás —contestó el tabernero asomándose por encima del estor.

—Muy bien —repuso el hombre de la barba negra; se agachó, dejando el revólver preparado, y describió él mismo los pestillos. El tabernero, el cochero y el policía dieron media vuelta.

—Entre —dijo el barbudo en voz baja, retrocediendo de cara a las puertas sin pestillos, con la pistola en la espalda.

No entró nadie, la puerta permaneció cerrada. Cinco minutos después, cuando un segundo cochero asomó la cabeza con precaución, seguían esperando, y un rostro inquieto salió del salón del bar para suministrar información.

—¿Están cerradas todas las puertas de la casa? —preguntó Marvel—. Está rodeándola, al acecho. Es más listo que un demonio.

—¡Dios bendito! —exclamó el corpulento tabernero—. ¡La de atrás! ¡Vigilad las puertas! ¡Rápido!

Miró a su alrededor, impotente, y en ese instante la puerta del salón del bar se cerró y oyeron que Marvel echaba la llave.

—Está la puerta del patio y la puerta privada. La puerta del patio...

Salió corriendo de la barra.

Un minuto después apareció con un cuchillo de trinchar en la mano.

—¡La puerta del patio estaba abierta! —exclamó; le temblaba el labio inferior.

—¡Puede que ya esté en la casa! —dijo el primer cochero.

—En la cocina no está —repuso el tabernero—. Allí hay dos mujeres, y he apuñalado todos los rincones del cuarto con este cuchillo de trinchar. Ellas creen que no ha entrado. No han notado...

—¿La ha cerrado con llave? —preguntó el primer cochero.

—¿Y usted qué cree? —repuso el tabernero.

El hombre de la barba recuperó su revólver, y en aquel preciso instante se bajó la tapa de la barra y se cerró con un clic. A continuación, con un tremendo golpe, saltó el pestillo de la puerta

del salón, que se abrió de par en par. Oyeron a Marvel chillar como un lebrato atrapado y, sin más dilación, saltaron la barra de la taberna para acudir en su ayuda. El revólver del tipo barbudo disparó, y el espejo del fondo del salón brilló con fuerte intensidad y se estrelló contra el suelo.

Cuando el tabernero entró en la habitación vio a Marvel en una curiosa postura encogida, forcejeando contra la puerta que daba al patio y la cocina. La puerta se abrió de golpe, el tabernero vaciló y algo arrastró a Marvel hacia la cocina. Se oyó un grito y un ruido de sartenes. Marvel, con la cabeza gacha y tirando con obstinación, se vio arrastrado hasta la puerta. Acto seguido, los pestillos se corrieron.

El policía, que había estado intentando adelantar al tabernero, entró corriendo, seguido de uno de los cocheros, agarró la muñeca del hombre invisible, que tenía a Marvel agarrado por el cuello de la camisa, recibió un golpe en la cara y retrocedió dando tumbos. La puerta se abrió y Marvel, frenético, intentó esconderse detrás. Entonces, el cochero agarró algo.

—¡Lo tengo! —anunció.

Las rojas manos del tabernero intentaban asir lo invisible.

—¡Aquí está! —gritó.

El señor Marvel, liberado, se tiró al suelo de golpe e intentó arrastrarse entre las piernas de los hombres que peleaban. La pelea se trasladó entre tropezones al otro lado de la puerta. Por primera vez se oyó la voz del hombre invisible, chillando con ganas, cuando el policía le pisó el pie. Después aulló con pasión y agitó los puños como si fueran aspas de molino. El cochero gritó y se dobló al recibir una patada en el diafragma. La puerta que daba al salón del bar desde la cocina se cerró de golpe y cubrió la retirada del señor Marvel. Los hombres de la cocina descubrieron que forcejeaban contra el aire vacío.

—¿Dónde se ha ido? —gritó el hombre de la barba—. ¿Fuera?

—Por aquí —respondió el policía, saliendo al patio, donde se detuvo.

Un trozo de baldosa le pasó rozando la cabeza antes de estrellarse contra la loza de la mesa de la cocina.

—¡Yo le enseñaré! —gritó el hombre de la barba negra.

Entonces, un cañón de acero brilló sobre el hombro del policía y cinco balas en rápida sucesión surcaron el crepúsculo, en dirección al origen del misil. Al disparar, el barbudo trazó una curva horizontal con el revólver, de modo que los disparos se distribuyeran por el estrecho patio como si se tratara de los rayos de una rueda.

Se hizo el silencio.

—Cinco cartuchos —dijo el barbudo—. Es la mejor jugada, cuatro ases y el comodín. Que alguien traiga un farol y vaya a palpar el suelo en busca del cuerpo.

EL VISITANTE DEL DOCTOR KEMP

El doctor Kemp había seguido escribiendo en su despacho hasta que los disparos lo alertaron. Pum, pum, pum, sonaron uno después de otro.

—¿Qué ocurre? —exclamó, metiéndose de nuevo la pluma en la boca mientras escuchaba—. ¿Quién está disparando en Burdock? ¿En qué se habrán metido ahora esos cretinos?

Se acercó a la ventana sur, la abrió y, asomándose por ella, se quedó mirando la red de ventanas, perladas lámparas de gas y tiendas, con negros intersticios de techos y patios, que componían el pueblo de noche.

—Parece que hay una multitud allí abajo, junto al Cricketers —comentó, y siguió observando.

De allí su mirada vagó por encima del pueblo hasta más allá, donde brillaban las luces de los barcos y relucía el muelle, un pabellón apenas iluminado, como una gema de luz amarilla. La luna, en cuarto creciente, colgaba sobre la colina occidental, y las estrellas se veían con claridad y despedían una luz casi tropical.

Al cabo de cinco minutos, durante los cuales su mente se enfrascó en una lejana especulación sobre las condiciones sociales en el futuro y se perdió al fin en la dimensión temporal, el doctor Kemp se levantó con un suspiro, bajó de nuevo la ventana y regresó a su escritorio.

Aproximadamente una hora después, alguien llamó al timbre de su puerta. Desde los disparos había estado escribiendo con dejadez e intervalos de abstracción. Se quedó sentado, escuchando. Oyó que

la criada abrió la puerta y esperó el ruido de sus pisadas en las escaleras, pero no subió.

—Me pregunto quién sería —se dijo el doctor Kemp.

Intentó volver a su trabajo, fracasó, se levantó, bajó las escaleras de su despacho hasta el rellano, tocó la campana y llamó por encima de la barandilla a la doncella hasta que esta apareció en el vestíbulo de abajo.

—¿Era una carta? —le preguntó.

—Habrá sido algún gamberro, señor.

—Esta noche estoy inquieto —dijo él para sí.

Regresó a su despacho, y ahora se aplicó con decisión. No tardó mucho en volver a meterse en el trabajo, y los únicos sonidos que se oyeron en el cuarto fueron el tictac del reloj y los débiles chirridos de su pluma, que corría por el centro del círculo de luz que proyectaba la lámpara sobre la mesa.

El doctor Kemp no terminó su trabajo hasta las dos de la madrugada. Se levantó, bostezó y bajó las escaleras para acostarse. Ya se había quitado la chaqueta y el chaleco cuando se dio cuenta de que tenía sed, así que cogió una vela y bajó al comedor en busca de sifón y whisky.

Las investigaciones científicas habían convertido al doctor Kemp en un hombre muy observador, y, al cruzar el pasillo de vuelta a su cuarto, se fijó en un punto negro que había en el linóleo, cerca de la alfombrilla del pie de las escaleras. Subió las escaleras, pero, de repente, se le ocurrió preguntarse qué sería aquel punto en el linóleo. Al parecer, se había puesto en marcha algún elemento de su subconsciente. En cualquier caso, dio media vuelta con su carga, regresó al pasillo, dejó el sifón y el whisky en el suelo, se agachó y tocó el punto. Sin llevarse una gran sorpresa comprobó que la mancha era pegajosa y del mismo color que la sangre medio seca.

Recogió de nuevo su carga y volvió a subir, mirando a su alrededor para intentar averiguar de dónde procedía la sangre. Cuando estaba en el rellano vio algo y se detuvo, atónito: el pomo de su dormitorio estaba manchado de sangre.

Se miró la mano y vio que la tenía bastante limpia, y entonces recordó que la puerta del dormitorio estaba abierta cuando salió del despacho, de modo que todavía no había tocado el pomo. Fue

directo a su dormitorio con semblante tranquilo, aunque puede que una pizca más resuelto de lo habitual. Lo examinó todo con la mirada hasta llegar a la cama. En la colcha había una mancha de sangre, y alguien había roto las sábanas. No se había dado cuenta antes porque había ido directo al tocador. En el otro lado, la ropa de cama estaba arrugada, como si alguien se hubiese sentado allí hacía poco.

Entonces tuvo la extraña impresión de que oía una voz débil que decía:

—¡Dios bendito! ¡Kemp!

Sin embargo, el doctor no creía en las voces.

Se quedó mirando las sábanas revueltas. ¿De verdad había sido una voz? Miró de nuevo a su alrededor, pero no vio nada más que la cama deshecha y manchada de sangre. Entonces oyó claramente un movimiento en la habitación, cerca del lavamanos. Todos los hombres, incluso los más cultos, conservan alguna superstición. Fue presa de lo que se conoce como una sensación espeluznante. Cerró la puerta del dormitorio, se acercó al tocador y dejó allí su carga. De pronto, sobresaltado, se percató de la presencia de una venda enrollada y manchada, hecha con un trapo de lino, que colgaba en medio del aire, entre él y el lavamanos.

Se quedó mirándola, pasmado. Se trataba de una venda hueca, una venda bien atada, aunque vacía del todo. Habría avanzado para cogerla, pero notó que lo tocaban, y una voz habló cerca de él.

—¡Kemp! —dijo la voz.

—¿Eh? —repuso Kemp, boquiabierto.

—Mantenga la calma —dijo la voz—, soy un hombre invisible.

Kemp tardó un momento en responder; se limitaba a mirar la venda.

—Hombre invisible —repitió al fin.

—Soy un hombre invisible —insistió la voz.

La historia que tan dispuesto había estado a ridiculizar aquella misma mañana regresó al cerebro del doctor. En aquel momento no parecía estar demasiado asustado, ni tampoco demasiado sorprendido. No se daría cuenta de la magnitud del asunto hasta después.

—Creía que era mentira —comentó; lo más presente en su

cabeza eran los reiterados razonamientos de la mañana—. ¿Tiene puesta una venda?

—Sí —respondió el hombre invisible.

—¡Ah! —exclamó Kemp, recuperándose—. ¡Vaya! Pero esto es una tontería, es un truco —añadió; súbitamente dio un paso adelante, y su mano, que había alargado hacia la venda, topó con unos dedos invisibles.

El doctor retrocedió y le cambió el color de la cara.

—¡Mantenga la calma, por amor de Dios, Kemp! Me hace mucha falta su ayuda. ¡Pare!

La mano lo agarró por el brazo, y el doctor la golpeó.

—¡Kemp! —gritó la voz—. ¡Kemp! ¡No pierda los nervios! —le pidió, aferrándolo con más fuerza.

Un frenético impulso de liberarse se apoderó de Kemp. La mano del brazo vendado lo agarró por el hombro y, de repente, algo le hizo la zancadilla y lo tiró sobre la cama. Kemp abrió la boca para gritar, pero la esquina de la sábana se le metió entre los dientes. Aunque el hombre invisible lo tenía bien sujeto, le soltó los brazos, así que el doctor golpeó e intentó patear a su agresor.

—Atienda a razones, ¿quiere? —le dijo el hombre invisible, pegado a él a pesar de los puñetazos que recibía en las costillas—. ¡Por Dios! ¡Está a punto de hacerme enfadar! ¡Quédese quieto, cretino! —bramó el hombre invisible al oído de Kemp.

Kemp forcejó un minuto más hasta que, al fin, se quedó quieto.

—Si grita, le aplasto la cara —lo amenazó el hombre invisible al destaparle la boca—. Soy un hombre invisible, no es una tontería y no es magia. No quiero hacerle daño, pero, si se comporta como un pueblerino demente, lo haré. ¿No me recuerda, Kemp? Griffin, del University College.

—Deje que me levante —repuso Kemp—. Me quedaré donde estoy. Y deme un minuto para recuperarme.

Se sentó y se palpó el cuello.

—Soy Griffin, del University College, y me he vuelto invisible. No soy más que un hombre normal, un hombre al que usted conocía, que se ha hecho invisible.

—¿Griffin? —repitió Kemp.

—Griffin —respondió la voz—, más joven que usted, casi albino,

de metro ochenta de estatura, ancho, con cara rosa y blanca, y ojos rojos... Gané la medalla de química.

—Estoy desconcertado —respondió Kemp—. Mi cerebro se rebela. ¿Qué tiene todo esto que ver con Griffin?

—Yo soy Griffin.

Kemp meditó un instante, y respondió:

—Esto es horrible. Pero ¿qué magia perversa hace falta para volver invisible a un hombre?

—No es magia, es un proceso bastante sensato e inteligible...

—¡Es horrible! ¿Cómo diantres...?

—Es horrible, sin duda, pero estoy herido y dolorido, además de cansado. ¡Dios bendito! Kemp, es usted mi salvación, tómesele con calma. Deme algo de comer y de beber, y permítame sentarme aquí.

Kemp se quedó mirando la venda, que se movía por el cuarto; después vio que una silla de mimbre se arrastraba por el suelo y se detenía junto a la cama. La silla crujió y el asiento se hundió unos seis milímetros. El doctor se restregó los ojos y se palpó de nuevo el cuello.

—Esto supera a los fantasmas —comentó, y se rio como un bobo.

—Así está mejor. Está recuperando la sensatez, ¡gracias al cielo!

—O la estupidez —repuso Kemp, que seguía con los nudillos en los ojos.

—Deme un poco de whisky, estoy medio muerto.

—No lo parecía. ¿Dónde está? ¿Si me levanto, chocaré contra usted? ¡Ahí! De acuerdo. ¿Whisky? Tome. ¿Dónde se lo doy?

La silla crujió, y Kemp notó que el vaso se alejaba de él. No le resultó fácil soltarlo, su instinto se rebelaba contra la acción. El vaso acabó flotando en el aire, medio metro por encima del borde de la silla. Se quedó mirándolo con infinita perplejidad.

—Esto es... Esto debe de ser... hipnotismo. Me ha convencido de su invisibilidad mediante la sugestión.

—Tonterías —repuso la voz.

—Es demencial.

—Escúcheme.

—Esta mañana demostré de manera concluyente que la invisibilidad... —empezó Kemp.

—¡Qué más da lo que demostrara! —exclamó la voz—. Me muero de hambre y por la noche hace demasiado fresco para un hombre sin ropa.

—¡Comida! —exclamó Kemp.

El vaso de whisky se inclinó.

—Sí —repuso el hombre invisible tras beberse de golpe—. ¿Tiene un batín?

Kemp farfulló algo entre dientes, se dirigió a un armario y sacó una deslucida bata escarlata.

—¿Le vale esto? —preguntó.

Algo se la quitó de las manos. La prenda quedó colgada en el aire un momento, aleteó de forma extraña, se puso rígida y se abrochó decorosamente antes de sentarse en la silla.

—Calzones, calcetines y zapatillas tampoco me vendrían mal —añadió el invisible, en tono seco—. Y comida.

—Lo que quiera, pero ¡esto es lo más disparatado que he visto en mi vida!

Se volvió hacia sus cajones en busca de la ropa, y después bajó las escaleras para saquear la despensa. Regresó con chuletas frías y pan, sacó una mesa ligera y lo colocó todo delante de su invitado.

—No se moleste con los cuchillos —comentó el visitante; una chuleta se levantó del plato y se oyó el ruido de alguien masticándola.

—¡Invisible! —repitió Kemp, y se sentó en una de las sillas de su dormitorio.

—Me gusta ponerme algo encima antes de comer —dijo el hombre invisible con la boca llena, comiendo con ansia—. ¡Curioso capricho!

—Supongo que su muñeca está bien.

—No se preocupe —repuso el hombre invisible.

—Qué sucesos tan extraños y maravillosos...

—Exacto, pero menuda coincidencia dar con su casa cuando buscaba vendas. ¡Mi primer golpe de suerte! En cualquier caso, pretendía dormir aquí esta noche. ¡Tendrá que aceptarlo! Es una desagradable contrariedad que se vea mi sangre, ¿verdad? Ahí hay una buena mancha. Se hace visible al coagularse, por lo que veo. Llevo tres horas en esta casa.

—Pero ¿cómo lo hace? —preguntó Kemp, exasperado—. ¡Maldita sea! Todo este asunto... es irracional de principio a fin.

—Es bastante racional —dijo el hombre invisible—. Perfectamente racional.

Alargó una mano para coger la botella de whisky, y Kemp se quedó mirando a su hambriento batín. Un rayo de luz de la vela penetró por un desgarró de la tela del hombro derecho y proyectó un triángulo de luz bajo el costillar izquierdo.

—¿Dónde han sido los disparos? —preguntó Kemp—. ¿Cómo empezaron?

—Un cretino, una especie de cómplice mío, ¡maldito sea!, intentó robarme el dinero. Me lo ha robado.

—¿También es invisible?

—No.

—¿Entonces?

—¿No puedo comer algo más antes de contárselo todo? Estoy hambriento... y dolorido. ¡Y me pide que le cuente historias!

—No dispararía usted, ¿verdad? —repuso el doctor, levantándose.

—No, yo no. Un imbécil al que no había visto en mi vida disparó al azar. Mucha gente se asustó, se asustó de mí. ¡Malditos sean! Como digo, me gustaría comer algo más, Kemp.

—Veré si hay más comida abajo —respondió Kemp—. No creo que haya gran cosa.

Después de comer, y bien que comió, el hombre invisible exigió un puro. Mordió la punta como un salvaje antes de que el doctor pudiera encontrar un cuchillo, y soltó una palabrota cuando la hoja de fuera se soltó. Era extraño verlo fumar: la boca y la garganta, la faringe y las fosas nasales se hacían visibles, convertidas en una especie de escayola de humo arremolinado.

—¡Maravilloso invento el fumar! —exclamó, soplando con vigor—. Qué suerte haber dado con usted, Kemp. Debe ayudarme. ¡Qué casualidad toparme con usted justo ahora! Mi situación es endemoniada. Creo que me he vuelto loco. ¡Las cosas que me han pasado! Pero todavía podemos hacer más, deje que le cuente...

Se sirvió más whisky con soda. Kemp se levantó, buscó un momento y encontró un vaso en su habitación de invitados.

—Todo esto es descabellado, pero supongo que debería beber.

—No ha cambiado mucho en estos doce años, Kemp. Los hombres cabales no cambian. Frío y metódico, después de la sorpresa inicial, es digno de admiración, lo reconozco. ¡Trabajaremos juntos!

—Pero ¿cómo se hace? —repitió Kemp—. ¿Y cómo se ha metido en esto?

—¡Por amor de Dios, déjeme fumar en paz un rato! Y después empezaré a contárselo.

Sin embargo, la historia no se contó aquella noche. Al hombre invisible le dolía la muñeca, tenía fiebre, estaba exhausto y no dejaba de darle vueltas a la persecución colina abajo y a la pelea en la taberna. Hablaba a ratos de Marvel, fumaba más deprisa y cada vez se enfadaba más. Kemp intentó reunir toda la información que pudo.

—Me tenía miedo, me daba cuenta de que me tenía miedo —dijo el hombre invisible una y otra vez—. Quería zafarse de mí; ¡siempre andaba buscando el modo! ¡Qué cretino!

—¡El muy bellaco!

—Debería haberlo matado...

—¿De dónde sacó el dinero? —preguntó Kemp de repente.

El hombre invisible guardó silencio durante un momento.

—No puedo contárselo esta noche —dijo al fin; entonces soltó un gruñido, se echó adelante, apoyado en las manos invisibles, y añadió—: Kemp, hace casi tres días que no duermo, salvo por un par de cabezadas de una hora. Tengo que dormir pronto.

—Bueno, quédese en mi dormitorio, en esta habitación.

—Pero ¿cómo voy a dormir? Si me duermo, huirá. ¡Ay! ¿Y qué más da?

—¿Cómo tiene la herida de bala? —preguntó Kemp, cortándolo.

—No es nada, un arañazo y sangre. ¡Dios mío! ¡Cuánto necesito dormir!

—¿Y por qué no lo hace?

El hombre invisible pareció examinar a Kemp.

—Porque no me apetece en absoluto que me atrapen mis prójimos —respondió muy despacio; Kemp se limitó a mirarlo—. ¡Soy un necio! —exclamó el hombre invisible golpeando

rápídamente la mesa—. Ahora le he metido la idea en la cabeza.

EL HOMBRE INVISIBLE DUERME

Exhausto y herido como estaba, el hombre invisible se negó a aceptar la promesa de Kemp de que respetaría su libertad. Examinó las dos ventanas del dormitorio y tras subir los estores las abrió para comprobar que, como aseguraba el doctor, sería viable huir por ellas. En el exterior, la noche estaba tranquila y silenciosa, y la luna nueva se ponía sobre los prados. Después examinó las llaves del dormitorio y las dos puertas del vestidor para convencerse de que también serían una garantía de libertad. Al final se sintió satisfecho. De pie sobre la alfombra de la chimenea, Kemp lo oyó bostezar.

—Siento no poder contarle esta noche todos los hechos —se disculpó el hombre invisible—, pero estoy agotado. Es grotesco, sin duda, ¡es horrible! Sin embargo, créame, Kemp, cuando le digo que todo esto es posible. He realizado un descubrimiento y pensaba guardármelo, pero no puedo, necesito un compañero. Y usted... Podemos hacer tantas cosas... Pero mañana. Ahora, Kemp, si no duermo, moriré.

Kemp se quedó en el centro del dormitorio, mirando la prenda sin cabeza.

—Supongo que debería dejarlo solo —dijo—. Es... increíble. Si ocurrieran tres cosas como esta, que pusieran en duda todas mis ideas preconcebidas, me volvería loco. Pero ¡es real! ¿Necesita que le traiga algo más?

—Solo deséeme buenas noches —respondió Griffin.

—Buenas noches —dijo Kemp, y estrechó una mano invisible.

Después se dirigió a la puerta caminando de lado. De repente el batín caminó a toda prisa hacia él.

—¡Compréndame! —exclamó el batín—. ¡No intente ponerme obstáculos o atraparme si no quiere que...!

—Creía haberle dado mi palabra —repuso Kemp, cuyo rostro se alteró ligeramente.

El doctor cerró la puerta sin hacer ruido, y el hombre invisible echó la llave por dentro. Entonces, mientras estaba allí parado, con expresión de pasivo asombro en la cara, unos pies veloces se acercaron a la puerta del vestidor para cerrarla también con llave. Kemp se dio una palmada en la frente.

—¿Estoy soñando? ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿O el loco soy yo?

Se rio y apoyó la mano en la puerta cerrada.

—Expulsado de mi dormitorio ¡por un flagrante despropósito! —exclamó.

Se dirigió a las escaleras, se volvió y miró las puertas cerradas.

—Es un hecho —se dijo, y se llevó los dedos al cuello, donde tenía un leve moretón—. ¡Un hecho innegable! Pero...

Sacudió la cabeza, desesperado, se volvió de nuevo y bajó las escaleras.

Tras encender la lámpara del comedor, sacó un puro y empezó a dar vueltas por el cuarto, entre exclamaciones. De vez en cuando discutía consigo mismo.

—¡Invisible! —decía—. ¿Existe algún animal invisible? En el mar, sí, ¡miles! ¡Millones! Todas las larvas, todos los pequeños nauplios y tornarias, todas las cosas microscópicas, la medusa. ¡En el mar hay más seres invisibles que visibles! Nunca había pensado en ello. ¡Y también en los estanques! ¡Todos estos diminutos habitantes de los estanques, motitas de gelatina translúcida e incolora! Pero ¿en el aire? ¡No!

—No puede ser.

—Aunque, al fin y al cabo, ¿por qué no?

—Si un hombre fuera de cristal, seguiría siendo visible.

Su meditación se volvió más profunda. Tres puros enteros se difuminaron o evaporaron, convertidos en cenizas blancas sobre la alfombra, antes de que hablara de nuevo. Pero no fue más que una

exclamación. Dio media vuelta, salió del cuarto, se dirigió a su pequeño consultorio y encendió la lámpara. Era una habitación pequeña, ya que el doctor Kemp no vivía de la práctica de la medicina, y allí guardaba los periódicos del día. El de la mañana estaba abierto con descuido y tirado sin miramientos. Lo recogió, le dio media vuelta y leyó el artículo sobre el «Peculiar suceso en Iping» que al marinero de Port Stowe tanto le había costado explicar a Marvel. Kemp lo leyó en un momento.

—¡Envuelto! —exclamó Kemp—. ¡Disfrazado! ¡Ocultándolo! «Nadie pareció darse cuenta de su desgracia». ¿A qué diantres juega?

Soltó el periódico y examinó la habitación con la mirada.

—¡Ah! —dijo al dar con el *St. James Gazette*, que estaba doblado, tal como lo había recibido—. Ahora sabremos la verdad.

Abrió el periódico de golpe y se encontró con un par de columnas. «Todo un pueblo de Sussex se vuelve loco», era el titular.

—¡Dios bendito! —exclamó Kemp, y leyó con avidez un increíble relato de lo acontecido en Iping la tarde anterior, que aquí ya hemos descrito.

En la otra cara habían vuelto a imprimir la noticia del periódico de la mañana.

—Corrió por las calles golpeando a diestro y siniestro —leyó de nuevo—. Jaffers, inconsciente. El señor Huxter, dolorido, todavía incapaz de describir lo que vio. Dolorosa humillación..., el pastor. ¡Mujeres muertas de miedo! Ventanas rotas. Esta extraordinaria historia seguramente sea un cuento. Demasiado buena para no imprimirla... ¡y que lo diga!

Soltó el periódico y se quedó mirando la pared de enfrente sin verla.

—¡Seguramente sea un cuento!

Recogió de nuevo el periódico y releyó toda la historia.

—Pero ¿dónde encaja el vagabundo? ¿Por qué demonios perseguía a un vagabundo?

Se dejó caer en el sillón de operaciones.

—No solo es invisible —se dijo—, sino que ¡también está loco! ¡Es un homicida!

Cuando el alba se mezcló con la luz de la lámpara del salón y el

humo de los puros del comedor, Kemp seguía dando vueltas de un lado a otro, intentando comprender lo increíble.

Estaba demasiado alterado para dormir. Sus sirvientes, que bajaban las escaleras medio dormidos, lo encontraron despierto y creyeron que era por culpa del exceso de estudio. El doctor les impartió instrucciones extraordinarias, aunque muy explícitas, para que sirvieran un desayuno para dos en el despacho de arriba, y que después se quedaran en el sótano y la planta baja. A continuación siguió dando vueltas por el comedor hasta que llegó el periódico de la mañana. El periódico tenía mucho que decir y poco que contar, salvo para confirmar lo sucedido la noche anterior e incluir una noticia que, con una redacción pésima, hablaba sobre la asombrosa historia de Port Burdock. De este modo Kemp se hizo una idea de lo ocurrido en el Jolly Cricketers y conoció el nombre de Marvel.

«Me ha obligado a seguirlo durante veinticuatro horas», testificaba Marvel. A la historia de Iping se añadieron algunos datos menores, como el corte de la línea del telégrafo del pueblo. Sin embargo, no había nada que ayudara a dilucidar la conexión entre el hombre invisible y el vagabundo, ya que el señor Marvel no había mencionado los tres libros, ni el dinero del que iba forrado. El tono incrédulo de los periodistas había desaparecido, y un montón de reporteros e investigadores estaban trabajando para ampliar la información.

Kemp leyó el artículo a fondo, y mandó a la doncella a por todos y cada uno de los periódicos de la mañana que encontrase, para devorarlos también.

—¡Es invisible! —dijo—. ¡Y se diría que empieza a pasar de la ira a la locura! ¡La de cosas horribles que podría hacer! ¡La de cosas horribles que podría hacer! Y está arriba, libre como el viento. ¿Qué voy a hacer, Dios mío? Por ejemplo, sería romper mi palabra si... No.

Se dirigió al pequeño y desordenado escritorio de la esquina y se puso a redactar una nota. La arrancó a medio escribir y empezó otra. La leyó y meditó sobre ella. Después sacó un sobre y lo dirigió al «Coronel Adye, Port Burdock».

El hombre invisible se despertó cuando Kemp estaba con la nota. Lo hizo con un genio de mil demonios, y Kemp, alerta al menor

ruido, oyó como sus rápidos pasos cruzaban de repente el dormitorio de arriba. Entonces alguien lanzó una silla, y el vaso del lavamanos se rompió en el suelo. Kemp corrió escaleras arriba y llamó, inquieto.

ALGUNOS PRINCIPIOS ESENCIALES

—¿Qué ocurre? —preguntó Kemp cuando el hombre invisible le abrió la puerta.

—Nada —respondió este.

—Pero ¡demonios! ¿Y ese estruendo?

—Un ataque de ira. Se me olvidó este brazo; y me duele.

—Es usted bastante proclive a este tipo de cosas.

—Es cierto.

Kemp entró en el cuarto y recogió los trozos de cristal.

—Ya se sabe todo sobre usted —comentó Kemp, mientras se levantaba con los cristales en la mano—, lo que pasó en Iping y al bajar la colina. El mundo ya es consciente de que tiene un ciudadano invisible. Sin embargo, nadie sabe dónde está.

El hombre invisible soltó un improperio.

—El secreto se ha desvelado, ya que supongo que era un secreto. No sé cuáles son sus planes, aunque, por supuesto, estoy más que dispuesto a ayudar —dijo Kemp, y el hombre invisible se sentó en la cama—. El desayuno está preparado arriba —siguió diciendo el doctor con toda la tranquilidad que le fue posible, y lo alivió comprobar que su extraño invitado se levantaba por voluntad propia.

Kemp abrió la marcha por las escaleras hasta el despacho de arriba.

—Antes de hacer nada —comentó—, debo comprender un poco mejor esta invisibilidad suya.

Tras una mirada nerviosa por la ventana, se había sentado y

adoptado el aspecto de un hombre que tiene algo que decir. Reaparecieron sus dudas sobre la sensatez de todo el asunto, y volvieron a desvanecerse al mirar al asiento de Griffin, al otro lado de la mesa del desayuno: un batín sin cabeza y sin manos se limpiaba unos labios invisibles con una servilleta que se sostenía por milagro en el aire.

—En realidad, es bastante sencillo... y creíble —respondió Griffin, dejando a un lado la servilleta.

—Sin duda, para usted, pero... —repuso Kemp entre risas.

—Bueno, sí, al principio me parecía maravilloso, claro, pero ahora, ¡Dios mío!... Aun así, ¡todavía podemos hacer grandes cosas! La primera vez que me topé con este asunto fue en Chesilstowe.

—¿Chesilstowe?

—Fui allí después de salir de Londres. ¿Sabe que dejé medicina y me matriculé en física? ¿No? Bueno, pues así fue. La luz... me fascinaba.

—¡Ah!

—¡La densidad óptica! Todo el asunto es un entramado de acertijos, un entramado de soluciones esquivas. Y al no tener más que veintidós años y estar repleto de entusiasmo, me dije: «Dedicaré mi vida a esto. Merece la pena». Ya sabe lo tontos que somos a los veintidós.

—Tontos antes y tontos ahora. ¡Como si el conocimiento dejara satisfecho a alguien!

—Pero me puse a trabajar... como un negro. Y cuando apenas llevaba trabajando y pensando seis meses, de golpe se hizo la luz en uno de estos entramados, ¡una luz cegadora! Descubrí un principio general sobre los pigmentos y la refracción, una fórmula, una expresión geométrica relacionada con las cuatro dimensiones. Los ineptos, los hombres comunes, incluso los matemáticos comunes, no saben nada de lo que pueden significar algunas expresiones generales para el estudiante de física molecular. En los libros (los libros que ha escondido el vagabundo) hay maravillas, ¡milagros! Sin embargo, esto no era un método, sino una idea que podría conducir a un método por el cual sería posible, sin cambiar ninguna otra propiedad de la materia (salvo, en ciertos casos, los colores), reducir el índice de refracción de una sustancia, ya sea sólida o

líquida, hasta obtener el del aire, a todos los efectos.

—¡Vaya! —exclamó Kemp—. ¡Qué curioso! Aunque sigo sin ver... Entiendo que eso le aportara una información valiosa, pero de ahí a la invisibilidad hay un largo trecho...

—Precisamente, pero tenga en cuenta una cosa: la visibilidad depende de la acción de los cuerpos visibles sobre la luz. Los cuerpos absorben la luz, o la reflejan o refractan, o todo a la vez. Si un cuerpo no refleja ni refracta ni absorbe, no puede ser visible. Puede ver una caja roja opaca, por ejemplo, porque el color absorbe parte de la luz y refleja el resto, toda la parte roja de la luz, hacia usted. Si no absorbiera ninguna parte concreta de la luz, pero la reflejara toda, se convertiría en una reluciente caja blanca. ¡Plateada! Una caja de diamante no absorbería demasiada luz, ni tampoco reflejaría demasiada en su superficie general, pero en algunos puntos, donde las superficies sean favorables, reflejará y refractará la luz, de modo que obtendríamos una brillante apariencia de destelleantes reflejos y transparencias, una especie de esqueleto de luz. Una caja de cristal no sería tan brillante, ni tampoco tan visible, como una caja de diamante, ya que habría menos refracción y reflexión. ¿Lo ve? Desde ciertas perspectivas, podría ver sin problemas a través de ella. Algunos tipos de cristal serían más visibles que otros, una caja de cristal de roca brillaría más que una caja de cristal normal de ventana. Una caja de cristal común muy fino apenas se vería con poca luz, ya que apenas absorbería la luz, y reflejaría y refractaría muy poco. Y si metiera una lámina de cristal blanco común en agua o, mejor aún, en un líquido más denso que el agua, desaparecería casi por completo, ya que la luz que pasa del agua al cristal solo se refleja o refracta ligeramente, y apenas se ve afectada de ningún modo. Es casi tan invisible como un chorro de gas de hulla o de hidrógeno en el aire. ¡Y exactamente por el mismo motivo!

—Sí —dijo Kemp—, eso está más que claro.

—Y existe otro hecho que también conocerá: si una lámina de cristal se rompe, Kemp, y se reduce a polvo, es mucho más visible mientras está en el aire; se convierte al final en un polvo blanco opaco. Esto se debe a que el polvo multiplica las superficies del cristal en las que se producen la refracción y la reflexión. En la

lámina de cristal solo hay dos superficies; en el polvo, la luz se refleja o refracta en cada grano por el que pasa, y poca luz atraviesa el polvo sin más. Sin embargo, si este polvo blanco de cristal se mete en el agua, desaparece del todo. El cristal en polvo y el agua tienen un índice de refracción muy similar; es decir, la luz sufre muy poca refracción o reflexión al atravesarlos a ambos.

»El cristal se vuelve invisible al meterlo en un líquido con un índice de refracción similar; algo transparente se hace invisible si se mete en un medio con un índice de refracción prácticamente idéntico. Y si lo medita un segundo, también se dará cuenta de que el polvo de cristal podría desvanecerse en el aire si se consiguiera modificar su índice de refracción hasta que fuera igual al de ese medio, ya que, en ese caso, no habría ni refracción ni reflexión cuando la luz pasara del cristal al aire.

—Sí, sí —repuso Kemp—. Pero ¡los hombres no son de polvo de cristal!

—No, ¡son más transparentes! —aseguró Griffin.

—¡Tonterías!

—¡Y eso lo dice un médico! ¡Qué poca memoria! ¿Es que en estos diez años ha olvidado toda la física? Piense en cuántas cosas son transparentes y no lo parecen. El papel, por ejemplo, que está compuesto de fibras transparentes, pero es blanco y opaco por el mismo motivo que un polvo de cristal es blanco y opaco. Si se unta de aceite el papel blanco, llenando así los intersticios entre las partículas de modo que no haya más refracción ni reflexión salvo en las superficies, se vuelve tan transparente como el cristal. Y no solo el papel, sino también la fibra de algodón, la fibra de lino, la fibra de lana, la fibra leñosa y el hueso, Kemp, la carne, Kemp, el pelo, Kemp, las uñas y los nervios, Kemp; de hecho, toda la materia del hombre, salvo el rojo de la sangre y el pigmento negro del pelo, está compuesta de tejido transparente e incoloro. No necesitamos gran cosa para hacernos visibles los unos a los otros. En su mayor parte, las fibras de una criatura viva son tan poco opacas como el agua.

—¡Cielos! —exclamó Kemp—. ¡Claro, claro! ¡Sin ir más lejos, anoche pensaba en las larvas marinas y en todas las medusas!

—¡Ahora empieza a entenderme! Y a entender todo lo que sabía y lo que tenía en mente un año después de salir de Londres, hace

seis años. Sin embargo, me lo guardé para mí. Tenía que trabajar en circunstancias atterradoramente adversas. Oliver, mi profesor, era una vergüenza de científico, un periodista por naturaleza, un ladrón de ideas, ¡siempre andaba husmeando! Y ya conoce el vil sistema del mundo científico. Sencillamente, no deseaba publicar y compartir el crédito con él. Seguí trabajando. Cada vez estaba más cerca de convertir mi fórmula en experimento, en realidad. No se lo conté a nadie, ya que pretendía asombrar al mundo con mi descubrimiento, hacerme famoso de la noche a la mañana. Me dediqué al problema de los pigmentos para rellenar ciertas lagunas y, de pronto, no a posta, sino por accidente, hice un hallazgo en fisiología.

—¿Sí?

—Ya conoce el problema del color rojo de la sangre; pues bien, es posible blanquearla, quitarle el color, pero ¡sin que pierda ninguna de sus propiedades!

Kemp dejó escapar un grito de asombro.

El hombre invisible empezó a dar vueltas por el pequeño despacho.

—Hace bien en gritar. Recuerdo aquella noche, era muy tarde, ya que los cretinos de mis estudiantes me mantenían ocupado toda la mañana y, a veces, trabajaba hasta el alba. Apareció de repente en mi cabeza, una idea espléndida y completa. Estaba solo, no se oía nada en el laboratorio, y las altas luces brillaban con fuerza y en silencio. Mis mejores momentos siempre los he vivido solo. «¡Podría volver transparente a un animal, sus tejidos! ¡Podría volverlo invisible! Salvo por los pigmentos, ¡yo mismo podría ser invisible!», dije de repente, dándome cuenta de lo que significaba ser un albino con semejante conocimiento. Resultaba abrumador. Dejé el filtrado que me encontraba realizando y miré las estrellas por una gran ventana. «¡Podría ser invisible!», me repetí.

»Lograr algo así sería trascender lo mágico. Y, sin la sombra de una duda, contemplé ante mí una visión magnífica de todo lo que un hombre podría alcanzar a través de la invisibilidad: el misterio, el poder, la libertad... No veía ningún inconveniente. ¡Piénselo un instante! Yo, un investigador desahogado, pobre y asediado, que enseñaba a los bobos de una facultad de provincias, podía

convertirme de la noche a la mañana en... esto. Dígame, Kemp, ¿no cree que usted...? Le aseguro que cualquiera se habría dedicado en cuerpo y alma a semejante investigación. Tres años me entregué a ella, y, tras cada montaña de dificultades que superaba, me encontraba con otra nueva. ¡Una infinidad de detalles! Y era exasperante tener a un profesor de provincias siempre fisgando. “¿Cuándo va a publicar ese trabajo suyo?”, me preguntaba sin parar. ¡Y, encima, los estudiantes y la escasez de recursos! Tres años aguanté así... Y después de tres años de secretismo y exasperación descubrí que completar el trabajo era imposible... Imposible.

—¿Por qué?

—Por el dinero —respondió el hombre invisible, y se levantó de nuevo para mirar por la ventana—. Le robé al viejo —añadió volviéndose de repente hacia el doctor—. Le robé a mi padre. El dinero no era suyo y acabó pegándose un tiro.

EN LA CASA DE GREAT PORTLAND STREET

Kemp guardó silencio durante un momento y contempló la espalda de la figura sin cabeza, que estaba junto a la ventana. Después cayó en la cuenta de algo, dio un respingo, se levantó, cogió al hombre invisible por el brazo y lo apartó de la vista.

—Estará cansado. No deja de dar vueltas, mientras yo permanezco sentado. Tome, tenga mi silla —dijo colocándose entre Griffin y la ventana más cercana.

Griffin calló unos segundos y, de pronto, siguió con su narración.

—Ya había salido de Chesilstowe College cuando pasó todo esto. Fue el diciembre pasado. Había alquilado una habitación en Londres, una gran habitación sin amueblar en una descuidada pensión de un mal barrio cercano a Great Portland Street. No tardé en llenar el cuarto de los instrumentos comprados con su dinero; el trabajo avanzaba a buen ritmo, con éxito, se acercaba a su fin. Me sentía como un hombre que sale de un embrollo para caer en una tragedia absurda. Fui a enterrar a mi padre. Seguía con la cabeza inmersa en la ciencia, y no levanté ni un dedo para salvar su reputación. Recuerdo el funeral, el coche fúnebre barato, la parca ceremonia, la colina azotada por el frío y el viento, y el antiguo amigo de la universidad que leyó en el oficio religioso: un anciano negro, jorobado y cochambroso con un resfriado nasal.

»Recuerdo volver a la casa vacía, cruzando el lugar que antes fuera un pueblo, pero que los constructores chapuceros habían transformado en una fea imitación de ciudad gracias a sus

remiendos y ajustes. Todas las carreteras acababan en los profanados campos, convertidas en montones de escombros y maleza fétida. Me imagino como una figura demacrada y negra que caminaba en soledad por la resbaladiza acera mojada, y recuerdo la extraña sensación de indiferencia que me producían la miserable respetabilidad y el sórdido comercialismo del lugar.

»No sentía pena alguna por mi padre. Lo consideraba una víctima de su propio sentimentalismo absurdo. La hipocresía de la época requería mi presencia en su funeral, aunque, en realidad, no era asunto mío.

»Sin embargo, mientras recorría High Street, volví durante un momento a mi antigua vida, ya que me encontré con la muchacha que había conocido diez años antes. Nos miramos a los ojos.

»Algo me hizo volverme para hablar con ella, y descubrí que era una persona muy corriente.

»La visita a mi antiguo hogar fue como un sueño. En aquellos instantes no me sentía solo, no sentía haber salido del mundo para caer en la desolación. Era consciente de mi falta de empatía, aunque lo achacaba a la fatuidad de la vida en general. Volver a entrar en mi dormitorio fue como recuperar la realidad: allí estaban las cosas que había conocido y amado. Allí estaban los aparatos, los experimentos preparados, esperándome, y ya no se me presentaba ninguna dificultad, aparte de la planificación de los detalles.

»Tarde o temprano le explicaré cuáles fueron los complicados procesos, Kemp, pero no tenemos por qué adentrarnos en ello ahora. En su mayoría, salvo por ciertas lagunas que he preferido recordar sin ayuda, se encuentran recogidos, codificados, en los libros que ha escondido el vagabundo. Debemos localizarlo. Debemos recuperar esos libros. Sin embargo, la fase esencial consistía en colocar el objeto transparente cuyo índice de refracción deseaba reducir entre dos centros de radiación de una especie de vibración etérea de la que después le contaré más cosas. No, no se trata de las vibraciones de Röntsen; no tengo constancia de que las vibraciones de las que hablo hayan sido descritas, por muy obvias que resulten. Necesitaba dos pequeñas dinamos que hacía funcionar con un motor de gas barato. Mi primer experimento fue con un trozo de tela de lana blanca. Qué sensación tan extraña producía

verla suave y blanca a la luz parpadeante, para después observar como se convertía en una voluta de humo antes de desaparecer.

»Apenas podía creermelo lo que había hecho. Puse la mano sobre el espacio vacío, y allí estaba el objeto, tan sólido como siempre. Lo palpé con torpeza y lo tiré al suelo. Me costó un poco encontrarlo después.

»Entonces tuve una curiosa experiencia. Oí un maullido detrás de mí y, al volverme, vi un gato blanco, flaco y muy sucio sobre la tapa de la cisterna, al otro lado de la ventana. En mi cabeza se formó una idea: “Todo está listo para ti”, me dije, y me acerqué a la ventana, la abrí y llamé al gato en voz baja. La gata entró, ronroneando (el pobre animal se moría de hambre), y le di un poco de leche. Tenía toda la comida en la despensa de la esquina del cuarto. Después de comer, se puso a olisquear la habitación, evidentemente con la intención de convertirla en su hogar. El trapo invisible la inquietó un poco; ¡debería haber visto cómo le bufaba! Pero la acomodé en un cojín de mi carriola y le puse mantequilla para conseguir que se lavara.

—¿Y la procesó?

—La procesé. Sin embargo, ¡medicar a un gato no es cosa de niños, Kemp! Y el proceso falló.

—¡Falló!

—En dos detalles: las uñas y lo que se encarga del pigmento... ¿cómo se llama? Lo que se encuentra en la parte de atrás del ojo de los gatos. ¿Lo sabe?

—*Tapetum*.

—Sí, el *tapetum*. No desapareció. Tras darle la sustancia para blanquear la sangre y hacerle algunos otros ajustes, le di opio, y coloqué gata y cojín en el aparato. Después de que todo lo demás se desdibujara hasta desaparecer, allí seguían los dos diminutos fantasmas de sus ojos.

—¡Qué extraño!

—No sé cómo explicarlo. Estaba vendada y sujeta, por supuesto, así que la tenía a salvo; pero se despertó cuando todavía se encontraba aturdida; dejó escapar un triste maullido y alguien llamó a la puerta. Era la anciana de abajo, que sospechaba que yo me dedicaba a la vivisección, una vieja criatura bañada en alcohol

que solo tenía a su gata blanca para hacerle compañía. Saqué un poco de cloroformo para dárselo al gato y respondí a su llamada. «¿Ha oído a un gato? —preguntó—. ¿A mi gato?». «Aquí no», respondí con suma amabilidad. No se quedó muy convencida e intentó asomarse para mirar el cuarto detrás de mí. Sin duda le resultaría extraño: paredes desnudas, ventanas sin cortinas, carriola, el motor de gas vibrando, el bullir de los puntos radiantes y la leve aunque desagradable quemazón del cloroformo en el aire. Al final tuvo que darse por satisfecha y regresar a su habitación.

—¿Cuánto tardó el proceso? —preguntó Kemp.

—Tres o cuatro horas, para el gato. Los huesos, los tendones y la grasa fueron lo último en desaparecer, así como las puntas de los pelos de color. Y, como digo, la parte de atrás de los ojos, a pesar de tratarse de una sustancia iridiscente, no desapareció.

»Ya era entrada la noche cuando terminamos, y no se veía nada más que los tenues ojos y las zarpas de la gata. Apagué el motor de gas, palpé hasta encontrar al animal, que seguía inconsciente, para acariciarlo, lo solté, y entonces, cansado, lo dejé durmiendo en el cojín invisible y me fui a la cama. Me costaba dormir, permanecí despierto pensando en tonterías sin fundamento, repasando una y otra vez el experimento, o me dormía y tenía sueños febriles sobre cosas que se convertían en niebla y se desvanecían a mi alrededor hasta que todo, incluso el suelo, desaparecía; en ese momento tuve la pesadilla enfermiza de caerme, tan habitual en estos casos. Hacia las dos la gata empezó a maullar por el cuarto. Intenté calmarla hablándole y después decidí echarla. Recuerdo mi sorpresa al encender la luz: solo había unos relucientes ojos verdes, sin nada a su alrededor. Le habría dado leche, pero no me quedaba. No se callaba, se limitaba a permanecer sentada ante la puerta, maullando. Intenté atraparla con la intención de echarla por la ventana, pero no se dejaba coger, desaparecía. Después se puso a maullar en distintas partes de la habitación. Al final abrí la ventana e hice ruido. Supongo que, al final, se fue. No volví a verla.

»Entonces, Dios sabe por qué, me puse a pensar de nuevo en el funeral de mi padre y en la sombría ladera azotaba por el viento hasta que amaneció. Decidí que no tenía sentido dormir y, tras cerrar con llave la puerta, salí a la calle.

—¡No me dirá que anda suelto un gato invisible! —exclamó Kemp.

—Si no lo han matado, ¿por qué no? —repuso el hombre invisible.

—¿Por qué no? Perdón, no quería interrumpir.

—Seguramente la habrán matado, aunque sé que seguía viva cuatro días después, bajando por una verja de Great Tichfield Street, ya que vi a un corrillo de personas allí, intentando averiguar la procedencia de los maullidos.

Guardó silencio durante casi un minuto. Después reanudó la historia abruptamente.

—Recuerdo con mucha claridad la mañana anterior al cambio. Debí de subir por Great Portland Street. Recuerdo los barracones de Albany Street y los soldados que salían a caballo, y que al fin me encontré sentado al sol en la cumbre de Primrose Hill; me sentía enfermo y extraño. Era un soleado día de enero, uno de esos días soleados y fríos que tuvimos este año antes de la nieve. Mi agotado cerebro intentaba analizar la situación, elaborar un plan de acción.

»Ahora que tenía el premio al alcance de la mano, me sorprendió descubrir lo poco convincente que parecía ese logro. De hecho, estaba extenuado; el intenso estrés de casi cuatro años de trabajo continuo me había dejado sin fuerzas ni sentimientos. Estaba apático, e intenté en vano recuperar el entusiasmo de mis primeras investigaciones, la pasión por el descubrimiento que me había permitido incluso superar la ruina de mi anciano padre. No me importaba nada. Veía muy claro que se trataba de un humor efímero causado por el exceso de trabajo y la falta de sueño, y que las medicinas o el descanso bastarían para recuperar mi energía.

»Lo único que podía pensar con claridad era que tenía que llegar hasta el final; aquella idea fija me gobernaba. Y debía ser pronto, ya que casi no me quedaba dinero. Miré a mi alrededor, por la ladera, donde los niños jugaban ante las atentas miradas de las niñeras, e intenté pensar en las fantásticas ventajas de que disfrutaría un hombre invisible. Al cabo de un rato me arrastré de vuelta a casa, comí algo, me puse una fuerte dosis de estricnina y me fui a dormir con la ropa puesta sobre la cama sin hacer. La estricnina es un fabuloso tónico, Kemp, para acabar con la debilidad de un hombre.

—Es diabólico —repuso Kemp—. Es el paleolítico en una botella.

—Me desperté repleto de energía y bastante irritable, ¿sabe?

—Conozco la sustancia.

—Y alguien llamaba con insistencia a la puerta: era mi casero, que no hacía más que amenazar y preguntar, un viejo judío polaco vestido con un largo abrigo gris y unas zapatillas grasientas. El hombre estaba seguro de que yo había estado torturando a un gato por la noche; la lengua de la anciana no había estado ociosa, por lo visto. El casero insistía en querer saber lo ocurrido. Las leyes del país contra la vivisección eran muy severas, podrían culparlo de algo. Negué lo del gato. Encima, la vibración del motorcito de vapor hacía temblar toda la casa, según decía. Aquello era cierto, sin duda. Pasó de lado junto a mí para entrar en la habitación, asomándose por encima de sus gafas de alpaca, y de repente me aterró que pudiera robarme parte de mi secreto. Intenté mantenerme entre él y el aparato de concentración que había fabricado, pero eso solo sirvió para alimentar su curiosidad. ¿Qué estaba haciendo yo? ¿Por qué siempre era tan solitario y reservado? ¿Era algo legal? ¿Era peligroso? Le pagaba un alquiler normal, y aquello siempre había sido una casa respetable... en un barrio poco respetable. De buenas a primeras perdí los nervios y le pedí que saliera. Él empezó a protestar, a farfullar sobre su derecho a entrar. En menos de un minuto lo tenía agarrado por el cuello del abrigo; algo se rompió y el anciano salió al pasillo dando vueltas. Di un portazo, cerré con llave y me senté, tembloroso.

»Fuera el hombre armó un escándalo, del que yo no hice caso, y al cabo de unos minutos se marchó.

»Sin embargo, la situación me conducía a una crisis. No sabía lo que haría el anciano, ni siquiera qué estaba en su mano hacer. Mudarme a un alojamiento nuevo habría demorado mi investigación; contaba con apenas veinte libras, casi todas en el banco, así que no podía permitírmelo. ¡Desaparecer! Era una idea irresistible. Entonces habría una investigación, saquearían mi cuarto.

»Ante la posibilidad de que mi trabajo quedara expuesto o interrumpido en su punto culminante, me enfadé y entré en acción.

Salí corriendo con mis tres libros de notas, mi chequera (ahora los tiene el vagabundo) y en la oficina de correos más cercana los envié a un apartado postal de Great Portland Street. Intenté salir sin hacer ruido. Al entrar me encontré a mi casero subiendo las escaleras en silencio; había oído que se cerraba la puerta, supongo. Se habría reído de haberlo visto apartarse de un salto en el rellano cuando salí corriendo tras él. Me lanzó una mirada asesina cuando pasé por su lado, y toda la casa tembló con mi portazo. Lo oí llegar a mi planta, arrastrando los pies, vacilar y bajar de nuevo. Desde ese momento me puse a trabajar en mis preparativos.

»Lo terminé todo aquella misma noche. Mientras seguía bajo la influencia de los medicamentos que decoloraban la sangre, muy mareado y torpe, alguien llamó varias veces a la puerta. Cesó, los pasos se alejaron, pero después volvieron y se repitieron las llamadas. Acto seguido intentaron meter algo por debajo de la puerta, un papel azul. Entonces, en un arranque de ira, me levanté y abrí la puerta de par en par. “Y ahora ¿qué?”, pregunté. Era mi casero, con una orden de desahucio o algo similar. Me la enseñó, vio algo raro en mis manos, supongo, y me miró a la cara.

»Durante un momento se quedó con la boca abierta. Entonces emitió una especie de grito inarticulado, soltó la vela y la orden y salió a toda prisa al pasillo, hacia las escaleras. Cerré la puerta con llave y me acerqué al espejo, donde comprendí el motivo de su terror: mi cara estaba blanca como la cal.

»Fue horrible, no me esperaba semejante sufrimiento. Una noche entera de dolores atroces, mareos y desmayos. Apreté los dientes, aunque la piel me ardía, me ardía todo el cuerpo; pero me quedé tumbado, inmóvil como una piedra. Ya entendía por qué la gata no había dejado de aullar hasta que le apliqué el cloroformo. Por suerte vivía solo y desatendido en mi cuarto, porque había veces que sollozaba, gruñía y hablaba. Sin embargo, resistí, perdí la consciencia y, más tarde, desperté, lánguido, en la oscuridad.

»El dolor había cesado. Creía que me moría, y no me importó. Nunca olvidaré aquel amanecer y el extraño horror de ver que mis manos se habían convertido en cristal turbio, y de contemplar como se hacían cada vez más transparentes a medida que transcurría el día, hasta que, al fin, pude ver el desorden de mi cuarto a través de

ellas, incluso cuando cerraba mis transparentes párpados. Mis extremidades eran cristalinas, los huesos y las arterias habían desaparecido, y lo último en desvanecerse fueron los pequeños nervios blancos. Apreté los dientes y aguanté hasta el final, cuando ya solo quedaban las puntas muertas de las uñas, pálidas y blancas, y la mancha marrón de algún ácido en los dedos.

»Me levanté con esfuerzo. Al principio me veía tan incapaz como un bebé envuelto en su manta; era complicado moverse con extremidades que no veía. Me sentía débil y tenía mucha hambre. Me dirigí al espejo y me quedé mirando la nada, ya que detrás de la retina de mis ojos no quedaba nada, salvo un resto atenuado de pigmento, más sutil que un hilo de niebla. Tuve que aferrarme a la mesa y apretar la frente contra el cristal.

»Empleé toda mi fuerza de voluntad para arrastrarme de vuelta al aparato y terminar el proceso.

»Dormí durante la mañana, echándome las sábanas sobre los ojos para protegerme de la luz, y al mediodía me despertó de nuevo una llamada en la puerta. Había recuperado las fuerzas. Me senté y presté atención hasta oír un susurro. Me puse en pie de un salto y, haciendo el menor ruido posible, me puse a desconectar el aparato y a distribuir sus piezas por la habitación, para que nadie adivinara su funcionamiento. En aquel momento volvieron a llamar a la puerta con insistencia y empezaron a llamarme, primero mi casero, después dos personas más. Para ganar tiempo, respondí. En aquel instante di con el trazo y el cojín invisibles, así que abrí la ventana y los eché sobre la tapa de la cisterna. Cuando se abrió la ventana, algo golpeó la puerta: una persona cargaba contra ella con la intención de derribarla. Sin embargo, los sólidos cerrojos que había instalado unos días antes lo detuvieron. Aquello me sobresaltó y me enojó. Me puse a temblar y a comportarme de manera apresurada.

»Junté algunas hojas, paja, papel de embalar y cosas así en medio del cuarto y encendí el gas. La puerta recibió otra lluvia de porrazos. No encontraba cerillas, y eso me hizo dar puñetazos de frustración contra la pared. Apagué de nuevo el gas, salí por la ventana para ponerme sobre la cisterna, bajé la hoja de la ventana con mucho cuidado, y allí me senté, a salvo e invisible, aunque temblando de rabia, para ser testigo de los acontecimientos.

Rompieron un panel de la puerta, según vi, y, en un instante, ya habían roto las grapas de los cerrojos y se encontraban dentro. Eran el casero y sus dos hijastros, jóvenes robustos de veintitrés y veinticuatro años. Detrás de ellos gesticulaba la vieja bruja de abajo.

»Puede imaginarse su sorpresa al descubrir que la habitación estaba vacía. Uno de los jóvenes corrió de inmediato a la ventana, la abrió y miró afuera. Su cara de labios gruesos, barba y ojos muy abiertos quedó a pocos centímetros de la mía. Estuve a punto de aporrearle el tonto semblante, pero contuve mis puños. Miraba a través de mí. Y lo mismo ocurrió con los demás cuando se le unieron. El anciano entró y buscó bajo la cama, y después todos corrieron al armario. Tuvieron que discutir largo rato sobre el tema en *yiddish* y en el dialecto del East End londinense. Llegaron a la conclusión de que yo no había respondido a su llamada, que había sido cosa de su imaginación. Una euforia extraordinaria sustituyó a mi furia mientras observaba desde la ventana a aquellas cuatro personas, ya que la anciana también había entrado y miraba con suspicacia a su alrededor, como un gato, intentando resolver el enigma de mi comportamiento.

»El anciano, por lo que pude entender de su dialecto, estuvo de acuerdo con la anciana en que yo era un vivisector. Los hijos protestaron con un habla confusa, asegurando que era un electricista, y poniendo como ejemplo las dinamos y los radiadores. Todos estaban nerviosos, temiendo mi llegada, aunque después descubrí que habían cerrado con candado la puerta principal. La anciana buscó en el armario y bajo la cama, y uno de los jóvenes subió la tapa de la chimenea para mirar arriba. Otro de los huéspedes de la casa, un frutero ambulante que compartía la habitación de enfrente con un carnicero, apareció en el rellano; lo llamaron y le contaron un puñado de incoherencias.

»Se me ocurrió que los radiadores, de caer en manos de personas cultas y con cierta inteligencia, podrían revelar demasiadas cosas, y al presentármese la oportunidad, entré en el cuarto y volqué una de las pequeñas dinamos, que estaba encima de la otra, con lo que aplasté ambos aparatos. Entonces, mientras intentaban explicarse lo sucedido, salí corriendo del cuarto y bajé las escaleras en silencio.

»Entré en uno de los salones y esperé hasta que bajaron, todavía especulando y argumentando, todos un poco decepcionados por no encontrar ningún “horror”, y todos algo desconcertados conmigo. Después volví a subir con una caja de cerillas, prendí fuego al montón de papel y basura, eché al fuego las sillas y la ropa de cama, acerqué el gas mediante un tubo de caucho y, tras despedirme de la habitación, salí de ella por última vez.

—¡Prendió fuego a la casa! —exclamó Kemp.

—Prendí fuego a la casa. Era el único modo de ocultar mi rastro, y la casa estaría asegurada, no cabe duda. Descorrí con cuidado los pestillos de la puerta principal y salí a la calle. Era invisible, y empezaba a darme cuenta de las extraordinarias oportunidades que me proporcionaba mi condición. Tenía la cabeza rebosante de planes salvajes y maravillosos, que podría llevar a cabo impunemente.

EN OXFORD STREET

—Al bajar las escaleras por primera vez me encontré con una dificultad inesperada: no me veía los pies. De hecho, tropecé dos veces, y también demostré una torpeza inusual al coger el pomo. Sin embargo, si no bajaba la mirada, conseguía mantener el equilibrio de manera aceptable.

»Como digo, estaba exultante. Era como un hombre que ve y entra sin hacer ruido en una ciudad de ciegos. Mi primer impulso fue gastar bromas, sorprender a la gente, dar palmadas en la espalda a los hombres, torcer sombreros y, en general, disfrutar de mi extraordinaria ventaja.

»Sin embargo, nada más salir a Great Portland Street (mi pensión se encontraba cerca de la gran pañería de la calle), oí un estruendo y me golpearon con fuerza por detrás. Al volverme, vi a un hombre que llevaba una cesta llena de botellas de sifón y miraba pasmado su carga. Aunque el choque me había hecho daño, su asombro me resultó tan irresistible que no logré contener una carcajada. “La cesta está endemoniada”, dije, y de repente se la quité de la mano. El hombre la soltó sin ofrecer resistencia, y yo la meneé en el aire.

»Pero un cochero cretino que estaba de pie junto a una taberna se abalanzó sobre la cesta, y con los dedos extendidos me dio bajo la oreja con extremada violencia. Dejé caer la carga sobre el cochero, y después, entre gritos y pisotones, al ver que la gente salía de las tiendas y los vehículos frenaban, me di cuenta de lo que había hecho y, maldiciendo mi estupidez, retrocedí hasta un

escaparate y me preparé para huir en medio de la confusión. La muchedumbre no tardaría en encajonarme e, inevitablemente, me descubrirían. Empujé a un aprendiz de carnicero que, por suerte, no se volvió para ver quién lo empujaba, y me escondí detrás del carruaje del cochero. No sé cómo se solucionó el asunto, ya que crucé la calle (por suerte, no pasaba nadie) y, apenas sin percatarme de la dirección que tomaba, con el miedo a que me descubrieran todavía en el cuerpo, me colé entre la multitud de Oxford Street.

»Intenté pasar entre el gentío, pero la calle estaba demasiado abigarrada para mí y, al cabo de unos instantes, ya me estaban pisando. Seguí por la cuneta, tan áspera que me lastimaba los pies descalzos, y, allí, la vara de un lento cabriolé se me clavó bajo el omóplato, lo que me recordó que ya estaba muy magullado. Me aparté del coche dando traspiés, evité un carrito de bebé haciendo un movimiento convulsivo y me encontré detrás del cabriolé. Me salvó la feliz ocurrencia de seguir la estela del coche, ya que avanzaba lentamente, y seguí adelante, tembloroso y atónito por el rumbo de mi aventura. No solo tiritaba, sino que me estremecía. Era un soleado día de enero, yo iba en cueros, y la fina capa de barro del suelo estaba congelada. Aunque ahora me parece una estupidez, no me había dado cuenta de que, a pesar de mi transparencia, seguía afectándome el tiempo y todas sus inclemencias.

»Entonces, de repente se me ocurrió una idea estupenda: rodeé el coche corriendo y me metí dentro. Y así, con escalofríos, asustado, con un resfriado incipiente que me obligaba a sorberme la nariz y empezando a ser consciente de los moretones de la espalda, recorrí despacio Oxford Street y dejé atrás Tottenham Court Road. Mi humor ya no era el de hacía diez minutos, como cabe imaginar. ¡La invisibilidad, ni más ni menos! Lo único en que pensaba era en cómo salir del atolladero en el que estaba.

»Seguimos a paso de tortuga por Mudie's, y allí una mujer alta con cinco o seis libros de etiqueta amarilla llamó al taxi, y yo pude saltar del coche justo a tiempo de escapar de ella, esquivando un furgón por los pelos cuando huía. Seguí por la calle hacia Bloomsbury Square, con la intención de dirigirme al norte, dejar atrás el Museo y entrar en un distrito más tranquilo. Con aquel frío tan cruel, la extrañeza de la situación me inquietaba tanto que

gemía mientras corría. En la esquina occidental de la plaza un perrito blanco salió corriendo de las oficinas de la Pharmaceutical Society y se fue hacia mí con el hocico gacho.

»No lo había pensado nunca, pero la nariz es a la mente de un perro lo que los ojos a la mente de un hombre vidente. Los perros perciben el rastro de un hombre en movimiento igual que los hombres perciben su imagen. Aquel animal empezó a ladrarme y a saltar, demostrando de una manera demasiado evidente para mi gusto que había advertido mi presencia. Crucé Great Russell Street sin dejar de volver la vista atrás y recorrí un trecho de Montague Street antes de percatarme del lugar al que me dirigía.

»Entonces oí la música y, al mirar hacia delante, vi a varias personas saliendo de Russell Square con camisetas rojas detrás de la pancarta del Ejército de Salvación. No iba a resultarme posible atravesar la multitud de ciudadanos que avanzaban entre cánticos y bromas por la calle, pero, como tenía volver atrás y alejarme aún más de casa, sin pensarlo, subí los blancos escalones de una casa que daba a la barandilla del Museo y me quedé allí hasta que pasó la multitud. Por fortuna, el perro también se detuvo con el ruido de la banda, vaciló y dio media vuelta para correr de vuelta a Bloomsbury Square.

»Al fin llegó la banda, que berreaba un himno que decía algo sobre “cuándo verían Su rostro”, ignorando su ironía, y esperé un tiempo —que se me hizo eterno— a que el grupo se alejara. Pum, pum, pum, sonaba el tambor, resonando en la calle, y por un instante no me di cuenta de que había dos golfillos parados en la barandilla, junto a mí. “Mira”, dijo uno. “¿El qué?”, respondió el otro. “Pues eso, las huellas, descalzas. Como en el barro”.

»Bajé la mirada y vi que los jóvenes miraban boquiabiertos las huellas embarradas que había dejado al subir los escalones recién blanqueados. La gente que pasaba se daba codazos y se empujaba, pero aquello era un reto para su escasa inteligencia. “Pum, pum, pum, ¿cuándo, pum, veremos, pum, Su rostro?, pum, pum, pum”. “Por ahí tiene que haber subido un hombre descalzo, eso está claro —dijo uno—. Y no ha bajado para abajo. Y le sangraba el pie”.

»El grueso de la multitud ya había pasado. “Echa un ojo, Ted”, dijo el detective más joven, con aguda voz de sorpresa, señalando

directamente a mis pies. Bajé la mirada de nuevo y vi la tenue insinuación de su silueta marcada por el barro. Me quedé paralizado un instante.

»“Pero ¡qué raro!” —dijo el mayor—. “Pero ¡raro, raro! Es como el fantasma de un pie, ¿no?”. Vaciló y avanzó con la mano extendida. Un hombre se detuvo en seco para ver lo que intentaba agarrar, y después, una chica. Estaba a punto de tocarme. Entonces supe lo que tenía que hacer: di un paso, el chico retrocedió con una exclamación y, con un movimiento veloz, me metí en el pórtico de la casa de al lado. Sin embargo, el chico más joven tenía la vista lo bastante fina para seguir el movimiento y, antes de bajar del todo los escalones y llegar al pavimento, se había recuperado de su pasmo momentáneo y gritaba que el pie había saltado el muro.

»Lo rodearon a toda prisa y vieron aparecer mis nuevas huellas en el escalón inferior y en la acera. “¿Qué es?”, preguntó alguien. “¡Unos pies! ¡Mire! ¡Unos pies corriendo!”. En la calle todo el mundo, a excepción de mis tres perseguidores, iba detrás del Ejército de Salvación, lo que no solo me obstaculizaba el paso a mí, sino también a ellos. Se produjo un torbellino de sorpresa e interrogaciones. Para atravesarlo tuve que derribar a un joven, y tras otro movimiento ya rodeaba corriendo Russell Square, con seis o siete personas perplejas siguiendo mis huellas. No había tiempo para explicaciones si no quería tener detrás a todo el desfile.

»Dos veces doblé esquinas, tres veces crucé la calle y regresé sobre mis pasos, y al fin, cuando los pies se me calentaron y secaron, las huellas húmedas empezaron a desvanecerse. Conseguí margen para darme un respiro, limpiarme los pies con las manos y escapar. Lo último que vi de mis perseguidores fue a un grupito de unas doce personas estudiando con infinita perplejidad una huella que se secaba poco a poco y que había sido producto de un charco en Tavistock Square; una huella tan aislada e incomprensible para ellos como el solitario descubrimiento de Crusoe.

»La carrera me había calentado hasta cierto punto, así que seguí adelante con más ánimos a través del laberinto de calles, menos frecuentadas, de los alrededores. Tenía la espalda muy rígida y dolorida, las amígdalas magulladas por los dedos del cochero, y la piel del cuello arañada por sus uñas; los pies me dolían

sobremanera, y cojeaba por culpa de un cortecito en un pie. Vi a tiempo que se me acercaba un ciego y huí renqueando, ya que temía sus sutiles intuiciones. Un par de veces choqué por accidente con otras personas, que se quedaban asombradas, oyendo palabrotas sin localizar su procedencia. Entonces noté algo silencioso y ligero en la cara, y un vaporoso velo de lentos copos de nieve cubrió la plaza. Había pillado un resfriado y, por mucho que lo intentaba, no lograba contener los estornudos. Y me aterraba cada perro que se me acercaba, apuntándome con el hocico y husmeando con curiosidad.

»Entonces aparecieron hombres y niños corriendo, primero los unos y luego los otros, y gritando mientras corrían: había un incendio. Corrían en dirección a mi pensión; al mirar atrás por la calle vi una masa de humo negro que se elevaba por encima de tejados y cables telefónicos. Mi habitación ardía; mi ropa, mis aparatos, todos mis recursos, de hecho, salvo por la chequera y los tres libros de notas que me esperaban en Great Portland Street. ¡Todo ardía! Había quemado mis naves... ¡y nunca mejor dicho! El lugar era pasto de las llamas.

El hombre invisible hizo una pausa, y Kemp miró por la ventana con aire nervioso.

—Sí —dijo—, siga.

LOS GRANDES ALMACENES

—Bien. El pasado enero, en pleno inicio de una tormenta de nieve (que, si me cubría, ¡me haría visible!), cansado, frío, dolorido, desdichado a más no poder y todavía sin estar del todo satisfecho de mi invisibilidad, dio comienzo esta nueva vida que ahora conoce. No tenía donde refugiarme, ni enseres, ni un ser humano en el que confiar. Contar mi secreto me habría descubierto, me habría convertido en un mero espectáculo y en una rareza. No obstante, estaba casi decidido a acudir a algún viandante e implorarle piedad. Pero conocía demasiado bien el terror y la brutal crueldad que despertaría, así que no intenté nada en la calle. Mi único objetivo era cobijarme de la nieve, abrigarme y calentarme; después quizá pudiera planear algo. Incluso para mí, un hombre invisible, las filas de casas londinenses eran castillos inexpugnables: cerrados, atrancados y bloqueados.

»Ante mí solo veía la exposición al frío y la miseria durante la nocturna tormenta de nieve.

»Entonces tuve una idea excepcional. Bajé por una de las calles que van de Gower Street a Tottenham Court Road y me encontré en la entrada de Omniums, el gran establecimiento (ya sabe de cuál le hablo) donde se puede comprar de todo: carne, comestibles, telas, muebles, ropa e incluso cuadros al óleo. Más que una tienda, es una enorme y serpenteante colección de comercios. Supuse que las puertas estarían abiertas, pero estaban cerradas. Me quedé junto a la amplia entrada hasta que un carruaje paró fuera y un hombre de uniforme (ya sabe, de esos que llevan la palabra “Omnium” en la

gorra) abrió la puerta. Me las ingeníé para entrar y me encontré en un local donde se vendían cintas, guantes, medias y ese tipo de artículos. Después llegué a un espacio más grande dedicado a las cestas de *picnic* y los muebles de mimbre.

»Sin embargo, allí no me sentía a salvo; la gente iba de un lado a otro, y yo estuve merodeando por el lugar, impaciente, hasta que di con una enorme sección, en una planta superior, donde había cientos de camas y, entre ellas, di por fin con un lugar donde descansar, entre una gran pila de colchones de lana doblados. El lugar estaba iluminado y a una temperatura agradable, y decidí quedarme allí, siempre pendiente de los dos o tres grupos de clientes y dependientes que deambulaban por la tienda, hasta que llegara la hora de cierre. Después pensaba recorrer los almacenes en busca de comida y ropa, y, una vez disfrazado, recorrerlos y examinar sus recursos, e incluso dormir en las camas. Me parecía un plan aceptable. Mi idea era conseguir ropa y convertirme en una figura tapada, aunque pasable, sacar dinero y recuperar los libros y paquetes donde me esperaban, para después buscar alojamiento y elaborar un plan mediante el que aprovechar en todo lo posible las ventajas que me procuraba la invisibilidad (como todavía imaginaba).

»La hora de cierre no tardó en llegar; apenas había transcurrido una hora desde que me acomodara sobre los colchones cuando me di cuenta de que habían bajado las persianas de los escaparates y conducían a los clientes al exterior. Entonces unos cuantos jóvenes muy enérgicos empezaron a ordenarlo todo con una sorprendente presteza. Abandoné mi guarida al reducirse el número de personas y deambulé con precaución por las zonas más vacías de la tienda. Me sorprendió sobremanera observar la velocidad a la que los jóvenes guardaban los artículos que habían estado en venta durante el día. Todas las cajas, las telas colgadas, los adornos de encaje, los botes de dulces de la sección de alimentación, las vitrinas de unas cosas y otras, todo se retiraba, doblaba, metía en diminutos receptáculos, etcétera, y lo que no se podía guardar se tapaba con sábanas de un material basto, como arpillera. Finalmente, se colocaron todas las sillas sobre los mostradores, dejando el suelo vacío. Nada más terminar sus tareas, aquellos jóvenes salían de allí con una animada

actitud que rara vez había observado en el dependiente de una tienda. Después llegaron otros tantos jóvenes que repartieron serrín, armados con baldes y escobas. Tuve que esquivarlos para apartarme de su camino, y así me pinché con el serrín. Mientras caminaba por los departamentos envueltos y oscuros, oía las escobas en acción. Por fin, más de una hora después del cierre, me llegó el ruido de las puertas al cerrarse. El lugar quedó en silencio, y me encontré paseando por las vastas e intrincadas tiendas, galerías y exposiciones del comercio, solo. Todo estaba en calma; recuerdo que pasé cerca de una de las entradas de Tottenham Court Road y me paré a escuchar el taconeo de las botas de los viandantes.

»Mi primera visita fue a la tienda de medias y guantes. Estaba oscuro y me pasé un buen rato buscando cerillas, que encontré al final en el cajón del pequeño mostrador de la caja. Después tuve que buscar una vela. Tras arrancar envoltorios y revolver varias cajas y cajones, logré encontrar lo que buscaba: en la caja decía que eran calzoncillos y camisetas de lana de cordero. Después, calcetines y una gruesa bufanda, y pasé a la sección de la ropa para hacerme con unos pantalones, una americana, un abrigo y un sombrero de fieltro, una especie de sombrero de oficinista con el ala hacia abajo. Empecé a sentirme un ser humano de nuevo, y a continuación me acordé de la comida.

»Arriba había una cafetería, y de allí saqué algo de fiambre. Todavía quedaba café, así que encendí el gas, lo calenté y, con ambas cosas, me quedé bastante satisfecho. Tras registrar el lugar en busca de mantas (al final tuve que conformarme con un montón de colchas de plumón), di con un departamento de alimentación con gran cantidad de fruta confitada y envuelta en chocolate, más de las que necesitaba, de hecho, y un poco de vino blanco de Borgoña. Al lado había una sección de juguetería, lo que me dio una gran idea. Encontré narices artificiales, ya sabe, narices de juguete, y se me ocurrió buscar unas gafas oscuras. Sin embargo, en Omniums no había departamento de óptica. Me había dado cuenta de la dificultad que suponía la nariz, e incluso había pensado en pintármela, pero el descubrimiento de la prótesis de pega me llevó a la idea de las pelucas, máscaras y similares. Al final me fui a dormir sobre un montón de colchas de plumón, muy calentito y cómodo.

»Mis últimos pensamientos antes de dormir fueron los más agradables desde el cambio. Me encontraba en un estado de serenidad física, y eso se reflejaba en mi mente. Creía que podría escabullirme por la mañana, vestido con mis ropas, oculta la cara tras una bufanda blanca que había robado, y comprar, con el dinero que también me había llevado, gafas y demás para completar mi disfraz. Me sumí en unos turbulentos sueños sobre todas las cosas fantásticas que habían sucedido los últimos días. Vi al feo casero judío vociferando en sus habitaciones; vi a sus dos hijos, maravillados, y la cara arrugada de la vieja cuando preguntó por el gato. Experimenté de nuevo la extraña sensación de ver desaparecer la tela, y así llegué a la ventosa ladera y al anciano clérigo que, sorbiéndose la nariz, mascullaba: “Polvo al polvo, tierra a la tierra”, y a la tumba abierta de mi padre.

»“Tú también”, dijo una voz, y de pronto me empujaban hacia la tumba. Forcejeé, grité y pedí ayuda a los dolientes, pero ellos siguieron con el oficio, inmutables; también el viejo clérigo, que no dejó de hablar con voz monótona y sorberse la nariz en todo el ritual. Me di cuenta de que era invisible y nadie me oía, y que unas fuerzas arrolladoras me habían agarrado. Luché en vano, me tiraron al agujero, y el ataúd sonó a hueco cuando caí encima de él, y llovieron paladas de grava sobre mí. Nadie me asistió, nadie era consciente de mi presencia. Tras unas sacudidas convulsivas, desperté.

»Despuntaba el pálido amanecer londinense, y en el lugar reinaba una helada luz gris que se filtraba por los bordes de las persianas. Me senté y, por un momento, no conseguí recordar dónde estaba aquel amplio piso, con sus mostradores, sus pilas de artículos enrollados, sus montones de colchas y cojines y sus pilares de hierro. Entonces, cuando por fin recuperé la memoria, oí unas voces que conversaban.

»En el otro extremo de la tienda, bajo la luz más intensa de un departamento que ya había alzado las persianas, vi a dos hombres que se acercaban. Me puse en pie a toda prisa, buscando una forma de escapar, pero el rumor de mi movimiento los puso sobre aviso. Supongo que no vieron más que a una figura que se alejaba rápidamente, sin hacer ruido. “¿Quién va?”, gritó uno.

“¡Deténgase!”, añadió el otro. Doblé la esquina con gran presteza y me di de bruces (siendo yo una figura sin cara, no lo olvide) con un desgarrado muchacho de quince años. El joven gritó, y yo lo derribé, lo dejé atrás, doblé otra esquina y, en un momento de acertada inspiración, me lancé detrás de un mostrador. Pocos segundos después, unos pies pasaban corriendo por mi lado y oía voces que gritaban: “¡Todos a las puertas!”. Algunos preguntaban qué sucedía, y se daban órdenes los unos a los otros para atraparme.

»Tirado en el suelo, estaba muerto de miedo. Sin embargo, aunque le resulte extraño, en aquellos momentos no se me ocurrió quitarme la ropa, como debería haber hecho. Supongo que ya había tomado la decisión de salir vestido, y me regía por esa idea. Entonces, bajando por la fila de mostradores, me llegó un berrido: “¡Aquí está!”.

»Me puse en pie de un salto, levanté una silla del mostrador y la lancé al imbécil que había gritado; después me volví, me di contra otro al doblar una esquina, lo empujé y corrí escaleras arriba. El hombre no cayó, avisó con un grito y corrió detrás de mí. Al final de la escalera había una pila enorme de esos tarros de colores... ¿cómo se llaman?

—Vasijas decorativas —sugirió Kemp.

—¡Eso es! Vasijas decorativas. Bueno, pues giré en el último escalón y di la vuelta, saqué una del montón y se la estrellé en la cabeza al muy cretino cuando me alcanzó. Toda la pila de vasijas cayó al suelo, y oí gritos y pisadas por todas partes. Corrí como un loco a la cafetería, y allí había un hombre vestido de blanco como un cocinero, que retomó mi persecución. Doblé una última esquina, desesperado, y me encontré rodeado de lámparas y artículos de hierro. Me metí detrás del mostrador y esperé a mi cocinero; cuando apareció, liderando el grupo de perseguidores, le di con una lámpara. El hombre cayó, y yo me encogí detrás del mostrador y empecé a quitarme la ropa lo más deprisa que pude. El abrigo, la chaqueta, los pantalones y los zapatos salieron sin dificultad, pero las camisetas de lana de cordero se ajustan como una segunda piel. Oí que llegaban más hombres, mi cocinero seguía tirado al otro lado del mostrador, ya fuera inconsciente o mudo de miedo, y yo tenía que correr de nuevo, como un conejo al que obligan a salir huyendo

de una pila de leña.

»“¡Por aquí, policía!”, oí gritar a alguien. Me encontré otra vez en el almacén de camas, y, al final, en un laberinto de armarios. Corrí entre ellos, me tiré al suelo, me libré de la camiseta tras un infinito forcejeo, y me levanté de nuevo, libre, entre jadeos, asustado, justo cuando un policía y tres dependientes doblaban la esquina. Se abalanzaron sobre la camiseta y los pantalones, y agarraron las perneras. “Está soltando su botín —dijo uno de los jóvenes—. Debe de andar por aquí”.

»Pero siguieron sin encontrarme.

»Me quedé un rato observando cómo me buscaban y maldiciendo mi suerte por haber perdido la ropa. Entonces fui a la cafetería, me bebí un poco de leche que encontré allí y me senté junto al fuego para meditar sobre mi situación.

»Poco después entraron dos ayudantes y empezaron a comentar el asunto, muy animados, como los imbéciles que eran. Escuché una historia exagerada de mis desmanes y otras especulaciones sobre mi paradero. A continuación, me puse de nuevo a maquinara. La dificultad de sacar algo de aquel lugar, sobre todo una vez sobre aviso, resultaba insalvable. Bajé al almacén para ver si existía la posibilidad de preparar un paquete y ponerle remite, pero no entendía el sistema de envío. Sobre las once, como la nieve se derretía nada más caer y el día parecía más agradable y menos frío que el anterior, decidí que no tenía nada que hacer en los grandes almacenes y salí de nuevo, exasperado por mi fracaso, pensando solo en vagos planes de acción.

EN DRURY LANE

—Empezaré a comprender las grandes desventajas de mi condición —dijo el hombre invisible—. No tenía cobijo, ni nada con que taparme. Conseguir ropa suponía perder cualquier ventaja, convertirme en una criatura extraña y terrible. Me moría de hambre, ya que comer suponía llenarme de una materia sin asimilar que me habría hecho grotescamente visible de nuevo.

—Nunca se me había ocurrido —comentó Kemp.

—Ni a mí. Y la nieve me había advertido de otros peligros. No podía salir a la calle si nevaba: la nieve se posaría sobre mi cuerpo y me descubriría. La lluvia también me convertía en una silueta acuosa, un hombre de superficie reluciente, una burbuja. Y la niebla..., sería una burbuja aún más tenue en la niebla, una superficie, un brillo grasiento de humanidad. Además, al salir fuera, a las calles de Londres, la suciedad se me acumulaba en los tobillos, y la inmundicia y el polvo que flotaban en el ambiente se me depositaban en la piel. No sabía cuánto tardaría en recuperar la visibilidad por culpa de aquel detalle. Sin embargo, veía con claridad que no tardaría mucho.

—No, al menos en Londres.

—Me dirigí a los barrios marginales cercanos a Great Portland Street y me encontré al final de la calle donde vivía antes. No me metí en ella porque había una multitud enfrente de las ruinas humeantes de la casa a la que había prendido fuego. Mi problema más acuciante era la vestimenta, y no dejaba de darle vueltas al asunto de mi rostro. Entonces, en una de esas tiendas en las que se

vende de todo (prensa, dulces, juguetes, artículos de papelería, tonterías de las pasadas Navidades, etcétera), me fijé en una colección de máscaras y narices. Me di cuenta de que aquello resolvía mi problema. Entendí rápidamente lo que debía hacer. Me volví, ya con un rumbo en mente, y, dando un rodeo para evitar los caminos más transitados, me dirigí a las calles de atrás, al norte del Strand; aunque desconocía el punto exacto, había recordado que algunos sastres de teatro tenían tiendas en aquel distrito.

»El día era frío, con un viento cortante por las calles que daban al norte. Caminaba deprisa para que no me sorprendieran. Cada cruce suponía un peligro; cada peatón era un riesgo que debía vigilar de cerca. Justo cuando estaba a punto de pasar al lado de un hombre, en la zona alta de Bedford Street, este dio media vuelta sin previo aviso y chocó conmigo, me tiró al suelo y casi acabé bajo la rueda de un cabriolé que circulaba por allí. El cochero dictaminó que el hombre debía de haber sufrido algún tipo de ataque. El encontronazo me puso tan nervioso que entré en el mercado de Covent Garden y me senté un momento en un rincón tranquilo, junto a un puesto de violetas, entre jadeos y temblores. Me di cuenta de que me había resfriado otra vez, y, al cabo de unos minutos, tuve que marcharme para no llamar la atención con mis estornudos.

»Al fin llegué a mi destino, una sucia tiendecita destartada en un callejón cercano a Drury Lane, donde había un escaparate repleto de túnicas con oropel, joyas de pega, pelucas, zapatillas, capas cortas con máscaras a juego y fotografías de teatro. La tienda era anticuada, mala y oscura, y encima había una casa de cuatro plantas, también oscuras y deprimentes. Me asomé al escaparate y, viendo que no había nadie dentro, entré. Al abrir la puerta sonó una campanilla. La dejé abierta, rodeé un maniquí desnudo y me metí por una esquina, detrás de un espejo basculante. Pasó un minuto y no apareció nadie. Entonces oí unas lentas pisadas que recorrían el cuarto, y un hombre apareció en la tienda.

»Mis planes estaban perfectamente definidos. Me proponía entrar en la casa, subir con sigilo a la planta de arriba, esperar el momento oportuno y, cuando todo estuviera en calma, buscar una peluca, una máscara, gafas y un disfraz, y salir al mundo convertido

en una figura tal vez grotesca, aunque creíble. De camino podía robar el dinero que hubiese en la casa, por supuesto.

»El hombre que había entrado en la tienda era bajo, algo jorobado y hosco, tenía unos brazos largos y era patizambo. Al parecer había interrumpido su comida. Se quedó mirando la tienda con cara de expectación. Esta se convirtió en sorpresa y después en enfado cuando comprobó que estaba vacía. «¡Malditos críos!», exclamó. Salió para mirar calle arriba y calle abajo. Al cabo de un minuto entró de nuevo, dio una patada a la puerta y se encaminó a la puerta de la casa, mascullando entre dientes.

»Salí de mi escondite para seguirlo, y el ruido de mi movimiento lo hizo parar en seco. Yo hice lo mismo, sorprendido por lo fino de su oído. Me cerró la puerta de su casa en las narices.

»Me quedé donde estaba, vacilante. De repente oí que sus rápidos pasos volvían, y la puerta se abrió de nuevo. Examinó la tienda como si no estuviera del todo satisfecho. Entonces, murmurando para sí, miró tras el mostrador y se asomó por detrás de algunos muebles, después de lo cual se detuvo, dubitativo. Se había dejado la puerta de la casa abierta, así que me metí en la habitación de dentro.

»Era un cuartito extraño, poco amueblado y con unas cuantas máscaras de gran tamaño en la esquina. En la mesa estaba su tardío desayuno, y me resultó desesperante en grado sumo, Kemp, tener que oler su café y quedarme mirando cómo entraba y seguía comiendo. Encima, sus modales en la mesa eran irritantes. Tres puertas daban al cuartito, una para subir y otra para bajar, pero estaban todas cerradas. No había forma de salir de la habitación mientras él estuviera allí, apenas podía moverme por culpa de su vigilancia, y notaba una corriente en la espalda. Dos veces logré reprimir un estornudo justo a tiempo.

»La espectacularidad de mis sensaciones me resultaba curiosa y nueva, pero precisamente por eso estaba muy cansado y enfadado, antes incluso de que el hombre terminara de comer. Sin embargo, al fin acabó, y, tras poner su miserable vajilla en la bandeja de hojalata negra en la que tenía la tetera y recoger todas las migas del mantel manchado de mostaza, lo retiró todo. Su carga no le permitía cerrar la puerta al salir (como era su costumbre; jamás

había visto a un hombre tan aficionado a cerrar puertas), así que lo seguí hasta una cocina y un fregadero muy sucios que quedaban bajo el nivel del suelo. Tuve el placer de verlo ponerse a lavar los platos, y después, al no encontrar ninguna buena razón para quedarme allí abajo, y como el suelo de ladrillo estaba muy frío, regresé arriba y me senté en su sillón junto al fuego. Ardía poco y, sin pensar, eché un poco de carbón a la chimenea. El ruido hizo que subiera de inmediato y examinara el cuarto con una mirada feroz. Lo registró de arriba abajo y estuvo a punto de tocarme. Ni siquiera después del registro parecía satisfecho. Se detuvo en el umbral y echó un último vistazo antes de bajar.

»Esperé en el saloncito una eternidad y, al fin, subió y abrió la puerta que daba a la planta de arriba. Conseguí pasar tras él.

»En las escaleras se detuvo de sopetón, tanto que casi me doy de bruces contra su espalda. Se quedó mirándome directamente a la cara y escuchando. “Habría jurado...”, comentó mientras se tiraba del labio inferior con su larga mano peluda. Recorrió con la mirada las escaleras, gruñó y siguió subiendo.

»Cuando ya tenía la mano en el tirador de una puerta, se detuvo otra vez con la misma expresión de enfado y pismo. Percibía los débiles sonidos de mis movimientos. El hombre debía de tener un oído que, de tan fino, resultaba diabólico. De repente le dio una ataque de rabia. “¡Si hay alguien en esta casa...!”, gritó, y dijo una palabrota, aunque dejó la amenaza sin terminar. Se llevó la mano al bolsillo, no encontró lo que buscaba y, tras pasar a toda prisa por mi lado, bajó torpemente las escaleras haciendo ruido, en actitud beligerante. No lo seguí, sino que me senté en el escalón de arriba hasta que regresó.

»Llegó todavía mascullando, abrió la puerta de su dormitorio y, antes de que pudiera entrar detrás de él, me dio un portazo en las narices.

»Decidí explorar la casa, y a eso me dediqué durante un rato, procurando hacer el menor ruido posible. La vivienda era muy antigua y ruinoso, tan húmeda que se le pelaba el papel de las paredes, y estaba infestada de ratas. Algunos de los pomos de las puertas iban muy duros y me daba miedo girarlos. Algunas de las habitaciones que registré no tenían muebles, mientras que otras

estaban repletas de trastos para teatro, comprados de segunda mano, a juzgar por su aspecto. En una habitación cercana a la suya encontré un buen montón de ropa vieja. Empecé a rebuscar entre ella, y estaba tan entusiasmado que olvidé de nuevo su agudo oído. Me llegó una pisada firme y al levantar la vista, justo a tiempo, lo descubrí asomado al montón revuelto, armado con un anticuado revólver. Me quedé inmóvil como una estatua mientras él contemplaba la escena boquiabierto y suspicaz. “Tiene que haber sido ella —dijo, despacio—. ¡Maldita sea!”.

»A continuación cerró la puerta sin hacer ruido y, al instante, oí que giraba la llave en la cerradura. Después sus pisadas se alejaron. De pronto me di cuenta de que estaba encerrado. Al principio no sabía qué hacer. Me acerqué a la ventana y regresé, perplejo. Después la rabia se apoderó de mí, pero decidí examinar la ropa antes de hacer nada, y al primer intento tiré una pila del estante de arriba. Aquello hizo regresar al dueño, más siniestro que nunca. Esta vez llegó a tocarme y retrocedió de un salto, para después quedarse pasmado en medio del cuarto.

»Al rato se calmó un poco. “Ratas”, se dijo en voz baja, con los dedos en el labio. Evidentemente, estaba un poco asustado. Salí con sigilo del cuarto, pero una tabla crujió y aquel bruto infernal empezó a recorrer toda la casa, revólver en mano, cerrando con llave puerta tras puerta y guardándose las llaves en el bolsillo. Cuando me percaté de lo que pretendía monté en cólera, apenas logré contenerme lo suficiente para esperar una oportunidad. Para entonces sabía que el hombre estaba solo en la casa, así que, sin más dilación, lo derribé de un golpe en la cabeza.

—¡Lo golpeó en la cabeza! —exclamó Kemp.

—Sí, lo dejé inconsciente cuando bajaba las escaleras. Le di por detrás con un taburete que había en el rellano, y el hombre cayó por las escaleras como un saco de botas viejas.

—¡Pero...! ¡No me diga! Las convenciones sociales básicas...

—Están muy bien para la gente básica, Kemp, pero yo tenía que salir de aquella casa disfrazado y sin que él me viera. No se me ocurrió ninguna otra forma de hacerlo. Después lo amordacé con un chaleco estilo Luis XIV y lo até en una sábana.

—¡Lo ató en una sábana!

—Bueno, fabriqué una especie de saco con ella. Era una buena idea para mantener al idiota asustado y en silencio; le iba a costar Dios y ayuda salir de allí, librarse de la cuerda. Mi querido Kemp, no sirve de nada que se quede ahí sentado, mirándome con esa cara, como si yo fuese un asesino. Debía hacerlo. Él tenía un revólver. De haberme visto, habría sido capaz de describirme...

—Aun así —repuso Kemp—, en la Inglaterra de hoy en día... Y el hombre estaba en su propia casa, y usted..., bueno, estaba robando.

—¡Robando! ¡Demonios! ¡Y ahora dirá que soy un ladrón! No será usted tan tonto de venirme con esas. ¿Es que no entiende la situación en que me encontraba?

—Y también la del tendero —contestó Kemp.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el hombre invisible, levantándose abruptamente.

La expresión de Kemp se endureció un poco. Estaba a punto de hablar, aunque se contuvo y dijo:

—Al fin y al cabo —empezó con un repentino cambio de actitud —, supongo que había que hacerlo. Estaba en un apuro. Sin embargo...

—Claro que estaba en un apuro, un apuro infernal. Y, además, él me había enloquecido persiguiéndome por la casa, manoseando su revólver, cerrando y abriendo puertas. Era exasperante. No me culpa, ¿verdad? ¿No?

—Nunca culpo a nadie —respondió Kemp—. Está bastante pasado de moda. ¿Qué hizo después?

—Tenía hambre. Abajo encontré pan y queso rancio, más que de sobra para satisfacer mis necesidades. Me tomé un poco de brandy con agua, y después pasé por delante de mi improvisada bolsa (el hombre seguía muy quieto) y regresé al cuarto de la ropa vieja. La habitación daba a la calle, y dos cortinas de encaje, marrones de tanta mugre, protegían la ventana. Me asomé por las rendijas. En la calle hacía un día resplandeciente, en acusado contraste con las sombras oscuras de la lúgubre casa donde estaba, un día deslumbrante. Por allí pasaba un intenso tráfico: carros con fruta, un cabriolé, un carruaje de cuatro ruedas con una pila de cajas, el carro de un pescadero... Al volverme, unos puntos de colores me

bailaban ante los ojos, por encima de los oscuros muebles que tenía detrás. De nuevo, mi emoción dio paso a un claro temor por mi situación. La habitación olía vagamente a bencina, usada, suponía, para limpiar la ropa.

»Inicié un registro sistemático de la casa. A juzgar por lo que veía, el jorobado llevaba viviendo solo algún tiempo. Era una persona peculiar. En la habitación de la ropa reuní todo lo que consideré que podía reportarme algún beneficio, y después realicé una cuidadosa selección. Encontré un bolso que me pareció útil, polvos, colorete y esparadrapo.

»Había pensando en pintarme y empolvarme la cara y toda la piel que quedara al descubierto para hacerme visible, eso tenía el inconveniente de que necesitaría aguarrás y otros utensilios, además de que tardaría un buen rato en volver a desvanecerme. Al final elegí la máscara más adecuada, algo grotesca, aunque no más que muchos seres humanos, gafas oscuras, patillas canosas y una peluca. No encontré ropa interior, aunque aquello podía comprarlo más tarde, así que, por el momento, me envolví en una capa de percal con máscara a juego y en algunas bufandas de cachemira blancas. No encontré calcetines, pero al jorobado las botas le quedaban holgadas y a mí me bastaban. En un escritorio de la tienda había tres soberanos y plata por valor de unos treinta chelines, y en un armario cerrado con llave que reventé en la habitación principal había ocho libras en oro. Ya podía volver al mundo, bien equipado.

»Entonces me surgió una curiosa duda: ¿de verdad era creíble mi aspecto? Lo comprobé con el espejito de un dormitorio, examinándome desde todos los ángulos, por si descubriría algún fallo oculto, pero todo parecía aceptable. Era grotesco hasta el punto de resultar histriónico, el avaro de una obra de teatro, pero, sin duda, no parecía físicamente imposible. Más seguro, me llevé el espejo a la tienda, bajé las persianas y me examiné de nuevo por completo con la ayuda del espejo de pie de la esquina.

»Me pasé unos minutos reuniendo valor y, a continuación, abrí la puerta de la tienda y salí a la calle, dejando al hombrecillo donde estaba, para que se soltase cuando quisiera. Al cabo de cinco minutos había puesto una docena de esquinas entre la tienda de disfraces y yo. Nadie parecía fijarse en mí con demasiado descaro.

Mi último obstáculo parecía superado.

Se detuvo un instante.

—¿Y no volvió a pensar en el jorobado? —preguntó Kemp.

—No, ni tampoco sé qué ha sido de él. Supongo que se desató o salió del saco a patadas. Los nudos estaban bastante apretados.

Guardó silencio y se acercó a la ventana para asomarse por ella.

—¿Qué pasó cuando salió al Strand?

—¡Ah! Otra desilusión. Creía que mis problemas habían terminado. Estaba casi seguro de que gozaría de impunidad para hacer lo que deseara, cualquier cosa, salvo revelar mi secreto. Eso pensaba. Que, hiciera lo que hiciera, las consecuencias, fueran cuales fueran, no tendrían ninguna importancia para mí. Solo tenía que desprenderme de mi ropa y desaparecer. Nadie me retendría. Sacaría dinero de donde lo encontrara. Decidí regalarme un suntuoso banquete y después alojarme en un buen hotel, y conseguir una nueva muda de ropa. Me sentía seguro a más no poder, y no me resulta especialmente agradable recordar lo idiota que fui. Entré en un lugar y, cuando ya estaba encargando mi comida, se me ocurrió que no podría comer sin dejar a la vista mi rostro invisible. Terminé de pedir, indiqué al hombre que regresaría en diez minutos y salí de allí, exasperado. No sé si alguna vez ha visto su apetito insatisfecho.

—No hasta ese punto, aunque me lo puedo imaginar —respondió Kemp.

—Con gusto habría aplastado a aquellos cretinos. Al final, acuciado por el deseo de tomar algo rico, entré en otro local y pedí un comedor privado. «Estoy desfigurado —expliqué—. Sobremanera». Me miraron con curiosidad, pero, por supuesto, no era asunto suyo, así que, por fin, conseguí comer. El servicio no fue nada del otro mundo, pero bastaba; cuando terminé, me senté a fumar un puro mientras preparaba mi plan de acción. En el exterior daba comienzo una tormenta de nieve.

»Cuanto más meditaba sobre el tema, Kemp, más consciente era de lo absurdo e inútil que era un hombre invisible... en un clima frío y sucio, y en una ciudad abarrotada y civilizada. Antes de poner en práctica este loco experimento imaginaba que tendría enormes ventajas. Aquella tarde me sentía decepcionado. Repasé todas las

cosas que se consideran deseables. Sin duda, la invisibilidad me ofrecía la posibilidad de lograrlas, aunque después me impedía disfrutar de ellas. La ambición... ¿De qué sirve el orgullo de poseer una propiedad si después no puedes aparecer en ella? ¿De qué sirve el amor de una mujer cuando su nombre debe ser Dalila? No me atrae la política, ni el ridículo de la fama, ni la filantropía, ni los deportes. ¿Qué iba a hacer entonces? Y ¿para eso me había convertido en un misterio encapuchado, en una caricatura vendada y tapada de pies a cabeza?

Hizo una pausa, y su actitud indicaba que estaba echando un vistazo indolente por la ventana.

—¿Cómo llegó a Iping? —preguntó Kemp, ansioso por mantener a su huésped ocupado.

—Fui allí a trabajar. Me quedaba una sola esperanza, ¡aunque no era más que una idea imprecisa! Y todavía la tengo, aunque ahora ya está desarrollada: ¡una forma de regresar! De deshacer lo hecho cuando yo decida, cuando haya alcanzado todos mis objetivos con la invisibilidad. Y, sobre todo, de eso quería hablar con usted ahora.

—¿Fue directo a Iping?

—Sí, solo tenía que llevar mis tres libros de notas, mi chequera, mi equipaje y mi ropa interior, encargar unos cuantos productos químicos, necesarios para mi proyecto (le enseñaré los cálculos en cuanto recupere mis libros), y empezar a trabajar. ¡Dios santo! Ahora recuerdo la tormenta de nieve y la infinita molestia que me suponía evitar que la nieve me mojara la nariz de cartón.

—Al final —comentó Kemp—, anteayer, cuando lo descubrieron, por lo que dicen los periódicos, usted...

—Así fue, sin duda. ¿Maté al imbécil del policía?

—No, esperan que se recupere.

—Pues ha tenido suerte. ¡Perdí los nervios con aquellos cretinos! ¿Por qué no me dejaban en paz? ¿Y el patán del tendero?

—No se espera ningún fallecimiento.

—Pues no sé qué decirle en cuanto a ese vagabundo mío —repuso el hombre invisible con una desagradable carcajada—. Por Dios, Kemp, ¡ni se imagina lo que es la ira! Trabajar durante años, planear y planificar, ¡para que un cretino retardado se interponga

en tu camino! Es como si me hubiesen enviado a las criaturas más estúpidas de la creación. Como esto dure más, me volveré loco, los aplastaré. Han hecho que todo sea mil veces más complicado.

—Sin duda, debe de ser exasperante —respondió Kemp con ironía.

24

EL PLAN FALLIDO

—Pero —siguió diciendo Kemp, tras mirar de reojo por la ventana— ¿qué vamos a hacer ahora?

Mientras hablaba se acercó más a su huésped para intentar evitar que viera a los tres hombres que subían por la colina, con una lentitud que a Kemp le pareció angustiosa.

—¿Qué tenía en mente cuando se dirigía a Port Burdock? ¿Tenía algún plan?

—Pensaba salir del país —respondió el hombre invisible—. Sin embargo, he cambiado de planes al verlo a usted. Creía que sería buena idea viajar al sur, donde hace buen tiempo y la invisibilidad resulta posible, sobre todo porque mi secreto ha salido a la luz y todo el mundo estaría buscando a un hombre enmascarado y bien tapado. Hay unos barcos de vapor que cubren la ruta hacia Francia. Tenía la intención de embarcarme en uno y correr el riesgo que representa el viaje. Una vez allí podría ir en tren hasta España o incluso llegar a Argelia. No me costaría mucho. En estos lugares se puede ser invisible y seguir vivo. Y hacer cosas. Estaba usando a ese vagabundo de hucha y portaequipajes, hasta que averiguase cómo podía enviar mis libros y mis cosas para que me esperasen a mi llegada.

—Eso está claro.

—Entonces ¡ese bruto asqueroso decide robarme! Ha escondido mis libros, Kemp, ¡mis libros! ¡Como le ponga las manos encima...!

—Será mejor pensar en cómo conseguir primero los libros.

—Pero ¿dónde está? ¿Lo sabe usted?

—Está en la comisaría del pueblo, encerrado a petición propia en la celda más segura del lugar.

—¡Ese bellaco! —exclamó el hombre invisible.

—Eso le dificulta un poco los planes.

—Debemos recuperar esos libros; son vitales.

—Por supuesto —afirmó Kemp, algo nervioso; le había parecido oír pisadas fuera—. Por supuesto que debemos recuperarlos, pero eso no resultará complicado si el vagabundo no sabe que son para usted.

—No —coincidió el hombre invisible, y se paró a meditarlo.

Kemp intentó pensar en algo que decir para alargar la conversación, pero el hombre invisible siguió hablando *motu proprio*.

—Haber entrado en su casa, Kemp, altera todos mis planes, ya que usted es un hombre capaz de entenderme. A pesar de lo sucedido, a pesar de esta publicidad, de la pérdida de los libros, de lo que he sufrido, todavía nos esperan grandes posibilidades, enormes posibilidades... No le habrá dicho a nadie que estoy aquí —exclamó de repente.

—Eso se daba por entendido —respondió Kemp tras dudar un poco.

—¿A nadie? —insistió Griffin.

—Ni a un alma.

—¡Ah! Bien... —dijo el hombre invisible levantándose. Puso los brazos en jarras y empezó a dar vueltas por el despacho—. Cometí un error, Kemp, un gran error, al querer llevar a cabo esto yo solo. He perdido fuerzas, tiempo y oportunidades. Uno solo... ¡Es asombroso lo poco que puede hacer un hombre solo! Robar un poco, herir un poco y ya está.

»Lo que quiero, Kemp, es alguien que me pare los golpes, un ayudante, y un escondite; arreglar las cosas de modo que pueda dormir, comer y descansar en paz y sin levantar sospechas. Necesito un cómplice. Con un cómplice y con comida y descanso se pueden hacer mil cosas.

»Hasta ahora he sido muy poco preciso. Debemos reflexionar sobre las ventajas y desventajas de la invisibilidad y lo que no significa. Es poco práctica para el espionaje y todo eso, pues se hace

ruido. Sirve de poco (bueno, quizá sirva de algo) para el allanamiento de morada y similares. Si me atraparan, no resultaría difícil encarcelarme. Sin embargo, por otro lado, cuesta atraparme. Esta invisibilidad, de hecho, solo es buena en dos casos: resulta útil para huir y para acercarse. Por lo tanto, es especialmente útil para asesinar. Puedo acercarme en silencio a un hombre, tenga el arma que tenga, elegir un punto y golpear como me plazca. Escabullirme como me plazca. Y escapar como me plazca.

Kemp se llevó la mano al bigote, ¿se oía algo abajo?

—Y asesinar es lo que debemos hacer, Kemp.

—Asesinar es lo que debemos hacer —repitió Kemp—. Estoy escuchando su plan, Griffin, pero todavía no estoy de acuerdo, se lo advierto. ¿Por qué asesinar?

—No me refiero a asesinatos gratuitos, sino a un acto metódico. El hecho es que ahora saben que hay un hombre invisible tan bien como nosotros. Y ese hombre invisible, Kemp, debe dar inicio al Terror. Sí, ya sé que resulta sorprendente, pero lo digo en serio. El Terror. Debe apoderarse de un pueblo como este Burdock suyo y aterrorarlo para dominarlo. Debe dar órdenes, y hacerlo de mil maneras distintas: bastaría con trozos de papel deslizados bajo las puertas. Y los que desobedecieran, morirían, igual que todos los que defendieran a los desobedientes.

—¡Mmm! —respondió Kemp, que ya no escuchaba a Griffin, sino que prestaba atención al ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse—. Me parece, Griffin —añadió para ocultar su despiste—, que su cómplice se vería en una situación complicada.

—Nadie sabría de su existencia —le aseguró de inmediato el hombre invisible—. ¡Chisss! —dijo de repente—. ¿Qué ha sido ese ruido abajo?

—Nada —respondió Kemp, que se puso a hablar muy alto y deprisa—. No estoy de acuerdo con esto, Griffin. Compréndame, no estoy de acuerdo con esto. ¿Por qué sueña con jugar contra la raza humana? ¿Cómo va a lograr la felicidad? No sea un lobo solitario, publique sus resultados, informe al mundo (o, al menos, a la nación) de sus descubrimientos. Piense en lo que podría hacer con un millón de ayudantes...

—Oigo pisadas que suben —lo interrumpió en voz baja el

hombre invisible.

—Tonterías.

—Déjeme ver —repuso Griffin, avanzando hacia la puerta con el brazo extendido.

Kemp vaciló un segundo, pero acto seguido se movió para interceptarlo. El hombre invisible dio un respingo y se quedó inmóvil.

—¡Traidor! —exclamó la voz.

El batín se abrió de golpe y, tras sentarse, el hombre invisible empezó a desvestirse. Kemp se acercó en tres raudos pasos a la puerta y, un segundo después, el hombre invisible (cuyas piernas ya habían desaparecido) se puso en pie de un salto, gritando. Kemp abrió la puerta de par en par.

Al abrirla se oyeron unos pies que corrían y unas voces abajo.

Con un movimiento rápido, Kemp empujó al hombre invisible y cerró de un portazo. La llave estaba fuera y preparada. De haber salido todo bien, Griffin habría quedado confinado en el despacho, prisionero. Excepto por un detalle: aquella mañana había metido la llave de manera apresurada, así que, al cerrar la puerta de golpe, la llave cayó con estrépito en la moqueta.

Kemp se quedó blanco. Intentó agarrar el pomo con ambas manos y, por un momento, tiró de él. Después la puerta cedió quince centímetros, pero consiguió cerrarla de nuevo. Con el segundo tirón se abrió treinta centímetros y el batín se metió en la abertura. Kemp notó que unos dedos invisibles le sujetaban la garganta y soltó el pomo para defenderse. El hombre invisible lo obligó a retroceder, tropezó y se dio con fuerza contra la esquina del rellano. El batín vacío le cayó encima.

A medio camino de las escaleras estaba el coronel Adye, el destinatario de la carta de Kemp, jefe de la policía de Burdock. Miraba aterrado la repentina aparición de Kemp, seguido de la extraordinaria visión de una prenda de ropa que se agitaba sola en el aire. Vio a Kemp caer y luchar por ponerse en pie. Después vio cómo retrocedía, se lanzaba hacia delante y caía de nuevo, como derribado por un rayo.

Entonces, de repente, recibió un violento golpe... ¡salido de la nada! Un peso enorme, al parecer, le saltó encima y lo lanzó de

cabeza escaleras abajo, agarrándolo del cuello y con un rodillazo en la ingle. Un pie invisible le pisó la espalda, y unos pasos fantasmales bajaron corriendo las escaleras. Oyó que los dos agentes de policía que esperaban en la entrada gritaban y salían corriendo, y que la puerta de la casa se cerraba de golpe.

El hombre se dio la vuelta y se sentó, mirándolo todo con los ojos muy abiertos. Vio que Kemp bajaba las escaleras tambaleándose, lleno de polvo y desaliñado, con un lado de la cara blanco a causa de un golpe, el labio ensangrentado, un batín rosa en la mano y una prenda de ropa interior en los brazos.

—¡Dios mío! —gritó Kemp—. ¡El juego ha comenzado! ¡Ha escapado!

LA CAZA DEL HOMBRE INVISIBLE

Durante un rato Kemp no logró expresarse con la claridad suficiente para que Adye comprendiera los acontecimientos, que se habían desarrollado muy deprisa. Los dos hombres se encontraban en el rellano, Kemp hablando atropelladamente, con los grotescos envoltorios de Griffin todavía en el brazo. No obstante, Adye empezó a entender un poco la situación.

—Está loco —dijo Kemp—. Es inhumano, puro egoísmo. No piensa más que en su beneficio, en su seguridad. ¡Esta mañana he escuchado toda una historia de brutal egocentrismo! Ha herido a varias personas, y matará a otras tantas si no lo evitamos. El lugar será presa del pánico, nada lo detendrá. Ahora mismo está escapando, ¡y está furioso!

—Debemos capturarlo —respondió Adye—. Eso está claro.

—Pero ¿cómo? —gritó Kemp, y de pronto se le ocurrieron mil ideas—. Debe comenzar de inmediato, debe poner a trabajar a todos los hombres que tenga. Hay que impedir que abandone el distrito. Una vez que salga de él, podría recorrer la zona a su antojo, matando y lisiando. ¡Sueña con un reinado del terror! El Terror mismo, como le cuento. Debe poner vigilancia en trenes, carreteras y barcos. Que ayude la guarnición. Debe enviar un telegrama pidiendo ayuda. Lo único que podría retenerlo aquí es la idea de recuperar unos libros de notas que considera valiosos. ¡Se lo contaré! Hay un hombre en su comisaría, Marvel...

—Lo sé, lo sé. Esos libros..., sí.

—Y debe evitar que coma y duerma; todo el mundo debe estar

alerta por si apareciera, día y noche. Hay que guardar la comida bajo llave, toda la comida, de modo que tenga que recurrir a la fuerza para conseguirla. Que todas las entradas de las casas de la zona se atranquen para protegerse de él. ¡Que Dios nos envíe noches frías y lluvia! Todo el mundo debe buscarlo, sin tregua. Le digo, Adye, que es un peligro, un desastre; a no ser que lo atrapemos y encerremos, da miedo pensar en lo que podría suceder.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Adye—. Bajaré de inmediato para empezar a organizarlo todo. Pero ¿por qué no viene? Sí, ¡venga usted también! Vamos, debemos celebrar una especie de asamblea de emergencia, que nos ayude Hopps, y también los gerentes del ferrocarril. ¡Por Dios! Es urgente. Venga, cuéntemelo por el camino. ¿Qué más podemos hacer? Anótelos todo.

Al minuto siguiente Adye encabezaba la marcha escaleras abajo. Encontraron la puerta principal abierta y a los policías de pie en la calle, contemplando el aire.

—Ha huido, señor —dijo uno.

—Debemos ir a la comisaría de inmediato —repuso Adye—. Que uno de ustedes baje y busque un coche que venga a recogernos lo antes posible. Y ahora, Kemp, ¿qué más?

—Perros —respondió Kemp—. Consigan perros. No lo ven, pero lo huelen. Consiga perros.

—Bien —dijo Adye—. No es de dominio público, pero los agentes de la prisión de Halstead conocen a un hombre que tiene sabuesos. Perros, ¿qué más?

—Recuerde que la comida se le ve. Después de comer, lo que ha comido es visible hasta que lo asimila, así que debe esconderse después de alimentarse. Hay que rastrear sin parar cada matorral y cada esquina solitaria. Y esconda todas las armas y todos los utensilios que puedan usarse como armas. No puede llevarlas encima mucho tiempo. Y hay que esconder todo lo que pueda robar para golpear a alguien.

—Muy bien —respondió Adye—. ¡Lo atraparemos!

—Y en las carreteras —añadió Kemp, aunque vaciló.

—¿Sí?

—Cristal machacado —contestó Kemp—. Es cruel, lo sé, pero ¡piense en lo que podría hacer!

Adye tomó aire entre dientes.

—Es antideportivo, no lo sé. Pero pediré que lo tengan preparado. Si se pasa de la raya...

—Ese hombre se ha vuelto inhumano, se lo aseguro —repuso Kemp—. Estoy convencido de que establecerá un reinado del terror en cuanto supere las emociones de la huida. Adelantarnos a él es nuestra única oportunidad. Se ha aislado de los de su especie. Su sangre caerá sobre su cabeza.

EL ASESINATO DE WICKSTEED

Al parecer, el hombre invisible salió corriendo de la casa de Kemp cegado por la furia. A un niño que jugaba cerca de la cancela del doctor lo alzó por los aires y lo tiró a un lado, rompiéndole el tobillo, y a partir de ese momento y durante algunas horas, ningún ser humano supo del hombre invisible. Nadie sabe adónde fue ni qué hizo. Sin embargo, nos lo podemos imaginar corriendo colina arriba aquella calurosa tarde de junio hasta llegar a la llanura que se abría detrás de Port Burdock, bramando, desesperado por su suerte tan adversa, y protegiéndose, al fin, acalorado y cansado, entre los matorrales de Hintondean para recomponer sus malogrados planes contra la especie humana. Ese parece el refugio más probable, ya que allí, sobre las dos de la tarde, fue donde se reafirmó en sus intenciones de la manera más trágica.

Cabe preguntarse por su estado mental durante ese tiempo y sobre los planes que tramó. Sin duda, estaría exasperado en grado sumo por la traición de Kemp y, aunque podamos comprender los motivos que condujeron a este al engaño, sería hasta cierto punto normal que imagináramos la furia que le provocó el intento de captura, e incluso que lo compadeciéramos un poco. Quizá reviviera parte de la sorpresa y la conmoción de sus experiencias pasadas en Oxford Street, ya que, evidentemente, confiaba en que Kemp cooperaría en su brutal sueño de aterrorizar al mundo. En cualquier caso, desapareció por completo a eso del mediodía, y no hay testigo alguno capaz de contarnos lo que hizo hasta aproximadamente las dos y media. Y puede que sea una suerte para la humanidad,

aunque, para él, la inacción resultó fatal.

Durante ese tiempo una creciente multitud de hombres se desperdigó por la zona y se puso manos a la obra. Por la mañana no era más que una leyenda, un terror; por la tarde, en gran medida gracias al parco bando de Kemp, se presentaba como un antagonista tangible, alguien a quien herir, capturar o vencer, y la población se organizó con una rapidez inconcebible. Hasta las dos incluso él podría haber salido del distrito subiéndose a un tren, pero a partir de esa hora se hizo imposible. Todos los trenes de pasajeros que pasaban por el gran paralelogramo formado por Southampton, Winchester, Brighton y Horsham viajaban con las puertas cerradas a cal y canto, y el tráfico de mercancías se suspendió casi por completo. Además, en treinta kilómetros a la redonda de Port Burdock, varios hombres armados con pistolas y porras empezaron a recorrer las carreteras y los campos en grupos de tres o cuatro personas, acompañados de perros.

La policía montada recorría los caminos y se detenía en todas las viviendas para pedir a los habitantes que se encerraran en sus casas y se quedaran dentro, a no ser que fueran armados; todas las escuelas primarias se cerraron a las tres, y los niños, asustados y en grupo, corrieron de vuelta a casa. El bando de Kemp (firmado, de hecho, por Adye) ya estaba colgado en la mayor parte del distrito llegadas las cuatro de la tarde. Contaba de forma breve pero clara todos los detalles de la búsqueda, la necesidad de evitar que el hombre invisible comiera y durmiera, y la necesidad de estar en constante guardia y de prestar atención a cualquier indicio de su presencia. Y tan rápida y decidida fue la acción de las autoridades, tan veloz y universal fue la creencia en aquel extraño ser que, antes de que cayera la noche, un área de varios cientos de kilómetros cuadrados se encontraba en riguroso estado de sitio. Y, también antes de anochecer, un escalofrío de terror recorrió aquel lugar preso del nerviosismo. Entre susurros, a lo largo y ancho de la región, corrió como la pólvora la historia del asesinato del señor Wicksteed.

De ser correcta nuestra suposición de que el hombre invisible se había refugiado entre los matorrales de Hintondean, debemos también suponer que, a primera hora de la tarde, realizó una

incursión al exterior, impulsado por algún proyecto relacionado con el uso de un arma. No podemos saber de qué proyecto se trataba, aunque existen pruebas, para mí incontestables, de que tenía la barra de hierro en la mano antes de encontrarse con Wicksteed.

Desconocemos los pormenores del encuentro. Tuvo lugar en el borde de una gravera, a menos de doscientos metros de la caseta del guarda de lord Burdock. Todo apunta a una lucha desesperada: el suelo pisoteado, las numerosas heridas sufridas por el señor Wicksteed, su bastón astillado, etcétera. Sin embargo, sigue siendo un misterio la razón del ataque, salvo que se tratara de un impulso asesino. De hecho, resulta casi imposible descartar la teoría de la locura. El señor Wicksteed era un hombre de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, mayordomo de lord Burdock, de apariencia y hábitos inofensivos, la última persona en el mundo que provocaría a un adversario tan terrible. Da la impresión de que el hombre invisible usó contra él una barra de hierro arrastrada desde un tramo roto de la valla. Detuvo al pacífico mayordomo, que volvía tranquilamente a casa a la hora de comer, lo atacó y, tras acabar con su débil resistencia, le rompió el brazo, lo derribó y le machacó la cabeza.

Tuvo que haber sacado aquella barra de la valla antes de encontrarse con su víctima; tuvo que haberla llevado en la mano, preparada. Solo hay otros dos detalles, además de los ya mencionados, que pueden aclarar un poco el asunto. La primera es la circunstancia de que la gravera no está en el camino de vuelta a casa del señor Wicksteed, sino que le suponía desviarse casi doscientos metros del mismo. La otra es que una niña afirma que, mientras iba a sus clases de la tarde, vio a la víctima «trotando» de una manera peculiar por un campo, hacia la gravera. La representación que hizo la niña sugiere que se trataba de un hombre que perseguía algo por el suelo y que intentaba golpearlo de vez en cuando con el bastón. La niña fue la última en verlo con vida. Después la testigo lo perdió de vista, ya que la lucha que lo condujo a la muerte quedaba oculta tras un bosquecillo de hayas y una ligera depresión del terreno.

Por lo tanto, todo esto, al menos a ojos del que suscribe, aleja el crimen de lo que podría considerarse un mero acto al azar. Nos

podemos imaginar que, en efecto, Griffin se llevó la barra para usarla como arma, aunque sin ninguna intención deliberada de matar a alguien con ella. Wicksteed habría pasado por allí y habría visto aquella barra que, inexplicablemente, se movía sola por el aire. Sin pensar en el hombre invisible (ya que Port Burdock está a más de quince kilómetros), quizá la persiguiera. Es bastante posible que ni siquiera hubiese oído hablar del hombre invisible. Por lo tanto, cabe suponer que el susodicho se alejara en silencio para evitar que descubrieran su presencia en el vecindario, y que Wicksteed, fascinado y curioso, persiguiera aquel extraño objeto móvil y, al final, lo golpeará.

No cabe duda de que el hombre invisible podría haber dejado atrás fácilmente, en circunstancias normales, a un perseguidor de mediana edad, pero la posición en que se encontró el cadáver del señor Wicksteed indica que este tuvo la mala suerte de arrinconar a su presa entre un montón de ortigas y la gravera. A los que tenemos constancia de la extraordinaria irascibilidad de Griffin, no nos costará imaginar el resto del encuentro.

Sin embargo, se trata de una pura hipótesis. Los únicos hechos innegables (ya que los relatos de los niños suelen ser poco fiables) son el descubrimiento del cadáver de Wicksteed y el de la barra de hierro manchada de sangre, tirada entre las ortigas. El abandono de la barra por parte de Griffin indica que, debido al sobresalto producido por el suceso, olvidó el propósito (si es que lo tenía) que lo había impulsado a recogerla. Bien sabemos que se trataba de una persona egotista e insensible, pero ver a su víctima, a su primera víctima, ensangrentada a sus pies quizá abriese las compuertas de alguna reserva de remordimiento largo tiempo reprimida, lo que le hizo olvidar por un momento el plan que hubiera tramado.

Tras el asesinato del señor Wicksteed, parece que vagó por toda la zona, camino de las colinas de caliza. Se cuenta que un par de hombres que estaban en un campo cercano a Fern Bottom oyeron una voz a eso del atardecer. La voz gemía y reía, sollozaba y gruñía, y gritaba de cuando en cuando. Tuvo que ser una experiencia espeluznante. La voz se metió por un campo de tréboles y se desvaneció en dirección a las colinas.

Aquella tarde el hombre invisible tuvo que darse cuenta de lo

poco que tardó Kemp en servirse de sus confianzas. Encontraría las casas cerradas a cal y canto; puede que merodeara por las estaciones de tren y rondara por las tabernas, y sin duda leyó el bando y empezó a ser consciente de la naturaleza de la campaña iniciada contra su persona. A medida que avanzaba la noche, los campos se llenaron de grupos de tres o cuatro hombres, y el ruido de sus movimientos se acompañaba de los aullidos de los perros. Aquellos cazadores de hombres tenían instrucciones concretas sobre cómo ayudarse en caso de producirse el encuentro. Los evitó a todos. No cuesta comprender, en parte, su exasperación, alimentada además por el hecho de haber suministrado él mismo la información que se usaba tan implacablemente en su contra. Al menos por un día, se desanimó; durante casi veinticuatro horas (en las que se incluye el ataque a Wicksteed) fue un hombre perseguido. Por la noche debió de comer y dormir, ya que por la mañana volvía a ser el mismo, activo, poderoso, enfadado y maligno, preparado para su última gran batalla contra el mundo.

EL SITIO DE LA CASA DE KEMP

Kemp leyó una extraña misiva escrita con lápiz en una grasienta hoja de papel:

«Ha hecho usted gala de una energía y una astucia asombrosas —decía la carta—, aunque no logro imaginar qué podría ganar con ello. Está contra mí. Durante un día entero me ha perseguido y me ha intentado privar del descanso nocturno. Sin embargo, he encontrado comida a pesar de usted, he dormido a pesar de usted, y el juego no ha hecho más que empezar. El juego no ha hecho más que empezar. No hay más remedio que dar comienzo al Terror. Esta carta anuncia el primer día del Terror. Port Burdock ya no está bajo el mandato de la reina, dígaselo a su coronel y al resto de la gente; ahora mando yo, ¡el Terror! Este es el primer día del primer año de la nueva época, la época del hombre invisible. Me llamo Hombre Invisible I. Iniciar el reinado será fácil. El primer día habrá una ejecución, solo para dar ejemplo: la de un hombre llamado Kemp. Su muerte empieza hoy. Puede encerrarse, esconderse, protegerse con guardias o ponerse una armadura, si así lo desea; la Muerte, la Muerte invisible, se acerca. Dejad que tome precauciones, eso impresionará a mi pueblo. La muerte empieza en el buzón de correos, a mediodía. La carta entrará justo cuando pase el cartero, ¡y se pondrá en marcha! Comienza el juego. Comienza la muerte. Pueblo mío, no lo ayudéis si no queréis que la muerte caiga también sobre vosotros. Hoy morirá Kemp».

Kemp leyó la carta dos veces.

—No es una broma —dijo—, ¡es su voz! Y lo dice en serio.

Dio la vuelta a la hoja y vio que estaba sellada en Hintondean y el prosaico detalle de «2 peniques, por pagar».

Se levantó con la comida a medias, ya que la misiva había llegado en el correo de la una, y entró en su despacho. Desde allí llamó al ama de llaves y le pidió que recorriera toda la casa de inmediato cerrando todos los pestillos de las ventanas y todas las contraventanas. Él mismo cerró las de su despacho. De un cajón cerrado con llave de su escritorio sacó un pequeño revólver, lo examinó con atención y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Escribió varias notas, una de ellas para Adye, se las entregó a su criada para que las remitiera y le dio instrucciones específicas sobre cómo salir de la casa.

—No hay peligro —le aseguró, aunque añadió mentalmente un «para usted».

Se quedó un rato pensativo después de acabar con los recados, luego regresó a su comida, que estaba ya fría.

Comió haciendo pausas para pensar. Al final dio un golpe en la mesa.

—¡Lo detendremos! —exclamó—. Yo seré el cebo, se pasará de la raya.

Subió al estudio de arriba, cerrando con precaución todas las puertas a su paso.

—Es un juego —se dijo—, un extraño juego, pero yo tengo todas las de ganar, señor Griffin, a pesar de su invisibilidad. ¡Griffin *contra mundum*, más que nunca!

Se acercó a la ventana y miró hacia la cálida ladera.

—Debe comer todos los días, y no lo envidio. ¿De verdad dormiría anoche? Al aire libre, en alguna parte, lejos de posibles encuentros. Ojalá tuviéramos un tiempo bien frío y húmedo, en vez de este calor. Puede que me esté observando en estos momentos.

Fue a cerrar las ventanas y algo golpeó con fuerza los ladrillos de encima del marco, sobresaltándolo.

—Empiezo a ponerme nervioso —dijo Kemp, aunque no volvió a acercarse a la ventana hasta cinco minutos después—. Ha tenido que ser una paloma.

En aquel momento oyó sonar el timbre de la puerta y bajó corriendo las escaleras. Abrió el pestillo, giró la llave, examinó la

cadena, la puso y abrió con precaución y sin dejarse ver. Una voz conocida lo saludó. Era Adye.

—Han atacado a su criada, Kemp —dijo desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué? —exclamó Kemp.

—Le han quitado esa nota suya. Griffin está cerca. Déjeme entrar.

Kemp soltó la cadena y Adye entró por una rendija lo más estrecha posible. Se quedó en el vestíbulo y sintió un gran alivio cuando Kemp volvió a cerrar la puerta.

—Alguien le arrebató el papel de la mano y le dio un susto horrible. Está en la comisaría, histórica. Griffin anda cerca de aquí. ¿Qué decía la nota?

Kemp soltó una palabrota.

—He sido un imbécil —dijo—. Tendría que haberlo sabido, no hay ni una hora de camino hasta Hintondean. ¡Ya está aquí!

—¿Qué ocurre?

—¡Mire! —respondió Kemp, conduciéndolo a su despacho; le entregó la carta del hombre invisible, Adye la leyó y dejó escapar un suave silbido.

—¿Y usted...? —empezó a preguntar Adye.

—Propuse una trampa, como un idiota, y envié la propuesta con mi doncella. Para que la recibiera él.

Adye imitó a Kemp soltando otra irreverencia.

—Se marchará —dijo Adye.

—Él no es así —repuso Kemp.

Entonces arriba se oyó un estrépito de cristales rotos. Adye entrevió el pequeño revólver a medio sacar del bolsillo de Kemp.

—¡Es una ventana, arriba! —exclamó Kemp antes de subir las escaleras.

Mientras subían oyeron un segundo estruendo. Cuando llegaron al despacho encontraron rotas dos de las tres ventanas, media habitación cubierta de trozos de cristal y una piedra de gran tamaño sobre el escritorio. Los dos hombres se detuvieron en el umbral y contemplaron el destrozo. Kemp soltó otra palabrota y, en aquel instante, se oyó un chasquido similar al disparo de una pistola, la tercera ventana se resquebrajó y luego se derrumbó, dejando

temblorosos triángulos irregulares por todo el cuarto.

—¿Para qué ha hecho eso? —preguntó Adye.

—Es el comienzo.

—¿Se puede trepar hasta aquí?

—Ni un gato podría —respondió Kemp.

—¿No hay contraventanas?

—Aquí no; en todas las habitaciones de abajo... ¡Un momento!

De abajo les llegó el ruido de unos contundentes golpes contra las tablas.

—¡El muy canalla! —exclamó Kemp—. Debe de ser..., sí, es en uno de los dormitorios. Va a destrozar toda la casa, pero es idiota, las contraventanas interiores están cerradas y el cristal caerá fuera. Se cortará los pies.

Otra ventana proclamó su destrucción. Los dos hombres se quedaron en el rellano, perplejos.

—¡Ya está bien! —exclamó Adye—. Deme un palo o algo, e iré a la comisaría y pediré que saquen a los sabuesos. ¡Eso le enseñará! No están lejos, ni a diez minutos...

Otra ventana corrió el mismo destino que sus compañeras.

—¿No tiene un revólver? —preguntó Adye.

Kemp se metió la mano en el bolsillo, pero vaciló.

—No, es decir, ninguno de sobra.

—Se lo devolveré. Aquí estará a salvo —le aseguró Adye, y Kemp le entregó el arma—. Ahora, a la puerta.

Se quedaron indecisos en el vestíbulo, y entonces oyeron que una de las ventanas de los dormitorios del primer piso se rompía y caía. Kemp se acercó a la puerta principal y empezó a descorrer los pestillos haciendo el menor ruido posible. Estaba un poco más pálido de lo normal.

—Debe salir sin entretenerse —le advirtió Kemp.

Un segundo después, Adye estaba en el umbral y los pestillos volvían a correrse. Dudó un instante, más seguro con la espalda contra la puerta, y después marchó, recto y firme, escalones abajo. Cruzó el patio y se acercó a la cancela. Una ligera brisa pareció agitar la hierba, y algo se movió cerca de él.

—Alto ahí —dijo una voz.

Adye se detuvo y apretó el revólver con la mano.

—¿Sí? —preguntó, blanco y con gesto adusto, con todos los nervios en tensión.

—Hágame el favor de regresar a la casa —dijo la voz, tan tensa y seria como la de Adye.

—Lo siento —respondió el policía, un poco ronco, y se humedeció los labios con la lengua; la voz estaba a su izquierda, pensó, un poco por delante de él, y se preguntó si no sería buena idea probar a disparar.

—¿Por qué se va? —preguntó la voz.

Los dos hicieron un rápido movimiento y la luz solar se reflejó en la abertura del bolsillo de Adye.

Adye descartó la idea y meditó.

—Donde yo vaya —dijo al fin, despacio— no es asunto suyo.

Las palabras seguían en sus labios cuando un brazo le rodeó el cuello, notó una rodilla en la espalda y cayó hacia atrás. Sacó el revólver con torpeza y disparó absurdamente hasta que recibió un puñetazo en la boca y le quitaron el revólver de la mano. Intentó, sin éxito, agarrar una resbaladiza extremidad, después forcejeó para levantarse pero cayó de nuevo.

—¡Maldita sea! —exclamó Adye, y la voz se rio.

—Lo mataría, pero sería malgastar una bala —repuso la voz, y Adye vio que el revólver, flotando en el aire a casi dos metros de él, lo apuntaba.

—¿Y bien? —preguntó Adye, sentándose.

—Levántese —ordenó la voz, y él obedeció—. Atención, no intente nada extraño, recuerde que le veo la cara, aunque usted no vea la mía. Tiene que regresar a la casa.

—No me dejará entrar —protestó Adye.

—Es una lástima, no tengo nada contra usted.

Adye se humedeció de nuevo los labios, apartó la mirada del cañón del revólver y vio el mar a lo lejos, azul y oscuro bajo el sol del mediodía, y también la suave colina verde, el blanco acantilado de Head y el abigarrado pueblo, y de repente comprendió que la vida era algo muy bueno. Volvió a mirar aquel trocito de metal que colgaba entre el cielo y la tierra, a cinco metros de él.

—¿Qué debo hacer? —preguntó en tono hosco.

—¿Y qué debo hacer yo? —repuso el hombre invisible—. Pedirá

ayuda. Lo único que puede hacer es regresar.

—Lo intentaré. Si me deja entrar, ¿promete no precipitarse sobre la puerta?

—No tengo nada contra usted.

Kemp había corrido escaleras arriba después de dejar salir a Adye y, en aquel momento, estaba agachado entre los cristales rotos, prudentemente asomado al borde de la ventana del despacho, desde donde vio a Adye conferenciar con el invisible.

—¿Por qué no dispara? —susurró Kemp para sí.

Entonces el revólver se movió un poco y el reflejo de la luz del sol deslumbró a Kemp. Hizo visera con una mano e intentó ver el origen del rayo cegador.

—¡No es posible! —exclamó—. Adye le ha entregado el revólver.

—Prométame que no se precipitará sobre la puerta —decía Adye—. No lleve demasiado lejos su victoria, dele una oportunidad al hombre.

—Usted vuelva a la casa. Le digo claramente que no le prometo nada.

De repente, Adye tomó una decisión. Se volvió hacia la casa, caminando despacio con las manos en la espalda. Kemp lo observaba, asombrado. El revólver desapareció, volvió a quedar a la vista, desapareció de nuevo y, tras examinar la escena con más detenimiento, Kemp vio claramente que el pequeño objeto negro flotaba siguiendo a Adye. Entonces todo se desarrolló muy deprisa. Adye dio un salto atrás, se volvió, intentó agarrar el objeto, falló, levantó las manos y cayó de bruces, dejando una nubecilla azul en el aire. Kemp no oyó el disparo. Adye se retorció, se apoyó en un brazo, cayó de nuevo y permaneció inmóvil.

Kemp se quedó un momento mirando la abandonada y silenciosa actitud de Adye. La tarde era muy cálida y tranquila, nada parecía agitarse en el mundo salvo un par de mariposas amarillas que se perseguían entre los matorrales que había entre la casa y la puerta que daba a la carretera. Adye estaba tumbado en el césped, cerca de la puerta. Colina abajo, todas las casas de campo tenían las contraventanas cerradas, aunque en un pequeño cenador verde había una figura blanca, un anciano dormido, al parecer. Kemp examinó los alrededores de la casa por si vislumbraba el revólver,

pero había desaparecido. Su mirada volvió a Adye. El juego empezaba bien.

Entonces se oyó el timbre y que alguien llamaba a la puerta principal, cada vez con más estrépito. Sin embargo, siguiendo las instrucciones de Kemp, los sirvientes se habían encerrado en sus habitaciones. Tras la llamada, silencio. Kemp se quedó sentado, escuchando, y se asomó con precaución a las tres ventanas, una después de otra. A continuación se dirigió al pie de las escaleras y siguió atento a los ruidos, inquieto. Se armó con el atizador de su dormitorio y fue a examinar de nuevo los cierres interiores de las ventanas de la planta baja. Todo estaba en silencio y a salvo. Regresó al estudio de arriba. Adye seguía inmóvil en el borde de la gravilla, en el mismo punto donde había caído. Por el camino que bordeaba las casas de campo se acercaban el ama de llaves y dos policías.

El silencio era sepulcral. Las tres figuras parecían avanzar muy despacio. Se preguntó qué estaría haciendo su adversario.

Dio un respingo: algo se había roto abajo. Vaciló y bajó de nuevo. La casa empezó a retumbar con unos golpes atronadores y chasquidos de madera astillada. Oyó un crujido y el destructor ruido metálico de los cierres de hierro de las contraventanas. Abrió con llave la puerta de la cocina y en aquel momento las contraventanas, partidas y astilladas, salieron volando hacia dentro. Se quedó horrorizado. El marco de la ventana, salvo por un travesaño, seguía intacto, pero solo le quedaban unos dientecitos de cristal. Habían destrozado las contraventanas con un hacha, y en aquel preciso instante el hacha descendía una y otra vez sobre el marco y las barras de hierro que lo defendían. Súbitamente el hacha saltó a un lado y desapareció. Kemp vio el revólver tirado en el camino de fuera, hasta que, de pronto, la diminuta arma se levantó de un salto. Kemp retrocedió. El revólver disparó demasiado tarde, y una astilla que saltó del borde de la puerta casi cerrada pasó por encima de la cabeza del doctor. Cerró de golpe, echó la llave y oyó los gritos y las risas de Griffin fuera. Después se reanudaron los hachazos con su estrepitoso acompañamiento.

Kemp se quedó en el pasillo, intentando pensar. El hombre invisible no tardaría en entrar en la cocina. Aquella puerta no lo

retendría ni un segundo, y entonces...

Alguien volvió a llamar a la puerta principal, seguramente los policías. Corrió al vestíbulo, puso la cadena y abrió los pestillos. Pidió a la chica que hablara antes de soltar la cadena, y los tres entraron en tropel en la casa, amontonados, y Kemp cerró rápidamente.

—¡El hombre invisible! —exclamó Kemp—. Tiene un revólver, le quedan dos balas. Ha matado a Adye. Bueno, al menos le ha disparado. ¿No lo han visto en el césped? Está ahí tirado.

—¿Quién? —preguntó uno de los policías.

—Adye.

—Hemos venido por detrás —explicó la chica.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó un policía.

—Está en la cocina... o lo estará pronto. Ha encontrado un hacha...

De repente los estruendosos golpes del hombre invisible en la cocina resonaron por toda la casa. La chica se quedó mirando la cocina, se estremeció y retrocedió hacia el comedor. Kemp, hablando entrecortadamente, intentó explicarse. Oyeron como cedía la puerta de la cocina.

—¡Por aquí! —gritó Kemp, entrando en acción, y llevó a los policías hacia la entrada del comedor.

—Atizador —dijo Kemp, y corrió a la pantalla de la chimenea. Entregó un atizador a cada policía y al instante salió volando de espaldas.

—¡Eh! —exclamó uno de los agentes, se agachó y detuvo el hacha con el atizador.

La pistola disparó su penúltimo tiro y destrozó un valioso cuadro de Sidney Cooper. El segundo policía dejó caer el atizador sobre el pequeño revólver, como quien mata una avispa, y el arma cayó y traqueteó contra el suelo.

Al primer golpe la chica chilló, siguió gritando un momento junto a la chimenea y después corrió a abrir las contraventanas, seguramente con la intención de escapar por la ventana rota.

El hacha retrocedió hacia el pasillo y se colocó en posición a unos sesenta centímetros del suelo. Oían la respiración del hombre invisible.

—Aléjense los dos —dijo—. Quiero a ese hombre, a Kemp.

—Y nosotros lo queremos a usted —dijo el primer policía, dando un rápido paso adelante mientras dirigía el atizador hacia la voz.

El hombre invisible debió de dar un salto atrás, ya que se dio contra el paragüero. Entonces, cuando el policía trastabillaba por culpa de la fuerza del golpe que había asestado, el hombre invisible contraatacó con el hacha. El casco se arrugó como si fuera de papel y el agente acabó por los suelos, al pie de las escaleras de la cocina. Sin embargo, el segundo policía, apuntando detrás del hacha con el atizador, acertó a dar en algo blando, que se rompió. Se oyó un agudo grito de dolor, y el hacha cayó al suelo. El policía golpeó de nuevo, sin éxito; puso el pie sobre el hacha y volvió a golpear. Esperó, con el atizador agarrado como una porra, atento al menor movimiento.

Oyó que se abría la ventana del comedor y unas pisadas veloces por el suelo. Su compañero se dio la vuelta y se sentó; un reguero de sangre le caía entre el ojo y la oreja.

—¿Dónde está? —preguntó el del suelo.

—No lo sé. Le he dado. Está en alguna parte del vestíbulo, a no ser que haya pasado junto a ti. Doctor Kemp..., señor.

Pausa.

—¡Doctor Kemp! —gritó de nuevo el policía.

El segundo policía trató de levantarse. Lo consiguió. De repente, del pie de las escaleras les llegaron unas pisadas apenas audibles de pies descalzos.

—¡Ah! —gritó el primer policía, que se puso a agitar el atizador sin orden ni concierto y destrozó una pequeña lámpara de gas.

Hizo como si fuera a perseguir al hombre invisible escaleras abajo, pero se lo pensó mejor y entró en el comedor.

—Doctor Kemp —empezó, y se detuvo en seco—. El doctor Kemp está ahí dentro —dijo mientras su compañero miraba por encima de su hombro.

La ventana del comedor estaba abierta de par en par, y ni la doncella ni Kemp se veían por ninguna parte.

El juicio que se formuló el segundo policía sobre Kemp fue lacónico y gráfico.

EL CAZADOR CAZADO

El señor Heelas, el que vivía más cerca del señor Kemp en el vecindario de casas de campo, estaba dormido en su cenador cuando dio comienzo el sitio de la casa de Kemp. El señor Heelas formaba parte de la tozuda minoría que se negaba a creer en «todas esas tonterías» sobre el hombre invisible. Su mujer, sin embargo, como pronto le iba a recordar, sí les daba crédito. Él insistió en pasear por el jardín como si no pasara nada y fue a echarse la siesta, tal era su costumbre desde hacía años. Estaba dormido cuando se rompieron las ventanas, y se despertó de golpe con la curiosa sensación de que algo iba mal. Miró hacia la casa de Kemp, se restregó los ojos y volvió a mirar. Después puso los pies en el suelo y se quedó sentado, a la escucha. Expresó su incredulidad, pero aquella extraña visión no desaparecía. La casa estaba como si llevara abandonada varias semanas, después de una violenta revuelta. Todas las ventanas rotas, y todas las ventanas, salvo las del estudio de arriba, tenían las contraventanas interiores cerradas.

—Habría jurado que estaba bien... hace veinte minutos —dijo, tras consultar la hora en su reloj.

Oyó una conmoción moderada y el fragor de los cristales rotos a lo lejos. Y entonces, todavía sentado, boquiabierto, advirtió algo aún más asombroso: las contraventanas del comedor se abrieron de golpe, y allí apareció la doncella, con su ropa y su sombrero de salir, desesperada por subir el marco de la ventana. Al instante un hombre surgió tras ella para ayudarla. ¡El doctor Kemp! Un segundo después la ventana se abrió y la doncella salió como pudo; cayó

hacia delante y desapareció entre los arbustos. El señor Heelas se levantó entre exclamaciones vagas y vehementes sobre todas aquellas cosas asombrosas. Vio a Kemp ponerse de pie en el alféizar, saltar por la ventana y reaparecer, casi de inmediato, corriendo por un camino entre los arbustos, parándose de vez en cuando, como si no quisiera que lo vieran. Se esfumó detrás de un codeso y apareció de nuevo en la colina trepando una valla que le impedía el paso. Segundos después ya la había saltado y corría a una velocidad tremenda colina abajo, hacia la casa del señor Heelas.

—¡Dios santo! —exclamó el señor Heelas, al que se le había ocurrido una idea—. ¡Es ese bruto de hombre invisible! ¡Al final era cierto!

Para el señor Heelas, aquellas cosas eran dicho y hecho, así que su cocinera, que lo observaba desde la ventana de arriba, se asombró al verlo correr a toda prisa hacia la casa, a unos catorce kilómetros por hora.

—Creía que no le daba miedo —comentó la cocinera—. ¡Mary, ven aquí!

Se oyeron puertas cerrándose, campanillas sonando y la voz del señor Helas bramando como un toro:

—¡Cerrad las puertas, cerrad las ventanas, cerradlo todo! ¡Que viene el hombre invisible!

Al instante, la casa se llenó de gritos, órdenes y carreras. Se apresuró a cerrar las cristaleras él mismo, las que daban a la terraza; mientras lo hacía, la cabeza, los hombros y la rodilla de Kemp aparecieron por encima de la valla del jardín. En un segundo el doctor se había metido entre los espárragos y corría por la pista de tenis hacia la casa.

—No puede entrar —dijo el señor Heelas, echando los pestillos—. ¡Siento mucho que lo persiga, pero no puede entrar!

Kemp, con cara de terror, se pegó al cristal, llamó y después zarandeó con fuerza el ventanal. Al ver que sus esfuerzos no daban fruto, corrió por la terraza, saltó por un extremo y se puso a aporrear la puerta lateral. Después corrió junto a la cancela hasta llegar a la parte delantera de la casa y salir al camino de la colina. Y el señor Heelas, que miraba por la ventana (con cara de pavor), apenas lo había visto desaparecer cuando se percató de que unos

pies invisibles aplastaban los espárragos en todas direcciones. Al verlo, el señor Heelas huyó escaleras arriba, y el resto de la persecución quedó fuera de su alcance. Pero cuando pasaba por la ventana de las escaleras oyó que se cerraba la puerta lateral de la cancela.

Tras salir al camino de la colina, Kemp, como cabe esperar, decidió ir hacia abajo, así que se encontró corriendo en persona la misma carrera que había observado con ojo crítico desde su estudio hacía tan solo cuatro días. Y bien que corrió para ser un hombre con tan escaso entrenamiento; aunque tenía el rostro pálido y húmedo, mantuvo una fría calma hasta el final. Corría con grandes zancadas y, siempre que aparecía un trecho de terreno irregular, siempre que daba con una zona con piedras o encontraba un trozo de cristal roto que lo deslumbraba desde el suelo, pasaba por encima para que los pies invisibles que lo perseguían eligieran el curso que desearan.

Por primera vez en su vida, Kemp descubrió que el camino de la colina era inmenso y de una indescriptible desolación, y que la entrada al pueblo, más allá del pie de la colina, resultaba extrañamente remota. No se ha inventado un método más lento o doloroso para viajar que correr. Todas las adustas casas de campo, que dormían al sol de la tarde, parecían cerradas y atrancadas; sin duda estaban cerradas y atrancadas siguiendo sus propias órdenes. Sin embargo, en cualquier caso, ¡podrían haber colocado a un vigía para una contingencia como aquella! El pueblo empezaba a surgir, el mar había quedado oculto tras él y la gente de abajo se movía. Un tranvía de sangre estaba llegando al pie de la colina. Un poco más lejos estaba la comisaría. ¿Eran pisadas lo que oía tras él? Un último esfuerzo.

La gente de abajo lo observaba, un par de personas corrían, y el aliento empezaba a desgarrarle la garganta. El tranvía ya estaba bastante cerca, y le llegó el alboroto del Jolly Cricketers, que se apresuraba a atrancar las puertas. Detrás del tranvía había postes y montones de grava: las obras de canalización. Por un instante pensó en saltar al tranvía y cerrar las puertas, pero entonces decidió optar por la comisaría. En un segundo dejó atrás la puerta del Jolly Cricketers y entró como un rayo en el último tramo de la calle,

donde se vio rodeado de seres humanos. El conductor del tranvía y su ayudante, atraídos por su furiosa carrera, se quedaron mirándolo, con los caballos por enganchar. Más adelante las caras de sorpresa de los obreros del canal aparecieron por encima de los montones de grava.

Frenó un poco el ritmo, y entonces oyó las veloces pisadas de su perseguidor, así que volvió a acelerar.

—¡El hombre invisible! —gritó a los obreros, señalando con un vago gesto en su dirección, y, en un momento de inspiración, saltó sobre la excavación y puso a un corpulento grupo de hombres entre él y su perseguidor.

Tras abandonar la idea de la comisaría, se metió en una callejuela lateral, pasó corriendo junto al carro de un verdulero, vaciló una fracción de segundo ante la puerta de una tienda de dulces y se dirigió a la entrada de un callejón que volvía a la vía principal, Hill Street. Había dos o tres niños jugando, que chillaron y salieron corriendo al verlo aparecer, y, con el ruido, se abrieron puertas y ventanas y se asomaron las asustadas madres. Salió de allí para entrar de nuevo en Hill Street, a menos de trescientos metros del final de la línea del tranvía, y al instante se percató de un tumultuoso vocerío y de que había gente corriendo.

Levantó la mirada hacia la colina: apenas a diez metros de él un enorme obrero corría soltando maldiciones entrecortadas y agitando una pala con aire feroz, seguido de cerca por el conductor del tranvía, que apretaba los puños. Calle arriba, otros iban detrás, golpeando y gritando. Hombres y mujeres bajaban la cuesta corriendo, hacia el pueblo, y vio claramente a un hombre que salía de una tienda con un palo en la mano.

—¡Desplegaos! ¡Desplegaos! —gritaba alguien.

De repente Kemp comprendió que la persecución iba en dirección contraria, se detuvo y miró a su alrededor, jadeante.

—¡Está por aquí! —gritó—. ¡Formen una línea desde...!

—¡Ajá! —gritó una voz.

Recibió un porrazo bajo la oreja y empezó a dar vueltas, intentando girarse para enfrentarse a su invisible adversario. A duras penas consiguió mantenerse en pie, y dio un vano manotazo en el aire. Después recibió otro golpe bajo la mandíbula y cayó

despatarrado en el suelo. En menos de un segundo una rodilla le comprimió el diafragma y un par de manos ansiosas le agarraron el cuello, pero una apretaba con menos fuerza que la otra; se aferró a las muñecas, oyó un grito de dolor de su atacante y, entonces, la pala de un obrero surcó el aire por encima de él y dejó escapar un ruido sordo al dar con algo. Notó una gota de sudor en la frente. De repente las manos que lo sujetaban por el cuello se relajaron, y Kemp se liberó con un último esfuerzo, agarró un hombro inerte y rodó hasta colocarse encima. Sujetó los codos invisibles contra el pavimento.

—¡Lo tengo! —gritó Kemp—. ¡Ayuda! ¡Ayúdenme a sujetarlo! ¡Ha caído! ¡Sujétenle los pies!

En pocos segundos, la gente se abalanzó a un tiempo hacia la pelea, y un forastero que llegara por la carretera podría haber pensado que se estaba jugando un partido de rugby de gran brutalidad. No se oyó ningún grito después del de Kemp, solo golpes, pisadas y respiraciones agitadas.

En aquel momento el hombre invisible, con gran esfuerzo, se liberó de un par de adversarios y se puso de rodillas. Kemp se aferraba a él por delante, como un sabueso a un venado, y una docena de manos sujetaron, agarraron y tiraron del hombre invisible. El conductor del tranvía lo cogió de sopetón por el cuello y los hombros y tiró de él hacia atrás.

La masa de hombres que bregaban volvió al suelo, rodando. Creo que se propinaron patadas salvajes. Súbitamente surgió un grito pidiendo clemencia, que en pocos segundos murió hasta convertirse en un sonido ahogado.

—¡Retrocedan, cretinos! —gritó Kemp, aunque no se le oía demasiado, y alguien empezó a retirar a las tenaces figuras.

—Está herido, ¡retrocedan!

Hubo un breve forcejeo para hacer hueco, y el círculo de ojos ansiosos vio al doctor arrodillarse, al parecer, sin tocar el suelo, y colocar unos brazos invisibles sobre el pavimento. Detrás de él, un agente sujetaba unos tobillos incorpóreos.

—No vayan a soltarlo —gritó el obrero grandote, que sostenía una pala manchada de sangre—. Seguro que finge.

—No finge —respondió el doctor, levantando con precaución la

rodilla—, y yo lo sujetaré. —Tenía la cara magullada y empezaba a ponerse roja; hablaba con dificultad por culpa del labio partido. Soltó la mano y pareció palpar la cara—. La boca está mojada —dijo—. ¡Dios mío!

Se levantó de golpe y se arrodilló en el suelo, al lado del cuerpo invisible. Hubo empujones y rumor de pies arrastrándose por el suelo a medida que se acercaba más gente y aumentaba la presión de la multitud. Los vecinos salían de sus casas. Las puertas del Jolly Cricketers se abrieron de par en par. Nadie decía nada.

Kemp palpó a su alrededor, como recorriendo un espacio vacío con la mano.

—No respira —dijo—. No le noto el corazón. Su costado... ¡ah!

De repente una anciana que se había asomado bajo el brazo del obrero de la pala dejó escapar un grito.

—¡Miren ahí! —dijo levantando un dedo arrugado.

Al mirar hacia donde señalaba, todos vieron, tenue y transparente como hecho de cristal —de modo que venas, arterias, huesos y nervios se distinguían—, el perfil de una mano, una mano inerte y con la palma hacia abajo. Se iba volviendo más turbia y opaca ante sus ojos.

—¡Miren! —exclamó el agente—. ¡Por ahí asoma un pie!

Y así, despacio, empezando por manos y pies y subiendo por las extremidades hasta los centros vitales del cuerpo, aquel extraño cambio siguió avanzando. Era como ver extenderse un veneno. Primero fueron los pequeños nervios blancos, el borroso esbozo gris de una extremidad, después los huesos cristalinos y las intrincadas arterias, luego la carne y la piel, que primero aparecieron como una ligera niebla para hacerse rápidamente más densa y mate. Al final le pudieron ver el pecho aplastado y los hombros, y la débil silueta de sus rasgos hundidos y maltrechos.

Cuando por fin la multitud dejó sitio para que Kemp pudiera ponerse en pie, ante ellos tenían la imagen desnuda del lamentable cadáver magullado y roto de un joven de unos treinta años. Tenía el pelo y la barba blancos, no grises por la edad, sino de la blancura de los albinos, y unos ojos como granates. Las manos apretadas, los ojos muy abiertos, y una expresión de rabia y consternación.

—¡Cúbranle la cara! —dijo un hombre—. ¡Por amor de Dios,

cúbranle la cara!

A tres niños que se habían abierto paso entre la gente les dieron la vuelta y los hicieron alejarse de allí.

Alguien llevó una sábana del Jolly Cricketers y, tras haberlo cubierto, lo metieron en el local. Allí, sobre la cama raída de un dormitorio sórdido y mal iluminado, acabó el extraño experimento del hombre invisible.

EPÍLOGO

Así termina la historia del extraño y malvado experimento del hombre invisible. Si deseara saber más sobre él, tendría que dejarse caer en la pequeña taberna que hay cerca de Port Stowe y hablar con el dueño. En el cartel del establecimiento no hay nada más que un sombrero y unas botas, y el nombre es el del título de esta historia. El dueño es un hombrecillo corpulento con una nariz de protuberancia cilíndrica, pelo hirsuto y esporádicas rojeces en el rostro. Si bebe usted generosamente, le contará con la misma generosidad todo lo que le sucedió después de aquel acontecimiento y cómo los abogados intentaron arrebatarle el tesoro que le encontraron.

—Cuando se dieron cuenta de que no podían probar de quién era qué dinero, ¡válgame si no intentaron asegurar que era patrimonio nacional por haberse encontrado escondido en un lugar público! —asegura—. ¿Le parezco un lugar público? Entonces un caballero me ofreció una guinea por noche a cambio de contar la historia en el Empire Music Hall, por contarla con mis propias palabras, salvo las imprecaciones.

Y si desea cortar en seco el flujo de recuerdos, siempre puede preguntarle si en la historia no había tres libros manuscritos. Reconocerá que los había y procederá a explicarle que todo el mundo cree que los tiene él, pero que, ¡válgame el cielo!, no es así.

—El hombre invisible fue quien los escondió por ahí cuando salió pitando de Port Stowe. Ese señor Kemp le ha metido a todo el mundo en la cabeza la idea de que los tengo yo.

Entonces se sumirá en sus pensamientos, lo observará a usted con aire furtivo, se pondrá a jugar con los vasos y, al final, saldrá de la barra.

Es un hombre soltero, con costumbres de soltero, y sin ninguna

mujer en la casa. De cara a la galería usa botones (es lo que se espera de él), pero, sin embargo, en su más privada intimidad, en cuanto a tirantes, por ejemplo, sigue recurriendo a los cordeles. Dirige su casa sin afán empresarial, aunque con eminente decoro. Es de movimientos pausados y un gran pensador. No obstante, en el pueblo tiene reputación de hombre sabio y de respetable parquedad, y su conocimiento de los caminos del sur de Inglaterra es mayor que el de William Cobbett.

Los domingos por la mañana, todos los domingos por la mañana del año, cuando cierra sus puertas al mundo exterior, y cada noche después de las diez se mete en su salón, se sirve un vaso de ginebra con una gota de agua y, tras dejarlo en la mesa, cierra la puerta con llave, revisa los estores e incluso mira debajo de la mesa. Una vez que se ha asegurado de que está completamente a solas, abre el armario, la caja que guarda dentro y el cajón interior de la caja (las tres cosas cerradas con llave), y saca tres libros encuadernados en cuero marrón, que coloca con aire solemne en el centro de la mesa. Las cubiertas están desgastadas y manchadas de verdín (ya que pasaron una temporada en una zanja), y algunas páginas han quedado en blanco por culpa del agua sucia. El dueño de la taberna se sienta en un sillón, llena despacio una larga pipa de arcilla y se regodea un momento en la posesión de los libros. Después se acerca a uno, lo abre y empieza a estudiarlo, volviendo las hojas adelante y atrás. Tiene el ceño fruncido y mueve los labios con dificultad.

—Demonios, un pequeño dos en el aire, una cruz y garabatos incomprensibles. ¡Dios mío! ¡Qué intelecto el de este hombre!

Al final se relaja y se retrepa, y, a través del humo de la habitación, observa algo invisible para el ojo ajeno.

—Llenos de secretos —dice—. ¡Secretos maravillosos! Cuando los desvele... ¡Cielo santo! No haría lo mismo que él; yo solo... ¡Bueno! —finaliza, chupando su pipa.

Así se sume en un sueño, el sueño maravilloso y eterno de su vida. Y aunque Kemp ha intentado tirarle de la lengua sin cesar y Adye lo ha interrogado minuciosamente, ningún ser humano salvo el dueño de la taberna sabe que los libros están allí, los libros que ocultan en sus páginas el sutil secreto de la invisibilidad y una docena de extraños misterios. Y nadie lo sabrá hasta que él muera.

***LA GUERRA DE LOS
MUNDOS***

LIBRO I: LA LLEGADA DE LOS MARCIANOS

LA VÍSPERA DE LA GUERRA

Nadie habría creído, en los últimos años del siglo XIX, que este mundo estaba siendo observado minuciosa y atentamente por inteligencias superiores a la del hombre y no obstante tan mortales como la suya; que mientras los hombres se entretenían con sus diversas preocupaciones estaban siendo objeto de escrutinio y estudio, puede que tan exhaustivo como cuando se examinan en un microscopio las criaturas efímeras que se acumulan y multiplican en una gota de agua. Sumidos en una complacencia infinita, los hombres iban y venían por este planeta con sus pequeños asuntos, confiados en su dominio de la materia. Es posible que los infusorios vistos a través del microscopio hagan exactamente lo mismo. Nadie imaginaba que los mundos más antiguos del espacio fueran a suponer un peligro para la humanidad, y nadie se acordaba de ellos salvo para descartar la idea de que albergaran vida, considerándola imposible o improbable. Resulta curioso recordar algunos de los hábitos mentales de aquellos días pasados. Como mucho, los terrestres se imaginaban que quizá habría otros hombres en Marte, puede que inferiores a ellos y dispuestos a recibir una iniciativa misionera. Pero atravesando el abismo del espacio, mentes que son respecto a nuestras mentes como las nuestras respecto a las de las bestias perezosas, intelectos vastos, fríos e implacables, contemplaban este planeta con ojos envidiosos, y tramaban lenta y decididamente sus planes contra nosotros. Y a principios del siglo XX llegó la gran desilusión.

El planeta Marte, apenas necesito recordárselo al lector, gira

alrededor del Sol a una distancia media de doscientos veinticinco mil millones de kilómetros, y la luz y el calor que reciben de él no son ni siquiera la mitad de los que recibe este mundo. Debe de ser, si la hipótesis nebular contiene algo de verdad, más antiguo que nuestro mundo, y la vida seguramente se inició en su superficie mucho antes de que la Tierra dejara de estar fundida. El hecho de que apenas tenga una séptima parte del volumen de la Tierra debió de acelerar su enfriamiento hasta una temperatura que permitiera que surgiese la vida. Posee aire, agua y todo lo necesario para permitir la existencia de seres vivos.

Pero el hombre es tan arrogante, y está tan cegado por su vanidad, que hasta el final del siglo XIX ningún escritor expresó ninguna idea de que pudiera haberse desarrollado vida inteligente allí lejos, ni, de hecho, en cualquier otra parte, más allá del nivel terrestre. Ni se concibió que, dado que Marte es más antiguo que nuestro planeta, apenas posee una cuarta parte de su área de superficie y está más alejado del Sol, no solo se aleja más del inicio de la vida sino que se aproxima a su fin.

El enfriamiento secular que algún día se extenderá por nuestro planeta ya ha llegado mucho más lejos en el planeta vecino. Su estado físico continúa siendo mayormente un misterio, pero ahora sabemos que incluso en la región ecuatorial la temperatura del mediodía apenas se aproxima a la de nuestro invierno más frío. Su aire está mucho más atenuado que el nuestro, sus océanos han disminuido hasta cubrir solamente un tercio de su superficie, y al cambiar las lentas estaciones se acumulan y funden enormes casquetes de nieve en cada polo que inundan periódicamente sus zonas templadas. Esa última fase de agotamiento, que aún nos resulta increíblemente lejana, se ha convertido en un problema actual para los habitantes de Marte. La presión inmediata de la necesidad ha fortalecido sus intelectos, ha hecho aumentar sus poderes y ha endurecido sus corazones. Y mirando el espacio con instrumentos e inteligencias con las que nosotros apenas hemos soñado, ven que lo más cercano, a tan solo cincuenta y seis millones de kilómetros en dirección al Sol, es una estrella matutina de esperanza, nuestro planeta, más cálido, verde de vegetación y gris de agua, cuya atmósfera nublada indica fertilidad, y atisban entre

las volutas de nubes a la deriva amplios tramos de terreno populoso y mares estrechos y azulados.

Y nosotros, los hombres, las criaturas que habitamos este planeta, debemos de ser por lo menos tan extraños y humildes para ellos como los monos y lémures para nosotros. El lado intelectual del hombre admite que la vida es una lucha incesante por la existencia, y parecería que también es lo que creen las mentes de Marte. Su mundo lleva mucho tiempo enfriándose, y este mundo sigue lleno de vida, aunque solo lo habiten lo que ellos consideran animales inferiores. Llevar la guerra en dirección al Sol es, realmente, la única escapatoria que tienen ante la destrucción que generación tras generación se cierne sobre ellos.

Y antes de que los juzguemos con severidad excesiva debemos recordar lo implacable y profunda que ha sido la destrucción causada por nuestra propia especie, no solo de los animales, como el bisonte y el dodo, ya desaparecidos, sino también de sus razas inferiores. Pese a su aspecto humano, los tasmanos fueron totalmente erradicados en una guerra de exterminio que libraron los inmigrantes europeos en el transcurso de cincuenta años. ¿Nos consideramos tan apóstoles de la compasión que nos quejaríamos si los marcianos batallaran con idéntico espíritu?

Los marcianos parecen haber calculado su incursión con una sutileza increíble, pues su conocimiento matemático excede de manera evidente al nuestro, y han ejecutado sus preparativos con una unanimidad casi perfecta. Schiaparelli y otros hombres observaron el planeta rojo —resulta curioso, por cierto, que durante incontables siglos Marte haya sido la estrella de la guerra—, pero no lograron interpretar las apariciones fluctuantes de las señales que tan bien identificaron. Durante todo ese tiempo los marcianos tienen que haber estado preparándose.

En 1894, cuando la Tierra entró en posición con Marte, se vio una gran luz en la parte iluminada del planeta, primero la detectó el Observatorio Lick, luego Perrotin, de Niza, y más tarde otros observadores. Los lectores ingleses supieron de ella por primera vez en el número de *Nature* con fecha del 2 de agosto. Me inclino a pensar que ese destello pudo deberse a la fundición del enorme cañón, en el hoyo gigantesco de su planeta, desde donde nos

dispararon. Se vieron unas marcas extrañas, todavía sin explicación, cerca del lugar de ese estallido durante las dos oposiciones siguientes.

La tormenta descargó sobre nosotros hace ahora seis años. Mientras Marte se acercaba a la oposición, Lavelle de Java puso en marcha el intercambio astronómico con la asombrosa revelación de un gran estallido de gas incandescente sobre el planeta. Había ocurrido hacia la medianoche del día 12, y el espectroscopio, al que recurrió de inmediato, indicó la presencia de una masa de gas llameante, básicamente hidrógeno, que se movía a una velocidad descomunal hacia la Tierra. Esa cola de fuego se volvió invisible a eso de las doce y cuarto. Él la comparó a una llamarada colosal que hubiera salido repentina y violentamente del planeta, «como gases llameantes disparados por una pistola».

La frase acabó resultando particularmente adecuada. Aun así, al día siguiente los periódicos no dijeron nada al respecto, a excepción de una breve nota en el *Daily Telegraph*, y el mundo siguió ignorando uno de los mayores peligros que ha amenazado jamás a la raza humana. Yo no habría sabido nada de la erupción si no me hubiera citado con Ogilvy, el famoso astrónomo, en Ottershaw. Él estaba tremendamente fascinado por lo sucedido, y llevado por el exceso de emociones me invitó a pasar la noche con él vigilando el planeta rojo.

A pesar de todo lo ocurrido desde entonces, aún recuerdo con claridad aquella noche de vigilancia: el observatorio negro y silencioso, el farol ensombrecido que proyectaba un brillo débil sobre el suelo de la esquina, el tictac constante del reloj del telescopio, la rendija del tejado, cuya profundidad oblonga estaba salpicada de polvo de estrellas. Ogilvy se movía por el lugar, invisible pero audible. Al mirar a través del telescopio se veía un círculo azul oscuro y el planeta pequeño y rojo flotando en el campo. Parecía muy menudo, brillante, pequeño y quieto; tenía unas rayas transversales apenas marcadas y estaba levemente aplanado, por lo que no formaba una redonda perfecta. Era tan pequeño, tan cálido y plateado ¡como la cabeza luminosa de un alfiler! Parecía que temblara, pero en realidad era el telescopio, que vibraba con la actividad del mecanismo de relojería que permitía

ver el planeta.

Cuando lo miraba, el planeta parecía crecer y menguar y avanzar y retroceder, sin embargo, lo único que ocurría era que se me cansaba el ojo. Estaba a más de cincuenta millones de kilómetros de nosotros, a más de cincuenta millones de kilómetros de vacío. Pocas personas comprenden la inmensidad de la vacuidad en la que nada el polvo del universo material.

Recuerdo que cerca del planeta había tres débiles puntos de luz, tres estrellas telescópicas infinitamente lejanas, y lo rodeaba la oscuridad insondable del espacio vacío. Ya saben cómo se ve esa oscuridad en una gélida noche estrellada. En un telescopio todavía parece más profunda. Y me resultó invisible, porque estaba muy lejos, era muy pequeña, y volaba rápido y sin parar hacía mí cruzando esa distancia increíble, acercándose varios miles de kilómetros a cada minuto que pasaba: la llegada de la cosa que nos mandaban, la cosa que tantas luchas, desastres y muertes provocaría en la Tierra. Nunca me la imaginé mientras observaba la noche, nadie en la Tierra se imaginaba ese misil infalible.

Aquella noche, además, el planeta lejano volvió a expulsar un chorro de gas. Yo lo vi. Vi un relámpago rojizo en el borde, una protuberancia mínima en el contorno justo cuando el cronómetro alcanzaba la medianoche, y al verlo pedí a Ogilvy que ocupara mi lugar. La noche era cálida y yo tenía sed, de modo que salí, estirando las piernas con torpeza y avanzando a tientas en la oscuridad, hasta la mesita donde estaba el sifón, mientras Ogilvy se exclamaba ante el chorro de gas que salía disparado hacia nosotros.

Esa noche otro misil invisible empezó a dirigirse a la Tierra procedente de Marte, poco menos de veinticuatro horas después del primero. Recuerdo que me senté en la mesa a oscuras, y que veía retazos de verde y carmesí dando vueltas ante mis ojos. Deseé tener una luz junto a la que fumar, sin sospechar lo que significaba el brillo diminuto que había visto y todo lo que acabaría comportando para mí. Ogilvy estuvo observando hasta la una, entonces se rindió, encendimos el farol y fuimos caminando hasta su casa. Bajo la oscuridad estaban Ottershaw y Chertsey y todos los centenares de personas que vivían allí, durmiendo pacíficamente.

Aquella noche Ogilvy no dejó de especular sobre el estado de

Marte, y se burló de la idea vulgar de que tuviera habitantes que nos habían estado haciendo señas. Su hipótesis era que debía de estar cayendo una fuerte lluvia de meteoritos sobre el planeta, o que estaba teniendo lugar una enorme explosión volcánica. Me señaló lo improbable que era que la evolución orgánica hubiera seguido el mismo camino en los dos planetas adyacentes.

—Las probabilidades en contra de que haya algún ser parecido al hombre en Marte son de una entre un millón —comentó.

Cientos de observadores vieron la llamarada aquella noche y la noche siguiente, después de la medianoche, y también la otra noche, y así durante diez noches seguidas, una llama cada noche. Nadie ha intentado explicar por qué los disparos cesaron tras la décima noche. Puede que los gases de los disparos causaran molestias a los marcianos. Densas nubes de humo o polvo, visibles desde la Tierra a través de un potente telescopio como pequeños fragmentos grises fluctuantes, se extendieron por la claridad de la atmósfera del planeta y oscurecieron sus rasgos más conocidos.

Incluso los periódicos acabaron comentando por fin las perturbaciones, y aparecieron notas populares por aquí, por allá y por todas partes hablando de los volcanes que había en Marte. Recuerdo que *Punch*, una publicación entre seria y cómica, le dio un uso jocosos en su historieta política. Y, sin que nadie lo sospechara, aquellos misiles que los marcianos nos habían disparado se dirigían hacia la Tierra, corriendo a una velocidad de muchos kilómetros por segundo a través del abismo vacío del espacio, hora tras hora y día tras día, acercándose cada vez más. Ahora casi me maravillo al pensar que, ante el destino que se abalanzaba a toda velocidad hacia nosotros, los hombres pudieran continuar con sus insignificantes preocupaciones. Recuerdo lo exultante que estaba Markham tras conseguir una foto nueva del planeta para el periódico ilustrado que publicaba en aquella época. Por aquel entonces la gente apenas era consciente de la abundancia e iniciativa de nuestros periódicos del siglo XIX. Por mi parte, estaba ocupado aprendiendo a montar en bicicleta, y con una serie de artículos donde comentaba los posibles desarrollos de las ideas morales al avanzar la civilización.

Una noche (el primer misil debía de encontrarse entonces a

menos de dieciséis mil millones de kilómetros) salí a dar un paseo con mi esposa. La noche estaba iluminada por las estrellas, y le expliqué los signos del zodiaco y le señalé Marte, un punto brillante de luz que se cernía sobre el cenit, hacia el cual se orientaban muchos telescopios orientados. Era una noche cálida. Al volver a casa pasó por nuestro lado un grupo de excursionistas de Chertsey o Isleworth, cantando y tocando música. Había luces en las ventanas superiores de las casas, pues la gente se iba a dormir. De la estación del tren, a lo lejos, llegaba el ruido de los trenes cambiando de vía, resonando y retumbando, atenuado por la distancia hasta casi convertirse en una melodía. Mi esposa señaló el brillo de las luces rojas, verdes y amarillas de las señales recortadas contra el cielo. Todo parecía muy seguro y tranquilo.

2

LA ESTRELLA FUGAZ

Entonces llegó la noche de la primera estrella fugaz. La vieron temprano por la mañana sobrevolando Winchester a toda velocidad en dirección este, como una llamarada en lo alto de la atmósfera. Debieron de verla centenares de personas, y pensaron que era una estrella fugaz corriente. Albin contó que había dejado una estela verdosa que brilló durante varios segundos. Denning, nuestra mayor autoridad en el tema de los meteoritos, afirmó que cuando la vieron por primera vez se hallaba a ciento cincuenta o sesenta kilómetros. Le pareció que caía en la tierra ciento sesenta kilómetros al este de donde él se encontraba.

A esa hora yo estaba en casa escribiendo en mi estudio, y aunque mis cristaleras dan a Otthershaw y tenía la persiana subida (porque en aquella época me gustaba alzar la vista hacia el cielo nocturno), no vi nada. No obstante, la cosa más extraña que ha llegado nunca a la Tierra procedente del espacio exterior debió de caer mientras estaba ahí sentado, y la habría visto con solo levantar la vista cuando pasó. Algunos de los que la vieron volar dicen que se desplazaba silbando, pero yo no oí nada. Mucha gente de Berkshire, Surrey y Middlesex debió de verla caer, y como mucho pensaron que había caído otro meteorito. Nadie pareció preocuparse por buscar la masa caída aquella noche.

Sin embargo, por la mañana temprano, el pobre Ogilvy, que había visto la estrella fugaz y estaba convencido de que había un meteorito caído en alguna parte entre Horsell, Ottershaw y Woking, madrugó con la idea de encontrarlo. Y sí que lo encontró, poco

después de romper el día, y no muy lejos de los arenales. El impacto del proyectil hizo un agujero enorme, y la arena y la grava salieron disparadas con tanta violencia que formaron unos montones visibles a casi tres kilómetros de distancia. El monte se incendió hacia el este, y un humo fino y azulado se alzó recortado contra el amanecer.

La cosa en sí estaba prácticamente enterrada en la arena, entre las astillas desperdigadas de un abeto que había destrozado al caer. La parte descubierta parecía un cilindro enorme, cubierto de polvo y con el contorno desdibujado por una costra gruesa y escamosa de color pardo. Tenía un diámetro de casi treinta metros. Ogilvy se acercó a la masa, sorprendido de su tamaño y mucho más de su forma, dado que la mayoría de los meteoritos son más o menos redondos. Seguía, no obstante, tan caliente debido al vuelo por los aires que no era posible acercarse mucho. Atribuyó el ruido de movimiento que se oía dentro del cilindro a que su superficie se estaba enfriando de un modo desigual, porque no se le había ocurrido que pudiera estar hueco.

Permaneció de pie al borde del hoyo que había perforado aquella cosa, mirando su extraño aspecto, perplejo sobre todo por su inusual forma y color; ya entonces intuía que su llegada estaba planificada. El amanecer era increíblemente tranquilo, y el sol, que acababa de atravesar los abetos en dirección a Weybridge, ya calentaba. Ogilvy no recuerda haber oído pájaros aquella mañana, desde luego no se agitaba ninguna brisa, y los únicos ruidos eran los débiles movimientos provenientes del interior del cilindro carbonizado. Ogilvy estaba completamente solo.

Entonces se percató, sobresaltado, de que parte de la escoria gris, de la costra carbonizada que cubría el meteorito, se estaba desprendido del borde circular del extremo. Caía en laminillas en la arena. De repente cayó un trozo grande con un ruido brusco que le puso el corazón en un puño.

Durante un minuto no supo qué significaba, y, aunque hacía demasiado calor, descendió al hoyo y se acercó al bulto para ver aquella cosa con más claridad. Incluso entonces le pareció que el enfriamiento del cuerpo podía explicar lo que estaba sucediendo, pero lo que le hacía cuestionar esa conjetura era el hecho de que la

ceniza solo caía por el extremo del cilindro.

Y en aquel momento se dio cuenta de que, muy lentamente, la parte superior circular del cilindro estaba rotando. Era un movimiento tan gradual que no lo advirtió hasta que se fijó en que una marca negra que le quedaba cerca hacía cinco minutos ahora estaba al otro lado de la circunferencia. Ni siquiera entonces entendió qué significaba, hasta que oyó un chirrido amortiguado y vio que la marca negra avanzaba más de dos centímetros. De pronto lo vio claro. El cilindro era artificial, hueco, ¡y tenía un extremo que se desenroscaba! ¡Dentro del cilindro había algo que estaba desenroscando la parte superior!

—¡Santo cielo! —exclamó Ogilvy—. ¡Hay un hombre ahí dentro, hay hombres dentro! ¡Medio quemados! ¡Intentan escapar!

Y con una rápida conexión mental su mente lo vinculó de inmediato al fogonazo sobre Marte.

Le parecía tan terrible que hubiera una criatura confinada que se olvidó del calor y se acercó al cilindro para ayudarlo a girar, pero por fortuna la radiación mate lo frenó antes de que llegara a quemarse las manos con el metal. Se quedó indeciso un instante hasta que se volvió, salió a gatas del hoyo y corrió como un loco hasta Woking. Debían de ser las seis de la mañana. Se encontró con un carretero y trató de explicárselo, pero tanto la historia que le contó como su aspecto eran tan alocados —el sombrero se le había caído en el hoyo— que el carretero siguió adelante sin más. Tampoco consiguió nada con el muchacho que estaba abriendo las puertas del bar junto al puente de Horsell. El tipo creyó que era un lunático suelto, e intentó sin éxito encerrarlo en el bar. Eso le hizo serenarse un poco, y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, en su jardín, gritó a través de la valla y consiguió hacerse entender.

—¡Henderson! —llamó—, ¿vio la estrella fugaz anoche?

—¿Y bien? —replicó Henderson.

—Está en Horsell Common.

—¡Dios bendito, un meteorito caído! ¡Eso es fantástico!

—Pero es algo más que un meteorito. Es un cilindro... ¡un cilindro artificial, caballero! Y hay algo dentro.

Henderson se puso en pie con la pala en una mano.

—¿Y qué es? —preguntó. Estaba sordo de un oído.

Ogilvy le explicó todo lo que había visto. Henderson tardó un minuto en asimilarlo, dejó caer la pala, agarró su chaqueta y salió a la calle. Los dos hombres volvieron a toda prisa al campo comunal y hallaron el cilindro en la misma posición. Pero los ruidos habían cesado, y se veía un fino círculo de metal brillante entre la parte superior y el cuerpo del cilindro. El aire entraba o salía del borde con un ruido leve, como un chisporroteo.

Los hombres escucharon, dieron unos golpecitos en el metal quemado y escamoso con un palito, y al no recibir respuesta ambos concluyeron que el hombre u hombres del interior debían de estar inconscientes o muertos.

Claro que ninguno de los dos fue capaz de hacer nada. Gritaron palabras de consuelo y promesas, y volvieron a la ciudad para buscar ayuda. Uno se los imagina cubiertos de arena, agitados y trastornados, recorriendo la callejuela bajo la brillante luz del sol mientras los comerciantes abrían sus negocios y la gente, las ventanas de sus dormitorios. Henderson se dirigió de inmediato a la estación de tren para telegrafiar la noticia a Londres. Los artículos del periódico habían preparado las mentes de los hombres para recibir esa idea.

Para cuando dieron las ocho varios muchachos y hombres desempleados habían empezado a dirigirse al campo comunal para ver a los «muertos de Marte». Esa fue la forma que adoptó la historia. Me la contó por primera vez el chico que me vendía el periódico, a eso de las nueve menos cuarto, cuando salí a buscar mi *Daily Chronicle*. Me quedé perplejo, por supuesto, y no tardé en salir y cruzar el puente de Ottershaw hacia los arenales.

3

EN HORSELL COMMON

Me encontré a un grupito de unas veinte personas rodeando el enorme agujero donde se hallaba el cilindro. Ya he descrito el aspecto de aquella mole colosal enterrada en el suelo. A su alrededor el césped y la grava parecían chamuscados, como si hubiera habido una explosión repentina. Sin duda había provocado una llamarada al impactar. Henderson y Ogilvy no estaban allí. Creo que entendieron que por el momento no se podía hacer nada, y se fueron a desayunar a casa de Henderson.

Había cuatro o cinco chavales sentados en el borde del hoyo, con los pies colgando, que hasta que los hice parar se divertían arrojando piedras a la masa gigante. Cuando los reñí se pusieron a jugar al «tú la llevas», saliendo y entrando del grupo de los que miraban.

Entre ellos había un par de ciclistas, un jardinero al que yo a veces contrataba, una chica que llevaba un bebé, Gregg, el carnicero, y su niño, y dos o tres vagos *ycaddies* de golf que acostumbraban a merodear por la estación de tren. Se hablaba poco. Muy pocas personas corrientes en la Inglaterra de entonces tenían la menor idea de astronomía. La mayoría de ellas miraban en silencio el extremo del cilindro, grande y parecido a una mesa, que seguía como Ogilvy y Henderson lo habían dejado. Creo que la expectación popular que suscitaban un montón de cuerpos chamuscados se vino abajo al ver el bulto inanimado. Algunos se marcharon mientras yo estaba allí, y vinieron otros. Me metí en el hoyo y me pareció oír un movimiento débil bajo los pies. La verdad

es que la parte superior había dejado de rotar.

Hasta que no me acerqué más no me percaté de lo extraño que era aquel objeto. A simple vista no resultaba más apasionante que un carruaje volcado o un árbol caído cruzados en la carretera. Y ni siquiera eso. Parecía un faro oxidado. Se precisaban ciertos conocimientos científicos para comprender que las escamas grises de aquella cosa no eran de óxido común, que el metal de color blanco amarillento que brillaba en la rendija abierta entre la tapa y el cilindro poseía un tono desconocido. «Extraterreste» era una palabra sin sentido para la mayoría de los curiosos.

En ese momento tenía bastante claro que aquella cosa procedía del planeta Marte, pero me pareció improbable que contuviera un ser vivo. Pensé que se había desenroscado automáticamente. A diferencia de Ogilvy, yo aún creía que había hombres en Marte. Mi mente iba saltando sin cesar entre el potencial del manuscrito que contuviera, las dificultades que podían plantearse al traducirlo, la posibilidad de encontrar monedas y maquetas dentro, y otros temas similares, pues era un objeto demasiado grande para convencerme de que iba vacío. Estaba impaciente por verlo abierto. A eso de las once, como parecía que no ocurría nada, volví a mi casa, en Maybury, sumido en tales pensamientos, pero me costó ponerme a trabajar en mis investigaciones abstractas.

Por la tarde el aspecto del campo comunal se había modificado mucho. Las primeras ediciones de los periódicos de la tarde habían sorprendido a Londres con enormes titulares como este:

UN MENSAJE RECIBIDO DE MARTE

UNA HISTORIA EXTRAORDINARIA EN WOKING

Además, el telegrama que había mandado Ogilvy al Astronomical Exchange había despertado a todos los observatorios de los tres reinos.

Más de media docena de los carruajes de la estación de Woking estaban apostados en la carretera junto a los arenales; había también un carruaje ligero de Chobham y otro bastante señorial. A ellos se sumaban numerosas bicicletas. Aparte, mucha gente debía de haber ido caminando, pese al calor que hacía aquel día, de Woking a Chertsey, así que en conjunto se había formado un grupo considerable, en el que se distinguían una o dos damas con vestidos

muy alegres.

El calor era sofocante, en el cielo no había ni una nube y no corría ni la más leve brisa, y la única sombra era la de unos pocos pinos desperdigados. Se había extinguido el incendio del brezo, pero hacia Ottershaw la llanura estaba ennegrecida hasta donde alcanzaba la vista, y aún salían remolinos verticales de humo. Un emprendedor vendedor de golosinas de la carretera de Chobham había enviado a su hijo con un montón de manzanas verdes y cerveza de jengibre.

Al acercarme al borde del hoyo, hallé el agujero ocupado por un grupo de media docena de hombres: Henderson, Ogilvy y un hombre alto y rubio que después supe que era Stent, el astrónomo real, con diversos trabajadores que blandían palas y hachas. Stent daba indicaciones en tono agudo y claro. Estaba subido al cilindro, que evidentemente se había enfriado mucho, tenía el rostro enrojecido y no dejaba de sudar, y parecía irritado por algo.

Gran parte del cilindro había quedado al descubierto, aunque el extremo inferior seguía sepultado. En cuanto Ogilvy me vio entre la multitud que miraba en el borde del hoyo me llamó para que bajara, y me preguntó si me importaría ir a ver a lord Hilton, el dueño del lugar.

Me comentó que la creciente multitud se estaba convirtiendo en un impedimento grave para sus excavaciones, sobre todo los chicos. Quería que levantaran una verja ligera, y ayuda para mantener a la gente apartada. Me dijo que aún se oía un leve movimiento dentro del cilindro, pero que los trabajadores no habían logrado desenroscar la parte de arriba porque no sabían por dónde agarrarlo. Parecía enormemente grueso, y es posible que el rumor que oíamos fuera un ruidoso tumulto en el interior.

Estaba más que dispuesto a hacer lo que me pedía, para convertirme así en uno de los espectadores privilegiados dentro del cercado que contaban con levantar. No hallé a lord Hilton en su casa, pero me dijeron que esperaban que llegara de Londres en el tren de las seis, que venía de Waterloo, y como entonces eran las cinco y cuarto, me fui a casa, tomé un poco de té y salí caminando hacia la estación para abordarlo.

4

EL CILINDRO SE ABRE

Cuando volví al campo comunal se estaba poniendo el sol. Había grupos por aquí y por allá que se acercaban a toda prisa desde Woking, y una o dos personas que volvían. La multitud que rodeaba el hoyo había aumentado, y resaltaba, oscura, en contraste con el cielo amarillo limón. Puede que fueran dos centenares de personas. Algunos alzaban la voz, y parecía que había algún tipo de pelea en el hoyo. Por un instante me imaginé cosas extrañas. Al acercarme oí la voz de Stent:

—¡Apártense, apártense!

Un chico se me acercó corriendo.

—¡Se mueve! —me dijo al pasar—. ¡Se está soltando, se está soltando! No me gusta. Me voy a casa, me voy.

Me acerqué a la multitud. Diría que había, doscientas o trescientas personas dándose codazos y empujándose las unas a las otras, y el par de damas presentes no eran para nada las menos activas.

—¡Ha caído en el pozo! —gritó alguien.

—¡Apártense! —ordenaron varios.

La multitud se balanceó un poco y yo me abrí paso a codazos. Todos parecían muy excitados. Oí un zumbido peculiar procedente del hoyo.

—¡Digo que mantengan a esos idiotas apartados! —bramó Ogilvy—. No sabemos qué hay en esa maldita cosa, ¿está claro?

Vi a un hombre joven, un dependiente de Woking creo que era, subido al cilindro y tratando de salir como podía del agujero. La

multitud lo había empujado hasta abajo.

El extremo del cilindro se estaba desenroscando desde dentro. Sobresalía más de medio metro de rosca brillante. Alguien chocó contra mí, y por poco me caigo sobre la parte superior de la rosca. Me volví, y entonces la rosca debió de soltarse, pues la tapa del cilindro cayó provocando una sonora conmoción en la grava. Clavé el hombro a la persona que tenía detrás, y volví a mirar otra vez hacia aquella cosa. Por un instante aquella cavidad circular me pareció negra del todo. El sol me daba en los ojos.

Creo que todos esperaban que saliera un hombre, que seguramente no se parecería a nosotros, los terrestres, pero que en esencia sería un hombre. Sé que yo sí esperaba eso. En cambio, cuando miré, vi algo grisáceo que se movía en la sombra, ondulando a varias alturas, y luego dos discos luminosos, como si fueran ojos. Entonces vi una cosa parecida a una serpiente gris pequeña, del grosor de un bastón, que se enroscaba y desenroscaba a partir de la parte que se estremecía, y que se retorció en el aire en dirección hacia mí, y luego otra.

De repente sentí un escalofrío. Una mujer que tenía detrás soltó un grito estridente. Medio me volví, con los ojos fijos aún en el cilindro, del que estaban saliendo otros tentáculos, y empecé a abrirme paso para alejarme del borde del hoyo. Vi que la perplejidad daba paso al horror en los rostros de la gente que me rodeaba. Oí exclamaciones inarticuladas por todos lados. Se produjo un retroceso generalizado hacia atrás. Vi al dependiente esforzándose aún por salir del borde del hoyo. Me encontré solo, y vi que la gente del otro lado del agujero echaba a correr, Stent entre ellos. Volví a mirar el cilindro y un terror incontrolable se apoderó de mí. Me quedé petrificado.

Un bulto grisáceo grande y redondeado, del tamaño de un oso, quizá, se alzaba lentamente y salía a rastras del cilindro. Al asomarse y darle la luz resplandeció como el cuero mojado.

Dos ojos grandes y oscuros me miraban fijamente. La masa que los rodeaba, la cabeza de aquella cosa, era redonda, y tenía cara, por llamarla de alguna manera. Bajo los ojos había una boca, cuyo borde, sin labios, temblaba, jadeaba y salivaba. Toda la criatura respiraba y palpitaba convulsivamente. Un apéndice tentacular

alargado se agarraba al borde del cilindro mientras el otro se balanceaba por los aires.

Los que nunca han visto un marciano vivo apenas pueden imaginarse el extraño horror de su apariencia. La boca peculiar en forma de V con el labio superior levantado, la ausencia de arrugas en la frente, la falta de mentón bajo el labio inferior —que parecía una cuña—, el temblor incesante de la boca, los conjuntos de tentáculos propios de una Gorgona, la respiración agitada de los pulmones en una atmósfera extraña, la pesadez del movimiento, sin duda doloroso debido a la mayor energía gravitacional de la Tierra, y por encima de todo, la intensidad extraordinaria de los ojos inmensos hacía que resultase vital, intenso, inhumano, defectuoso y monstruoso al mismo tiempo. La piel marrón y aceitosa recordaba a los hongos y la parsimonia torpe de sus gestos pesados resultaba terriblemente desagradable. Ya en ese primer encuentro, cuando los vi por primera vez, me dominaron el asco y el terror.

De repente el monstruo se desvaneció. Perdió el equilibrio en el borde del cilindro y cayó en el hoyo, con un golpe sordo, como si cayera una gran masa de cuero. Oí que emitía un grito fuerte y peculiar, y de inmediato otra de esas criaturas apareció, oscura, en la sombra profunda de la abertura.

Me volví y corrí como un loco hasta alcanzar el primer grupo de árboles, puede que a un centenar de metros de distancia, pero corría ladeado, tropezando, pues no podía apartar la cara de aquellas cosas.

Me detuve entre unos pinos jóvenes y unos tojos, jadeando, y esperé a ver qué ocurría. Había mucha gente repartida por el terreno que rodeaba los areneros, y que estaba tan fascinada y aterrorizada como yo, por lo que miraba a las criaturas, o más bien la grava del borde del hoyo donde se encontraban. Y entonces me inundó de nuevo el terror al ver un objeto redondo negro cabeceando en aquel borde. Era la cabeza del dependiente que se había caído, pero parecía un objeto pequeño y negro recortado contra el cálido cielo de poniente. Consiguió levantar el hombro y la rodilla, pero luego volvió a resbalar hasta que solo se le vio la cabeza. De repente desapareció, y creí oír un débil chillido. Tuve el impulso momentáneo de volver a ayudarlo, que mis miedos se

encargaron de frenarme.

El hoyo profundo y los montones de arena que había perforado el cilindro en su caída ya no permitían ver casi nada. Cualquiera que viniera por la carretera procedente de Chobham o Woking se habría quedado atónito ante aquella escena: una multitud menguante, de un centenar de personas o más, formando un gran círculo irregular en zanjas, detrás de arbustos, verjas y setos, sin apenas hablar entre ellos y comunicándose solo con gritos breves y excitados, mientras miraban fijamente unos cuantos montones de arena. La carretilla con cerveza de jengibre permanecía en pie, extrañamente abandonada, negra contra el cielo ardiente, y en los areneros había una fila de vehículos vacíos cuyos caballos se alimentaban de los morrales o piafaban el suelo.

5

EL RAYO DE CALOR

Tras ver a los marcianos salir del cilindro en el que habían llegado a la Tierra procedentes de su planeta, una especie de fascinación me paralizó y me impidió actuar. Permanecí hundido hasta las rodillas en el brezo, mirando fijamente el montículo que los ocultaba. Me debatía entre el miedo y la curiosidad.

No me atrevía a volver al hoyo, pero ansiaba volver a mirar en su interior. Así que empecé a caminar, describiendo una gran curva, en busca de un punto estratégico para poder observar, mientras no dejaba de mirar hacia los montones de arena que ocultaban a los recién llegados a nuestro planeta. En una ocasión, una correa de látigos negros finos, como los brazos de un pulpo, atravesó la puesta de sol y se retiró de inmediato, y a continuación se alzó una vara fina, desplegándose, en cuyo ápice llevaba un disco circular que giraba bamboleándose. ¿Qué podría estar pasando allí?

La mayoría de los espectadores se habían reunido en uno o dos grupos: un grupito pequeño orientado hacia Woking, y el otro era un puñado de gente que iba hacia Chobham. Era evidente que compartían mis dudas. Tenía a algunos cerca. Me acerqué y abordé a un hombre que me di cuenta de que era vecino mío, aunque no sabía cómo se llamaba. Pero no era el momento de entablar conversación.

—¡Qué bestias tan horribles! —exclamó—. ¡Dios mío! ¡Qué bestias tan horribles! —repetía una y otra vez.

—¿Ha visto a un hombre en el hoyo? —le pregunté, pero no me respondió.

Nos quedamos en silencio, y estuvimos un rato mirando el uno junto al otro; nos consolaba un poco, me parece, nuestra mutua compañía. Entonces me desplazé hasta un montículo pequeño que me permitía mirar desde una elevación de casi de un metro, y cuando lo busqué ya se había marchado hacia Woking.

El crepúsculo se convirtió en penumbra sin que ocurriera nada más. La multitud lejana de la izquierda, la que iba a Woking, pareció aumentar, y entonces oí un murmullo débil procedente de allí. El grupito de gente que iba hacia Chobham se dispersó. No había indicios de movimiento en el hoyo.

Parece que eso fue lo que dio coraje a la gente, y supongo que los que acababan de llegar de Woking también contribuyeron a que se recobrara la confianza. En cualquier caso, al anochecer se inició un movimiento lento e intermitente en los arenales, un movimiento que parecía cobrar fuerza mientras la quietud de la noche permanecía inquebrantable en torno al cilindro. Unas figuras negras verticales avanzaban en grupos de dos o tres, se detenían, miraban y volvían a avanzar, repartiéndose en una media luna fina e irregular que parecía que iba a rodear el hoyo por las partes menos prominentes. Yo también empecé a dirigirme hacia el hoyo.

Entonces vi a unos cocheros y a otra gente que habían entrado valientemente en los arenales, y oí el chacoloteo de cascos y el rechinar de ruedas. Vi a un muchacho cargando pesadamente la carretilla de manzanas. Y en aquel momento, a menos de treinta metros del hoyo, detecté a un grupito negro de hombres, el primero de los cuales ondeaba una bandera blanca, avanzando procedente del lado de Horsell.

Formaban la Delegación. Se había hecho una consulta rápida, y dado que los marcianos, a pesar de sus formas repulsivas, eran criaturas inteligentes, habían decidido demostrarles, al acercarse a ellos con una bandera de señales, que también éramos inteligentes.

La bandera se agitaba en el aire, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Me quedaban demasiado lejos para reconocer a nadie, pero luego supe que Ogilvy, Stent y Henderson iban con ellos para intentar comunicarse. Al avanzar, este grupito arrastró hacia dentro, por decirlo de alguna manera, la circunferencia del círculo de gente, ahora casi cerrado, y varias

figuras negras apenas distinguibles lo siguieron a cierta distancia.

De repente se produjo un destello de luz, y una humareda verdosa resplandeciente salió del hoyo en tres ráfagas, que ascendieron, una tras otra, directamente hacia el aire inmóvil.

Este humo (quizá «llama» sería una palabra mejor para describirlo) era tan brillante que el cielo azul intenso y las extensiones brumosas de tierra marrón hacia Chertsey, cubiertas de pinos negros, parecieron oscurecerse abruptamente cuando brotó y seguir a oscuras tras dispersarse. Al mismo tiempo empezó a oírse un silbido débil.

Más allá del hoyo se encontraba el grupito de gente con la bandera blanca al frente, que se habían detenido por lo que estaba sucediendo, y formaban una caravana de pequeñas figuras negras verticales sobre el terreno negro. Cuando se alzó el humo verde, sus rostros se iluminaron en verde pálido, y volvieron a oscurecerse cuando se disipó. Entonces, lentamente, el silbido se fue convirtiendo en zumbido, en un zumbido largo y fuerte. Una figura encorvada empezó a salir despacio del hoyo, y el rastro de un rayo de luz pareció parpadear procedente de ella.

De inmediato unos destellos de llamas reales salieron disparados del grupo de hombres desperdigados, con un resplandor que saltaba de uno a otro. Era como si un rayo invisible los atacara y produjera llamas blancas. Era como si, repentina y momentáneamente, cada hombre se incendiara.

Entonces, a la luz de su propia destrucción, los vi tambalearse y caer, y los que los acompañaban se volvían para echar a correr.

Me quedé mirando, pues aún no comprendía que en aquel grupito distante la muerte saltaba de un hombre a otro. Lo único que pensaba era que se trataba de algo muy extraño. Vi un destello casi silencioso y cegador, y un hombre cayó de cabeza y se quedó inmóvil; al atravesarlos el rayo invisible de calor, los pinos se incendiaron, y todos y cada uno de los tojos secos quedaron envueltos en llamas con un solo golpe sordo. A lo lejos, hacia Knaphill, vi los destellos de árboles y setos y casas de madera que de repente ardían.

Esta muerte llameante, esta espada invisible e inevitable de calor se estaba extendiendo rápidamente y sin pausa. Noté que se

me acercaba por los arbustos, que ardían al alcanzarlos, y estaba demasiado atónito y estupefacto para moverme. Oí el chisporroteo del fuego en los arenales y el chillido repentino de un caballo que se había quedado igual de estupefacto. Entonces fue como si un dedo invisible aunque muy caliente se introdujera a través del brezo entre los marcianos y yo, y, formando una línea curva más allá de los arenales, la tierra oscura humeaba y crepitaba. Algo cayó con estrépito muy lejos, a la izquierda, donde la carretera de la estación de Woking se abre hacia el campo comunal. De inmediato cesaron los silbidos y zumbidos, y el objeto negro y abovedado se hundió lentamente hasta desaparecer en el hoyo.

Todo esto ocurrió con tanta rapidez que yo me quedé paralizado, anonadado y deslumbrado por los destellos de luz. Si la muerte hubiera descrito un círculo entero, se me habría llevado aprovechando mi sorpresa. Pero pasó y me perdonó la vida, y la noche que me rodeaba se volvió de repente oscura y desconocida.

Ahora el lóbrego terreno ondulante parecía casi negro, a excepción de donde las calzadas se veían grises y pálidas bajo el sombrío azul del cielo oscurecido. Se había hecho de noche y, de repente, no había nadie. En lo alto las estrellas se iban reuniendo, y al oeste el cielo seguía pálido, luminoso, de un azul casi verdoso. Las copas de los pinos y los tejados de Horsell se veían definidos y negros en contraste con el arrebol occidental. Los marcianos y sus aparatos resultaban totalmente invisibles, a excepción del débil mástil sobre el que se agitaba su espejo bamboleante. Había fragmentos de arbustos y árboles aislados que aún humeaban y brillaban, y las casas en dirección a la estación de Woking enviaban lenguas de llamas hacia la quietud del aire nocturno.

Nada había cambiado a excepción de todo eso y de una estupefacción terrible. El grupito de puntos negros con bandera había sido exterminado, pero me pareció que la calma de la noche apenas se había perturbado.

Me di cuenta de que me hallaba en aquel terreno oscuro indefenso, desprotegido y solo. De repente, como si me hubiera caído encima, me sobrevino el miedo.

Me volví con esfuerzo y empecé a correr a tientas a través del brezo.

El miedo que sentía no era racional, sino pánico y terror no solo por los marcianos, sino también por el crepúsculo y la quietud que me rodeaban. Llegó a amedrentarme tanto que corría llorando en silencio, como un niño. En cuanto me volví no me atreví a mirar atrás.

Recuerdo el convencimiento absoluto de que jugaban conmigo, de que en ese momento, justo antes de ponerme a salvo, aquella muerte misteriosa se abalanzaría sobre mí, tan rápida como un rayo de luz, desde el hoyo que rodeaba el cilindro, y que me derribaría.

6

EL RAYO DE CALOR EN LA CARRETERA DE CHOBHAM

Aún me maravilla cómo los marcianos pudieron acabar con los hombres tan rápida y silenciosamente. Muchos piensan que de algún modo lograron generar un calor intenso en una cámara donde prácticamente no había conductividad. Y lo proyectaban en un rayo paralelo contra cualquier objeto gracias a un espejo parabólico pulido cuya composición se desconoce, tal como el espejo parabólico de un faro proyecta un haz de luz. Sin embargo, nadie ha sido capaz de demostrar todos estos detalles. Lo hicieran como lo hicieran, lo que es seguro es que todo se basaba en un rayo de calor. Calor, y una luz invisible en lugar de visible. Cualquier cosa combustible se inflama al entrar en contacto con él: el plomo corre como el agua; el rayo ablanda el hierro, resquebraja y funde el cristal, y al tocar el agua explota precipitadamente y se vaporiza.

Aquella noche casi cuarenta personas yacían bajo la luz de las estrellas en torno al hoyo, carbonizadas y deformadas hasta quedar irreconocibles, y durante toda la noche el campo entre Horsell y Maybury quedó desierto e iluminado por las llamas.

La noticia de la matanza debió de llegar a Chobham, Woking y Ottershaw al mismo tiempo. En Woking las tiendas cerraron cuando sucedió la tragedia, y varias personas, tenderos y demás, atraídas por las historias que habían oído, cruzaron el puente de Horsell y la carretera que discurre entre los setos hasta el campo comunal. Pueden imaginarse a los jóvenes acicalados tras terminar el trabajo del día, que aprovecharon la novedad, igual que harían con

cualquier otra, como excusa para caminar juntos y disfrutar de un flirteo trivial. Pueden imaginarse el murmullo de voces por la carretera en el ocaso...

Claro que para entonces en Woking poca gente sabía que el cilindro se había abierto, aunque el pobre Henderson envió a un mensajero en bicicleta a la oficina de correos con un telegrama especial para el periódico de la noche.

Cuando llegaron estos muchachos en grupos de dos y tres, se encontraron con grupitos de gente que hablaba excitada y miraba hacia el espejo giratorio sobre los arenales, y los recién llegados no tardaron, sin duda, en contagiarse del entusiasmo por lo que estaba ocurriendo.

Hacia las ocho y media, cuando la Delegación quedó destruida, puede que hubiera una muchedumbre de más de trescientas personas en aquel lugar, sin contar a los que se habían salido de la carretera para aproximarse a los marcianos. También había tres policías, uno de ellos montado, que se esforzaban, siguiendo las instrucciones de Stent, por mantener a la gente apartada y disuadirla de que se aproximara al cilindro. Hubo ciertos abucheos por parte de los más irreflexivos y excitables, para quienes una multitud siempre supone una ocasión para armar ruido y hacer payasadas.

Anticipándose a posibles enfrentamientos, en cuanto salieron los marcianos, Stent y Ogilvy habían teleografiado al cuartel desde Horsell pidiendo una compañía de soldados para ayudar a proteger a estas extrañas criaturas de la violencia. Después volvieron para liderar el avance infortunado. La descripción de su muerte, tal y como la presencié la multitud, se aproxima mucho a mis propias impresiones: tres bocanadas de humo verde, un zumbido intenso y llamaradas.

No obstante, aquella multitud se salvó de manera todavía más milagrosa que yo, pues un montículo de arena cubierto de brezo obstaculizó el paso inferior del rayo de calor. Si el espejo parabólico se hubiera alzado unos pocos metros más, no habría sobrevivido nadie para contar la historia. Vieron los destellos y a los hombres caer, y una mano invisible, por así llamarla, que prendía los arbustos mientras corría hacia ellos a través del crepúsculo. Y

entonces, emitiendo un silbido que se alzó por encima del zumbido del hoyo, el rayo pasó rozando por encima de nuestras cabezas, iluminó las copas de las hayas que bordeaban la carretera, partió los ladrillos, destrozó las ventanas, prendió fuego a sus marcos y derribó parte del aguilón de la casa más cercana a la esquina.

Ante el ruido sordo y repentino, el silbido y el resplandor de los árboles inflamados, parece que la multitud presa del pánico vaciló unos instantes. Empezaron a caer chispas y ramitas ardiendo en la carretera, y hojas sueltas en llamas. Los sombreros y vestidos se incendiaron. Entonces se oyó un grito procedente del campo comunal. Se oyeron más gritos y chillidos, y de repente un policía montado se acercó galopando entre la confusión agarrándose la cabeza con las manos, gritando.

—¡Que vienen! —chilló una mujer, y todos se volvieron precipitadamente y empujaron a los que quedaban detrás para despejar el camino de vuelta a Woking.

Debieron de salir disparados y a ciegas como un rebaño de ovejas. Donde la carretera se estrecha y oscurece entre los terraplenes altos la multitud quedó atascada, y se produjo una lucha desesperada. No todos lograron escapar; tres personas al menos, dos mujeres y un niño, quedaron aplastadas y pisoteadas, y allí las dejaron morir entre el terror y la oscuridad.

7

CÓMO LLEGUÉ A CASA

Por mi parte, no recuerdo nada de mi huida excepto la tensión de chocar contra los árboles y atravesar el brezo a trompicones. Todo lo que me rodeaba reproducía los terrores invisibles de los marcianos: la espada implacable de calor parecía arremolinarse por todas partes, agitarse por encima de mi cabeza antes de descender, golpearme y arrebatarme la vida. Llegué a la carretera entre el cruce y Horsell, y corrí por ella hasta el cruce.

Llegó un punto en que ya no podía continuar. La intensidad de mis emociones y de la huida me habían dejado exhausto, y me tambaleé hasta desplomarme en el borde del camino. Eso sucedió cerca del puente que cruza el canal junto a la fábrica de gas. Caí y me quedé inmóvil.

Debí de permanecer así un rato.

Luego me incorporé, extrañamente perplejo. Al principio no entendía cómo había llegado hasta allí. Me había despojado del terror como de una prenda de ropa. Ya no tenía el sombrero y se me había soltado el cierre del cuello. Pocos minutos antes solo existían tres cosas para mí: la inmensidad de la noche, el espacio y la naturaleza; mi propia debilidad y angustia, y la proximidad de la muerte. Pero entonces fue como si algo se hubiera volcado, y el punto de vista se alteró bruscamente. No se produjo una transición consciente de un estado de ánimo a otro. Volví a convertirme en el mismo de siempre, en un ciudadano respetable y corriente. El campo silencioso, el impulso de la huida, las llamas crecientes parecían pertenecer a un sueño. Me pregunté si todas esas cosas

habían sucedido realmente, pues no podía creérmelo.

Me levanté y caminé vacilante por la pendiente inclinada del puente. Tenía la mente totalmente paralizada, atónita. Los músculos y nervios parecían desprovistos de fuerza. Me atrevería a afirmar que me tambaleaba como un borracho. Una cabeza se asomó por encima del arco, y apareció la figura de un obrero cargado con una cesta. Junto a él corría un niño. Pasó por mi lado deseándome buenas noches. Quería hablar con él, pero no lo hice. Respondí a su saludo farfullando sin sentido y seguí cruzando el puente.

Por encima del arco de Maybury un tren, un tumulto inflado de humo blanco y llameante que brotaba de un gusano largo con ventanas iluminadas, pasó disparado hacia el sur, traquetea que traquetea, entre estrépitos y golpes, hasta que desapareció. Un corrillo apenas distinguible de gente hablaba en la verja de una de las casas de la bonita hilera de hastiales denominada Oriental Terrace. Todo era tan real y tan familiar... ¡y transcurría detrás de mí! ¡Era una locura, era algo increíble! Me dije que tales cosas no podían ser de verdad.

Puede que yo sea un hombre de estados de ánimo excepcionales. No sé si mi experiencia es muy común. A veces sufro una extrañísima sensación de distanciamiento de mí mismo y del mundo que me rodea; parece que lo vea todo desde fuera, desde un punto inconcebiblemente remoto, fuera del tiempo, del espacio, de la tensión y de la tragedia. Pues aquella noche esta sensación se apoderó de mí. Esa era la otra cara de mi sueño.

Sin embargo, el problema era la incongruencia absoluta entre aquella serenidad y la muerte veloz que sobrevolaba cerca, a poco más de tres kilómetros. Se oía el ruido de la fábrica de gas, y todas las lámparas eléctricas estaban encendidas. Me detuve ante el grupo de gente.

—¿Qué se sabe del campo comunal? —pregunté.

Había dos hombres y una mujer en la verja.

—¿Qué? —dijo uno de los hombres, volviéndose.

—¿Qué se sabe del campo comunal? —repetí.

—¿No acaba de volver de ahí? —preguntaron los hombres.

—La gente se ha puesto muy pesada con eso —dijo la mujer al otro lado de la verja—. ¿Qué sucede?

—¿No han oído hablar de los hombres de Marte? —pregunté—. ¿De las criaturas de Marte?

—Suficiente —contestó la mujer por encima de la verja—, gracias. —Y los tres se rieron.

Me sentía estúpido y me puse furioso. Intenté contarles lo que había visto, pero vi que no podía. Volvieron a reírse ante mis frases entrecortadas.

—Pues aún oirán hablar más de ello —afirmé, y continué hasta casa.

Estaba tan demacrado que asusté a mi esposa en la entrada. Pasé al comedor, me senté, bebí un poco de vino y en cuanto reuní fuerzas suficientes le expliqué lo que había visto. La cena, que era fría, estaba servida, pero permaneció olvidada en la mesa mientras le explicaba mi historia.

—Hay que tener en cuenta algo —le dije, para aplacar los miedos que había despertado—, y es que son las criaturas más lentas que he visto jamás arrastrarse. Puede que se queden con el hoyo y maten a la gente que se acerque a ellas, pero no pueden salir de allí... Aun así, ¡qué horribles son!

—¡No, querido! —exclamó mi esposa, frunciendo el ceño y colocando su mano sobre la mía.

—¡Pobre Ogilvy! —me lamenté—. ¡Y pensar que puede estar allí muerto!

Al menos a mi esposa no le pareció que mi experiencia fuera increíble. Pero cuando vi la palidez de su rostro, dejé de hablar.

—Puede que vengan aquí... —no dejaba de repetir ella.

Insistí en que tomara vino, e intenté tranquilizarla.

—Apenas pueden moverse —reiteré.

Intenté confortarla a ella y a mí mismo repitiendo todo lo que Ogilvy me había contado sobre la imposibilidad de que los marcianos pudieran instalarse en la Tierra. Recalqué el problema gravitacional. En la superficie de la Tierra la fuerza de la gravedad es tres veces mayor que en la superficie de Marte. Un marciano, por tanto, pesaría tres veces más que en Marte, mientras que su fuerza muscular sería la misma. Su cuerpo le resultaría de plomo. Esa era realmente la opinión general. Tanto el *Times* como el *Daily Telegraph*, por ejemplo, insistieron al respecto a la mañana siguiente, y ambos

pasaron por alto, tal y como hice yo, dos influencias evidentes que modificaban la situación.

Ahora sabemos que la atmósfera de la Tierra contiene mucho más oxígeno o mucho menos argón (como se prefiera definirlo) que Marte. Los efectos estimulantes de este exceso de oxígeno en los marcianos debieron de contribuir en gran medida a contrarrestar el aumento de peso de sus cuerpos. Y, en segundo lugar, todos pasamos por alto el hecho de que una inteligencia mecánica como la que poseían los marcianos era bastante capaz de prescindir del esfuerzo muscular si era preciso.

Entonces no tuve en cuenta estas cuestiones, por lo que mis razonamientos no sirvieron de nada contra las posibilidades de los invasores. Con el vino y la comida, la confianza en mi propio hogar y la necesidad de tranquilizar a mi esposa, me fui volviendo más atrevido y seguro de mí mismo sin darme cuenta.

—Han cometido una estupidez —afirmé, señalando la copa de vino—. Son peligrosos, porque, sin duda, están aterrorizados. Puede que no esperaran hallar seres vivos. Desde luego, no seres vivos inteligentes.

»Un proyectil en el hoyo —comenté—. Si lo peor llega a lo peor, los mataremos a todos.

Sin duda, la excitación intensa provocada por lo sucedido había dejado mis poderes perceptivos en un estado de eretismo. Todavía ahora, recuerdo aquella cena con una viveza extraordinaria. El rostro dulce y ansioso de mi querida esposa mirándome por debajo de la lámpara rosa, el mantel blanco y la vajilla de plata y cristal —porque en aquella época incluso los escritores filosóficos disfrutaban de muchos pequeños lujos—, y el vino carmesí y púrpura en mi copa resultan distinguibles como en una fotografía. Al terminar me quedé sentado acompañando un cigarrillo con unas nueces, lamentando la precipitación de Ogilvy y denunciando la falta de arrojo y previsión de los marcianos.

Así podría haberlo considerado un respetable dodo de Mauricio en su nido, que ante la llegada de una embarcación de marineros implacables en busca de alimento animal habría comentado:

—Los mataremos a picotazos mañana, querido.

Yo no lo sabía, pero aquella fue la última cena civilizada que

tomé durante muchos días extraños y terribles.

8

EL VIERNES POR LA NOCHE

Lo más extraordinario, de entre todas las cosas insólitas y maravillosas que ocurrieron aquel viernes, fue cómo encajaron los hábitos corrientes de nuestro orden social con los inicios de una serie de sucesos que acabarían por derribarlo súbitamente. Si el viernes por la noche hubieran cogido un compás y dibujado un círculo con un radio de ocho kilómetros en torno a los arenales de Woking, dudo que hubiera quedado un solo ser humano fuera de él, de no tratarse de algún pariente de Stent o de los tres o cuatro ciclistas o londinenses que yacían muertos en el campo comunal, cuyas emociones o hábitos se vieran afectados por los recién llegados. Muchas personas habían oído hablar del cilindro, por supuesto, y hablaban de ello en su tiempo libre, pero desde luego no causó la sensación que habría producido un ultimátum a Alemania.

En Londres, aquella noche, el telegrama del pobre Henderson describiendo cómo se iba desenroscando el proyectil se consideró un bulo, y tras pedirle autenticación y no obtener respuesta, pues el hombre había muerto, su periódico nocturno decidió no imprimir ninguna edición especial.

Incluso dentro del círculo de ocho kilómetros la mayor parte de la gente estaba inerte. Ya he descrito el comportamiento de los hombres y mujeres con los que hablé. En toda la región la gente se dedicaba a comer y beber; los trabajadores remataban las tareas del día; acostaban a los niños; los jóvenes se paseaban por los caminos haciéndose la corte y los estudiantes se sentaban ante sus libros.

Puede que se oyera un murmullo en las calles del pueblo, que hubiera un tema nuevo y dominante en los bares y que algún que otro mensajero, o incluso un testigo ocular de los últimos sucesos, causara un torbellino de excitación, un griterío y carreras de un lado a otro, pero en general la rutina cotidiana de trabajar, comer, beber y dormir continuaba igual que desde hacía innumerables años, como si en el cielo no hubiera ningún planeta llamado Marte. Incluso era así en la estación de Woking y en Horsell y Chobham.

En el cruce de Woking los trenes pararon y siguieron su viaje; otros pasaron a vías muertas; los pasajeros se apearon y esperaron, y todo siguió del modo más normal posible hasta muy tarde. Saltándose el monopolio de venta de Smith, un chico de la ciudad vendía periódicos con las noticias de la tarde. El impacto sonoro de los vagones y el silbido agudo de las locomotoras del cruce se mezclaba con los gritos de «¡Hombres de Marte!». A eso de las nueve llegaron a la estación unos hombres, muy alterados, con noticias increíbles, pero no causaron más alboroto que el que habrían provocado unos borrachos. Las personas que iban traqueteando hacia Londres miraban la oscuridad tras las ventanillas del vagón y solo veían una chispa parpadeante e inusual que ascendía procedente de Horsell, un brillo rojo y una fina capa de humo pasaba entre las estrellas, y pensaban que no era más que un fuego en el monte. Solo se percibía cierta intranquilidad en el límite del campo comunal. Media docena de casas de campo ardían en el linde de Woking. Había luces encendidas en todas las casas que daban al campo comunal que compartían los tres pueblos, y la gente de allí se mantuvo despierta hasta el amanecer.

Una multitud curiosa permanecía incansable, iba y venía gente, pero la muchedumbre permanecía, tanto en el puente de Chobham como en el de Horsell. Una o dos almas aventureras, según se descubrió más tarde, se adentraron en la oscuridad y se arrastraron hasta acercarse bastante a los marcianos, pero nunca volvieron, porque de vez en cuando un rayo de luz, como el haz reflector de un barco de guerra, barría el campo, tras lo cual venía el rayo de calor. Salvo por el rayo ocasional, aquella gran extensión del campo comunal estaba silenciosa y desierta, y los cuerpos carbonizados yacieron allí durante toda la noche, bajo las estrellas, y durante

todo el día siguiente. Muchas personas oyeron un martilleo procedente del hoyo.

Así estaban las cosas el viernes por la noche. En el centro, clavándose en la piel de nuestro viejo planeta Tierra como un dardo envenenado, estaba el cilindro. Sin embargo, el veneno apenas había empezado a actuar. A su alrededor había un trozo de tierra silenciosa, que ardía en algunos puntos, y algunos objetos oscuros apenas distinguibles yacían contorsionados. También ardía algún que otro arbusto o árbol. Más allá había cierto alboroto, pero la tierra a lo lejos aún no había llegado a inflamarse. En el resto del mundo la corriente de la vida seguía fluyendo como fluía desde tiempo inmemorial. La fiebre de la guerra que acabaría obstruyendo venas y arterias, insensibilizando nervios y destruyendo cerebros aún tenía que brotar.

Los marcianos se pasaron la noche martilleando y moviéndose, insomnes, infatigables, trabajando en la puesta a punto de sus máquinas, y una y otra vez una bocanada de humo de un blanco verdoso se arremolinaba hacia el cielo iluminado por las estrellas.

A eso de las once una compañía de soldados atravesó Horsell, y se desplegó alrededor del linde del campo comunal para formar un cordón. Más adelante, una segunda compañía marchó por Chobham para desplegarse en el lado norte del campo. Varios oficiales del cuartel de Inkerman habían estado allí aquel mismo día, y uno de ellos, el mayor Eden, había desaparecido. El coronel del regimiento llegó al puente de Chobham y a medianoche estaba muy ocupado interrogando a la multitud. Las autoridades militares eran desde luego conscientes de la gravedad del asunto. A eso de las once, según pudieron afirmar los periódicos de la mañana, un escuadrón de húsares, dos *maxims* y unos cuatrocientos hombres del regimiento de Cardigan salieron de Aldershot.

Unos segundos después de la medianoche el gentío de la carretera de Chertsey, en Woking, vio que una estrella caía del cielo en los pinares al noroeste. Era de color verdoso y brilló en silencio como un relámpago de verano. Ese fue el segundo cilindro.

9

EMPIEZA LA LUCHA

El sábado ha quedado en mi memoria como un día de suspense. Fue también un día de lasitud, cálido y bochornoso, cuyo barómetro me comentan que no dejó de fluctuar. Había dormido muy poco, aunque mi esposa sí que logró dormirse, y me levanté temprano. Me dirigí al jardín antes de desayunar y me quedé escuchando, pero en la dirección del campo comunal no se oía nada excepto una alondra.

El lechero vino como de costumbre. Oí el traqueteo de su carro y fui a la portezuela lateral para preguntarle por las últimas noticias. Él me contó que los marcianos habían pasado la noche rodeados de tropas, y que se esperaban cañones. Entonces oí el ruido conocido y tranquilizador de un tren corriendo hacia Woking.

—No los van a matar —afirmó el lechero—, si pueden evitarlo.

Vi a mi vecino trabajando en el jardín, charlé un rato con él, y luego entré tranquilamente a desayunar. Fue una mañana de lo más corriente. Mi vecino opinaba que las tropas conseguirían capturar o destruir a los marcianos a lo largo de aquel día.

—Es una lástima que se hagan tan inaccesibles —opinó—. Sería curioso saber cómo viven en otro planeta; podríamos aprender algo.

Se acercó a la valla y me ofreció un puñado de fresas, pues era un jardinero tan generoso como entusiasta. Al mismo tiempo me contó que habían ardido los pinares en torno a los campos de golf de Byfleet.

—Dicen —continuó— que allí ha caído otro de esos dichosos artefactos, el segundo. Con uno bastaba, desde luego. Esto les

costará una buena suma a los del seguro antes de que se arregle todo. —Se rio muy alegremente ante este comentario. Me informó de que los bosques seguían ardiendo, y me señaló una nube de humo—. Quemarán durante días, debido a la gruesa capa de agujas de pino y turba —comentó. Y, muy serio, añadió—: Pobre Ogilvy.

Tras desayunar, en vez de trabajar, decidí bajar caminando hacia el campo comunal. Bajo el puente de la estación hallé a un grupo de soldados, del cuerpo de ingenieros, creo, con gorras redondas pequeñas y chaquetas rojas sucias sin abotonar, vestidos con camisas azules, pantalones oscuros y botas que les llegaban hasta la pantorrilla. Me dijeron que nadie podía atravesar el canal, y, mirando por la carretera hacia el puente, vi a uno de los hombres de Cardigan montando guardia allí. Hablé con esos soldados durante un rato; les expliqué que había visto a los marcianos la noche anterior. Ninguno de ellos los había visto, y apenas tenían una vaga idea de cómo eran, así que me cosieron a preguntas. Dijeron que no sabían quién había autorizado el movimiento de las tropas; creían que se había producido una disputa en la guardia montada. El zapador común está mucho más educado que el soldado corriente, y debatieron con cierta gravedad las peculiares condiciones de la posible lucha. Les describí el rayo de calor y empezaron a polemizar entre ellos.

—¡Nos arrastramos sin que nos vean y atacamos, digo yo! —intervino uno.

—¡Qué dices! —exclamó otro—. ¿Y qué nos protege del rayo ese? ¡Nos freiría vivos! Lo que hacemos es acercarnos lo que nos deje el terreno, y allí hacer una trinchera.

—¡Al diablo tus trincheras! Siempre quieres trincheras, ¿naciste conejo o qué, Snippy?

—¿Y no tienen cuello, entonces? —intervino bruscamente un tercero, un hombre pequeño, pensativo y oscuro que fumaba en pipa.

Repetí mi descripción.

—Pulpos —replicó el otro—, así los llamaré. Vaya con los pescadores de hombres... ¡Esta vez son luchadores, y no pescadores!

—Matar a bestias así no es asesinato —dijo el primero que había hablado.

—¿Y por qué no bombardeamos a esas malditas criaturas ahora mismo y las rematamos? —propuso el hombrecito oscuro—. Vete a saber lo que pueden hacer.

—¿Y dónde están los proyectiles? —dijo el primero que había hablado—. No hay tiempo. Hay que entrar rápido, eso digo, y atacar de golpe.

Y así lo discutían. Los dejé al cabo de un rato y me fui hasta la estación de tren para conseguir tantos periódicos de la mañana como pudiera.

Pero no cansaré al lector con una descripción de aquella larga mañana y de una tarde aún más larga. No logré siquiera echar un vistazo al campo comunal, porque incluso los campanarios de las iglesias de Horsell y Chobham estaban en manos de las autoridades militares. Los soldados a quienes pregunté no sabían nada; los oficiales se mostraban misteriosos y además estaban ocupados. Había gente en la ciudad que volvía a sentirse segura con la presencia de los militares, y me enteré por Marshall, el estanquero, de que su hijo se contaba entre los fallecidos en el campo comunal. Los soldados habían obligado a la gente de las afueras de Horsell a cerrar y abandonar sus casas.

Volví a almorzar a eso de las dos, muy cansado, pues, como he dicho, era un día extremadamente caluroso y gris, así que para refrescarme me di un baño frío. A eso de las cuatro y media me fui a la estación de tren para conseguir un periódico nocturno, porque en los de la mañana solo había descripciones muy imprecisas de la matanza de Stent, Henderson, Ogilvy y los demás. Pero decía muy poco que no supiera. Los marcianos no se dejaban ver ni un ápice. Parecían atareados en su hoyo, se oía un martilleo y el humo fluía de manera casi constante. Al parecer estaban ocupados preparándose para la lucha. «Se ha tratado otra vez de hacerles señas, sin éxito», era la fórmula estereotipada de los periódicos. Un zapador me explicó que lo intentó un hombre desde una zanja con una bandera encajada en un mástil largo. Los marcianos se fijaron en tales intentos de acercamiento tanto como nosotros nos fijaríamos en los mugidos de una vaca.

Debo confesar que al ver todo aquel armamento, todos aquellos preparativos, me exalté muchísimo. Mi imaginación se volvió

beligerante y derrotó a los invasores de una docena de maneras impresionantes distintas; rememoré mis sueños escolares de batallas y heroísmo. En aquel momento no me pareció una lucha justa, pues parecían muy indefensos en su hoyo.

Hacia las tres empezaron a oírse a intervalos exactos los ruidos sordos de un cañón en Chersey o Addlestone. Me enteré de que estaban atacando el pinar en llamas donde había caído el segundo cilindro, con la esperanza de destruir el objeto antes de que se abriera. Pero hasta las cinco no llegó a Chobham un cañón de campaña para disparar contra el primer grupo de marcianos.

Alrededor de las seis de tarde, mientras estaba tomando el té con mi esposa en el cenador, hablando acaloradamente sobre la batalla que se avecinaba, oí una detonación amortiguada procedente del campo comunal, y justo después vino una ráfaga de disparos. Enseguida se oyó un estrépito vibrante bastante cerca de nosotros, que hizo temblar el suelo, y al salir al césped vi las copas de los árboles en torno al Oriental College envueltas en una llama roja y humeante, y el campanario de la pequeña iglesia que había al lado desmoronándose. El pináculo de la mezquita había desaparecido, y parecía como si un cañón de cien toneladas se hubiera cebado en el tejado de la residencia. Una de nuestras chimeneas se resquebrajó como si la hubiera alcanzado un disparo, se hizo añicos y un trozo bajó repiqueteando por las tejas y cayó formando un montón de fragmentos rojos sobre el parterre junto a la ventana de mi estudio.

Mi esposa y yo nos quedamos atónitos. Entonces me di cuenta de que ahora que habían destruido la residencia, la cima de la colina de Maybury debía de quedar al alcance del rayo de calor marciano.

En vista de eso cogí a mi esposa del brazo y, sin miramiento alguno, salí corriendo con ella hasta la calle. Entonces saqué también a la criada, diciéndole que yo mismo subiría a buscar la caja que exigía llevarse.

—No podemos quedarnos aquí —afirmé, y mientras hablaba en el campo comunal se reanudaron los disparos por un instante.

—Pero ¿adónde iremos? —preguntó mi esposa, aterrorizada.

Me puse a pensar, perplejo. Entonces recordé a sus primos de Leatherhead.

—¡A Leatherhead! —grité por encima del ruido repentino.

Mi mujer apartó la vista en dirección al pie de la colina. La gente salía de sus casas estupefacta.

—¿Y cómo vamos a llegar a Leatherhead? —me preguntó.

Vi a un grupo de húsares montados bajo el puente del tren; tres de ellos cruzaron al galope las puertas abiertas del Oriental College, dos más desmontaron y empezaron a correr casa por casa. El sol, que brillaba a través del humo que ascendía de las copas de los árboles, parecía de un rojo sanguinolento y refulgía, desconocido, sobre todas las cosas.

—Quédate aquí —le pedí—, aquí estás a salvo.

Me dirigí de inmediato al Spotted Dog, pues sabía que el dueño tenía un caballo y un carro. Eché a correr porque me pareció que todos los de aquel lado de la colina no tardarían en empezar a moverse. Lo hallé en su bar, ya que no se había enterado mucho de lo que estaba ocurriendo detrás de su casa. Había un hombre de espaldas a mí hablando con él.

—Debe darme una libra —exigió el dueño—, y no tengo a nadie para conducirlo.

—Le daré dos —dije por encima del hombro del extraño.

—¿Para qué?

—Y se lo devolveré a medianoche.

—¡Ay, Dios! —exclamó el dueño—, ¿por qué tanta prisa? Que estoy vendiendo un trozo de cerdo... ¿Dos libras, y me lo traerá? ¿Y ahora qué pasa?

Le expliqué rápidamente que tenía que abandonar mi casa, y así me aseguré el carro. En ese momento no me parecía igual de urgente que el dueño tuviera que abandonar la suya. Me preocupé de que me lo diera en ese mismo momento y lo conduje por la calle, dejándolo a cargo de mi esposa y la criada mientras me metía a toda prisa en casa y empaquetaba unos pocos objetos de valor, como la vajilla y demás. Las hayas bajo la casa estaban ardiendo, y la empalizada de la calle brillaba enrojecida. Mientras estaba ocupado con esto, uno de los húsares se acercó corriendo. Iba de casa en casa, advirtiéndole a la gente que debía marcharse. Iba a pasar de largo cuando salí por la puerta de la entrada, cargando con mis tesoros envueltos en un mantel, y grité:

—¿Qué noticias hay?

Se volvió, me miró fijamente, gritó algo como «arrastrándose en una cosa como una tapadera» y corrió hasta la puerta de la casa de la cumbre. Un remolino de humo negro que recorría la calle lo ocultó durante un instante. Corrí hasta la puerta del vecino y llamé para quedarme tranquilo con lo que ya sabía, que se había ido con su esposa a Londres y habían cerrado la casa. Cumplí con mi promesa de volver a entrar para coger la caja de mi criada, la saqué a rastras, la até a su lado en la parte de atrás del carro y luego cogí las riendas y salté al asiento del conductor junto a mi esposa. Al cabo de un instante habíamos salido del humo y el ruido y bajábamos a trompicones por la ladera opuesta de Maybury hacia Old Woking.

Delante de nosotros el paisaje era silencioso y soleado, se extendían trigales a ambos lados de la carretera, y el cartel de la posada de Maybury oscilaba. Vi el carro del médico delante de mí. Al final de la colina me volví para mirar la ladera que estaba dejando atrás. Unas gruesas columnas de humo negro con hilos de fuego rojo se alzaban hacia el aire quieto, y proyectaban sombras oscuras sobre las copas de los árboles verdes hacia el este. El humo ya se extendía hacia el este y el oeste: hacia los pinares de Byfleet al este, y hacia Woking al oeste. La carretera estaba salpicada de gente que corría hacia nosotros. Y aunque muy débil, pero perfectamente distinguible a través del aire cálido y quieto, se oía el zumbido de una ametralladora en ese momento inactiva, y el restallido intermitente de los rifles. Al parecer los marcianos estaban prendiendo fuego a todo lo que alcanzara su rayo de calor.

No soy un conductor experto, y tuve que centrar toda mi atención en el caballo. Cuando volví la vista otra vez la segunda colina había ocultado el humo negro. Azoté al caballo con el látigo y le di rienda suelta hasta que Woking y Send quedaron entre nosotros y aquel tumulto agitado. Aproveché para adelantar al médico entre Woking y Send.

BAJO LA TORMENTA

Leatherhead queda a menos de veinte kilómetros de Maybury. El aire olía a heno a través de los prados frondosos más allá de Pyrford, y los setos que flanqueaban la carretera estaban alegremente perfumados por multitud de escaramujos. Los insistentes disparos que estallaron mientras descendíamos por Maybury cesaron tan abruptamente como habían comenzado, con lo que la noche quedó muy tranquila y silenciosa. Llegamos a Leatherhead sin incidentes a eso de las nueve, y el caballo descansó una hora mientras cené con mis primos y dejé a mi esposa a su cuidado.

Mi esposa estuvo durante el viaje sumida en un silencio poco habitual, y parecía afectada por malos presentimientos. Hablé con ella para tranquilizarla, señalé que los marcianos no podrían salir del hoyo debido a su peso, y que como mucho se asomarían un poco arrastrándose, pero ella solo me contestaba con monosílabos. Si no hubiera sido por la promesa que le hice al posadero, creo que me habría suplicado que me quedara en Leatherhead aquella noche. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Recuerdo que estaba muy pálida cuando nos separamos.

Por mi parte, me pasé el día febrilmente excitado. Una especie de fiebre bélica como la que en ocasiones afecta a una comunidad civilizada se me había metido en la sangre y en el corazón y no lamenté mucho tener que volver a Maybury aquella noche. Incluso temía que la última descarga cerrada que había oído pudiera indicar el exterminio de nuestros invasores de Marte. El mejor

modo de expresar mi estado de ánimo es diciendo que quería presenciar su muerte.

Eran casi las once cuando partí de regreso a Maybury. La noche resultaba inesperadamente oscura; me pareció negra del todo al salir del pasillo iluminado de casa de mis primos, y tan cálida y sofocante como el día. Por encima de mi cabeza las nubes se movían deprisa, aunque ni la más leve brisa agitaba los arbustos que nos rodeaban. El criado de mis primos encendió ambas lámparas. Por suerte yo conocía muy bien la carretera. Mi esposa permaneció en la entrada, bajo la luz, y me observó hasta que subí al carro. Entonces se volvió bruscamente y entró, mientras mis primos permanecían uno junto al otro deseándome buen viaje.

Al principio me quedé un poco triste, contagiado de los miedos de mi esposa, pero mis pensamientos no tardaron en centrarse en los marcianos. En aquel momento no tenía ni la más remota idea de cómo se estaban desarrollando los enfrentamientos nocturnos. Ni siquiera conocía las circunstancias que habían precipitado el conflicto. Al atravesar Ockham (porque fue por allí por donde volví, y no por Send y Old Woking), observé un brillo sanguinolento en el horizonte occidental, que, al acercarme, se deslizaba lentamente por el cielo. Las nubes de la tormenta en ciernes se mezclaban allí con masas de humo negro y rojo.

Ripley Street estaba desierta, y a excepción de alguna ventana iluminada el pueblo no mostraba ninguna señal de vida, pero por poco tuve un accidente en la esquina de la carretera de Pyrford, donde había un grupito de gente dándome la espalda. No me dijeron nada cuando pasé. No sé qué sabían acerca de lo que estaba ocurriendo detrás de la colina, ni si en las casas silenciosas frente a las que pasé dormían tranquilamente, si estaban abandonadas y vacías, o si sus habitantes, nerviosos, vigilaban los terrores de la noche.

Desde Ripley hasta que atravesé Pyrford tuve que ir por el valle del Wey, desde donde no se veía el resplandor rojo. Al subir por la pequeña colina después de pasar la iglesia de Pyrford apareció el resplandor otra vez, y los árboles que me rodeaban temblaron con el primer indicio de la tormenta que se cernía sobre mí. Entonces oí las campanadas que daban la medianoche en la iglesia, y apareció

la silueta de Maybury con las copas de los árboles y los tejados negros y recortados contra el rojo.

Mientras la contemplaba, un resplandor verde iluminó la carretera que me rodeaba y mostró los bosques lejanos hacia Addlestone. Sentí un tirón en las riendas. Vi las nubes en movimiento atravesadas por un hilo de fuego verde, que alumbraba de repente su confusión y caía en el campo a mi izquierda. ¡Era la tercera estrella fugaz!

No tardó en aparecer, en este caso con una cegadora luz violeta, el primer rayo de la tormenta que se avecinaba, y el trueno estalló como un cohete en el cielo. El caballo agarró el bocado entre los dientes y se desbocó.

Hay cierta pendiente hacia el pie de la colina de Maybury, y por allí bajamos chacoloteando. En cuanto empezaron, los relámpagos se sucedieron con la serie de destellos más rápida que he visto en la vida. Solapándose y acompañados por un extraño chisporroteo, los truenos sonaban como una máquina eléctrica gigante en vez de con las habituales reverberaciones de estallidos. La luz parpadeante me cegaba y confundía, y un granizo fino me golpeaba a rachas en la cara mientras bajaba por la ladera.

Al principio no veía nada salvo la carretera que tenía delante, cuando abruptamente algo que se movía rápido por la ladera opuesta captó mi atención. Al principio pensé que era el tejado mojado de una casa, pero un relámpago que siguió a otro mostró que avanzaba a toda velocidad. No lograba verlo bien: un instante de oscuridad apabullante iba seguido de un relámpago digno de la luz del día, y entonces las moles rojas del orfanato, cerca de la cima de la colina, las copas verdes de los pinos y este objeto enigmático aparecían claros, definidos y brillantes.

¡Y menuda cosa vi! ¿Cómo podría describirla? Era un trípode monstruoso, más alto que muchas casas, que pisoteaba los pinos jóvenes y los aplastaba y derribaba mientras avanzaba. Era una máquina de metal centelleante que se desplazaba dando zancadas a través del brezo, le colgaban cuerdas articuladas de acero y el tumulto de su paso se mezclaba con el estruendo del trueno. Apareció vívidamente ante un relámpago, inclinándose hacia un lado con dos patas por los aires, y se desvaneció y reapareció casi

de inmediato, de modo que parecía haberse acercado más de treinta metros. ¿Se imaginan un taburete para ordeñar inclinado y lanzado violentamente por el suelo? Esa fue la impresión que me dieron esos relámpagos instantáneos. Pero en vez de un taburete, imagínense una máquina grande sobre un trípode.

Entonces los árboles en el pinar se abrieron delante de mí de repente, como el hombre se abre paso entre juncos quebradizos; algo los partía y derribaba, y apareció un segundo trípode enorme, que parecía avanzar directo hacia mí. ¡Y yo galopaba a su encuentro! Al ver el segundo monstruo perdí los nervios. Sin pararme a mirar otra vez, torcí la cabeza del caballo hacia la derecha, y el carro se inclinó por encima del caballo; las varas chocaron ruidosamente, salí disparado por el lateral y fui a parar a un charco poco profundo.

Salí arrastrándome casi de inmediato y me agazapé, con los pies todavía en el charco, debajo de un grupo de tojos. El caballo yacía inmóvil (¡tenía el cuello roto, pobre bestia!), y bajo los destellos del relámpago vi el bulto negro del carro volcado y la silueta de la rueda que aún giraba despacio. Al cabo de un segundo la máquina colosal pasó dando grandes zancadas junto a mí y subió por la colina en dirección a Pyrford.

Vista de cerca, aquella criatura era increíblemente extraña, pues no se trataba tan solo de una máquina ciega que seguía su camino. Máquina lo era, pues hacía un ruido metálico al avanzar y tenía unos tentáculos largos, flexibles y brillantes (uno de los cuales agarraba un pino joven) que se balanceaban y agitaban en su cuerpo extraño. Escogía su camino, y la capucha de latón que lo remataba se movía adelante y atrás, lo cual indicaba que se trataba de una cabeza que miraba. Detrás del cuerpo principal había una masa enorme de metal blanco, como la cesta gigante de un pescador, y las articulaciones de sus extremidades expulsaron ráfagas de humo verde cuando el monstruo pasó por mi lado. Desapareció al cabo de un instante.

Eso fue todo lo que vi entonces, no demasiado bien debido al parpadeo de los rayos, entre altas luces cegadoras y densas sombras negras.

Al pasar profirió un aullido ensordecedor y exultante que ahogó

el trueno, «¡Alú, alú!», y no tardó en alcanzar al primer trípode, a pocos metros de distancia, y se agachó hacia algo que había en el suelo. No me cabe duda de que aquella cosa fue el tercero de los diez cilindros que nos dispararon desde Marte.

Pasé varios minutos bajo la lluvia y la oscuridad observando, gracias a la luz intermitente, a estos seres monstruosos de metal que se desplazaban por encima de los setos. En aquel momento empezó a caer una fina cortina de granizo, con lo que las figuras se volvían más borrosas y luego volvían a resplandecer. De vez en cuando había una tregua entre los relámpagos y la noche se los tragaba.

Yo estaba empapado de granizo por arriba y del agua del charco por abajo. Tardé un rato en zafarme de la perplejidad y encaramarme por el terraplén hasta un lugar más seco, o en pensar siquiera en el peligro inminente al que estaba expuesto.

No muy lejos había una cabaña de madera vieja y pequeña, rodeada por una parcela donde habían sembrado patatas. Por fin conseguí ponerme en pie y, agachándome y ocultándome donde pude, corrí hasta la cabaña. Llamé a la puerta, aunque no oí a nadie dentro (si es que había alguien), hasta que desistí y, aprovechado una zanja durante la mayor parte del camino, conseguí arrastrarme sin que me vieran aquellas máquinas monstruosas hasta el pinar en dirección a Maybury.

Seguí avanzando protegido por el bosque, mojado y temblando para entonces, hacia mi casa. Caminé entre los árboles tratando de hallar el camino. El bosque estaba realmente oscuro, porque los rayos cada vez eran menos frecuentes y el granizo, que caía en un torrente, formaba columnas a través de los espacios que dejaba el denso follaje.

Si hubiera entendido el significado de todo lo que había visto habría vuelto de inmediato a través de Byfleet hasta Street Cobham, para así volver a reunirme con mi esposa en Leatherhead. Pero aquella noche la extrañeza de las cosas que me rodeaban y mi lamentable estado físico, pues estaba magullado, agotado, calado hasta los huesos, ensordecido y cegado por la tormenta, me lo impidieron.

Se me había ocurrido ir hasta mi casa, y esa era la única motivación con que contaba. Avancé tambaleándome entre los

árboles, caí en una zanja y me rasgué las rodillas con una tabla, hasta que subí chapoteando al camino que venía del College Arms. Digo chapoteando porque el agua de la tormenta arrastraba la arena por la colina formando un torrente turbio.

Allí, en la oscuridad, un hombre tropezó conmigo y me hizo caer hacia atrás. Gritó aterrorizado, cayó a un lado y salió disparado antes de que lograra recuperarme y decirle algo. Tanta era la presión de la tormenta en aquel momento que me costó muchísimo subir la colina. Me acerqué a la valla, a la izquierda, y me abrí paso entre las estacas.

Cerca de la cima me topé con algo blando, y gracias a un relámpago vi entre mis pies un montón de tela negra y un par de botas. Antes de que pudiera distinguir claramente a aquel hombre tumbado, el parpadeo de luz había terminado. Me incliné hacia él esperando el siguiente relámpago. Cuando llegó vi que era un hombre corpulento, vestido con ropa barata pero no gastada; tenía la cabeza inclinada bajo el cuerpo, y yacía desmadejado cerca de la valla, como si lo hubieran arrojado violentamente contra ella.

Superando la repugnancia natural de quien nunca antes había tocado un cadáver, me incliné y le di la vuelta para buscarle los latidos. Estaba muerto. Al parecer se había roto el cuello. El relámpago brilló por tercera vez y apareció su rostro. Me puse en pie de un salto. Era el dueño del Spotted Dog, cuyo vehículo me había llevado.

Pasé por encima de él con cautela y seguí avanzando por la colina. Me encaminé hacia la comisaría de policía y el College Arms en dirección a mi casa. En la colina no ardía nada, aunque del campo comunal aún venía un resplandor rojo y un remolino ondulante de humo rojizo que contrastaba con el granizo torrencial. Por lo que veía gracias a los relámpagos, las casas que me rodeaban estaban mayormente intactas. Junto al College Arms, en la carretera, yacía un montón oscuro.

Siguiendo la carretera hacia el puente de Maybury se oían voces y pasos, pero no tuve valor para gritar o dirigirme hacia ellos. Entré tras abrir la puerta con la llave, eché la cerradura y el cerrojo, fui tambaleándome hasta el pie de la escalera y me senté. Mi mente estaba inundada por aquellos monstruos metálicos que avanzaban a

zancadas y por el cadáver aplastado contra la valla.

Me agaché al pie de la escalera de espaldas a la pared, tiritando violentamente.

EN LA VENTANA

Ya he comentado que mis ataques emotivos tienen la costumbre de agotarse por si solos. Al cabo de un rato me di cuenta de que estaba frío y mojado y de que había pequeños charcos en la alfombra de la escalera a mi alrededor. Me levanté casi mecánicamente, fui al comedor y bebí un poco de whisky, y entonces pensé que debía cambiarme de ropa.

Después subí a mi estudio, pero por qué lo hice la verdad es que no lo sé. La ventana de mi estudio da a los árboles y a la vía del tren de Horsell Common. Con las prisas de nuestra marcha había dejado esa ventana abierta. En el pasillo no había luz, y a diferencia de la imagen que rodeaba el marco de la ventana, un lado de la habitación parecía impenetrable oscuro. Me detuve justo en la entrada.

La tormenta había pasado. Las torres del Oriental College y los pinos que lo rodeaban habían desaparecido, y muy lejos, iluminado por un vívido resplandor rojo, se veía el campo comunal que rodeaba los arenales. Bajo aquella luz, unas figuras negras enormes, grotescas y extrañas se afanaban de un lado a otro.

Parecía realmente que en aquella dirección todo el campo estuviera en llamas: una amplia ladera salpicada de diminutas lenguas de fuego que oscilaban y se contorsionaban con las ráfagas de la tormenta, que amainaba, y proyectaban un reflejo rojo sobre el cielo cubierto de nubes ligeras. De vez en cuando, las nubes de humo de unas conflagraciones más cercanas atravesaban la ventana y ocultaban las figuras marcianas. Yo no veía lo que estaban

haciendo, ni distinguía sus formas con claridad, ni reconocía los objetos negros con los que se afanaban. Tampoco veía el fuego más cercano, aunque sus reflejos bailaban en la pared y el techo del estudio. Un intenso olor resinoso a quemado inundaba el aire.

Cerré la puerta sin hacer ruido y me deslicé hacia la ventana. El campo de visión se abrió hasta que, por un lado, alcanzaba las casas junto a la estación de Woking, y por el otro los pinares carbonizados y ennegrecidos de Byfleet. Había una luz bajo la colina, en la vía del tren, cerca del puente, y varias de las casas de la carretera de Maybury y las calles cercanas a la estación formaban ruinas brillantes. Al principio la luz de la vía me sorprendió; vi un montón negro y un resplandor vívido, y a su derecha una fila de rectángulos amarillos. Entonces comprendí que se trataba de un tren estrellado, cuya parte delantera había chocado y estaba en llamas, mientras que los vagones de detrás seguían sobre los raíles.

Entre estos tres puntos de luz, las casas, el tren y el campo en llamas en dirección a Chobham, se extendían fragmentos irregulares de campo oscuro, interrumpidos por intervalos de terreno poco iluminado y humeante. Aquella extensión negra incendiada constituía un espectáculo de lo más extraño. Me recordaba especialmente a Potteries de noche. Al principio no logré distinguir a ninguna persona, aunque estuve mirando fijamente. Más tarde vi recortadas contra la luz de la estación de Woking diversas figuras negras que corrían una tras otra atravesando la vía.

¡Y este era el pequeño mundo en el que había vivido seguro tantos años, este caos exaltado! Aún no sabía qué había ocurrido durante las últimas siete horas, ni tampoco sabía, aunque empezaba a imaginármela, cuál era la relación entre estos colosos mecánicos y las lentas criaturas que había visto desparramarse fuera del cilindro. Movidio por un extraño interés impersonal, volví la silla de mi escritorio hacia la ventana, me senté y me quedé mirando el paisaje ennegrecido, sobre todo a las tres criaturas negras gigantescas que iban y venían bajo el resplandor que cubría los arenales.

Parecían terriblemente ocupadas. Empecé a preguntarme qué podían ser. ¿Eran máquinas inteligentes? Me parecía que tal cosa era imposible. ¿O había un marciano dentro de cada una de ellas que mandaba y las dirigía de modo parecido a como el cerebro del

hombre manda sobre su cuerpo? Empecé a comparar aquellas criaturas con máquinas humanas, a preguntarme por primera vez en la vida cómo un animal inteligente pero inferior entendería un acorazado o una locomotora.

La tormenta había dejado el cielo despejado, y por encima del humo de la tierra ardiente el puntito cada vez más apagado de Marte caía hacia el oeste, cuando un soldado entró en mi jardín. Oí que rozaba la valla y, desembarazándome de la letargia que se había apoderado de mí, bajé la vista y lo atisbé trepando por la empalizada. Al ver a otro ser humano se me pasó el sopor y me asomé ansioso por la ventana.

—¡Psst! —susurré.

Se detuvo a horcajadas en la valla, dudando, pero la saltó y cruzó el césped hasta la esquina de la casa. Se agachó y continuó sin hacer ruido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó susurrando también, colocándose bajo la ventana y alzando la vista.

—¿Adónde va? —pregunté.

—Quién sabe.

—¿Intenta esconderse?

—Así es.

—Entre en la casa —le indiqué.

Bajé, abrí la puerta, le dejé entrar y volví a cerrarla. No le veía la cara. No llevaba sombrero y tenía la chaqueta desabrochada.

—¡Dios mío! —exclamó cuando le hice pasar.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—¿Qué no ha ocurrido? —Pese a la oscuridad vi que esbozaba un gesto desesperado—. Nos han aniquilado, es que nos han aniquilado... —repetía una y otra vez.

Me siguió de forma casi mecánica hasta el comedor.

—Tome un poco de whisky —le sugerí, y vertí una dosis considerable.

Se lo bebió. Entonces se sentó de golpe ante la mesa, hundió la cabeza entre los brazos y empezó a sollozar como un niño pequeño, arrebatado por la emoción, lo que curiosamente hizo que me olvidara de mi reciente desesperación.

Yo permanecía a su lado, expectante. Hasta al cabo de un buen

rato no logró serenarse y responder a mis preguntas, y entonces contestó de manera desconcertante, a retazos.

Era chófer de artillería, y no había entrado en acción hasta las siete. En ese momento disparaban por todo el terreno, y se decía que el primer grupo de marcianos se estaba arrastrando lentamente hacia el segundo cilindro, protegidos por un escudo de metal.

Más adelante ese escudo se alzó tambaleándose con patas de trípode y se convirtió en la primera de las máquinas guerreras que yo había visto. El cañón que llevaba el artillero se colocó cerca de Horsell para dominar los arenales, y su llegada fue lo que precipitó la acción. Cuando los del armón tomaron la retaguardia, el caballo de este artillero tropezó con una madriguera y cayó en una depresión del terreno. En ese mismo instante el cañón explotó tras él, estalló la munición, el fuego lo rodeó y quedó sepultado bajo un montón de hombres y caballos muertos y carbonizados.

—Me he quedado quieto —explicó—, muerto de miedo, con el cuarto delantero de un caballo encima de mí. Nos han liquidado. Y el olor... ¡ay, Dios mío! ¡Como a carne quemada! Me he hecho daño en la espalda al caer del caballo, y me he tenido que quedar ahí hasta encontrarme mejor. Un minuto antes íbamos desfilando, y luego pam, bum, fiu... ¡Liquidados!

Se quedó escondido bajo el caballo muerto durante mucho rato, mirando furtivamente hacia el campo comunal. Los hombres de Cardigan habían intentado una carga, una escaramuza contra el hoyo, pero los habían aniquilado. Luego el monstruo se puso en pie y empezó a caminar lentamente por el campo entre los pocos fugitivos que quedaban, girando la capucha a modo de cabeza como si fuera un ser humano encapuchado. Una especie de brazo cargaba con un complicado estuche metálico en el que centelleaban relámpagos verdes, y por el conducto de este brazo atacaba el rayo de calor.

En pocos minutos no quedó, según pudo ver el soldado, ni un ser vivo en el campo, y todos los árboles y arbustos que todavía no eran esqueletos ennegrecidos estaban en llamas. Los húsares se hallaban en la carretera más allá de donde se curvaba la tierra, y el artillero no los veía. Oyó a las *maxims* repiquetear durante un rato hasta que se sumieron en el silencio. El gigante se guardó la estación de

Woking y las casas que había alrededor para el final, hasta que en un instante disparó el rayo de calor y la ciudad se convirtió en un montón de ruinas ardientes. Luego la criatura apagó el rayo de calor y, dándole la espalda al artillero, empezó a balancearse hacia los pinares incendiados que albergaban el segundo cilindro. Entonces otro Titán centelleante se armó y salió del hoyo.

El segundo monstruo siguió al primero, y el artillero aprovechó la ocasión para arrastrarse con mucha cautela por las cenizas de brezo calientes hacia Horsell. Consiguió meterse en la trinchera junto a la carretera, y así escapó a Woking. A partir de ahí su relato se volvió entrecortado. El lugar se había vuelto intransitable. Al parecer quedaban unas cuantas personas vivas, desesperadas en su mayoría, y muchas quemadas y escaldadas. El fuego obligó al artillero a desviarse, y se ocultó entre algunos montones chamuscados de paredes caídas cuando volvió uno de los marcianos gigantes. Vio a uno perseguir a un hombre, atraparlo con uno de sus tentáculos acerados y golpearle la cabeza contra el tronco de un pino. Al fin, tras caer la noche, el artillero salió disparado y atravesó el terraplén del ferrocarril.

Desde entonces había estado ocultándose mientras avanzaba en dirección a Maybury, con la esperanza de librarse del peligro si se dirigía hacia Londres. La gente se escondía en trincheras y bodegas, y muchos de los supervivientes se habían dirigido hacia el pueblo de Woking y Send. El soldado se moría de sed, hasta que encontró una cañería destrozada cerca del arco de la estación, de la que salía el agua a borbotones, como una fuente sobre la carretera.

Esta fue la historia que poco a poco le sonsaqué. Se fue calmando al explicármela intentando hacerme ver lo que él había visto. Al principio de todo me contó que no había comido nada desde el mediodía; en la despensa encontré un poco de cordero y pan y lo llevé al comedor. No encendimos ninguna lámpara por miedo a atraer a los marcianos, y nuestras manos se tocaban una y otra vez junto al pan o la carne. Mientras el artillero hablaba, todo lo que nos rodeaba se destacó, oscuro, en la oscuridad, y los arbustos pisoteados y los rosales rotos se vieron más nítidos tras la ventana. Parecía que varios hombres o animales hubiesen atravesado el césped a toda prisa. Empecé a ver la cara del soldado,

oscurecida y demacrada, como sin duda lo estaba la mía.

Cuando terminamos de comer subimos sin hacer ruido a mi estudio, en el piso de arriba, y yo volví a mirar por la ventana abierta. En una noche el valle se había convertido en un valle de cenizas. Los fuegos habían menguado. Donde antes había llamas ahora había espirales de humo, pero los innumerables restos de casas destrozadas y derruidas y árboles arrasados y ennegrecidos resaltaban, adustos y terribles, bajo la luz implacable del amanecer. Algún que otro objeto se había librado, como una señal blanca del tren por aquí o el extremo de un invernadero por allá, claro y reluciente entre los destrozos. Nunca en toda la historia de la guerra la destrucción había sido tan indiscriminada y universal. Brillando a la creciente luz del este, tres gigantes metálicos permanecían en torno al hoyo, rotando las capuchas como si inspeccionaran la desolación que habían causado.

Me pareció que el hoyo había aumentado de tamaño, y de su interior brotaban ráfagas constantes de vapor negro y brillante hacia el amanecer cada vez más claro: ascendían arremolinadas, estallaban y se desvanecían.

A lo lejos se veían las columnas de fuego alrededor de Chobham, que se convirtieron en humo rojo al tocar el alba.

12

LO QUE VI DE LA DESTRUCCIÓN DE WEYBRIDGE Y SHEPPERTON

Al iluminarse el amanecer nos retiramos de la ventana desde la que observábamos a los marcianos y bajamos sin hacer ruido.

El artillero estaba de acuerdo conmigo en que la casa no era lugar para quedarse. Él proponía dirigirse hacia Londres, y allí reunirse con su batería, la n.º 12, de la artillería montada. Mi plan era volver inmediatamente a Leatherhead, y estaba tan impresionado por la fuerza de los marcianos que había decidido llevarme a mi esposa a Newhaven, y así salir enseguida del campo. Había comprendido que los alrededores de Londres serían el inevitable escenario de una lucha desastrosa antes de poder destruir a aquellas criaturas.

No obstante, entre Leatherhead y nosotros se hallaba el tercer cilindro, con sus gigantes guardianes. Si hubiera estado solo, creo que me habría arriesgado a atravesar el campo, pero el artillero me disuadió.

—No se le hace ningún favor a una buena esposa dejándola viuda.

Al final accedí a irme con él, bajo la protección de los bosques, hacia el norte hasta Street Cobham, donde nos separaríamos. Desde allí daría un gran rodeo por Epsom para llegar a Leatherhead.

Yo habría salido de inmediato, sin embargo, mi compañero había estado en servicio activo y sabía que no debíamos hacerlo así. Me hizo revolver la casa en busca de una petaca, que rellenó de whisky, y nos llenamos todos los bolsillos de paquetes de galletas y

rodajas de carne. Entonces salimos a hurtadillas de la casa y corrimos tan rápido como pudimos por la destartada carretera por la que había llegado la noche anterior. Las casas parecían desiertas. Encontramos un grupo de tres cuerpos carbonizados juntos, fulminados por el rayo de calor, y cosas desperdigadas que la gente había dejado atrás, como un reloj, una zapatilla, una cuchara de plata y otros objetos de poco valor. Al volver la esquina hacia la oficina de correos vimos un carrito, repleto de cajas y muebles y sin caballo, inclinado sobre una rueda rota. Habían reventado una caja de caudales a toda prisa y la habían arrojado bajo los escombros.

Excepto la casa del guarda del orfanato, que seguía en llamas, ninguna de las casas de la zona había sufrido daños graves. El rayo de calor había segado la parte superior de las chimeneas y continuado su avance, pero, salvo nosotros, no parecía haber ningún ser vivo en Maybury. La mayoría de sus habitantes habían escapado, me imagino, por la carretera de Old Woking, la que yo había tomado cuando me dirigí a Leatherhead, o se habían escondido.

Seguimos por el camino, pasando junto al cuerpo del hombre de negro, empapado ahora por el granizo nocturno, y nos metimos en los bosques del pie de la colina. Nos abrimos paso hacia la vía sin encontrar un alma. Los bosques que cruzaba no eran sino las ruinas marcadas y ennegrecidas de los bosques que fueron. La mayor parte de los árboles se habían caído, pero unos cuantos seguían en pie, con los troncos de un gris sombrío y el follaje marrón oscuro en vez de verde.

En nuestro lado el fuego no había hecho otra cosa que chamuscar los árboles más próximos, no había logrado afianzarse. Los leñadores habían intervenido el día anterior: los árboles, caídos y recién cortados, yacían en un claro, y había montones de serrín junto a la sierra y su motor. Muy cerca de allí había una cabaña abandonada. No corría una pizca de viento aquella mañana, y todo estaba extrañamente quieto. Incluso los pájaros se habían callado, y mientras avanzábamos a toda prisa, el artillero y yo hablábamos entre susurros y mirábamos de vez en cuando por encima del hombro. Nos paramos una o dos veces a escuchar.

Al cabo de un rato nos acercamos a la carretera y oímos el

chacoloteo de cascos; a través de los troncos de los árboles vimos a tres soldados de caballería dirigiéndose lentamente hacia Woking. Los llamamos y se detuvieron mientras corríamos hacia ellos. Eran un teniente y un par de soldados rasos de los octavos húsares, con un instrumento parecido a un teodolito, que el artillero me explicó que era un heliógrafo.

—Ustedes son los primeros hombres que he visto llegar esta mañana —comentó el teniente—. ¿Qué se cuece?

Su voz y su rostro reflejaban ansiedad. Los hombres que lo seguían miraban con curiosidad. El artillero bajó del terraplén hacia la carretera y saludó.

—El cañón fue destruido anoche, señor. Me he estado ocultando. Intento volver con la batería, señor. Se encontrará con los marcianos, me imagino, a menos de un kilómetro siguiendo esta carretera.

—¿Y cómo diantre son? —preguntó el teniente.

—Gigantes armados, señor. Miden más de treinta metros. Tienen tres patas y un cuerpo como de «luminio», con una cabeza grande y potente con capucha, señor.

—¡Quite usted! —le espetó el teniente—. ¡Menudas tonterías!

—Ya lo verá, señor. Llevan una especie de caja, señor, que dispara fuego y fulmina.

—¿Qué quiere decir, un cañón?

—No, señor. —Y el artillero comenzó a describir gráficamente el rayo de calor. A media explicación, el teniente lo interrumpió y miró hacia mí. Yo seguía en el terraplén junto a la carretera.

—¿Y usted lo ha visto? —preguntó el teniente.

—Es absolutamente cierto —respondí.

—Bueno —dijo el teniente—, supongo que también tengo que verlo. Mire usted —se dirigió al artillero—, estamos destacados aquí y nos dedicamos a sacar a la gente de sus casas. Más vale que siga y se presente ante el general de brigada Marvin, y le cuente todo lo que sabe. Está en Weybridge. ¿Conoce el camino?

—Yo sí —intervine yo, y el teniente hizo girar su caballo otra vez hacia el sur.

—¿Menos de un kilómetro, ha dicho? —repitió.

—Así es —respondí, y señalé las copas de los árboles en

dirección sur. Él me dio las gracias y continuó su camino, y ya no volvimos a verlos.

Más adelante, en la carretera, nos encontramos con un grupo de tres mujeres y dos niños que estaban ocupados vaciando la casita de un peón. Habían conseguido una pequeña carretilla y la estaban llenando de fardos de ropa sucia y muebles gastados. Se habían aplicado tanto a la tarea que no nos dijeron nada cuando pasamos.

Al llegar a la estación de Byfleet salimos de los pinos y el campo resultó estar tranquilo y pacífico bajo el sol de la mañana. Nos hallábamos muy lejos del alcance del rayo de calor, y si no hubiera sido por el abandono silencioso de algunas de las casas, el movimiento agitado de los que hacían las maletas en otras y el grupo de soldados que se encontraban en el puente sobre el tren y miraban hacia la línea que se dirigía a Woking, habría parecido un domingo como cualquier otro.

Varios carros y carretas avanzaban chirriando por la carretera de Addlestone. De repente, a través de la verja de un campo, vimos en un tramo de prado llano seis cañones de doce libras cuidadosamente equidistantes, señalando hacia Woking. Los artilleros estaban esperando junto a los cañones, y los carros de munición se hallaban a la distancia reglamentaria. Los hombres estaban apostados casi como si fueran a pasar revista.

—¡Qué bien! —exclamé—. ¡Harán un buen disparo, en cualquier caso!

El artillero dudó.

—Debo continuar —comentó.

Al acercarnos a Weybridge, justo pasado el puente, había unos cuantos hombres con chaquetas blancas de uniforme que levantaban un largo terraplén, y más cañones detrás.

—Son arcos y flechas contra el rayo... —opinó el artillero—. Aún no han visto ese rayo de fuego.

Los oficiales que no participaban activamente en todo aquello permanecían mirando por encima de las copas de los árboles hacia el suroeste, y los hombres que cavaban iban parando de vez en cuando para mirar en la misma dirección.

Byfleet estaba muy alborotado. Se veía gente que hacía las maletas, y una veintena de húsares, algunos de los cuales habían

desmontado y otros que seguían a caballo, que les iban detrás. Tres o cuatro carros negros del gobierno, con cruces dentro de círculos blancos, y un viejo ómnibus, entre otros vehículos, se estaban cargando en la calle del pueblo. Había montones de gente, mucha vestida con sus mejores ropas, respetando la tradición del domingo. A los soldados les costaba mucho conseguir que entendieran la gravedad de su situación. Vimos a un viejo arrugado con una caja enorme y más de una veintena de macetas con orquídeas, que se quejaba enfadado al caporal porque quería dejarlas. Me paré y le agarré del brazo.

—¿Sabe lo que hay allí? —le espeté, y señalé las copas de los pinos que ocultaban a los marcianos.

—¿Eh? —se volvió—. ¡Le estaba explicando que valen mucho!

—¡La muerte! —grité—. ¡La muerte se acerca! ¡La muerte!

Me callé para que se lo pensara, si es que podía, y salí corriendo tras el artillero. En la esquina volví la vista. El soldado lo había dejado solo, y el viejo seguía ahí junto a su caja, con los maceteros de orquídeas sobre la tapa, mirando distraídamente hacia los árboles.

En Weybridge nadie supo decirnos dónde habían establecido el cuartel general; el lugar estaba sumido en una confusión que no había visto nunca en ningún otro lugar. Carros y carruajes por todas partes, la miscelánea más increíble de vehículos de transporte y caballos. Los respetables habitantes del lugar, hombres vestidos con ropa de golf y trajes para pasear en barca y esposas muy bien arregladas, hacían las maletas mientras los haraganes que merodeaban junto al río los ayudaban enérgicamente; los niños estaban excitados y, en general, encantados con aquella variación increíble de las actividades de los domingos. En mitad de todo aquello, el honorable sacerdote estaba celebrando valientemente una ceremonia temprana, y su campana resonaba por encima de la agitación.

Sentados en el escalón de la fuente, el artillero y yo hicimos una comida muy pasable con lo que nos habíamos traído. Había patrullas de soldados, ya no húsares, sino granaderos vestidos de blanco que advertían a la gente que debía marcharse ya o refugiarse en sus bodegas en cuanto empezaran los disparos. Al cruzar el

puente del tren vimos que en la estación y sus alrededores se había reunido una multitud creciente de personas, y que el atestado andén estaba repleto de cajas y paquetes. El tráfico ordinario se había detenido, creo, para permitir que pasaran tropas y cañones hacia Chertsey, y luego he sabido que la gente luchó ferozmente para conseguir plaza en los trenes especiales que pusieron más tarde.

Estuvimos en Weybridge hasta el mediodía, y a esa hora nos encontramos en un lugar cerca de Shepperton Lock donde se unen el Wey y el Támesis. Pasamos parte del tiempo ayudando a dos mujeres mayores a empaquetar un carrito. El Wey tiene una desembocadura triple donde se pueden alquilar barcas, y había un *ferry* al otro lado del río. En el lado de Shepperton había una posada con césped, y más allá, el campanario de la iglesia de Shepperton — que ha sido sustituido por una aguja— se alzaba por encima de los árboles.

Allí nos encontramos con una muchedumbre exasperada y ruidosa de fugitivos. El pánico aún no se había adueñado de ellos, pero ya había mucho más gente de la que las barcas que iban y venían podían admitir. La gente llegaba jadeando porque llevaba mucho peso; incluso un marido y su esposa cargaban entre los dos la pequeña puerta de un excusado, sobre la que llevaban algunos objetos de valor apilados. Un hombre nos explicó que intentaba huir saliendo de la estación de Shepperton.

Había muchos gritos, y un hombre incluso bromeaba. La idea que se había hecho la gente era que los marcianos eran seres humanos formidables que podrían atacar y saquear, pero que desde luego acabarían destruidos. De vez en cuando la gente miraba nerviosa el Wey, los prados que se extendían en dirección a Chertsey, aunque allí todo estaba tranquilo.

Al otro lado del Támesis reinaba el silencio en todas partes menos donde se desembarcaba, lo que contrastaba vivamente con la orilla de Surrey. La gente que desembarcaba allí continuaba a pie por el camino. El *ferry* grande acababa de hacer un viaje. Había tres o cuatro soldados en el césped de la posada, mirando a los fugitivos y bromeando, sin ofrecerles ayuda. La posada estaba cerrada, porque eran las horas de descanso dominical.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un barquero.

—¡Cállate, estúpido! —exclamó un hombre cerca de mí a un perro que aullaba.

Entonces volvió a oírse el ruido, esta vez procedente de Chertsey, un ruido sordo, amortiguado: el disparo de un cañón.

La lucha estaba comenzando. Casi de inmediato, al otro lado del río y a nuestra derecha, unas baterías invisibles, cubiertas por los árboles, se unieron al coro con una sucesión intensa de disparos. Una mujer gritó. Todo el mundo se detuvo a causa de la conmoción repentina de la batalla, cercana y sin embargo invisible para nosotros. No se veía nada salvo campos llanos, vacas, la mayoría de las cuales rumiaban despreocupadas, y sauces plateados y desmochados inmóviles bajo la luz cálida del sol.

—Los soldados los pararán —afirmó una mujer junto a mí, aunque por su tono no parecía muy convencida.

Una neblina se alzó por encima de las copas de los árboles.

Entonces, de repente, vimos cómo ascendía el humo a lo lejos, río arriba: era una ráfaga de humo que se agitaba y cernía por los aires, y la tierra no tardó en temblar bajo nuestros pies y una explosión tremenda hizo añicos dos o tres ventanas en las casas cercanas, lo cual nos dejó estupefactos.

—¡Ya están aquí! —gritó un hombre vestido con un jersey azul—. ¡Allá! ¿Los ven? ¡Allá!

Rápidamente, uno tras otro, aparecieron uno, dos, tres, cuatro marcianos armados sobre los arbolitos, al otro lado de las praderas llanas que se extienden hacia Chertsey, avanzando a grandes zancadas hacia el río. Al principio parecían figuritas encapuchadas, que se movían balanceándose, tan rápidas como pájaros volando.

Luego, desplazándose oblicuamente hacia nosotros, llegó el quinto. Sus cuerpos armados brillaban bajo el sol mientras se deslizaban a toda velocidad, y su tamaño iba aumentando al acercarse. Uno que estaba en el extremo izquierdo, es decir, el más alejado, agitó un estuche enorme por los aires, y el terrible y fantasmal rayo de calor que ya había visto el viernes por la noche atacó y fulminó Chertsey.

Al ver estas extrañas, veloces y terribles criaturas, la multitud que había en la orilla pareció quedarse paralizada por el horror un instante. No hubo gritos ni chillidos, sino silencio. Luego se oyó un

murmullo ronco y pies que se movían, chapoteando en el agua. Un hombre que estaba demasiado asustado para soltar el baúl que cargaba al hombro se dio la vuelta bruscamente y me hizo tambalearme al golpearme con la esquina de su peso. Una mujer me empujó con la mano y pasó a toda velocidad por mi lado. Yo me volví con la multitud desatada, pero el terror no me impidió pensar. Pensaba en el terrible rayo de calor. ¡Meterme en el agua! ¡Eso tenía que hacer!

—¡Métanse en el agua! —grité, sin que me hicieran caso.

Me volví otra vez, atravesé corriendo la playa de grava y me metí precipitadamente en el agua, en dirección al marciano que se acercaba.

Otros hicieron lo mismo. Los pasajeros de una barca que volvía a la otra orilla salieron dando saltos y se cruzaron conmigo. Bajo mis pies las piedras estaban embarradas y resbaladizas, y el río era tan poco profundo que debí de correr más de seis metros sin que me cubriera más allá de la cintura. Entonces, al ver que el marciano se alzaba a menos de doscientos metros de mi cabeza, me hundí bajo la superficie. El chapoteo de la gente que saltaba desde los barcos al río resonaba como truenos en mis oídos. La gente salía a toda prisa a ambas orillas del río.

No obstante, la máquina marciana no se fijó en la gente que corría por aquí y por allá más de lo que un hombre se fijaría en la confusión de las hormigas cuyo hormiguero hubiera pateado. Cuando, medio ahogado, saqué la cabeza del agua, la capucha marciana apuntaba hacia las baterías que aún disparaban por encima del río, y al avanzar meneaba lo que debía de ser el generador del rayo de calor.

Al cabo de un instante llegó a la orilla, y de una zancada recorrió la mitad del camino. Flexionó las rodillas de sus patas delanteras en la otra orilla, y volvió a alzarse hasta recuperar su altura total cerca del pueblo de Shepperton. A continuación, los seis cañones que habían permanecido ocultos tras aquel pueblo, sin que nadie de la orilla derecha lo supiera, dispararon al unísono. Las sacudidas repentinas y consecutivas, la última casi superpuesta a la primera, me sobrecogieron intensamente. Pero el monstruo ya estaba alzando el estuche que generaba el rayo de calor cuando el

primer proyectil estalló a menos de seis metros por encima de la capucha.

Grité de asombro. Ni vi ni me acordé de los otros cuatro monstruos marcianos, mi atención estaba concentrada en el incidente más cercano. Dos proyectiles más estallaron al unísono cerca del cuerpo mientras la capucha giraba justo para recibir, sin poder esquivarla, una cuarta carga.

El proyectil se estampó contra la cara de aquella criatura. La capucha saltó, refulgió y estalló en una docena de fragmentos de carne roja y metal centelleante.

—¡Tocado! —grité, en lo que también era un vitor.

Oí otros gritos de la gente que me rodeaba en el río. Estaba tan exultante que podría haber salido del agua en aquel instante.

El coloso decapitado daba vueltas como un gigante borracho, pero no cayó. Recuperó milagrosamente el equilibrio, y, como ya no orientaba sus pasos y sostenía rígida la cámara que disparaba el rayo de calor, se tambaleaba a toda velocidad hacia Shepperton. El ser vivo inteligente, el marciano dentro de la capucha, estaba muerto y desperdigado, por lo que aquella cosa no era más que un aparato complejo de metal que se abalanzaba hacia su destrucción. Recorrió una línea recta, incapaz de orientarse. Alcanzó el campanario de la iglesia de Shepperton y lo destrozó como si fuera un ariete, viró hacia un lado, continuó dando tumbos y acabó derrumbándose con una fuerza tremenda en el río, de modo que lo perdí de vista.

Una explosión violenta sacudió el aire y un chorro de agua, vapor, barro y metal destrozado salió disparado por el cielo. Cuando la cámara del rayo de calor tocó el agua la transformó en vapor. Una ola enorme, como un macareo revuelto pero casi hirviendo de tan caliente, se acercó remontando la curva río arriba. Vi a la gente peleando por llegar a la orilla, y oí los gritos y chillidos débiles por encima del hervor y el estruendo del desplome del marciano.

Por un instante hice caso omiso del calor, olvidé la necesidad evidente de conservar la vida y me metí en el agua turbulenta, para lo cual tuve que apartar a un hombre vestido de negro, hasta que volví a ver la curva. Media docena de barcas abandonadas

cabeceaban a la deriva entre la confusión de las olas. El marciano caído volvió a aparecer río abajo, extendido en el agua y en gran parte sumergido.

Salían gruesas nubes de humo de los restos, y a través de las volutas que se arremolinaban tumultuosas, vislumbraba de forma intermitente las extremidades gigantescas revolviendo el agua y salpicando barro y espuma por los aires. Los tentáculos se meneaban y agitaban como brazos vivos, y, si se olvida el sinsentido y la inutilidad de tales movimientos, era como si una criatura herida luchara por sobrevivir entre las olas. De la máquina brotaban unos ruidoso y enormes chorros de líquido marrón rojizo.

Me distrajo de este bullicio mortal un griterío furioso, como el que emite esa cosa llamada sirena en nuestras poblaciones manufactureras. Un hombre, metido hasta las rodillas cerca del camino de sirga, gritaba algo que no entendía en dirección a mí y señalaba algo. Al volver la vista, vi a los otros marcianos avanzando a pasos gigantes por la orilla del río, procedentes de Chertsey. En esta ocasión los cañones de Shepperton hablaron en vano.

Al verlos me metí de inmediato en el agua y, aguantando la respiración hasta que moverme me resultó un tormento, avancé tanto como pude, a trompicones y dolorido. El agua había formado un torbellino a mi alrededor, y aumentaba de temperatura rápidamente.

Cuando saqué la cabeza un instante para tomar aliento y apartarme el pelo y el agua de los ojos, vi que el vapor se alzaba formando una niebla blanca arremolinada que en un principio ocultó por completo a los marcianos. El ruido era ensordecedor. Entonces atisé sus figuras colosales de color gris magnificadas por la bruma. Habían pasado por mi lado, y dos de ellos se estaban inclinando hacia los restos espumosos y convulsos de su compañero.

El tercero y el cuarto permanecían junto a él en el agua. Uno de ellos debía de estar a menos de doscientos metros de mí, el otro se orientaba hacia Laleham. Los generadores de los rayos de calor apuntaban alto, y los rayos sibilantes salían fulminantes en varias direcciones.

El aire estaba lleno de sonidos, ruidos ensordecedores y confusos que chocaban entre ellos: el estruendo metálico de los marcianos; el

estrépito de las casas al caer; el ruido sordo que proferían árboles, vallas y cabañas al incendiarse, y el chisporroteo y el rugido del fuego. Se estaba formando un humo denso y negro que se mezclaba con el vapor procedente del río, y mientras el rayo de calor peinaba Weybridge, su impacto quedaba marcado por destellos de blanco incandescente que de inmediato provocaban una danza humeante de llamas refulgentes. Las casas más cercanas seguían intactas, aguardando su destino, oscuras, imprecisas y pálidas al sumirse en el vapor, mientras el fuego recorría el campo tras ellas.

Creo que permanecí así un segundo, con el agua casi hirviendo hasta la altura del pecho, atónito, sin esperanza de escapar. A través del vapor veía a la gente que estaba conmigo en el río saliendo como podía del agua entre los juncos, como ranitas que huyeran por la hierba del avance de un hombre, o que corrían arriba y abajo, totalmente consternados, por el camino de sirga.

De pronto, los destellos blancos del rayo de calor saltaron hacia mí. Las casas cedían como si se disolvieran cuando el rayo las rozaba, y lanzaban llamas; los árboles rugían al volverse fuego. El rayo barría el camino de sirga, relamiendo a la gente que corría de un lado a otro, y alcanzó el borde del agua a menos de cincuenta metros de donde yo estaba. Recorrió el río entero hasta Shepperton, y a su paso el agua formó una protuberancia que hervía emanando vapor. Me volví hacia la orilla.

Y entonces una ola enorme, que prácticamente había alcanzado el punto de ebullición, se abalanzó sobre mí. Grité mucho y me escaldé, medio cegado, y agonizando fui tambaleándome por el agua, que saltaba y silbaba, hacia la orilla. Un solo tropiezo habría sido mi fin. Caí sin poder evitarlo, a la vista de los marcianos, en la barra amplia y desnuda de grava que marca la confluencia del Wey y el Támesis. No esperaba otra cosa que la muerte.

Tengo el recuerdo del pie de un marciano que descendió a menos de veinte metros de mi cabeza, pisando la grava suelta, girando aquí y allá y alzándose otra vez; y también el recuerdo de un largo suspense, y de ver a los cuatro marcianos cargando entre todos los restos de su compañero, ahora clara y entonces vagamente a través de un velo de humo, en lo que me pareció un retroceso interminable por un vasto espacio de ríos y prados. Y entonces me

percaté muy lentamente de que había escapado de milagro.

CÓMO ME ENCONTRÉ CON EL CURA

Tras la repentina lección sobre el poder de las armas terrestres, los marcianos se retiraron a su posición original en Horsell Common, y con las prisas y cargados con los restos de su compañero destrozado, sin duda pasaron por alto muchas víctimas perdidas e insignificantes, como yo mismo. Si hubieran abandonado a su compañero y continuado de inmediato, nada se habría interpuesto entre Londres y ellos salvo las baterías de cañones de doce libras, y estoy seguro de que habrían alcanzado la capital antes de que se supiera que se aproximaban; su llegada habría resultado tan repentina, espantosa y destructiva como el terremoto que destruyó Lisboa hace un siglo.

Pero no tenían prisa. Un cilindro tras otro describía su vuelo interplanetario; cada veinticuatro horas recibían refuerzos. Y mientras tanto las autoridades militares y navales, que ya eran plenamente conscientes del poder tremendo de sus antagonistas, trabajaban movidas por una energía furiosa. A cada minuto un nuevo cañón tomaba posición, hasta que, antes del crepúsculo, todos los cadáveres, todas las hileras de casas de las laderas empinadas alrededor de Kingston y Richmond ocultaban una boca negra expectante. Y por el área carbonizada y desolada que rodeaba el campamento marciano de Horsell Common —que debía de ocupar unos treinta kilómetros cuadrados—, en los pueblos calcinados y en ruinas entre los árboles verdes, en las arcadas ennegrecidas y humeantes que hasta el día anterior eran pequeños pinares, se arrastraban los entregados exploradores con sus

heliógrafos, que servían para advertir a los artilleros del acercamiento marciano. Pero los marcianos ya habían comprendido nuestro dominio de la artillería y el peligro de la proximidad humana, y ningún hombre se aventuraba a menos de kilómetro y medio de cualquier cilindro, si no quería perder la vida.

Parecía que estos gigantes se habían pasado la primera parte de la tarde yendo y viniendo, trasladando todo el contenido del segundo y el tercer cilindro —el segundo en los campos de golf de Addlestone y el tercero en Pyrford— a su hoyo original, en Horsell Common. Por encima del brezo renegrido y los edificios en ruinas que se extendían por doquier uno de ellos hacía guardia, mientras los demás abandonaban sus enormes máquinas guerreras y descendían al hoyo. Estuvieron muy ocupados hasta bien entrada la noche, y la columna ascendente de humo verde y denso que de allí surgía se veía desde las colinas de Mellow, e incluso, se dice, desde Banstead y Epsom Downs.

Y mientras los marcianos detrás de mí se preparaban de este modo para su siguiente incursión, y la humanidad ante mí se congregaba para la batalla, salí con infinito dolor y esfuerzo del fuego y el humo de Weybridge, que ardía, en dirección a Londres.

Vi una barca abandonada, muy pequeña y lejana, que se iba río abajo, y tras quitarme gran parte de la ropa empapada fui tras ella, la alcancé y escapé así de aquella destrucción. No tenía remos, pero logré remar tanto como me lo permitieron las manos escaldadas, avanzando lenta y pesadamente hacia Halliford y Walton, mientras miraba, como comprenderán, por encima del hombro. Seguía el río porque me parecía que en el agua tendría más oportunidades de escapar si los gigantes regresaban.

El agua calentada por el desplome del marciano me acompañaba río abajo, por lo que durante casi una milla apenas vi nada a cada lado. No obstante, en una ocasión conseguí distinguir una sucesión de figuras negras corriendo por los prados, procedentes de Weybridge. Halliford, al parecer, estaba desierto, y varias casas que daban al río estaban en llamas. Resultaba extraño ver el lugar tan tranquilo y solitario bajo el cielo cálido y azul, con el humo y lo que quedaba de las llamas alzándose hacia el calor de la tarde. Nunca antes había visto casas ardiendo sin una multitud delante. Un poco

más adelante los juncos de la orilla humeaban y brillaban, y una línea de fuego interior avanzaba sin cesar a través de un campo de heno tardío.

Seguí a la deriva durante mucho rato, pues estaba infinitamente dolorido y agotado tras la violencia que había sufrido, y el calor del agua era terriblemente intenso. Entonces los miedos se apoderaron otra vez de mí y volví a remar. El sol me abrasaba la espalda desnuda. Por fin, cuando vi el puente de Walton al girar la curva, la fiebre y la debilidad disiparon mis miedos, desembarqué en la orilla de Middlesex y me eché, muy mareado, en la hierba larga. Me imagino que debían de ser las cuatro o las cinco. En algún momento me levanté, caminé casi un kilómetro sin hallar un alma y volví a echarme otra vez a la sombra de un seto. Creo recordar que estuve divagando, hablando conmigo mismo, cuando hice este último esfuerzo. También tenía mucha sed, y me lamentaba amargamente de no haber bebido más agua. Resulta curioso que estuviera enfadado con mi esposa, no recuerdo por qué, pero el deseo impotente de llegar a Leatherhead me preocupaba en exceso.

No me acuerdo con claridad de la llegada del cura, así que debí de quedarme dormido. De repente me di cuenta de que había una figura sentada, con las mangas de la camisa manchadas de hollín, y el rostro bien afeitado vuelto hacia un débil parpadeo que bailaba en el cielo. El cielo estaba lo que se dice aborregado, cubierto por varias hileras de débiles nubes de plumón teñidas del crepúsculo de pleno verano.

Me incorporé, y al oír el susurro de mi movimiento me lanzó una mirada rápida.

—¿Tiene agua? —pregunté abruptamente.

Meneó la cabeza.

—Lleva una hora pidiendo agua —explicó.

Nos quedamos en silencio un instante, examinándonos mutuamente. Me atrevería a afirmar que le resultaba una figura bastante extraña: iba desnudo a excepción de los pantalones y los calcetines empapados, estaba escaldado y tenía la cara y los hombros ennegrecidos por el humo. Su rostro era simple y hermoso, tenía la barbilla retraída, y el cabello le caía en rizos encrespados, casi blondos por la frente; sus ojos eran bastante grandes, de un

azul pálido, y miraban vacíos. Habló bruscamente, con la mirada hueca apartada de mí.

—¿Qué son? —preguntó—. ¿Qué son esas cosas?

Lo miré sin responder.

Alargó una mano fina y blanca, y habló en un tono casi quejumbroso.

—¿Por qué se permiten esas cosas? ¿Qué pecados hemos cometido? Había terminado el servicio matutino, iba paseando por los caminos para despejar la cabeza para la tarde, y entonces, ¡fuego, terremoto, muerte! ¡Como si fuera Sodoma y Gomorra! ¡Toda nuestra obra deshecha, toda la obra...! ¿Qué son estos marcianos?

—¿Qué somos nosotros? —pregunté, aclarándome la garganta.

Se agarró las rodillas y se volvió otra vez para mirarme. Se quedó observándome en silencio durante tal vez medio minuto.

—Yo iba paseando por los caminos para despejar la cabeza —repitió—. Y de repente... ¡fuego, terremoto, muerte!

Y volvió a sumirse en el silencio, y esta vez hundió la barbilla casi hasta las rodillas

Entonces empezó a agitar la mano.

—Toda la obra, todas las sesiones dominicales... ¿Qué hemos hecho? ¿Qué ha hecho Weybridge? Todo ha desaparecido... todo destruido. ¡La iglesia! La reconstruimos hace solo tres años. ¡Ya no está! ¡La han exterminado! ¿Por qué?

Hizo otra pausa y volvió a estallar como un demente.

—¡El humo de ella sube por los siglos de los siglos! —exclamó.

Le ardía la mirada, y señaló con un dedo flaco en dirección a Weybridge.

Yo ya empezaba a tomarle la medida. La tremenda tragedia en la que se había visto involucrado, pues era evidente que había huido de Weybridge, lo había conducido al borde la locura.

—¿Estamos lejos de Sunbury? —pregunté sin exaltarme.

—¿Qué vamos a hacer? —replicó él—. ¿Hay criaturas de esas por todas partes? ¿Se les ha cedido la Tierra?

—¿Estamos lejos de Sunbury?

—Pero si esta mañana temprano he celebrado una misa...

—Las cosas han cambiado —le interrumpí en voz baja—. Debe

mantener la cordura. Aún hay esperanza.

—¡Esperanza!

—Sí. Una gran esperanza... ¡pese a toda esta destrucción!

Comencé a explicar cómo veía yo la situación. Al principio escuchaba, pero a medida que fui avanzando el interés menguante en sus ojos dio paso a la mirada anterior, que apartó de mí.

—Este debe de ser el principio del fin... —me interrumpió—. ¡El fin! ¡El gran y terrible día del Señor! Cuando los hombres llamarán a las montañas y rocas para cubrirlos y ocultarlos... ¡ocultarlos del rostro de Aquel que se sienta en el trono!

Comencé a entender qué era lo que ocurría. Abandoné mis razonamientos elaborados, me esforcé por ponerme en pie y apoyé la mano en su hombro.

—¡Compórtese como un hombre! —le espeté—. ¡Reprima ese miedo! ¿Para qué sirve la religión si se hunde ante la calamidad? ¡Piense en lo que los terremotos, las inundaciones, las guerras y los volcanes han hecho antes a los hombres! ¿Pensaba que Dios había exonerado a Weybridge? No es un agente de seguros, hombre...

El cura se quedó un momento sumido en un silencio inexpresivo.

—Pero ¿cómo podemos escapar? —preguntó de repente—. Son invulnerables, son implacables....

—Ni lo uno, ni, quizá, lo otro —repliqué—. Y cuanto más fuertes sean, más cuerdos y cautelosos deberíamos mostrarnos. Allá han matado a uno de ellos, no hace ni tres horas.

—¡Matado! —exclamó mirando a su alrededor—. ¿Cómo pueden matar a los ministros de Dios?

—He visto cómo ha sido —continué explicándole—. Resulta que nos hemos encontrado en el centro de la acción, eso es todo.

—¿Qué es ese parpadeo en el cielo? —preguntó abruptamente.

Le dije que eran las señales del heliógrafo, las señales de ayuda y esfuerzo humano en el cielo.

—Estamos en plena acción —insistí—, aunque ahora haya tranquilidad. Ese parpadeo en el cielo indica que se avecina una tormenta. Creo que allá están los marcianos, y hacia Londres, donde se alzan esas colinas alrededor de Richmond y Kingston, al amparo de los árboles, están levantando terraplenes y colocando los cañones. Y ahora los marcianos volverán por este camino.

Mientras todavía hablaba el cura se puso en pie de un salto y me detuvo con un gesto.

—¡Escuche!

Detrás de las colinas bajas del otro lado del agua se oyó la resonancia amortiguada de los cañones, a lo lejos, y un griterío remoto y extraño. Luego todo quedó en silencio. Un escarabajo se acercó zumbando por encima del seto y pasó por nuestro lado. En lo alto, al oeste, la luna creciente colgaba tenue y pálida por encima del humo de Weybridge y Shepperton y el esplendor cálido y quieto del atardecer.

—Más vale que sigamos este camino —indiqué—. Hacia el norte.

EN LONDRES

Mi hermano menor estaba en Londres cuando los marcianos cayeron en Woking. Estudiaba medicina, se estaba preparando para un examen inminente, y no se enteró de su llegada hasta el sábado por la mañana. Los periódicos matutinos del sábado publicaban, además de extensos artículos especiales sobre el planeta Marte, la vida en otros planetas y temas similares, un telegrama breve y formulado de manera vaga, que impresionaba sobre todo por su brevedad.

Alarmados por la multitud que se aproximaba, los marcianos habían matado a varias personas con un arma de repetición, decía la noticia. El telegrama concluía con las palabras: «Por muy formidables que aparenten ser, los marcianos no han salido del hoyo en el que han caído, y lo cierto es que parecen incapaces de hacerlo. Probablemente se debe a la fuerza relativa de la energía gravitatoria de la Tierra». Los editorialistas se explayaron cómodamente en esa última parte del texto.

Claro que todos los estudiantes de la clase preparatoria de biología en la que mi hermano pasó aquel día estaban sumamente interesados, pero no había señales de alarma inusual en las calles. Los periódicos de la tarde adornaron lo que tenían bajo grandes titulares.

Hasta las ocho no tuvieron nada que contar aparte de los movimientos de tropas en el campo comunal, y el incendio de los pinares entre Woking y Weybridge. Luego, en una edición extra especial, el *St. James Gazette* anunció sin más que se había

interrumpido la comunicación telegráfica porque habían caído unos pinos ardiendo en la línea. Aquella noche, la noche en que fui y volví de Leatherhead, no se supo nada más acerca de la lucha.

Mi hermano no estaba preocupado por nosotros, pues sabía por la descripción de los periódicos que el cilindro quedaba a más de tres kilómetros de mi casa. Decidió ir a visitarme aquella noche, para, según me cuenta, ver aquellas cosas antes de que las mataran. A eso de las cuatro de la tarde envió un telegrama que jamás me llegó, y pasó la tarde en un *music hall*.

En Londres también hubo una tormenta el sábado por la noche, y mi hermano llegó a Waterloo en coche de caballos. En el andén de donde suele salir el tren de medianoche se enteró, tras esperar un rato, de que un accidente impedía a los convoyes llegar a Woking aquella noche. No logró determinar la naturaleza del accidente, pues las autoridades ferroviarias no lo sabían en aquel momento. La estación no estaba muy agitada, ya que, al pensar que lo que había ocurrido en la línea entre Byfleet y el cruce de Woking no era más que una avería, los oficiales habían puesto a circular los trenes del teatro que normalmente pasaban por Woking dando la vuelta por Virginia Water o Guilford. Estaban ocupados haciendo los preparativos necesarios para alterar la ruta de los trayectos de Southampton y Portsmouth para la liga del domingo. Un reportero nocturno, que confundió a mi hermano con el jefe de la estación, pues se parecen un poco, lo abordó y trató de entrevistarlo. Pocas personas, a excepción de los funcionarios del ferrocarril, relacionaban la avería con los marcianos.

He leído, en otra descripción de estos mismos hechos, que el domingo por la mañana «todo Londres estaba electrizado por las noticias de Woking». De hecho, nada justificaba esa frase tan extravagante. Muchos londinenses no supieron de los marcianos hasta el pánico del lunes por la mañana, y solo los que se pararon a analizar lo que transmitían los telegramas redactados a toda prisa en los periódicos del domingo. La mayoría de la gente de Londres no lee los periódicos del domingo.

Además, los londinenses tienen tan asumido que están protegidos, y la información sorprendente es tan habitual en los periódicos que pudieron leer lo siguiente sin estremecerse en

absoluto: «En torno a las siete de la tarde de anoche los marcianos salieron del cilindro, y, desplazándose bajo una armadura de escudos metálicos, han destrozado completamente la estación de Woking con las casas adyacentes, y masacrado a un batallón entero del regimiento de Cardigan. Se desconocen los detalles. Los *maxims* han resultado totalmente inútiles contra su armadura, y se han inutilizado los cañones de campaña. Los húsares que han logrado huir han llegado galopando hasta Chertsey. Los marcianos parecían moverse más lentamente en dirección a Chertsey o Windsor. La ansiedad inunda el oeste de Surrey, y se está preparando el terreno para vigilar el avance en dirección a Londres». Así fue como lo explicó el *Sunday Sun*, y un astuto y sorprendente artículo a modo de «manual» en el *Referee* comparaba el asunto con que de repente hubieran soltado animales salvajes en un pueblo.

En Londres nadie sabía a ciencia cierta cuál era la naturaleza de los marcianos armados, y se mantenía la idea fija de que debían de ser lentos; «se arrastran» y «se mueven con mucho esfuerzo» eran expresiones habituales en casi todos los primeros informes. Sin duda, ninguno de los telegramas había sido escrito por un testigo ocular de su avance. Los periódicos del domingo sacaron otras ediciones al llegar más noticias, algunos lo hicieron aunque no las hubiera. Pero no tuvieron prácticamente nada más que contar a la gente hasta última hora de la tarde, cuando las autoridades comunicaron a las agencias de prensa lo que sabían. Se afirmó que la gente de Walton y Weybridge, y de toda aquella zona, se dirigía en riadas hacia Londres, y eso fue todo.

Mi hermano fue a la iglesia del Foundling Hospital por la mañana, sin saber aún lo que había sucedido la noche anterior. Allí oyó que hacían alusiones a la invasión, y hubo una oración especial por la paz. Al salir compró un *Referee*. Se asustó al leer las noticias que contenía, y volvió a la estación de Waterloo para saber si se había restablecido la línea. Los ómnibus, carruajes, ciclistas e innumerables personas que paseaban con sus mejores ropas apenas parecían afectados por la extraña noticia que difundían los vendedores de periódicos. La gente solo mostraba interés, o, si se alarmaba, solo se alarmaba por los residentes de aquellas ciudades. En la estación oyó por primera vez que las líneas de Windsor y

Chertsey estaban interrumpidas. Los mozos le explicaron que por la mañana habían recibido varios telegramas sorprendentes de las estaciones de Byfleet y Chertsey, pero que súbitamente habían dejado de llegar. Mi hermano no consiguió obtener detalles muy precisos al respecto. «Están peleando en Weybridge» era todo lo que sabían.

El servicio ferroviario se había vuelto muy desorganizado. En la estación había bastantes personas esperando a amigos procedentes de puntos de la red del suroeste. Un caballero anciano con el pelo gris se acercó e insultó amargamente a la South-Western Company ante mi hermano.

—Hay que desenmascararla —se justificó.

Llegaron uno o dos trenes procedentes de Richmond, Putney y Kingston con personas que habían salido a pasear en barca y se encontraron las esclusas cerradas y la sensación de pánico en el aire. Un hombre con un *blazer* azul y blanco le contó a mi hermano un montón de noticias extrañas.

—Hay multitud de personas que se dirigen hacia Kingston en carruajes, carros y cosas así, con cajas de objetos de valor y todo eso —explicó—. Vienen de Molesey, Weybridge y Walton, y dicen que han oído cañones en Chertsey, muchos disparos, y que unos soldados montados les han dicho que se marcharan enseguida porque venían los marcianos. Nosotros oímos que disparaban cañones en la estación de Hampton Court, pero pensamos que eran truenos. ¿Qué diantre quiere decir todo eso? Los marcianos no pueden salir de su hoyo, ¿verdad?

Mi hermano no sabía qué decirle.

Más adelante descubrió que la sensación de inquietud se había extendido a los clientes del metro, y que los excursionistas domingueros empezaban a volver de todos los «pulmones» del suroeste —como Barnes, Wimbledon, Richmond Park y Kew— a horas demasiado tempranas, pero ninguno de ellos sabía más que las vaguedades que había oído. Todos los que tenían que pasar por la estación terminal parecían de mal humor.

A eso de las cinco, el gentío que se acumulaba en la estación estaba tremendamente excitado por la apertura de la línea, que casi siempre está cerrada, entre las estaciones del sureste y el suroeste, y

porque pasaron vagones cargados con cañones enormes y repletos de soldados. Esas fueron las armas que llevaron desde Woolwich y Chatham para cubrir Kingston. Hubo un intercambio de comentarios jocosos: «¡Os vamos a comer! ¡Somos domadores de fieras!», y cosas por el estilo. Al cabo de un rato una brigada policial llegó a la estación y empezó a despejar los andenes, y mi hermano regresó a la calle.

Las campanas de la iglesia tocaban a vísperas, y un pelotón de muchachas del Ejército de Salvación bajó cantando por Waterloo Road. En el puente, unos cuantos haraganes observaban una extraña espuma marrón que llegaba a rachas con la corriente. El sol se estaba poniendo, y la Torre del Reloj y las casas del Parlamento se alzaban en contraste con uno de los cielos más pacíficos que se puedan imaginar, un cielo de oro, atravesado por largas franjas transversales de nubes púrpuras y rojizas. Se habló de un cuerpo que flotaba. Uno de los hombres que había allí, y que dijo que era reservista, explicó a mi hermano que había visto el heliógrafo parpadeando en el oeste.

En Wellington Street mi hermano se encontró con una pareja de mozos corpulentos que acababan de salir disparados de Fleet Street cargando periódicos, todavía húmedos, con titulares llamativos: «¡Terrible catástrofe!», se gritaban el uno al otro por Wellington Street. «¡Lucha en Weybridge! ¡La descripción entera! ¡Rechazo de los marcianos!, ¡Londres en peligro!». Tuvo que dar tres peniques por un ejemplar de ese periódico.

Fue entonces, y solo entonces, cuando empezó a percatarse del poder de aquellos monstruos y el terror que infundían. Se enteró de que no eran solamente un puñado de criaturas pequeñas y lentas, sino mentes que movían enormes cuerpos mecánicos que podían desplazarse rápidamente y atacar con tanta contundencia que ni siquiera los cañones más potentes podían hacerles frente.

Los describían como «máquinas enormes semejantes a arañas, de más de treinta metros de alto, que podían alcanzar la velocidad de un tren expreso y disparar un rayo de calor intenso». Se habían colocado baterías ocultas, sobre todo cañones de campaña, por el campo en torno a Horsell Common, y especialmente en la región entre Woking y Londres. Habían visto a cinco de aquellas máquinas

desplazarse hacia el Támesis, y una de ellas, por una afortunada casualidad, había sido destruida. En otros casos los proyectiles habían fallado, mientras que los rayos de calor habían aniquilado totalmente las baterías. Se mencionaban numerosas pérdidas de soldados, pero el tono del parte era optimista.

Habían logrado repeler a los marcianos, no eran invulnerables. Se habían retirado a su triángulo de cilindros en los alrededores de Woking. Los exploradores que hacían señales con los heliógrafos avanzaban hacia ellos por todos los flancos. Los cañones se desplazaban rápidamente desde Windsor, Portsmouth, Aldershot, Woolwich, incluso desde el norte; había, entre otros, cañones alambrados de noventa y cinco toneladas procedentes de Woolwich. En conjunto había ciento dieciséis en posición o colocándose a toda prisa, cubriendo sobre todo Londres. En Inglaterra nunca había habido una concentración tan grande o tan rápida de material militar.

Se esperaba poder destruir de inmediato cualquier otro cilindro que cayera con explosivos de alta potencia, que se estaban fabricando y distribuyendo a toda velocidad. Sin duda, continuaba el informe, la situación no podía ser más anormal y grave, pero se exhortaba al público a evitar y desalentar el pánico. Aunque los marcianos eran sumamente extraños y terribles, no debía de haber más de veinte, y nosotros éramos millones.

Las autoridades tenían motivos para suponer, a juzgar por el tamaño de los cilindros, que en cada uno de ellos no había más de cinco, unos quince en total. Y por lo menos se habían deshecho de uno, si no de más. Se avisaría al público de cuando el peligro se aproximara, y se estaban tomando medidas exhaustivas para proteger a la gente en las zonas residenciales amenazadas del suroeste. Y así, reiterando y garantizando una y otra vez la seguridad de Londres y la capacidad de las autoridades para enfrentarse a las dificultades, terminaba lo que era casi una proclama.

Se imprimió con un tipo de letra enorme en un papel tan reciente que seguía húmedo, y no hubo tiempo para añadir una palabra de comentario. Resultaba curioso, opinó mi hermano, ver el modo despiadado en que habían recortado y suprimido los

contenidos habituales del periódico para dejar espacio a esta información.

Por toda Wellington Street se veía a gente abriendo las páginas rosadas y leyendo, y el Strand se volvió ruidoso de repente con las voces de un ejército de vendedores que seguían a los dos primeros. Había hombres que bajaban a empujones de los autobuses para hacerse con algún ejemplar. Lo cierto es que estas noticias estimulaban inmensamente a la gente, cualquiera que fuera su apatía previa. Estaban abriendo las persianas de una tienda de mapas, me explicó mi hermano, y vio a un hombre vestido de domingo, con guantes amarillo limón incluidos, que colocaba a toda prisa mapas de Surrey en el escaparate.

Continuando por Strand hasta Trafalgar Square con el periódico en la mano, mi hermano se topó con unos cuantos fugitivos del oeste de Surrey. Había un hombre con su esposa y dos niños, que llevaba algunos muebles en un carro como los de los verduleros. Venía del puente de Westminster, y lo seguía de cerca un carro de heno con cinco o seis personas de aspecto respetable dentro, y algunas cajas y fardos. Estas personas tenían la cara demacrada, y su aspecto general contrastaba enormemente con el esplendor dominical de los que iban en los ómnibus. La gente vestida a la moda los miraba desde los coches de caballos. Se detuvieron en la plaza como si no supieran qué camino tomar, y acabaron girando hacia el este por el Strand. A cierta distancia iba un hombre con ropa de trabajo, montado en uno de esos triciclos anticuados con una ruedecita delantera. Iba sucio y tenía la cara blanca.

Mi hermano bajó por Victoria y se encontró a unas cuantas personas con idéntico aspecto. Se le había ocurrido que quizá me vería. Se percató de que había un número inusual de policías regulando el tráfico. Algunos de los refugiados intercambiaban noticias con la gente de los ómnibus. Uno de ellos afirmaba haber visto a los marcianos.

—Eran calderas con zancos, se lo digo, que iban dando zancadas como si fueran hombres.

La mayoría de los fugitivos estaban excitados y agitados por su extraña experiencia.

Pasado Victoria, los bares hacían negocio con los recién

llegados. En todas las esquinas había grupos de gente leyendo los periódicos, hablando eufóricos, o mirando a los visitantes inusuales de aquel domingo. Parecían aumentar a medida que avanzaba la noche, hasta que, según mi hermano, las calles se asemejaban a la calle mayor de Epsom en día de derbi. Mi hermano habló con varios de estos fugitivos y obtuvo respuestas insatisfactorias de casi todos.

Ninguno de ellos pudo darle ninguna noticia sobre Woking, excepto un hombre que le aseguró que la población había quedado totalmente destruida la noche anterior.

—Vengo de Byfleet —explicó—. Por la mañana, temprano, ha llegado un hombre en bicicleta y ha ido de puerta en puerta advirtiéndonos que nos marcháramos. Luego han venido soldados. Hemos salido a mirar, y había nubes de humo hacia el sur, solo humo, y no se veía un alma en esa dirección. Luego hemos oído los cañones de Chertsey, y a la gente que venía de Weybridge. Así que he cerrado mi casa y he venido.

En aquel momento en las calles cundía la sensación de que había que culpar a las autoridades porque no habían conseguido librarse de los invasores sin causar todas aquellas molestias.

A eso de las ocho se oyó claramente por todo el sur de Londres el ruido de un intenso combate. Mi hermano no lo oyó debido al tráfico en las calles principales, pero logró percibirlo al meterse por las callejuelas silenciosas que daban al río.

Fue caminando desde Westminster hasta su apartamento, cerca de Regent's Park, y llegó a eso de las diez. Se había puesto muy nervioso por lo que podía haberme ocurrido, y le preocupaba la magnitud evidente del problema. Se veía inclinado a repasar, como yo había hecho el sábado, los detalles militares. Pensó en todos aquellos cañones silenciosos, expectantes, del campo repentinamente nómada, y trató de imaginarse las «calderas con zancos» de más de treinta metros.

Pasaron una o dos carretas con refugiados por Oxford Street, y varias por Marylebone Road, pero las noticias se extendían tan despacio que Regent Street y Portland Place estaban repletas de los paseantes habituales los domingos por la noche, aunque hablaban en grupos, y resiguiendo el borde de Regent's Park había tantas parejas «deambulando» sin decir nada bajo las lámparas de gas

dispersas como de costumbre. La noche era cálida y silenciosa, y un tanto opresiva; el ruido de los cañones continuaba intermitente, y pasada la medianoche parece que hubo relámpagos difusos en el sur.

Mi hermano leía y releía el periódico, y se temía que me hubiera ocurrido algo terrible. Estaba inquieto, y después de cenar volvió a salir sin rumbo fijo, regresó y trató en vano de distraerse con los apuntes para el examen. Se fue a dormir poco después de medianoche, y en la madrugada del lunes el alboroto de los que llamaban a las puertas, los pies corriendo por la calle, el tamborileo distante y el clamor de las campanas lo despertó de unos sueños escabrosos. Unos reflejos rojos bailaban en el techo. Se quedó perplejo durante un instante, preguntándose si se había hecho de día o el mundo se había vuelto loco. Entonces saltó de la cama y corrió a la ventana.

Su cuarto estaba en un ático, y asomó la cabeza. Por toda la calle oyó que resonaba una docena de veces el mismo ruido que acababa de hacer al abrir la ventana, y aparecieron cabezas sumidas en toda clase de desaliños nocturnos. Se gritaban preguntas.

—¡Que vienen! —gritó un policía, golpeando la puerta—. ¡Vienen los marcianos! —Y se dirigió a toda prisa a la puerta siguiente.

El redoble de tambores y trompetas procedía del cuartel de Albany Street, y todas las iglesias a su alcance se afanaban en matar el sueño tocando a rebato con vehemencia y desorden. Oyó el chasquido de las puertas al abrirse, y en las casas de enfrente una ventana tras otra saltaba de la oscuridad a la iluminación amarilla.

Por la calle se acercó galopando un carruaje cerrado, que al llegar a la esquina hizo un ruido súbito y estrepitoso, convertido en estruendo bajo la ventana, y fue disminuyendo lentamente al alejarse. Detrás llegaron un par de coches de caballos, precursores de una larga procesión de vehículos que huían, la mayoría de los cuales en vez de bajar la pendiente hacia Euston se dirigían a la estación de Chalk Farm, donde se estaban llenando trenes especiales hacia el noroeste.

Mi hermano pasó mucho rato mirando por la ventana, perplejo y sin reaccionar, observando cómo los policías llamaban a golpes a

una puerta tras otra, y transmitían su incomprensible mensaje. Luego la puerta detrás de él se abrió, y entró el hombre que vivía al otro lado del rellano, vestido solamente con camisa, pantalones y zapatillas, con los tirantes caídos en torno a la cintura y el pelo aún desordenado por la almohada.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó—. ¿Hay un incendio? Pero ¡qué escándalo es este!

Ambos sacaron la cabeza por la ventana, esforzándose por oír lo que gritaban los policías. La gente salía de las calles aledañas y se quedaba hablando en grupos en las esquinas.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —preguntó el vecino de mi hermano.

Mi hermano le respondió con vaguedades y empezó a vestirse, pero iba corriendo con cada prenda hasta la ventana para no perderse nada de la excitación creciente. Y entonces, unos hombres que vendían periódicos demasiado temprano se acercaron gritando por la calle:

—¡Londres corre peligro de asfixia! ¡Forzadas las defensas de Kingston y Richmond! ¡Espantosas matanzas en el valle del Támesis!

Y a su alrededor —en las habitaciones de debajo, en las casas de cada lado y de enfrente, y detrás, en las terrazas del parque y en el centenar de calles de aquella parte de Marylebone, y en el distrito de Westbourne Park y St. Pancras, y al oeste y al norte en Kilburn, St. John's Wood y Hampstead, y hacia el este, en Shoreditch, Highbury, Haggerston y Hoxton, y, en realidad, por toda la inmensidad de Londres desde Ealing hasta East Ham— la gente se frotaba los ojos y abría las ventanas para mirar y hacer preguntas inútiles, y se vestía a toda prisa mientras por las calles corría el primer soplo de la tormenta de miedo que se avecinaba. Fue el amanecer del gran pánico. Londres, que se había acostado el domingo por la noche ajena e indiferente a todo, amanecía el lunes con una intensa sensación de peligro.

Como desde su ventana no lograba saber qué estaba sucediendo, mi hermano bajó y salió a la calle, justo cuando entre los parapetos de las casas el cielo se volvió rosado con la luz temprana del amanecer. La gente que huía a pie y en vehículos aumentaba a cada

momento.

—¡Humo negro! —oyó que gritaban. Y otra vez—: ¡Humo negro! El contagio de un miedo tan unánime era inevitable.

Mientras mi hermano dudaba en el umbral de la puerta vio que se acercaba otro vendedor de periódicos y cogió uno enseguida. El hombre salió pitando con el resto, y fue vendiendo sus periódicos a un chelín mientras corría, lo que generaba una combinación grotesca de pánico y beneficio.

Y en ese periódico mi hermano leyó el parte catastrófico del comandante en jefe:

«Los marcianos pueden descargar nubes enormes de vapor negro y venenoso mediante cohetes. Han contenido a nuestras baterías, destruido Richmond, Kingston y Wimbledon, y avanzan lentamente hacia Londres, arrasando todo lo que encuentran por el camino. Es imposible detenerlos. La única forma de salvarse del humo negro es huir de inmediato».

Eso era todo, pero bastaba. Toda la población de aquella gran ciudad de seis millones de habitantes se movía, escapaba, corría; en aquel momento salían en masa hacia el norte.

—¡Humo negro! —gritaban las voces—. ¡Fuego!

Las campanas de la iglesia vecina resonaron con un escándalo metálico, y un carro que conducían sin la debida atención chocó, entre gritos e insultos, contra el abrevadero del final de la calle. La horrible luz amarilla iba y venía en las casas, y algunos de los coches de caballos que pasaban presumían de los faroles aún encendidos. Y por encima de sus cabezas, el amanecer se volvía más luminoso, claro, estable y tranquilo.

Mi hermano oyó pasos corriendo por las habitaciones, y que bajaban y subían las escaleras detrás de él. Su casera se acercó a la puerta, mal cubierta con una bata y un chal; su marido la siguió lamentándose.

Como mi hermano empezó a percatarse de la importancia de todo aquello, volvió a toda prisa a su cuarto, se metió todo el dinero del que disponía —diez libras en total— en los bolsillos y volvió a salir a la calle.

LO QUE HABÍA OCURRIDO EN SURREY

Mientras el cura divagaba sentado bajo el seto en los prados llanos cerca de Halliford, y mientras mi hermano observaba a los fugitivos que se amontonaban en el puente de Westminster, los marcianos habían reanudado la ofensiva. Por lo que se puede deducir de los relatos contradictorios que se han presentado, la mayoría de ellos permaneció ocupada con los preparativos en el hoyo de Horsell hasta las nueve de la noche, ultimando a toda prisa una operación en la que liberaron enormes cantidades de humo verde.

Pero hubo tres que salieron hacia las ocho de la tarde y, avanzando lenta y cautelosamente, se abrieron paso a través de Byfleet y Pyrford hacia Ripley y Weybridge, y así se hallaron a la vista de las baterías expectantes recortadas contra la puesta de sol. Estos marcianos no avanzaban formando un cuerpo, sino una línea, de modo que debían de quedar a un par de kilómetros y medio unos de otros. Se comunicaban mediante unos silbidos que parecían sirenas y recorrían la escala subiendo y bajando de una nota a otra.

Estos silbidos y los cañonazos en Ripley y St. George's Hill fue lo que oímos en Upper Halliford. Los soldados de artillería de Ripley, que eran voluntarios totalmente inexpertos a los que nunca deberían haber puesto en tal situación, dispararon una descarga descontrolada, prematura e ineficaz, y escaparon a caballo y a pie por el pueblo desierto, mientras los marcianos, sin necesidad de usar su rayo de calor, caminaron tranquilamente por encima de sus cañones, pisando con cautela entre ellos, y los adelantaron, de

modo que llegaron inesperadamente hasta los cañones de Painshill Park, que destruyeron.

No obstante, los hombres de St. George's Hill estaban mejor comandados o tenían más aplomo. Ocultos por un pinar, parece que el marciano que estaba más cerca no se los esperaba. Prepararon sus cañones con tanta tranquilidad como si estuvieran desfilando, y dispararon a una distancia de casi un kilómetro.

Los proyectiles destellaron alrededor del marciano, y vieron que daba unos pocos pasos, se tambaleaba y caía. Todos gritaron al unísono, y recargaron los cañones a una velocidad frenética. El marciano desplomado profirió un aullido prolongado, y enseguida un segundo gigante resplandeciente le respondió y apareció por encima de los árboles del sur. Al parecer, uno de los proyectiles había destrozado una pata del trípode. Toda la segunda carga pasó volando lejos del marciano del suelo, mientras sus compañeros cargaban con sus rayos de calor contra la batería. La munición explotó, todos los pinos que rodeaban los cañones estallaron en llamas, y solo uno o dos hombres que ya estaban corriendo por la cima de la colina lograron escapar.

Después de este ataque, parece ser que los tres marcianos se pidieron consejo mutuamente y se detuvieron, y los exploradores que los observaban informaron de que permanecieron inmóviles por completo durante la media hora siguiente. El marciano que habían desplomado salió arrastrándose lenta y pesadamente de su capucha. Era una pequeña figura marrón, que desde esa distancia recordaba a una insólita manchita de roña, y al parecer se enfrascó en la reparación de su soporte. A eso de las nueve ya había terminado, pues volvió a verse su capucha por encima de los árboles.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la noche cuando a estos tres centinelas se les sumaron cuatro marcianos más, cada uno de los cuales cargaba con un tubo negro grueso. Entregaron sendos tubos similares a los otros tres, y los siete procedieron a distribuirse, equidistantes, formando una línea curva entre St. George's Hill, Weybridge y el pueblo de Send, al suroeste de Ripley.

Una docena de cohetes salieron disparados de las colinas delante de ellos en cuanto comenzaron a moverse, y advirtieron a las baterías que esperaban cerca de Ditton y Esher. Al mismo tiempo,

cuatro de sus máquinas guerreras, armadas también con tubos, atravesaron el río, y dos de ellas, negras en contraste con el cielo de poniente, aparecieron ante nosotros —el cura y yo— mientras nos apresurábamos, cansados y con mucho esfuerzo, por la carretera que va hacia el norte saliendo de Halliford. Nos parecía que se movían sobre una nube, pues una neblina lechosa cubría los campos y se alzaba hasta un tercio de su altura.

Al verlos el cura ahogó un grito y echó a correr, pero yo sabía que salir corriendo no servía de nada y fui hacia un lado y me arrastré entre las ortigas y las zarzas cubiertas de rocío hasta la zanja amplia que había junto a la carretera. Él volvió la vista, vio lo que estaba haciendo y me imitó.

Los dos marcianos se detuvieron. El más próximo a nosotros estaba de pie mirando a Sunbury, y el más alejado, formando un borrón gris hacia la estrella nocturna, en dirección a Staines.

Los aullidos ocasionales de los marcianos habían cesado. Estos ocuparon sus puestos en la enorme media luna que rodeaba sus cilindros en un silencio absoluto. La media luna se extendía casi veinte kilómetros de punta a punta. Desde la invención de la pólvora no se había iniciado ninguna batalla de un modo tan silencioso. Debió de tener exactamente el mismo efecto tanto para nosotros como para un observador cerca de Ripley: los marcianos parecían ser los únicos en posesión de la noche oscura, iluminada únicamente por la luna fina, las estrellas, el arbol de la luz del día y el resplandor rojizo procedente de St. George's Hill y los bosques de Painshill.

No obstante, orientados hacia esta media luna, en todas partes —en Staines, Hounslow, Ditton, Esher, Ockham, detrás de colinas y bosques al sur del río, y por los prados llanos y cubiertos de hierba al norte, donde fuera que un grupo de árboles o casas los resguardara lo suficiente— había cañones esperando. Los cohetes señalizadores estallaban y rociaban de chispas la noche antes de desvanecerse, y el ánimo de todos los que observaban las baterías se convirtió en tensa expectativa. Bastaba con que los marcianos avanzaran hasta la línea de fuego y de inmediato las figuras negras e inmóviles de los hombres, los cañones que resplandecían tan oscuros al comenzar la noche explotarían con la furia atronadora de

la batalla.

La idea que sin duda predominaba en miles de aquellas mentes alerta, y que a mí también me obsesionaba, era el enigma de qué sabían de nosotros. ¿Comprendían que millones de nosotros estábamos organizados, disciplinados y trabajábamos unidos? ¿O interpretaban nuestras llamaradas, la picadura repentina de nuestros proyectiles y nuestra insistencia continua en su campamento como nosotros entenderíamos la unanimidad furiosa del ataque de una colmena agitada? ¿Se imaginaban que podrían exterminarnos? (Entonces nadie sabía qué comida necesitaban). En mi mente se agolpaban un centenar de preguntas de este tipo mientras observaba la formación de aquella guardia descomunal, sin olvidarme de todas las fuerzas desconocidas y ocultas que se dirigían a Londres. ¿Habían preparado trampas? ¿Estaban las fábricas de pólvora de Hounslow listas para emboscarlos? ¿Tendrían los londinenses el ánimo y el coraje de incendiar su poderosa provincia de casas y convertirla así en una Moscú aún mayor?

Luego, tras pasar un rato que nos pareció interminable agazapados y mirando entre la maleza, oímos un ruido similar a la conmoción distante de un cañón. Otro más cercano, y luego otro. Y entonces el marciano que teníamos al lado levantó su tubo y lo descargó, como si fuera un cañón, con un estruendo tal que tembló la tierra. El que se dirigía hacia Staines le replicó. No hubo destello, ni humo, solamente esa detonación cargada.

Estaba tan alterado por las descargas, intensas y sucesivas, de los cañones diminutos que incluso me olvidé de mantenerme a salvo y de las manos escaldadas y trepé entre la maleza para mirar hacia Sunbury. Mientras tanto se produjo una segunda detonación, y un proyectil grande pasó a toda velocidad por encima de nuestras cabezas hacia Hounslow. Esperaba al menos ver humo o fuego, o alguna prueba del efecto causado, pero lo único que vi fue el cielo de un azul oscuro, con una estrella solitaria, y la niebla blanca que se extendía hasta la tierra. No se produjo ningún estrépito ni explosión a modo de réplica. Se reanudó el silencio; cada minuto parecían tres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el cura, poniéndose en pie.

—¡Dios sabrá! —contesté.

Un murciélago batió las alas y desapareció. Estalló un tumulto lejano de gritos y se apagó. Volví a mirar al marciano y vi que se estaba desplazando hacia el este por la orilla del río, balanceándose deprisa.

A cada momento esperaba que el fuego de alguna batería oculta se abalanzara sobre él, pero nada interrumpió la tranquilidad de la noche. La figura del marciano se volvió cada vez más pequeña al volver atrás, y la niebla y la noche que avanzaba acabaron tragándoselo. Un impulso común hizo que el cura y yo trepáramos aún más. Hacia Sunbury vimos una forma oscura, como si de repente hubiera aparecido una colina cónica, que nos ocultaba la vista del campo más adelante; y entonces, más lejos, al otro lado del río, hacia Walton, vimos otra cima semejante. Aquellas formas se volvían cada vez más bajas y anchas mientras las observábamos.

Tuve un pensamiento repentino y miré hacia el norte, y allí me di cuenta de que se había alzado un tercero de esos *kopjes* negros rodeados de nubes.

De repente, todo se había vuelto muy silencioso. Lejos, hacia el suroeste, los aullidos de los marcianos lo recalcaban, y el aire volvió a temblar con el ruido sordo y distante de sus cañones. Sin embargo, la artillería terrestre no respondió.

En ese momento no entendíamos lo que estaba ocurriendo, pero más adelante supe cuál era el significado de esos *kopjes* de mal augurio que se congregaban en la oscuridad. Cada uno de los marcianos que se hallaba en la gran media luna que ya he descrito había descargado, mediante el tubo a modo de cañón que transportaba, una lata enorme sobre cualquier colina, bosquecillo, grupo de casas u otro lugar que pudiera resguardar cañones frente a él. Algunos disparaban solamente una de estas latas, otros dos, como en el caso del marciano que habíamos visto; se dice que el que estaba en Ripley había descargado nada menos que cinco de una vez. Las latas se abrían al chocar con el suelo, no explotaban, y soltaban precipitadamente una gran cantidad de vapor denso y oscuro, que formaba espirales y ascendía en un cúmulo enorme de color ébano, un montículo gaseoso que luego se hundía y se extendía despacio sobre el campo de los alrededores. El contacto con ese vapor, la inhalación de sus volutas acres, suponía la muerte

de todo lo que respira.

Era un vapor muy denso, más denso que el más denso de los humos, de modo que, tras el ascenso tumultuoso y la extensión de su impacto, penetraba en el aire y caía sobre el terreno casi líquido, abandonaba las colinas y circulaba por valles, zanjas y cursos de agua como me han dicho que hace el gas del ácido carbónico que sale de las grietas volcánicas. Cuando alcanzaba el agua se daba algún tipo de reacción química y la superficie quedaba cubierta de inmediato con una capa sucia que parecía polvo y se hundía lentamente, y dejaba el paso libre a la siguiente racha. Esa capa era totalmente insoluble, y resulta extraño, en vista del efecto instantáneo del gas, que se pudiera beber sin peligro el agua que de ella se filtraba. El vapor no se extendía como haría un auténtico gas, sino que permanecía concentrado en las orillas, fluía despacio por la ladera y se oponía reticente al viento, mezclándose muy lentamente con la neblina y la humedad del aire, y penetraba en la tierra en forma de polvo. A excepción de un elemento desconocido que ocupaba un grupo de cuatro líneas en el azul del espectro, aún ignoramos totalmente la naturaleza de dicha sustancia.

En cuanto concluía la agitación turbulenta de su dispersión, el humo negro se aferraba tanto al suelo, antes incluso de precipitarse, que a más de quince metros, en los tejados y pisos elevados de las casas altas y en los árboles grandes, existía la posibilidad de escapar totalmente del veneno, como ya se demostró aquella noche en Street Cobham y Ditton.

El hombre que escapó de la primera ráfaga cuenta una historia increíble sobre lo extraño que era aquel flujo arremolinado, y sobre cómo miró hacia abajo desde la aguja de la iglesia y vio las casas que se alzaban como fantasmas de la nada oscura del pueblo. Permaneció allí durante un día y medio, agotado, hambriento y quemado por el sol. La tierra bajo el cielo azul y la pendiente recortada contra la perspectiva de las colinas lejanas formaba una extensión de un negro aterciopelado, con tejados rojos y árboles verdes, y más adelante, arbustos, verjas, graneros, casas y paredes teñidos de negro alzándose aquí y allá a la luz del sol.

Pero eso fue en Street Cobham, donde el vapor negro persistió hasta hundirse por sí solo en el suelo. Cuando habían cumplido con

su objetivo, los marcianos solían despejar el aire adentrándose en él y descargando un chorro de vapor.

Esto fue lo que hicieron con las masas de vapor próximas a nosotros, según vimos a la luz de las estrellas desde la ventana de una casa desierta de Upper Halliford, adonde habíamos vuelto. Desde allí veíamos los reflectores que recorrían el paisaje desde las colinas de Richmond y Kingston, y hacia las once las ventanas vibraron y oímos el estruendo de los enormes cañones de asedio que habían colocado allí. Siguieron sonando con intermitencias durante un cuarto de hora, enviando disparos tentativos a los marcianos invisibles de Hampton y Ditton, y a continuación los pálidos haces de luz eléctrica se desvanecieron y fueron sustituidos por un intenso brillo rojo.

Luego supe que fue entonces cuando cayó el cuarto cilindro — un meteoro verde brillante—, en Bushey Park. Antes de que se iniciaran los cañonazos en la línea de colinas de Richmond y Kingston, hubo un cañoneo irregular muy lejos, hacia el suroeste, debido, me parece, a que los artilleros dispararon desordenadamente los cañones antes de que el vapor negro los arrollara.

Así que, metódicos como si humearan un avispero para vaciarlo, los marcianos extendieron este vapor extraño y opresivo por el campo en dirección a Londres. Las puntas de la media luna fueron desplazándose hasta formar una línea de Hanwell a Coombe y Malden. Los tubos destructivos fueron avanzando durante toda la noche. Tras derribar al marciano en St. George's Hill, la artillería no pudo hacer nada contra ellos. Donde sospechaban que había cañones escondidos, los marcianos descargaban una nueva lata de vapor negro, y donde los cañones se mostraban abiertamente, aplicaban el rayo de calor.

Para cuando llegó la medianoche, los árboles en llamas en las laderas del parque Richmond y el resplandor de la colina de Kingston arrojaron luz sobre una red de humo negro que cubría todo el valle del Támesis y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Y a través de este vapor se adentraban lentamente dos marcianos, y volvían sus chorros de vapor sibilantes aquí y allá.

Aquella noche no usaron el rayo de calor, sea porque tuvieran

poco material para generarlo o porque no desearan destruir el campo sino solo aplastar e intimidar a la oposición que habían suscitado. Lo cierto es que habían logrado esto último. El domingo por la noche la lucha organizada contra sus movimientos llegó a su fin. Después de lo que ocurrió, ningún cuerpo de hombres les hacía frente, ya que resultaba una iniciativa inútil. Incluso las tropas de los torpederos y destructores que habían traído sus cañones de tiro rápido por el Támesis se negaron a parar, se amotinaron y volvieron a bajar por el río. La única operación ofensiva en la que se aventuraron los hombres tras aquella noche fue la preparación de minas y trampas, e incluso en eso trabajaron de forma desesperada y espasmódica.

Hay que imaginarse, en la medida de lo posible, el destino de las baterías apuntadas hacia Esher, que al anochecer esperaban con gran tensión. Supervivientes no hubo ninguno. Es posible imaginarse la expectación disciplinada, los oficiales alerta y atentos, los artilleros listos, la munición apilada a mano, los del avantrén con sus caballos y carros, el grupo de espectadores que estaba tan cerca como se lo permitían, la quietud nocturna, las ambulancias y tiendas de campaña con los quemados y heridos de Weybridge; y luego la resonancia amortiguada de los disparos de los marcianos, y el torpe proyectil abalanzándose a toda velocidad sobre los árboles y las casas y chocando entre los campos vecinos.

Es posible, también, imaginarse cómo se desplazó de repente la atención cuando estas volutas y globos de oscuridad se extendieron y avanzaron precipitadamente, alzándose hacia el cielo del crepúsculo, que se convirtió en oscuridad palpable, y conformaron un extraño y horrible enemigo de vapor que arremetía dando zancadas contra sus víctimas, y a los hombres y caballos que estaban cerca, apenas distinguibles, que corrían, chillaban, caían de cabeza, gritaban consternados, abandonaban de repente los cañones y se ahogaban y retorcían en el suelo mientras el cono de humo opaco se extendía rápidamente. Y luego vino la noche y la extinción, y solo quedó una masa de vapor impenetrable que ocultaba a sus víctimas.

Antes de que amaneciera, el vapor negro se estaba derramando por las calles de Richmond, y el organismo del gobierno, en proceso

de desintegración, realizaba un último esfuerzo antes de expirar y despertaba a la población de Londres para hacerle saber que debía huir.

EL ÉXODO DE LONDRES

Así que entenderán el miedo abrumador que inundó a la mayor ciudad del mundo el lunes al amanecer; el flujo de los que huían no tardó en convertirse en un torrente que corría turbulento en torno a las estaciones de tren, y se arremolinaba enzarzado en una lucha horrible por embarcar en el Támesis, y fluía, rauda, por todos los canales disponibles hacia el norte o el este. A las diez de la mañana las organizaciones policiales, y al mediodía incluso los trenes, estaban perdiendo cohesión, forma y eficiencia; se esparcían, ablandaban y disolvían en aquella rápida licuación del cuerpo social.

Todas las líneas de tren al norte del Támesis y los ciudadanos del sureste de Cannon Street habían recibido la advertencia de huir el domingo a medianoche, y los trenes iban repletos. La gente peleaba salvajemente por ir de pie en los vagones ya a las dos de la madrugada. A las tres, pisoteaban y aplastaban a los demás en Bishopgate Street, a menos de dos metros de la estación de Liverpool Street; disparaban revólveres, apuñalaban a gente, y los policías que habían enviado a dirigir el tráfico, exhaustos y agotados, partían la cabeza de los que debían proteger.

Y a medida que avanzaba el día y los maquinistas y fogoneros se negaban a volver a Londres, la presión de la huida empujaba a la gente a formar una multitud cada vez más densa fuera de las estaciones, a lo largo de las calles que iban en dirección norte. Para cuando llegó el mediodía habían visto un marciano en Barnes, y una nube de vapor negro que se iba hundiendo lentamente se

extendía por el Támesis y por las llanuras de Lambeth, impidiendo con su lento avance la huida por los puentes. Otra masa se extendía por Ealing, y rodeó a un grupito de supervivientes en Castle Hill, que seguían vivos pero no podían escapar.

Tras una lucha infructuosa por subirse a un tren que iba en dirección noroeste, pues las locomotoras de los trenes que se habían llenado en el depósito de allí se abrían paso entre gente que gritaba, mientras una docena de hombres fornidos se esforzaba por evitar que la multitud aplastara al conductor contra la caldera, mi hermano subió a la carretera de Chalk Farm, esquivó a una aglomeración de vehículos apresurados, y tuvo la suerte de situarse en la cabecera del grupo que saqueaba una tienda de bicicletas. La rueda delantera de la que se agenció se pinchó al sacarla a rastras por la ventana, pero aun así consiguió montar en ella y salir de allí sin hacerse más que un corte en la mano. La ladera empinada de Haverstock Hill se había vuelto intransitable porque habían volcado varios caballos, y mi hermano se metió por Belsize Road.

Así que se alejó del fragor del pánico y, bordeando Edgware Road, llegó al pueblo de Edgware a eso de las siete, hambriento y agotado, pero muy por delante de la muchedumbre. Por el camino se encontró a gente apostada que miraba con curiosidad, preguntándose qué ocurría. Le adelantaron varios ciclistas y jinetes y dos automóviles. A un kilómetro y medio de Edgware se le partió el aro de la rueda, y ya no pudo seguir montando. Dejó la bicicleta junto a la carretera y avanzó caminando por el pueblo. Había tiendas medio abiertas en la calle principal, y la gente se amontonaba en la acera y en las puertas y ventanas, contemplando asombrada el inicio de esta procesión extraordinaria de fugitivos. Mi hermano consiguió un poco de comida en una posada.

Se quedó un tiempo en Edgware sin saber qué hacer. Cada vez había más gente que huía. Muchos, como mi hermano, parecían inclinados a quedarse un rato en aquel lugar. No había nuevas noticias de los invasores de Marte.

En ese momento la carretera estaba llena, pero todavía no llegaba a la congestión. La mayoría de los fugitivos iban montados en bicicleta, aunque no tardaron en aparecer automóviles, coches de caballos y carruajes que avanzaban a toda prisa, y el polvo

formaba nubes espesas por la carretera de St. Albans.

Fue quizá la idea vaga de dirigirse hacia Chelmsford, donde vivían varios amigos suyos, lo que acabó convenciendo a mi hermano de adentrarse por un camino silencioso que iba hacia el este. Entonces se encontró con unos escalones para saltar una cerca, y tras franquearla siguió un sendero hacia el noreste. Pasó cerca de diversas granjas y algunas cabañitas en cuyos nombres no se fijó. Vio pocos fugitivos hasta que, en un camino de hierba en dirección a High Barnet, se encontró con dos damas que se convirtieron en sus compañeras de viaje, justo a tiempo de salvarlas.

Las oyó gritar, y al girar la esquina apresuradamente, vio a dos hombres que forcejeaban para echarlas de un carruaje ligero en el que iban montadas, mientras un tercero sujetaba con dificultad la cabeza del poni asustado. Una de las damas, una mujer baja vestida de blanco, gritaba sin más, mientras que la otra, de figura oscura y esbelta, azotaba al hombre que le agarraba el brazo con un látigo que sostenía con la mano libre.

Mi hermano comprendió de inmediato la situación, gritó y se abalanzó hacia la pelea. Uno de los hombres desistió y se volvió hacia él. Al ver el rostro de su contrincante, mi hermano comprendió que la pelea era inevitable, pero como es un boxeador experto, procedió a atacarlo y lo hizo caer sobre la rueda del carruaje.

No era el momento de un duelo pugilístico, así que mi hermano lo acalló con una patada, y agarró del cuello al hombre que tiraba del brazo de la dama esbelta. Oyó el chacoloteo de los cascos, el látigo le rozó la cara, un tercer contrincante le golpeó entre los ojos y el hombre al que retenía se zafó de él y se metió por el camino en el sentido en que había venido mi hermano.

En parte estupefacto, mi hermano se encontró ante el hombre que sujetaba la cabeza del caballo, y se percató de que el carruaje se apartaba de él, balanceándose de lado a lado, con las mujeres mirando hacia atrás. El hombre que tenía delante, que era un matón corpulento, trató de acercarse, pero mi hermano lo detuvo golpeándolo en la cara. Entonces, al darse cuenta de que lo habían abandonado, mi hermano se giró en redondo y salió tras el carruaje seguido de cerca por el hombre corpulento, y el fugitivo, que se

había dado la vuelta, también empezó a seguirlo de lejos.

De repente mi hermano tropezó y cayó, y su perseguidor más próximo también, pero cuando se puso otra vez en pie volvió a encontrarse con sus dos antagonistas. No habría tenido nada que hacer contra ellos si, armándose de coraje, la dama esbelta no hubiera parado y vuelto para ayudarlo. Al parecer tenía un revólver, pero había permanecido bajo el asiento mientras las atacaban a ella y a su compañera. Disparó a cinco metros y medio de distancia, y por poco no le da a mi hermano. El ladrón menos valiente salió huyendo, y su compañero lo siguió, maldiciendo su cobardía. Ambos pararon más abajo, en el camino, donde yacía, inconsciente, el tercer hombre.

—¡Tome esto! —exclamó la dama esbelta, y dio un revólver a mi hermano.

—Vuelva al carruaje —le indicó mi hermano, limpiándose la sangre del labio partido.

Ella se volvió sin decir nada, pues ambos jadeaban, y regresaron a donde la dama de blanco se esforzaba por contener al poni asustado.

Era evidente que los ladrones ya habían tenido suficiente. Cuando mi hermano miró de nuevo hacia ellos, se estaban retirando.

—Me sentaré aquí —dijo mi hermano—, si me lo permiten. —Y subió al asiento delantero vacío.

La dama miró por encima del hombro.

—Deme las riendas —pidió, y descargó el látigo sobre el costado del poni. Al cabo de un instante una curva del camino ocultaba a los tres hombres de la mirada de mi hermano.

Así que, de manera bastante inesperada, mi hermano estaba jadeando, con un corte en la boca, la mandíbula magullada y los nudillos manchados de sangre, viajando por un camino desconocido con estas dos mujeres.

Se enteró de que eran la esposa y la hermana menor de un cirujano que vivía en Stanmore, que había vuelto de madrugada de atender un caso grave en Pinner, y se había enterado en alguna estación de tren del avance de los marcianos. Se fue corriendo a casa, despertó a las mujeres —la criada los había dejado hacía dos

días—, reunió algunas provisiones, puso su revólver bajo el asiento —por suerte para mi hermano— y les dijo que condujeran hasta Edgware, con la idea de subir a un tren allí. Se quedó atrás para avisar a los vecinos. Les dijo que las alcanzaría a eso de las cuatro y media de la madrugada, pero eran casi las nueve y no lo habían visto. No habían podido parar en Edgware porque el tráfico había aumentado mucho allí, así que se metieron por aquel camino.

Esa fue la historia que le contaron a mi hermano a retazos cuando volvieron a detenerse, más cerca de New Barnet. Él prometió quedarse con ellas, al menos hasta que pudieran decidir qué hacer, o hasta que llegara el hombre perdido, y afirmó que era un tirador experto con el revólver —un arma que desconocía— para darles seguridad.

Acamparon, si se puede decir así, en el borde del camino, y el poni se quedó contento junto al seto. Mi hermano les explicó cómo había escapado de Londres, y todo lo que sabía sobre aquellos marcianos y su manera de funcionar. El sol seguía arrastrándose por el cielo, y al cabo de un rato la conversación fue perdiendo fuerza y dio paso a un estado expectante e inquieto. Por el camino pasaron varias personas, y mi hermano les sonsacó las noticias que pudo. Obtuvo respuestas fragmentadas, y con cada una se fue convenciendo más y más del gran desastre que había sobrevenido a la humanidad y de la necesidad inmediata de continuar huyendo. Insistió a las mujeres respecto a este tema.

—Tenemos dinero —afirmó la mujer esbelta, pero entonces dudó.

Sus ojos se encontraron con los de mi hermano y sus dudas se disiparon.

—Y yo también —dijo él.

Ella le explicó que contaban con treinta libras en oro, además de un billete de cinco libras, y sugirió que con todo eso podrían subir a un tren en St. Albans o New Barnet. Mi hermano pensaba que era inútil, visto el furor con que los londinenses se aglomeraban en los trenes, y expuso su idea de atravesar Essex en dirección a Harwich y desde allí escapar del campo.

La señora Elphinstone —pues ese era el nombre de la mujer de blanco— no atendía a razones, y no paraba de llamar: «¡George!»;

en cambio su cuñada estaba increíblemente serena y reflexiva, y acabó accediendo a la sugerencia de mi hermano. Así que, con la intención de cruzar la Great North Road, continuaron hacia Barnet, mientras mi hermano guiaba al poni para cansarlo lo menos posible.

A medida que el sol ascendía por el cielo el día se volvió muy caluroso, y la arena gruesa y blancuzca se hizo más abrasadora y cegadora bajo sus pies, por lo que se desplazaban extremadamente despacio. Los setos estaban grises por el polvo. A medida que se acercaban a Barnet oían un murmullo agitado cada vez más intenso.

Empezaron a encontrarse con más personas. La mayoría se los quedaba mirando, murmuraban preguntas poco claras, exhaustos, demacrados, sucios. Un hombre vestido de etiqueta pasó por su lado a pie, con la vista fija en el suelo. Oyeron su voz y, cuando se volvieron a mirarlo, vieron que con una mano se agarraba el pelo y con la otra golpeaba objetos invisibles. Cuando concluyó su ataque de rabia continuó su camino sin volver la vista.

Al continuar hacia el cruce al sur de Barnet vieron a una mujer que se acercaba por la carretera procedente de unos campos a su izquierda, con un niño a cuestas y dos más, y luego se cruzaron con un hombre vestido de negro sucio, con un palo grueso en una mano y un baúl de viaje en la otra. Después, cuando doblaron la esquina del camino, de entre las casas que lo bordeaban en la confluencia con la carretera apareció un carrito arrastrado por un poni negro sudoroso y conducido por un joven cetrino con un bombín gris polvoriento. En el carro se apiñaban tres chicas de la fábrica de East End y un par de niños.

—¿Esto nos llevará a Edgware? —preguntó el conductor con los ojos muy abiertos y muy pálido.

Cuando mi hermano le respondió que sí si doblaba a la izquierda, arreó a su caballo y se ahorró la formalidad de dar las gracias.

Mi hermano se fijó entonces en un humo o neblina gris claro que se alzaba entre las casas que les quedaban delante, y que velaba la fachada blanca de otra hilera situada más allá de la carretera que surgía tras ellas. La señora Elphinstone gritó de repente al ver llamas rojas humeantes que subían por encima de las casas

recortadas contra el cielo azul y cálido. El rumor tumultuoso se descompuso en una mezcolanza desordenada de múltiples voces, el chirrido de múltiples ruedas, el crujido de los carros y el chacoloteo de cascos. El camino daba un giro brusco a menos de cincuenta metros del cruce.

—¡Por amor de Dios! —exclamó la señora Elphinstone—. ¿Dónde nos está llevando?

Mi hermano se detuvo, porque la carretera principal era un hervidero de gente, un torrente de seres humanos que corrían apretujándose unos a otros hacia el norte. Una masa enorme de polvo, blanco y luminoso bajo los destellos del sol, hacía que todo lo que quedaba a seis metros del suelo resultara gris e indistinguible, y se renovaba constantemente debido a las pisadas aceleradas de la densa multitud de caballos, hombres y mujeres a pie, y a las ruedas de vehículos de toda clase.

—¡Paso! —oyó mi hermano que gritaban las voces—. ¡Dejen paso!

Acercarse al cruce del camino y la carretera era como intentar avanzar entre el humo de un incendio: el gentío rugía como el fuego, y el polvo era caliente y acre. Y lo cierto es que siguiendo un poco la carretera había una casa en llamas y de ella salían masas ondulantes de humo negro que atravesaban la calzada y se sumaban a la confusión.

Se cruzaron con dos hombres. Luego con una mujer sucia, que llevaba un hatillo pesado y sollozaba. Un perro retriever perdido, con la lengua fuera, empezó a dar vueltas a su alrededor, receloso, asustado y destrozado, y huyó ante las amenazas de mi hermano.

Por lo que veían, la carretera en dirección a Londres entre las casas de la derecha era un torrente revuelto de gente sucia y con prisa, atascada entre las casas a cada lado; las cabezas negras y las figuras apiñadas se volvían más nítidas al avanzar hacia la esquina, pasaban a toda velocidad y su individualidad volvía a fundirse con una multitud cada vez más lejana que acababa engullida en una nube de polvo.

—¡Vamos, vamos! —gritaban las voces—. ¡Paso, paso!

Las manos de unos presionaban la espalda de los otros. Mi hermano permanecía junto a la cabeza del poni. Una atracción

irresistible lo hacía avanzar, paso a paso, por el camino.

Edgware se había convertido en un escenario de confusión; Chalk Farm, en una riada desenfrenada, pero es que la población entera estaba en movimiento. Cuesta imaginar una horda semejante. No tenía personalidad propia. Las figuras manaban pasada la esquina y se alejaban dando la espalda al grupo del camino. Por el margen llegaban los que iban a pie, amenazados por las ruedas, tropezando en las zanjas, chocando unos contra otros.

Los carros y carruajes se amontonaban, dejando escaso espacio para los vehículos más rápidos e impacientes que salían disparados cuando se presentaba la oportunidad de hacerlo, lo que provocaba que algunas personas fueran a estrellarse contra las vallas y verjas de las casas.

—¡Sigán, sigan! —gritaban—. ¡Sigán! ¡Que vienen!

En un carro había un hombre ciego vestido con el uniforme del Ejército de Salvación, gesticulando con los dedos torcidos y vociferando:

—¡Eternidad, eternidad!

Tenía la voz ronca y gritaba a pleno pulmón, de modo que mi hermano siguió oyéndolo mucho rato después de haberlo perdido de vista entre el polvo. Algunas de las personas que se acumulaban en los carros arreaban estúpidamente a sus caballos y se peleaban con otros conductores; otras permanecían inmóviles, mirando hacia la nada con ojos miserables; otros se roían las manos, sedientos, o yacían postrados en el fondo de sus transportes. Los caballos llevaban los frenos cubiertos de espuma, y tenían los ojos inyectados en sangre.

Había más coches de caballos, carruajes, carritos y carros de los que se podían contar; un carro de correos, un carro de la limpieza donde ponía «Parroquia de St. Pancras», un enorme carro maderero repleto de matones. El carro pesado de un cervecero pasó con mucho estruendo y las dos ruedas izquierdas salpicadas de sangre.

—¡Dejen paso! —gritaban las voces—. ¡Dejen paso!

—¡Eternidad, eternidad! —decía el eco bajando por la carretera.

Con gran esfuerzo pasaban caminando mujeres tristes y demacradas, bien vestidas, con niños que gritaban y tropezaban, con la fina ropa cubierta de polvo y los rostros agotados y llorosos.

Con muchas de ellas aparecían hombres, que en ocasiones ayudaban pero que otras veces se mostraban mezquinos y salvajes. Junto a ellos avanzaba algún que otro vagabundo exhausto, vestido con harapos negros descoloridos, con los ojos muy abiertos, estridente y mal hablado. También se abrían paso trabajadores fornidos pero destrozados, u hombres desaliñados con trajes de oficinistas y vendedores, forcejeando como podían; mi hermano también se fijó en un soldado herido, en hombres vestidos de mozos del ferrocarril, y en una desgraciada criatura en camisón con el abrigo echado por encima.

Aunque su composición era muy variada, toda aquella multitud tenía ciertas cosas en común. El miedo y el dolor se reflejaban en sus rostros, y el miedo los seguía a todos. Un alboroto en lo alto de la carretera o una pelea por una plaza en un carro hacían que el grupo entero acelerara el paso, incluso un hombre tan asustado y agotado que se le doblaban las rodillas se veía impulsado por un instante a seguir avanzando. El calor y el polvo ya habían hecho estragos. La gente tenía la piel seca, los labios negros y partidos. Todos estaban sedientos y extenuados, y les dolían los pies. Y entre los diversos gritos se oían disputas, reproches, gruñidos de hastío y fatiga; la mayoría de las voces eran ásperas y débiles, y se repetía esta cantinela:

—¡Paso, paso! ¡Que vienen los marcianos!

Pocos se paraban y apartaban de aquella avalancha. El camino se abría inclinado y estrecho hacia la carretera principal, y daba la engañosa impresión de que procedía de Londres. Aun así una especie de remolino de gente se dirigía hacia su desembocadura; algunos debiluchos salían dando codazos del torrente, y la mayoría de ellos descansaban un instante antes de volver a sumergirse en la corriente. Un poco más adelante yacía un hombre con dos amigos que se inclinaban sobre él; tenía la pierna desnuda envuelta en trapos sanguinolentos. Pero era afortunado de tener amigos.

Un hombrecito anciano, que llevaba un bigote militar gris y una levita negra sucia, apareció cojeando y se sentó junto al carruaje, se sacó la bota —tenía el calcetín empapado de sangre—, expulsó una piedrecita y continuó renqueando; luego una niñita de siete u ocho años, que iba sola, se arrojó bajo el seto cerca de mi hermano,

llorando.

—¡No puedo seguir, no puedo seguir!

Mi hermano salió de la estupefacción en la que estaba sumido y la levantó, le habló dulcemente y se la llevó a la señorita Elphinstone. En cuanto mi hermano la tocó, se quedó muy quieta, como si tuviera miedo.

—¡Ellen! —chilló una mujer en la multitud, con voz llorosa—. ¡Ellen!

Y la niña salió disparada, llamando a su madre.

—Que vienen —dijo un hombre a caballo, adelantándolos.

—¡Apártense, vamos! —gritó un cochero altísimo, y mi hermano vio un carruaje cerrado avanzando por el camino.

La gente se aplastó mutuamente para evitar al caballo. Mi hermano empujó al poni y el carro otra vez hacia el seto, y el hombre continuó y se detuvo en el giro. Era un carruaje con una lanza para un par de caballos, pero solo llevaba uno. Mi hermano atisbó entre el polvo que dos hombres levantaban algo sobre una camilla blanca y lo colocaban delicadamente en la hierba bajo el seto de ligustro.

Uno de los hombres se acercó corriendo hasta mi hermano.

—¿Dónde puedo encontrar agua? —preguntó— Se está muriendo, y tiene mucha sed. Es lord Garrick.

—¡Lord Garrick! —exclamó mi hermano—. ¿El presidente del tribunal?

—¿Agua? —insistió el hombre.

—Puede que haya un grifo —sugirió mi hermano— en alguna de las casas. Nosotros no tenemos agua. Y no me atrevo a dejar a mi gente.

El hombre se abrió paso a empujones entre la multitud hacia la verja de la casa en la esquina.

—¡Sigan! —decía la gente, empujándole—. ¡Que vienen! ¡Sigan!

Entonces a mi hermano le llamó la atención un hombre barbudo y aguileño que cargaba con un maletín pequeño, que se le abrió cuando la mirada de mi hermano reparó en él. Salió desparramado un montón de libras de oro, que parecía disgregarse en monedas sueltas al caer al suelo. Las monedas rodaban por todas partes entre los pies y patas que avanzaban penosamente. El hombre se detuvo y

miró estúpidamente el montón, y la vara de un coche de caballos le golpeó el hombro y le hizo tambalearse. El hombre soltó un chillido y reculó, y la rueda de un carro le rozó al pasar.

—¡Paso! —gritaron los hombres a su alrededor—. ¡Dejen paso!

En cuanto pasó el coche de caballos el hombre se arrojó, con las manos abiertas, sobre el montón de monedas y empezó a metérselas a puñados en el bolsillo. Un caballo se encabritó cerca de él, y cuando estaba levantando las manos lo derribó con los cascos.

—¡Paren! —gritó mi hermano, y apartando a una mujer de su camino trató de agarrar la brida del caballo.

Antes de que pudiera hacerlo oyó un grito en el suelo, y vio a través del polvo que una rueda aplastaba la espalda del desgraciado. El conductor del carro agitó su látigo en dirección a mi hermano, que cayó rodando. El inmenso griterío le confundía. El hombre derribado se contorsionaba entre el polvo y el dinero desperdigado, incapaz de levantarse, pues la rueda le había roto la espalda, y sus extremidades inferiores estaban flácidas e inertes. Mi hermano se levantó e increpó al siguiente conductor, y un hombre montado en un caballo negro se acercó a ayudarle.

—Sáquelo de la carretera —le indicó el jinete, y, agarrándolo por el cuello de la chaqueta con la mano libre, mi hermano arrastró al hombre a un lado. Pero el hombre seguía aferrado a su dinero, y miraba a mi hermano con fiereza, golpeándole el brazo con un puñado de oro.

—¡Sigán! —gritaron unas voces enfadadas detrás—. ¡Paso, paso!

Se oyó un estrépito cuando la vara de un carruaje se estampó contra el carro que había parado el hombre a caballo. Mi hermano alzó la vista y el hombre del oro volvió la cabeza y mordió la muñeca que lo sujetaba del cuello. Se generó mucha confusión, y el caballo negro se tambaleó hacia un lado, y el carro de caballos avanzó junto a él. Por poco uno de los cascos del caballo cae sobre el pie de mi hermano, que soltó al hombre caído y dio un salto atrás. Vio que la rabia se convertía en terror en el rostro del pobre desgraciado del suelo, y al cabo de un instante lo perdió de vista y se vio arrastrado hasta la entrada del camino, y tuvo que forcejear mucho en el torrente para volver a su sitio.

Vio a la señorita Elphinstone tapándose los ojos y a un niño,

que como les ocurre a los niños carecía de compasión, mirando con ojos muy abiertos un bulto polvoriento, negro y quieto, aplastado y hundido bajo las ruedas que giraban sin parar.

—¡Volvamos! —gritó mi hermano, y empezó a dar la vuelta al poni—. ¡No podemos atravesar este... infierno!

Y retrocedieron casi cien metros por donde habían venido, hasta que dejaron de ver a la multitud beligerante. Al pasar por la curva del camino mi hermano vio el rostro del hombre moribundo en la zanja bajo el ligustro, de un blanco mortal y demacrado, perlado de sudor. Las dos mujeres permanecían sentadas en silencio, agazapadas en sus asientos, temblando.

Mi hermano volvió a parar pasada la curva. La señorita Elphinstone se había quedado pálida, y su cuñada estaba demasiado afectada incluso para llamar a George. Mi hermano estaba horrorizado y perplejo. En cuanto se retiraron se dio cuenta de lo apremiante e inevitable que era atravesar el camino. Se volvió hacia la señorita Elphinstone, movido por una determinación repentina.

—Debemos seguir ese camino —afirmó, e hizo girar al poni.

Por segunda vez aquel día, la muchacha demostró su valentía. Para abrirse paso en el torrente de personas, mi hermano se metió en el tráfico y retuvo a un carro tirado por caballos, mientras ella tiraba de la cabeza del poni. Un carro frenó un instante y astilló el carruaje de mi hermano. Un segundo después quedaron atrapados y avanzaron movidos por la corriente. Con los latigazos del cochero marcados en el rostro y las manos, mi hermano consiguió escabullirse hasta su carruaje y cogió las riendas que llevaba la joven.

—Apunte con el revólver hacia el hombre de atrás —le indicó mi hermano, dándole el arma—. Si nos presiona demasiado... ¡No! Apunte al caballo.

Entonces mi hermano se puso a buscar una manera de desviarse hacia la derecha y cruzar así el camino. Sin embargo, cuando volvió a meterse entre el gentío pareció perder convicción y volverse parte de aquella huida polvorienta. Atravesaron Chipping Barnet con el torrente; recorrieron más de un kilómetro desde el centro de la población antes de poder abrirse paso hasta el otro lado del camino. El barullo y la confusión eran indescriptibles, pero en aquella

localidad, y un trecho más allá también, la carretera se bifurca varias veces, lo cual sirvió para aliviar en cierta medida la presión.

Se dirigieron hacia el este a través de Hadley, y allí, a cada lado del camino, así como en otro lugar más adelante, se toparon con una multitud ingente de personas que bebían del arroyo, algunas de las cuales se peleaban por alcanzar el agua. Al cabo de un rato vieron dos trenes seguidos que bajaban de una colina cerca de East Barnet, muy despacio, sin orden ni señal, trenes atestados hasta tal punto que incluso había hombres entre el carbón detrás de los motores, y estos trenes iban hacia el norte por la Great Northern Railway. Mi hermano se imagina que debían de haberse llenado fuera de Londres, porque para entonces el terror furioso de la gente había vuelto impracticables las principales estaciones de término.

Cerca de este lugar pararon para descansar durante el resto de la tarde, porque la violencia del día los había agotado completamente. Empezaban a tener hambre; la noche era fría, y ninguno de los tres se atrevió a dormirse. Al anochecer, muchas personas pasaron corriendo por la carretera cerca de donde se habían detenido, huyendo de peligros aún desconocidos en la dirección de donde venía mi hermano.

EL NIÑO DEL TRUENO

Si los marcianos solo hubieran aspirado a la destrucción, para cuando llegó el lunes podrían ya haber aniquilado a la población entera de Londres, mientras se desplazaba lentamente hacia los condados de los alrededores. No solo por la carretera que atravesaba Barnet, sino también por Edgware y Waltham Abbey, y por las carreteras que iban hacia el este, hacia Southend y Shoeburyness, y hacia el sur del Támesis en dirección a Deal y Broadstairs manaba la gente que huía, frenética. Si aquella mañana de junio alguien hubiera podido montar en un globo y sobrevolar el cielo resplandeciente por encima de Londres, habría visto todas las carreteras que salían del laberinto enmarañado de calles hacia el norte y el este salpicadas de puntos negros, que juntos formaban el flujo de fugitivos; cada uno de los puntos representaba el sufrimiento, el terror y la aflicción física humana. En el último capítulo he explicado con detalle el relato que hizo mi hermano del recorrido a través de Chipping Barnet para que mis lectores pudieran entender cómo vivió esa acumulación de puntos negros una de las personas que participó de ello. En toda la historia de la humanidad jamás se había desplazado y sufrido al unísono una masa semejante de seres humanos. Las huestes legendarias de godos y hunos o los mayores ejércitos que haya visto jamás Asia no habrían sido sino una gotita en aquella corriente. Y no se trataba de una marcha disciplinada, sino de una estampida gigantesca y terrible, sin orden ni propósito, seis millones de personas sin armas ni provisiones que avanzaban precipitadamente. Era el comienzo de

la derrota de la civilización, de la aniquilación de la humanidad.

Quien viajara en globo habría visto la red de calles que se extendían por todas partes, de casas, iglesias, plazas, callejones y jardines —ya abandonados— que se abrían como un mapa enorme y se emborronaban hacia el sur. Sobrevolando Ealing, Richmond o Wimbledon parecería como si una pluma monstruosa hubiera vertido tinta sobre el mapa. Constantes, incesantes, las nuevas salpicaduras negras crecían y se extendían, ramificándose aquí y allá, acumulándose hacia un terreno elevado, cayendo rápidamente desde una cima hasta un valle recién descubierto, exactamente como una gota de tinta sobre el papel secante.

Y más allá, por encima de las colinas azules que se alzan al sur del río, los marcianos centelleantes iban y venían, desperdigando lenta y metódicamente su nube venenosa sobre esta parte del terreno y luego sobre aquella, rociándola otra vez con sus chorros de vapor cuando había satisfecho su objetivo, y tomando posesión del terreno conquistado. No parecían centrados tanto en el exterminio como en la desmoralización absoluta y en la destrucción de cualquier forma de oposición. Hacían explotar cualquier almacén de pólvora que encontraban, cortaban todas las líneas de telégrafo, e iban destrozando las vías del tren. Estaban cercenando a la humanidad. Daba la impresión de que no tuvieran prisa por extender su campo de operaciones, y durante todo aquel día no fueron más allá del centro de Londres. Es posible que un número considerable de londinenses se quedaran atrapados en sus casas durante la mañana del lunes. Seguro que muchos murieron en ellas, ahogados por el humo negro.

Hasta el mediodía, el Pool de Londres vivió una situación asombrosa. Había barcos de vapor y de todas clases, tentados por las enormes sumas de dinero que ofrecían los fugitivos, y se dice que muchos que nadaron hasta esos barcos fueron rechazados con bicheros y se ahogaron. A eso de la una de la tarde, rastros menguantes de la nube de vapor negro aparecieron entre los arcos del puente de Blackfriars. Entonces el Pool devino el escenario de una confusión demencial, de lucha y colisiones, y durante un rato multitud de barcos y barcazas quedaron atascados en el arco norte del puente de la Torre, y los marineros y barqueros tuvieron que

pelear encarnizadamente con la gente que se aglomeraba hacia ellos procedente de la orilla del río. Incluso descendían por los embarcaderos del puente desde arriba.

Cuando una hora más tarde apareció un marciano por detrás de la Torre del Reloj y se metió en el río, solo quedaban restos flotando por encima de Limehouse.

Aún tengo que contarles la caída del quinto cilindro. La sexta estrella cayó en Wimbledon. Mi hermano, que vigilaba junto a las mujeres del carruaje en un prado, vio el resplandor verde a lo lejos, en las colinas. El martes, el grupito, que aún se planteaba llegar al mar, se abrió paso a través del campo atestado en dirección a Colchester. La noticia de que los marcianos se habían apoderado de todo Londres se vio confirmada. Los habían visto en Highgate, e incluso, se decía, en Neasden. Pero mi hermano no los vio hasta el día siguiente.

Ese día las muchedumbres desperdigadas empezaron a percatarse de la necesidad apremiante de obtener provisiones. Al aumentar el hambre, los derechos de propiedad dejaron de tenerse en cuenta. Los granjeros salían a defender sus establos, graneros y cosechas de tubérculos ya maduros con armas en las manos. Unas cuantas personas, como mi hermano, miraban hacia el este, y algunas almas desesperadas incluso volvían hacia Londres para conseguir comida. Era sobre todo gente de los barrios del norte, que solo habían oído rumores acerca del humo negro. Mi hermano se enteró de que la mitad de los miembros del gobierno se habían reunido en Birmingham, y que se estaban preparando enormes cantidades de explosivos de alta potencia para instalarlas en minas automáticas por los condados de la región central.

También le explicaron que la Midland Railway Company había encontrado sustitutos para los desertores del primer día de pánico y había reanudado el tráfico, y hacía circular trenes desde St. Albans para aliviar la congestión en los condados de las afueras de Londres. En Chipping Ongar había un letrero anunciando grandes reservas de harina en las poblaciones del norte, y que al cabo de veinticuatro horas se distribuiría pan entre las personas hambrientas de la zona. Pero esta información no le hizo desechar el plan de huida que había trazado, y los tres viajeros continuaron todo el día hacia el

este sin volver a oír hablar de la distribución de pan salvo por aquella promesa. De hecho, nadie supo nada más al respecto. Aquella noche cayó la séptima estrella, sobre Primrose Hill. Cayó mientras vigilaba la señorita Elphinstone, que se turnaba con mi hermano. Y ella la vio.

El miércoles los tres fugitivos —que habían pasado la noche en un trigal que aún no estaba maduro— alcanzaron Chelmsford, donde un grupo, que se hacía llamar el Comité de Suministro Público, se apoderó del poni diciendo que eran provisiones, y no les dio nada a cambio excepto la promesa de llevarles un trozo el día siguiente. Allí oyeron rumores de que había marcianos en Epping, y se enteraron de la destrucción de las fábricas de pólvora de Waltham Abbey en un intento inútil de volar a uno de los invasores.

La gente estaba alerta por si veía marcianos desde las torres de la iglesia. Mi hermano tomó una decisión afortunada al continuar directamente hasta la costa en vez de esperar a la comida, aunque los tres estaban muy hambrientos. Al mediodía pasaron por Tillingham, que, por extraño que parezca, estaba bastante silencioso y abandonado, salvo por unos cuantos saqueadores furtivos que buscaban comida. Cerca de Tillingham se encontraron de repente ante el mar, y la concentración más increíble de barcos de toda clase que uno pueda imaginar.

Porque como los marineros ya no podían subir por el Támesis, se desviaron hacia la costa de Essex, a Harwich, Walton y Clacton, y luego a Foulness y Shoebury, para sacar a la gente. Se hallaban en una curva enorme en forma de hoz que acababa desvaneciéndose en la bruma en dirección a Naze. Cerca de la costa había infinidad de barcas de pesca, inglesas, escocesas, francesas, holandesas y suecas; lanchas de vapor que venían del Támesis, yates, barcas eléctricas, y más allá, barcos de gran arqueó, un enjambre de carboneros sucios, elegantes buques mercantes, barcos para transportar ganado, de pasajeros, petroleros, mercantes oceánicos, incluso un viejo buque de transporte blanco, pulcros transatlánticos blancos y grises procedentes de Southampton y Hamburgo, y por la costa azul a través del Blackwater, mi hermano vislumbró una densa acumulación de barcos regateando con la gente de la playa, acumulación que también se extendía por el Blackwater casi hasta

Maldon.

A menos de dos millas mar adentro se hallaba un acorazado muy sumergido, casi, según mi hermano, como un barco inundado. Era el Niño del Trueno. Era el único buque de guerra que se veía, pero lejos a la derecha, sobre la superficie lisa del mar —porque aquel día había una calma mortal— se alzaba una serpiente de humo negro que señalaba a los siguientes acorazados de la flota del Canal. Enardecidos y listos para entrar en acción, estos buques formaron una línea extensa a través del estuario del Támesis mientras los marcianos llevaban a cabo su conquista, y aunque estaban alerta no pudieron evitarla.

Al ver el mar y a pesar de lo mucho que se esforzó su cuñada por tranquilizarla, la señora Elphinstone se dejó llevar por el pánico. Nunca había salido de Inglaterra, y preferiría morir a dejarse llevar sin amistades de ninguna clase a un país extranjero, y cosas por el estilo. Parecía imaginarse, la pobre mujer, que los franceses y los marcianos acabarían resultando seres similares. Durante los dos días de viaje se había vuelto cada vez más histérica, miedosa y depresiva. Su gran idea era volver a Stanmore. Siempre habían estado seguras y a salvo en Stanmore. Encontrarían a George en Stanmore.

Les costó muchísimo hacerla bajar a la playa, donde mi hermano consiguió llamar la atención de unos hombres que iban en un vapor de paletas procedente del Támesis. Enviaron una barca e hicieron un trato por treinta y seis libras por los tres. El barco se dirigía, comentaron los hombres, a Ostende.

Debían de ser las dos cuando mi hermano, tras pagar la tarifa en la pasarela, se halló seguro a bordo del barco con las personas que llevaba a su cargo. Había comida, aunque a precios exorbitantes, y los tres lograron almorzar en uno de los asientos delanteros.

Había ya unos cuarenta pasajeros a bordo, algunos de los cuales se habían gastado lo que les quedaba para asegurarse el pasaje, pero el capitán no abandonó el Blackwater hasta las cinco de la tarde, y recogió pasajeros hasta que las cubiertas para sentarse quedaron peligrosamente abarrotadas. Y es probable que hubiera esperado más rato de no haber sido por los cañonazos que empezaron a oírse en el sur. A modo de repuesta, el acorazado orientado hacia el mar

disparó un cañón pequeño y alzó una hilera de banderas. De una de sus chimeneas salió un chorro de humo.

Algunos de los pasajeros creían que los disparos procedían de Shoeburyness, hasta que se percataron de que cada vez se oían más alto. Al mismo tiempo, a lo lejos, en el sureste, los mástiles y la obra superior de tres acorazados salieron volando uno tras otro sobre el mar, bajo nubes de humo negro. Pero mi hermano no tardó en desviar la atención hacia los disparos distantes en el sur, y le pareció ver una columna de humo que brotaba de la neblina gris.

El barco de vapor ya pedaleaba hacia el este de la gran media luna de barcos, y la costa baja de Essex se estaba volviendo más azul y brumosa, cuando apareció un marciano, pequeño y apenas distinguible en la distancia, avanzando por la costa embarrada desde Foulness. Al verlo, el capitán se puso a insultar vociferando, asustado y furioso por haber salido con retraso, y las paletas parecieron contagiarse de su terror. Todos lo que estaban a bordo se quedaron en los macarrones o en los asientos del buque y se quedaron mirando la figura distante, más alta que los árboles o las torres de las iglesias del interior, que avanzaba como si imitara lentamente el caminar humano.

Era el primer marciano que veía mi hermano. Se puso en pie, más asombrado que aterrorizado, contemplando como aquel titán avanzaba con parsimonia hacia los barcos, metiéndose cada vez más en el agua al desviarse la costa. Entonces, pasado el Crouch, a lo lejos, apareció otro pisoteando unos árboles raquíticos, y luego otro más, aún más alejado, metiéndose en una marisma brillante que parecía suspendida entre el cielo y el mar. Todos avanzaban mar adentro, como si quisieran interceptar la huida de los innumerables navíos que se acumulaban entre Foulness y el Naze. A pesar de los vibrantes esfuerzos de los motores del pequeño barco de vapor y de la espuma que soltaban sus ruedas, se alejaba con una lentitud aterradora de aquel avance ominoso.

Mirando hacia el noroeste, mi hermano vio que la extensa media luna de barcos ya se estremecía con el terror que se avecinaba; un barco se metía detrás de otro, otro que estaba de costado se ponía de popa, algunos barcos de vapor silbaban y humeaban, se despegaban velas, corrían lanchas de acá para allá. Mi hermano

estaba tan fascinado ante aquel movimiento y el peligro que se acercaba por la izquierda que no prestaba atención a lo que pudiera venir del mar. Y entonces un movimiento rápido del barco de vapor (que se había dado la vuelta de repente para evitar que lo aplastaran) lo hizo caer de su asiento de cabeza al suelo. Oyó gritos a su alrededor, carreras, y unos vítores que parecían obtener una respuesta lejana. El barco de vapor dio otro bandazo y le hizo caer otra vez de frente.

Mi hermano se puso en pie y vio a estribor, a menos de cien metros de donde su barco escorado cabeceaba, un bulto enorme de hierro como la cuchilla de un arado rasgando el agua, formando a cada lado enormes olas espumosas que saltaban hacia el barco y le hacían agitar las paletas inútilmente por los aires, para luego inundarle la cubierta casi hasta la línea de flotación.

La salpicadura cegó a mi hermano durante un instante. Cuando volvió a quedarle la vista despejada vio que el monstruo había pasado y corría hacia tierra. Un gran mecanismo superior de acero despuntaba en esta estructura acelerada, y de ahí salían unas chimeneas gemelas que escupían una ráfaga humeante y llameante. Era el torpedero Niño del Trueno, que acudía a todo vapor al rescate de los barcos amenazados.

Agarrándose a los baluartes para mantener el equilibrio en el vaivén de la cubierta, mi hermano volvió a mirar detrás de aquel leviatán combativo hacia los marcianos, y entonces los vio a los tres juntos, tan adentrados en el mar que sus trípodes estaban sumergidos casi del todo. Así hundidos, y vistos a distancia, parecían mucho menos formidables que el enorme bulto de hierro cuya estela tanto hacía cabecear al barco de vapor. Parecían contemplar perplejos al nuevo contrincante. Tal vez su inteligencia les decía que el gigante podía ser incluso uno de ellos. El Niño del Trueno no disparó ningún cañón, sino que se dirigió a toda marcha hacia ellos. El hecho de no disparar fue probablemente lo que le permitió acercarse tanto al enemigo. No sabían qué pensar de él. Un solo proyectil les habría bastado para hundirlo inmediatamente con el rayo de calor.

El acorazado avanzaba a tal ritmo que al cabo de un minuto ya parecía hallarse a mitad de camino entre el barco de vapor y los

marcianos, formando un bulto negro cada vez más pequeño que se recortaba contra la extensión horizontal menguante de la costa de Essex.

De repente el marciano más avanzado bajó el tubo y descargó una lata de gas negro hacia el acorazado. Lo alcanzó a babor y el impacto rebotó formando un chorro oscuro que salió disparado hacia el mar, desplegando un torrente de humo negro, pero el acorazado consiguió apartarse de él. A los que miraban desde el barco de vapor, sumergido en el mar y con el sol de cara, les pareció como si el acorazado ya se encontrara entre los marcianos.

Vieron a las figuras descarnadas separarse y salir del agua al retirarse hacia la costa, y uno de ellos alzó el generador del rayo de calor, que era como una cámara. Lo sostuvo señalando oblicuamente hacia abajo, y una masa de vapor salió del agua cuando la tocó el rayo. Debió de atravesar el hierro del costado del barco como un hierro candente atravesaría un trozo de papel.

Una llama parpadeante se alzó entre el vapor, y a continuación el marciano perdió el pulso y se tambaleó. Al cabo de un instante quedó partido en dos, y una gran masa de agua y vapor salió disparada por los aires. Disparados uno tras otro, los cañones del Niño del Trueno resonaron en el vapor, y uno de los disparos salpicó una gran cantidad de agua cerca del barco de vapor, rebotó en dirección a los otros buques que huían hacia el norte y destrozó una barca de pesca.

Pero nadie se fijó en ello. Al ver hundirse al marciano, el capitán del barco soltó unos alaridos inarticulados y todos los pasajeros apiñados en la popa gritaron al unísono. Y volvieron a gritar. Pues más allá del torbellino blanco avanzaba algo largo y negro, con llamas en el centro y unos ventiladores y chimeneas que soltaban fuego.

El acorazado seguía vivo; al parecer el aparato de gobierno estaba intacto, y los motores funcionaban. Se dirigió directamente hacia el segundo marciano, y estaba a menos de cien metros de él cuando el rayo de calor volvió a atacar. Entonces se oyó un ruido sordo y violento, se produjo un destello cegador y las cubiertas y las chimeneas del acorazado saltaron por los aires. El marciano se tambaleó debido a la violencia de la explosión, y un segundo

después los restos en llamas, que aún volaban con el impulso, lo habían alcanzado y arrugado como si fuera de cartón. Mi hermano no pudo reprimir un grito. Un tumulto de vapor hirviendo volvió a ocultarlo todo.

—¡Dos! —gritó el capitán.

Todo el mundo gritaba. El barco vibraba de un extremo a otro con los vítores frenéticos que empezó a exclamar primero uno y luego todos los pasajeros apelotonados en los barcos y barcas que salían hacia el mar.

El vapor se cernió por encima del agua durante varios minutos, ocultando totalmente al tercer marciano y la costa. Y durante todo ese tiempo, el barco de vapor continuó sin parar hacia el mar apartándose de la lucha. Cuando por fin la confusión se desvaneció, se interpuso la masa de vapor negro a la deriva, y ya no se veían ni el Niño del Trueno ni el tercer marciano. Pero los acorazados orientados hacia el mar ya estaban bastante cerca y miraban hacia la costa al cruzarse con el barco de vapor.

El barquito continuaba avanzando mar adentro, y los acorazados retrocedían lentamente hacia la costa, que seguía oculta por una masa marmolada de neblina, en parte vapor y en parte gas negro, que se arremolinaba y combinaba de los modos más extraños posibles. La flota de refugiados se estaba desperdigando hacia el noreste; varias barcas de pesca navegaban entre los acorazados y el barco de vapor. Al cabo de un rato, y antes de alcanzar la amalgama nubosa que se estaba hundiendo, los buques de guerra se volvieron hacia el norte y luego viraron bruscamente y se adentraron en la bruma cada vez más densa del anochecer en dirección sur. La costa se volvió más borrosa y al final, indistinguible entre los bancos de nubes bajas que estaban creciendo sobre la puesta de sol.

Entonces, de repente, de la bruma dorada del crepúsculo llegó la vibración de unos cañones, y se formaron unas sombras negras que se movían. Todo el mundo se concentró en la barandilla del barco y miró hacia la caldera cegadora del oeste, pero no se distinguía nada con claridad. Una masa de humo se alzaba inclinada y cubría el rostro del sol. El barco de vapor avanzaba vibrando, sumido en un suspense interminable.

El sol se hundió en las nubes grises, el cielo enrojeció y se oscureció, la estrella nocturna tembló al aparecer. Ya habían penetrado en el crepúsculo cuando el capitán gritó y señaló alguna cosa. Mi hermano forzó la vista. Algo salió disparado de la luz grisácea, y ascendió, inclinado y veloz, hacia la claridad luminosa por encima de las nubes en el cielo de poniente; un objeto plano, ancho y muy grande, que describió una curva muy amplia, se hizo más pequeño, se hundió lentamente y desapareció de nuevo en el misterio gris de la noche. Y mientras volaba llovió oscuridad sobre la tierra.

***LIBRO II: LA TIERRA DOMINADA POR LOS
MARCIANOS***

1

ENTERRADOS

En el primer libro me he desviado tanto de mis propias aventuras para contar las experiencias de mi hermano que el cura y yo hemos pasado los dos últimos capítulos agazapados en la casa vacía de Halliford, adonde huimos para escapar del humo negro. Continuaré el relato a partir de ahí. Nos pasamos todo el domingo por la noche y el lunes —el día del pánico— en una isleta de luz, separados por el humo negro del resto del mundo. No pudimos hacer otra cosa salvo esperar sumidos en una dolorosa inactividad durante dos tediosos días.

Yo estaba ansioso por mi esposa. Me la imaginaba en Leatherhead, aterrorizada, en peligro, llorándome ya como si hubiera fallecido. Me paseaba arriba y abajo por las habitaciones y gritaba cuando pensaba en nuestra separación, en todo lo que podría ocurrirle en mi ausencia. Sabía que mi primo era lo bastante valiente para enfrentarse a cualquier urgencia, pero no era un hombre que se percatara rápidamente del peligro, que actuase con rapidez. Lo que necesitábamos ahora no era valentía, sino cautela. Mi único consuelo era pensar que los marcianos se desplazaban hacia Londres, apartándose de ella. Esas preocupaciones imprecisas me tenían sensible y dolorido. Estaba muy irritable, harto de las exclamaciones constantes del cura, y me agotaba presenciar su desesperación egoísta. Tras una protesta inútil me mantuve apartado de él, me quedé en una habitación, que debía de ser un aula infantil, donde había globos, figuras y cuadernos. Cuando me siguió hasta allí me fui a un trastero en lo alto de la casa, y para

estar solo con mis dolorosas miserias me encerré dentro.

Estuvimos totalmente rodeados por el humo negro durante todo aquel día y la mañana siguiente. Nos pareció que había gente en la casa de al lado el domingo por la noche: vimos un rostro en una ventana y luces que se movían, y luego oímos un portazo. No sé quiénes eran, ni qué fue de ellos. No volvimos a verlos al día siguiente. El humo negro fue arrastrándose hacia el río durante toda la mañana, cada vez más cerca de nosotros, hasta que acabó cubriendo la calzada frente a la casa en que nos escondíamos.

Un marciano cruzó los campos al mediodía, rociándonos con un chorro de vapor supercaliente que silbó al alcanzar las paredes, rompió todas las ventanas que tocaba y le escaldó la mano al cura cuando huyó del salón. Cuando por fin conseguimos deslizarnos por las habitaciones empapadas y volver a mirar, parecía como si una tormenta de nieve oscura hubiera atravesado los campos hacia el norte. Nos quedamos perplejos al ver, hacia el río, una rojez incomprensible mezclada con el negro de los prados quemados.

Tardamos un rato en entender cómo afectaba este cambio a nuestra situación, pero dejamos de temer al humo negro. Más adelante me di cuenta de que ya no estábamos rodeados, de que podríamos huir. En cuanto me percaté de que la vía de escape había quedado abierta, volví a sentir deseos de entrar en acción. Sin embargo, el cura estaba apático y no atendía a razones.

—Aquí estamos seguros —repetía—. Aquí, seguros.

Decidí abandonarlo... ¡ojalá lo hubiera hecho! Aplicando lo que había aprendido del artillero, busqué comida y bebida. Había encontrado aceite y trapos para mis quemaduras, y también cogí un sombrero y una camisa de franela que encontré en una de las habitaciones. Cuando le quedó claro que pensaba irme solo —que me había resignado a marcharme solo—, se levantó de repente para venir conmigo. Como toda la tarde había estado tranquila, salimos a eso de las cinco, según calculé, por la carretera ennegrecida hacia Sunbury.

En Sunbury, y en algunos tramos de la carretera, encontramos cadáveres que yacían contorsionados, tanto de caballos como de hombres, carros y equipaje volcado, todos cubiertos con una espesa capa de polvo negro. Esa capa de polvo de ceniza me hizo pensar en

lo que había leído de la destrucción de Pompeya. Llegamos a Hampton Court sin percances, aunque no dejaban de aparecer cosas extrañas y desconocidas, y nos alivió encontrar un pedazo de césped que había escapado del avance asfixiante. Atravesamos Bushey Park, donde los ciervos iban y venían bajo los castaños, y algunos hombres y mujeres corrían a lo lejos hacia Hampton, y así llegamos a Twickenham. Esas fueron las primeras personas que vimos.

Al otro lado de la carretera, pasados Ham y Petersham, los bosques seguían ardiendo. Twickenham no había sufrido daños ni del rayo de calor ni del humo negro, y por allí había más gente, aunque nadie sabía nada. La mayoría hacía como nosotros, aprovechaban la tregua para cambiar de escondrijo. Me imagino que muchas de las casas seguían ocupadas por sus habitantes asustados, demasiado asustados para huir. También abundaban las evidencias de una huida precipitada por la carretera. Recuerdo sobre todo tres bicicletas aplastadas formando un montón, machacadas en la carretera por las ruedas de los carros que pasaron después. Atravesamos el puente de Richmond alrededor de las ocho y media. Por supuesto, cruzamos el puente expuesto a toda prisa, pero me fijé en que por el río, a lo largo de varios metros, flotaban unas cuantas masas rojas. No sabía lo que eran —no había tiempo para inspeccionarlas—, y les di una interpretación más horrible de lo que merecían. En la orilla de Surrey volvía a haber polvo negro que antes era humo, y cadáveres, un montón de cuerpos cerca del acceso a la estación, pero no atisbamos a los marcianos hasta que nos dirigimos a Barnes.

En la distancia renegrida vimos a un grupo de tres personas corriendo por una callecita que llevaba al río, pero por lo demás no parecía haber nadie. La ciudad de Richmond ardía intensamente hasta la colina; fuera de la ciudad no había ni rastro del humo negro.

Y entonces, al acercarnos a Kew, llegaron de sopetón varias personas corriendo, y la parte superior de una máquina guerrera marciana se alzó por encima de los tejados de las casas, a menos de cien metros de nosotros. Nos quedamos paralizados de miedo, y si el marciano hubiera bajado la vista habríamos perecido en el acto. Estábamos tan aterrorizados que no nos atrevíamos a continuar, así

que nos desviamos a un lado y nos escondimos en el cobertizo de un jardín. Allí el cura se agachó, llorando en silencio, y se negó a volver a moverse.

Yo no dejaba de pensar en volver a Leatherhead, y al anochecer salí de nuevo. Atravesé unos arbustos y un pasaje junto a una casa grande con terreno, y así llegué a la carretera de Kew. Había dejado al cura en el cobertizo, pero vino corriendo tras de mí.

Esa segunda salida fue lo más estúpido que he hecho en la vida, porque estaba claro que los marcianos nos rodeaban. En cuanto el cura me alcanzó vimos a la máquina guerrera que habíamos visto antes, o quizá a otra, al otro lado de los prados que se extendían hacia Kew Lodge. Cuatro o cinco figuritas negras corrían ante ella por el campo gris y verde, y enseguida quedó claro que aquel marciano las perseguía. Las alcanzó en tres zancadas, y ellas se alejaron de sus pies corriendo en todas direcciones. No utilizó el rayo de calor para destruirlas, sino que las fue cogiendo una tras otra. Parece ser que las arrojó en la gran cesta metálica que sobresalía de detrás de él, como la cesta colgada al hombro de un obrero.

Fue la primera vez que pensé que los marcianos podían tener otro objetivo aparte de destruir a la humanidad derrotada. Nos quedamos petrificados un instante, nos volvimos y huimos cruzando una verja que teníamos detrás hasta un jardín vallado; encontramos una zanja, o más bien tuvimos la suerte de caer dentro, y allí nos quedamos, sin atrevernos apenas a susurrar hasta que salieron las estrellas.

Debían de ser casi las once cuando reunimos el coraje necesario para continuar avanzando. Ya no nos aventuramos por la carretera, sino que fuimos a hurtadillas por los setos y a través de las plantaciones, vigilando atentamente la oscuridad, él a la derecha y yo a la izquierda, por si había marcianos, que parecían estar por todas partes. Llegamos a una zona arrasada y negra, que se estaba enfriando y deshaciendo en cenizas, con varios cadáveres humanos desperdigados, horriblemente quemados por la cabeza y el tronco, pero con las piernas y las botas casi intactas; también había caballos muertos, a unos quince metros, quizá, de una fila de cuatro cañones rotos con sus cureñas destrozadas.

Al parecer Sheen había escapado de la destrucción; aun así el lugar estaba silencioso y abandonado. Allí no encontramos cadáveres, aunque la noche era demasiado oscura para ver las callecitas del lugar. En Sheen mi compañero se quejó de repente de debilidad y sed, y decidimos intentar entrar en una de las casas.

Tras forcejear con una ventana, entramos en una casa que era pareada. No hallamos nada comestible salvo un poco de queso mohoso. Había, no obstante, agua para beber, y yo cogí un hacha, que prometía sernos útil para colarnos en la siguiente casa.

Luego pasamos a un lugar donde la carretera gira hacia Mortlake. Allí había una casa blanca dentro de un jardín vallado, y en la despensa de la vivienda descubrimos una reserva de comida: dos hogazas de pan en una bandeja, un filete sin cocinar y medio jamón. Describo este catálogo con precisión porque tuvimos que subsistir con estas provisiones durante los quince días siguientes. Había cerveza embotellada bajo una estantería, dos bolsas de alubias y unas cuantas lechugas mustias. La despensa se abría a un anexo donde encontramos leña. También había un armario, del que sacamos casi una docena de borgoñas, sopa y salmón en conserva, y dos latas de galletas.

Nos sentamos en la cocina adyacente a oscuras —pues no nos atrevíamos a encender la luz— y comimos pan y jamón, y bebimos cerveza de la misma botella. El cura, que continuaba timorato y agitado, estaba, por extraño que parezca, dispuesto a continuar, y yo le instaba a guardar fuerzas y comer, cuando sucedió lo que nos acabó encerrando.

—No puede ser medianoche ya —comenté, y entonces surgió un destello cegador de luz verde intensa. En la cocina todo apareció, claramente visible bajo la luz verde y negra, y volvió a desvanecerse. Y entonces se produjo la mayor conmoción que he oído en mi vida, y que no he vuelto a oír jamás. Acto seguido oí un ruido sordo por detrás, la rotura de un cristal, el estrépito y el golpeteo de la mampostería al caer a nuestro alrededor, y el yeso del techo se derrumbó encima de nosotros, resquebrajándose en multitud de fragmentos sobre nuestras cabezas. Caí de bruces al suelo, me di un golpe contra el tirador del horno y perdí el conocimiento. El cura me explicó que pasé mucho rato inconsciente.

Cuando recuperé el sentido volvíamos a estar a oscuras, y él, con la cara manchada de la sangre que le brotaba de un corte en la frente, según descubrí más tarde, me estaba aplicando un poco de agua.

Tardé un rato en recordar qué había sucedido. Luego empecé a acordarme. Me estaba saliendo un moretón en la sien.

—¿Se encuentra mejor? —me preguntó susurrando el cura.

Por fin conseguí responderle y me incorporé.

—No se mueva —dijo—. El suelo está cubierto de trozos de la vajilla del aparador. No puede moverse sin hacer ruido, y me parece que ellos están fuera.

Nos quedamos sentados en silencio, de modo que apenas nos oíamos respirar el uno al otro. Todo parecía mortalmente silencioso, pero en una ocasión algo, un pedazo de yeso o de ladrillo roto, se deslizó retumbando junto a nosotros. Fuera, muy cerca, se oía un golpeteo intermitente, metálico.

—¡Eso! —señaló el cura cuando volvimos a oírlo.

—Sí. ¿Qué es?

—¡Un marciano! —respondió el cura.

Lo escuché de nuevo.

—No ha sido como el rayo de calor —opiné, y durante un rato me sentí inclinado a pensar que una de las descomunales máquinas guerreras había chocado contra la casa, ya que había visto tropezar a una contra la torre de la iglesia de Shepperton.

Nuestra situación era tan extraña e incomprensible que durante tres o cuatro horas, hasta que llegó el amanecer, apenas nos movimos. Y entonces se filtraron las luces, no a través de la ventana, que permanecía negra, sino de una abertura triangular entre una viga y un montón de ladrillos rotos en la pared que había detrás de nosotros. Veíamos el interior de la cocina, grisáceo, por vez primera.

La ventana había implosionado empujada por una masa de mantillo del jardín, que sobresalía por encima de la mesa en la que habíamos estado sentados y quedaba a nuestros pies. Fuera, la tierra se amontonaba contra la casa. En lo alto del marco de la ventana vimos un bajante arrancado. Había un montón de utensilios desperdigados y destrozados por el suelo; el extremo de la cocina hacia el interior de la casa estaba seccionado, y como allí brillaba la

luz del sol era evidente que gran parte de la casa se había derrumbado. Contrastaba intensamente con estas ruinas el pulcro aparador, pintado del verde claro a la moda, con varios recipientes de cobre y latón por debajo, el papel pintado que imitaba los azulejos, y un par de grabados de colores que sobresalían de las paredes por encima de la cocina.

Al ir amaneciendo, vimos a través de la abertura de la pared el cuerpo de un marciano que vigilaba, supongo, el cilindro aún brillante. Al verlo nos arrastramos con tanta cautela como pudimos desde la penumbra de la cocina hasta la oscuridad de la leñera.

Entonces me vino bruscamente a la mente la interpretación correcta de lo sucedido.

—¡El quinto cilindro —susurré—, el quinto disparado desde Marte, ha alcanzado nuestra casa y nos ha enterrado bajo las ruinas!

El cura pasó un rato en silencio hasta que susurró:

—¡Que Dios se apiade de nosotros!

A excepción de esta corta conversación permanecimos en silencio en la leñera; yo apenas me atrevía a respirar, y me quedé sentado con la mirada fija en la débil luz de la puerta de la cocina. Solo veía el rostro del cura formando un óvalo apenas distinguible, y el cuello y los puños de su camisa. Fuera empezó a oírse un martilleo metálico, luego un pitido violento, y luego otra vez, tras un intervalo silencioso, un silbido como el de un motor. Estos ruidos, la mayoría de ellos no identificables, continuaron intermitentemente, y parecían intensificarse a medida que transcurría el tiempo. Entonces empezaron a llegarnos unos ruidos sordos regulares y una vibración que hizo temblar todo lo que nos rodeaba y provocó que los recipientes de la despensa retumbaran y se movieran. La luz quedó eclipsada un instante, y la entrada fantasmal a la cocina se oscureció totalmente. Pasamos muchas horas agazapados allí, callados y temblando, hasta que nuestra atención, exhausta, se agotó...

Por fin me desperté muy hambriento. Me inclino a pensar que pasamos la mayor parte del día durmiendo. El hambre se imponía con tanta insistencia que me hizo actuar. Le dije al cura que iba a buscar comida, y fui a tientas hasta la despensa. Él no replicó, pero en cuanto empecé a comer el ruidito que hacía lo despertó y lo oí

arrastrándose hacia mí.

2

LO QUE VIMOS DESDE LA CASA EN RUINAS

Después de comer nos deslizamos otra vez hasta la leñera, y debí de dormirme otra vez, porque cuando volví a mirar a mi alrededor estaba solo. La vibración sorda continuó con una insistencia tediosa. Llamé susurrando al cura varias veces, y acabé abriéndome paso a tientas hacia la puerta de la cocina. Aún era de día y vislumbé al cura al otro lado de la habitación, apoyado contra el agujero triangular que permitía ver a los marcianos. Tenía los hombros encorvados, así que no le veía la cabeza.

Oí varios ruidos parecidos a los de un depósito de locomotoras, y la casa vibró debido a este golpeteo sordo e insistente. Por la abertura de la pared vi la copa de un árbol salpicada de dorado, y el azul cálido del cielo tranquilo del anochecer. Debí de pasarme un minuto observando al cura, y luego me acerqué a él, agachándome y pisando con extrema precaución entre la vajilla rota desperdigada por el suelo.

Le toqué la pierna y se agitó tan violentamente que una masa de yeso se deslizó desde fuera y cayó con un gran estruendo. Le agarré el brazo, temiendo que soltara un grito, y pasamos un buen rato agazapados, inmóviles. Luego me volví a ver qué quedaba de nuestro refugio. Al desprenderse el yeso se había hecho una rendija vertical en los escombros, y saltando con cuidado una viga conseguí ver fuera de esta abertura lo que la noche anterior era la calzada silenciosa de una calle residencial. El cambio que contemplamos era desde luego descomunal.

El quinto cilindro debía de haber caído justo donde estaba la

primera casa que visitamos. El edificio había desaparecido, completamente aplastado, pulverizado y desperdigado por el golpe. El cilindro se hallaba ahora muy por debajo de los cimientos originales, metido en un agujero mucho más grande que el hoyo al que me había asomado en Woking. La tierra lo había salpicado todo debido a aquel impacto tremendo —«salpicado» es la palabra adecuada— y yacía en unos grandes montones que ocultaban los bultos de las casas adyacentes. Se había comportado exactamente como el barro ante el golpe violento de un martillo. Nuestra casa se había hundido hacia atrás; la parte delantera, incluso en la planta baja, había quedado destruida por completo; por fortuna, la cocina y la leñera habían escapado de la ruina, sepultadas bajo el polvo y los escombros, rodeadas por toneladas de tierra por todos lados excepto en la dirección del cilindro. Nos hallábamos en el borde mismo del gran hoyo circular que los marcianos se afanaban en hacer. Era evidente que el ruido palpitante y pesado venía justo de detrás de nosotros, y un vapor verde brillante se extendía una y otra vez como un velo ante nuestra mirilla.

El cilindro ya estaba abierto en el centro del hoyo. En su extremo más alejado, entre los setos aplastados y cubiertos de grava, una de las descomunales máquinas guerreras, abandonada por su ocupante, permanecía rígida y alta, recortada contra el cielo nocturno. Al principio apenas me fijé en el hoyo y el cilindro, aunque ha resultado práctico describirlos en primer lugar, debido al extraordinario mecanismo centelleante que vi ocupado en la excavación, y a las extrañas criaturas que se arrastraban lenta y dolorosamente a través de la tierra acumulada cerca del mismo.

El mecanismo fue lo primero que atrajo mi atención, desde luego. Era una de esas estructuras sorprendentes que desde entonces se han denominado máquinas instrumentales, y el estudio de las cuales ya ha dado un impulso enorme a la inventiva terrícola. Como me pareció en un primer momento, presentaba una especie de araña metálica con cinco patas articuladas y ágiles y un número asombroso de palancas y barras articuladas, y unos tentáculos por el cuerpo para alcanzar y agarrar cosas. Tenía la mayoría de los brazos retraídos, pero con tres tentáculos largos sacaba diversas varas, placas y barras que revestían y al parecer reforzaban las superficies

del cilindro. Tras extraerlas, las levantaba y las depositaba en una superficie plana de tierra que le quedaba detrás.

Su movimiento era tan rápido, complejo y perfecto que al principio no me pareció que fuera una máquina, pese a su destello metálico. Las máquinas guerreras estaban coordinadas y animadas hasta un punto extraordinario, pero no era nada comparado con esto. La gente que no ha visto estas estructuras y para concebirlas cuenta solo con las obras mal imaginadas de artistas o las descripciones imperfectas de testigos oculares como yo no pueden entender lo viva que estaba.

Recuerdo especialmente la ilustración de uno de los primeros panfletos publicados para ofrecer un relato consecutivo de la guerra. Era evidente que el artista había realizado un estudio apresurado de una de las máquinas guerreras, y ahí terminaban sus conocimientos. Las presentaba como trípodes rígidos e inclinados, sin flexibilidad ni sutileza, lo que generaba un efecto monótono totalmente engañoso. El panfleto donde aparecieron estas interpretaciones cobró una fama considerable, y las menciono aquí sencillamente para advertir al lector de que producían una impresión equivocada. Su parecido con los marcianos que vi en acción no era mayor que el de una muñeca articulada de madera con un ser humano. Creo que el panfleto habría quedado mucho mejor sin ellas.

Al principio, digo, la máquina instrumental no me impresionó como máquina, sino porque era una criatura parecida a un cangrejo con un tegumento centelleante: el marciano que controlaba sus tentáculos delicados y le permitía moverse parecía el equivalente del cerebro de tal animal. Sin embargo, entonces percibí la similitud de su tegumento marrón y gris, brillante y curtido, con el de los otros cuerpos tendidos más allá, y comprendí la naturaleza de su diestro obrero. Así mi interés se desplazó hacia las otras criaturas, los auténticos marcianos. Ya me había formado una opinión rápida de ellos, y la náusea inicial dejó de oscurecer mis observaciones. Además, me hallaba oculto e inmóvil, por lo que no me apremiaba actuar.

Eran, lo digo ahora, las criaturas más sobrenaturales que se pueden concebir. Tenían enormes cuerpos redondos —o más bien,

cabezas— de más de un metro de diámetro, y delante de cada cuerpo, una cara. La cara no tenía fosas nasales —lo cierto es que los marcianos no parecían poseer ninguna clase de sentido del tacto —, sino un par de ojos muy grandes y oscuros, y justo debajo de ellos una especie de pico carnoso. En la parte de atrás de esta cabeza o cuerpo —pues apenas sé cómo definirlo— se hallaba una única superficie timpánica estrecha, desde entonces considerada anatómicamente una oreja, aunque debía de resultar casi inútil en nuestro aire, más denso. En torno a la boca había un total de dieciséis tentáculos finos, casi como látigos, dispuestos en dos grupos de ocho. El profesor Howes, distinguido anatomista, les dio el nombre de «manos», una designación bastante acertada. La primera vez que vi a aquellos marcianos ya parecían esforzarse por alzarse sobre estas manos, pero debido a su peso, aumentado por las condiciones terrestres, no les era posible. Hay motivos para suponer que en Marte podrían servirse de ellas para moverse con cierta facilidad.

Debo señalar que la anatomía interna, tal y como ha mostrado desde entonces la disección, era casi igual de simple. La mayor parte de la estructura era el cerebro, que conectaba unos nervios enormes con los ojos, el oído y los tentáculos táctiles. Junto a él se hallaban los voluminosos pulmones, a los que se abría la boca, y el corazón y sus vasos sanguíneos. Las dificultades para respirar provocadas por la densa atmósfera y la mayor atracción gravitacional resultaban más que evidentes en los movimientos convulsivos de la piel exterior.

Y esta era la suma de los órganos marcianos. Por muy extraño que le parezca a un ser humano, el complejo aparato digestivo que constituye el grueso de nuestros cuerpos no existía en el caso de los marcianos. Eran cabezas, solo cabezas. No tenían entrañas. No comían, ni mucho menos digerían, sino que tomaban la sangre fresca y palpitante de otras criaturas y se la «inyectaban» en las venas. Vi con mis propios ojos cómo lo hacían, y lo mencionaré cuando corresponda. Pero, aunque parezca muy aprensivo, no logro describir lo que ni siquiera pude seguir mirando. Bastará con que diga que la sangre obtenida de un animal vivo y quieto, en la mayoría de los casos un ser humano, circulaba directamente a

través de una pipeta hasta el canal receptor...

El mero hecho de pensar en esto nos resulta horriblemente repulsivo, no obstante, también creo que deberíamos recordar lo repulsivos que resultarían nuestros hábitos carnívoros a un conejo inteligente.

Las ventajas fisiológicas de la práctica de la inyección son innegables, si se piensa en el tremendo desgaste de tiempo y energía humana ocasionado por los procesos de comer y digerir. Nuestros cuerpos están medio formados de glándulas, tubos y órganos, ocupados en convertir en sangre toda clase de comida. Los procesos digestivos y su reacción en el sistema nervioso minan nuestras energías y nos empañan la mente. Los hombres están felices o abatidos según tengan hígados sanos o enfermos, o glándulas gástricas sanas. En cambio, los marcianos vivían por encima de estas fluctuaciones orgánicas de estados de ánimo y emociones.

Su preferencia manifiesta por los hombres como fuente nutritiva queda en parte explicada por la naturaleza de los restos de las víctimas que se habían traído como provisiones de Marte. A juzgar por los restos resecaos que han caído en manos humanas, estas criaturas eran bípedos con esqueletos endebles y silíceos (casi como las espículas de las esponjas silíceas) y musculatura débil, que alcanzaban un metro ochenta de altura y tenían cabeza redonda y erguida y ojos grandes, hundidos en cuencas también silíceas. Parece que se trajeron dos o tres de estos seres en cada cilindro, y todos murieron antes de llegar a la Tierra. Era lo mejor que les podía pasar, porque el simple intento de mantenerse erguidos en nuestro planeta habría hecho que se les rompiesen todos los huesos del cuerpo.

Y mientras elaboro esta descripción, debo añadir ciertos detalles que, pese a no resultar del todo evidentes en aquel momento, permitirán al lector que las desconoce hacerse una idea más clara de estas criaturas ofensivas.

Había tres puntos más en los que su fisiología difería extrañamente de la nuestra. Sus organismos no dormían, no más de lo que duerme el corazón del hombre. Como no poseían ningún mecanismo muscular extenso que debiera recuperarse, desconocían el agotamiento periódico. Al parecer no sentían fatiga alguna, o era

muy escasa. Aunque en la Tierra no podían desplazarse sin esfuerzo, se mantuvieron activos hasta el final. En veinticuatro horas realizaron veinticuatro horas de trabajo, como puede que sea el caso de las hormigas aquí en la tierra.

En segundo lugar, por increíble que pueda parecer en un mundo sexuado, los marcianos carecían completamente de sexo, y por tanto no poseían las emociones tumultuosas que surgen de esa diferencia entre los hombres. Un joven marciano, de eso no hay ninguna duda, nació en la Tierra durante la guerra, y fue encontrado adherido a su padre, parcialmente «desprendido», como brotan los bulbos de las liliáceas, o como los animálculos en el pólipo de agua dulce.

En el hombre, y en todos los animales terrestres superiores, ese método reproductivo ha desaparecido, pero desde luego era también el método primitivo en la Tierra. Entre los animales inferiores, y hasta el nivel de los tunicados, primos de los vertebrados, se daban los dos procesos simultáneamente, pero el método sexual acabó reemplazando a su competidor. En Marte, no obstante, parece haber ocurrido justo lo contrario.

Merece la pena destacar que cierto escritor especulativo de reputación casi científica, que escribió mucho antes de la invasión marciana, predijo que el hombre adquiriría una estructura final no muy distinta de la actual condición marciana. Su profecía, recuerdo, apareció en noviembre o diciembre de 1893 en una publicación que hace mucho que desapareció, el *Pall Mall Budget*, y recuerdo la caricatura que de ello hicieron en una revista pre-marciana llamada *Punch*. Él señaló, en un tono ridículo y burlón, que la perfección de los aparatos mecánicos acabaría sustituyendo a las extremidades; la perfección de los dispositivos químicos, a la digestión; que órganos tales como el pelo, la nariz externa, los dientes, las orejas y la barbilla ya no eran partes esenciales del ser humano, y que la tendencia de la selección natural se orientaría hacia su disminución constante en los tiempos venideros. El cerebro, y nada más, continuaría siendo una necesidad fundamental. Solo otra parte del cuerpo poseía argumentos poderosos para sobrevivir, y era la mano, «maestra y agente del cerebro». Mientras el resto del cuerpo menguaba, las manos crecerían.

Hay muchas palabras ciertas escritas en broma, y en el caso de los marcianos la inteligencia había logrado sin duda suprimir el lado animal del organismo. Me resulta bastante creíble que los marcianos pudieran descender de seres no muy distintos de nosotros, debido a un desarrollo gradual del cerebro y las manos (y que estas últimas acabaran dando lugar a dos grupos de tentáculos delicados) a expensas del resto del cuerpo. Claro que, sin el cuerpo, el cerebro se convertiría en mera inteligencia egoísta, sin el sustrato emotivo del ser humano.

La última diferencia remarcable entre los sistemas de estas criaturas y los nuestros se hallaba en lo que podría haberse considerado un detalle muy trivial. Los microorganismos, que tantas enfermedades y sufrimientos provocaban en la Tierra, nunca han existido en Marte, o la ciencia sanitaria marciana los eliminó hace mucho tiempo. Un centenar de enfermedades, todas las fiebres y contagios de la vida humana, la tisis, los cánceres, tumores y morbosidades semejantes nunca entraron en su vida. Y hablando de las diferencias entre la vida en Marte y la vida terrícola, aludiré a las curiosas teorías de la hierba roja.

Al parecer el reino vegetal de Marte, en vez de tener el verde como color dominante, posee un intenso tono rojo sangre. En cualquier caso, las semillas que los marcianos, de forma intencionada o accidental, trajeron consigo, dieron lugar a toda clase de plantas rojas. Solo lo que se conoce popularmente como «hierba roja» fue, no obstante, la que arraigó en competición con las formas terrestres. La trepadora roja tuvo un desarrollo efímero, y pocas personas la han visto crecer, pero durante un tiempo la hierba roja creció con un vigor y una exuberancia sorprendentes. Se extendió junto al hoyo para cuando llegó el tercer o cuarto día de nuestro cautiverio, y sus ramas tipo cactus formaron una hilera carmín hasta los bordes de nuestra ventana triangular. Más adelante la encontré repartida por todo el campo, y sobre todo donde había una corriente de agua.

Los marcianos poseían lo que parecía un órgano auditivo, un solo tambor redondo en la parte trasera de su cabeza-cuerpo, y ojos que alcanzaban un campo visual no muy distinto del nuestro, a excepción de que, según Philips, el azul y el violeta eran como el

negro para ellos. La suposición general es que se comunicaban mediante sonidos y gesticulaciones tentaculares; esto se basa, por ejemplo, en el panfleto, hábil pero compilado con precipitación (escrito evidentemente por alguien que no fue testigo ocular de las acciones marcianas), al que ya he hecho referencia y que, hasta ahora, ha sido la principal fuente de información sobre ellos. Sin embargo, ningún otro ser humano superviviente vio tanto a los marcianos en acción como yo. No es que quiera atribuirme méritos por un accidente, pero lo cierto es que así fue. Y afirmo que los vi de cerca una y otra vez, y que vi a cuatro, cinco y, en una ocasión, a seis de ellos realizando lenta y conjuntamente las operaciones más complicadas sin ruido ni gesto alguno. Sus peculiares gritos precedían siempre a la alimentación; no los modulaban, ni se trataba, a mi parecer, de ninguna clase de señal, sino tan solo de que espiraban aire antes de ponerse a succionar. Creo que puedo afirmar que poseo al menos conocimientos rudimentarios de psicología, y en este sentido estoy convencido —tan convencido como de cualquier otra cosa— de que los marcianos intercambiaban pensamientos sin ninguna intermediación física, pese a que antes estaba firmemente convencido de lo contrario. Antes de la invasión marciana, como algún lector ocasional tal vez recuerde, había escrito con cierta vehemencia en contra de la teoría telepática.

Los marcianos no llevaban ropa. Sus concepciones del ornamento y el decoro eran forzosamente distintas de las nuestras; y no solo eran mucho menos sensibles a los cambios de temperatura que nosotros, sino que los cambios de presión no parecían haberles afectado. Pero aunque no llevaban ropa, era en los otros añadidos artificiales a sus recursos corporales donde radicaba su gran superioridad respecto al hombre. Nosotros, con nuestras bicicletas y patines, nuestras máquinas voladoras herederas de Lilienthal, nuestros cañones, pistolas y demás, estábamos todavía al comienzo de la evolución que los marcianos ya han completado. Se han convertido prácticamente en meros cerebros, llevan cuerpos distintos según sus necesidades como los hombres llevan trajes para vestirse y cogen una bicicleta cuando tienen prisa o un paraguas cuando llueve. Y de sus aparatos puede que nada maraville más al hombre que la curiosa ausencia del mecanismo dominante en casi

todos los artefactos humanos: no tienen ruedas; ninguna de las cosas que trajeron a la Tierra indica ni sugiere que utilicen ruedas. Cabría esperarlas por lo menos en la locomoción. Y en este sentido resulta curioso señalar que incluso en este planeta la Naturaleza nunca ha dado con la rueda, o ha preferido otros recursos para desarrollarse. No solamente los marcianos o no conocían (lo cual resulta increíble) o se abstenían de usar la rueda, sino que en sus aparatos se usa muy poco el pivote fijo, o el pivote relativamente fijo, de modo que los movimientos circulares se confinan a un solo plano. Casi todas las articulaciones de la maquinaria presentan un sistema complicado de partes deslizantes que se desplazaban por encima de cojinetes de fricción pequeños pero elegantemente curvos. Y siguiendo con esta descripción detallada, resulta destacable que las largas palancas de sus máquinas se accionan en la mayoría de los casos mediante una especie de falsa musculatura de discos en una funda elástica; estos discos se polarizan y se atraen intensamente al verse atravesados por una corriente eléctrica. De este modo se producía el curioso paralelismo con el movimiento de los animales, que tan sorprendente e inquietante resultaba al observador humano. Esa pseudo musculatura abundaba en la máquina instrumental, la que tenía aspecto de cangrejo, que cuando miré por primera vez a través de la rendija estaba vaciando el cilindro. Parecía infinitamente más viva que los marcianos que yacían junto a ella a la luz del atardecer, jadeando, agitando unos tentáculos inútiles y moviéndose débilmente tras su largo viaje por el espacio.

Al atardecer seguía observando sus lentos movimientos, fijándome en todos los extraños detalles de su forma, cuando el cura me recordó su presencia tirándome violentamente del brazo. Me volví y me lo encontré con el ceño fruncido y unos labios silenciosos pero elocuentes. Quería la rendija, por la que solo podía mirar uno de nosotros, así que tuve que privarme de observarlos durante un rato mientras él disfrutaba de ese privilegio.

Cuando volví a mirar, la ocupada máquina instrumental ya había armado con varias de las piezas que había extraído del cilindro una figura que se parecía sin lugar a dudas a la suya; y abajo, a la izquierda, apareció una maquinita excavadora que

emitía ráfagas de vapor verde e iba recorriendo el hoyo, excavando y levantando terraplenes de un modo metódico y selectivo. Esa era la fuente del ruido vibrante y continuo, y el motivo por el que temblaba nuestro refugio ruinoso eran sus sacudidas rítmicas. Silbaba y pitaba al avanzar. Por lo que pude ver, no la llevaba ningún marciano.

3

LOS DÍAS DE ENCIERRO

Tuvimos que apartarnos de nuestra mirilla y escondernos en la leñera cuando llegó una segunda máquina guerrera, ya que temíamos que desde su altura el marciano nos viera. Más adelante comenzamos a sentirnos menos expuestos a sus ojos, pues para quien mirara deslumbrado por la luz del sol nuestro refugio debía de estar totalmente a oscuras, pero al principio ante la más leve indicación de acercamiento nos escabullíamos a la leñera con el corazón latiendo a toda velocidad. Pese al peligro que podía suponer, la atracción de la rendija resultaba irresistible para ambos. Ahora recuerdo con cierta estupefacción que, a pesar del incalculable peligro de morir de hambre o de afrontar una muerte aún más espantosa, todavía nos peleábamos amargamente por el horrible privilegio de ver. Corríamos por la cocina de un modo grotesco que combinaba la ansiedad y el temor a hacer ruido, y nos pegábamos, y nos empujábamos y pataleábamos, a escasos centímetros de que nos vieran.

El hecho es que nuestros temperamentos y hábitos de pensamiento y acción eran completamente incompatibles, y el peligro y el aislamiento en que nos hallábamos solo acentuaban esa incompatibilidad. En Halliford había empezado a detestar la costumbre del cura de proclamar su indefensión, su estúpida rigidez mental. Su retahíla interminable de quejas menoscababa cualquiera de mis esfuerzos por trazar un plan de acción, y en ocasiones, cuando se acumulaban e intensificaban, estaba a punto de volverme totalmente loco. Carecía de toda compostura, como una mujer

tonta. Se pasaba horas seguidas llorando, y en verdad creo que este niño mimado por la vida acabó pensando que sus débiles lágrimas habían resultado eficaces en algún sentido, mientras yo permanecía sentado en la oscuridad incapaz de dejar de pensar en él debido a sus importunidades. Comía más que yo, y en vano le señalaba que nuestra única oportunidad de sobrevivir se basaba en permanecer en la casa hasta que los marcianos hubieran terminado con el hoyo, que durante aquella larga espera paciente podría acabar presentándose el momento en que necesitáramos comida. Comía y bebía impulsiva y pesadamente a intervalos largos. Dormía poco.

A medida que fueron pasando los días, su despreocupación absoluta y su falta de respeto intensificaron tanto nuestros sufrimientos y peligros que, por mucho que lo detestara, tuve que recurrir a amenazas, y por último a los golpes. Eso lo hizo entrar en razón durante un tiempo. Sin embargo, era una de esas criaturas débiles, una de esas almas carentes de orgullo, timoratas, anémicas, odiosas, movida por sospechosas maquinaciones, que no se enfrentan ni a Dios ni al hombre, que no se enfrentan siquiera a sí mismas.

Me resulta desagradable recordar y escribir estas cosas, pero las relato para que a mi historia no le falte nada. A los que han escapado de los aspectos más oscuros y terribles de la vida no les costará criticar mi brutalidad, mi estallido de rabia en nuestra tragedia final, porque saben lo que está mal tan bien como cualquiera, pero no lo que les acontece a los hombres torturados, pero los que hayan sufrido, los que se hayan visto reducidos a lo más elemental se mostrarán más compasivos.

Y mientras dentro tenía lugar una batalla a oscuras y entre susurros, entre quien se aferraba a la comida y la bebida y quien le propinaba golpes, fuera, bajo la luz inmisericorde de aquel junio terrible, se hallaba la extraña maravilla, la nueva rutina de los marcianos en el hoyo. Déjenme que vuelva a esas primeras experiencias que tuve. Al cabo de mucho tiempo volví a aventurarme a la mirilla, y descubrí que los recién llegados habían recibido los refuerzos de los ocupantes de nada menos que tres máquinas guerreras. Estas últimas habían traído consigo unos aparatos nuevos, que se hallaban ordenados en torno al cilindro. Ya

habían completado la segunda máquina instrumental, que estaba ocupada equipando a uno de los nuevos artefactos. Tenía un cuerpo parecido a una lata de leche, sobre el que oscilaba un receptáculo en forma de pera, y del que fluía un polvo blanco formando una cuenca circular por debajo.

Un tentáculo de la máquina instrumental le transmitía a esta cuenca el movimiento oscilante. Y con dos manos que parecían espátulas, la máquina instrumental extraía grandes cantidades de arcilla que arrojaba en el receptáculo superior en forma de pera, mientras con otro brazo abría periódicamente una puerta y sacaba restos oxidados y ennegrecidos de la parte de en medio de la máquina. Otro tentáculo acerado dirigía el polvo de la cuenca por un canal estriado hasta un recipiente que no veía debido a un montón de polvo azulado. De este recipiente brotaba una fina columna de humo verde hacia el aire silencioso. Mientras miraba, la máquina instrumental extendió con un débil tintineo un tentáculo telescópico que un instante antes no era más que una protuberancia roma, hasta que la punta del tentáculo quedó oculta tras el montón de arcilla. Un segundo más tarde levantó una barra de aluminio blanco, aún inmaculada y deslumbrante, y la depositó sobre una pila creciente de barras que se hallaba a un lado del hoyo. Entre el atardecer y la luz de las estrellas, esta habilidosa máquina debió de hacer más de un centenar de barras como esa a partir de la arcilla en bruto, y el montón de polvo azulado continuó creciendo sin parar hasta sobresalir del hoyo.

El contraste entre los movimientos rápidos y complejos de estos aparatos y la torpeza inerte y jadeante de sus amos era exagerado, y durante días tuve que repetirme que, de todos ellos, los seres vivos eran realmente estos últimos.

El cura estaba en posesión de la mirilla cuando trajeron a los primeros hombres al hoyo. Yo estaba sentado debajo, acurrucado, escuchando atentamente. Hizo un movimiento repentino hacia atrás, y yo, temiendo que nos observaran, me agaché aterrorizado. Él se deslizó por los escombros hasta donde me hallaba a oscuras, sin poder articular palabra, gesticulando, y por un instante compartí su pánico. Sus gestos indicaban que abandonaba la mirilla, y al cabo de un rato la curiosidad me dio coraje y me levanté, pasé por

encima de él y me encaramé hasta la mirilla. Al principio no entendía el motivo de su comportamiento frenético. El crepúsculo ya había llegado, las estrellas eran pequeñas y débiles, pero el hoyo estaba iluminado por el fuego verde parpadeante derivado de la fabricación de aluminio. La imagen estaba dominada por brillos verdes y sombras cambiantes de un negro oxidado, extrañamente agotadoras para la vista. Los murciélagos pasaban por encima de todo sin prestarle ninguna atención. Los marcianos extendidos ya no se veían, el montón de polvo verde y azul había llegado a cubrirlos, y en la esquina opuesta del hoyo había una máquina guerrera con las patas contraídas, arrugada y encogida. Entonces, entre el estruendo de la maquinaria, se oyó algo que parecían voces humanas acercándose, aunque al principio lo descarté.

Me agaché, mirando atentamente esta máquina guerrera, satisfecho al confirmarse por vez primera que la capucha albergaba un marciano. Al alzarse las llamas verdes vi el brillo aceitoso de su tegumento y el resplandor de su mirada. De repente oí un grito, y vi un largo tentáculo que se extendía por encima del hombro de la máquina hasta llegar a la jaulita que llevaba sobre la espalda. En aquel instante algo, algo que peleaba violentamente, se elevó contra el cielo, formando un enigma negro e indefinido recortado contra la luz de las estrellas, y cuando este objeto negro volvió a bajar, vi en el resplandor verde que se trataba de un hombre. Resultó bien visible durante un segundo. Era un hombre de mediana edad robusto y rubicundo, bien vestido; tres días atrás debía de estar paseándose por el mundo, debía de ser alguien. Veía su mirada fija y los destellos de luz en sus gemelos y en la cadena de su reloj. Desapareció tras el montón de arcilla y entonces se hizo el silencio durante un momento. Luego empezaron los gritos y chillidos continuos y alegres de los marcianos.

Me bajé de los escombros, me puse en pie con gran esfuerzo, tapándome los oídos con las manos, y corrí hasta la leñera. El cura, que había permanecido agachado en silencio con los brazos sobre la cabeza, levantó la vista cuando pasé, gritó bastante alto al ver que lo abandonaba y vino corriendo tras de mí.

Aunque sentía una necesidad apremiante de actuar, aquella noche, mientras permanecíamos ocultos en la leñera, divididos

entre el horror y la fascinación terrible que ejercía en nosotros la mirilla, traté en vano de concebir un plan de huida, pero después, durante el segundo día, conseguí entender nuestra situación con mayor claridad. Me di cuenta de que no podía comentarlo con el cura, pues aquella nueva atrocidad lo acabó de despojar de todo rastro de razonamiento o previsión. Se había visto sumido prácticamente al nivel de un animal. Aun así, como dice el dicho, hice de tripas corazón. En cuanto logré asumir lo que estaba sucediendo me percaté de que, por terrible que fuera nuestra situación, la desesperación absoluta todavía no estaba justificada. Nuestra principal oportunidad radicaba en la posibilidad de que los marcianos usaran el hoyo como campamento temporal. O incluso si seguían en él de forma permanente, puede que no consideraran necesario vigilarlo, y puede que se nos presentara la ocasión de escapar. También medité a fondo la opción de salir cavando en la dirección opuesta al hoyo, pero pensé que era demasiado probable que al salir nos viera alguna máquina guerrera que estuviera montando guardia. Y tendría que cavar yo solo. Estaba seguro de que el cura me fallaría.

Fue el tercer día, si la memoria no me falla, cuando vi al hombre muerto. Esa fue la única ocasión en la que vi realmente alimentarse a los marcianos. Tras aquella experiencia evité el agujero de la pared durante la mayor parte del día. Me metí en la leñera, quité la puerta y pasé varias horas cavando con mi hacha tan silenciosamente como pude, pero cuando había conseguido hacer un agujero de más de medio metro de profundidad la tierra suelta se derrumbó con estrépito y no me atreví a continuar. Me invadió el desánimo y pasé largo rato en el suelo de la leñera, sin ganas siquiera de moverme. Tras aquella experiencia descarté totalmente la idea de escapar excavando.

Dice mucho de cuánto me impresionaron los marcianos que al principio apenas me planteara la posibilidad de que pudiéramos escapar porque los derrocará alguna clase de esfuerzo humano. Pero la cuarta o quinta noche oí el ruido de cañones pesados.

Era bien entrada la noche y la luna brillaba intensamente. Los marcianos se habían llevado la máquina excavadora, y salvo una máquina guerrera que había en el lado más lejano del hoyo y una

máquina instrumental que se afanaba en una esquina justo debajo de la mirilla, donde no podía verla, el lugar estaba desierto. A excepción del brillo pálido de la máquina instrumental y las barras y las manchas de luz de luna blanca, el hoyo estaba a oscuras y, de no ser por el tintineo de esa misma máquina, habría estado en silencio. La noche era serena y hermosa; la luna parecía tener todo el cielo para ella, pues solo se veía un planeta. Oí aullar a un perro, y ese ruido familiar fue lo que me hizo prestar atención. Entonces distinguí con bastante claridad un bombardeo, como el que producen los grandes cañones. Conté seis detonaciones distintas, y tras un largo intervalo, seis más. Y eso fue todo.

4

LA MUERTE DEL CURA

Fue en el sexto día de nuestro encierro cuando me asomé a mirar por última vez, y vi que estaba solo. En vez de permanecer cerca de mí e intentar quitarme el sitio, el cura había vuelto a la leñera. De repente me sobrevino una idea y volví rápidamente, sin hacer ruido. Oía al cura beber en la oscuridad. Palpé a oscuras, y mis dedos agarraron una botella de borgoña.

Forcejamos durante varios minutos. La botella cayó al suelo y se rompió, y yo desistí y me puse en pie. Nos quedamos jadeando, amenazándonos mutuamente. Acabé plantándome entre la comida y él, y le advertí que estaba decidido a establecer una disciplina. Dividí la comida de la despensa en raciones para que nos duraran diez días, y aquel día no le dejé comer nada más. Por la tarde hizo un débil intento de acercarse a la comida. Yo estaba dormitando, pero me desperté enseguida. Nos pasamos el día y la noche sentados cara a cara, yo, agotado pero decidido, y él lloriqueando y quejándose de su hambre acuciante. Fueron, ya lo sé, una noche y un día, pero me pareció —me parece ahora— un tiempo interminable.

Y así nuestra incompatibilidad cada vez más acentuada culminó en un conflicto abierto. Pasamos dos larguísimos días enzarzados en amenazas veladas y peleas físicas. Había momentos en que le golpeaba y pateaba violentamente, momentos en que lo engatusaba y convencía, y en una ocasión intenté sobornarlo con la última botella de borgoña, porque había una bomba de agua de la lluvia de la que podía conseguir agua. Pero ni la fuerza ni la amabilidad

servían; lo cierto es que ya no atendía a razones. Ni dejaba de atacar para conseguir comida ni de balbucear ruidosamente para sí. No observaba las precauciones básicas para que nuestro encierro resultara soportable. Empecé a percatarme de que había renunciado a su inteligencia, a percibir que mi única compañía en aquella terrible y estrecha oscuridad era un hombre demente.

Ciertos recuerdos vagos hacen que me incline a pensar que en ocasiones mi mente también divagaba. Tenía sueños extraños y espantosos cuando me dormía. Por muy paradójico que parezca, creo que la debilidad y la locura del cura me servían de advertencia, me animaban y me mantenían cuerdo.

El octavo día el hombre empezó a hablar en voz alta en vez de susurrar, y yo no conseguía hacer nada para que moderara su discurso.

—¡Es justo, ay Dios mío! —exclamaba una y otra vez—. ¡Es justo! Que en mí recaiga y mía sea la culpa. Hemos pecado, nos hemos quedado cortos. Había pobreza, dolor; pisoteaban a los pobres en el polvo, y yo guardaba silencio. Predicaba locuras aceptables (¡Dios mío, qué locuras!) cuando tendría que haberme encarado, aunque tuviera que morir por ello, y pedirles que se arrepintieran, ¡que se arrepintieran! ¡Opresores de los pobres y los necesitados! ¡La prensa de Dios!

Y entonces volvió de repente al asunto de la comida que yo le escatimaba, rezando, suplicando, sollozando y, finalmente, amenazándome. Empezó a alzar la voz, y yo le pedí que no lo hiciera. Se dio cuenta de que tenía poder sobre mí, y amenazó con gritar y hacer que nos atacaran los marcianos. Durante un rato me asustó, pero cualquier concesión habría hecho disminuir hasta lo inconcebible nuestras posibilidades de escapar. Lo desafié, aunque no estaba seguro de que no fuera a cumplir sus amenazas. Aquel día, en cualquier caso, no lo hizo. Se pasó la mayor parte del octavo y el noveno día hablando, alzando lentamente la voz, profiriendo amenazas y súplicas mezcladas con un torrente de arrepentimiento a ratos cabal, pero siempre vano porque su servicio a Dios había resultado una farsa vacía, hasta tal punto que llegué a sentir lástima por él. Luego se durmió durante un rato, y después empezó otra vez con energías renovadas, con tanta estridencia que tuve que hacerle

desistir.

—¡Cállese! —le imploré.

Se puso de rodillas, ya que estaba sentado a oscuras cerca de la batería de cocina.

—Llevo demasiado tiempo callado —replicó, tan alto que debieron de oírlo en el hoyo—, y ahora debo dar testimonio. ¡Ay de esta ciudad infiel! ¡Ay de ella, ay de ella! ¡Ay, ay, ay de los que moran en la Tierra por las otras voces de la trompeta...!

—¡Cállese! —repetí poniéndome en pie, aterrorizado por si los marcianos nos oían—. Por amor de Dios...

—¡No! —gritó el cura, con toda la fuerza de sus pulmones, levantándose también y abriendo los brazos—. ¡Hablaré! ¡La palabra del Señor está en mí! —En tres zancadas alcanzó la puerta que llevaba a la cocina—. ¡Debo dar testimonio! ¡Me marchó! ¡Ya se ha retrasado demasiado!

Extendí la mano y palpé la cuchilla de carnicero que colgaba de la pared. Al cabo de un instante salí tras él, furioso de miedo. Lo alcancé antes de que hubiera atravesado media cocina. Un último rasgo de humanidad me hizo darle la vuelta a la cuchilla y golpearle con el mango. Cayó de bruces y quedó tendido en el suelo. Yo me tropecé con él y me quedé en pie, jadeando. Él yacía sin moverse.

De repente oí un ruido fuera, de un trozo de yeso que se deslizaba y se hacía pedazos, y la abertura triangular de la pared quedó a oscuras. Levanté la vista y por el agujero vi la superficie inferior de una máquina instrumental que se acercaba lentamente. Una de sus extremidades se enroscó entre los escombros, y apareció otra, palpando por encima de las vigas caídas. Me quedé petrificado, mirando fijamente. Entonces vi tras una especie de placa de cristal cerca del borde del cuerpo la cara, si puede llamarse así, y los ojos grandes y oscuros de un marciano, mirando, y luego un largo tentáculo metálico que, cual serpiente, cruzaba, palpando despacio, el agujero.

Me volví con esfuerzo, tropecé con el cura y me detuve en la puerta de la leñera. El tentáculo ya había recorrido parte del interior, casi dos metros, y giraba y se retorció de un lado a otro con unos extraños movimientos bruscos. Me quedé un rato

fascinado por aquel avance lento e irregular. Luego solté un grito débil y ronco y me abrí paso hasta la leñera. Temblaba violentamente, apenas podía mantenerme en pie. Abrí la puerta de la carbonera y me metí en la oscuridad mirando hacia la puerta apenas iluminada que daba a la cocina, escuchando. ¿Me había visto el marciano? ¿Qué estaba haciendo ahora?

Algo se movía ahí dentro, casi sin hacer ruido; de vez en cuando se golpeaba contra la pared, o empezaba a moverse con un suave tintineo metálico, como el de las llaves en un llavero. Entonces arrastró un cuerpo pesado —sabía muy bien qué era— por el suelo de la cocina hacia la abertura. Movido por una atracción irresistible, me deslicé hasta la puerta y miré hacia la cocina. En el triángulo de brillante luz solar vi al marciano, en el Briareo de su máquina instrumental, examinando la cabeza del cura.

De repente pensé que inferiría mi presencia de la marca del golpe que le había asestado, por lo que me deslicé otra vez hasta la carbonera, cerré la puerta, y empecé a taparme cuanto pude, tan silenciosamente como pude, con la madera y el carbón que había dentro. Paraba de vez en cuando para escuchar, rígido, si el marciano había vuelto a meter su tentáculo a través de la abertura.

Entonces volví a oír el tenue tintineo. Me lo imaginé palpando lentamente la cocina. Oí que estaba más cerca, en la leñera, según me pareció. Pensé que a la distancia en que se hallaba no podía alcanzarme. Recé muchísimo. Pasó rozando levemente la puerta. Hubo un intervalo de suspense casi intolerable, y entonces oí que buscaba el pestillo. ¡Había encontrado la puerta! ¡Los marcianos entendían las puertas!

Estuvo enfrascado con el pestillo durante un minuto, quizá, y entonces se abrió la puerta.

En la oscuridad solo veía a aquella cosa —que se parecía más que nada a la trompa de un elefante— que se agitaba en dirección a mí y palpaba y examinaba la pared, los carbones, la madera, el techo. Era como un gusano negro que retorció la cabeza ciega de un lado a otro.

Una vez, incluso, llegó a tocar el talón de mi bota. Estaba a punto de gritar, y me mordí la mano. El tentáculo se mantuvo silencioso durante un instante. Podría haber deducido que se había

retirado. Entonces, con un chasquido brusco, agarró algo —¡pensé que a mí!— y pareció salir otra vez de la carbonera. Durante un minuto no lo supe. Al parecer había agarrado un trozo de carbón para examinarlo.

Aproveché la oportunidad para cambiar un poco de postura, pues me había quedado agarrotado, y escuché atentamente. Susurré rezos fervientes en los que rogaba salvarme.

En aquel momento oí un ruido lento y pausado que se arrastraba otra vez hacia mí. Iba acercándose despacio, muy despacio, rozando las paredes y golpeándose contra los muebles.

Yo aún dudaba cuando golpeó con fuerza la puerta de la carbonera y la cerró. Oí que entraba en la despensa, y las latas de galletas repiquetearon y se rompió una botella, y de pronto oí un golpe fuerte contra la puerta de la carbonera. Luego, silencio, un suspense infinito.

¿Se había marchado?

Acabé decidiendo que sí.

Ya no volvió a entrar en la leñera, pero me pasé el décimo día allí, en la oscuridad angosta, sepultado entre carbón y madera, sin atreverme siquiera a salir arrastrándome en busca de la bebida que ansiaba. Hasta el undécimo día no me atreví a salir de la seguridad de mi escondite.

5

LA QUIETUD

Lo primero que hice antes de entrar en la despensa fue cerrar la puerta entre la cocina y la leñera. Pero la despensa estaba vacía: no quedaba ni rastro de comida. Al parecer, el marciano se lo había llevado todo el día antes. Ante este descubrimiento, me desesperé por primera vez. No comí ni bebí nada el undécimo o duodécimo día.

Al principio tenía la boca y la garganta reseca, y mis fuerzas disminuyeron notablemente. Me senté en la oscuridad de la leñera sumido en un lamentable desánimo. Solo pensaba en comer. Pensé que me había quedado sordo, pues el movimiento que me había acostumbrado a oír procedente del hoyo habían cesado por completo. No me sentía lo bastante fuerte para arrastrarme sin hacer ruido hasta la mirilla, de lo contrario habría ido hasta allí.

El duodécimo día me dolía tanto la garganta que, arriesgándome a alertar a los marcianos, me abalancé sobre el surtidor de agua de lluvia chirriante que había junto al fregadero, y conseguí beberme el equivalente a dos vasos de agua ennegrecida y contaminada. Me alivió mucho, y me envalentonó el hecho de que no se acercara ningún tenáculo inquisitivo tras el ruido del bombeo.

Durante aquellos días me sumí en divagaciones y pensamientos inconclusos sobre el cura y sobre cómo había muerto.

El decimotercer día bebí un poco más de agua y dormité y pensé de forma incoherente en comer y en planes vagos e imposibles de huida. Cada vez que me quedaba dormido soñaba con fantasmas horribles, con la muerte del cura o con cenas espléndidas; pero,

tanto dormido como despierto, sentía un dolor agudo que me instaba a beber una y otra vez. La luz que penetraba en la leñera ya no era gris, sino roja. A mi imaginación desordenada le parecía el color de la sangre.

El decimocuarto día entré en la cocina, y me sorprendió descubrir que la fronda de la hierba roja había crecido y tapado el agujero de la pared, por lo que la penumbra del lugar se había teñido de oscuridad carmesí.

A comienzos del decimoquinto día oí una curiosa secuencia de ruidos en la cocina que me resultó familiar, y al escuchar con atención comprendí que era un perro que olfateaba y rascaba. Cuando entré en la cocina vi el hocico de un perro asomando a través de una grieta entre las frondas rojizas, lo que me sorprendió mucho. Nada más olerme ladró brevemente.

Pensé que si lograba convencerlo de que entrara en silencio quizá conseguiría matarlo para comérmelo; en cualquier caso, sería recomendable matarlo para que sus acciones no atrajeran la atención de los marcianos.

Me deslicé hacia delante, susurrando «Perro bonito», hasta que de repente retiró la cabeza y desapareció.

Me puse a escuchar —verdaderamente no estaba sordo—, pero lo cierto es que el hoyo estaba en completo silencio. Oí un ruido parecido al revoloteo de las alas de un pájaro, y un graznido ronco, aunque eso fue todo.

Pasé un buen rato echado cerca de la mirilla, sin atreverme a apartar las plantas rojas que obstaculizaban la vista. Oí una o dos veces un débil repiqueteo, como las pisadas de un perro yendo de acá para allá en la arena, que quedaba muy por debajo de mí, y más ruidos de pájaros, pero eso fue todo hasta que, animado por el silencio, me atreví a mirar hacia fuera.

A excepción de una esquina donde una multitud de cuervos saltaba y se peleaba por los esqueletos de los muertos que los marcianos habían consumido, no había ningún ser vivo en el hoyo.

Miré a mi alrededor, sin poder creer lo que veía. Toda la maquinaria había desaparecido. Salvo por el montón de polvo azul grisáceo en una esquina y algunas barras de aluminio en la otra, los pájaros negros y los esqueletos, el lugar no era más que un hoyo

circular en la arena, vacío.

Lentamente me abrí paso entre la hierba roja y me encaramé a la montaña de escombros. Veía en todas direcciones salvo detrás de mí, hacia el norte, y no descubrí ni rastro de los marcianos. El hoyo descendía en vertical desde donde me hallaba, pero continuando por los escombros había una cuesta practicable hasta lo más elevado de las ruinas. La oportunidad de escapar se había presentado, y me eché a temblar.

Dudé durante un rato, y entonces, en un arranque de determinación desesperada, y con el corazón palpitando violentamente, subí como pude hasta lo alto del montón de escombros en el que tanto tiempo llevaba sepultado.

Volví a mirar alrededor. Hacia el norte tampoco se veía ningún marciano.

La última vez que la había visto a plena luz del día, en aquella parte de Sheen había una calle atestada de cómodas casas blancas y rojas, con abundantes árboles intercalados que daban sombra. En cambio ahora me hallaba sobre un montón de ladrillos hechos añicos, arcilla y grava, sobre los que se extendía una espesura de plantas rojas en forma de cactus hasta la altura de la rodilla, sin que una sola planta terrestre les disputara el lugar. Los árboles próximos estaban marchitos y marrones, pero más adelante una red de tallos rojos trepaba por los troncos aún vivos.

Todas las casas vecinas habían quedado destrozadas, pero ninguna se había quemado; las paredes seguían en pie, en ocasiones hasta el segundo piso, había ventanas rotas y puertas destruidas. La hierba roja crecía tumultuosamente en las habitaciones sin tejado. Debajo de mí estaba el gran hoyo, donde los cuervos se peleaban por los desperdicios. Otros tantos pájaros saltaban entre las ruinas. Lejos de allí vi a un gato demacrado escabullirse por la pared, pero nada indicaba la presencia de ningún hombre.

En contraste con mi encierro reciente, el día parecía tremendamente luminoso: el cielo era de un azul brillante. Una brisa delicada hacía que la hierba roja que cubría cada palmo de terreno sin ocupar se balanceara con delicadeza. ¡Y, ay, qué dulce era ese aire!

6

LA OBRA DE QUINCE DÍAS

Pasé un rato tambaleándome entre los escombros pese a estar a salvo. Dentro de la guarida fétida de la que había salido, me había concentrado en pensar solamente en nuestra seguridad inmediata. No me había enterado de lo que había sucedido en el mundo, ni me había imaginado esa visión sorprendente de cosas desconocidas. Esperaba ver Sheen en ruinas, pero me pareció que el paisaje que me rodeaba, extraño y chillón, pertenecía a otro planeta.

Por un instante sentí una emoción que no suelen sentir los hombres corrientes, pero que las pobres bestias a las que dominamos conocen demasiado bien. Me sentí como debe de sentirse un conejo que al volver a su madriguera se encuentra con una docena de peones ocupados excavando los cimientos de una casa. Sentí un primer atisbo de algo que acabó quedándome muy claro, y que me agobió durante días: una sensación de destronamiento, el convencimiento de que ya no era el amo, sino un animal entre animales, bajo el control de los marcianos. Nosotros seríamos como ellos: nos dedicaríamos a acechar y observar, a correr y ocultarnos; el terror y el imperio del hombre habían terminado.

Pero en cuanto asimilé esta extrañeza la idea se desvaneció, y lo que más me importaba era el hambre debida a mi largo y terrible ayuno. En la dirección opuesta al hoyo vi, detrás de un muro cubierto de rojo, un jardín que no estaba sepultado. Esto me dio una pista, y me metí hasta las rodillas, y a veces hasta el cuello, en la hierba roja. La densidad de la hierba me tranquilizaba, pues me

sabía oculto. La pared medía casi dos metros, y cuando intenté trepar por ella descubrí que no podía. Así que continué rodeándola hasta llegar a una esquina y unas rocas que me permitían encaramarme y dejarme caer en el jardín que tanto anhelaba. Allí encontré varias cebolletas, un par de bulbos de gladiolo y unas cuantas zanahorias sin madurar. Lo cogí todo y, trepando por una pared en ruinas, continué mi camino entre árboles escarlata y carmesí hacia Kew —era como atravesar una avenida de gotas de sangre gigantes— obsesionado con dos ideas: conseguir más comida y salir, tan pronto y tan lejos como mis fuerzas me lo permitieran, de la región execrable y sobrenatural del hoyo.

Un poco más adelante encontré, en una pradera, unas cuantas setas, que también devoré, y luego una gran alfombra de agua somera que fluía donde antes había prados. Este escaso alimento solo me sirvió para abrirme el apetito. Al principio me sorprendió la crecida en un día cálido y seco de verano, pero más adelante descubrí que la había provocado la exuberancia tropical de la hierba roja. En cuanto esta vegetación extraordinaria encontraba agua, se volvía gigantesca y su fecundidad, incomparable. Vertió sus semillas en el agua del Wey y el Támesis, y sus titánicas frondas acuáticas, que crecían rápidamente, no tardaron en invadir ambos ríos.

En Putney, como vi después, el puente casi había quedado cubierto por esta maraña de hierba, y en Richmond las aguas del Támesis también manaban formando una corriente amplia y poco profunda a través de los prados de Hampton y Twickenham. Al extenderse las aguas, la hierba las seguía, hasta que las casas en ruinas del valle del Támesis quedaron durante un tiempo anegadas en aquel pantano rojo, cuya orilla exploré, y gran parte de la desolación causada por los marcianos quedó oculta.

Al final la hierba roja sucumbió casi tan rápido como se había extendido. Una enfermedad ulcerosa, debida, se cree, a la acción de ciertas bacterias, acabó apoderándose de ellas. Hoy en día, gracias a la selección natural, todas las plantas terrestres han adquirido una poderosa resistencia contra las enfermedades bacterianas, nunca sucumben sin pelear, pero la hierba roja se pudrió como si ya estuviera marchita. Las frondas se decoloraron, y luego se

marchitaron y quebraron. Se deshacían nada más rozarlas, y las aguas que habían estimulado su crecimiento al principio llevaron sus últimos restos hasta el mar.

Lo primero que hice al encontrarme con esta agua fue, por supuesto, saciar la sed. Bebí muchísimo, y, movido por un impulso, roí unas hojas de hierba roja; pero estaban acuosas, y tenían un sabor terrible, metálico. Vi que el agua era lo bastante baja para vadearla, aunque las hierbas rojas se me enredaban un poco en los pies. Sin embargo, la corriente se volvía más profunda al acercarme al río, por lo que volví a Mortlake. Conseguí seguir la carretera a través de las ruinas ocasionales de casas, vallas y farolas, hasta que salí del torrente y me dirigí hasta la colina por Roehampton y salí a Putney Common.

Allí el paisaje dejaba de ser extraño y desconocido para convertirse en los restos de lo conocido: algunas partes del terreno parecían devastados por un ciclón, y al cabo de pocos metros me hallaba en espacios totalmente intactos, casas con las persianas perfectamente echadas y las puertas cerradas, como si sus dueños se hubieran ido a pasar el día fuera, o estuvieran durmiendo dentro. La hierba roja era menos abundante; los árboles altos del camino se habían librado de la trepadora roja. Busqué comida entre los árboles y no encontré nada, y también asalté un par de casas silenciosas, pero ya habían entrado a saquearlas. Me pasé el resto del día descansando en unos arbustos, pues estaba debilitado y demasiado cansado para continuar.

Durante todo ese tiempo no vi ningún ser humano, ni tampoco rastro de los marcianos. Me encontré a un par de perros famélicos, pero ambos huyeron dando grandes rodeos cuando intenté acercarme a ellos. Cerca de Roehampton había visto dos esqueletos humanos —no cuerpos, sino esqueletos, totalmente desollados— y en el bosque cercano me encontré los huesos aplastados y desperdigados de varios gatos y conejos, y el cráneo de una oveja. Aunque roí lo que pude de todos ellos, no había nada que sacarles.

Cuando se puso el sol continué por la carretera hacia Putney, donde creo que habían utilizado el rayo de calor por algún motivo. En un huerto pasado Roehampton conseguí unas cuantas patatas todavía verdes, suficientes para acallar mi hambre. Desde ese

huerto se veían, hacia abajo, Putney y el río. Con el anochecer el lugar adquiría un aspecto particularmente desolado: árboles ennegrecidos, ruinas abandonadas y también renegridas y, bajando por la colina, las alfombras de agua del río inundado, teñidas de rojo por la hierba. Y por encima de todo, el silencio. Me sumí en un terror indescriptible cuando me di cuenta de lo rápido que se había producido ese cambio desolador.

Pasé un rato pensando que habían erradicado a la humanidad de la faz de la Tierra, y que yo estaba ahí solo y era el único que quedaba con vida. Muy cerca de la cima de Putney Hill me encontré otro esqueleto con los brazos dislocados a varios metros del resto del cuerpo. Mientras seguía adelante me fui convenciendo de que, a excepción de algunos rezagados como yo, se había logrado exterminar a la humanidad en aquella parte del mundo. Pensé que los marcianos se habían ido, dejando el campo arrasado, para buscar comida en otra parte. Puede que en aquel preciso instante estuvieran destruyendo Berlín o París, o tal vez se habían ido hacia el norte.

7

EL HOMBRE DE PUTNEY HILL

Aquella noche la pasé en la posada que hay en lo alto de Putney Hill, durmiendo en una cama hecha por primera vez desde que huí a Leatheread. No hace falta relatar las dificultades que tuve que afrontar para entrar en aquella casa —más adelante descubrí que la puerta principal estaba cerrada con pestillo— ni cómo revolví todas las habitaciones en busca de comida, hasta que, al borde de la desesperación, en el que me pareció el dormitorio de la criada, encontré una corteza roída por las ratas y dos latas de piña. Ya habían registrado y vaciado el lugar. Luego en el bar descubrí unas galletas y unos sándwiches en los que no se habían fijado. Estos últimos no me los pude comer, pues estaban demasiado pasados, pero las galletas no solo me calmaron el hambre, sino que me sirvieron para llenarme los bolsillos. No encendí ninguna lámpara por miedo a que algún marciano estuviera batiendo aquella parte de Londres en busca de comida. Antes de irme a la cama me asaltó la inquietud, y fui rondando de ventana en ventana, buscando alguna señal de esos monstruos. Dormí poco. Al echarme en la cama me di cuenta de que por fin pensaba consecutivamente, algo que no había hecho desde mi última pelea con el cura. Durante todo el tiempo transcurrido mi estado mental se había caracterizado por una sucesión acelerada de emociones indefinidas o una especie de receptividad estúpida, pero aquella noche mi cerebro, supongo que reforzado por la comida que había ingerido, volvía a despejarse y a pensar.

Tres cosas forcejeaban por apoderarse de mi pensamiento: la

muerte del cura, el paradero de los marcianos y el posible destino de mi esposa. No recuerdo que lo primero me produjera una sensación de espanto o remordimiento: sencillamente lo veía como una cosa terminada, un recuerdo infinitamente desagradable pero que no llegaba a remordimiento. Entonces me veía como me veo ahora: empujado paso a paso hacia aquel golpe precipitado, como resultado de una secuencia de accidentes que de manera inevitable habían conducido hasta él. No me sentía culpable, pero el recuerdo estático e inmóvil me acechaba. En el silencio de la noche, al sentir la cercanía de Dios que a veces penetra en la quietud y la oscuridad, fui juzgado, una sola vez, por aquel instante de ira y miedo. Reconstruí cada momento de nuestras conversaciones desde el instante en que lo encontré agazapado a mi lado, haciendo caso omiso de mi sed, y señalando el fuego y el humo que ascendían de las ruinas de Weybridge. No conseguimos cooperar, el funesto azar no se preocupó de ello. Si lo hubiera previsto, lo habría abandonado en Halliford, pero no lo vi venir, y el crimen se basa en prever y, aun así, actuar. Escribo lo ocurrido como he escrito todo lo demás, tal y como sucedió. No hubo testigos de todas estas cosas que podría haber ocultado, pero las escribo, y el lector debe formarse la opinión que considere.

Cuando, con esfuerzo, conseguí dejar de pensar en la imagen de aquel cuerpo postrado, abordé el problema de los marcianos y el destino de mi esposa. No poseía datos de los primeros, podía imaginarme un centenar de cosas, lo que, por desgracia, también podía hacer respecto al último caso. Y así, de repente, aquella noche se volvió terrible. Me incorporé en la cama mirando a la oscuridad, rezando para que, de haberla atacado, el rayo de calor hubiera resultado repentino e indoloro. No había rezado desde la noche que volví de Leatherhead. Había murmurado rezos y oraciones fetichistas, había rezado como un pagano masculla hechizos cuando me hallaba realmente necesitado. En cambio, ahora rezaba de verdad, rezaba tenaz y sensatamente, cara a cara con la oscuridad de Dios. ¡Extraña noche! La más extraña, pues en cuanto llegó al amanecer, yo, que había estado hablando con Dios, salí deslizándome de la casa como una rata de su escondrijo, como una criatura no mucho mayor, un animal inferior, una cosa a la que dar

caza y matar por cualquier capricho pasajero de nuestros señores. Quizá ellos también rezaban, convencidos, a Dios. Si algo nos había enseñado esta guerra era a tener piedad, piedad de aquellas almas estúpidas que sufren nuestro dominio.

La mañana era luminosa y agradable, y hacia el este el cielo brillaba, rosado, y lo agitaban unas nubecitas doradas. En la carretera que va de lo alto de Putney Hill a Wimbledon observé varios vestigios tristes del torrente de pánico que debía de haber salido hacia Londres la noche del domingo, tras el comienzo de las hostilidades. Había un pequeño carro de dos ruedas que llevaba grabado el nombre de Thomas Lobb, verdulero, New Malden, con una rueda destrozada y un baúl de hojalata abandonado; un sombrero de paja pisoteado en el barro ya endurecido; y en la cumbre de West Hill, un montón de cristal manchado de sangre en torno al abrevadero volcado. Me movía con languidez, y mis planes eran de lo más vagos. Tenía la idea de dirigirme a Leatherhead, aunque sabía que las probabilidades de encontrar a mi esposa eran ínfimas. A no ser que la muerte les hubiera sobrevenido de manera repentina, mis primos y ella habrían huido, sin duda, pero me parecía que era allí donde podía averiguar adónde había escapado la gente de Surrey. Sabía que quería encontrar a mi esposa, que mi corazón sufría por ella y por el mundo de los hombres, pero no sabía cómo emprender la búsqueda. En ese momento también era muy consciente de la intensidad de mi soledad. Desde la esquina me dirigí, protegido por un espesor de árboles y arbustos, hasta el límite de Wimbledon Common, que se extendía por allí.

El terreno oscuro se veía iluminado a trozos por la aulaga y la retama amarillas; no se veían hierbas rojas, y mientras avanzaba, dudando, hasta el campo abierto, se alzó el sol y lo llenó todo de luz y vitalidad. En un rincón pantanoso entre los árboles me encontré con un atareado grupo de ranitas. Me detuve a mirarlas, y su firme determinación de vivir me resultó muy alentadora. Entonces, al volverme súbitamente, pues tenía la extraña sensación de que me observaban, vi algo agachado entre un grupo de arbustos. Me quedé mirándolo, di un paso adelante y un hombre armado con un alfanje se levantó. Me acerqué despacio. Él se quedó callado e inmóvil, escudriñándome.

Al acercarme me di cuenta de que iba vestido con ropa polvorienta y sucia como la mía; parecía, en efecto, como si lo hubieran arrastrado por una alcantarilla. Al acercarme más, distinguí el cieno verde de las zanjaz mezclado con el tono pálido y apagado de la arcilla seca y unas manchas brillantes como de carbón. El pelo negro le caía por encima de los ojos, y tenía el rostro oscuro, sucio y hundido, de manera que al principio no lo reconocí. Un corte rojo le atravesaba la parte inferior de la cara.

—¡Pare! —gritó cuando estaba a menos de diez metros de él, y se detuvo. Su voz era áspera—. ¿De dónde viene?

Lo pensé, mientras lo miraba.

—Vengo de Mortlake —contesté—. Me quedé sepultado cerca del hoyo que habían hecho los marcianos alrededor de su cilindro. He salido como he podido y he escapado.

—Por aquí no hay comida —señaló—. Este campo es mío. Siguiendo esta colina hacia el río, y volviendo hasta Clapham, y hasta el límite del terreno. Solo hay comida para uno. ¿En qué dirección va?

—No lo sé —contesté—. He pasado trece o catorce días sepultado en las ruinas de una casa. No sé qué ha ocurrido.

Él me miró receloso, hasta que se sobresaltó y le cambió la expresión de la cara.

—No deseo quedarme aquí —señalé—. Creo que iré a Leatherhead, porque mi esposa estaba allí.

Él extendió un dedo para señalar.

—Es usted... el hombre de Woking. ¿Y no le mataron en Weybridge?

Lo reconocí en ese mismo instante.

—Usted es el artillero que entró en mi jardín...

—¡Qué suerte! —exclamó—. ¡Qué afortunados somos! ¡Quién lo iba a decir! —Extendió una mano y se la cogí—. Me arrastré por una alcantarilla —explicó—. Pero no los mataron a todos. Y cuando se marcharon me fui hacia Walton cruzando los campos. Pero, no han pasado ni dieciséis días, y tiene el pelo gris. —De repente miró atrás por encima del hombro—. No es más que un grajo. Hoy en día uno sabe que los pájaros tienen sombra. Esto está un poco descubierto. Metámonos bajo esos arbustos a hablar.

—¿Ha visto algún marciano? —pregunté—. Desde que salí...

—Han atravesado Londres —señaló—. Creo que allí tienen un campamento más grande. De noche, por toda esa zona, en dirección a Hampstead, el cielo se llena con sus luces. Es como una gran ciudad, y se los ve moverse en el resplandor. De día no se ven. Por aquí más cerca hace —y contó con los dedos— cinco días que no los veo. Luego vi a una pareja cruzando Hammersmith cargados con algo grande. Y anteayer por la noche —se detuvo y continuó en un tono más grave—, no eran más que unas luces, pero algo subía por el cielo. Creo que han construido una máquina voladora y están aprendiendo a volar.

Me detuve, a cuatro patas, pues habíamos llegado a los arbustos.

—¿A volar?

—Sí, a volar —repitió.

Continué hasta una enramada y me senté.

—La humanidad está acabada —comenté—. Si logran hacerlo se dedicarán a recorrer el mundo sin más.

El artillero asintió.

—Lo harán. Pero... así las cosas se aliviarán un poco aquí. Y además... —Me miró—. ¿No le satisface que la humanidad esté acabada? A mí sí. Nos han derribado, nos han derrotado.

Le miré fijamente. Por extraño que parezca, no me había percatado de este hecho, de un hecho perfectamente obvio en cuanto lo verbalizó. Yo aún mantenía una esperanza remota, o, más bien, conservaba ese hábito mental tan arraigado. El hombre repetía las palabras «Nos han derrotado» con absoluta convicción.

—Todo ha terminado —continuó—. Han perdido un trípode, uno solo. Y se han asentado y han paralizado al mayor poder del mundo. Nos han invadido. La muerte de aquel marciano en Weybridge fue accidental. Y estos son solo los pioneros. Siguen viniendo. Esas estrellas verdes, hace cinco o seis días que no las veo, pero no tengo la más mínima duda de que siguen cayendo en alguna parte cada noche... No hay nada que hacer. ¡Nos han sometido! ¡Nos han derrotado!

No le respondí. Me quedé mirándolo, intentando en vano dar con algún pensamiento que contraponer a sus argumentos.

—Esto no es una guerra —afirmó el artillero—. Nunca ha sido

una guerra, como no hay guerra posible entre hombres y hormigas.

De repente recordé la noche que pasé en el observatorio.

—Tras el décimo disparo ya no dispararon más, al menos hasta que llegó el primer cilindro.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó el artillero. Se lo expliqué. Pensó un poco—. Ese cañón no iba bien. Pero ¿y qué si es así? Ya lo arreglarán. Y aunque hubiera un retraso, ¿se podría alterar el final? No somos más que hombres y hormigas. Las hormigas construyen sus ciudades, viven sus vidas, tienen guerras y revoluciones, hasta que los hombres quieren que desaparezcan, y entonces desaparecen. Eso es lo que somos ahora, simples hormigas. Solo que...

—Solo que...

—Que somos hormigas comestibles.

Permanecemos sentados mirándonos mutuamente.

—¿Y qué harán con nosotros? —pregunté.

—Eso es lo que he estado pensando, eso es lo que he estado pensando. Desde Weybridge me fui hacia el sur, pensando. Veía lo que ocurría. La mayoría de la gente apenas lo hacía, de tanto lamentarse y alterarse. Pero a mí no me gusta quejarme. He estado una o dos veces en el punto de mira de la muerte, no soy un soldado de adorno, y poniéndonos en lo mejor y en lo peor, la muerte no es más que la muerte. Y el hombre que sigue pensando es el que sale adelante. Vi que todo el mundo se dirigía hacia el sur, y me dije: «Así no durará la comida», y retrocedí. Me fui hacia los marcianos como un gorrión va hacia el hombre. Por todas partes —agitó una mano hacia el horizonte— se mueren de hambre a puñados, y engullen mientras se pisotean los unos a los otros.

Vio la expresión de mi cara y se detuvo torpemente.

—Sin duda muchos de los que tienen dinero se han marchado a Francia. —Parecía querer disculparse, pero vaciló, me miró a los ojos y continuó—. Por aquí hay comida. Cosas enlatadas en tiendas, vinos, licores, agua mineral; las cañerías y los desagües están vacíos. Bueno, pero le estaba contando lo que pienso yo. Son seres inteligentes, y parece que nos quieren como comida. Primero nos aplastarán: los barcos, las máquinas, los cañones, las ciudades, todo el orden y la organización. Todo eso desaparecerá. Si fuéramos del tamaño de las hormigas quizá saldríamos adelante. Pero no lo

somos. Lo ocurrido es demasiado gordo para detenerlo. Es lo primero que podemos afirmar, ¿verdad?

Yo asentí.

—Lo es. Ya lo he pensado. Pues muy bien... lo siguiente... ahora mismo nos atrapan cuando quieren. Un marciano solo tiene que recorrer unos pocos kilómetros para atrapar a una multitud en plena huida. Y vi a uno, un día, en las afueras de Wandsworth, haciendo pedazos las casas y buscando entre los restos. Pero no seguirán haciendo eso. En cuanto hayan acabado con todos nuestros cañones y barcos, y destrozado las vías del tren, y hecho todas las cosas que hacen por aquí, se pondrán a cazarnos sistemáticamente, se quedarán con los mejores y nos meterán en jaulas y cosas así. Eso es lo que empezarán a hacer dentro de poco. ¡Dios mío! Si es que aún no han empezado. ¿No lo ve?

—¡No han empezado! —exclamé.

—No han empezado. Lo que ha pasado hasta ahora es porque no hemos sabido mantenernos callados, porque los hemos molestado con cañones y demás payasadas. Y hemos perdido la cabeza, huyendo en masa a lugares no más seguros que los anteriores. Aún no quieren molestarnos. Están haciendo sus cosas, haciendo todas las cosas que no pudieron traerse, preparando las cosas para el resto de su gente. Es muy probable que por eso hayan parado un poco los cilindros, por miedo a darles a los que están aquí. Y en vez de correr a ciegas, gritando, o de conseguir dinamita con la esperanza de reventarlos, tenemos que adaptarnos a la nueva situación. Eso es lo que me parece. No se trata de lo que quiera el hombre para su especie, sino de la dirección que señalan los hechos. Y ese es el principio que he seguido. Ciudades, naciones, civilización, progreso..., todo eso ha terminado. Ese juego ha terminado. Nos han derrotado.

—Pero si es así, ¿por qué vamos a vivir?

El artillero me miró un instante.

—No habrá más dichosos conciertos durante un millón de años o así, no habrá ninguna Royal Academy of Arts, ni buenas comidas en los restaurantes. Si lo que busca es entretenimiento, me parece que el juego ha terminado. Si usted tiene unos modales exquisitos y le molesta comer guisantes con cuchillo o que no pronuncien las

haches, más vale que se deshaga de ellos. Ya no le servirán de nada...

—Quiere decir...

—Quiero decir que los hombres como yo seguimos viviendo, porque la raza debe seguir. Se lo aseguro, estoy totalmente decidido a vivir. Y si no me equivoco, usted tampoco tardará en enseñar qué es lo que tiene dentro. No nos van a exterminar. Y no me refiero tampoco a que nos atrapen, domestiquen, engorden y críen como si fuéramos bueyes estúpidos. ¡Puaj! ¡Al diablo con esas trepadoras marrones!

—No se refiere a...

—Sí. Voy a ir... bajo sus pies. Ya lo tengo planeado, ya lo tengo pensado. A los hombres, nos han derrotado. No sabemos suficiente. Tenemos que aprender antes de poder enfrentarnos a ellos. Y tenemos que vivir y seguir siendo independientes mientras aprendemos. ¿Lo ve? Eso es lo que hay que hacer.

Yo lo miraba perplejo, y profundamente impactado por la determinación de aquel hombre.

—¡Santo cielo! ¡Menudo hombre está usted hecho! —Y de repente le agarré la mano.

—¿Qué? —me dijo, con los ojos brillantes—. Ya lo he pensado todo, ¿eh?

—¡Vaya! —le animé.

—Bueno, los que pretenden evitar que los atrapen deben prepararse. Yo me estoy preparando. Que lo sepa, no todos estamos hechos para convertirnos en bestias salvajes, y así debe ser. Por eso lo observaba. Tenía mis dudas. Está flaco. No sabía que era usted, ¿sabe?, ni cómo había quedado sepultado. Todos estos, la gente que vivía en estas casas y todos esos malditos oficinistas que vivían por allí, no sabrían qué hacer. No tienen espíritu, ni sueños ni deseos orgullosos, y un hombre que no tiene ni los unos ni los otros... ¡Dios mío!, ¿qué es sino miedo y preocupaciones? Se limitaban a salir disparados a trabajar, he visto centenares de ellos, corriendo como locos con un poco de desayuno en la mano para coger el trenecito, pagando el abono por miedo a que los despidieran si no lo hacían; trabajaban en negocios que no se tomaban la molestia de entender porque eso los asustaba, y se quedaban en casa después de

cenar por miedo a los callejones; y dormían con las esposas con quienes se habían casado, no porque las desearan sino porque tenían un poco de dinero que los mantendría seguros en su único recorrido por el mundo. Vidas aseguradas y un poco invertido por miedo a los accidentes. Y los domingos... ¡miedo al más allá! ¡Como si el infierno fuera para conejos! Pues verán a los marcianos como enviados de Dios: jaulas amplias y espaciosas, comida que engorda, cría esmerada, ninguna preocupación. Tras una semana recorriendo los campos y las tierras con el estómago vacío, vendrán y se alegrarán de que los atrapen. No tardarán en estar encantados. Se preguntarán qué hacía la gente antes de que hubiera marcianos para encargarse de ellos. Y los que frecuenten bares, y los mujeriegos y cantantes... ya me los imagino —dijo el artillero, con una especie de satisfacción sombría—. El sentimentalismo y la religión se apoderarán de ellos. Hay centenares de cosas que he visto con mis ojos pero que no he empezado a ver con claridad hasta estos últimos días. Muchos se tomarán las cosas como son, gordos y estúpidos, y a muchos les preocupará un sentimiento totalmente equivocado, y es que tendrían que estar haciendo algo. Cuando las cosas están de tal manera que muchas personas creen que deberían estar haciendo algo, los débiles, y los que se vuelven débiles por tener muchos pensamientos complicados, acaban arrastrados a una especie de religión del no hacer nada, muy devota y superior, y se someten a la persecución y a la voluntad del Señor. Es muy probable que usted haya visto lo mismo. Es energía cargada de miedo, purificada desde dentro. Estas jaulas estarán repletas de salmos, himnos y devoción. Y los más simples se entregarán a una especie de, ¿cómo llamarlo?, erotismo.

Hizo una pausa.

—Es probable que estos marcianos conviertan a unos cuantos en sus mascotas; les enseñen a hacer cosas, ¿quién sabe?, se encariñen con un muchacho que ha crecido y hay que sacrificar. Y a algunos, quizá, los entrenarán para darnos caza.

—¡No! —protesté—. ¡Eso es imposible! Ningún ser humano...

—¿De qué sirve seguir con esas mentiras? —replicó el artillero—. Hay hombres que lo harían encantados. ¡Es una tontería pretender que no es así!

Sucumbí a su convicción.

—¡Si vienen a por mí! —exclamó—. ¡Dios mío, si vienen a por mí! —Y se sumió en una reflexión sombría.

Me quedé pensando en todas aquellas cosas. No se me ocurría nada que pudiera objetar al razonamiento de aquel hombre. En los días previos a la invasión nadie habría cuestionado mi superioridad intelectual respecto a la suya: yo era un escritor reputado y reconocido que trataba temas filosóficos, mientras que él era un soldado raso, y aun así acababa de plantear una situación que yo apenas había atisbado.

—¿Y qué va a hacer? —le pregunté entonces—. ¿Qué planes tiene?

El hombre dudó.

—Bueno, haremos lo siguiente —empezó—. ¿Qué tenemos que hacer? Tenemos que inventar un tipo de vida que permita a los hombres vivir y reproducirse, y tener la seguridad necesaria para cuidar de sus hijos. Sí, espere un poco, y le aclararé lo que creo que hay que hacer. Los domesticados se comportarán como cualquier bestia domesticada... Al cabo de unas cuantas generaciones serán grandes, hermosos, sanos y estúpidos... ¡Una basura! El riesgo es que los demás nos volvamos salvajes, degeneremos en una especie de gran rata salvaje... Verá, como creo que hay que vivir bajo tierra, he estado pensando en las alcantarillas. Claro que los que no conocen las alcantarillas se imaginan cosas terribles, pero debajo de Londres hay kilómetros y kilómetros —cientos de kilómetros—, y tras unos cuantos días de lluvia y con Londres vacío quedarán agradables y limpias. Las principales son lo bastante grandes y ventiladas para cualquiera. Luego hay bodegas, sótanos, almacenes, desde donde se pueden hacer pasajes cerrados hasta las alcantarillas. Y también están los túneles del tren y el metro, ¿eh? ¿Empieza a imaginárselo? Y formaremos un grupo de hombres capaces y con la mente despejada. No recogeremos cualquier basura que aparezca. Los alfeñiques se quedan fuera.

—¿Como quería hacer conmigo?

—Bueno... he parlamentado, ¿no?

—No nos pelearemos por eso. Prosiga.

—Los que vengan obedecerán órdenes. También queremos

mujeres capaces y con la mente despejada, madres y maestras. Nada de damas apáticas ni de las que ponen los ojos en blanco. No puede haber débiles ni tontos. La vida vuelve a ser real, y los inútiles, torpes y maliciosos deben morir. Tienen que morir. Tienen que estar dispuestos a morir. A fin de cuentas, es una especie de deslealtad vivir y mancillar la raza. Y no pueden ser felices. Además, morir no es tan terrible... Es el miedo lo que lo hace malo. Y nos reuniremos en todos esos lugares. Nuestro barrio será Londres. Y puede que incluso podamos vigilar y salir al aire libre cuando los marcianos se marchen. A jugar al críquet, quizá. Así es como salvaremos a la raza, ¿eh? ¿Es posible? Pero salvar a la raza de por sí no es nada. Como he dicho, eso es ser simples ratas. Lo importante es salvar nuestros conocimientos y ampliarlos. Ahí intervienen los hombres como usted. Y los libros, las maquetas. Debemos construirnos lugares estupendos y seguros en las profundidades, y coger todos los libros que podamos; ni novelas ni poesía, eso es papel mojado, sino ideas, libros de ciencia. Y ahí es donde intervienen los hombres como usted. Debemos ir al British Museum y recoger todos esos libros. Sobre todo debemos conservar nuestra ciencia, y aprender más. Debemos observar a estos marcianos. Algunos de nosotros debemos ir a espiar. Cuando todo esté en marcha, puede que vaya yo. Y me deje atrapar, quiero decir. Lo bueno es que debemos dejar a los marcianos en paz. No debemos siquiera robarles. Si nos cruzamos en su camino, nos largamos. Debemos mostrarles que no queremos hacerles daño. Sí, ya lo sé. Pero son seres inteligentes, y no nos cazarán si tienen todo lo que desean y creen que no somos más que un bicho inofensivo.

El artillero hizo una pausa y me colocó una mano marrón en el hombro.

—A fin de cuentas, puede que no tengamos que aprender tanto antes de... Solo imagínese esto: cuatro o cinco de sus máquinas guerreras se ponen de repente en marcha, con rayos de calor a derecha e izquierda, y no hay ni un marciano dentro de ellas. Ni un marciano dentro, sino hombres, hombres que han aprendido a manejarlas. Puede que yo incluso llegue a verlos, a esos hombres. ¡Imagínese llevar una de esas máquinas increíbles, con el rayo de calor a su disposición! ¡Imagínese que lo controla! ¿Qué importaría

si acaba hecho pedazos al final del recorrido, tras un ataque semejante? ¡Me imagino a los marcianos con los hermosos ojos abiertos! ¿No se los imagina, hombre? ¿No se los imagina corriendo, corriendo, soplando y resoplando y chillando a los otros aparatos mecánicos? Pero ya habríamos puesto todas las máquinas en punto muerto. Y entonces ¡fuu, pam, brrr, pam!, justo cuando se abalanzaran sobre ella, pero entonces ¡fuu!, el rayo de calor, y, cuidado, ¡el hombre ha vuelto a ocupar su lugar!

Durante un rato, la audacia imaginativa del artillero y el tono de seguridad y valentía que adoptaba ocuparon del todo mi pensamiento. Creía sin dudarle tanto en sus predicciones respecto al destino humano como en la viabilidad de su increíble plan, y el lector que me considere susceptible e insensato debe contrastar su situación, mientras lee sin parar con la mente concentrada en el tema, y la mía, agachado y temeroso en los arbustos y escuchándole, trastornado por la aprensión. Así hablamos a primera hora de la mañana, y más tarde salimos arrastrándonos de los arbustos. Tras examinar el cielo en busca de marcianos, corrimos a toda prisa a la casa que había convertido en su guarida. Se refugiaba en la carbonera, y cuando vi lo que había logrado hacer en una semana, pues se trataba de una madriguera de menos de diez metros que pretendía que alcanzara la alcantarilla principal de Putney Hill, me percaté por primera vez del abismo existente entre sus sueños y sus poderes. Un agujero así yo lo habría cavado en un día.

Sin embargo, creía lo bastante en él para trabajar durante toda aquella mañana en la excavación, hasta pasado el mediodía. Teníamos una parihuela y amontonábamos la tierra que sacábamos contra el horno de la cocina. Descansamos tomando una lata de falsa sopa de tortuga y un poco de vino de la despensa vecina. En aquel trabajo constante hallé un curioso alivio de la dolorosa extrañeza del mundo. Mientras cavábamos me puse a dar vueltas a su idea, y empezaron a plantearse objeciones y dudas, pero trabajé toda la mañana con él, pues estaba encantado de volver a tener un propósito. Transcurrida una hora de trabajo empecé a especular acerca de la distancia que había que recorrer hasta alcanzar la cloaca, y las posibilidades de que no diéramos con ella. Mi

preocupación inmediata era por qué debíamos cavar ese túnel tan largo, cuando podíamos meternos en la alcantarilla directamente por una de las bocas, e ir retrocediendo hasta la casa. También me parecía que la casa estaba mal escogida, pues se necesitaba un túnel innecesariamente largo. Justo cuando empezaba a valorar estas cosas, el artillero dejó de cavar y me miró.

—Vamos bien —señaló, dejando la pala—. Lo dejaremos un rato. Creo que ha llegado la hora de hacer un reconocimiento desde el tejado de la casa.

Pero yo quería seguir, y tras dudar un poco él volvió a coger la pala, hasta que se me ocurrió algo. Paré de cavar, y él también, enseguida.

—¿Por qué estaba paseando por el campo, en vez de estar aquí? —pregunté.

—Tomaba el aire —respondió—. Volvía. De noche es más seguro.

—¿Y lo de cavar?

—Ah, no se puede cavar siempre —contestó, y de repente entendí cómo era aquel hombre. Dudó, sosteniendo la pala—. Ahora vamos a hacer un reconocimiento, porque si se acercan puede que oigan las palas y nos pillen desprevenidos.

Ya no estaba dispuesto a poner objeciones. Nos fuimos juntos y nos quedamos encaramados en una escalera de mano que se asomaba por la puerta del tejado. No se veían marcionos, y nos atrevimos a subirnos a las tejas y deslizarnos protegidos por el parapeto.

Desde aquella posición unos matorrales ocultaban gran parte de Putney, pero veíamos el río debajo, que formaba una masa burbujeante de hierba roja, y las partes más bajas de Lambeth, inundadas y rojas. La trepadora roja subía por los árboles en torno al viejo palacio, y sus ramas se extendían, adustas y mortecinas, con hojas marchitas entre los macizos. Resulta extraño cómo dependían ambas plantas de la corriente del agua para propagarse. A nuestro alrededor ninguna de ellas había conseguido arraigar; salían laburnos, hepáticas, flores blancas y arbustos verdes de entre laureles y hortensias, que brillaban a la luz del sol. Más allá de Kensington se alzaba un humo denso, que junto con una bruma azul

ocultaba las colinas del norte.

El artillero empezó a hablarme de qué clase de gente se había quedado en Londres.

—Una noche de la semana pasada, unos imbéciles consiguieron que funcionara la luz eléctrica, y todo Regent's Street y Circus quedaron iluminados, repletos de borrachos harapientos, hombres y mujeres, que bailaron y gritaron hasta el amanecer. Me lo explicó un hombre que estuvo allí. Y al acercarse el día se dieron cuenta de que había una máquina guerrera cerca del Langham, y que miraba hacia ellos. Dios sabe cuánto rato llevaba allí. Algunos debieron de acabar muy mal. Avanzó por la calle hacia ellos, y recogió cerca de centenar de personas, demasiado borrachas y asustadas para huir.

¡Qué imagen más grotesca de unos tiempos que ninguna historia jamás describirá con todo detalle!

A partir de ahí, en respuesta a mis preguntas, volvió a contarme sus grandiosos planes. Se fue entusiasmando cada vez más. Hablaba con tanta elocuencia de la posibilidad de atrapar a una máquina guerrera que me inclinaba a creérmelo. Pero ahora que empezaba a entender cómo era, detectaba su insistencia en no hacer nada precipitadamente. Y me percataba de que era él, sin duda, quien pretendía hacerse con aquella máquina increíble y luchar con ella.

Al cabo de un rato bajamos a la carbonera. Ninguno de los dos parecía dispuesto a seguir cavando, y cuando sugerí que comiéramos, no se resistió. De repente se volvió muy generoso, y cuando acabamos de comer se marchó y volvió con unos puros excelentes. Cuando los encendimos aumentó su optimismo. Quería considerar mi llegada como una ocasión especial.

—Hay un poco de champán en la carbonera —me informó.

—Cavaremos mejor con este borgoña del Támesis —repuse.

—¡No! Hoy invito yo. ¡Champán! ¡Por amor de Dios! ¡Ya es bastante dura la tarea que nos espera! ¡Hagamos un descanso y reunamos fuerzas mientras podamos! ¡Mire las ampollas de estas manos!

Y siguiendo con la idea de descansar, insistió en que jugáramos a las cartas después de comer. Me enseñó a jugar al *eucre*, y tras dividirnos Londres y quedarme yo con el norte y él con el sur, echamos una partida apostándonos las parroquias. Por grotesco y

estúpido que pueda parecerle todo esto al lector sobrio, es absolutamente cierto, pero lo más llamativo es que tanto el juego de cartas como otros tantos me resultaron extremadamente interesantes.

¡Qué extraña es la mente del hombre! Tanto que cuando la especie estaba al borde del exterminio o de una degradación terrible y su única perspectiva era la de una muerte espantosa, permanecíamos sentados siguiendo el azar de aquel tablero de cartón pintado y jugando entusiasmados con comodines. Luego me enseñó a jugar al póquer, y le gané en tres partidas de ajedrez muy duras. Cuando oscureció decidimos arriesgarnos a encender una lámpara.

Tras una retahíla interminable de juegos, cenamos, y el artillero se terminó el champán. Seguimos fumando puros. El artillero ya no era el enérgico regenerador de su especie con quien me había topado aquella mañana. Seguía mostrándose optimista, pero se trataba de un optimista menos cinético, más reflexivo. Recuerdo que acabó brindando por mi salud en un discurso poco variado y bastante intermitente. Cogí un puro y subí a mirar las luces de las que me había hablado, las que brillaban tan verdes por las colinas de Highgate.

Al principio miré sin saber por el valle de Londres. Las colinas del norte estaban envueltas en la oscuridad; los incendios cerca de Kensington brillaban muy rojos, y de vez en cuando una lengua de fuego naranja y roja se alzaba y desaparecía en la profunda noche azul. El resto de Londres estaba negro. Luego, más cerca, divisé una luz extraña, un brillo pálido de un violeta o púrpura fluorescente, que temblaba bajo la brisa nocturna. Al principio no sabía qué era, y luego comprendí que debía de proceder de la hierba roja. Con esta intuición la capacidad de maravillarme y de percibir la proporción de las cosas, que permanecían letárgicas, volvieron a despertarse. Miré desde allí hacia Marte, rojo y despejado, que brillaba en lo alto hacia el oeste, y luego miré largo y tendido hacia la oscuridad de Hampstead y Highgate.

Estuve mucho rato en el tejado, pensando en los cambios grotescos acontecidos durante el día. Recordé mis diversos estados de ánimo desde el rezo a medianoche hasta los estúpidos juegos de

cartas. Sentí una repugnancia terrible. Recuerdo que arrojé el puro a un lado como si me deshiciera de algo destructivo. Me di cuenta de mi locura de manera exagerada y desmedida. Sentí que había traicionado a mi esposa y a los míos, me atenazaban los remordimientos. Decidí abandonar a aquel extraño e indisciplinado que soñaba con grandes cosas mientras bebía y engullía, e irme a Londres. Me parecía que era donde tendría más oportunidades de enterarme de lo que estaban haciendo los marcianos y mis congéneres. Seguía en el tejado cuando se alzó la luna tardía.

8

LONDRES MUERTO

Después de separarme del artillero bajé por la colina y por High Street y luego crucé el puente hasta Fulham. La hierba roja abundaba en aquella época, y casi sepultaba la calzada del puente, pero en algunas zonas sus frondas ya estaban blanqueadas por la enfermedad que se extendía y que acabó eliminándola rápidamente.

En la esquina del sendero que va a la estación de Putney Bridge encontré a un hombre echado en el suelo. Estaba cubierto de polvo negro, como un deshollinador, y tan borracho que no podía moverse ni hablar. No conseguí sacarle nada excepto insultos e intentos furiosos de darme un cabezazo. Creo que me habría quedado con él, pero me asustó la expresión brutal de su rostro.

El polvo negro se extendía por la calzada desde el puente en adelante, y se espesaba en Fulham. Las calles estaban horriblemente silenciosas. Conseguí comida, agria, dura y mohosa, pero aun así comestible, en una panadería que había allí. Ya en dirección a Walham Green se despejó el polvo de las calles, y pasé por delante de una hilera de casas blancas que ardían; el ruido de la quema resultaba un alivio. Continuando hacia Brompton las calles volvían a estar silenciosas.

Allí encontré más polvo negro en las calles, y cadáveres. En conjunto, vi una docena a lo largo de Fulham Road. Llevaban varios días muertos, así que pasé por su lado a toda prisa. El polvo negro los cubría y suavizaba sus contornos. A alguno lo habían atacado los perros.

Donde no había polvo negro, la ciudad tenía curiosamente el

aspecto de un domingo cualquiera, con las tiendas cerradas, las casas también cerradas y las persianas bajadas, todo abandonado, silencioso. En algunos lugares habían intervenido los saqueadores, pero rara vez para otra cosa que aprovisionarse de comida y alcohol. El escaparate de un joyero estaba roto por un extremo, pero al parecer habían interrumpido al ladrón y había unas cuantas cadenas de oro y un reloj desperdigados por el suelo. No me molesté en tocarlos. Más adelante una mujer andrajosa se había desplomado en un portal; la mano que le colgaba sobre la rodilla tenía un corte profundo que sangraba hasta su vestido marrón oxidado, y una botella grande de champán rota formaba un charco en el suelo. Parecía dormida, pero estaba muerta.

Cuanto más me internaba en Londres más aumentaba la quietud. Sin embargo, más que la quietud de la muerte, lo que había era suspense, expectación. En cualquier momento, la destrucción que había quemado los límites noroccidentales de la metrópolis, y aniquilado Ealing y Kilburn, podría volver a atacar esas casas y reducirlas a un montón de escombros humeantes. Era una ciudad condenada, abandonada y ruinosa.

En las calles de South Kensington no había muertos ni polvo negro. Fue cerca de allí donde oí por primera vez un aullido, que se deslizaba de forma casi imperceptible hasta mis sentidos. Se trataba de la alternancia sollozante de dos notas: «¡U-la, u-la, u-la, u-la!», que sonaban sin cesar. Cuando crucé las calles que iban en dirección norte el volumen aumentó, luego las casas y edificios parecían amortiguarlo e interrumpirlo otra vez. Se oía a todo volumen en Exhibition Road. Me detuve, mirando hacia Kensington Gardens, preguntándome qué era aquel gemido extraño y lejano. Parecía como si aquel descomunal desierto de casas hubiera hallado una voz para expresar su miedo y su soledad.

«¡U-la, u-la, u-la, u-la!», gemía la voz sobrehumana, bajando en grandes oleadas por la calzada amplia e iluminada por el sol, entre los edificios que se elevaban a cada lado. Me volví hacia el norte, maravillado, hacia las puertas de hierro de Hyde Park. Me había medio decidido a entrar en el Museo de Historia Natural y abrirme paso hasta lo alto de las torres para poder mirar por encima del parque. Pero resolví quedarme a ras del suelo, donde podía

ocultarme rápidamente, de modo que continué subiendo por Exhibition Road. Todas las grandes mansiones, a lado y lado de la calle, estaban vacías y silenciosas, y mis pasos resonaban contra sus fachadas. Al llegar al final, cerca de la puerta del parque, me encontré con una imagen extraña: un autobús volcado, y el esqueleto de un caballo desollado. Tras quedarme un rato perplejo ante aquella visión, continué hasta el puente que cruzaba el Serpentine. La voz cada vez se oía más fuerte, aunque yo no veía nada por encima de los tejados de las casas del lado norte del parque, a excepción de una nube de humo hacia el noroeste.

«¡U-la, u-la, u-la, u-la!», gritaba la voz, procedente, a mi parecer, del barrio que rodea Regent's Park. El grito desolador hizo mella en mí. El ánimo que me había sostenido se desvaneció. El gemido se apoderó de mi persona y me di cuenta de que estaba muy cansado y dolorido, y otra vez hambriento y sediento.

Ya había pasado el mediodía. ¿Por qué me dedicaba a merodear solo por la ciudad de los muertos? ¿Por qué estaba solo cuando todo Londres era una capilla ardiente con su mortaja negra? Sentí una soledad insoportable. Mi mente recordó a viejos amigos olvidados desde hacía años. Pensé en los venenos de los farmacéuticos, en los licores que guardaban los vinateros; recordé a las dos criaturas borrachas y desesperadas que, por lo que sabía, compartían la ciudad conmigo...

Llegué a Oxford Street por Marble Arch, y allí volvía a haber polvo negro y diversos cadáveres, y un olor maldito y ominoso procedente de las rejillas de las bodegas de algunas de las casas. Me entró mucha sed debido al calor que pasé durante la larga caminata. Con muchas dificultades conseguí entrar en una taberna y encontrar comida y bebida. Después de comer me quedé exhausto, y me metí en el salón de detrás del bar y me dormí en un sofá negro de pelo de crin que había allí.

Cuando me desperté el funesto aullido seguía penetrando en mis oídos. «¡U-la, u-la, u-la, u-la!». Ahora era de noche, y tras encontrar algunas galletas y queso en el bar —había una fresquera, pero solo contenía gusanos—, me dirigí hacia Baker Street pasando por las silenciosas plazas residenciales —Portman Square es la única que recuerdo—, hasta salir a Regent's Park. Al llegar a lo alto de Baker

Street vi por encima de los árboles, en la luz del atardecer, la capucha del gigante marciano de quien procedían los aullidos. No estaba aterrorizado. Me acerqué a él como si fuera lo más habitual del mundo. Lo observé durante un rato, pero no se movió. Estaba ahí gritando por motivos que no sabía discernir.

Traté de trazar un plan de acción. El ruido constante de su «¡U-la, u-la, u-la, u-la!» me confundía. Puede que estuviera demasiado cansado para asustarme. Lo cierto es que sentía más curiosidad por conocer el motivo de aquellos lamentos monótonos que miedo. Me volví apartándome de parque y me metí por Park Road con la intención de bordear Regent's Park, continué protegido por la hilera de casas y conseguí ver al marciano inmóvil y aullador desde el lado de St. John's Wood. A unos doscientos metros de Baker Street oí un coro de aullidos, y vi primero a un perro con un trozo de carne roja putrefacta en sus mandíbulas que venía directo hacia mí, y luego a una manada de chuchos hambrientos que lo perseguían. El perro describió una curva amplia para evitarme, como si pensara que pudiera resultar un nuevo competidor. Cuando los aullidos perrunos fueron disminuyeron por la calle silenciosa, los quejumbrosos «u-la, u-la, u-la, u-la» se reafirmaron.

Me encontré con la máquina instrumental destrozada a mitad de camino de la estación de St. John's Wood. Al principio pensé que una casa se había derrumbado en la calle. Hasta que no me encaramé a las ruinas no vi, sorprendido, a aquel Sansón mecánico con los tentáculos doblados, aplastados y retorcidos entre las ruinas que él mismo había provocado. Tenía la parte delantera hecha añicos. Parecía como si se hubiese dirigido directamente, a ciegas, hacia la casa y hubiera quedado aplastado al derribarla. Me pareció que podría haber ocurrido, tal vez, cuando la máquina trataba de escapar del control de su marciano. No podía trepar entre las ruinas para verlo, y el crepúsculo estaba tan avanzado que la sangre de la que se había teñido su asiento y el cartílago roído del marciano que habían dejado los perros ya me resultaban invisibles.

Más maravillado aún por todo lo que había visto, continué hacia Primrose Hill. Lejos, por el espacio entre dos árboles, vi a un segundo marciano, tan inmóvil como el primero, en el parque que daba a los jardines zoológicos, y este estaba en silencio. Un poco

más allá de las ruinas y la máquina instrumental aplastada volví a encontrar hierba roja, y Regent's Canal estaba cubierto por una masa esponjosa de vegetación de color rojo oscuro.

Al cruzar el puente, el «u-la, u-la, u-la, u-la» cesó. Parecía haberse interrumpido. El silencio sobrevino como un trueno.

A mi alrededor, las casas altas y oscuras apenas se veían; hacia el parque los árboles se estaban oscureciendo. Por todas partes la hierba roja trepaba entre los escombros, retorciéndose para adentrarse en la penumbra por encima de mi cabeza. La noche, la madre del miedo y el misterio, se aproximaba. Sin embargo, mientras oía aquella voz la soledad y la desolación habían resultado soportables; gracias a ella Londres aún parecía vivo, y la sensación de vida que me rodeaba me sostenía. Pero de repente se había producido un cambio, había ocurrido algo que no sabía qué era, y volvía a notarse la quietud. No había nada salvo aquella quietud descarnada.

Londres me miraba como un espectro. Las ventanas de las casas blancas eran como las cuencas de las calaveras. La imaginación me hacía presentir un millar de enemigos silenciosos en movimiento. El terror se apoderó de mí, temía haber cometido una insensatez. Delante de mí la carretera se volvía tan negra como si estuviera alquitranada, y vi una figura contraída que yacía en el camino. No conseguía continuar. Bajé por St. John's Wood Road y huí precipitadamente de aquella quietud insoportable hacia Kilburn. Me escondí de la noche y el silencio, hasta bien pasada la medianoche, en la cabaña de un cochero en Harrow Road. Pero antes de que amaneciera recuperé el coraje, y con las estrellas todavía en el cielo volví una vez más hacia Regent's Park. Me perdí por las calles, y al final de una avenida larga, en la penumbra de cuando despunta el amanecer, vi la curva de Primrose Hill. En la cima, alzándose hacia las estrellas que se apagaban, había un tercer marciano, erecto e inmóvil como los otros.

Una determinación demencial se apoderó de mí: quería morir y acabar con todo. Y quería incluso ahorrarme las molestias de matarme a mí mismo. Avancé insensatamente hacia aquel titán, y entonces, al acercarme y aumentar la luz, vi que en torno a la capucha se apiñaba una multitud de aves negras. Al verlo el

corazón me dio un vuelco, y eché a correr por la calle.

Corrí por la hierba roja que sepultaba St. Edmund's Terrace (vadeé, con el agua hasta el pecho, un torrente que bajaba corriendo desde la purificadora hacia Albert Road) y salí a la hierba antes de que se alzara el sol. Se habían creado unos grandes montículos en torno a la cima de la colina, que la convertían en un reducto descomunal de hierba roja; era el último y mayor que habían creado los marcianos, y detrás de él se alzaba un humo fino recortado contra el cielo. Un perro ansioso pasó corriendo y desapareció. La idea que había atravesado mi mente se volvió real, creíble. No tenía miedo, solo sentía un júbilo alocado, temblaba mientras corría hacia la colina en dirección al monstruo inmóvil. De la capucha colgaban tiras de color marrón, que los pájaros hambrientos picoteaban y desgarraban.

Al cabo de un instante subí por el terraplén hasta la cima de la colina, y el interior del reducto quedó por debajo de mí. Se trataba de un espacio imponente, con máquinas gigantes aquí y allá, montones enormes de materiales y extraños lugares para resguardarse. Y desperdigados por allí, algunos en sus máquinas guerreras volcadas, otros en las ahora rígidas máquinas instrumentales y una docena de ellos descarnados y silenciosos formando una hilera, se hallaban los marcianos... ¡muertos!, asesinados por las bacterias portadoras de enfermedades y putrefacción contra las que sus sistemas no estaban preparados; asesinados, tras fallar todos los instrumentos de los hombres, por las criaturas más humildes que la sabiduría de Dios ha puesto sobre la Tierra.

Porque así había acontecido, como yo y yo muchos como yo podríamos haber previsto si el terror y la catástrofe no hubieran cegado nuestras mentes. Estos gérmenes de enfermedad llevan cebándose con la humanidad desde el comienzo, llevan cebándose con nuestros ancestros prehumanos desde que empezó la vida aquí. Sin embargo, gracias a la selección natural nuestra especie ha desarrollado un enorme poder de resistencia; no sucumbimos a ningún germen sin plantarle cara, y nuestros cuerpos son totalmente inmunes a muchos de ellos, por ejemplo, a los que causan putrefacción en la materia muerta. En Marte, en cambio, no hay

bacterias, y en cuanto estos invasores llegaron, bebieron y se alimentaron, nuestros aliados microscópicos empezaron a trabajar en su derrocamiento. Cuando los observaba ya estaban irrevocablemente condenados, morían y se pudrían cuando se dedicaban a ir y venir. Era inevitable. Al hombre le ha costado un billón de muertes ganarse el derecho a permanecer sobre esta Tierra, y es suya a pesar de todos los invasores, y seguiría siendo suya aunque los marcianos fueran diez veces más poderosos de lo que son. Porque los hombres ni viven ni mueren en vano.

En la gran brecha que habían cavado reposaban desperdigados casi cincuenta marcianos, sorprendidos por una muerte que debió de resultarles tan incomprensible como cualquier otra. A mí también me resultó incomprensible en ese momento. Lo único que sabía era que aquellas criaturas, antes tan vivas y tan terribles para los hombres, ahora estaban muertas. Por un instante creí que la destrucción de Senaquerib se había repetido, que Dios se había arrepentido, que el Ángel de la Muerte las había asesinado durante la noche.

Me quedé mirando el hoyo y sentí que mi corazón desbordaba alegría, mientras el sol que salía iluminaba el mundo que me rodeaba con sus rayos. El hoyo seguía a oscuras; las poderosas máquinas, cuya potencia y complejidad las hacía tan increíbles y magníficas, y cuyas formas tortuosas, tan sobrenaturales, se alzaban misteriosas, vagas y extrañas desde las sombras hacia la luz. Oí que una multitud de perros peleaba por los cadáveres que yacían, oscuros, en las profundidades del hoyo muy por debajo de mí. Al otro lado, en el borde más alejado, plano, amplio y extraño, estaba tumbada la gran máquina de volar con la que se habían dedicado a experimentar en nuestra densa atmósfera hasta que la descomposición y la muerte los detuvo. La muerte no había llegado demasiado pronto. Al oír unos graznidos por encima de la cabeza alcé la vista hacia la enorme máquina guerrera que ya no iba seguir luchando, hacia los restos destrozados de carne roja que colgaban sobre los asientos volcados en la cima de Primrose Hill.

Me volví y miré por la ladera de la colina hasta donde, rodeados de pájaros, se hallaban los otros dos marcianos que había visto aún de noche, justo cuando la muerte se apoderaba de ellos. Uno había

muerto puede que mientras lloraba a sus compañeros; tal vez fuera el último en morir, y su voz había continuado, incesante, hasta que se agotó la fuerza de su maquinaria. Ahora sus trípodes convertidos en torres inofensivas de metal reluciente brillaban bajo la luz del sol que se alzaba.

Alrededor del hoyo, milagrosamente salvada de la destrucción eterna, se extendía la gran Madre de Ciudades. Los que solo han visto Londres cubierta por sus sombrías vestiduras de humo apenas pueden imaginarse la claridad desnuda y la belleza del páramo silencioso de casas.

Hacia el este, por encima de las ruinas renegridas de Albert Terrace y la aguja partida de la iglesia, el sol abrasaba en el cielo despejado, y aquí y allá alguna faceta del gran páramo de tejados atrapaba la luz y resplandecía con una blanca intensidad. La luz alcanzaba incluso esa bodega redonda que hay junto a la estación de Chalk Farm, y también los amplios depósitos del ferrocarril, donde las filas de raíles negros estaban bordeadas de rojo, debido al óxido acumulado en quince días de inactividad, lo que les otorgaba un atractivo misterioso.

Hacia el norte se hallaban Kilburn y Hampstead, azules y repletos de casas; hacia el oeste, la gran ciudad menguaba, y hacia el sur, más allá de los marcianos, la mancha verde de Regent's Park, el Langham Hotel, la cúpula del Albert Hall, el Imperial Institute y las mansiones gigantes de Brompton Road se veían nítidas y pequeñas ante la salida del sol, mientras las ruinas irregulares de Westminster se alzaban brumosas más adelante. Lejanas y azules se veían las colinas de Surrey, y las torres del Crystal Palace brillaban como dos barras de plata. La cúpula de San Pablo contrastaba, oscura, con el amanecer, y por primera vez vi que tenía una enorme cavidad abierta en el lado occidental.

Mientras miraba aquella amplia extensión de casas y fábricas e iglesias, silenciosa y abandonada, pensando en las esperanzas y esfuerzos multitudinarios, en las innumerables vidas que se habían necesitado para construir este arrecife humano, y en la rápida e implacable destrucción que se había cernido sobre todo ello, me percaté de que la sombra se había retirado y de que quizá los hombres siguieran con vida en las calles, y de que mi querida

ciudad, enorme y muerta, tal vez volvería a cobrar vida y poder, y sentí que me invadía una emoción que me puso al borde de las lágrimas.

El tormento había terminado. La curación se iniciaría ese mismo día. Los supervivientes desperdigados por el campo, sin líder, sin ley, sin comida, como ovejas sin pastor, los miles de personas que habían huido por mar comenzarían a volver; cada vez con más fuerza, la vida latiría en las calles vacías y se extendería por las plazas sin gente. Cualquiera que fuera la destrucción ejercida, se había frenado la mano del destructor. Todos los restos desolados, los esqueletos de casas ennegrecidos que miraban, sombríos, hacia la hierba de la colina iluminada por el sol, resonarían con los golpes de los martillos y las palas de sus restauradores. Al pensarlo extendí las manos hacia el cielo y empecé a darle las gracias a Dios. Dentro de un año, pensé, dentro de un año...

Una fuerza abrumadora me hizo pensar en mí mismo, en mi esposa y en la antigua vida llena de esperanza y tierna amabilidad que había desaparecido para siempre.

9

RUINAS

Y ahora llega la parte más extraña de la historia. Aunque puede que no resulte del todo extraña. Recuerdo clara, fría y vívidamente todo lo que hice ese día hasta el momento en que me puse a llorar y a alabar a Dios en la cima de Primrose Hill. Luego no sé nada.

No sé nada de los tres días siguientes. Desde entonces me he enterado que no fui el primero en descubrir que los marcianos habían sido derrocados, varias personas que vagaban como yo lo habían descubierto la noche anterior. Un hombre, el primero, se había dirigido hasta St. Martin's-le-Grand, y, mientras yo me cobijaba en la cabaña del cochero, había conseguido telegrafiar a París. De ahí, la feliz noticia había saltado a todo el mundo, y miles de ciudades, heladas por una aprensión espantosa, se iluminaron de repente, frenéticas; para cuando me hallaba en el borde del hoyo lo sabían en Dublín, Edimburgo, Manchester, Birmingham. Había hombres que, llorando de alegría, según me han dicho, gritaban y dejaban de trabajar para dar la mano a otros y gritar, y llenaban trenes, ya desde el cercano Crewe, para bajar a Londres. Las campanas de la iglesia, que habían dejado de sonar durante quince días, resonaron por toda Inglaterra desde que se difundió de repente la noticia. Hombres flacos y de aspecto descuidado recorrían los caminos en bicicleta, a toda velocidad, gritando la inesperada liberación, gritando a las figuras demacradas que los miraban desesperadas. ¡Y llegaba comida! Procedente del otro lado del Canal, del Mar de Irlanda, del Atlántico, llegaba rápidamente maíz, pan y carne para aliviarnos. Aquellos días todos los barcos del

mundo parecían dirigirse hacia Londres. Pero todo esto no lo recuerdo, pues divagaba, enloquecido. Fui a parar a la casa de unas personas amables, que me encontraron el tercer día deambulando, llorando y delirando por las calles de St. John's Wood. Me han contado que cantaba unos estúpidos ripios sobre «el último hombre vivo, ¡hurra!, ¡el último hombre vivo!». Preocupadas como estaban con sus propios asuntos, estas personas, cuyos nombres no sabría consignar aquí, por mucho que me gustaría, se ocuparon de mí, me acogieron y me protegieron de mí mismo. Al parecer se enteraron de parte de lo que me había sucedido durante los días que no recuerdo.

Cuando mi mente volvió a afianzarse, me informaron con mucha delicadeza de lo que sabían del destino de Leatherhead. Dos días después del inicio de mi encierro fue destruido, y con él todas las almas que allí se hallaban, por un marciano. Al parecer lo habían borrado de la faz de la Tierra sin provocación alguna, como un muchacho que aplasta un hormiguero, sencillamente porque podían.

Me había quedado solo, y fueron muy amables conmigo. Estaba solo y triste, y cargaron conmigo. Permanecí con ellos cuatro días más tras recuperarme. Entonces sentí un vago y creciente deseo de volver la vista hacia lo que quedara de la pequeña vida que tan feliz y luminosa parecía. No era más que un deseo inútil para regodearme en mi miseria. Me disuadieron. Hicieron todo lo posible por distraerme de esa morbosidad. Sin embargo, al final no pude resistir el impulso y, tras hacerles la promesa fiel de volver con ellos y separarme, lo confesaré, de los amigos de esos cuatro días con lágrimas en los ojos, volví a salir a las calles que tan oscuras, extrañas y vacías habían estado últimamente.

Estaban llenas de gente que volvía, en algunos puntos incluso había tiendas abiertas, y vi una fuente de la que manaba agua.

Recuerdo el brillo burlón del día cuando reanudé mi peregrinaje melancólico hasta la casita de Woking, lo concurridas que estaban las calles y lo bulliciosa que era la agitada vida que me rodeaba. Había tantas personas en la calle, por todas partes, ocupadas en un millar de actividades, que me parecía increíble que pudieran haber asesinado a un gran porcentaje de la población. Entonces me

percaté de lo cetrina que estaba la piel de las personas que me encontraba, lo greñado que tenían el cabello los hombres y lo grandes y luminosas que eran sus miradas, y de que muchos aún iban vestidos con harapos. Sus rostros adoptaban siempre una de estas dos expresiones: o bien estaban exultantes, llenos de energía, o se mostraban decididos pero adustos. Salvo por la expresión de los rostros, Londres parecía una ciudad de vagabundos. Las parroquias distribuían indiscriminadamente el pan que nos había enviado el gobierno francés. A los pocos caballos que quedaban se les marcaban las costillas de un modo aterrador. Unos policías especiales, con placas blancas, permanecían apostados, demacrados, en las esquinas de todas las calles. No comprendí gran parte del daño causado por los marcianos hasta alcanzar Wellington Street, donde vi la hierba roja trepando por los contrafuertes del puente de Waterloo.

En la esquina del puente vi también uno de los contrastes habituales de aquella época grotesca: una hoja de papel agitándose contra un matorral de hierba roja, atravesada por un palo que la mantenía sujeta. Era un ejemplar del primer periódico que volvió a publicarse, el *Daily Mail*. Compré un ejemplar a cambio de un chelín renegrido que encontré en el bolsillo. La mayor parte del periódico estaba en blanco, pero el maquetador solitario que lo hizo se entretuvo creando un grotesco anuncio y lo había repetido en la contraportada. El contenido era emotivo; el periódico aún no se había reorganizado. No me enteré de nada nuevo excepto de que en tan solo una semana el análisis de los mecanismos marcianos había arrojado resultados increíbles. Entre otras cosas, el artículo confirmaba lo que yo entonces no me creía, y era que se había descubierto el «secreto de volar». En Waterloo hallé trenes gratuitos que llevaban a la gente a sus casas. La primera avalancha ya había salido. Había pocas personas en el tren, y yo no estaba de humor para hablar con desconocidos. Conseguí un compartimento para mí solo y me senté con los brazos cruzados, mirando ceñudo la devastación iluminada por el sol que pasaba a toda velocidad por delante de las ventanas. Y cuando salió de la estación terminal, el tren traqueteó hasta unos raíles provisionales, y a cada lado de la línea las casas eran ruinas negras. Yendo hacia Clapham Junction,

Londres mostraba un rostro oscurecido por el polvo del humo negro, a pesar de los dos días de tormentas y lluvia transcurridos. En Clapham Junction la línea había vuelto a quebrarse; había centenares de oficinistas sin trabajo y tenderos trabajando codo con codo con los peones habituales, y saltamos a otra vía.

Continuando desde allí, el campo estaba desolado y desconocido; Wimbledon había sufrido especialmente. Al no tener pinares quemados, Walton parecía el punto menos afectado de toda la línea. El Wandle, el Mole y todos los arroyos que había estaban cubiertos por una masa de hierba roja, cuyo aspecto se hallaba a mitad de camino entre el de la carne de un carnicero y el del repollo encurtido. Los pinares de Surrey estaban, no obstante, demasiado secos para las guirnaldas de la trepadora roja. Más allá de Wimbledon, en ciertos viveros, se veían desde la línea las masas de tierra acumuladas en torno al sexto cilindro. Varias personas lo rodeaban, y algunos zapadores estaban enfrascados ahí dentro. Por encima del cilindro lucía la bandera nacional, ondeando alegremente en la brisa matutina. Los viveros estaban cubiertos del rojo carmesí de la hierba y formaban una amplia extensión chillona interrumpida por sombras púrpura, que hacía mucho daño a la vista. La mirada pasaba, con alivio infinito, de los grises chamuscados y rojos plomizos de delante a la suavidad azul y verde de las colinas orientales.

Aún estaban reparando la línea de Londres que iba a la estación de Woking, así que me apeé en la estación de Byfleet y cogí la carretera hasta Maybury. Pasé por delante del lugar donde el artillero y yo habíamos hablado con los húsares, y por donde se me apareció un marciano. Movido por la curiosidad, en este último punto me desvié para encontrar, entre una maraña de frondas rojas, el carro combado y roto con los huesos blanquecinos del caballo, desperdigados y roídos. Permanecí un rato mirando esos restos...

Luego volví a través del pinar, en algunos lugares con la hierba roja hasta la altura del cuello, donde descubrí que el dueño del Spotted Dog ya había hallado sepultura. Llegué a casa pasando por el College Arms. Un hombre de pie ante una casita abierta me saludó por mi nombre al pasar.

Al mirar mi casa sentí una esperanza repentina que de inmediato

se desvaneció. Habían forzado la puerta, y se estaba abriendo espacio mientras me aproximaba.

Volvió a cerrarse de golpe. Las cortinas de mi estudio se agitaban en la ventana abierta desde la que el artillero y yo habíamos observado el amanecer. Nadie la había cerrado. Los arbustos aplastados estaban tal como los había dejado hacía casi cuatro semanas. Tropecé en el recibidor, y sentí la casa vacía. La alfombra de las escaleras estaba arrugada y descolorida donde yo me quedé agazapado, empapado por la tormenta de la noche de la catástrofe. Nuestras pisadas embarradas seguían marcadas subiendo las escaleras.

Las seguí hasta mi estudio, y encontré aún en mi escritorio, con el peso de la selenita todavía encima, la hoja que dejé la tarde del día en que se abrió el cilindro. Pasé un rato leyendo mis argumentos abandonados. Era un artículo sobre el posible desarrollo de las ideas morales al progresar la civilización, y la última frase era el comienzo de una profecía: «Dentro de unos doscientos años —había escrito— podemos esperar...». La frase terminaba abruptamente. Recordé que aquella mañana de hacía apenas un mes no podía concentrarme, y que salí a comprar el *Daily Chronicle* al repartidor. Recordé que bajé a la puerta del jardín cuando se acercó, y escuché su extraño relato sobre los «hombres de Marte».

Volví a bajar y entré en el comedor. Allí estaban el cordero y el pan, muy podridos, y una botella de cerveza volcada, tal y como el artillero y yo los habíamos dejado. Mi casa estaba desolada. Me di cuenta de la locura que suponía haber albergado aquella débil esperanza durante tanto tiempo. Y entonces ocurrió algo extraño.

—No vale la pena —dijo una voz—. La casa está desierta. Hace diez días que aquí no ha venido nadie. No te quedes atormentándote. Solo tú te salvaste.

Me quedé perplejo. ¿Había dicho lo que pensaba en voz alta? Me volví, y vi la cristallera abierta detrás de mí. Di un paso hacia ella y me asomé a mirar.

Y allí, tan maravillados y asustados como yo, se hallaban mi primo y mi esposa, ella blanca y sin lágrimas. Mi esposa ahogó un grito.

—He venido... —murmuró—. Lo sabía, lo sabía...

Se llevó la mano a la garganta y se tambaleó. Me acerqué y la cogí entre mis brazos.

EPÍLOGO

No puedo sino lamentar, ahora que estoy concluyendo mi relato, lo poco que he podido contribuir a la discusión de las múltiples cuestiones debatibles que siguen sin resolverse. Aun así, quiero plantear un tema que sin duda suscitará críticas. Mi campo particular es la filosofía especulativa. Mis conocimientos de fisiología comparativa se reducen a uno o dos libros, pero me parece que las sugerencias de Carver respecto al motivo de la rápida muerte de los marcianos resultan tan probables que casi podrían considerarse conclusiones probadas. Así las he asumido a lo largo de mi explicación.

En cualquier caso, en los cuerpos de todos los marcianos que se examinaron tras la guerra no se hallaron otras bacterias salvo las que ya se conocen como especies terrestres. Que no enterraran ningún cadáver y la matanza temeraria que perpetraron también indican que ignoraban completamente el proceso de putrefacción. Sin embargo, por probable que resulte esta circunstancia, no se trata en modo alguno de una conclusión probada.

Tampoco se conoce la composición del humo negro, que los marcianos utilizaron con un efecto mortífero devastador, y el generador del rayo de calor sigue siendo un enigma. Los terribles desastres acaecidos en los laboratorios de Ealing y South Kensington han descorazonado a los analistas, que no siguen investigando sobre este último aspecto. El análisis espectral del humo negro indica la presencia inconfundible de un elemento desconocido con un conjunto brillante de tres líneas de color verde, y es posible que se combine con argón para formar un compuesto que actúa directa y letalmente sobre algún componente de la sangre. Pero estas especulaciones sin demostrar no interesarán al lector general a quien se dirige esta historia. La sustancia marrón que se deslizó por

el Támesis tras la destrucción de Shepperton no logró analizarse, y ya no circula más.

Los resultados del análisis anatómico de los marcianos, en la medida en que los asaltos de los perros lo permitieron, ya se los he presentado. Todo el mundo conoce el magnífico espécimen que se conserva en alcohol, casi completo, en el Museo de Historia Natural y los incontables dibujos que de él se han hecho, y más allá de eso el interés por su fisiología y estructura es puramente científico.

Una cuestión más seria y de importancia universal es la posibilidad de otro ataque procedente de Marte. Me parece que no se ha prestado suficiente atención a este aspecto del asunto. Ahora mismo el planeta Marte se halla en conjunción, pero cada vez que vuelve a hallarse en oposición yo, por lo pronto, me temo que reanuden su aventura. En cualquier caso, deberíamos estar preparados. Me parece que tendría que poderse definir la posición del cañón desde el que se disparan los proyectiles, vigilar continuamente esa parte del planeta y anticiparse a la llegada del próximo ataque.

Si se diera el caso, el cilindro podría destruirse con dinamita o artillería antes de que se enfriara lo suficiente para que salieran los marcianos, o los cañones podrían derribarlos en cuanto se abriera. Me parece que han perdido una gran ventaja al fracasar su primer ataque sorpresa. Es muy posible que ellos piensen lo mismo.

Lessing ha sugerido motivos excelentes para suponer que los marcianos han logrado aterrizar en el planeta Venus. Hace ahora siete meses Venus y Marte estaban alineados con el sol; es decir, Marte estaba en oposición desde el punto de vista de un observador de Venus. Posteriormente apareció una extraña mancha luminosa y sinuosa en la mitad sin iluminar del planeta interior, y casi al mismo tiempo se detectó una mancha oscura con las mismas características sinuosas en una fotografía del disco marciano. Hay que ver los dibujos de estas dos apariciones para apreciar su extraordinaria similitud.

De todos modos, tanto si esperamos otra invasión como si no, nuestras opiniones sobre el futuro humano deben modificarse mucho a raíz de estos sucesos. Ahora sabemos que no podemos considerar que este planeta esté protegido y asegurado para el

Hombre, pues eso nos impediría anticiparnos al bien o al mal desconocido que pueda sobrevenirnos de repente del espacio exterior. Es posible que con relación al conjunto del universo, esta invasión de Marte acabe suponiendo un beneficio para los hombres: nos ha despojado de la confianza serena en el futuro, que es lo que más fomenta su decadencia, y ha contribuido enormemente a la ciencia humana y a promover la concepción del bien común de la humanidad. Tal vez, a través de la inmensidad del espacio, los marcianos observaron el destino de sus exploradores y aprendieron la lección, y hallaron en el planeta Venus un asentamiento más seguro. Sea como sea, tardaremos muchos años en dejar de escrutar con ansiedad el disco marciano, y esos ardientes dardos celestes, las estrella fugaces, producirán al caer una aprensión inevitable a todos los hijos de los hombres.

Apenas puede exagerarse cómo se han ampliado las perspectivas del hombre tras lo sucedido. Antes de que cayera el cilindro, la gente estaba convencida de que en las profundidades del espacio no existía otra vida salvo la de la superficie insignificante de nuestra diminuta esfera. Ahora vemos más allá. Si los marcianos pueden llegar a Venus, no hay motivo para suponer que no pueden hacerlo los hombres, y cuando el lento enfriamiento del Sol provoque que esta Tierra se vuelva inhabitable, como acabará sucediendo, es posible que el hilo de la vida que empezó aquí se bifurque y atrape a nuestro planeta hermano en sus redes.

Vaga y maravillosa es la visión que he conjurado en mi mente de la vida extendiéndose despacio desde este pequeño semillero del sistema solar a través de la grandeza inanimada del espacio sideral. Pero se trata de un sueño lejano. Es posible, por otra parte, que la destrucción de los marcianos solo sea un indulto. Puede que para ellos, y no para nosotros, sea el futuro al que estaban predestinados.

Debo confesar que la tensión y el peligro de aquellos días han generado una duradera sensación de duda e inseguridad en mi mente. Me siento en el estudio a escribir a la luz de la lámpara, y de repente vuelvo a ver en llamas el valle que ahora reverdece, y siento que a mi alrededor la casa está vacía y desolada. Salgo a Byfleet Road, y pasan los vehículos por mi lado, un aprendiz de carnicero en un carro, un coche de caballos lleno de visitantes, un

obrero en bicicleta, niños que van a la escuela, y de repente se vuelven borrosos e irreales, y vuelvo a correr con el artillero a través del silencio cálido e inquietante. De noche veo el polvo negro oscureciendo las callas silenciosas, y los cuerpos contorsionados envueltos en él; se alzan hacia mí destrozados y mordisqueados por los perros, farfullan y devienen distorsiones de la humanidad más violentas, pálidas, feas y enloquecidas, hasta que finalmente me despierto, lleno de frío y desdicha, en la oscuridad de la noche.

Voy a Londres y veo a las multitudes atareadas en Fleet Street y el Strand, y me parece que no son sino espíritus del pasado, que asolan las calles que he visto silenciosas y destrozadas, yendo de un lado a otro como fantasmas en una ciudad muerta, como caricaturas de la vida en cuerpos galvanizados. Y extraño, también, resulta estar en Primrose Hill, como hice el día antes de escribir este último capítulo, y ver la gran extensión de casas desdibujadas y azules a través del humo y la niebla, que acaban confundiendo con la parte inferior del cielo, y ver a la gente caminando de un lado a otro entre los parterres en la colina, ver a los turistas en torno a la máquina marciana que aún permanece erguida allí, oír el tumulto de los niños que juegan y recordar la vez que lo vi todo con claridad y en detalle, desnudo y silencioso, al amanecer de aquel último día de gloria...

Y lo más extraño es tener de nuevo entre las mías la mano de mi esposa y pensar que la supuse muerta, como ella me contó también entre las víctimas.



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H. G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent — 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Tuvo varios trabajos y comenzó a formarse en Biología. Debido a su falta de recursos económicos, tardó varios años en licenciarse. Poco después, debido a problemas físicos, decidió dedicarse a la

escritura de manera constante.

Su obra es prolífica, con más de cien libros y multitud de cuentos, y en ella podemos encontrar tanto obras de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* (1898) o *La máquina del tiempo* (1895) —ambas llevadas al cine en más de una ocasión—, como obras de corte social, *Tono Bungay* (1909), o centradas en el estudio de la historia.

De fuertes convicciones políticas, H. G. Wells defendió la posibilidad de una sociedad utópica, y criticó duramente a políticos y mandatarios, sobre todo en relación a los conflictos armados y las guerras mundiales.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su honor llamarle H. G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.